



Morir bajo dos banderas

Alejandro M. Gallo

Terminada la Guerra Civil española, los soldados de la II República se dispersaron por el mundo. Meses después, al comenzar la II Guerra Mundial, se reagruparon en las unidades militares que combatieron al nazismo y al fascismo en todos los frentes. No hay un sólo territorio de batalla donde no exista la tumba de un español. A través de los miembros de la familia Ardura, Alejandro M. Gallo reconstruye la vida en los campos de internamiento del norte de África, el reenganche en la Legión Extranjera o en la Columna Leclerc para combatir a Rommel y el Afrika Korps, la creación de la II División Blindada y el desembarco en Normandía, la liberación de París y la incorporación a la Resistencia y al maquis bajo la dirección de los jefes guerrilleros asturianos Vitini y García Granda... Todo hasta la derrota del III Reich y la toma del Nido del Águila.

Lectulandia

Alejandro M. Gallo

Morir bajo dos banderas

ePub r1.1

ugesan64 29.09.14

Título original: *Morir bajo dos banderas*

Alejandro M. Gallo, 2012

Editor digital: ugesan64

Corrección de erratas: zaisei

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

MORIR BAJO DOS BANDERAS

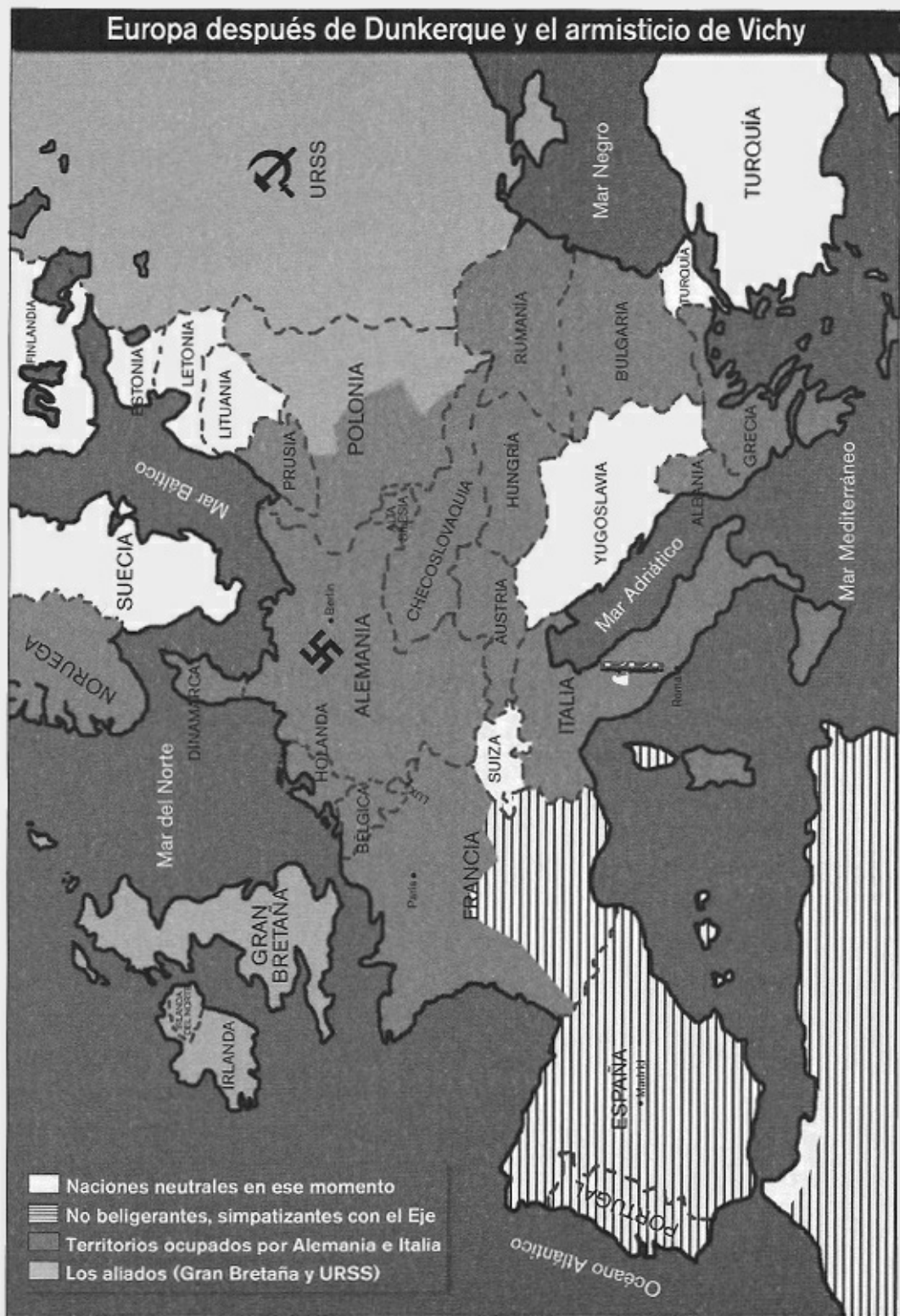




A Manuel Fernández Arias

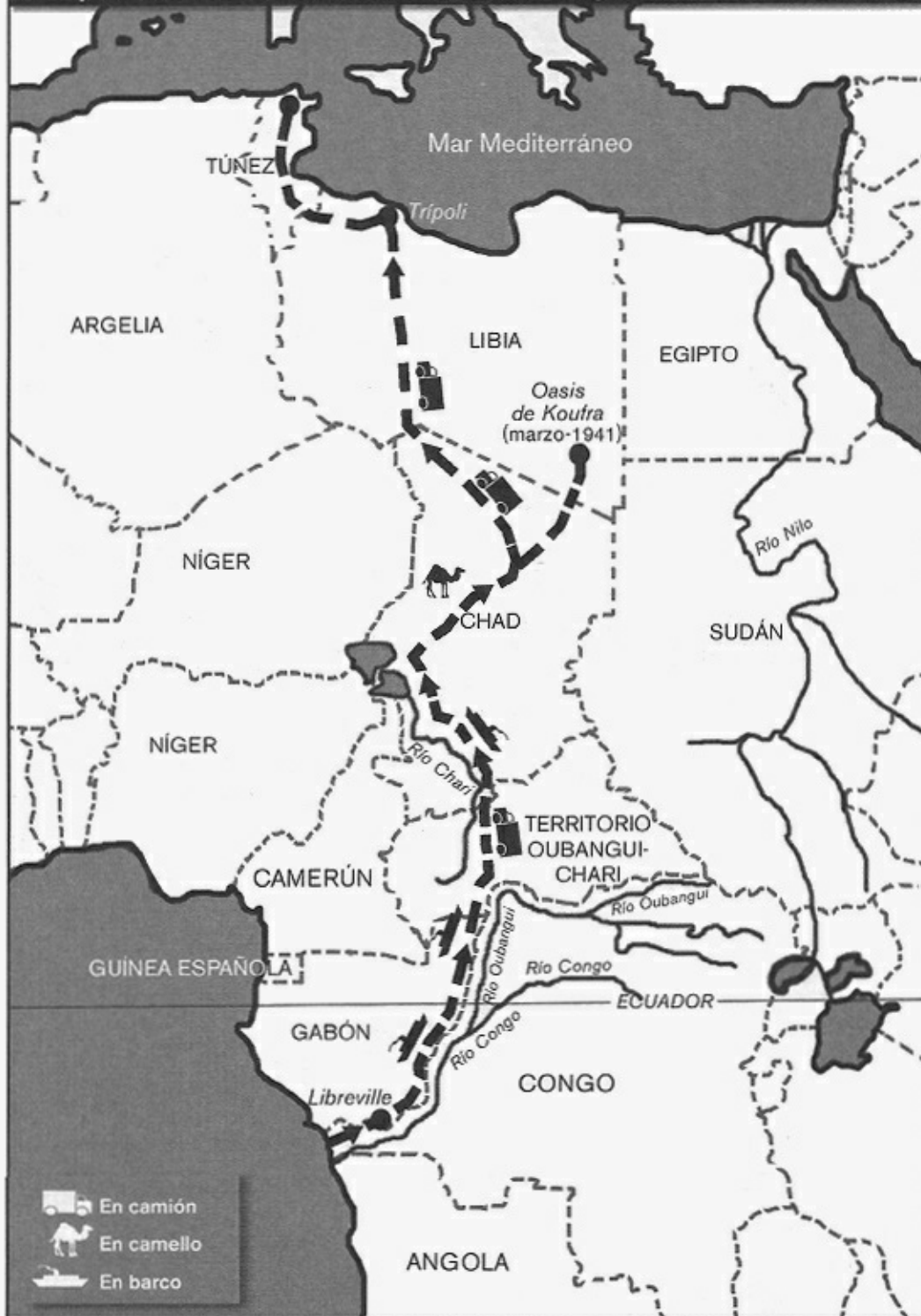
(Ibias, Asturias, 1919 - Bretaña, Francia, 2011). Soldado de la II División Blindada, Medalla de Asturias, Cruz de Guerra, Caballero de la Legión de Honor de la República Francesa, Medalla Vermeil del Ayuntamiento de París.

LIBRO 1º DEL EXILIO AL OLVIDO

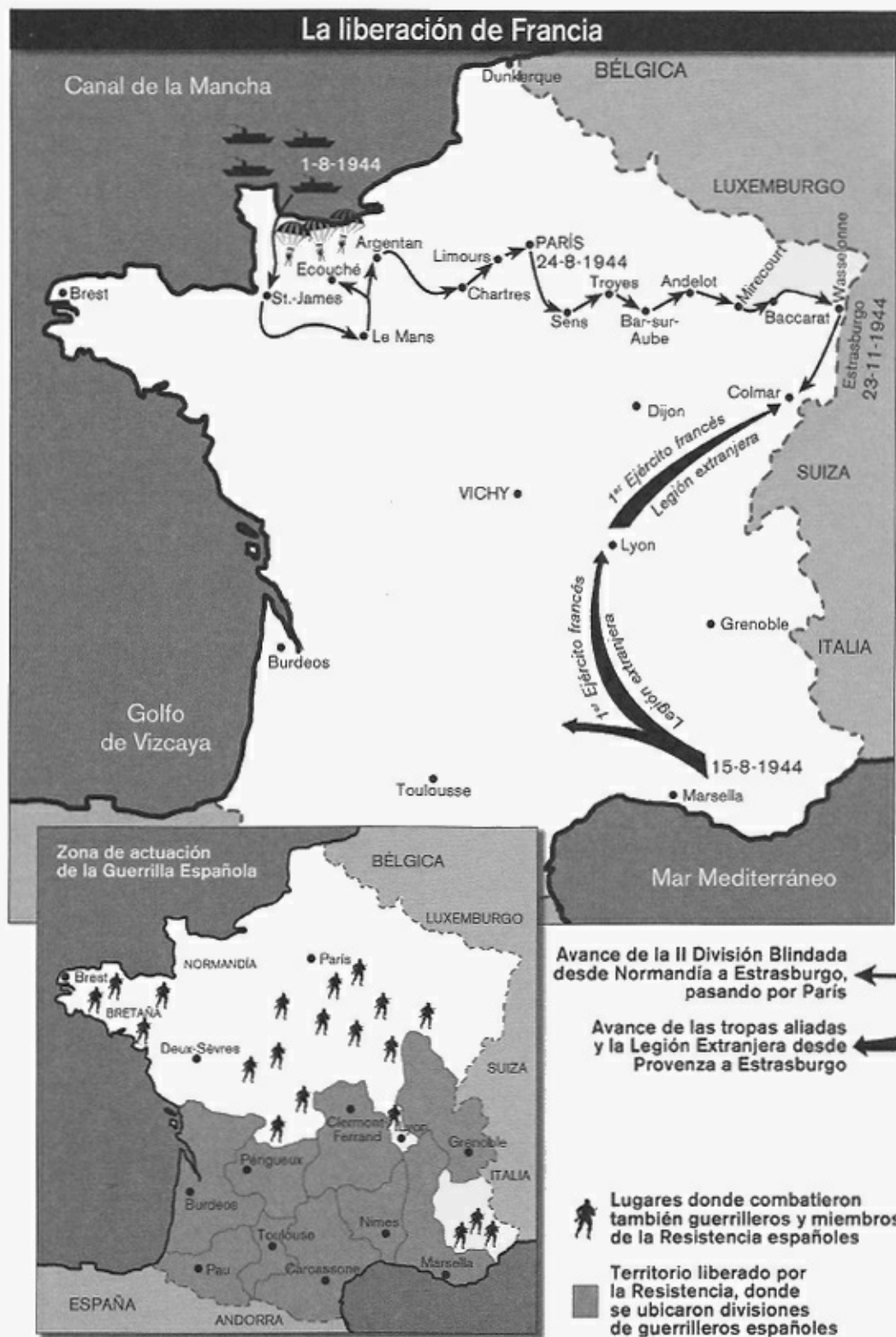


LIBRO 2º DEL OLVIDO A LA TRINCHERA

Campaña africana de la columna Leclerc (agosto, 1940-mayo, 1943)

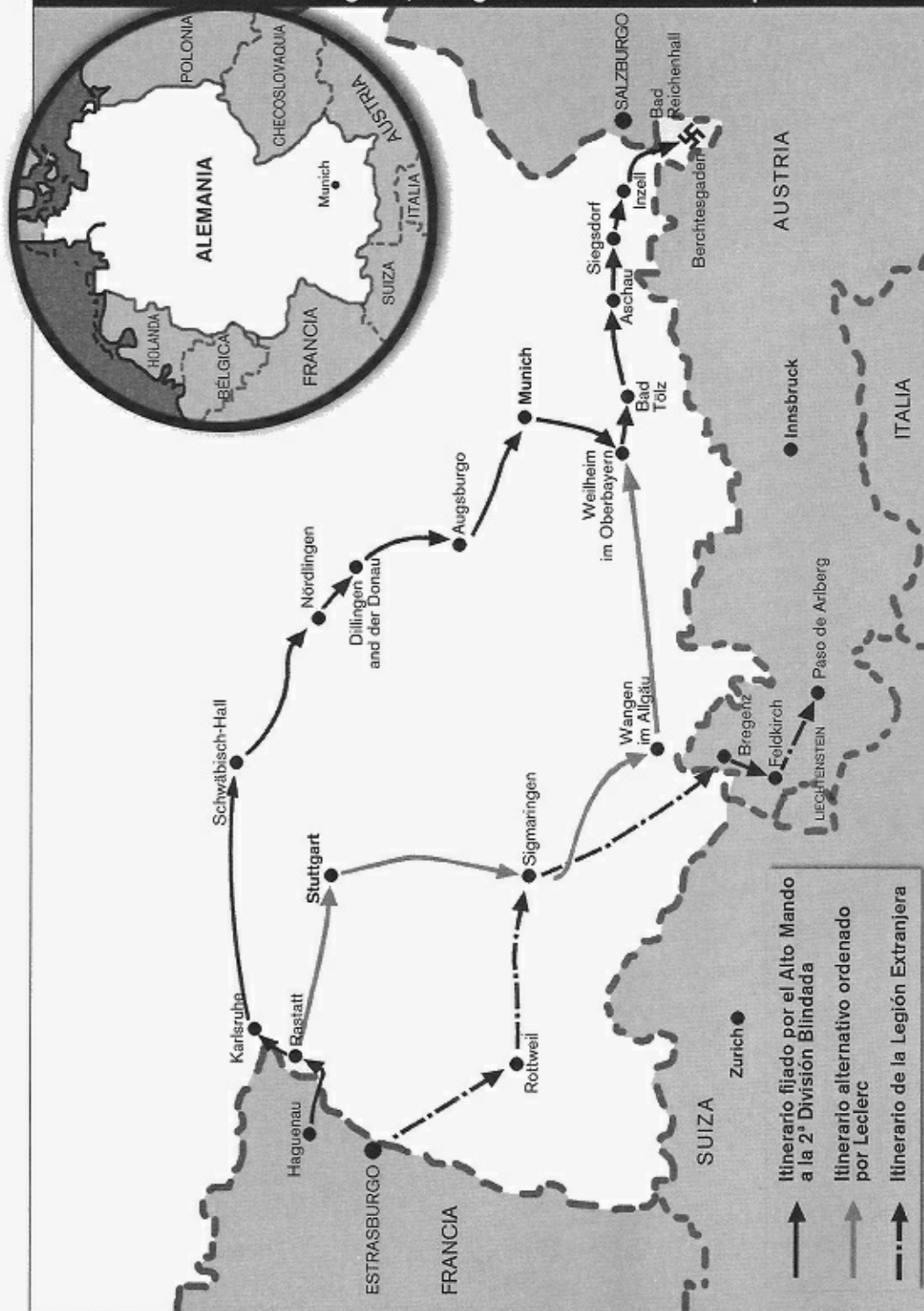


LIBRO 3º DE LA TRINCHERA A LA GLORIA



LIBRO 4º DE LA GLORIA A LA TUMBA

El asalto al Nido del Águila, refugio de Hitler en los Alpes bávaros





Uno a uno, todos somos mortales;
juntos, somos eternos.

FRANCISCO DE QUEVEDO

ADVERTENCIA PREVIA

TODA LA HISTORIOGRAFÍA y toda la novelística inglesa sobre la II Guerra Mundial presentan la contienda como un enfrentamiento entre Inglaterra y sus aliados contra Alemania y los suyos. En esa misma dinámica cayó la cinematografía estadounidense. De esa forma se obvió a otras fuerzas militares que participaron: australianas, neozelandesas, indias, canadienses, sudafricanas, griegas... Lo mismo ocurrió con la intervención de la Francia Libre. Ante esto, esos países tuvieron que reconstruir su historia mostrando al mundo su implicación en la lucha contra el nazismo y el fascismo. Cuando Francia reconstruyó la suya, también incurrió en un olvido: los soldados republicanos españoles enrolados en sus filas. Al final, ellos fueron los únicos en este conflicto bélico que lo dieron todo y no recibieron nada a cambio, ni las gracias. Pero no existe un terruño de África o Europa, testigo de esta guerra, sin jalonar por una tumba española.

Aunque todos y cada uno de los capítulos de esta novela están basados en hechos reales, es justo advertirle, querido lector, que,

en la dialéctica Historia y narración, esta es la que impone el ritmo sobre la melodía de aquella.

Y como colofón a esta previa, cuando se adentren en las páginas posteriores, tengan siempre presentes las palabras de Max Aub sobre los héroes de esta gesta, que «... se hizo con hombres, no con semidioses. Con hombres de todos los días, no con soldados ilustres ni con pozos de ciencia militar ni estrategias de nombre ni tácticos sin par».

0

AMANECErá UN DÍA...

... **E**N EL QUE TODOS HAYÁIS MUERTO, en el que ya no quedéis soldados de aquel «ejército de ratas», como os bautizó el mariscal Pétain. Cuando eso ocurra, se volatilizarán los testigos y germinará la tiranía de los hechos. Y ante vuestro ocaso, la aurora informará al mundo sobre la verdadera hazaña que protagonizasteis e inmortalizó vuestros nombres. Porque al contrario de lo que se cree, sólo hablarán de vosotros después de muertos.

Por fin encontraréis la paz. Vuestra desaparición indicará que ya no sois necesarios. Pero si alguien volviera a despertar la bestia negra del nazismo, os llamaremos. Seréis fáciles de localizar en cualquier rincón del infierno, un paisaje recorrido en vida.

Al atardecer de ese día de difuntos, vuestros hijos o nietos se reunirán en un bulevar de París o bajo el Arco del Triunfo y recrearán la gesta de su liberación. O, tal vez, la cita sea en el puerto de Alicante e imaginen la diáspora. O, a lo mejor, la hospitalaria Volgogrado, la otrora Stalingrado, se ofrezca de cicerone. Sea donde fuere, cada uno de ellos aportará sus recuerdos, fotos, cartas y lágrimas para ponerlos en común. Os salvarán del olvido como vosotros rescatabais del averno a vuestros compatriotas. Y la memoria se convertirá en el mejor

tribunal.

Comenzarán hablando de cómo os derrotó el fascismo en España. De la huida en barcos a la Unión Soviética o al norte de África, del paso por los Pirineos hacia Francia, bajo la lluvia, el granizo y las heladas, esquivando cadáveres, vehículos y objetos abandonados en el camino. De cómo las carreteras secundarias, los páramos y las crestas de las montañas os vieron desfilar a miles y miles hacia la frontera. *Allez, allez, allez*, os gritaban los gendarmes desde el caballo a aquel hormiguero humano.

El destino de los vencidos al cruzar la frontera de la esperanza fueron las cárceles de arena, los campos de refugiados, las Compañías de Trabajadores Extranjeros, el cruce del Atlántico, los desiertos de África, las nieves y fiordos de Narvik o los campos de exterminio nazis. En ese magma de seres vivos os refugiasteis los restos diezmados del Ejército de la II República española, un ejército derrotado, el «ejército de ratas», como os bautizó el gran amigo de Franco y felón a su patria por excelencia.

Cuando de todo eso conversen, vuestros descendientes verán que la bandera de la II República ondeó en París el día de su liberación, enarbolada por soldados españoles con ropas y armamento norteamericano en unidades militares francesas. Y contemplarán sorprendidos vuestra foto en la portada de *Libération*, el día de la victoria, con el titular «*lis sont arrivés!*». También la verán en los desiertos de África con la Fuerza L, el Corp Franc d'Afrique o la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera combatiendo a Rommel y a los Panzer del Afrika Korps; y comprobarán que servía de grímpola en la heroica defensa de Stalingrado, en las cumbres nevadas de Noruega o en los bosques frondosos del sur de Francia.

¿Qué había ocurrido para que los soldados de un ejército «cautivo y desarmado», como proclamó el último parte de guerra de los franquistas, os convirtierais en una de las principales fuerzas de choque contra Hitler?

Vuestros descendientes obtendrán la respuesta en cuanto contemplen vuestro semblante en fotos de papel sepia tras la distancia que dan muchos años. Comprenderán que, cuando os visteis abandonados por todo el mundo en mitad de la Tierra y nadie apostaba un chelín por vuestras vidas, permanecisteis de pie, con los estómagos vacíos y los rostros demacrados y sin afeitar, con el honor rezumando por vuestras heridas y la determinación en la mirada, apretasteis los dientes, arrojasteis la colilla al suelo, la pisasteis con saña porque teníais deudas que cobrar e hicisteis lo que mejor sabíais hacer: seguir luchando con las armas por la libertad.

Habíais comprendido: en España no se había perdido una guerra, sólo la primera batalla en la lucha internacional contra el fascismo. Esa guerra continuaba en otros parajes, con otras armas, con otros compañeros, con otros uniformes. Pero en esa ocasión, bajo dos banderas.

Los que creyeron que con la salida del último buque del puerto de Alicante lleno de exiliados se había aniquilado al «ejército de ratas» se equivocaron estrepitosamente. En realidad, aquello no fue vuestro final, sino el inicio de una gran gesta, que comenzó en un carguero, el *Stanbrook*.

LIBRO 1.º
DEL EXILIO AL OLVIDO

1

EL *STANBROOK*, 1939

LA BATALLA DEL EBRO se había perdido y, cuatro meses más tarde, la tramontana fascista entraba en Madrid. Los regueros de sangre bañaron cunetas, las acequias se cubrieron de cadáveres decapitados por la Caballería Mora y las barricadas se desmoronaron.

Huisteis de la capital en camiones o a través de los montes o páramos al único punto en el que podíais salvar la vida: Alicante. Las bombas barrían la ciudad, los rumores congelaron alientos y la proximidad de los falangistas y de los fascistas italianos, al mando del general Gambara, convirtieron el suicidio en una opción de vida.

El *Winnipeg* había partido, al igual que el *Stangate*, el *Manonga*, el *Ronwing* y el *Africa Trade*. Sólo quedaban en puerto el *Maritme* y el *Stanbrook* y las miles de almas que anhelabais embarcar.

Carabineros franceses custodiaban la evacuación en el viejo carguero propiedad de la «France Navigation». No sé, tal vez subió un millar, pero el resto os quedasteis en puerto cuando el capitán Andrew Dickson hizo una seña a sus hombres armados. Estos, apuntando con sus fusiles a la multitud, cerraron la escalinata.

—Capitán Dickson, soy el mayor Amado Granell, del Batallón Hierro. Le ruego que deje subir a los heridos, a las mujeres y a los niños. El carguero aún puede transportar otras mil personas.

Un hombre alto, delgado, con una capa de color caqui sobre sus hombros y un gorro isabelino que lucía una estrella de cinco puntas y un galón amarillo, era el portador del grito de súplica desde el muelle.

Andrew Dickson le miró desde cubierta. Pareció dudar un momento, pero de inmediato ordenó a sus hombres que recogieran la escalinata. De nuevo, los sueños y la esperanza eran asesinados. El *Stanbrook* dejaba de ser una posibilidad de salvación.

De pronto cinco hombres armados con *naranjeros* y vestidos de milicianos se abrieron paso entre la muchedumbre disparando al aire. Llegaron hasta los soldados y se ubicaron entre ellos y vosotros. Apuntaron sus armas hacia los custodios del carguero y el más alto, que llevaba pañuelo rojinegro al cuello, gritó: —Dejen subir al resto o este barco no zarpa.

Se hizo el silencio. Las miradas se dirigieron interrogativas hacia el capitán. Unos segundos de incertidumbre, y, desde cubierta, Andrew Dickson asintió. Los carabineros bajaron los fusiles, apartaron la cuerda de la pasarela y comenzamos a agruparnos en fila para preparar el ascenso de los dos mil que aún quedabais en el puerto.

Tu madre, tu hermana y tú, sin empujones ni histerias entre el gentío, comenzasteis a abordar el carguero. Al pasar a su lado, te fijaste en el rostro del hombre que había detenido la salida del barco: mandíbula cuadrada, mirada limpia, ojos negros bajo uniforme de miliciano y brazalete con la bandera republicana. Nadie le conocía, pero cientos de seres se lo agradecisteis. Otra silueta de aquel quinteto se te quedó grabada: enjuto, algo zarrapastroso, portaba un arete dorado en el lóbulo izquierdo. Era la primera vez que veías a un hombre con un pendiente: siempre habías creído que eso pertenecía en exclusividad al mito de los corsarios.

Cuando no quedó nadie en el puerto, los cinco milicianos ascendieron a cubierta. El capitán dio la orden de partir: soltaron la maroma del muelle y desenterraron las anclas. Tres pitidos anunciaron la salida. Eran las veintitrés horas del 28 de marzo de 1939 y, con una ciudad sitiada por el Corpo Truppe Volontaire, el *Stanbrook* salió de Alicante rumbo a Orán con miles de refugiados.

El capitán ordenó por los altavoces que nadie fumara y que al llegar a Orán permanecierais en cubierta para no provocar la curiosidad de las autoridades francesas. Arriaron la bandera inglesa e izaron la gala: las tierras de la Francia africana os esperaban.

Un solo baño en el carguero. Hubo que organizarse entregando papeletas con turnos a los posibles usuarios; el número mil significaba que no usaríais el aseo hasta dos días más tarde. Entre el hambre y la podredumbre, los piojos, el tifus y la locura encontraron el campo abonado durante la travesía.

Tu hermana sudaba, temblando; su rostro empalidecía y sus dieciséis años evolucionaban hacia la vejez cada día que

permanecíais en el mar. Se mantenía tumbada sobre tu madre, que le pasaba un trapo húmedo sobre la frente y la exhortaba a resistir. Hasta la obligaba a comer, estrujando gajos de naranja en sus labios. A veces se dormía y parecía muerta. «No deberíamos haber salido de Madrid», pensaste entonces. Tal vez la hubiesen ingresado en un hospital fascista y tendría más posibilidades de salvarse, aunque tu madre y tú os pudrierais en una prisión.

El silencio y los besos sin lágrimas eran vuestra única posesión, lo único que queda tras las llamas, el humo y los cadáveres de las guerras.

El 1 de abril, en las costas de Orán, escuchasteis en la radio el último parte de guerra de los franquistas:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939. Año de la victoria».

Las palabras del locutor, a través de la radio del carguero, leyendo el texto elaborado por Franco, te machacaron la cabeza.

«¿Qué pecado habíamos cometido?», te preguntaste apoyado en la barandilla, mirando el manso mar, cuya quietud no alteraba el cálido viento que rozaba tu rostro. Las sospechas de que la vida se alejaba de tu hermana te demolían.

A ti te habían llamado a filas —la *Quinta del Biberón* os bautizaron— para ir a defender las trincheras del Ebro contra el avance franquista. La batalla se perdió y regresaste a Madrid, en tu caso, casi sin disparar un cartucho. Tu padre había muerto o desaparecido en las casamatas del Alto de los Leones; tu hermano

mayor, Fran, había sido destinado con su unidad a Barcelona y no sabíais nada de él. Ante esto, tu madre no lo dudó: —Nico, Lucía, la única forma de sobrevivir es huir hacia Alicante —sentenció.

Los camiones militares evacuaron Madrid. A duras penas pudisteis encontrar hueco en uno. Una maleta con poca ropa y comida: ni Antonio Machado sospecharía cuán ligero era vuestro equipaje al convertiros en hijos de la mar. Luego, la carretera a Valencia soportó la caravana que pedía refugio ante la muerte o la cárcel.

Sumergido en tus pensamientos y alejado del rostro pálido y sudoroso de tu hermana, ascendiste hasta la torre para contemplar la cubierta. Los cuerpos de miles de refugiados se esparcían por doquier.

En una esquina, aislados de la multitud, se encontraban los milicianos que posiblemente os habían salvado la vida. Te intrigaban aquellos cinco hombres que habían abierto las compuertas del carguero para vosotros. Ni en tus más remotas ensoñaciones hubieses pensado que, años más tarde, tu destino se volvería a cruzar con el suyo uniándoos para siempre. Pero en aquel momento les veías caminar entre la gente y, cuando comprobaban que un hombre o un joven había embarcado sin familia, se acercaban y hablaban con él, como si pretendieran convencerle de algo. El caso es que el último amanecer, antes de atracar en el puerto de Ravin Blanc, los cinco milicianos y una docena de seguidores armados desaparecieron en un bote en medio de la bruma, como si fueran a la captura del *Holandés Errante*.

Las autoridades francesas mantuvieron el *Stanbrook* en cuarentena a orillas de Orán, en el «muelle de los indeseables»,

sin comida ni bebida. Sobrevivisteis gracias a la Cruz Roja y a la ayuda de residentes españoles y franceses.

Cuarenta días más tarde, os permitieron atracar. Os iban filiendo a todos. En ese momento pensaste que a lo mejor los milicianos habían huido para evitar la identificación ante las autoridades francesas.

Los gendarmes separaron los hombres y las mujeres, aunque fueran matrimonios. A vosotros os condujeron al campo de refugiados de Morand, en Boghari. Tu hermana y tu madre quedaron en la prisión civil de Orán. No sabías si las volverías a ver, pero sólo deseabas que curaran a tu hermana. Ni siquiera os dieron la posibilidad de despediros con un abrazo.

Casi dos mil hombres fuisteis internados en Morand, donde los gendarmes os ofrecieron uniros a la Legión Extranjera. Esas eran las opciones del Gabinete de Daladier: Legión, campos de internamiento o regreso a España.

Aquel mayor del Batallón Hierro que había gritado desde el muelle al capitán del carguero se abrió paso entre todos, se quitó de sus hombreras la estrella roja de cinco puntas, guardó en su bolso el gorro isabelino y se presentó ante los gendarmes para alistarse en la Legión Extranjera.

—Amado Granell, del Ejército de la II República española.

Detrás de él, otro militar, velludo y trabado, gritó alto su nombre y rango:

—Sargento Federico Moreno.

Les siguieron otros. Tú no. «Jamás besaré una bandera distinta de la mía», te dijiste entonces.

Al resto os entregaron una chilaba y un uniforme de la I Guerra Mundial, una estera para dormir y una manta. Os alojaron en

marabouts, aquellas tiendas de lona en mitad el desierto que os asemejaba a un campamento de gitanos nómadas. Erais vigilados por *goumiers*, los militares naturales de Atlas, por *mohaznis*, el cuerpo represivo marroquí, o por los propios gendarmes.

En medio de aquel paisaje lunar, las altas temperaturas diurnas y el siroco, aquello no era un campo de internamiento sino de castigo, al que se unían los piojos, los mosquitos y las serpientes venenosas. Ni un árbol, sólo arena. Un lugar entre el infierno y la locura. Pero de la nada surgía un poco de todo: elevabais barracones, duchas, retretes y hasta escuelas. Una fiebre por aprender se había apoderado de vosotros. Comenzaron a aparecer maestros y discípulos, y la intendencia: tizas, mesas, libros...

Así, entre el café de la mañana, las lentejas al mediodía y la sopa de la cena fueron formando las Compañías de Trabajadores Extranjeros. A ti te alistaron en la 8.^a. Os pagaban un franco al día y os llevaban a levantar fortificaciones, casamatas antitanques, blocaos, trincheras, túneles; a veces reforzabais a los asignados en la construcción del tramo ferroviario que uniría Bou Arfa con Colomb-Béchar, el Transahariano. Todos los días se desmoronaba alguno por el cansancio, la desnutrición, la deshidratación o el asco de la derrota.

Cinco meses más tarde, en septiembre de 1939, os llegó la noticia de que Francia e Inglaterra habían declarado la guerra a los nazis. En ese momento, varios solicitasteis uniros a las tropas francesas.

—Francia no necesita soldados de un ejército derrotado —respondió el capitán de la Gendarmería que mandaba la 8.^a.

VUESTRA EXISTENCIA SE HABÍA CONVERTIDO en una negación: erais refugiados políticos integrados en batallones de trabajo militarizados a los que aplicaban castigos ejemplares. Los más temibles eran *el pozo*, un hoyo en el que os enterraban hasta la barbilla; *el ataúd*, una tienda en la que sólo cabíais tumbados soportando el calor; y *la noria*, que os obligaba a dar vueltas atados a un caballo cargando con un saco de veinticinco kilos. Los cuerpos de los más débiles o viejos se derrumbaban bajo el sol; el agua que os daban resultaba insuficiente para prevenir la deshidratación.

Así transcurrieron los meses siguientes, en los que recibíais las informaciones con terror: el nazismo alemán y el fascismo italiano se apoderaban de Europa.

Algún día del mayo de 1940 os sobrecogió la noticia: los Panzer habían atravesado la Línea Maginot y Francia sucumbía al avance alemán. De confirmarse esos datos, os preguntabais si el campo de internamiento de Monrad pertenecería a la Francia de Daladier que os había acogido o pasaría a ser una propiedad de la Alemania de Hitler.

Lo que sí comenzasteis a sospechar era que, transcurrido un año desde el final de la Guerra Civil española, para vosotros se había reanudado la misma batalla. Y el puerto de Dunkerque y las cumbres heladas de Noruega se convirtieron en la espoleta que indicó al mundo dónde comenzaba el nuevo frente contra el fascismo.

2

DE DUNKERQUE A NARVIK

AARRASTRABAIS LOS PIES por los arenales bajo el sol de África, pensando que os encontrabais allí porque Satán se había quedado sin plazas vacantes en el infierno y os obligaba mientras tanto a vagar por la Tierra. Pero os equivocabais, las llamas del averno se quedaban cortas ante la muerte y el fuego que precedía al avance del ejército alemán a miles kilómetros al norte, en el cerco al puerto de Dunkerque. Y los soldados aliados, entre los que se encontraba alguien muy querido para ti, lo sufrían de esta manera: El aullido escalofriante de la caída en picado de los Stuka, los Junker Ju 87B, y sus bombardeos se habían convertido en la siniestra sinfonía que ambientó la caída de Calais y la evasión desesperada por Dunkerque. La Operación Dinamo, planificada para rescatar tres ejércitos mecanizados belgas, el 1.º y 7.º de los franceses y la Fuerza Expedicionaria inglesa, se había puesto en marcha con el objetivo de salvarles del avance imparable de los

Panzer y de la Luftwaffe desde las fronteras de Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

De las playas habían zarpado, con soldados franceses, belgas e ingleses las últimas pequeñas embarcaciones: yates de cabina, lanchas de salvamento, pesqueros, jábegas, jabeques y hasta barcas de recreo. Su destino se encontraba en los buques de guerra, transbordadores, mercantes y gabarras holandesas que por escasez de fondo no podían acercarse.

Era 2 de junio. La evacuación llegaba a su fin; el mar seguía en calma, pero la niebla había desaparecido de los cielos. Las tropas aliadas volvían a ser blanco de la Luftwaffe, sin que la artillería alemana hubiese cesado su castigo contra el frente defensivo de la Fuerza Expedicionaria Inglesa y del I Ejército Francés.

—¿Dónde cojones está la RAF? —gritó el sargento Fran Ardura, tu hermano, disparando inútilmente su fusil, desde la cubierta de la embarcación, contra tres Stuka que remontaban el vuelo con la dificultad de 4G.

—Ahí viene otra escuadra —alertó el cabo Gómez, un vallisoletano enrolado en la Legión Extranjera después de la diáspora por la frontera francesa.

—¡Todos al agua! —ordenó el sargento.

El pelotón de legionarios dejó los cascos y fusiles en la minúscula embarcación y se zambulló en el mar. La barriga del yate les sirvió de blocao.

Peor suerte corrieron los tres muchachos del colectivo «Exploradores del Mar», quienes, ilusionados por salvar a sus compatriotas, habían zarpado de Inglaterra formado parte de las trescientas tripulaciones que, a bordo de reducidos navíos, se sumaban espontáneamente a los buques de guerra en la gran

evacuación.

—¡Mierda! —gritó tu hermano, golpeando la quilla del yate—. Eran unos críos, no tendrían más de quince años.

—Otra puta escuadrilla —anunció Gómez—. Y aún quedan siete.

El pelotón de Fran pertenecía a los restos diezmados del 11.º Batallón de Marcha de la Legión Extranjera que había combatido a la Wehrmacht en la cruz de Francia con Bélgica y Luxemburgo, el lugar más mortífero: el punto exacto donde la ofensiva de los blindados comandados por Gerd Von Rundstedt habían roto la línea defensiva aliada. Bajo el fuego de las ametralladoras de los Stuka, a tu hermano sólo un axioma le ocupaba la mente: daba igual la parte del mundo en la que se pelease contra el fascismo —España, Italia o Alemania—; el enfrentamiento sólo podía conducir a la aniquilación de un bando. No servían los pactos.

La RAF había llegado. Diez escuadras de Havilland Mosquito nublaron los cielos. Los Ju 87B ya no les dispararían. La docena de soldados comenzó a nadar hacia el buque de guerra que les esperaba a casi una milla de la costa.

Cuando se ha combatido en una Guerra Civil contra cuatro ejércitos —el de Franco, Hitler, Mussolini y Salazar— y las tripas y la sangre de los compañeros, amigos y familiares rompen la armonía de los paisajes, una milla a nado bajo la metralla es un juego de niños.

—¡Recuerden el Ebro! —gritaba Fran a cada brazada para motivar a sus hombres.

Había que alcanzar el último destructor, asirse al único punto que podría refugiarlos de la metralla de los Stuka.

La Operación Dinamo estaba retrasándose en exceso y los

nazis no les daban tregua. Fran conservaba en su memoria el listado de los buques de guerra destruidos: en la víspera habían hundido el *Foudroyant*, el *Basilik*, el *Havant* y el *Keithrse*; el día anterior, el *Sirocco*; el 30 de mayo, el *Bourrasque*; el 29, el *Grafton*, el *Grenade*, el *Wakeful*. No, nada quedaba a salvo del picado de los Junker.

—¡Cómo en Madrid, compañeros! —animó el cabo, sustituyendo al sargento.

Alcanzar el buque de guerra bajo la metralla nazi se convirtió en un pasatiempo para soldados cincelados en los campos de batalla de España, en las Compañías de Trabajadores Extranjeros y en la Legión Extranjera, aunque en su trayectoria debieran ir esquivando barcos zozobrados y apartando restos flotantes, además de cientos de cadáveres que la marea arrastraba hacia la orilla.

Una gran red de cuerda cubría a estribor el lateral del barco para facilitar el ascenso. Los doce republicanos españoles del 11.º Batallón de Marcha ascendieron sin dudarle ni tropezar.

—Son ágiles como gatos —aseveró un mando de la Royal Navy.

—¿Falta alguno? —preguntó Fran a sus hombres.

—No. Estamos todos —contestó Gómez.

El buque elevó anclas y zarpó. Se alejaban de aquellas aguas teñidas de rojo y negro, del fuego y el humo de los bombardeos y del olor a cuerpos quemados que transportaban las olas. El sargento oyó gritar a un oficial de la Royal Navy: —Por la Ruta X.

«La más peligrosa y alejada al noroeste», pensó Fran. «Contiene demasiados bajíos y minas no retiradas».

Los marinos ingleses cubrieron con mantas los cuerpos de los

soldados rescatados y les ofrecieron tazas de sopa o té calientes.

—¿Entiende mi idioma? —preguntó Fran al marino que le tendió el bol.

El soldado sonrió antes de asentir.

—¿Es el último barco de rescate?

Un nuevo gesto afirmativo le contestó.

—¿Cuántos se han salvado?

Antes de recibir respuesta, tuvo tiempo de dar un largo trago a la sopa.

El marinero tomó asiento al lado de tu hermano y con una navaja rayó la plancha de hierro que les servía de sillón. Se leía nítido el número 350 000.

—¿Había españoles entre ellos?

La navaja se estampó otra vez sobre el metal. Y un cinco fue seguido de dos ceros.

Dicen que en las guerras el ruido envuelve el fuego y la desesperación, pero es peor el silencio. «Quinientos», había asegurado el marino. Fran miró hacia sus hombres que apuraban el caldo. Nadie dijo nada, pero seguramente todos pensaban lo mismo: los otros miles de españoles habían quedado defendiendo la parte este del puerto de Dunkerque para que el resto pudiera salvarse. Si los cálculos no les fallaban, sesenta mil soldados no habían sido evacuados, entre ellos varios miles de republicanos enrolados en las Compañías de Trabajo, que ofrecían su vida defendiendo las posiciones de Brey-les-Dones para amparar la de los demás. Comprendieron que las guerras provocan muertos, pero es por estos por los que se sigue luchando.

Fran introdujo la mano en el bolso de la guerrera y extrajo su ligera cartera. Estaba empapada. Sacó dos fotografías que aireó,

esperando que la ligera brisa las secase. Una era de vuestra familia, muchos años antes, cuando la bestia del fascismo no la había separado. Vuestro padre y madre, tú, Nico, y vuestra hermana Lucía le mirabais desde el papel húmedo.

El otro retrato era de su novia, Ana Tejada. De ella sabía que se encontraba en el campo para refugiados de Argelès. Y él seguiría allí si no se hubiese enrolado en la Legión Extranjera.

A su mente llegó la huida por los Pirineos desde Barcelona cuando entró la Caballería Mora. El recibimiento a puntapiés y golpes de los gendarmes. La elección: regreso a España, Compañías de Trabajo o la Legión Extranjera. Pero él no había dudado; era un militar, uno de los tenientes de la última promoción de la II República: sólo sabía combatir. Prefirió los riesgos del soldado en campaña a la condición de refugiado en campos de arena, y así fue como la Legión Extranjera lo abrazó. Lo que llegó después fue lo de siempre: la locura de la guerra.

Es difícil analizar los pasos y errores de una guerra cuando se es parte de ella, pero los elementales conocimientos de Fran le decían que el fallo del Ejército francés radicaba en la confianza ciega en su Línea Maginot y en suponer que los Panzer nunca atacarían por la zona de Sedán, en la que situaron al endeble 9.º Ejército al mando del general Henri Giraud.

El resto fue demencia, sangre y muerte. Rommel entró como un rayo y los Mkl y MkII, los Mathilda, no pudieron hacer frente al avance imparable de los carros de combate de la Wehrmacht. Huyeron en desbandada, sin volar puentes ni crear otros obstáculos a los blindados alemanes, salvo algún Mathilda averiado o destruido en las carreteras que ejerció de barricada.

Las baterías antiaéreas del buque de guerra deshilacharon los

recuerdos. Una escuadra de Stuka caía en picado sobre cubierta.

—¡Todos a refugio! —gritó alguien en inglés.

De repente la ráfaga de un Stuka aniquiló a los tres tiradores de la ametralladora antiaérea más próxima al pelotón de legionarios. La última salva hirió de muerte a dos soldados del pelotón de españoles, que se retorcieron en la cubierta con los vientres abiertos por la metralla.

—¡Sanitario! —llamó Fran.

—Evacúen a los heridos. Y todos a cubierto —ordenó un mando de la Royal Navy.

Tu hermano, el sargento *Toro Ardura*, como le llamaban sus hombres por su cuello enorme, no obedeció. Él no estaba en esa guerra para esconderse: con dos repliegues en su vida, España y Dunkerque, había cubierto su cupo. Tal vez, sin conocerlo, había llegado a la misma conclusión que Winston Churchill: «No se ganan las guerras con retiradas». «Ni una más», se dijo, lanzándose sobre la antiaérea sin tiradores. Empuñó el arma, la dirigió a los cielos y, abriendo fuego sobre los Ju 87B, gritó a sus hombres: —¡Compañeros, a las antiaéreas! ¡Esta vez no pasarán!

LEJOS DE LAS AGUAS DEL PUERTO de Dunkerque en las que se hallaba Fran y más lejos aún de los grandes arenales de Argelia en los que te encontrabas tú, concretamente en los fiordos noruegos, se estaba librando una batalla que también os afectaba.

En ella, para evitar ser avistados por las tropas nazis de la cumbre, los legionarios avanzaron pegados a la vertical de la pared del valle excavado por el glaciar. Aunque se encontraban en la zona de ablación, el frío extremo les congelaba las manos y el

rostro. Metro a metro se adelantaban entre disparos que provenían de la cota que se habían propuesto asaltar, la 220, para anular las cuatro ametralladoras que impedían el paso hacia Narvik.

Un torrente de agua helada les salió al encuentro. No lo dudaron; alzaron sus fusiles y, con el agua a la cintura, lo atravesaron. Las balas silbaban e impactaban en las rocas o se perdían en las tierras nevadas de la ladera.

Ya sólo quedaban treinta y nueve legionarios en aquella avanzadilla para preparar el asalto final. Anulando el fuego nazi, sabían que el puerto de Narvik quedaría abierto al paso de las fuerzas aliadas.

Colocaron los fusiles a sus espaldas y comenzaron el ascenso sin cuerdas ni ganchos, sólo con sus dedos y sus botas adhiriéndose a las rocas como arañas. Por momentos, se pasaban sus armas de unos a otros para avanzar mejor. El aliento envolvía sus rostros y no caldeaba un amanecer en el que las estrellas, la luna y el sol colgaban del cielo en armonía. Ensordecidos por los impactos y con los ojos rojos, seguían ascendiendo.

La artillería había anulado un nido de tiradores, pero aún quedaban tres. Los morteros ligeros no acertaban en el blanco y se convertían en un peligro amigo. Por otro lado, las infalibles balas nazis provocaban la caída hacia el vacío, bajo las estrellas del norte, de algún legionario.

El teniente Maurin veía ascender a sus hombres. No habían cubierto ni cien metros entre las piedras y ya sólo le quedaban veinte con vida: diez franceses, dos polacos, un sueco y siete españoles. Estos encabezaban la fila hacia la cumbre. Necesitaban encontrarse más cerca del nido, por lo que sus granadas

explotaban sin atinar. Una nueva carga de artillería había anulado otra base de ametralladoras. Sólo quedaban dos.

Maurin ya daba por perdida la toma de la 220. Las balas se topaban contra el cuerpo de sus soldados, que se despeñaban montaña abajo. «Sólo quince», pensó. «No llegaremos». Los tres primeros eran exiliados españoles, soldados de un ejército que ansiaba la revancha.

El último tramo de cumbre era menos escarpado; los legionarios conseguían avanzar sin necesidad de clavar los dedos entre los riscos y así liberaron las manos para empuñar el fusil o lanzar una granada. Al mismo tiempo, se volvían más visibles para el enemigo.

Cincuenta metros hasta la base de ametralladoras. Los tres legionarios de vanguardia, protegidos por una roca, se miraron. No pronunciaron palabra. No la necesitaban: habían vivido aquella situación en miles de cotas en España. Pedro, en Valencia. Espallargas, en el Ebro. Gayoso, en Andalucía. Si se lanzaban los tres a la vez, alguno sobreviviría para anular el fuego enemigo.

Nada más les quedaba el alma de la guerra: la iniciativa.

Abandonaron la protección y se abalanzaron.

Contaban con cinco segundos, y lo sabían. Pedro cayó. La sangre le brotó por el abdomen y la cabeza. La nieve se tiñó de carmesí. Dos segundos. Las piernas de Espallargas se plagaron de balas; aún así, siguió avanzando: le impulsaba la imagen de su mujer fusilada en España. Se derrumbó, y hubo más rojo en el blanco. Gayoso asaltó el último nido a bayoneta calada. Sólo quedaba con vida un capitán de la Wehrmacht, que alzó los brazos. El legionario dudó. Su dedo en el gatillo le gritó que había que disparar; sus músculos, que había que clavar la bayoneta en el

corazón; su mente, en cambio, que él era un soldado, no un asesino. Y aceptó al oficial nazi como prisionero.

La cota 220 había sido tomada. En sus riscos yacían setenta y seis legionarios y dieciséis eran republicanos españoles. La 13.ª Semibrigada de la Legión Extranjera podía seguir avanzando hacia el puerto de Narvik.

DÍAS DESPUÉS DE LA HUMILLANTE desbandada en Dunkerque y de la heroica conquista de Narvik, el recién ascendido a general Antoine Béthouard, herido de bala y reposando en un improvisado hospital de campaña en medio de las nieves, no daba crédito al contenido del cable que había recibido de la metrópolis, en el que se le ordenaba el regreso inmediato de la 1.ª División Ligera.

—Imposible —se repetía—. Debo estar delirando.

Arrugó el papel, que quedó encerrado en su puño, y lo acercó hasta el vendaje de la cabeza. Apretó los dientes y no pudo evitar que su mente se trasladase al 28 de mayo. Ese día había ordenado el asalto frontal a Narvik, y los batallones de la 13.ª Semibrigada lo habían conquistado dejando los cadáveres de cientos de sus legionarios sobre nieves y prados.

Él, el general Béthouard, criado bajo los parámetros de la vieja Legión Extranjera, guerreando como un soldado más, había cumplido: el importante puerto de Narvik pertenecía a los Aliados. Había arrebatado el abastecimiento de millones de toneladas de hierro a la Alemania nazi y el punto de control del Atlántico Norte y del Ártico de las manos de Hitler. A lo que había que añadir siete destructores y un submarino U-62 de la Armada alemana hundidos, algo más de cien mil marineros alemanes muertos.

¿Qué habían hecho los generales de los grandes entorchados en Francia? Nada. Dejarse envolver en una bolsa en Dunkerque, perder miles de soldados y material y permitir que los Panzer invadieran la patria.

Él y sus hombres habían completado la misión. Narvik capituló y la 1.^a División Ligera siguió persiguiendo a los nazis entre la nieve y los densos bosques, bajo un sol que nunca se escondía y facilitaba a los Stuka un ataque continuo.

—Y hoy, 7 de junio —clamó el general—, cuando tenemos a los nazis a seis kilómetros de la frontera noruega, se nos ordena replegarnos. —Se incorporó y exclamó—: ¡No es justo, Monclar!

El teniente coronel Raoul Magrin-Vernerey, alias *Monclar*, jefe de la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera, de pie ante la cama del general, ajustó sus gafas. Los músculos de su mandíbula se marcaron poderosos en su seco y moreno rostro.

—Un día más, mi general, y expulsamos definitivamente a los alemanes de Noruega —respondió.

—No nos lo dan. ¡Maldita sea! No nos lo dan.

—¿Ordeno la evacuación, mi general?

Antoine Béthouard no le prestó atención. Permanecía sentado en la cama con el papel en la mano y farfullando contra un interlocutor inexistente: —¿Qué se creían? ¿Qué esto era la guerra del 14? Trincheras tras trincheras. Una guerra de posiciones a la antigua usanza. Nuestros generales se creían napoleones. No lo entendieron. Ahora es una guerra de maniobras —alzó la voz—, de maniobras, coronel. Los jóvenes generales de mi promoción, como De Gaulle, lo hemos repetido hasta la saciedad sin que nos hicieran caso: «Es el momento de unidades combinadas de todas las armas, en las que un grupo bien

preparado es más eficaz que un regimiento...».

Monclar se mantuvo inmóvil ante la descarga de adrenalina del general. No quería interrumpirle; sabía que la orden de retirada le había herido más al general que la metralla enemiga. Atrás quedaban los muertos del terrible asalto a la cota 220, los de la toma de Bjerkvik y Meby, los del asedio a Narvik y los de la cota 457, la persecución de los nazis a través de la nieve, con túneles hundidos, vías de ferrocarril voladas, depósitos, casas, puentes dinamitados. Los cuerpos de cientos de combatientes escandinavos, franceses y españoles cubrían los fiordos de Noruega.

El general calló un instante, miró al teniente coronel y le dijo: —Cumplamos la orden, Monclar. Evacué la 1.^a División con rumbo a Francia.

—¿Algún detalle en especial, mi general?

—Que embarquen primero los cazadores alpinos de la 27.^a, después el material pesado de la artillería y los carros Hotchkiss. El resto de unidades que vayan después.

—¿Y la 13.^a, mi general?

Béthouard tragó saliva.

Le resultaba difícil volver a destinar a aquellos héroes al lugar más peligroso, pero no quedaba más remedio: —Que la 13.^a ejerza de fuerza de demolición —contestó—. Que vuelen todos los metros de vías férreas posibles. Y cuando lleguen a puerto, que el 1.^o Batallón y el de Ultramar aborden en primer término...

De repente, el general guardó silencio, como si repasara sus palabras. Por lo que el teniente coronel intervino: —¿El 2.^o batallón, mi general?

—Que sea el último en abandonar Noruega y cubra la retirada

del resto.

—El batallón de las batallas —murmuró el otro.

—¿Cómo dice, Monclar?

—Pensaba que vuelve a dejar el sino de todos en manos de los republicanos españoles.

—Lo sé, Monclar. Pero si alguien tiene que morir en estos fiordos, que sean ellos. En realidad, ya dejaron sus almas en España.

3

LONDRES, 18 DE JUNIO DE 1940

SIN QUE LO SOSPECHASEIS, comenzó a vislumbrarse una luz en el futuro de todos vosotros —los que os encontrabais en los campos de refugiados de Francia o África, los que os habías enrolado en la Legión Extranjera o en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros y salvasteis el pellejo en Dunkerque o combatisteis en Noruega, los que deambulabais exiliados por tierras francesas, africanas o soviéticas, o los que ya empezaban a conocer los campos de exterminio nazis— catorce meses después del final de la Guerra Civil.

Eran las ocho menos dos minutos de la tarde del 18 de junio de 1940. El general Charles de Gaulle paseó la lengua por sus labios y se ajustó la corbata. No tenía nervios, ni sitio para ellos. «Cuando el futuro de la humanidad está en juego, tampoco hay lugar para la indecisión», se dijo. Se ubicó frente al atril que soportaba los papeles de su discurso y a treinta centímetros del micrófono, tal y

como le habían indicado.

Las ocho. El locutor le presentó, y Charles de Gaulle, a través de las ondas de la BBC, lanzó al mundo, y en especial a los franceses, el mensaje por el que anunció la constitución de la Francia Libre.

Su voz sonó poderosa, como el contenido de sus palabras: —Es cierto que hemos sido sumergidos por la fuerza mecánica terrestre y aérea del enemigo, y seguimos estándolo. Pero ¿se ha dicho la última palabra? ¿Debe perderse la esperanza? ¿Es definitiva la derrota? —Provocó un segundo de silencio, y gritó—: ¡No!

Winston Churchill, que había acudido a la emisora a mostrar su apoyo, se secó la frente con el pañuelo. Su piel se había erizado ante ese «¡No!», y tragó saliva, mientras De Gaulle bajaba el tono de voz, como si quisiera que los oyentes reflexionaran: —Los mismos medios que nos han vencido pueden traer un día la victoria...

El presentador se ajustó las gafas y miró de reojo el reloj colgado en la pared. «Vamos en tiempo», pensó. El discurso continuaba: —Todas las faltas, todos los retrasos, todos los padecimientos, no impiden que existan en el universo los medios para aplastar un día a nuestros enemigos. Fulminados por la fuerza mecánica —alzó la voz—, podemos vencer en el futuro con una fuerza mecánica superior: va en ello el destino del mundo...

El individuo de la cabina observó los dos dedos alzados del presentador —«cuatro, tres, dos...»— y levantó la púa, lista para dejarla caer sobre el disco de vinilo.

—Ocurra lo que ocurra, la llama de la resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará.

La alocución había terminado y *La Marseillesa* ocupó su lugar; el general se puso firmes y llevó las puntas de sus dedos al botón dorado de su quepis con un gesto de absoluta amargura. Su patria había claudicado. Dos días atrás, el mariscal Pétain había firmado el armisticio. Obligado por Hitler, lo habían suscrito en el mismo vagón ferroviario en el que se había firmado la capitulación de Alemania en la I Guerra Mundial.

Finalizado el himno, el locutor dio paso a las noticias de la guerra, anunciando las unidades que ya habían comenzado a mostrar su apoyo a la Francia Libre.

—... y mil trescientos hombres de la 1.^a División del general Antoine Béthouard que se sumarán en breve...

De Gaulle y Churchill comenzaron a despedirse de los periodistas de la emisora. Cuando el general estrechó la mano del director de la BBC, este habló en un francés aprendido durante sus escasas vacaciones en Bretaña: —General, usted ha dicho que se puede vencer a Hitler con una fuerza mecánica superior. ¿A qué se refería?

—A divisiones blindadas perfectamente equipadas.

Contempló extrañado a De Gaulle, y añadió:

—Eso ya existe.

—Pero me refiero a otro tipo. Divisiones de verdad, capaces de derrotar el avance nazi.

—¿Qué tendrían de novedoso?

—El equipo: hombres y máquinas perfectamente sincronizados. Es decir, el armamento y los soldados mejores del mundo.

El director sonrió.

—Ese es el sueño de todo general, pero usted sabe que eso es

imposible.

De Gaulle giró bruscamente su rostro hacia el jefe de la emisora y le clavó la mirada. Churchill llevó el puro a la boca esperando la contestación.

—Mire, hace unos días el capitán Philippe de Hauteclocque se escapó de una prisión nazi. Hoy ya se encuentra en la embajada británica en Lisboa. Próximamente arribará a Londres para sumarse a la Francia Libre. Cuando llegue, hágale usted esa pregunta. ¿Sabe lo que le va a responder?

El director negó con la cabeza, y balbuceó:

—Lo desconozco, general.

—Le contestará con su consabida frase que convertiremos en nuestra divisa: «No me diga que algo es imposible».

CAMPAMENTO DE TRENTHAM-PARK

A LOS SOLDADOS que habían salvado la piel en Dunkerque pronto se les unieron los supervivientes de la 1.^a División Ligera con la 13.^a Semibrigada de la Legión provenientes de los fiordos noruegos. Todos recabaron en el campamento de Trentham-Park, condado de Staffordshire, al sur de Inglaterra.

Después de la Operación Dinamo, los soldados de la Fuerza Expedicionaria Inglesa fueron enviados con sus familiares o a sus nuevos destinos en el interior de la isla. En el campamento sólo quedaban franceses, belgas, exbrigadistas internacionales de la guerra de España enrolados en la Legión Extranjera y los republicanos españoles.

Entre estos paseaba el legionario Gayoso, que lucía en su pecho la Medalla al Mérito Militar por la toma de la cota 220 en Noruega. Era la primera medalla ganada por un español en aquella guerra demente.

De los catorce mil soldados del improvisado campamento, los españoles constituían casi un millar. Pronto se agruparon gracias a esa camaradería que da el haber sufrido dos derrotas y llevar auestas los muertos que jalonan las tierras de España, los fiordos noruegos y las playas de Dunkerque.

Después de varias semanas en el campamento sin que nadie les diese explicaciones sobre su futuro, la mañana del 30 de junio fueron informados de que un general les dirigiría unas palabras.

Ante ellos se presentó Charles de Gaulle. Sobre la tarima, detrás de él, la larga y escuálida figura del jefe de la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera, Monclar, estrenaba galones de coronel al lado de su ayudante Koenig, al que habían ascendido a comandante. El general, sin mucho entusiasmo, habló para todos los soldados, aunque su discurso estaba destinado realmente para los españoles y los exbrigadistas internacionales: —No sois ciudadanos franceses y por consiguiente no estáis sujetos a los mismos deberes morales que vuestros compañeros los cazadores alpinos —tras una pausa corta, prosiguió—: Nada os obliga a uniros a las fuerzas de la Francia Libre, pero os aseguro que no alcanzaré a comprender vuestra posible renuncia a seguir defendiendo la Francia de los Derechos del Hombre...

Hubo murmullos entre los batallones españoles; sin embargo, nadie dio un paso al frente. El rostro del general no ocultó su decepción.

—Ahora nos pides que os echemos una mano —el grito en español provenía del interior de los batallones de la 13.^a—. ¿Qué ayuda nos disteis vosotros contra Franco?

De Gaulle bajó la mirada y comenzó a descender de la tarima. Su gesto abatido señalaba lo evidente: la Francia Libre aún no

tenía ejército. Koenig parecía el más sorprendido; tal vez no había esperado aquel reproche de los héroes que combatieron con él en Narvik. Se quitó el quepis, recorrió con la mano su incipiente calvicie y miró al cielo, quizás emitiendo una plegaria.

La mayoría de los legionarios franceses esperaban que alguien les explicara su actual situación. Habían firmado un contrato que les obligaba hasta el final de la guerra. ¿Significaba el armisticio ese final? Los republicanos españoles y los exbrigadistas internacionales se encontraban en una situación similar, pero en su caso ni siquiera estaban al tanto del siguiente destino.

HABÍAN TRANSCURRIDO DIEZ DÍAS desde la infructuosa visita de De Gaulle y la mayoría de los legionarios opinaban que deberían haberse ido con él. Al fin y al cabo, aunque ese general era un perfecto desconocido para ellos, sabían quiénes eran Monclar y Koenig, oficiales de la vieja Legión, jefes que compartían las trincheras y el hambre con sus soldados y que nunca ordenaban nada que no acometieran ellos mismos en primer término.

El segundo domingo de julio llegó la orden del mariscal Pétain para todos los legionarios: «Embarcarán de inmediato hacia Marruecos...».

—No nos envían a la base de la Legión en Argelia —gritó el sargento Toro Ardura, tu hermano—. ¡Nos lanzan a colaborar con el Eje en Casablanca!

Los republicanos españoles arrojaron las armas al suelo y golpearon las mesas con sus puños; el sonido de sus botas contra el suelo adquirió el estruendo de cientos de caballos en desbandada. Cinco legionarios de la 13.^a volcaron mesas y

comenzaron a prender fuego a las lonas de las tiendas de campaña. El resto se fue sumando al amotinamiento por la decisión del gobierno de Vichy. Y los gritos de protesta salieron de todos los rincones: —¡No iremos a Marruecos!

Tropas inglesas rodearon al millar de españoles sublevados. El comandante al mando efectuó dos disparos al aire y gritó en castellano: —Depongan su actitud o abriremos fuego contra ustedes.

Los ánimos se fueron calmando, los gritos cesaron y todos ayudaron a apagar el fuego con mantas o cubos de agua. Al terminar, el mando británico les ordenó formar y, escoltados por un batallón también inglés, se les condujo a la improvisada prisión militar de Stoke-on-Trent.

Dos días permanecieron encerrados allí en calidad de detenidos. Al cabo de ese tiempo los condujeron de nuevo al campamento. Las tropas de la 1.^a División Ligera, al mando del general Béthouard, habían partido sin los soldados españoles con destino a Marruecos. Ellos se encontraron solos en el campamento, sin armas ni unidad ni jefes ni bandera.

—Deberíamos habernos unido a De Gaulle —murmuraban algunos.

—No le conocemos. Puede ser igual o peor que Pétain —respondían otros.

—Aunque así sea, sabemos quiénes son Monclar y Koenig. Si ellos están con De Gaulle, nosotros también deberíamos.

Pero un comentario de Gayoso, al que todos respetaban por ser el primero en portar una medalla al valor, les hizo reflexionar: —Es curioso. Ahora Francia está como nosotros, con un gobierno en el exilio.

«Gobierno en el exilio», había dicho. Y algo ocurrió en el interior del alma muerta de aquellos exiliados. Con aquel argumento comenzó la disidencia en sus filas; la primera llegó de boca de los que obedecían las consignas del Komintern: —Hay un pacto de no agresión entre la URSS y Alemania. Los comunistas bajo ningún concepto nos sumaremos a De Gaulle. Es lo mismo que Hitler o Pétain.

Pero la consigna no fue aceptada por la mayoría. Y en silencio, sin que nadie les ordenase nada, volvieron a organizarse según sus batallones de reenganche: el entrenado en Fez, el de Colomb-Béchar y el 11.º de Ultramar.

Más de medio millar de soldados españoles que no había embarcado hacia Casablanca se colocó en posición de firmes en cuarenta y una filas de doce hombres. Al frente de cada una se encontraba un soldado de primera, un cabo, un cabo primero o un sargento, pero ningún oficial, ya que no habían ascendido hasta ese rango ni uno de los republicanos. Delegaron la voz en un antiguo teniente, tu hermano.

Sin romper la formación, exigieron a los ingleses que se presentase ante ellos un jefe de la Francia Libre. A su lado, sentados en el suelo en señal de protesta, cuatrocientos soldados españoles de filiación comunista que se negaban a unirse a la formación.

A las ocho, después del redoble, la figura del comandante Koenig cruzó la puerta de Trentham-Park. Encontró a los soldados enhiestos, inmóviles, con sus ropas sucias, deshilachadas, y su mirada enfocada al sol. Ante ellos, clavadas en el suelo, dos banderas: la de la II República española y la tricolor con la Cruz de Lorena, la de la Francia Libre.

Fran salió de la alineación y se adelantó unos pasos, dirigiéndose a Marie Pierre Koenig. Se cuadró a cinco metros de él y gritó: Mi comandante, quinientos noventa y dos republicanos españoles de los batallones 1.º, 2.º y 11.º, en formación. Esperamos órdenes.

La Francia Libre ya disponía de sus primeros soldados españoles.

5

SALIDA DE MORAND

EN EL VERANO DE 1940 sólo os llegaban al campo de Morand noticias parciales o tergiversadas. Lo que estaba muy claro es que Francia, vuestro suelo de acogida, se hallaba dividida en tres territorios: el norte ocupado por Hitler; en el sur, el régimen de Vichy, que consiguió sobrevivir gracias al armisticio claudicante firmado por el mariscal Pétain; y la Francia Libre en el exilio. Desconocías a cuál de los tres pertenecía Morand.

A las noticias y rumores se sumaron más grupos de trabajadores —aunque en realidad eran prisioneros de los colaboracionistas de Vichy o exiliados de los países arrasados por las fuerzas de la Wehrmacht— llegados de los territorios del sur francés, los del norte se convirtieron en huéspedes de los campos nazis.

En el contingente de finales de junio, llegó un muchacho, también español. Se llamaba Luis, pero lo apodasteis *Gitano* por

su tez morena, sus ojos enormes que parecían no pestañear nunca y destacaban aún más en su rostro enjuto. Era tan delgado como tú, y andaluz, nacido en una calle perdida de la judería o morería, como aseguraba él, cordobesa.

Durante las gélidas noches en vuestro pequeño barracón en Morand, te narraba su odisea, que no dejaba de asemejarse mucho a la tuya, a la de tantos: —El avance de los nacionales nos obligó a recorrer España hasta Barcelona y, a su caída, debimos atravesar la frontera. Los exiliados en Francia éramos legiones; dicen que casi medio millón. Nos alojaron en los campos de refugiados de Argelès, Saint-Cyprien o Barcarès. Sólo veíamos la arena de la playa y las alambradas...

Después de un año rodeado de ancianos o enfermos, pero todos mayores que tú, por fin habías encontrado a alguien de tu edad. En el tiempo transcurrido, ya no quedaba nadie de tu generación: todos los jóvenes se habían alistado en la Legión Extranjera.

—Todo lo que no es de nadie es de la Legión —te arengaba Luis, que evidenciaba intenciones de alistarse, lo que terminó por confesar una noche en la que aún su cuerpo no se había repuesto del castigo al *pozo* que un gendarme le impuso por retrasarse unos minutos al incorporarse a la fila de trabajo.

—En cuanto tenga una oportunidad, me enrolo —te dijo entonces—. No estoy dispuesto a repetir los sufrimientos de Saint-Cyprien.

A ti, la idea de luchar bajo una bandera que no sentías como propia no te seducía. Además, ¿a quién servía ahora la Legión Extranjera? ¿A Hitler o a Pétain y su régimen claudicante de Vichy? Lo cierto es que no estaba bajo las órdenes de la Francia Libre. ¿O

sí?

Dos acontecimientos, el último día que Gitano había decidido permanecer en Morand, modificaron tu opinión. El primero ocurrió cuando una unidad de legionarios, que incluía exiliados españoles, acampó en las cercanías. Ahí fue donde volviste a encontrarte con el mayor Amado Granell del Batallón Hierro en la Guerra Civil. Su voz transmitía la misma generosidad de siempre, pero su rostro se veía muy moreno, seco, con arrugas profundas. Y no eran estos los únicos cambios. Al presentarse ante vosotros, anunció: —Soy el teniente Granell de la...

«¿Qué habrá pasado para que lo degradasen?», te preguntaste, aunque apartaste ese dato de tu mente pues preferías atender a las condiciones de alistamiento que había comenzado a exponer.

—... firmaréis por cinco años y os darán una prima de enganche de quinientos francos. Después os pagarán otros doce diarios; diez irán a vuestras familias y dos para vosotros.

Aquello se apartaba mucho del franco —a veces, incluso medio franco— de las Compañías de Trabajadores Extranjeros. Pero lo que de verdad te convenció fue lo que añadió Granell: —Si vuestra familia se encuentra en un campo de internamiento, la liberan y le pagan el alquiler de la vivienda en la que se alojen. Y, si lo deseáis, al terminar los cinco años de contrato recibiréis la nacionalidad francesa.

Agregó que su unidad tenía como misión la custodia de la Línea Mareth, aquellos treinta y cinco kilómetros de fortificaciones cerca de Medenine. Sólo quedaba que te entregasen el contrato para firmar, cuando Granell te regaló aquellas palabras: —Cada mes os darán un permiso de tres días que la mayoría disfrutamos

en Orán.

Orán: la cárcel, tu madre y hermana. Un año sin saber de ellas podía superarse, y no sólo eso: su liberación del campo de refugiados estaba solucionada. Ya no lo dudaste: te alistarías en la Legión Extranjera francesa, aunque fuese bajo una bandera que no te gustaba, la del régimen de Vichy. Gitano te acompañó.

Muchos años después de ese día, con la II Guerra Mundial terminada y la independencia de las colonias francesas en África, cuando Argelia finalizó su guerra y la situación política se tranquilizó en el Magreb, recorrí los inmensos arenales desde Marrakech a Túnez. Mi objetivo no sólo era reconstruir tu vida, querido Nico, también vuestra historia y saber lo que se sentía por los caminos de la diáspora. La memoria es corta y apenas encontré huellas de las batallas y del sufrimiento. Hasta las alambradas de Morand, Suzonni, Bou Arfa habían desaparecido y en los campamentos de Kasserine, Gabes o Maknassy ya no quedaba nada. Los únicos restos los encontré en las estrechas y empedradas calles de Orán, Tetuán, Casablanca o Tánger, donde aún subsistían colonias españolas integradas en su parsimonioso transcurrir diario y, a veces, en los patios interiores de sus viviendas se rememoraban los años pasados y el dolor acudía a sus mentes hiriéndolos como el filo de una gumiá bien afilada, sin que eso les impidiera caminar.

Aunque esto es en la actualidad y volveré a ello según avance el relato de vuestra gesta, lo que nos interesa ahora es saber que aquella unidad al mando del teniente Amado Granell, que había acampado al lado de Morand, partió con dos voluntarios la madrugada de aquel martes, 6 de agosto de 1940, rumbo a las fortificaciones de la Línea Mareth.

6

LONDRES, 6 DE AGOSTO DE 1940

ESE MISMO DÍA de tu ingreso en las filas de la Legión Extranjera, a miles de kilómetros de vuestra posición, se produjo un hecho que cambiaría tu destino y el de todos los exiliados españoles, conduciéndoos a la gloria y convirtiéndoos en el mar de todos los puertos.

El número 4 de Carlton Gardens, despacho del general Charles de Gaulle, se había convertido en la sede provisional del gobierno en el exilio de la Francia Libre y en el cuartel general de las Fuerzas Francesas Libres en Londres. En el ventanal ondeaba la bandera tricolor francesa con la Cruz de Lorena —en otros tiempos, Cruz de Anjou—, y tres mandos militares ultimaban detalles sobre las nuevas campañas: el general De Gaulle, el general Gonflard, jefe de destinos, y Philippe de Hauteclocque, recién ascendido a comandante.

—Su misión es presentarse en nuestras colonias en África

Ecuatorial —explicó el general De Gaulle a De Hauteclocque—. Y anexionarlas para la causa aliada, arrebatándoselas al régimen de Vichy.

—¿De cuántos hombres dispongo, mi general?

—De novecientos setenta, ni uno más. Nos quedan dos mil setecientos, pero los necesitamos para la campaña de Dakar. A lo largo de su expedición deberá ir incrementando sus fuerzas con indígenas que operan en la zona y con todos los desertores de la Legión Extranjera de Pétain. —De Gaulle le entregó un documento, y añadió—: Su nueva identidad.

El vizconde de Hauteclocque ojeó el carnet falsificado.

—François Leclerc —dijo—. Vaya, un apellido plebeyo de la Picardía.

—Acostúmbrese a ese nombre. Nos hallamos en el exilio y revelar nuestra verdadera identidad puede llevar las represalias nazis o de los seguidores de Pétain a nuestras familias. El régimen de Vichy ya ha dado oficialmente por muerto al capitán Philippe de Hauteclocque; no debe saber que está vivo y es el comandante Leclerc.

—¿Cuáles serán mis primeros pasos, general?

A un gesto de asentimiento de Charles de Gaulle, intervino el general Gonflard: —Debe reemplazar a todos los gobernadores hostiles o atraer a los indecisos de la África Ecuatorial Francesa hacia la causa de la Francia Libre. —Y se atusó el mostacho.

La mueca de desconcierto de Leclerc no pasó inadvertida para De Gaulle.

—¿Qué le preocupa, comandante?

—Va a ser muy difícil convencerles, mi general. Recuerde que casi todos ostentan el grado de teniente coronel. No aceptarán los

argumentos de un comandante.

—¿No estará sugiriendo que se le ascienda a coronel? —intervino malhumorado Gonflard.

—No —replicó rotundo Leclerc—. Me ascenderé yo mismo.

—Pero... —balbuceó Gonflard ante la sonrisa de De Gaulle. Luego, desde su metro noventa, preguntó incrédulo—: ¿Qué está diciendo este pequeño comandante?

—Las divisas de un comandante de Caballería son cuatro galones blancos; las de coronel, cinco. Me añadiré uno más.

—¿Se lo va a consentir, mi general? —exclamó Gonflard fuera de sí.

—Audacia y firmeza. Veo que siguen siendo sus pautas de conducta, comandante —dijo De Gaulle—. Un comandante con galones de coronel... Si da resultado, tiene mi visto bueno.

—¿Cuándo he de encontrarme preparado?

—Su marcha estaba prevista para dentro de diez días, pero... —De Gaulle miró el vendaje en la cabeza de su interlocutor y se percató de que, durante el rato que llevaban hablando, se había mantenido erguido con la ayuda de un bastón— si sus heridas no han sanado, podemos retrasar la...

—Mi general —interrumpió su subordinado—, ¿dispondré de soldados españoles en mi columna?

—Por supuesto, aunque apenas queda medio centenar huido de las Compañías de Trabajadores Extranjeros. El resto se unió a la 13.^a Semibrigada del coronel Monclar y su ayudante, el comandante Koenig. Se entrenan en el campamento de Trentham-Park para desembarcar en Dakar a mis órdenes.

—No le entiendo a usted —intervino Gonflard dirigiéndose a Leclerc—, como no entiendo ni a Monclar ni a Koenig. «Tropa

magnífica, legendaria», los llaman. ¿Por qué les tienen tanto aprecio a esos hombres? No son soldados, son una banda indisciplinada que no sabe combatir. A veces pienso que el mariscal Pétain tenía razón cuando los bautizó como el «ejército de ratas».

—¿Está usted seguro, mi general? —preguntó el herido sonriendo.

—Por supuesto, discuten todas las órdenes, lo que hace perder tiempo en las intervenciones. No sirven para un ejército regular.

—Con mis respetos, general: ¿cuánto tardó Alemania en caer en manos de los nazis?

—Usted lo sabe, comandante. —Y se atusó de nuevo el bigote antes de añadir—: Unas elecciones.

—¿Cuánto se retrasó Italia?

—Una marcha sobre Roma.

—¿Y cuánto resistió el invencible ejército francés de nuestros aristocráticos, antediluvianos y entorchados generales el avance de los Panzer?

Gonflard encendió un cigarro, expulsó el humo y respondió: — Dos meses.

—Perdone que le corrija, mi general. Fueron sólo cincuenta y cuatro días.

—Pues cincuenta y cuatro días —respondió molesto Gonflard.

—¿Lo ve, mi general? —dijo el recién bautizado como Leclerc, cuya sonrisa se volvió más amplia—. Los exiliados españoles resistieron tres años el avance conjunto de cuatro ejércitos: Franco, Salazar, Hitler y Mussolini. Y es el día de hoy que aún no se han rendido ni han firmado un armisticio vergonzante.

—¿Qué insinúa con eso, pequeño Hauteclocque?

—Contra el fascismo, mi general, ellos son los mejores soldados del mundo.

LA LEGIÓN DE PÉTAİN

LA LÍNEA MARETH fue vuestro destino, después de firmar un contrato por cinco años y recibir los quinientos francos de enganche. No os sometieron a un periodo de entrenamiento. La simple mención de que habíais combatido en la guerra de España alcanzó para que os entregaran un fusil y un radiante uniforme de legionarios.

A lo que no te acostumbraste fue al quepis y a recitar de memoria los artículos del Código de Honor del legionario, cosa que sólo conseguiste cuando hubiste sustituido en tu mente el nombre de Francia. Entonces comenzó a tener sentido el artículo primero: «Legionario, tú eres un voluntario sirviendo a *España en el exilio* con honor y fidelidad». El séptimo era universal y para abrazarlo no necesitabas cambiarle nada: «En combate respetarás a los enemigos derrotados y no abandonarás nunca ni tus muertos, ni tus heridos, ni tus armas».

Noche tras noche, recitaste el Código en el puesto de guardia. Si algún oficial te lo preguntaba, no se podía titubear. Sin embargo, tu mente se concentraba sólo en tu madre y tu hermana: por fin veías la posibilidad de rescatarlas de la cárcel de Orán. Escribiste al mando militar de la ciudad interesándote por su suerte. Sabías que esa vez tu súplica iba a lograr una respuesta, no como los veinte intentos desde Morand, porque la avalaba el teniente Granell de tu compañía.

Y la contestación llegó:

«... Las internas Marta Torres López y Lucía Ardua Torres fueron trasladadas con fecha 10 de enero de 1940 al campo de refugiadas de Carnot...».

Habían transcurrido siete meses, pero eran buenas noticias. Aquel «fueron trasladadas» indicaba que tu hermana estaba con vida. A partir de ese momento, el tiempo comenzó a transcurrir muy, pero que muy despacio. No veías el instante de un exiguo permiso para escapar en su búsqueda.

Arena y tedio: eso era lo que soportabais en los búnkeres de la Línea Mareth. Las fuerzas italianas que veáis moverse al otro lado no os preocupaban; se suponía que constituían aliados vuestros. Mejor dicho, aliados de Vichy.

El verdadero enemigo se encontraba en el infierno de día, el frío helado por las noches y los escorpiones y culebras todo el tiempo. Y más arena, que inutilizaba fusiles y el motor de los todoterrenos y de los blindados.

Lo que más odiaban los legionarios eran las guardias nocturnas. A cambio de tres francos, se las hacías tú. Además de

tu sueldo mensual, un extra de más de cien francos se añadía a tus ahorros, cuyo destino sería la liberación de tu familia y sus necesidades posteriores.

Una noche desdibujada en tu mente y borrada por el siroco, el jefe de sección en persona, el teniente Granell, inspeccionaba los puestos de vigilancia.

—Soldado Ardura, ¿cómo es que está de centinela? Usted no figura en la Orden de Servicio.

No obtuvo respuesta. Tampoco la necesitaste, pues Granell se imaginó lo que ocurría. El régimen disciplinario de la Legión te condenaría a los calabozos por un periodo largo.

Sin embargo, no fue así. Los oficiales dudaban sobre a quién ascender a soldado de primera; el hecho de que te ofrecieras para sustituir a tus compañeros en las guardias les resolvió: eras el soldado más dispuesto al servicio de armas.

UN 9 DE SEPTIEMBRE DE 1940, lunes, tu nombre apareció en la relación de ascensos. A partir de entonces lucirías un galón quebrado de color rojo. Y lo mejor: un permiso de una semana.

Corriste hacia el campo de refugiados de Carnot, acompañado por Gitano. Llevabas más de un año sin verlas, pero la imagen de sus rostros el día que os separaron en Orán no se te había borrado de la cabeza: tu madre despeluchada y llorosa, pasando un trapo húmedo sobre la frente sudorosa de Lucía, que tiritaba.

Veinticuatro horas después os hallabais en Orán buscando un medio de transporte que os acercase hasta Carnot. No había ninguno hasta el día siguiente; a primera hora, tomaríais un autobús que os dejaría muy próximos al campo, pero hasta

entonces deberíais esperar.

Luis y tú recorristeis las callejuelas oscuras con vuestro impecable uniforme de legionarios, mientras las gentes se apartaban de vosotros. La fama de violentos, de carentes de principios y escrúpulos y hasta de asesinos de los soldados de la Legión Extranjera os precedía.

—¡Eh! ¡Soldaditos! —llamó, en castellano, una voz femenina—. ¿Os apetece pasar un buen rato?

Una señora gruesa, de cara agradable y con las pestañas y labios pintados en exceso, os requirió desde la ventana de un primer piso.

—¿Cuánto? —preguntó Luis.

—Un franco —respondió—. Lo más barato y bonito de la ciudad.

Gitano enfocó hacia ti sus enormes ojos interrogativos. Un franco era la paga de un día en las Compañías de Trabajadores Extranjeros. Negaste en silencio.

—Muy caro para nosotros —respondió Luis, mientras le decía adiós con la mano.

—Un franco, los dos —regateó la mujer.

Gitano te miró una vez más, casi suplicándote.

Tal vez fue a causa del artículo cuarto del Código: «Cada legionario es tu compañero... Tú lo manifestarás siempre en la estrecha solidaridad que debe unir a los compañeros de una misma familia». Te encogiste de hombros y Luis esgrimió una gran sonrisa.

Nunca habías estado con una mujer y te faltaba valor, pero te limitaste a seguir a Gitano por unas escaleras de madera carcomida. Olía a té recién hecho y a sudor pegado en los muros.

La puerta del primer piso se abrió y la mujerona de la boca y los párpados muy maquillados os hizo pasar.

—Estaba segura de que erais españoles.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Luis.

—Da igual la edad que se tenga. A los españoles se nos nota en la cara un estado permanente de mala leche.

—Así que compatriota... —comentaste.

—Claro, hijo.

—¿Cómo se llama?

La señora sonrió ante tu pregunta, que le debió parecer estúpida, y respondió: —Puedes llamarme *compañera puta*.

—¿Compañera pu...? —balbuceaste.

—Dejemos las presentaciones y vayamos a los nuestro. —Y extendió la palma de la mano, donde Gitano depositó un franco.

—Esta vez invito yo —te dijo.

—Hala, pasad a la habitación del fondo.

Seguiste a Luis, que parecía conocer bien los entresijos de los lupanares.

Os recibió una habitación iluminada por tres velas sobre un candelabro que reposaba en el suelo: cortinas granates y un colchón grande de lana con sábanas que parecían limpias, pese a algún agujero de cigarro.

—Iros desnudando mientras traigo la palangana —ordenó, y se perdió por el pasillo.

Luis comenzó a quitarse la ropa. Al notar tu inmovilidad, gritó: —¡Ardura, cojones! No pensarás joder con el uniforme puesto.

La prostituta retornó con un recipiente lleno de agua.

—Lavaros el trasto —exigió, apoyando la palangana en el suelo. Entonces contempló vuestros escuálidos cuerpos desnudos

—. ¿Cuántos años tenéis?

—Diecinueve —respondió Gitano.

—Espero que no sea la primera vez... —dijo, pero le bastó un vistazo a tu parálisis frente a la palangana para corregirse—: Tú eres primerizo, no lo puedes negar.

No contestaste y ella comenzó a desnudarse. Después se tumbó en la cama con las piernas abiertas; sus muslos eran enormes y sus pechos bailaban como flanes.

—¿Quién va el primero? —preguntó.

—Yo mismo —respondió Luis.

Se tumbó encima de ella y empezó a mover el trasero de arriba abajo, jadeando. Ella, entretanto, mordisqueaba un dátil.

—A ver. Tú, pasmado, acércate —te llamó al terminar de comerlo.

Obedeciste. Cogió tu miembro y se dispuso a masturbarte. Luis seguía con su cabeza entre las tetas, ajeno a lo que te hacía la *compañera puta*.

Tu trasto, como lo denominaba ella, adquirió rápidamente una posición más digna. Luis había terminado.

—Hala, colócate encima —te ordenó.

Apenas introdujiste el miembro, eyaculaste.

—Así terminamos antes —remató ella, y te apartó de encima.

Luis ya se había vestido. Tú, sonrojado, lo imitaste.

—¿Sabe dónde podemos encontrar una pensión para pasar la noche? —preguntó Gitano.

—Por otro franco, podéis quedaros aquí.

Aceptasteis; esa vez pagaste tú. La mujer regresó a la ventana a seguir llamando a clientes.

Apenas dormiste en toda la noche, tal vez a causa de tu

ansiedad por el encuentro con tu familia o por lo frustrante de tu primera incursión en el sexo.

AL DÍA SIGUIENTE llegasteis al campo de Carnot al mismo tiempo que una columna de mujeres en alpargatas deshilachadas caminaba con calderos hacia unos pozos, bajo la vigilancia de gendarmes.

Escudriñaste sus rostros; sus ojos saltones resaltaban en sus caras huesudas y sus miradas reflejaban demencia. Tu madre y tu hermana no se encontraban en aquel pelotón.

Os acercasteis a las alambradas. Un camión con gendarmes recorría el cercado, no se trataba de una patrulla de vigilancia: lanzaban panes al interior del campo. Las mujeres, vestidas con andrajos repletos de parches multicolores corrían de un lado a otro para recoger un trozo.

Introdujiste tus dedos entre los huecos de los alambres y los apretaste con rabia, sin que las espinas que se clavaron en tu palma te produjeran dolor. Pegaste la frente al cerco, y lloraste.

—Ya verás cómo están vivas —te consoló Gitano acariciando tu cabeza pelada.

Como si te hubiesen cosido a la alambrada, no te apartaste de ella. Frente a ti, cochambre, desesperación, hambre y arena.

De pronto una voz femenina te rescató del atontamiento: — ¿Nico?

«No puede ser», te dijiste. Las únicas personas que te llamaban así eran tu hermana y tu madre. Te giraste hacia la voz, y la viste: escuálida, con sayas y pañoleta negras bajo un sol emanado del averno y sus grandes y negros ojos resaltaban en su

afilado rostro... ¡pero viva!

—¡Lucí!

—¡Qué felicidad! Madre y yo pensamos que te habíamos perdido para siempre.

Apoyaste sus dedos sobre los tuyos a través de la alambrada, y apretaste. Arrimó sus labios a uno de los huecos y te besó la frente. Llorasteis.

Comenzó a contarte cómo había ido saliendo a flote de su enfermedad.

—Eran las bombas, Nico, las causantes de mis temblores. Aquí ya no las oigo; por eso parece que me he curado, pero cuando regresen no sé si...

Gitano no quitaba sus ojos de tu hermana, que continuaba narrando cómo habían sido capaces de sobrevivir.

—Los únicos en brindarnos su apoyo fueron cuáqueros americanos de la American Friends Service Committee, que nos ayudaron sin esperar contraprestaciones, ni siquiera nuestra *conversión*. Traían lana para que las madres tejieran prendas para sus hijos y...

—Lucía, ¿con quién hablas?

Era la voz de tu madre. No te había reconocido, medio oculto por el cuerpo de tu hermana y con la otra mitad clandestina en el traje de legionario.

—Es Nico. —Y se apartó para que tu madre te viese.

No hubo saludo ni lágrimas de su parte.

—¿Qué haces enrolado en la tropas colaboracionistas de Pétain?

—Lo hice para que os dieran la libertad.

—No queremos ser libres a costa de colaborar con el régimen

de Vichy.

—Déjame intentarlo. Si lo consigo, después deserto...

—Ustedes —clamó un gendarme a tu espalda—, apártense de la verja o disparamos.

TIERRA DE NADIE

MIENTRAS ESO OS OCURRÍA en las alambradas del campo de Carnot y tu hermano se sumaba a la Francia Libre en el sur de Inglaterra, en un lugar perdido u oculto del Camerún o el Gabón o en medio de ambos o de ninguna parte con nombre propio, se asentaba uno de los batallones coloniales de la Legión Extranjera y lo que en ellos pasó sería el germen de vuestro asalto a los cielos.

Los que habían regresado vivos de allí dijeron que se hallaba «en el manglar cerca del estuario del río Muni»; «incrustado en las piedras de los Montes Cristal», alegaron los que nunca lo visitaron; «con los dioses vengativos, en la cumbre del Iboundji», murmuraban los nativos; «en un valle profundo del Ogooué», publicitaban en la Legión. Cualquiera que fuese su ubicación exacta, sólo había una cuestión clara: nadie la conocía.

Aquel sábado 14 de septiembre de 1940, a las cinco de la mañana y en medio del diluvio, el estruendo de la trompeta

despertó a aquel batallón. Media hora más tarde sonó el redoble y en la torre de vigilancia se izó la bandera tricolor francesa sin la Cruz de Lorena.

La orden de reunión urgente para los mandos militares corrió por todos los barracones a las seis. El comandante les convocaba después del desayuno. Sus oficiales, como siempre, llegaron puntuales.

El comandante Decoux, un joven que nunca había combatido en guerra alguna y que se encontraba allí para ganar méritos ante su aristocrática familia, les esperaba de pie con una vara en la mano, junto a dos grandes planos: uno de Francia y otro de África. Sentados, tres tenientes y un *adjudant-chef*^[1] Estos cuatro tenían en común las largas y pobladas barbas que ocultaban la parte superior del pecho; en cambio, la mandíbula del comandante sólo parecía manchada de motas de pelo.

—Señores —dijo—, les he llamado para trasladarles nuestra situación. —Se acercó al plano de Francia y señaló con el báculo una franja del país separada del resto por una línea azul—. Aquí ven la zona ocupada por los alemanes; abajo tenemos el área de Francia que ha firmado el armisticio con ellos y que ha establecido la capital en Vichy. La Francia que conocimos ha sido dividida en dos.

—En tres. Se olvida usted de la Francia Libre —intervino desde el grupo el *adjudant-chef* Miguel Campos, un canario veterano de la Guerra Civil española y enrolado en la Legión Extranjera para evitar los campos de internamiento.

—Ni la tendremos en cuenta. No son más que *los aventureros de Londres*, como les llaman desde Vichy. No se olvide de la estrepitosa derrota sufrida por el general De Gaulle al

desembarcar en Dakar —respondió el comandante.

Decoux se acercó al otro mapa. Mientras, en la sala de reuniones, los murmullos entre los mandos habían comenzado. El comandante, señalando una zona sombreada al lado del río Congo, continuó: —Veamos ahora la situación en el África Ecuatorial Francesa. De Gaulle envió al coronel Leclerc con orden de anexionar nuestros territorios a su aventura. El 26 de agosto, el Chad y Camerún mostraron su adhesión. El 28, se unió el Congo. Y el 29, lo hizo Oubangui-Chari.

Ante el asombro del resto, Campos volvió a intervenir.

—Mi comandante, eso significa que si se suma Gabón a las fuerzas de Leclerc, el territorio del África Ecuatorial sería el de la Francia Libre.

—Efectivamente, *adjutant-chef*.

—¿Cuál es la posición de las autoridades gabonesas? —preguntó de nuevo Campos.

—Mantenerse al lado del gobierno de Vichy. Así lo ha manifestado el gobernador Masson y ha sido respaldado por el general Tetu desde Libreville.

Hubo murmullos en la sala. Uno de los tenientes, cuya barba sólo había dejado un hueco para los ojos, levantó su exiguo cuerpo del asiento y alzó la voz: —Si no me equivoco, mi comandante, lo que está ocurriendo en esta guerra es que África ha cobrado importancia como teatro de operaciones.

—Así es, teniente. Tengo la impresión de que Leclerc intentará unir el África Ecuatorial Francesa y luego lanzará su fuerza armada hacia el Mediterráneo. Por su parte, ante el fracaso de De Gaulle en el desembarco de Dakar, los ingleses, tarde o temprano, prepararán un desembarco en el norte de África. Entre los dos

querrán estrujar en una pinza a los italianos y, si no lo evitamos, a nuestras fuerzas en Argelia.

—La verdad es que nuestra posición es delicada —se lamentó el teniente—. Nos vamos a encontrar entre dos fuegos sin saber a qué carta quedarnos.

—No es delicada, teniente —corrigió Decoux—. Está muy claro que nosotros servimos a las fuerzas del mariscal Pétain y hemos de hacer frente a los aventureros de Londres.

El *adjutant-chef* levantó la mano. Destacaba del resto de sus delgados compañeros por sus hombros anchos, su mandíbula cuadrada, apenas disimulada por la barba, y sus manos, semejantes a las zarpas de un oso.

—Hable, Campos —ordenó el comandante.

—Quería preguntarle cuál será nuestra misión.

—De momento, cavar trincheras, minar una franja de cien metros y colocar trampas en la selva en una zona de quinientos metros alrededor de nuestra posición.

—Usted cree que... —el teniente no pudo terminar, interrumpido por el comandante: —No lo creo, teniente. Estoy seguro de que De Gaulle, desde Duala, ordenará a Leclerc, con la Agrupación M, y a la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera, lanzar sus hombres contra nosotros.

—¿La 13.^a? —inquirió extrañado Campos.

—Sí, *adjutant-chef*. ¿Algún problema?

—En la 13.^a hay españoles de las campañas de Noruega y de Dunkerque.

—Pues se equivocaron de bando. ¿Qué le preocupa?

—Los españoles ya sufrimos una Guerra Civil. Los que nos hemos enrolado en este batallón no estamos dispuestos a luchar

de nuevo contra compatriotas.

—Se olvida de que firmaron por cinco años con la Legión y han de luchar contra quien se les ordene.

—Los españoles, le repito, no estamos dispuestos a volver a matarnos entre nosotros.

—*Adjudant-chef* —contraatacó el comandante—, usted y sus compatriotas tienen de plazo hasta que nos ataquen. Si en ese momento sigue pensando igual, ordenaré fusilarlos a todos.

—Mi comandante —llamó Campos, y se cruzó de brazos—, puede ordenar que me fusilen ya. No disparé contra españoles que han combatido en la Guerra Civil y son héroes de la campaña Narvik.

—*Adjudant-chef* —gritó Decoux encolerizado, acercándose a grandes pasos y apuntando a Campos con el dedo—, no se lo repito más: ¿está usted con el régimen de Vichy o he de considerarlo un desertor como a De Gaulle?

Campos clavó su mirada en el imberbe comandante y presintió que temblaba encolecido como un niño mimado al que niegan su juguete. Con calma, le espetó: —Ordene arrestarme.

—Tenientes —llamó el comandante a los dos oficiales que habían guardado silencio en la disputa—, arresten al *adjudant-chef* y trasládenlo al calabozo de tropa.

Los oficiales extrajeron la pistola de la cartuchera de Campos, que no se resistió.

—Camine delante de nosotros —ordenó uno de ellos.

Antes de abandonar la estancia, Campos se giró y sentenció: —Mi comandante, recuerde este día y mis palabras: ningún español libre volverá a pelear contra otro.

MESES DE DOLOR

AJENO A LO QUE OCURRÍA en el estuario del río Muni a las faldas de los Montes Cristal, el otoño había entrado helado en las noches de vigilancia estática en la Línea Mareth. Aún continuaban los picores insufribles de lo que os había contagiado la *compañera puta* en Orán. Azufre y más azufre era lo que recomendaban los legionarios veteranos que habían sufrido en sus partes un episodio similar.

Llevabais días en los que se veía poco movimiento en el lado italiano. Los escasos soldados que habían quedado en la guarnición os dijeron que Italia había lanzado su potente 10.º Ejército sobre las bases inglesas en Egipto: medio millón de soldados para arrebatarse a los británicos el Canal de Suez.

Otras dos noticias se sumaban a aquella. La primera refería que De Gaulle había fracasado en su desembarco en Dakar. «Los aventureros de Londres han sido derrotados por el régimen de

Vichy», se corría la voz entre vuestras posiciones ante los vítores de los oficiales franceses leales al mariscal Pétain y el desinterés de los españoles exiliados y de los soldados tunecinos. La segunda daba cuenta de que Japón unía sus fuerzas a Italia y Alemania.

Lo anterior provocó la restricción de los permisos al tiempo que se incrementaban las maniobras con fuego real. El fusil que te habían entregado, comparado con el viejo Máuser que usaste en las trincheras del Ebro, era una joya. Conseguías hacer blanco a cien metros sin fallar un tiro. Pronto el teniente Granell aumentó esa distancia en cincuenta metros más.

—A ver ahora —dijo.

Disparaste, e hiciste blanco. El teniente, sonriendo, añadió: — Tenemos un tirador selecto en usted, soldado de primera Ardua.

Entre el azufre, los picores insoportables, las prácticas de tiro oficiales a blancos de papel y las oficiosas a los alacranes, además de las interminables guardias nocturnas, los meses de septiembre y octubre de 1940 transcurrieron despacio.

Sólo en el puesto de centinela te encontrabas a gusto, porque por las noches repasabas los detalles del momento en que volviste a ver a tu madre y tu hermana con vida, cuando Gitano y tú fuisteis a Carnot.

—Apártense de las alambradas o disparamos —os habían gritado los gendarmes.

Les explicaste que erais legionarios con destino en la Línea Mareth y que habíais acudido allí porque te habían asegurado que a los familiares encerrados en los campos de refugiados de los soldados enrolados en la Legión Extranjera se les concedía la libertad.

—Para eso han de ver al capitán del campo —respondieron,

indicando un cobertizo de madera y hierro anexo a los grandes barracones de tropa, antes de escoltaros hasta él.

Aquel a quien habían encargado la vigilancia de ese despropósito era un capitán de Infantería, según revelaban los tres galones amarillos que lucía en las hombreras.

Era un individuo grueso, que transpiraba sin cesar y de continuo se pasaba el pañuelo por la frente.

—Así que quiere liberar del campo a su familia. Me parece muy bien, menos costes para el gobierno de Vichy —opinó.

—¿Cuándo será?

—En cuanto usted traiga mil francos, yo acelero los trámites... Supongo que me entiende.

Entendiste a la primera que, en las guerras, los sinvergüenzas proliferan como los champiñones.

—¿Cuándo cree usted, soldado de primera Ardua, que puede reunir esa cantidad? —te preguntó frotando contra su frente el pañuelo húmedo y con los sobacos empapando la camisa.

Pese a los sacrificios, no habrías alcanzado a ahorrar tanto dinero. Sin demora, tu mente sumó ahorros, pagas y guardias de los compañeros.

—A primeros de noviembre.

—Pues entonces se pasa usted por aquí para esas fechas y vamos arreglando los papeles, que su hermana y su madre no se van a ir a ningún sitio. —Y sonrió.

Al salir del barracón te dirigiste de nuevo a las alambradas, donde ellas esperaban el resultado de la negociación.

—Hijo, olvida todo —aconsejó tu madre cuando le relataste la conversación con el capitán—. Deserta de la Legión colaboracionista de Pétain.

Pero miraste a tu hermana. Comprobar que, aunque el hambre continuara, había recobrado la cordura lejos de tanta muerte, te decidió. Conseguirías el dinero que exigía el capitán.

Les pasaste cuanto habías llevado, cien francos, a través de las alambradas.

—Para que podáis comprar algo en el mercado negro.

Los dedos de tu hermana se deslizaron entre los espinos y cogió el dinero.

—A primeros de noviembre volveré y os sacaré de aquí —prometiste.

De regreso a vuestro campamento, Gitano se ofreció a ayudarte a recaudar el dinero.

—No tienes por qué hacerlo —dijiste.

—Es que tu hermana es muy guapa...

—Mi hermana no es para ti —espetaste violentado.

—Ay, ahora resulta que el soldado de primera Ardura tiene reservada a su hermana para un oficial de la aristocracia francesa.

—No seas imbécil —le soltaste.

El caso es que te ayudó, y el último día de octubre contabas con los mil francos que las liberarían.

En la Línea Mareth se gozaba de tranquilidad. Obtuviste el permiso —el teniente Granell te tenía aprecio. En realidad, era una especie de padre para todos los soldados españoles— y, otra vez, el campo de Carnot se convirtió en tu destino.

BANDERA BLANCA

MIENTRAS PREPARABAS TU VIAJE a Carnot, los acontecimientos en el África Ecuatorial Francesa se precipitaban sin llegar aún a vosotros. Era viernes cuando noviembre de 1940 hizo su aparición bajo lluvias violentas y una temperatura de veintinueve grados. Aquel día, los integrantes del batallón colonial de Gabón no se despertaron a las cinco al toque de corneta. Media hora antes, una explosión a lo lejos los sacó de los camastros.

—Han entrado en nuestras líneas. Todo el mundo a sus puestos —gritó el comandante Decoux.

Los legionarios revisaron sus correajes, comprobando que las granadas de mano se encontrasen bien amarradas. Después empuñaron los fusiles y corrieron a ocupar las posiciones de defensa que mil veces habían ensayado. Aquella mañana, la bandera no se izó.

—Leclerc pensó que nos cogería desprevenidos, pero se

equivocó —sentenció el comandante desde una de las torres de vigilancia, mirando por los prismáticos.

Más explosiones. El cuerpo expedicionario de vanguardia de Leclerc caía en el campo de minas oculto entre la densa vegetación de la tundra. De repente llegó el silencio. «Se retiran», se dijo el comandante. Pero una explosión cercana le impidió saborear la idea. Un proyectil enemigo había impactado contra una de las torres del campamento, derrumbándola.

—¡Mierda, tienen artillería! —aulló Decoux—. ¡Todos a cubierto!

—Por el impacto no parece artillería pesada. Debe tratarse de un proyectil del 75 —opinó uno de sus tenientes.

Tres nuevas explosiones en la selva produjeron más bajas en la vanguardia de Leclerc, pero, además, esta vez habían sonado cerca de las trincheras.

Los legionarios del batallón colonial no habían disparado sus armas. Les habían educado bien y no malgastaban municiones. Con el dedo en el gatillo, esperaban a que asomara alguien entre la vegetación.

Le siguió una media hora sin detonaciones, lo que indicaba que los soldados de choque de Leclerc habían abierto un corredor seguro. En cualquier momento se lanzarían sobre las trincheras y casamatas. La tensión crecía entre los hombres del batallón colonial.

Aquí estaban: un pelotón se lanzó sobre una de las esquinas de la línea defensiva que bordeaba el fuerte. Granadas y balas llovieron sobre ellos. Uno a uno, comenzaron a caer. Sólo dos llegaron con vida, bayoneta en mano, hasta la posición de la primera sección de los coloniales. Una ráfaga de balas los tumbó

dentro de la zanja defensiva.

El sargento Torres se acercó a los caídos. Uno de ellos, un muchacho que alcanzaba con dificultad los veinte años, aún vivía. Torres le colocó la mano bajo la nuca y elevó un poco su cabeza del suelo.

—¿Quieres agua, chaval? —le preguntó en francés.

—No, maldito francés fascista —contestó el otro en castellano, y escupió.

—«¿Francés fascista?» —repitió Torres, sin salir de su asombro—. ¿Eres español?

—Claro que... ¿Tú también?

—¿Hay más de los nuestros con Leclerc?

—Sí, algunos que... combatimos a los nazis en...

—¡Médico para este soldado! —gritó el sargento y, mirando a los ojos del herido, añadió—: Muchacho, acabas de detener una matanza.

Torres salió de la trinchera y corrió al encuentro del sargento jefe Fábregas y del cabo García.

—Seguidme —les ordenó—. Hay que liberar a Campos y detener esta locura.

Los tres corrieron entonces entre las balas y el aguacero hacia el interior del fuerte. Su objetivo: el calabozo de tropa.

El cabo García, manipulando una palanqueta, arrancó el candado de la cadena que aprisionaba la puerta de la celda.

—Campos —dijo el sargento Torres—, tenías razón: hay españoles con la Francia Libre.

—¿Qué hacemos? —preguntó el sargento jefe Fábregas.

—Id a detener a los tenientes; si se resisten, los matáis. Luego explicáis lo que ocurre al resto de los soldados españoles e izáis

bandera blanca.

—¿Y tú? —preguntó Fábregas.

—Yo me ocuparé del señorito del comandante.

Los tres mandos españoles de aquel batallón, jóvenes veteranos de una guerra perdida contra el fascismo en España y nada dispuestos a desaprovechar la revancha que les ofrecía la Historia, se apresuraron a cumplir las órdenes de su *adjutant-chef*.

Campos irrumpió con un fusil ametrallador en el despacho de Decoux, que, parapetado tras sacos de arena, oteaba el exterior con los prismáticos.

—¡Qué cojones...! —exclamó el francés, sin acabar la frase.

—Mi comandante, o iza la bandera blanca o queda detenido.

—*Adjutant-chef*, se lo advierto: esto es sedición y se castiga con la muerte. No sume al quebranto de su arresto mayor gravedad. Baje el arma. ¡Se lo ordeno! —gritó, y llevó rápidamente su mano a la cartuchera.

—Mi comandante, no lo haga.

—No va a mancillar un piojoso español el honor de mis raíces familiares —dijo, alzando la pistola.

—Se lo previne —sentenció Campos, y disparó una ráfaga.

El comandante se retorció mientras su pistola se estampaba contra el suelo y su sangre brotaba del pecho y la boca.

—Este ya es historia —susurró el sargento jefe Fábregas, entrando en ese momento.

—¿Y los tenientes? —preguntó Campos.

—Detenidos.

—¿Alguna resistencia más?

—Ninguna, los suboficiales son nativos y no quieren morir. Y,

por supuesto, la tropa española está con nosotros.

—¿Izasteis la bandera?

—Incluso está limpia, la condenada.

Fábregas señaló el mástil donde hasta ese día había ondeado la tricolor para dejar paso a una sábana. Desde la ventana, Campos gritó: —Coronel Leclerc, soy el *adjudant-chef* Miguel Campos. Pido un alto el fuego para que hablemos.

Los disparos de los dos bandos cesaron y la tundra se silenció.

—Vamos —ordenó Campos a Fábregas.

En cuatro zancadas alcanzaron la puerta del fuerte y la abrieron. Campos caminó despacio, seguido de Torres y Fábregas; el cabo García iba el último con un fusil ametrallador en bandolera, como protegiendo a los demás. Fábregas se situó a la derecha de Campos, y Torres a la izquierda.

A veinte metros de la puerta y cincuenta del primer arbusto, se detuvieron. El silencio se había apoderado de las trincheras, del fuerte y de la selva. La bandera blanca se sacudía mecida por el cálido y violento viento que presagiaba el reinicio del diluvio.

De pronto un todoterreno se interpuso entre los cuatro mandos y la selva. Cinco galones blancos: un coronel. Su figura les llamó la atención: botas de antílope y traje y gorra coloniales, muy desgastados. No era ningún señorito, sino un combatiente.

Descendió del vehículo y andando con dificultad apoyado en un bastón, se ubicó a diez pasos de Campos. Pero si su estampa sorprendía a los mandos del batallón colonial, al coronel tampoco le pasó inadvertida la imagen de aquellos hombres que le esperaban: camisa abierta, barba de meses y cabeza rapada. El sargento de la derecha del *adjudant-chef* incluso llevaba un arete dorado. «Dan miedo al miedo. Parecen salvajes», pensó Leclerc.

Frente a frente, los dos jefes de aquellos destacamentos se miraron a los ojos bajo la lluvia torrencial que había regresado y a la que se mostraban ajenos. Comprendieron que tenían algo en común: ambos habían borrado de sus diccionarios particulares la palabra *miedo*. Leclerc fue el primero en hablar. Tras presentarse, preguntó: —¿Quiere plantearme las condiciones de su rendición?

—¿Rendición? —exclamó extrañado Campos—. No, coronel. Nosotros nunca nos rendimos.

—Entonces, ¿de qué quería parlamentar?

—De sumar nuestro batallón a la Francia Libre.

Leclerc sonrió y, apoyándose en su bastón, se acercó tres pasos hacia Campos. Se acarició el bigote.

—Contrato hasta echar a los nazis de la Francia ocupada —contestó.

—Hasta el fin de la guerra, coronel.

—Expulsar a los nazis de territorio francés es el final de la guerra.

—Nuestra guerra es contra el fascismo.

—Que así sea, *adjutant-chef*. Hasta ese final, entonces.

Se dieron la mano y gritos de «¡Viva la Francia Libre!» y «¡Viva la II República!», tanto en castellano como en francés, irrumpieron desde las trincheras y entre la espesura de la selva.

—Puede izar su bandera, mi coronel. —Campos señaló el mástil sobre el que ondeaba la sábana.

—*Nuestra* bandera, *adjutant-chef* —corrigió Leclerc, y se giró hacia el *jeep* para gritar—: Teniente Dronne, ordene traer la bandera de la Francia Libre.

—*Tuguta* —llamó el teniente girándose hacia la selva.

—¿Tuguta? —murmuró Campos extrañado.

Entonces, de entre la espesura de la tundra, un soldado moreno y bajito, con una trompeta y una bandera tricolor cruzada por la Cruz de Lorena, avanzó rápidamente hacia la puerta del fuerte. Al llegar a la altura de Campos, le dijo: —A sus órdenes, *mon adjudant-chef* Soy el *Turuta*. Nací en Ciudad Real y también combatí contra el fascismo en España. Me llamo...

—*Tuguta* —exhortó de nuevo el teniente desde el *jeep*—, coloque la bandera de una puta vez.

El *Turuta* iba a iniciar la carrera hacia el mástil, cuando Campos ordenó al sargento jefe Fábregas: —Entrégale una bandera de la II República y que la ice también. Nosotros, a partir de ahora, peleamos bajo dos banderas.

Leclerc sonrió.

—Veo que no es su costumbre solicitar permiso a sus superiores —comentó.

—Mi lema es «Ni Dios, ni amo».

El coronel meneó la cabeza y añadió:

—Extraño sitio para un anarquista.

—Extraño sitio para un aristócrata, mi coronel.

La incipiente tempestad se convirtió en testigo de la alianza de sangre firmada, en aquel instante, entre aquellos dos hombres.

—A propósito, *adjudant-chef*, ¿este Batallón de Marcha no tenía oficiales franceses?

—Ordené que se les encerrase, al seguir defendiendo al régimen de Vichy...

—Entiendo. ¿Quién estaba al mando?

—El comandante Decoux.

—Ah, Jaques Marie Decoux. El hijo del duque de Mena... Voy a hablar con él.

—Me parece que no será posible, mi coronel.

—Y eso, ¿por qué?

—Contrajo una extraña enfermedad y murió de repente.

—Una lástima. —Leclerc se giró de nuevo hacia el teniente Dronne y le ordenó—: Teniente, que los hombres entren al fuerte a guarecerse de la lluvia.

—¿Cuál es el siguiente paso, mi coronel? —preguntó Campos.

—Tomar el último foco de resistencia del África Ecuatorial Francesa: Libreville.

—Lo defienden franceses, mi coronel.

—Lo sé. —Leclerc tragó saliva, alzó su mirada al cielo y sentenció—: Será nuestra propia guerra civil.

DE NUEVO EN CARNOT

UN NUEVO PERMISO y destino a Orán junto Gitano y mil francos. En aquel viaje no hubo visita a la compañera puta: habíais escarmentado. Os limitasteis a pasear por la ciudad y buscar un alojamiento para pasar la noche.

Paseasteis por el zoco, en la parte antigua. En él podía comprarse cualquier cosa, desde armas hasta té, pero tú preferías los dulces, y si eran de chocolate, mejor. Visitasteis la Alcazaba. Ante vosotros se elevaba una fortificación de hacía siglos. Bajo sus muros tal vez pensasteis que los hombres habíamos estado matándonos desde siempre, construyendo engendros de defensa y de ataque.

—Estoy harto de tanta piedra —alegó Luis—. Yo voy a ver a la compañera puta, por si tiene una conocida que no esté enferma.

—Pues yo no pienso dedicarle otro mes al azufre y a las inyecciones de bismuto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Iré a visitar la Mezquita y compraré algo en el zoco para mi hermana y mi madre.

Y te alejaste.

AL SIGUIENTE AMANECER, ya os encontrabais en el campo de Carnot. Otro pelotón de mujeres, escoltado por gendarmes, arrastraba cansino unos cubos de agua. Os acercasteis a las alambradas. Niños mugrientos y descalzos correteaban cubiertos por pañuelos caquis. Las mujeres, al fondo, organizaban largas mesas para apoyar perolas del rancho. No viste ni a tu hermana ni a tu madre. Continuaste pegado a la valla de espinos.

—Lo mejor será que te dirijas al capitán. Arreglas los papeles y que él las mande buscar.

—No, Gitano. Quiero verlas antes. Necesito saber que siguen vivas.

Uno de los niños —de edad incierta, pues eso es lo que provoca el hambre— se acercó hasta vosotros. Buscaste en los bolsillos de tus perneras, y extrajiste una de las chokolatinas que habías comprado en Orán.

—Eh, chaval —gritaste—. ¿Cómo te llamas?

—Eli.

—¿Quieres ganarte una de estas? —Y le mostraste el dulce.

Asintió, sin quitar la mirada del envoltorio.

—¿Conoces a Lucía Ardura y a su madre? —preguntaste.

El chico volvió a asentir.

—Vete a buscarlas, y diles que Nico está esperándolas. Si se lo dices, te la doy.

El chiquillo salió corriendo. Al cabo de cinco minutos, aquel mozalbete regresó acompañado de ambas. Tu hermana, al divisarte, gritó tu nombre y emprendió una carrera hacia la alambrada.

Al llegar, otra vez introdujo sus dedos entre los alambres y envolvió tu mano con ellos, mientras arrimaba sus labios e intentaba besarte por el escaso hueco de los espinos.

—Yo también tengo mamá. Se llama Hod...

El niño dialogaba con Gitano. De repente, este se giró, te colocó la mano en el hombro y te recordó: —Dale lo prometido.

Entonces lanzaste la chocolatina hacia el niño, quien, sin perder tiempo, emprendió la huida hacia el interior del campo.

—No debiste darle nada —te riñó tu madre—. Ahora se lo dirá a los otros y vendrán a por más.

—No importa, traje muchas.

Las sacaste de los bolsos y se las entregaste a tu hermana, que abrió mucho los ojos, inspirando hondo.

—Guárdalas, Lucía —ordenó tu madre—. Habrá que repartirlas entre los más necesitados.

No había cambiado nada. Aún seguía pensado en los demás antes que en sí misma.

—He traído el dinero —dijiste, mostrando el fajo de billetes—. Dentro de un momento nos iremos los tres a Orán.

—Nico, ¿es verdad eso? —preguntó Lucía.

—Claro, tontita. Voy a ver al capitán, relleno los papeles y os vengo a buscar.

—Y desertas de inmediato de la Legión de los colaboracionistas —sentenció madre.

Te mordiste el labio. Para soslayar una respuesta, preguntaste:

—¿Cómo os habéis arreglado estos meses?

—Mejor. Con el dinero que nos dejaste pudimos comprar algo de ropa y comida en el mercado negro.

—¿Quién controla el mercado negro? —preguntó Luis.

—Los propios gendarmes —contestó Lucía.

Os distrajo un grupo de niños mugrientos que, dirigidos por el pequeño Eli, se encaminaba a las alambradas.

—Ese es el soldado de las chocolatinas —gritó el mozalbete al resto.

—Ahí vienen. Será mejor que os marchéis —aconsejó tu madre —. Ya nos encargamos nosotras de ellos.

Luis y tú os dirigisteis hacia el barracón de mando.

—Qué curioso ese niño —murmuraba Gitano—. Me dijo que a él le pusieron Eli porque significa *Alegre* y su madre es Hod, algo así como *Gloria*. Estos judíos...

Mientras Luis seguía hablando solo, llegasteis hasta el cobertizo del comandante de aquel despropósito. Le explicaste al gendarme de la puerta el objeto de la visita.

—Esperen aquí —dijo, y se introdujo en el despacho del capitán.

Os quedasteis a la puerta esperando su regreso, y Luis comentó con una sonrisa picara: —Tu hermana, cada día que pasa, está más guapa.

—Ya te lo advertí, Gitano —exclamaste, apoyándole el índice en el pecho—. Mi hermana no es para ti.

La voz del gendarme interrumpió la reprimenda.

—Pueden pasar.

Os adentrasteis en el despacho del grueso capitán. Seguía sudando bajo el ventilador del techo.

—He venido para... —comenzaste a decir, tras el saludo.

—Ya sé a lo que ha venido. ¿Ha traído el dinero?

—Sí, aquí lo tengo.

Colocaste los mil francos encima de su mesa. Los cogió despacio, los acercó a la nariz y olfateó.

—Siempre he dicho que el dinero desprende el mejor aroma del mundo —sentenció, y comenzó a contar los billetes mientras algunas gotas de sudor caían sobre la mesa.

—¿Me entrega los papeles para...?

Su mirada impidió que terminaras la frase. Arrojó los billetes hacia ti, y gritó: —Aquí falta dinero.

—Está todo —farfullaste extrañado—. Son los mil francos que me pidió.

—Usted no entendió bien: son mil francos, sí. Pero por cada una.

12

ASALTO A LIBREVILLE

TU INDIGNACIÓN ERA MENOS que nada comparada con lo que ocurría en el centro de África. Llovía; siempre llueve sobre Gabón. Las tropas de la Agrupación M al mando de Leclerc, a las que se habían sumado las del batallón colonial con Campos a la cabeza, seguían reclutando soldados entre los *bantúes* y *eshiras*. No les era difícil: ambas tribus odiaban a una tercera, privilegiada: la de los *fang*, protegida en Libreville por los franceses de Vichy.

Utilizaron el cauce navegable del Ogooué para acceder a la ciudad de Lambaréné, situada en una de sus islas. Los profundos meandros y las violentas aguas quedaron atrás cuando asaltaron el islote. No encontraron resistencia, y la guarnición vichysta capituló el 5 de noviembre. El objetivo inmediato, bloquear y controlar el aeropuerto, fue conseguido. El siguiente paso era esperar.

Noviembre, 8: el *Milford*, a las órdenes del almirante inglés

Andrew Browne, abatió al submarino *Poncelet*. Aviones Lysander sembraron Libreville de bombas; el crucero *Bougainville* fue bombardeado y se hundió sin remisión: la Francia de Vichy en Gabón se había quedado sin fuerza naval. Tercer vuelo de los Lysander sobre la ciudad. Cargas de artillería desde el *Milford*.

A lo lejos, se veía el humo y el fuego en la noche. En las trincheras de Libreville esperaban el asalto en cualquier momento.

Los blindados de la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera, al mando de Koenig, desembarcaron en Pointe La Mondah con fusileros senegaleses, cameruneses y los republicanos españoles del campamento de Trentham-Park, entre los que se encontraba tu hermano.

La Agrupación M de Leclerc había llegado a la puerta sur de Libreville por la ruta de Kango, tras atravesar montes y selva machete en mano, provocando la estampida de antílopes y elefantes. Sus rostros lívidos, cubiertos de sudor, aparecían deformados por las picaduras de mosquitos, y llevaban el torso y los brazos cubiertos de manchas oscuras. Eran decenas de sanguijuelas, adheridas a su piel.

Cinco de la mañana del 11 de noviembre: era la hora. La 13.^a se apoderó del aeródromo de la ciudad, no sin que seis Lysander le prestasen apoyo desde el cielo.

La Agrupación M penetró por el sur y partió Libreville en dos. Calle por calle, barricada por barricada, trinchera por trinchera, casa por casa, cobertizo por cobertizo, sonaron los disparos y las explosiones de granadas, y bayonetas francesas se clavaron en cuerpos franceses. Refugios reventados, alambradas derrumbadas o cortadas, restos de chapas metálicas, maderas ardiendo, miles de casquillos cubriendo el suelo, proyectiles sin explotar y

miembros humanos quemados o cortados encharcaron de sangre el pavimento levantado.

Día 12: las fuerzas vichystas capitularon en Port Gentil y el gobernador Masson se suicidó. Libreville había sucumbido. El África Ecuatorial Francesa pertenecía a la Francia Libre.

La 13.^a Semibrigada y la Agrupación M se encontraron en Port Gentil. Koenig y Leclerc, frente a frente, se abrazaron. Ambos se sabían los dos únicos jefes en los que De Gaulle podía confiar ciegamente y, además, los más jóvenes. Aunque Koenig era cuatro años mayor que Leclerc —lo que significa, en jerga militar, cuatro promociones más antiguo— los dos eran comandantes, pero soñaban con servir a la Francia Libre como generales. Sueño que, sin la victoria, resultaría hueco.

—Cuando la 13.^a asaltó el aeródromo —dijo Leclerc—, se oyeron gritos en español desde sus filas.

Koenig sonrió.

—¿Gritos como estos? —preguntó, y alzó la voz—: «¡Cómo en el Ebro, compañeros!». «¡Cómo en Madrid!». «¡No pasarán!»...

—A eso me refiero.

—Lo llamamos el «recital español». Todos los republicanos españoles se lanzan al ataque a golpe de esas consignas. Para ellos esta guerra es continuación de la suya.

—¿Cuántos españoles tienes en la 13.^a?

—La mitad: quinientos. Pero en la 1.^a División hay casi tres mil. ¿Y tú?

—Apenas un puñado.

—No te preocupes, se irán sumando más. Todo el exilio español está asumiendo este conflicto como la revancha que les ofrece la Historia.

—Koenig, tienes más experiencia que yo en mandar a los españoles. Todos dicen que son reacios a recibir órdenes.

—Lo que ocurre es que no respetan a nadie que no se juegue el pellejo como ellos. Odian a los jefes y generales que dan órdenes y se quedan en retaguardia a contar los muertos.

—¿Qué me recomiendas?

—Hum... —Dio una calada al cigarro como dándose tiempo a pensar, y respondió—: Dos cuestiones. La primera, para cuando tengas blindados o carros de combate, colócalos de conductores. Atravesarán las líneas enemigas sin preguntar si el terreno está minado o no. La segunda es que ellos mismos se manden. Que sus suboficiales sean compatriotas y, si es posible, sus oficiales también.

Leclerc guardó silencio, miró la Polar y preguntó a su compañero: —¿Sabes cuál es el próximo frente?

—De Gaulle ha ordenado que la 13.^a se una a la 1.^a División y nos sumemos al ejército británico que combate en Egipto y Libia contra los italianos. Si no se les derrota rápido, el Estado Mayor aliado teme que Hitler envíe para reforzarles a las divisiones blindadas de Rommel.

AL DÍA SIGUIENTE, al coronel Leclerc le llegó un teletipo desde Duala, firmado por Charles de Gaulle. En él, le decía que ya no era necesario que aparentara ser coronel: había sido ascendido. Pero lo que nunca supo el general De Gaulle es que, en la historia militar de su patria, jamás existió ascenso más amargo.

Solitario, el coronel caminó apoyado en su bastón por la arteria principal de la ciudad, llevando el papel con su

nombramiento arrugado en la mano izquierda.

Casas derruidas, impactos de balas y metralla en las escasas fachadas que quedaban en pie, sobre calles tapizadas de cadáveres de civiles gaboneses; alguna vivienda que aún ardía; un disparo de francotirador que resonaba a lo lejos; movimiento de tropas de la Francia Libre silenciando los últimos focos de resistencia y cuerpos de soldados franceses atravesados por armas blancas de compatriotas flanquearon su paseo por aquella población de doscientos mil habitantes. Aún hoy, en el corazón del pueblo francés, sobrevive aquella tragedia que duró hasta noviembre de 1942. Casi dos años de guerra civil, que se desarrolló no sólo en Brazaville, también en los desiertos de Libia, Siria y el Líbano y hasta en la metrópolis europea. Pero dejemos de momento lo que ocurrió a partir de ese nefasto día y regresemos a las calles de la capital de Gabón y a Leclerc después de contemplar la masacre en las trincheras.

Sus lágrimas se confundieron con la bruma que cubría la ciudad. Releyó por última vez el despacho que anunciaba su ascenso y lo rompió en trozos que dejó al viento. Siguió caminando.

—Buenas noches, mi coronel —le saludó una voz grave a su derecha.

Leclerc giró la cabeza y distinguió las facciones de su interlocutor entre las sombras de una noche de agria victoria.

—No son buenas, Campos.

—¿Puedo acompañarle?

—Puede, *adjutant-chef*.

Las dos figuras, la baja y delgada del coronel y la alta y hercúlea del barbudo, caminaron en silencio hasta el final de la

avenida. En los peldaños que daban acceso a una iglesia, Leclerc se sentó. Campos permaneció de pie a su lado, sin pisar los escalones.

—Sabe, Campos. Cuando los africanistas españoles se levantaron en armas contra la legalidad de la II República española, yo, desde Francia, aplaudí ese gesto. Creía que había llegado el momento de poner orden en el desbarajuste en que, según nos habían contado, los rojos habían sumido su país. No comprendí entonces que aquel era sólo un ensayo de lo que el fascismo se proponía para el mundo entero: la destrucción de la civilización y la imposición, para el resto de los pueblos, de regresar a la barbarie.

—¿De qué desbarajuste habla, mi coronel?

—Nos llegaban noticias de las iglesias y sacerdotes que ustedes mataban a sangre fría.

—¿Nunca se enteró de lo que hacían los caciques locales, los curas armados en los pueblos, los matones al servicio de los terratenientes o los sanguinarios falangistas?

—Aunque suene triste, a los aristócratas franceses eso no nos interesaba. Hoy lo veo diferente.

—¿Qué ha cambiado?

—En primer lugar, que nos han masacrado a nosotros. — Leclerc sacó su pitillera—. ¿Quiere uno?

—No debería fumar en la noche, mi coronel. Puede ser blanco de francotiradores. Primera norma de la guerra.

—Hoy me da exactamente igual, *adjutant-chef*. ¿Le apetece acompañarme en esta debilidad por convertirme en una diana humana?

Campos sonrió y le dijo:

—Si he de morir, que sea aquí y con usted.

Encendieron los cigarros y, después de dar la primera calada, Leclerc continuó: —Luego está este horror: franceses contra franceses. Supongo que en su patria ocurrió igual, pero multiplicado por mil. No hay nada más cruel que hermanos contra hermanos. El día de hoy debería quedar oculto y silenciado en la historia de Francia.

—¿Cuál es el siguiente paso, mi coronel?

«Quiere cambiar de tema», se dijo Leclerc. «Normal: este hombre posee en su haber mil días peores que el de hoy».

—Esperaremos órdenes del general De Gaulle.

—¿Sospecha en qué consistirán?

—Supongo que se nos ordenará transformar la Agrupación M en una Columna con todos los desertores de la Legión de Vichy en Libreville, sumando indígenas del África Ecuatorial y soldados senegaleses para avanzar hacia el norte del Tchad y entrar en combate con los italianos por el sur de Libia.

—¿Qué harán Koenig y la Legión Extranjera?

—A él ya le han llegado las órdenes. Debe salir del aeropuerto de Libreville hacia Egipto para agregar sus tropas a las de los ingleses en la defensa del Canal de Suez.

Otra calada provocó un nuevo silencio.

—Comenté con el coronel Koenig la posibilidad de crear una Compañía de Control y ponerla bajo sus órdenes, *adjudant-chef* —añadió Leclerc.

—¿Cuál sería su misión?

—A usted lo nombraríamos capitán y le entregaríamos el mando de una zona del Gabón, ya que es la más susceptible de revueltas en la retaguardia.

—Hay muchos que aceptarían encantados, pero no es eso lo mío, mi coronel. Yo prefiero seguir en los Cuerpos de Choque, en primera línea de fuego.

—Debe ser usted el primer militar que rechaza una oferta como esa.

—Recuerde que no soy un militar. Sigo siendo un miliciano que pelea bajo dos banderas. Algún día derrotaremos a los nazis y a los fascistas italianos, y avanzaremos hacia España para que recobre la libertad.

—Es usted un caso curioso, Campos. Un anarquista que sueña con liberar su patria del fascismo, acatando las órdenes de la Legión Extranjera.

—Creo que es el único camino posible, mi coronel.

Arrojaron al suelo las colillas de los cigarros; la suela de sus botas de piel de antílope apagó el rescoldo.

—Quería proponerle algo, mi coronel.

—Dígame.

—Que me dé permiso para que, acompañado del sargento jefe Fábregas, vaya con el coronel Koenig en su avión y nos lancemos en paracaídas sobre Argelia.

—¿Con qué objeto? —se extrañó Leclerc.

—Conseguir el mayor número de desertores españoles de la Legión de Pétain para nuestras fuerzas.

—Parece una locura: saltar sobre terreno enemigo para hacer desertar a sus tropas.

—Pero no es imposible.

—Ya lo sé, Campos, nada lo es.

—¿Tengo su permiso?

—Lo tiene, pero antes de dos meses han de estar en Faya-

Largeau.

—Estaremos, mi coronel. Y con cien soldados españoles más.

—Si se retrasara, diríjase hacia el norte, a nuestro encuentro. Seguro que nos habremos adentrado en Libia.

—Procuraré ser puntual a la cita.

—Y sea precavido. Para el Deuxième Bureau también trabajan compatriotas suyos como informadores.

Siguieron caminando en silencio hacia el campamento improvisado que les servía de Cuartel General, iluminados por las llamas de la extinta batalla y por una luna llena que hizo su aparición aquella noche del 15 de noviembre. La figura del distinguido aristócrata con bastón y quepis y la del barbudo agitador anarquista se perdían juntas como un garabato en el mapa de la noche.

—Me ha intrigado, Campos. ¿Cómo piensa convencer a los españoles enrolados en la Legión de Pétain?

—Imaginaré que sus destacamentos militares son fábricas y los soldados, los obreros. Me dirigiré a ellos como si quisiera que se afiliaran a una organización sindical. Además, oír hablar del gobierno en el exilio de la Francia Libre les recordará el nuestro.

Leclerc asintió y no pudo por menos que sonreír al analizar aquellas palabras. Su mente, que lo calculaba todo en términos de estrategia y táctica militar, reflexionó en voz alta: —Curioso, la agitación sociopolítica utilizada como arma de guerra.

Y volvió a sonreír.

—¿Qué le causa gracia, mi coronel?

—Su ocurrencia. Lanzarse en paracaídas sobre el campo enemigo a reclutar desertores... Ni en los mejores manuales militares ha figurado semejante proeza.

Era como si las dos almas escindidas del príncipe Kropotkin, la aristocrática y la rebelde, se hubiesen encontrado en mitad de África gracias a una guerra que nunca quisieron, bajo unos veintiséis grados centígrados, a mediados de noviembre.

Al llegar al edificio que servía de sede provisional a la Francia Libre en Gabon, Leclerc se despidió del *adjudant-chef* entregándole los números de teléfono de Ford-Lamy a los que debería llamar si su misión tenía éxito.

Camino de su habitación, se dijo:

—Parece buena persona este Campos, pero me temo que no volveré a verlo con vida.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, en el interior del avión, el ruido de los motores se amplificaba hasta convertirse en estruendo. Nada menos que veintisiete toneladas de material militar, tres pilotos y veintinueve pasajeros equipados con paracaídas completaban la tripulación. Pero todos se sentían seguros: sabían que el último invento norteamericano prestado a la RAF —el Douglas C-47 Skytrain o Dakota, como lo apodaron los soldados—, era el avión más moderno jamás construido para el transporte de soldados y de armas.

El sargento jefe Fábregas dirigió su mirada al exterior: anochecía, y se adivinaba un cielo despejado con luna plena. «Somos un blanco fácil para las antiaéreas», se dijo. Bajó la vista. Sobre el terreno, apenas unos cuantos cúmulos de lucecitas dispersas. «No hay ciudades grandes en el sur de Argelia», pensó.

Luego contempló el pasaje del Dakota: al frente, el coronel Koenig, que había permanecido mudo todo el trayecto, sin

desprenderse del Gauloises; a su lado, el nuevo jefe de la 13.^a, el fornido y dinámico teniente coronel Cazaud, que había sustituido a Mondar. Este se encontraba a su lado, dispuesto a emprender con brazo firme el mando de la 2.^a Brigada que le esperaba en Egipto. Detrás, un grupo de comandantes y capitanes franceses más tres tenientes extranjeros: uno era polaco y otro noruego, ambos héroes de las campañas de Narvik. El tercero era un español recién ascendido e incorporado a la 13.^a desde Inglaterra, Fran Ardura —el *Toro* Ardura—, tu hermano, que, alzando la voz y con la boca casi pegada al oído del *adjutant-chef* le decía: —Así que combatisteis en el Ebro. Mi hermano fue llamado a filas para unirse al Quinto, pero no supe más de él.

—¿Cómo se llama? —preguntó Campos.

—Nicolás Ardura. Tenía dieciséis años por aquel entonces.

Y le mostró la foto de familia que guardaba en su estrecha cartera.

—No me suena ni su nombre ni su rostro —contestó el *adjutant-chef*, y dirigiéndose al sargento jefe Fábregas preguntó —: ¿Te es familiar esta cara?

El sargento jefe negó con la cabeza.

De pronto el Dakota realizó un movimiento brusco. De no haber ido pertrechados con trinchas al fuselaje, todos habrían caído al suelo.

—Ya están las putas turbulencias —se quejó el teniente coronel Cazaud—. Espero que no sea una tormenta de arena.

Campos y Fábregas se pusieron en pie y revisaron su equipaje: un paracaídas a la espalda; el de emergencia, al pecho; una cantimplora de tres litros; pistola del nueve largo al cinto y dos granadas en el correa. Apretaron los dientes, ajustaron las gafas

y cerraron los puños. Otra vez en acción.

La luz roja de cabina se encendió. Todos sabían lo que eso significaba: el portón trasero iba a abrirse para que los paracaidistas se lanzasen. Sobrevolaban el interior de Argelia.

El *adjudant-chef* y el sargento jefe se ubicaron cerca de la salida, acompañados por el teniente Ardura. El coronel Koenig se acercó a ellos y, antes del lanzamiento, les deseó suerte: —La Francia Libre siempre estará en deuda con ustedes —agregó— —Usted preocúpese de darle duro a los italianos, mi coronel —contestó Campos, y, dirigiéndose al pasaje, añadió—: Suerte a todos. La próxima... en París.

—Suerte, *adjudant-chef* —le respondieron al unísono, justo antes de que Campos se arrojara hacia el territorio de Argelia.

Fábregas contempló el despliegue del paracaídas de su compañero. Apoyó su mano en el hombro de tu hermano y le dijo: —Mi turno. —Dirigió su mirada al resto de los tripulantes y añadió —: Si no nos volviéramos a ver, que sepan que fue un honor combatir contra el fascismo codo a codo con ustedes.

Y el cielo del desierto lo acogió como a su hijo.

La misión particular de los dos barbudos había comenzado. Cuando Fran Ardura confirmó que el paracaídas de Fábregas se había desplegado, empujó la palanca cerrando el portón trasero. El coronel Koenig, al pasar a su lado, comentó: —Teniente, con soldados como ustedes no entiendo cómo les derrotó el fascismo.

Tu hermano le miró con ojos enrojecidos por la brisa del exterior o por la rabia acumulada durante años, y le espetó: —Es que a nosotros no nos ayudó nadie.

FUGA DE MARETH

LOS ECOS DE LA INCIPIENTE GUERRA CIVIL entre franceses, que había explotado en Libreville, apenas llegaron a vuestras posiciones en el norte de África. Aun así, los tres meses siguientes se eternizaron para vosotros. No hubo permisos para nadie, aunque en las posiciones defensivas de la Línea Mareth se respiraba tranquilidad. Decían que los italianos habían avanzado adentrándose más de cien kilómetros en Egipto, provocando la retirada de los ingleses. Todos querían controlar el Canal de Suez. Casi medio millón de soldados italianos al mando del general Graziani ponían en jaque al ejército británico.

En aquella época, el teniente Granell se había empeñado en transformarte en un tirador selecto. A ti, en cambio, lo único que te interesaba era recaudar otros mil francos.

—Hijo, le convertiré en otro Simo Häyhä —repetía el teniente cada vez que te llevaba al desierto a practicar. Hasta consiguió un

fusil Mosin Nagant, modelo 28, idéntico, según él, al que portó Simo en Finlandia cuando terminó, él sólo, con la vida de más de medio millar de rusos.

—Recuerde siempre las cualidades básicas de un tirador selecto: consistencia y precisión.

Conocer la temperatura ambiente, la del cañón, la fuerza y dirección del viento, el número de lote de la munición, la humedad y altitud que puedan afectar la trayectoria de balas que recorren siete campos de fútbol en un segundo... Apuntar, vaciar los pulmones de aire y apretar el gatillo con un simple roce de la yema del dedo. Eso decían los manuales, pero el teniente Granell quería llevarte más lejos.

—Ardura, aprenderá a disparar entre los latidos de su corazón. Así eliminaremos cualquier elemento, por insignificante que parezca, que pueda afectar al equilibrio del cañón.

Te dejó escoger compañero de equipo. Por supuesto, el elegido fue Gitano. Os tumbabais en la arena, camuflados por redecillas o agazapados detrás de una loma, cuidando la posición respecto del sol para que no se reflejara y os delatase.

Después de semanas de entrenamiento con blancos estáticos, el teniente se le ocurrió dar un paso más. Aquel día colocaste el Mosin sobre el bípode y apuntaste al desierto. Luis te guio con los prismáticos.

—Ya lo tengo —dijo nada más detectar el objetivo—. Blanco en movimiento a diez grados a la derecha.

En esa ocasión el *blanco en movimiento* era el propio teniente oculto tras una duna a quinientos metros. Sobre la cresta del montículo asomaba un palo con un quepis en la punta.

—Se desplaza unos diez pasos hacia la derecha y regresa a la

posición inicial —te informó Gitano—. Ardura, agujerea esa gorra.

—La tengo.

Oíste tus latidos: toc..., toc..., toc. Objetivo en el punto de mira. La bala tardaría medio segundo en llegar, el que empleaba el teniente en desplazarse un metro. Listo. De nuevo los latidos: toc..., toc... Todo el aire fuera. Y disparaste.

—¡Bien! ¡Le has dado, le has dado! —gritó Gitano poniéndose en pie de un salto.

Así eran los entrenamientos, que pasaron a tener una frecuencia diaria. El teniente se había propuesto que alcanzaras un blanco en movimiento a ochocientos metros.

—Cuando lo logres, te juro que te consigo el permiso para ir a Orán.

Aquella promesa de Granell fue la mejor motivación: para mediados de diciembre habías conseguido reunir otros mil francos y acertar el puñetero blanco en movimiento a ochocientos metros.

Sin embargo, el teniente no pudo cumplir su palabra.

—Lo siento, hijo. Hay que esperar. El VIII Ejército inglés ha comenzado la Operación Compass y está provocando la retirada de las fuerzas italianas de Egipto.

Una tensión sostenida se apoderó de vuestras posiciones. Si las fuerzas inglesas, sudafricanas, australianas, canadienses y de la Francia Libre arrollaban al ejército italiano, a lo mejor llegaban a vuestra Línea Mareth y teníais que entrar en combate. Desconocíais las cláusulas del armisticio entre el gobierno de Vichy y Hitler, y si alguna obligaba a prestar apoyo al Eje.

—Dicen que las fuerzas de la Francia Libre están al mando del coronel Koenig y que van con él españoles de la 13.ª Semibrigada.

En los barracones, los rumores se amplificaban por las noches,

antes del toque de silencio. Españoles con la Francia Libre, os repetíais, pero aquello no hacía más que incrementar vuestra angustia. Vosotros, asentados en la Francia de Vichy, tal vez deberíais combatir contra ellos.

A MEDIADOS DE FEBRERO de 1941 tú seguías sin el permiso. Y las informaciones que recibíais no parecían augurar que lo consiguieras pronto: «Los carros Cruiser ingleses han hecho retroceder a los italianos». «Los australianos han capturado más de trescientos mil prisioneros». «Italia ha sido derrotada en África».

En casi cuatro meses no habías podido abandonar el campamento para dirigirte a Orán. Volviste a intentarlo.

—Lo siento, hijo —respondió Granell—. Italia ha sido derrotada y Mussolini solicitó ayuda a Hitler. Hace unos días, los Panzer del Afrika Korps, al mando del general Rommel, han desembarcado en el puerto de Túnez.

—Pero usted me lo prometió, teniente.

—No hay permisos. Con los nazis en el norte de África, puede ocurrir cualquier cosa.

Arrojaste el quepis al suelo y lo pisaste.

El teniente se acercó, te apoyó la mano en el hombro y propuso: —Oye, esta noche salimos hacia el campo de Carnot. Solucionas lo de tu familia y regresamos de inmediato.

—¿Quiere decir que viene conmigo?

—Sí.

—Pero si nos descubren, a usted lo degradarán.

—Hijo, tú cumpliste tu parte del trato. Llegó el momento de

cumplir la mía.

Casi de inmediato te viste conduciendo el todoterreno de mando del teniente como un loco, atravesando caminos por los que sólo habían transitado camellos. La noche estrellada te permitía guiarte por la Polar, y el frío empañaba el parabrisas con una ligera capa blancuzca. No importaba que la visión se redujese: a esas horas y en medio de la nada, no había nadie.

Los primeros rayos de luz os encontraron al bordear Orán para dirigiros hacia Carnot. Unos movimientos militares inusuales alteraban el silencio a las afueras de la ciudad. Tres Bedford repletos de soldados salían de un campamento, escoltados por una tanqueta.

—Espero que los nazis no anden por aquí buscando provisiones o carburante —se lamentó el teniente.

No prestaste atención a la ruta de los vehículos militares. Tu preocupación se centraba en seguir pisando el acelerador; cuanto antes llegarais al campo de internamiento, antes podríais regresar a la Línea Mareth y, con un poco de suerte, nadie se percataría de vuestra ausencia.

—Mi teniente, ¿qué nos pasará si se dan cuenta?

—Antes de salir, desperté al capitán Buiza y le informé de todo. En caso de que el coronel se entere, él nos cubrirá.

—¿Es verdad, mi teniente, que el capitán fue almirante de la Armada española?

Te miró como si le hubieses preguntado si a los recién nacidos los seguían trayendo las cigüeñas.

—¿Nunca oíste hablar del almirante Miguel Buiza?

—No, yo sólo estuve en la batalla del Ebro y en Madrid.

—Buiza es un caso único. Fue almirante de la flota republicana

en el Mediterráneo. Cuando se perdió la guerra, envió un cable a Negrín preguntando qué hacía con los buques, si debía destruirlos antes de que cayeran en manos de Franco o la Armada italiana. No obtuvo respuesta. Los llevó hasta Orán y, para evitar que se apoderaran los nacionales, los entregó a Francia. Después se alistó en la Legión Extranjera. Hasta hoy, ha sido el único que las autoridades francesas le concedieron el rango de capitán nada más ingresar. No sé si sabes que aquí se entra siempre de soldado raso, incluso los príncipes y militares de alto rango.

«¿Qué tendrá Buiza que no tenga el resto?», te preguntaste.

Seguiste las indicaciones de una tabla pintada clavada en un poste. La ruta cambió hacia el este. El sol te cegaba; la conducción resultaba difícil. Os cruzasteis con los primeros mercaderes que iban rumbo al zoco de Orán junto a sus camellos cargados.

Divisaste a lo lejos el campo de internamiento. Te sentías impaciente por liberar a tu madre y a Lucía, pero te repetías que te acompañaba el teniente Granell y nada podía salir mal. En unas horas estarían en Orán.

—Hijo, ¿cuál es el barracón del capitán?

—Es aquel donde hay un gendarme a la puerta, mi teniente.

—Aparca a su lado.

Obedeciste. Quitaste el contacto y saltaste del *jeep*. El teniente descendió, volviéndose hacia el guardia.

—¿Está el comandante de campo? —preguntó el teniente.

—No, aún no ha llegado —respondió el gendarme, fijándose en los dos galones blancos que lucían las hombreras de Granell.

—¿No le sustituye nadie en su ausencia?

—Hoy no.

—¿Es que no hay ningún oficial con el que pueda hablar? —

volvió a preguntar el teniente, desconcertado.

—Hasta que no lleguen, no.

El tiempo corría en vuestra contra. No entendíais cómo era posible que nadie se hallase al mando.

—¿Esto es habitual o es que hoy es día de fiesta?

Granell ya masticaba las palabras.

—¿Es que no lo sabe?

—Si no sé ¿qué?

—Los alemanes han desembarcado en Túnez hace días. Y ayer nos visitaron oficiales de las SS y de la Gestapo. Recogían a todas las judías y a sus hijos para trasladarlos a su campo de Natzweiler-Struthof, en Estrasburgo.

—Mayor motivo para que quedasen oficiales franceses en el campo.

—Es que los de la Gestapo les obligaron a dejarles su barracón por esta noche. Y aún están aquí —dijo el gendarme guiñando un ojo al teniente, y con una sonrisa maliciosa añadió—: Es que ayer cogieron unas jovencitas del campo. Ya sabe: una fiesta...

No esperaste más. Saliste corriendo hacia la alambrada. Unos niños descalzos se remojaban la cabeza en el agua verdosa de un bebedero para el ganado.

—Eh, chavales —gritaste—. ¿Está Eli con vosotros?

—No —vocearon a coro, pero uno se adelantó. Era el mayor del grupo.

—A ti te conozco —te dijo—. Eres el soldado de las chocolatinas.

—Sí, y te daré una si me traes a Eli.

—No está. Se lo llevaron los nazis ayer. Dijeron que su madre y él eran judíos.

Bajaste los párpados y tu puño se cerró en torno al alambre. Una espina se te incrustó en la mano. Los ojos se te humedecieron.

—¿Te acuerdas de que cuando estuve aquí, Eli vino acompañado de dos mujeres?

—Sí.

—Anda, avísales de que Nico las espera. Te doy un franco.

—Sólo quedó una.

—¿Qué dices?

—A la joven se la llevaron los nazis.

—¿Cómo? Ella no era judía —gritaste desconcertado. Tu mano derecha, apretada sobre el cerco, comenzó a sangrar.

—A ella no la metieron en el camión con los judíos.

—Entonces...

Aquellos ojos abiertos y su palma extendida. Asentiste y le entregaste dos francos. Entonces alzó el brazo, señalando la calle formada por los barracones militares.

—La tienen en el último.

Permaneciste inmóvil, apretadas tus manos alrededor del alambre de espino. No sentías el dolor, pese a que la sangre ya rodeaba tus dedos y comenzaba a gotear sobre la arena.

A tu espalda, el teniente lanzó un grito, quizás dirigido a ti. Algo referido a la valla, creo. No lo supiste con certeza porque no le prestaste atención hasta que le viste lanzarse sobre ti e intentar separarte los dedos del alambre. Cerraste las palmas con más fuerza.

—Soldado, le ordeno que las abra.

No obedeciste. Entonces el teniente te agarró por la nuca y con la derecha golpeó tu estómago. Caíste al suelo, retorciéndote

de dolor. Miraste tus palmas ensangrentadas; alzaste los ojos. El sol en lo alto te cegó.

—¿Qué le pasa, Ardura? ¿Se ha vuelto loco?

—Mi hermana, mi teniente. Me han dicho que los nazis se la llevaron al último barracón.

—Vamos, hijo. Levántese.

Te apoyaste en su brazo y, con dificultad, te erguiste. Oíste la voz de tu madre llamándote desde el interior del campo. Caminaste despacio, apoyado en Granell; el golpe había sido de muerte. Llegaste hasta tu madre. No le acariciaste el rostro para que no viese las heridas en tus manos.

—¿Por qué se han llevado a Lucía?

—No lo sé, Nico. No lo sé. Ayer cargaron un camión con mujeres y niños diciendo que eran descendientes de judíos. A Hod y su hijo los subieron a culatazos. Luego recogieron a seis chicas, entre ellas Lucía, y se las llevaron.

—Y usted, ¿qué tal está, madre?

—No te preocupes por mí, soy fuerte.

—Señora, soy el teniente Granell. Vamos a hablar con el capitán y dentro de un momento será usted libre.

—Tráigame viva a mi hija, por favor.

—Lo haremos.

La entrada en aquellos parajes de un *jeep* os interrumpió. El capitán del campo y dos oficiales de la Gendarmería se apearon de él.

Los dolores del estómago parecían remitir. Te limpiaste las manos en la arena y seguiste al teniente, que corría tras el capitán, llamándole.

El jefe del campo se giró hacia vosotros. Bajo el salacot llevaba

un pañuelo que no daba abasto para absorber el sudor de su frente.

—Un oficial de la Legión Extranjera aquí. ¿Qué se le ofrece, teniente?

—Vengo a que cumpla usted el acuerdo de liberar a los familiares de todo aquel que se aliste en la Legión.

—¿Tiene usted familia en esta pocilga?

—No. Se trata del soldado Ardura, al que usted ya conoce.

Te miró con desprecio. Alzó el salacot para sustituir el pañuelo por otro, y añadió: —No. No le conozco. Como pasan tantos por aquí.

Quisiste saltar sobre aquel puerco. Te encaraste hacia él, pero el teniente extendió el brazo, impidiéndote matarlo.

—Bueno, da igual —dijo calmo—. El caso es que un oficial de la Legión Extranjera le pide que cumpla con su deber y rellene los papeles para la liberación de la madre y de la hermana del legionario Nicolás Ardura.

Sonó un disparo al final de la calle.

Otro.

Al instante, cuatro más. Había movimiento de uniformes grises y negros, de la Wehrmacht y de la Gestapo o de las Waffen-SS. De repente notaste que algunos de esos uniformes sacaban a rastras cuerpos inmóviles de uno de los barracones. Los cuerpos, además, estaban desnudos.

Corriste hacia ellos.

—Ardura, ¡no vaya! —gritó el teniente.

Desobedeciéndole de nuevo, seguiste corriendo. Los cadáveres eran de mujeres. Aceleraste el paso.

—¡Luci! —gritaste.

Ni el dolor en el estómago ni tus manos sangrando redujeron tu carrera. Te encontrabas a cuarenta metros cuando creíste distinguir el cuerpo de Lucía entre los seis que se encontraban tendidos en la arena.

—¡Hijos de puta! —gritaste de nuevo, sin detenerte.

Los estrangularías. Querías sentir su muerte bajo tus manos. «Si hubiese traído el Mosin», te repetías a medida que te acercabas.

Veinte metros.

Uno de la Waffen-SS o de la Gestapo, que iba en camiseta de tirantes con una botella en la mano izquierda, alzó su brazo derecho y te apuntó con un arma. Sonó el disparo.

Notaste la entrada de la bala en tu pierna derecha, tocando el hueso. Tampoco eso te detuvo. Arrastrando el pie sobre la tierra reseca, proseguiste el avance.

Diez metros.

El individuo volvió a disparar. Tu otra pierna. Caíste. Entonces comenzaste a reptar hacia él. Poco después, alcanzaste un cuerpo desnudo, tendido en el suelo. Era el de Lucía.

Las lágrimas se mezclaron con la rabia, la sangre y el desierto. Y seguiste avanzando, acercándote al nazi.

Se adelantó dos pasos y te dio un puntapié en la cara, estampándotela contra la arena.

Escupiste sangre.

Alzaste la vista hacia aquel hombre.

En ese momento, apuntó el cañón de su pistola hacia tu cabeza. Distinguiste una «A» y una raya pequeña, como un signo menos, tatuadas en la cara anterior de su antebrazo.

—¡Deténgase! ¡Alto! —exigió la voz del teniente, desde muy

atrás.

El sol te impedía distinguir el rostro del soldado, pero seguías viendo la Luger P-08 a un metro de tu cara.

—*Sparen Sie sich die Kugel, Obersturmführer Törni, die Skorpione werden ihm den Test geben* —dijo otro al de la pistola.

—¡No...! —oíste a lo lejos el grito de Granell.

Y el nazi disparó.

DESERCIÓN

SPAREN SIE SICH DIE, Obersturmführer Törni, die Skorpione... Lucía, madre, el teniente Granell, la Luger a un metro de tu cabeza, los nazis que rodeaban al de la pistola, el repugnante capitán del campo, la silueta del asesino... Törni, Törni...

Abriste los ojos.

—Veo que ha salido del coma —dijo una voz a tu derecha—. Estupendo, vamos por buen camino.

Sentiste agudos dolores en las piernas y en la parte izquierda del cráneo. Viste el rostro redondo y las gafas de un hombre con bata blanca a tu lado. Sus dedos te separaban más los párpados.

—Legionario, si me oye, asienta.

Obedeciste. Distinguiste tres galones blancos cosidos en el bolsillo de la bata. Era un capitán médico francés.

Unos dedos te quitaron algo suave adherido a la frente: una venda. Estaba ensangrentada.

—Enfermera, acerque un espejo —ordenó el médico.

Las manos enrollaron entonces aquella venda. El médico te arrimó el espejo de modo que pudieras ver la parte izquierda de tu cráneo.

—Salvó usted la vida de milagro.

Te habían rasurado la cabeza. En la piel, como una quemadura, aparecía dibujada la trayectoria del proyectil. El hueso se veía hundido.

—Legionario, su estado es el siguiente: las heridas de sus piernas no son graves, pero le espera un largo mes con muletas. La herida de su cabeza sanará, pero es mejor que lleve el pelo largo toda su vida o ninguna mujer lo encontrará atractivo. —Sonrió, te apretó la mano y se alejó.

«*Obersturmführer Törni*», te repetías. Cerraste los ojos y regresó el rostro de tu hermana tumbada en la arena con los ojos abiertos y la costra de sangre seca en su boca. De fondo, como si proyectaran una película, la pesadilla desde Madrid a Carnot, pasando por el *Stanbrook*.

La silueta del oficial nazi se recortaba contra el sol. Tus latidos: toc, toc, toc, Törni, toc, toc...

DESPERTASTE EN AQUELLA SALA blanca, entre las dos filas de camas.

—Me alegro de que haya despertado, hijo.

Aunque veías al teniente Granell a tu lado, su voz te llegó como desde muy lejos.

—Mi teniente, ¿nos arrestarán por... salir sin permiso... del campamento?

—Al contrario, a usted le han ascendido.

Señaló algo. Giraste con dificultad la cabeza. Era tu uniforme de gala de la Legión Extranjera con el distintivo de tirador selecto y tres galones rojos: te habían ascendido a cabo.

—No entiendo.

—Hablé con el capitán Buiza. Le conté lo ocurrido y elevé informe al coronel indicando que usted y yo habíamos salido del campamento cumpliendo sus órdenes en una misión de inspección de la zona en la que fuimos tiroteados por miembros de la Gestapo.

—Sigo sin comprender, mi teniente.

—La situación ha cambiado, hijo. Muchos militares franceses saludaron el armisticio de Pétain con Alemania, pero no están dispuestos a colaborar con los nazis. Desde el desembarco de Rommel en África, la Francia de Vichy se encuentra dividida. Sólo necesitan un líder y unirán sus fuerzas a la Francia Libre.

—Eso quiere decir que...

—Quiere decir que, de un momento a otro, gran parte de la Legión Extranjera de Pétain se opondrá a la colaboración con Alemania. El capitán Buiza está liderando a los españoles alistados.

—¿Lucharemos contra los nazis, mi teniente?

—No se preocupe de eso, hijo. Usted, recupérese. Mire, le he traído su Mosin. Pensé que era mejor que estuviese con su dueño...

Contemplaste el fusil.

—Colóquelo dentro de la cama —pediste.

—¿Como si fuera su novia?

Acariciaste la culata y su carcasa: el pasaporte de Törni hacia el infierno.

—Mi teniente, ¿quiénes eran aquellos alemanes?

—Eran de la Gestapo. Concretamente se trataba de la unidad del *Hauptsturmführer* Klaus Barbie que acompañaba a Rommel con la misión de buscar judíos en los campos de internamiento franceses.

—¿Lo de mi hermana?

—Lo de su hermana y cinco chicas más, hijo, no tuvo nada que ver con la búsqueda de judíos. Decidieron celebrar una fiesta por el desembarco del Afrika Korps. Las forzaron y después las mataron.

Tragaste saliva. Apretaste el Mosin contra ti. Törni iba a morir, se escondiera donde fuera.

—Mi teniente, ¿a dónde se fueron?

—Se llevaron a los judíos al campo de concentración de Natzweiler-Struthof, cerca de Estrasburgo.

Estrasburgo. Tu destino, en cuanto te recuperaras.

—¿Qué ha sido de mi madre?

—Ha estado a su lado estos días; hoy le pedí que descansara. Y no se angustie por ella. Le hemos encontrado una casa a las afueras de Orán. En el barrio habitan varias familias españolas y se ayudan entre ellas.

NATZWEILER-STRUTHOF, ESTRASBURGO, la «A» tatuada con un signo menos en el antebrazo, la silueta de Törni, aquellas palabras: *Sparen Sie sich die Kugel, Obersturmführer...*

Despertaste. Era de noche. Tu madre, sentada junto a tu cama, contemplaba una foto. Llevaba una chilaba y un pañuelo de seda sobre el cabello. No se había dado cuenta de que la mirabas.

—Madre, no llore.

—Nico... —dijo, y se puso de pie.

—¿Cómo se encuentra?

—No te preocupes por mí. Ahora debes obedecer a los doctores y recuperarte.

—El capitán médico me ha dicho que en unas semanas podré caminar... Y el teniente Granell me aseguró que usted se encontraba fuera del campo, en una vivienda con más exiliados.

—Así es. Ese teniente es muy buena persona. Me buscó el alojamiento, me entregó dos mil francos que, según él, eran tuyos y añadió quinientos suyos.

—¿Y el cuerpo de Lucía?

—Lo enterramos junto a las otras chicas en el cementerio del campo de Carnot.

Rompiste a llorar tú también. Te abrazó.

—Descanse, madre. Váyase a casa.

Se irguió y se secó las mejillas. Te entregó la foto: era la de los cinco, antes de la Guerra Civil. Lucía tendría doce años y su sonrisa iluminaba aquel papel sepia.

—Es mejor que la conserves tú, Nico. Yo no puedo mirar esa foto sin morirme un poco todos los días.

—La guardaré yo, no se preocupe.

—Quédate también con esto.

Y puso en tu mano dos pendientes de oro. Eran los que había lucido tu hermana, durante su primera comunión, en la iglesia del barrio. Con suavidad, tu madre te apretó los dedos en torno a ellos, y tú cerraste los ojos. Una foto y dos aretes: todo lo que quedaba de ella.

UN INMENSO CARTEL flotaba en el aire, con una gran letra «A» escrita en negro, y se bamboleaba sobre tu cabeza. Desde algún sitio se oía una voz: *Sparen Sie sich die Kugel Obersturmführer...*

—«Ahórrese la bala, teniente Törni, los escorpiones lo rematarán».

La voz de Gitano te despertó.

—¿Qué dijiste, Luis?

—Traduzco las palabras que repites siempre en sueños.

—¿Desde cuándo sabes alemán?

—Desde hace tiempo. No sé mucho, pero sí lo suficiente.

—¿Cómo no estás en la Línea Mareth?

—El teniente me dio la orden de que permaneciera a tu lado hasta que te recuperases. «Su puesto está con su compañero legionario», dijo. De paso, aprovecho para visitar a una amiga de la compañera puta...

—Sigues sin escarmentar.

—Ah, el teniente también me ordenó que sustituyera a tu madre en el hospital para que descansase.

—¿Qué tal está?

—Bien, lleva cuatro días en la nueva vivienda y tiene de todo. Le entregué cinco mil francos para que se fuera arreglando.

—¿Cinco mil francos? —preguntaste extrañado—. ¿De dónde has sacado tanto dinero?

—Un trabajo extra que...

Luis no pudo continuar. Dos figuras enormes entraron en la sala, deteniéndose en medio del pasillo que separaba las dos hileras de treinta camas. Te incorporaste un poco. Los dos

llevaban las cabezas rapadas y el traje colonial de la Legión Extranjera con la bandera de Francia coronada con la Cruz de Lorena, machete, dos granadas y pistola al cinto. Las camisas abiertas no dejaban ver el pecho, oculto tras sus enormes barbas. Su aspecto era terrible. Te fijaste en sus galones. El de mayor rango rompió el silencio y lo hizo en español: —Soy el *adjudant-chef* Miguel Campos. Pertenezco a las fuerzas de la Francia Libre, cuyo gobierno se encuentra en el exilio como el nuestro. El sargento jefe y yo hemos venido para transmitirles que...

Imposible. Volviste a fijarte. Y sí, era cierto. El sargento jefe portaba un arete. Pero estabas seguro de que la estampa, la voz, el acento del *adjudant-chef* coincidían con las del hombre de mandíbula cuadrada que había desafiado a los gendarmes y al capitán del *Stanbrook* en el puerto de Alicante.

—... desertar y unirse a la Francia Libre. El contrato será hasta que la guerra termine y expulsemos a los nazis de Estrasburgo y...

Había pronunciado la palabra mágica: Estrasburgo.

—Yo voy con ustedes —gritaste—. Luis, dame la mano.

Gitano te ayudó a incorporarte. Te sentaste en la cama, percibiste el frío del suelo en las plantas de los pies.

—¡Estás loco, Ardura! —exclamó Luis.

—¿Ardura? —repitió el sargento jefe en un murmullo, mientras tú le ordenabas a Luis acercarte las muletas.

El sargento jefe se arrimó a los dos y su mirada se fijó en el Mosin tendido en la cama. Después la enfocó hacia los galones de cabo de tu traje y el distintivo de tirador selecto.

—¿Usted se llama Ardura? —te preguntó.

—Sí, mi sargento. Soy el cabo Ardura.

—¿No será, por casualidad, hermano de Fran Ardura?

—¿Conoce a mi hermano?

—Es posible. ¿Cuál es su récord, cabo? —inquirió.

—Blanco en movimiento a ochocientos metros.

—Campos —llamó el del arete—, aquí tenemos un cabo que creo nos conviene.

El *adjudant-chef*, al lado del sargento jefe, observó en silencio tus vendajes. Después ojeó el Mosin y tu uniforme, y sentenció: —No vendrá con nosotros. No se encuentra en condiciones: el viaje al Tchad lo mataría.

AL ENCUENTRO DE LECLERC

SEIS BEDFORD, un cañón de 57 mm., fusiles, subfusiles, granadas, diez morteros de pequeño calibre, cincuenta bidones de combustible: ese fue el botín obtenido por Fábregas y Campos tras las semanas en las líneas argelinas de la Francia colaboracionista. Ese, y casi cien desertores de la Legión de Pétain.

El convoy, en su ruta hacia la frontera con el Tchad, en el sur, mantenía una velocidad media de setenta kilómetros por hora. No se detenía ni de día ni de noche. El relevo de conductores se efectuaba cada doscientos kilómetros, en un breve momento que aprovechabais para revisar el aceite, el agua y el combustible de los vehículos.

A ti te ubicaron en el asiento del copiloto del Bedford de cola, conducido por Fábregas. Luis iba en la caja del camión con veinte soldados más, que apenas habían pegado ojo por los baches del camino.

—¿Por qué lleva un pendiente, mi sargento? ¿Una promesa?

—Nada de promesas. Todos los que hemos traspasado el Cabo de Hornos con vida deberíamos llevarlo.

—¿El Cabo de Hornos?

—Los corsarios nos enseñaron que quien llegue a Tierra del Fuego y salga de ella con vida debe portar una medalla. El arete dorado lo es.

—¿Usted traspasó el Cabo de Hornos?

—Mi Cabo de Hornos fue la Guerra Civil en España. Supongo que también sería el tuyo.

—Sí, estuve en el Ebro y Madrid.

—¿Lo ves? Tú deberías llevar otro arete.

Metiste la mano en el bolsillo y extrajiste los pendientes de tu hermana, que contemplaste en silencio.

—¿Cómo se llama? —te preguntó el sargento jefe, después de señalar los aretes con un gesto del mentón.

—Lucía.

—¿Tu novia?

—No. Era mi hermana. La asesinó un oficial de la Gestapo en el campo de Carnot.

—¿Tienes más familia?

—Mi hermano Fran, al que ya conoce, y mi madre, que se encuentra en Orán, en un barrio de familias españolas. Mi padre desapareció en el Alto de los Leones. No sabemos si se encuentra enterrado en una fosa común o en una cárcel.

—Si es así, deberías cambiarte el nombre.

—¿Por qué, mi sargento?

—Nadie tiene que enterarse de que el cabo Nicolás Ardura combate en las fuerzas de la Francia Libre. Si la noticia se

difundiera, podrían tomar represalias contra tu madre.

—¿Fábregas no es su verdadero nombre?

Meneó la cabeza.

—Ninguno de los colaboracionistas debe saber que a mí no me bautizaron así. En caso contrario, lo pagaría mi familia, encarcelada en España.

—El *adjudant-chef*, ¿tampoco se llama Miguel Campos?

—Campos no necesita cambiarse el apellido. El primer día que se levantaron en armas los africanistas, mataron a todos los suyos en Canarias... Venga, muchacho, elige un nombre, y en la próxima parada celebramos el bautismo.

Contemplaste la fotografía de tu familia un instante.

—De pequeño me llamaban «Bicho» —respondiste—. Decían que era muy revoltoso.

—Bicho, bicho... No me gusta. Elige otro.

—No se me ocurre...

—Espera un momento. «Bicho» en francés también significa «bestia». Suena bien —cerró los ojos y alzó la frente, como si así oyera mejor algo dentro de su cabeza. Luego aprobó—: Está bien, a partir de ahora serás el cabo Bête.

Nicolás Ardura debía morir para que naciera el cabo Bête. Y así ocurrió.

Apoyaste la cabeza entre el sillón y el cristal de la puerta, cerraste los ojos y tu mente se evadió a lo ocurrido en el hospital, horas atrás.

Campos, que insistía en que tú no les acompañarías, que se te veía maltrecho y no soportarías el largo viaje al Tchad. Tú, afirmando que irías con ellos de cualquier modo. «Si es tan terco, creo, Campos, que será un buen combatiente», alegó Fábregas.

«He dicho que no», respondió el *adjudant-chef*. «Su opinión me da igual. Yo voy», retrucaste mientras te incorporabas de la cama y colocabas el fusil al hombro. «Es el hermano del teniente Toro Ardura», apoyó el sargento jefe. «Si acepta al cabo Ardura, yo me enrolo con ustedes», ofreció firme Gitano.

Campos os miró entonces a los dos, luego al Mosin. «¿A qué alcance dijo que hacía blanco?», te preguntó. «A ochocientos metros en movimiento», contestaste. Y, sin esperar la respuesta del *adjudant-chef*, Fábregas sonrió. «Apóyate en mi hombro, que nos vamos al Tchad», dijo.

Unos disparos te rescataron del ensimismamiento.

Algo que no distinguías muy bien, una especie de puesto fronterizo, se presentaba delante de vosotros. Lo único que alcanzaste a ver con claridad fue a Fábregas cogiendo el fusil y saltando del camión.

—Todos abajo —ordenó a los dos pelotones de la caja—. Sígueme.

Veinticuatro imberbes, Luis entre ellos, escoltaron al barbudo. Cerca de ti retumbaron otros dos disparos. Fuera lo que fuese aquello de allí delante, impedía vuestro avance.

Inmovilizado en el asiento del camión, bajaste la ventanilla y dirigiste el cañón del Mosin hacia el frente: nada a lo que disparar. Parecía que la acción se desarrollaba en el flanco contrario, al que no tenías acceso desde tu campo de visión.

De repente Fábregas regresó, saltó al Bedford y lo puso en movimiento.

—¿Qué ha pasado, mi sargento?

—Poca cosa. Es un depósito de agua y gasolina, de los muchos que tiene la Francia de Vichy en estas tierras. Lo custodiaba una

escuadra de gendarmes —dijo, y escupió por la ventana—. Nada que Campos no consiguiera reducir en un minuto.

—¿Ahora dónde vamos?

—Campos ha dado la orden de descansar un par de horas después de reponer combustible y agua.

—¿Puedo ayudar?

—No te preocupes, somos suficientes. Pero creo que deberías bajar con esas muletas y dar un paseo, hacer algo de ejercicio, pues tengo la sensación de que el viaje va a ser muy duro a partir de aquí.

Gitano y Fábregas te ayudaron a descender del Bedford. El resto había comenzado a llenar los tanques de vuestros camiones y cargar bidones de agua y gasolina en la parte trasera. Otros revisaban los niveles de agua y aceite de los motores.

Seis gendarmes de la Francia de Vichy se encontraban maniatados a la puerta de un cobertizo de madera. Apoyaste las muletas en el primer peldaño y de un impulso te adentraste en lo que suponías era el lugar de control de aquel puesto de avituallamiento.

Campos, con un plano de la zona extendido sobre una mesa, discaba unos dígitos en el teléfono. Cuando habló, su tono, tras presentarse, era de apremio: —¿Y bien? Ya... Hace seis semanas... ¿Hay algún teléfono de contacto con Leclerc en Murzuk?... Espere un momento. —Cogió un lápiz—: Sí, dígame. —Anotó un número sobre el plano y, antes de colgar, añadió—: Si no obtengo respuesta, le vuelvo a llamar.

Te vio y, a continuación, paseó una mirada enérgica por las paredes del cobertizo como buscando algo. Momentos después, sus ojos se detuvieron en una caja blanca adosada al muro: el

botiquín.

—Fábregas —gritó—, que se acerque alguien que entienda de cambiar vendajes.

Dicho esto, comenzó a marcar el número de teléfono que le habían facilitado. No se comunicó de inmediato; colgó y volvió a llamar varias veces, hasta que por fin parecieron atenderle.

Mientras tanto, el sargento jefe entraba en el cobertizo con un soldado rubio y, dirigiéndose al *adjudant-chef*, anunció: —Campos, este ha sido enfermero...

—¿Capitanía de Murzuk? *Adjudant-chef* Campos, de la Francia Libre... Espero, sí. —Y volviéndose hacia Fábregas, tapó el auricular y susurró—: Hay que cambiarle los vendajes al cabo. Mirad si en ese botiquín hay... —carraspeó—. Le escucho.

Fábregas y el soldado rubio se encaminaron al botiquín. Lo abrieron. El rubio sorteó los objetos del interior, pero tú prestabas más atención a la conversación por teléfono: —... ¿D'Ornano, muerto?... ¿A Koufra?... ¿Cuándo partieron?... Camellos bien cargados, ya.

—Siéntese, cabo.

El rubio, que comenzó a quitarte los vendajes de las piernas, no te dejó seguir la conversación.

Campos había colgado el teléfono y calculaba distancias en el plano con una regla.

—¿Lo has localizado? —preguntó Fábregas.

—Sí. Había dejado un mensaje por si aparecíamos.

—¿Acaso lo dudaba?

—Dudaba de que fuera vivos.

—Hombre de poca fe —sentenció Fábregas y sonrió.

—Al parecer, Leclerc salió con la Agrupación M del Tchad hace

semanas. Tomaron Murzuk y, casi de inmediato, emprendieron camino hacia Koufra.

—¿El oasis de Koufra? ¿No es la mayor posición defensiva de los italianos en el desierto?

—A sí es.

—Y la Agrupación M se ha lanzado al asalto...

—No. Leclerc sólo ha llevado el Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad y la compañía de Long Rangers Desert, al mando del capitán Clayton.

—Eso no son ni un millar de soldados —exclamó Fábregas extrañado.

—Lo sé. Por eso calculaba distancias, por si podemos llegar a su encuentro y sumar fuerzas.

—El grueso de la Agrupación M, ¿quedó asentada en Murzuk al mando del teniente coronel?

—No, Fábregas. Al parecer, D'Ornano murió en el asalto a la ciudad.

El sargento jefe encendió un cigarro y, después de expulsar el humo, dijo: —Leclerc y él eran muy amigos.

—Lo sé. Por eso me temo que la rabia le ha llevado a lanzar al Regimiento de Senegaleses del Tchad a una muerte segura.

El rubio comenzó a desenrollar el vendaje de tu cabeza. Al dejar a la vista la herida, frunció el ceño: —Ahora regreso —anunció—. Voy a por agua limpia.

El sargento jefe se acercó a contemplar el dibujo de la trayectoria de bala en tu piel. Adivinaste un gesto suyo a Campos, ya que a continuación también él se arrimó a ver la herida.

—El cabo Bête es un hombre con suerte —aseveró Fábregas, y Campos asintió y regresó al plano.

Llegó el rubio acarreando un barreño lleno de agua, lo depositó en el suelo y, con un trapo empapado, comenzó a limpiarte la herida.

—¿Cuál es tu plan?

La pregunta del sargento jefe dirigida al *adjutant-chef* hizo que tus cinco sentidos se agudizaran.

—Veamos. De Fort Lamy a Koufra hay casi mil quinientos kilómetros. No podemos seguir ruta al Tchad para luego entrar en Libia. Si queremos alcanzar a Leclerc debemos entrar ya en Libia y seguir el mismo paralelo. Posiblemente en la divisoria entre el desierto del Sáhara y el de Libia.

—¿Tendríamos que atravesar el macizo de Tibesti?

—Mejor Tibesti que Hoggar —sentenció Campos, que siguió trazando líneas sobre el plano.

Unos minutos después, el rubio había terminado de cambiarte los vendajes y se había despedido. Fábregas se acercó a ti.

—Mientras nuestro *adjutant-chef* decide la ruta, si quieres, te coloco uno de esos pendientes.

Nunca te habían concedido una medalla. Tampoco creíste haberla merecido, pero un arete en tu lóbulo podía ser la marca de los que superan con vida el Cabo de Hornos. Eso te había asegurado Fábregas en el viaje, y estabas de acuerdo con él. Introdujiste la mano en el bolso y extrajiste uno de los aros. Se lo tendiste al sargento.

—Aquí tiene.

—Ni te menees. Lo tendrás puesto antes de darte cuenta.

Lo primero en llegar fue el olor a alcohol; luego, un ligero pinchazo y, por último, la voz del sargento.

—*Voilà!* Mira a ver si te gusta. —Y colocó un trozo de espejo

delante de tus ojos.

Sonreíste. El arete dorado de tu hermana, convertido en un símbolo de victoria.

—Ya tenemos otro marica con pendientes —gritó un soldado desde el marco de la puerta a un grupo que pasaba por el corredor. Risas.

No había acabado de decirlo, cuando Fábregas saltó sobre él: su mano izquierda aferrándole el cuello y la derecha en los testículos.

—Soldado —gritó el sargento jefe—, ¿acaso comparte usted la opinión nazi de que a los homosexuales hay que encerrarlos en campos de exterminio?

—No, mi sargento —balbuceó con dificultad el soldado.

—Entonces es usted más benévolo y cree que deben acabar en prisión, como postula Franco.

—No, mi saggg... —comenzó a responder, pero su rostro dejaba adivinar que al menos una de las manos de Fábregas ejercía cada vez más presión.

—Soldado, ¿tiene algo en contra de los homosexuales? —Fábregas ya aullaba, cuando aflojó un poco la zarpa del cuello para permitirle hablar.

—No... —dijo, y carraspeó—. No, mi sargento.

El otro volvió a presionar el cuello del soldado y, pegando su rostro al suyo, le susurró: —Recuerde: nosotros luchamos por todos los seres humanos, sin distingos. Si no opina igual, seguro que el fascismo tiene un puesto para usted.

Y le soltó, empujándole hacia el suelo.

El soldado quedó inmóvil, con el rostro algo amoratado y la respiración forzada.

—Fábregas —ordenó Campos desde el interior—, deja las disputas y que la compañía suba a los camiones.

—¿Has tomado una decisión? —preguntó el sargento jefe, regresando con él.

—Sí. Leclerc avanza despacio hacia el norte. Lleva camellos cargados y su velocidad de desplazamiento no será superior a los diez kilómetros por hora. Vamos a cruzar la frontera de Libia y avanzaremos en paralelo hacia el este. Si no encontramos resistencia, calculo que llegaremos a las cercanías de Koufra al mismo tiempo que ellos.

El sargento jefe salió del cobertizo, pero aún alcanzaste a oír su grito: —En un minuto todos a los camiones. Revisen armamento, amarren bien los bidones y que los depósitos estén llenos.

—¿Adónde vamos, mi sargento? —preguntó una voz.

—Muchacho —respondió Fábregas—, tenemos una cita con la Historia y vamos muy apurados de tiempo.

LIBRO 2.º
DEL OLVIDO A LA TRINCHERA

1

KOUFRA

KOUFRA NO ERA MÁS que uno de los siete distritos administrativos en los que se dividía la región sur de Libia, el Fezzan: una tercera parte de la extensión de la nación, con sólo sesenta mil habitantes. Ante esta descripción, nadie apostaría demasiado por su incidencia en una guerra mundial en la que se disputaban canales, estrechos, océanos, rutas comerciales y ciudades de millones de habitantes.

Pero Koufra y su oasis tenían enorme importancia estratégica, y Leclerc lo sabía. Lo principal era su aeródromo, El Buma, y la posición defensiva del fascismo, el fuerte de El Taj. Al valor estratégico se sumaba el símbolo: los italianos habían necesitado tres mil soldados, una sección de blindados, otra de artillería y doscientos aviones de combate, la totalidad de la Columna Miaña, para arrebatárselo a sus primigenios moradores, los indígenas *senussis*. Y como Leclerc siempre defendió que la suerte no sonríe

a los indecisos, se lanzaba al ataque con una unidad de apenas mil hombres. Pero no se trataba de una unidad cualquiera, era el Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad. Una fuerza estructurada a imagen de los Long Rangers Patrol ingleses, como un conjunto de Compañías de Descubierta y Combate. Sólo una quinta parte eran europeos; el resto, senegaleses o cameruneses que conocían bien el desierto. Se movían lentos, pero seguros en un mundo en el que nunca hubo pistas, ni agua, sólo arena y montañas. Se orientaban por las estrellas y la brújula.

A veces les cegaban las tormentas, pero no detenían su marcha sobre una inmensidad de arena de colores cambiantes y grandes dunas. Las antiguas rutas de caravanas de ébano, marfil, oro y piedras preciosas, vieron pasar a una tropa harapienta, multirracial, unida por la esperanza de terminar con el fascismo.

La medida de la crudeza de aquella travesía, propia de titanes, la dio el hecho de que el Bienheim, único avión de combate de Leclerc, se perdió en una de esas tormentas y no sería encontrado hasta dieciocho años después.

Ni el capitán Clayton, que había unido sus veintiséis vehículos y setenta y seis tripulantes de los Longs Rangers Desert, creía en el éxito de aquella misión.

—Los hombres han adelgazado seis kilos, mi coronel. Cuando divisemos Koufra, no serán ni huesos.

—No se preocupe, Clayton —le respondió Leclerc, sujetando su quepis para protegerlo del viento—. Los huesos de la Francia Libre pelean con más rabia.

Barrancos pronunciados, desfiladeros, valles de ríos secos y grandes *ergs* o mares de dunas contemplaron el paso de las Compañías de Descubierta y Combate. La tierra de los tuaregs, de

los tubus, de los reguebat, de los bereberes era de nuevo invadida por seres desharapados y barbudos que portaban la Cruz de Lorena como grímpola entre el siroco.

Dicen que esa arena soportó el día más caluroso del planeta, un año perdido en el recuerdo de los hombres. Por eso durante la noche, cuando les guiaba la Polar y las temperaturas cercanas a los cincuenta grados no los freían, avanzaban sin pausa.

Ya no había estaciones de agua defendidas por fuerzas militares enemigas. No eran necesarias si lo que se busca es la muerte. La falta de los ocho o diez litros diarios que necesitaba cada soldado los mataría antes que las balas.

Pistas sólo aptas para camellos, montañas infranqueables, arenales, el oeste recortado por los Montes Tibesti con sus tierras volcánicas de color ocre y negro, aquel mundo lunar de rocas desnudas, donde el viento y los astros dibujaban sugerentes filigranas, se presentaban ante ellos, pero no divisaron ningún *addax* ni *oryx* blanco de los que antaño patearon esas tierras.

El penúltimo día de febrero, El Taj se presentó ante los soldados de Leclerc: alambres de púas, trincheras, campos minados, ametralladoras ligeras y defensas antiaéreas bajo el mando del coronel Leo les iban a dar la bienvenida.

—Teniente Dronne, ordene que el cañón de 75 milímetros se coloque aquí, a dos kilómetros sin arrimarse al fuerte, y que dispare a una cadencia de veinte detonaciones por...

Un grito del capitán Clayton interrumpió a Leclerc:

—Mi coronel, un contingente militar de seis camiones se acerca a nosotros por el este.

Leclerc dirigió sus prismáticos hacia el punto indicado. Incrédulo ante lo que contemplaba, mantuvo la posición y

exclamó: —Mon Dieu!

—¿Problemas, mi coronel? —preguntó Dronne.

—Al contrario, teniente. Acaban de llegar las soluciones.

ATRÁS QUEDARON LAS NOCHES mirando a la derecha para no perder la Polar, el cruce entre los *erg* de Ubari y Murzuq vigilados por los míticos montes Akakus, las dunas gigantes que impedían el paso de los Bedford, las plantaciones pedregosas de la Hamada, la escolta solidaria de algún tuareg, el viento y la arena que destrozan motores, los valles de ríos y lagos secos, los poderosos desmoches; los esqueletos desecados de camellos, osamentas que jalonaban los lugares de agonía; la sed y el hambre, el sudor y la sangre...

Empleasteis la noche entera en atravesar la línea divisoria entre los montes Tibesti y el *erg* de Rabianah. Vuestros cuerpos estaban cansados, pero vuestra determinación era capaz, con un solo quite, de poner boca abajo al III Reich. Se acercaba el amanecer de aquel día inolvidable.

Divisasteis palmerales y miles de datileras que indicaban un oasis, y soldados con el uniforme colonial señalaban que aquello eran las inmediaciones de Koufra. Por fin ibas a conocer a ese coronel Leclerc, del que tanto hablaban Campos y Fábregas.

Vuestro convoy se detuvo a unos dos kilómetros de la primera palmera. Y llegó el grito del *adjutant-chef*: —Bajen de los camiones.

Descendiste del Bedford con ayuda de Fábregas y Gitano. Colgaste el Mosin al hombro y, apoyando el extremo de la muleta con precaución, te dirigiste hacia donde estaban Campos y un

soldado bajito y delgado con bigote. Te costó mucho llegar. A cada paso, Luis debía jalar de la muleta para desenterrarla de la arena.

Unos metros después comprobaste que aquel soldado junto al *adjutant-chef* llevaba cinco galones blancos: era un coronel. No. Era Leclerc. Y tenía sus ojos clavados en ti.

—Cabo —te dijo—, vaya hasta aquella tienda y se queda allí tumbado hasta que termine el asalto a El Taj.

—Mi coronel, yo quiero combatir. Para eso me enrolé en la Francia Libre.

No lo supiste entonces, pero en ese instante Leclerc seguramente sintió en su interior lo mismo que De Gaulle cuando el capitán Philippe de Hauteclocque se presentó ante él, seis meses atrás, reclamando su puesto de combate.

El coronel alzó el mentón en un gesto rápido hacia tu rifle, y preguntó: —¿Cuál es su récord?

—Blanco en movimiento a ochocientos metros.

—¿Y estático?

—Lo desconozco, mi coronel.

—¿Acertaría a un kilómetro?

—No he probado nunca.

—Pues lo va a hacer usted.

Después, con un grito, llamó al teniente Dronne, que, sujetando su quepis, se acercó presuroso.

—Mi coro...

Leclerc no le dejó terminar.

—Dronne, coloque en un *jeep* al cabo y le busca un asentamiento a algo menos de un kilómetro...

—Con el sol a la espalda —añadí.

—Españoles —barruntó el teniente.

—El cabo tiene razón: el sol, a su espalda —terció Leclerc.

—¿Qué he de hacer, mi coronel?

—Dejar ciego el fuerte.

Leclerc, a continuación, se reunió con sus capitanes. Órdenes cortas y claras debieron de ser, pues no hubo réplica ni demora en ponerse en movimiento.

Un *jeep*, conducido por un senegalés, se colocó a tu altura. El conductor te hizo una seña de que subieses al asiento de atrás. Gitano te acompañó arrastrando el trípode. Al minuto, se os unió Leclerc al lado del copiloto.

Llegasteis a la cresta de una duna; los rayos del sol amenazaban al desierto con asomar. Leclerc movió la cabeza, indicándote que habíais llegado a la posición. A partir de ahí, disparar era tarea tuya.

—Mate a todos los centinelas de las torres. Hay que dejarlos ciegos —te ordenó.

Te tumbaste con el Mosin apuntando a las torres, Gitano a tu lado ajustaba el trípode y, desde sus prismáticos de diez aumentos, visualizaba el objetivo.

—Centinelas en las dos. Están cansados o medio dormidos, y apoyan su espalda en una columna —dijo Gitano.

—Necesito luz. No puedo confundir al soldado con nada —te lamentaste.

Dos. Localizados. Una ráfaga de viento removi6 la arena.

—¡Mierda! —gritaste—. Necesito las gafas del desierto. La arena me puede cegar.

—Tome la mías, cabo —dijo Leclerc desde el *jeep*.

El senegalés te las acercó. Pero también precisabas un rayo de sol que iluminase a tu espalda, y eso ya no lo podía solucionar

Leclerc.

—Objetivos a ochocientos noventa metros. Distancia entre ellos: grado y medio —sentenció Gitano.

Ajustaste el trípode y la regleta.

«Más de ochocientos metros», pensabas. Nunca lo habías hecho, pero se encontraban inmóviles y eso era una ventaja. Tenías que desterrar cualquier idea de fracaso. Leclerc te observaba. «Olvida todo. Sólo consistencia y precisión», retumbaban las palabras de Granell en tu cabeza.

Tu respiración.

Tus latidos.

Blancos en el punto de mira.

Fuera aire...

Toc, toc, toc, toc, rayo de sol a tu espalda, toc; esos son troncos; aquellos, hombres; toc, disparaste, toc, giraste el fusil, toc, disparaste, toc...

—*Mon Dieu!* —exclamó Leclerc desde el *jeep*.

Cuando te volviste, notaste que no apartaba los prismáticos de sus ojos mientras seguía hablando: —¿Quién le enseñó a disparar así?

—El teniente Amado Granell.

—¿Otro exiliado?

—Sí, mi coronel. Era mayor del Batallón Hierro en España.

—Amado Granell —repitió—. He de decirle a Campos que, en la próxima incursión a Argelia, le invite a unirse a nosotros. Tengo la impresión de que nos será de gran ayuda.

El cañón del 75, situado a dos kilómetros del fuerte, efectuó un disparo.

Directo al centro de la fortificación.

—Su misión es no dejar asomarse a nadie en las torretas — ordenó el coronel antes de desaparecer de vuestro campo de visión.

La batalla de Koufra había comenzado.

El aeródromo de El Buma fue ocupado, casi sin resistencia, por los hombres de las Compañías de Descubierta y Combate. Leclerc ordenó al capitán Clayton que los vehículos de su compañía rodeasen el fuerte a una distancia segura de las ametralladoras ligeras. El cañón del 75 escupía muerte cada cincuenta minutos desde posiciones distintas, y siempre impactaba en el interior del fuerte.

Tú rodabas por la arena, en la cresta de la duna, cambiando la posición para no ser localizado y para tener a la luz del sol siempre de aliada. Gitano extendió sobre vosotros la malla, que os permitía mimetizaros con el desierto. Había que dejar ciego el fuerte, había ordenado Leclerc, y eso es lo que hacías. Cada centinela que ascendía a alguna de las torretas caía sin remisión y sin poder informar de lo que les amenazaba desde el exterior.

Según avanzó el día, el plan de ataque se presentó claro para todos vosotros: disparos regulares del cañón desde diferentes posiciones evitando que desde el interior identificasen la fuerza atacante. El objetivo: que los italianos creyeran que quien realizaba el asedio era un Cuerpo de Ejército.

El *jeep* de mando, con el senegalés al volante, os acercó la única comida del día: arroz hervido, siete dátiles, una remolacha forrajera y dos cantimploras con agua.

Surgió la noche y el bramido del 75 siguió con su regular sinfonía. Pero el plan de ataque había sufrido una variación: tú apagabas a balazos cualquier foco que se encendiese desde el

interior; los vehículos de Clayton, que cercaban el fuerte, encendían sus luces y las apagaban de inmediato, así hasta el amanecer; y los zapadores cameruneses desactivaban minas, abriendo una ruta segura para el asalto final.

Llegó el 1 de marzo, tercer día de asedio. Todo se repitió con la regularidad de la naturaleza: los disparos del cañón, los tuyos a cualquier nuevo vigía, y a esperar la próxima noche, en la que los zapadores habían asegurado que abrirían una ruta para el asalto.

A las nueve de la tarde, una bandera blanca asomó desde el interior de El Taj. El coronel Leo y su batallón de infantería colonial, los *askaris*, se rendían. Era un hecho que el grueso del ejército italiano, situado en el norte de Libia, no les enviaría refuerzos a tiempo.

Leclerc sonrió.

Desde tu posición contemplaste a Fábregas y al *adjudant-chef* unirse a los soldados que cargaban contra las alambradas y los posibles campos de minas. Daban miedo al miedo, despreciando su propia integridad, ofreciendo su cuerpo en la pira del sacrificio.

—Cabo —la voz de Leclerc detrás de ti—, suba al *jeep*.

Colocaste el Mosin al hombro y, ayudado por Gitano y el senegalés, te encaramaste al vehículo de mando. El *jeep* arrancó.

ANTES DE ENTRAR EN EL FUERTE, que ya habían tomado las fuerzas de la Francia Libre, Leclerc te anunció: —Queda usted ascendido a cabo primero. Quiero que a partir de este momento prepare una escuadra de tiradores de élite.

Gitano cerró los puños, luego te abrazó, y le oíste suspirar: —Llegarás a coronel.

Un galón amarillo se iba a añadir a los dos rojos. Además, mandarías una escuadra de francotiradores. Creíste que no podías recibir más alegría aquella tarde, pero hubo algo que lo superó.

De los quinientos ochenta hombres al mando del coronel Leo, sólo se pudieron hacer trescientos treinta y dos prisioneros. El resto había muerto por los impactos del cañón del 75 o las balas de tu Mosin. El armamento italiano pasó a vuestras manos — cientos de fusiles, decenas de ametralladoras y catorce vehículos — y el fuerte que controlaba todo el sur de Cirenaica y amenazaba Sudán se convirtió en vuestro hogar.

Lo que más te sorprendió fue el contraste con los italianos, que iban engominados, perfumados y elegantemente vestidos y equipados.

—La vieja ley de todos los tiempos —sentenció Fábregas, ante el desfile de los fascistas—: El triunfo del dolor sobre la vida fácil.

La noche se cerró sobre vosotros y Leclerc ordenó al teniente Dronne que reuniese a las compañías.

—*Tuguta* —gritó Dronne—, toque a formar.

Tú también te incorporaste a la formación, detrás de Fábregas y Campos, aunque con muletas. Se izó la bandera con la Cruz de Lorena. Sonó *La Marsellesa*. Y sin que nadie diera el permiso, a Turuta se le escapó el *Himno de Riego*.

Leclerc sonrió y, desde lo alto de unas escaleras que daban acceso a la puerta principal del puesto de mando, lanzó unas palabras de enhorabuena y agradecimiento a todos en nombre de la Francia Libre. Y terminó con aquel juramento: —No nos detendremos hasta que la bandera de la Francia Libre flote también sobre París, Metz y Estrasburgo.

Estrasburgo, había dicho, y tu mente tradujo: «Törni».

Si aquel era el juramento de Leclerc en Koufra, para ti estaba todo muy claro: no te separarías de él hasta obligarle a cumplirlo.

COMUNICADO DE FRANCIA

LA NOTICIA DE LA TOMA de Koufra por fuerzas de la Francia Libre llegó de inmediato al número 4 de Carlton Gardens. Era la única alegría que recibía el general Charles de Gaulle desde la anexión del África Ecuatorial Francesa a la Cruz de Lorena. Los Panzer de Rommel tenían en jaque a Koenig y a sus aliados ingleses y el desembarco en Rabat, encabezado por el propio De Gaulle, había resultado un absoluto fracaso. Leclerc parecía ser el único que aportaba satisfacciones al líder francés en el exilio.

«Koufra», se repetía para sí el general, «Mussolini afirmó que el oasis y su fuerte eran uno de los baluartes más valiosos del poderío africano de Italia. Ahora pertenecen a la Francia Libre.».

—Capitán —llamó De Gaulle a su secretario—, vamos a redactar un comunicado a Francia.

El fiel y grueso Delau se apresuró a introducir una hoja en el rodillo de la máquina.

—Cuando usted quiera, mi general —dijo, apoyando los dedos encima del teclado.

—A toda Francia —dictó, y se detuvo un instante para dar una calada—. El invicto coronel Leclerc, después de anexionar el África Ecuatorial a la Francia Libre, ha tomado la inexpugnable fortificación italiana de Koufra y camina imparable hacia el norte de Libia. Hoy es un día grande para todos los franceses libres que...

La satisfacción también se dejó ver en el rostro de Delau, que, sin dejar de escribir, apretó los dientes y lagrimeó. Al terminar, extrajo el papel y se lo tendió a De Gaulle con una sonrisa.

—¿Qué quiere hacer con la nota, mi general? —preguntó.

De Gaulle leyó la hoja y se la devolvió. Después, depositó sus gafas encima de la mesa de escritorio y respondió: —Ordene hacer miles, millones de copias. Que un avión aliado sobrevuele territorio francés y las lance sobre los rincones más inhóspitos de nuestra patria. Quiero que nuestros compatriotas sepan que, hace casi un año, cuando lancé en la BBC aquella proclama, sabía que el día de hoy llegaría. La estamos cumpliendo.

—Así se hará.

Antes de salir, Delau fue detenido en el despacho por la voz de De Gaulle: —Capitán, cambie la nota.

—¿No le gusta cómo ha quedado, mi general?

—No es eso, Delau. Sólo ha de corregir el rango de Leclerc. Desde hoy es general de brigada.

UNA MUJER ALTA Y DELGADA había salido de la aldea de Warlus montada en una bicicleta Gazelle. Los meses de hambre, desde la ocupación alemana, y las pedaladas todos los días desde el castillo

al pueblecito, por aquellos senderos que bordeaban las suaves lomas de la llanura picarda, le habían conferido un toque juvenil que alejaba de ella cualquier señal de ser madre de seis muchachos. Su enjuto rostro aún conservaba la altivez de la aristocracia gala.

No traspasó la puerta principal del castillo de los Hauteclouque, ya que el ala central había sido requisada por el alto mando alemán que ocupaba la Picardía. Se dirigió a la otrora casa de la servidumbre.

Iba a cumplir treinta y ocho años dentro de poco, pero sabía que nunca había tenido un cumpleaños más triste: su marido en paradero desconocido, el castillo familiar ocupado por los nazis, la Francia de sus amores partida en tres, y seis niños que alimentar.

Entró en la cocina; todos sus hijos esperaban ya su llegada sentados alrededor de la mesa. Pero como cada día, en Warlus apenas había conseguido comida.

Cinco chiquillos se abalanzaron a besarla; el mayor se quedó rezagado. Percatándose, la mujer se extrañó: —¿Ocurre algo, Philippe?

—Esta mañana un avión arrojó papeles. Uno de ellos cayó en el gallinero. —Y el muchacho lo extendió hacia su madre.

Ella lo ojeó. Una frase le retuvo los ojos: «... el importante puesto de Koufra ha capitulado ante las tropas de la Francia Libre, al mando del general Leclerc...».

La mujer dirigió la mirada hacia el portarretratos con la fotografía de su marido uniformado de capitán de caballería. Lo recogió y besó el cristal. Nunca le habían hablado de ese general Leclerc y no tenía idea de quién podía ser.

La última imagen de su marido, al despedirse de ella, regresó

con fuerza, sin que supiera por qué. Aún lo recordaba, en el dormitorio, con los niños durmiendo en la habitación contigua: «¡Valor, Therese! La espera será larga...».

Luego, el capitán Philippe de Hauteclocque partió rumbo a Lisboa en una bicicleta igual a la de Therese, para llegar a la embajada de Londres y unirse a las fuerzas de la Francia Libre.

La mujer leyó en voz alta el contenido de la octavilla a los seis niños, y añadió: —También vuestro padre se comportaría como lo hace este general.

UN AVIÓN INGLÉS sobrevoló Hèrault, el paraje que a nuestros dos nuevos protagonistas les recordaba su Asturias natal. Aunque sus montañas no fueran tan altas, ni el Mediterráneo se asemejase al Cantábrico, aquellas tierras les habían acogido primero como refugiados y luego como mano de obra barata para sus fábricas y minas. Ambos no habían cumplido aún los veintisiete años, pero ya eran viejos. Viejos luchadores contra el fascismo, contra la barbarie. Hombres de tierra vieja, pero espléndida. Las heridas de una revolución fracasada y de una guerra civil perdida cubrían sus cuerpos y permanecían tatuadas a fuego lento en sus almas agnósticas. Nadie les podía enseñar nada de la muerte, del ocaso de los seres vivos ante la bestia fascista. Eran dos revolucionarios que se alimentaban de la energía de los puños cerrados por la rabia contenida. Y su vigor provenía de los espíritus que construyeron un mundo destruyendo las entrañas de la tierra allá en las minas de su tierra natal, a golpe de cincel y cartuchos de dinamita.

El avión lanzó miles de octavillas, que inundaron el pueblo.

Cristino García Granda alzó los ojos al cielo, cubriéndolos con la mano. El sol incidió sobre su rostro enjuto y acentuó aún más las arrugas incipientes que habían surgido en poco tiempo.

—¡Qué extraño! Lleva bandera inglesa.

—Han arrojado esto —dijo José Vitini, otro miliciano que había combatido en el Frente Norte. Y le entregó un papel a Cristino.

Los dos leyeron el escrito en silencio. La lluvia de marzo hizo su tímida aparición.

—Así que es cierto. La Francia Libre está combatiendo a los nazis y a los fascistas.

—Y por lo que se ve, están ganando —apostilló Vitini.

—Luego... —Cristino guardó silencio, se ajustó la boina, tirando de ella hacia sus ojos, y comenzó a liar un cigarro.

—¿En qué piensas?

—En nuestros chicos. Si esto es cierto, entonces es verdad lo que nos dijeron, que contra Rommel y los italianos están luchando los Quintos del Biberón y los del Chupete. —Deslizó el papel sobre la lengua y añadió—: Ellos nunca se dieron por vencidos.

—¿Qué te preocupa? —preguntó extrañado Vitini.

—Que nos equivocamos con ellos. Creímos que habían perdido el juicio cuando se unieron a la Legión Extranjera o a los Batallones de Marcha. Hasta los llamamos «carne de cañón de la burguesía» cuando combatieron en Noruega o en Dunkerque.

—Estaba el pacto germano soviético... —aclaró Vitini.

—Sí, tal vez fue eso. —Gastó dos cerillas, pero consiguió encender el cigarro. Después añadió—: El caso es que confundimos...

—Lo que llevamos repitiendo hasta la saciedad a los burócratas del Partido: a la diplomacia soviética le importa una

mierda la lucha de clases —cortó Vitini.

La mirada de Cristino regresó al texto de la octavilla.

El cigarro se consumía entre sus dedos y el humo rodeaba la hoja.

—Te veo muy pensativo —intervino de nuevo Vitini.

—«Salvemos el pellejo, o no quedará ni uno para reemprender el combate en mejores condiciones», defendimos al salir de España. Pero creo que este papel lo cambia todo.

—No te entiendo.

Cristino dio una calada, meneó la cabeza y dijo desalentado: —Que las cosas han cambiado mucho desde el Musel...

«El Musel»: el puerto de Gijón, en Asturias. Y a la mente de Cristino llegó el Nordeste con dos ráfagas de aquel puerto: la primera, cuando estalló la Guerra Civil y él se encontraba en el carguero *Luis Adaro* en Cádiz, lo secuestró y ordenó el rumbo a la ciudad asturiana para unir sus fuerzas a las de sus paisanos; la segunda, cuando fueron derrotados y embarcaron rumbo a tierra aún leal a la II República.

—¿Qué propones? —preguntó un extrañado Vitini.

—Creo, compañero, que es el momento para que los veteranos aportemos lo que aprendimos. Tal vez nos sentimos cansados de...

—Yo no me siento cansado —afirmó Vitini.

—Tampoco yo. Era una forma de hablar —Cristino frunció el entrecejo y permaneció un instante callado. Arrojó con fuerza el cigarro, apretó los puños y agregó—: Debemos organizar a los compatriotas y unirnos a la Resistencia. A lo mejor, a la tercera va la vencida.

Vitini resopló, asintiendo, y preguntó:

—¿Bajo qué bandera combatiremos?

—Si es necesario —respondió Cristino—, bajo ninguna.

Y la fina lluvia que caía aquel día de marzo fue el maná que alimentó a aquellos dos espíritus curtidos en la guerra permanente contra el fascismo y amamantados en las montañas y valles de Asturias desde la Revolución de 1934.

EN EL CAMPO DE REFUGIADOS de Argelès-sur-Mer, sito en la región francesa de Languedoc-Rosellón, los gendarmes y las tropas coloniales, cumpliendo órdenes del gobierno de Vichy, empujaban a golpe de culatazos a los brigadistas internacionales y refugiados republicanos hacia las cajas de camiones. La instrucción no dejaba lugar a dudas: deportarlos a los campos de Marruecos, Argelia y Túnez.

—¿Qué les pasa a nuestros hombres?

Era el grito de angustia de Ana Tejada, la novia de tu hermano, quien, desde la alambrada del campo de Argelès que separaba hombres y mujeres, les exhortaba a rebelarse.

Más mujeres se le unieron, y todas a una sacudieron la valla. Los gendarmes y soldados marroquíes o senegaleses dispararon varias veces al aire. Nada las amilanaba.

—¡Luchad! ¡Resistid!

Las voces de cientos de mujeres llegaban a los brigadistas, que apenas tenían fuerzas para arrastrar las piernas.

Las alambradas del campo comenzaron a ceder. De repente, un avión sobrevoló el campo sembrando de octavillas los alrededores.

Se produjo el silencio. Todos quedaron inmóviles mirando el

vuelo rasante de un avión inglés, que en vez de bombas arrojaba papeles. Los soldados y gendarmes recogieron algunos; las mujeres del interior los imitaron.

—«... el invicto general Leclerc...» —leyó en voz alta Ana, y gritó—: ¡Esbirros de Hitler y Mussolini, tenéis los días contados!

Al oírla, las demás mujeres redoblaron sus esfuerzos contra el cerco. Los soldados y gendarmes, estupefactos ante lo que habían leído, las contemplaban.

La valla cedió.

La multitud, encabezada por Ana, se lanzó contra los custodios armados. Con las uñas, con los dientes se batieron. Los soldados las agarraban por los pelos para tirarlas al suelo y arrastrarlas. Ellas se aferraban a sus piernas, les mordían y les hacían perder el equilibrio.

Un disparo. Otro.

Unas y otros detuvieron su frenético accionar y enmudecieron. Los rostros desconcertados se giraron a los lados, tratando de identificar de dónde habían provenido las detonaciones.

El capitán de campo, con el cañón aún humeante de la pistola dirigida al cielo, se adelantó entonces unos pasos.

—Suficiente —gritó—. Hoy no habrá traslados a los campos de África.

Pírrica, pero victoria al fin, para los exiliados. Tal vez el presagio de los nuevos tiempos.

LEJOS DE ALLÍ, en la sede del gobierno de Vichy, el mariscal Pétain paseaba nervioso por su despacho enroscando con la derecha aún más su denso bigote. Consultó el reloj: las doce en punto. El

ministro ya tenía que estar en la puerta del despacho, pensó.

—El Excelentísimo Señor Ministro de Guerra —anunció el ujier.

—Pase, pase, Bridoux —exigió Pétain—. Dígame qué sabemos.

—Los italianos han confirmado que el fuerte El Taj, defendido por el coronel Leo, capituló ayer a las nueve de la noche. Han asegurado que se rindieron a los hombres del general Leclerc.

—Luego, ¿esto es cierto? —preguntó el mariscal blandiendo la octavilla.

—Totalmente.

Pétain se dirigió al ventanal, separó las cortinas, la luz del sol entró y dibujó su silueta en el suelo, con los grandes entorchados sobresaliendo de sus hombros.

—¿Qué sabemos de ese general Leclerc? —preguntó Pétain.

—Sólo que, como coronel, anexionó toda el África Ecuatorial Francesa a la causa gaullista.

—¿Qué saben nuestros aliados?

—Ni los alemanes ni los italianos conocen más que nosotros.

La mirada del mariscal se había perdido en el cielo y, sin volverse, ordenó al ministro: —Ponga en actividad a todos nuestros agentes del Deuxième Bureau. No escatime en gastos. Tenemos que conocer cuanto antes la verdadera identidad de Leclerc.

MINAS DE WOLFRAMIO

KOUFRA HABÍA CAÍDO y los grandes arenales os acogieron como a guerreros. Vuestra hazaña recorrió los despachos alemanes e italianos y los cielos de Francia, la ocupada y la del régimen de Vichy. Pero hubo un lugar oculto en medio de la Tierra al que ni esas noticias le llegaban. Pocos conocían la ubicación exacta de aquellas hondonadas perdidas, y casi nadie las había pisado desde que la Legio X Gemina romana desistió de explotar sus yacimientos de oro a base de esclavos astures, aunque los servicios secretos ingleses sospechaban que las montañas de la linde entre León y Orense guardaban el secreto de la imbatibilidad de los blindados nazis.

Los presos confinados en esos parajes habían perdido incluso la noción del tiempo. Tal vez el verde de las encinas, el púrpura de las guindas silvestres en las laderas plagadas de zarzas, maleza, jarales, *urz* y viñedos, coloreando la negrura dominante, y varias

bandadas de pájaros rumbo al norte les pusieron sobre la pista de que comenzaba la segunda primavera de su cautiverio.

Nada de eso percibían desde las entrañas de la mina de wolframio los condenados a trabajos forzados por decenas de años. Aquellos mil presos trabajaban en dos turnos de doce horas extrayendo el preciado metal gris acerado con destino a la Alemania nazi, bajo la atenta vigilancia de la Guardia Civil y de presos comunes reconvertidos en custodios armados, aún más brutales que los guardias. Eran mano de obra gratuita al servicio del franquismo y de las compañías privadas que comercializaban el mineral, el cual, sin ser precioso, era el más caro del mercado mundial, habiendo superado con creces el precio del oro. El sueldo de esos condenados se limitaba a una única comida al día compuesta de remolacha forrajera o de agua caliente salteada con judías o berzas, pues su muerte por inanición carecía de importancia. Las cárceles estaban llenas de esclavos *rojos* para reponer.

—¿Cuándo terminará este martirio, capitán? —preguntó Marino a su compañero, en el interior de la mina, mientras amontonaba piedras de mineral.

—No me llames *capitán*. La guerra terminó y ahora no soy más que otro preso —respondió el otro, acercando una vagoneta vacía.

—Para mí siempre serás capitán.

—¡Silencio! —gritó un guardián armado.

Los dos hombres, bajo la atenta mirada del custodio, llenaron el vagón y lo empujaron hasta el entronque de los raíles de la galería con el pozo principal, para que fuera transportado por la mula hasta el exterior. Sin dejar de esforzarse, el que llamaban

capitán evocó los meses encerrados en la mina, desde el estallido de la II Guerra Mundial, picando y saqueando la veta de wolframio. «Es el pago de Franco a Hitler por los servicios prestados por su Legión Cóndor en la carnicería de Guernica», se repitió. «Tenemos que encontrar una manera de boicotear su extracción o de que salga de estos valles».

El mulero llegó con el animal y engancharon el cargamento a sus correajes. Frente a la vagoneta arrastrada por la mula, el capitán cerró los ojos un instante. «Ojalá la Agrupación Guerrillera Gallego Leonesa dinamite el cargamento...».

Antes de regresar a su puesto, se inclinó ante el charco de agua alimentado por los manantiales del interior. Bajo la luz del candil, contempló el reflejo de su rostro tiznado: enjuto, casi seco, con pronunciadas arrugas; el poco pelo que aún conservaba era ya blanco. Nadie adivinaría sus recién cumplidos cuarenta y nueve años. La palma de sus manos era otro yacimiento, pero de llagas. Arrojó agua sobre su cara y, después, escupió sobre su imagen.

—¡Al tajo! —ordenó el custodio.

Con paso cansino regresó al montón de piedras de mineral y comenzó a cargarlas en la nueva vagoneta. Las batallas del Jarama, del Guadarrama y del Alto de los Leones, así como los compañeros muertos en las laderas y cunetas seguían hiriendo su recuerdo.

—¡Todos fuera! —gritaron dos guardias recién llegados al pozo.

Los presos se miraron desconcertados. Hacía sólo cuatro horas que habían entrado en la mina; aún quedaban ocho de agotador trabajo.

Al llegar a la bocamina contemplaron al resto de los reclusos

en formación. Delante de ellos, un párroco castrense y una escuadra de falangistas armados y uniformados con sus trajes azul mahón cruzados por correaes negros. «¿Qué harán estos aquí?», se interrogaron con la mirada los penados.

—¡A la fila! —ordenaron los guardianes a los recién llegados, y el más joven de los falangistas, un muchacho de no más de veinte años, con el pelo engominado hacia atrás, se adelantó un paso y tomó la palabra: —Desde la invasión alemana de Rusia, el Caudillo ha abandonado la neutralidad ante la guerra y ha adoptado la posición de «no beligerancia». Por ello, se está formando un ejército de voluntarios para ayudar a nuestros camaradas alemanes...

«Pocos voluntarios habéis encontrado para venir hasta aquí», pensó el capitán, pero las palabras posteriores del joven falangista captaron su atención.

—... culpad a Rusia de vuestra situación. Si os sumáis a nosotros para combatir al lado del III Reich, se os conmutará la pena. Y si regresáis vivos, seréis libres. El Estado considerará que habéis purgado vuestros pecados...

«Iros a la puta mierda», murmuró Marino. «A ver si la guerrilla os vuela la cabeza en cuanto salgáis de aquí», agregó el capitán en voz baja y apretando los dientes. El falangista terminó su discurso con aquellas palabras: —... estableceremos la oficina de reclutamiento en el cobertizo del capataz. Si alguien desea alistarse, tiene de plazo hasta el anochecer... —Alzó el brazo con la mano extendida, al modo del saludo romano, y exclamó—: ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Aquel día no hubo regreso al trabajo. Los mandos militares les concedieron unas horas de asueto, como para darles oportunidad

de reflexionar sobre la idea. Incluso la comida mejoró: garbanzos con berzas y un huevo estrellado, regados con vino peleón repartido desde unas tinajas. Además, el sermón del cura pareció más breve que nunca.

—Joder, este vino sabe a agua manchada de carbón —exclamó el preso sentado al lado de Marino.

Ajeno a esas palabras, Marino sólo se fijaba en el capitán, que, con la mirada clavada en el rancho, no probaba bocado. Por eso le dijo: —Estás muy pensativo.

—Déjalo, Marino —dijo el recluso sentado frente a ellos en la alargada mesa de chopo y, mientras acercaba la cuchara al plato del capitán, añadió—: Si no quiere esta bazofia, nos la comeremos nosotros.

Sin responderle y ante el desconcierto de los demás comensales, el capitán deslizó su bandeja y el vaso de vino tinto hacia el que había hablado.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —insistió Marino, apoyándole su gruesa mano en el antebrazo y buscándole los ojos.

—Pensaba en lo que dijo el falangista...

—No hay nada que pensar —cortó Marino, frunciendo el entrecejo—. Está claro que los rumores eran ciertos: tienen problemas en muchas provincias para cubrir los cupos de alistamiento. Por eso han venido hasta aquí.

—¡Y tanto! —terció el de enfrente—. Escuché a un guardia que sólo en Madrid se habían alistado voluntarios; en Cataluña, en el País Vasco y en Asturias se vieron obligados a echar mano de los reemplazos de soldados. Hasta dicen que en Andalucía debieron visitar los presidios de Rota y Algeciras.

—¡Que se vayan a la mierda! —exclamó Marino, introduciendo

la cuchara de madera en el potaje—. ¡Ojalá los liquiden a todos en Rusia!

De repente se hizo el silencio: la escuadra de falangistas había comenzado a distribuirse por las mesas repartiendo cigarros entre los reclusos.

—Hoy somos los reyes —se ufanó un preso ubicado poco más lejos, cogiendo un pitillo.

—No sé —intervino el capitán apenas los guardias se alejaron—. Pienso que hasta el frente ruso hay miles de kilómetros y muchas oportunidades para desertar y unirse a...

—¿No hablarás en serio? —preguntó Marino.

Sus dos compañeros más próximos voltearon de inmediato la mirada hacia el capitán requiriendo una explicación.

—Creo que debemos aprovechar la oportunidad que se nos presenta —el capitán se dirigió a Marino y al que había aceptado su bandeja—: Le hacemos más el juego a los fascistas si seguimos extrayendo wolframio para el blindaje de los Panzer...

—¡Joder! —intervino el de enfrente dando una palmada en la mesa—, no puedo creer lo que oigo. ¿Y si no consigues escapar? ¿Y si llegas al frente ruso y has de matar a alguien? No. No me convences.

Otra vez regresaron los falangistas a las mesas, en esta ocasión repartiendo papeles.

—Es la proclama de llamamiento del Ministro de Asuntos Exteriores, el Excelentísimo Señor Serrano Súñer —dijeron.

«Alístate en la División Azul», rezaba el encabezamiento. La mayoría, después de una ojeada, hizo una bola con el impreso y la arrojó disimuladamente al terreno negruzco y mojado, pisándola a continuación para incrustarla en el barro. El capitán, en cambio, la

dobló y la metió en el bolsillo del pantalón. Marino dudó un segundo, pero los años juntos en las trincheras y casamatas de la Guerra Civil le hacían confiar en las decisiones de su antiguo jefe. Se guardó el papel.

EL CREPÚSCULO SE ENSEÑOREÓ de aquella hoya natural entre montes, y el verde de las encinas quedó sepultado por los rojizos rayos del sol entre las nubes. De un momento a otro, el día de descanso que habían disfrutado los reclusos tocaba a su fin. Mañana, antes de que cantase el gallo, otra vez retornarían al interior de la mina a arrancar el metal de la roca.

La escuálida pero altiva figura del capitán se adentró en el barracón del capataz. En el interior, sentado, halló al joven falangista de la arenga; su pistola descansaba encima de la mesa. «Es más crío de lo que parecía sobre la tarima. Este no sabe lo que es una guerra», pensó.

Después de los saludos de rigor, el falangista rotuló su cara con una sonrisa y dijo: —Vaya, el abuelo se quiere alistar. ¿Sabe que en Madrid pusieron los veintiocho años como tope?

—¿Quiere decir que no me admite?

Se hizo un breve silencio mientras el joven extraía un impreso de uno de los cajones. Después, como con desgana, preguntó: —¿Edad?

—Cuarenta y nueve.

El capitán observó como el joven falangista apuntaba una cifra —«28»— antes de pasar a la siguiente columna: —¿Profesión?

—Maestro de escuela.

—Maestro —repitió el falangista, anotando—. ¿Sabe que

ustedes tuvieron mucha culpa en la Guerra Civil por las ideas anticristianas que inculcaron a los niños?

El capitán no contestó, pero mantuvo la posición de firmes.

—¿Conocimientos militares? —inquirió el joven.

—Llegué al empleo de capitán de milicianos en nuestra Guerra Civil.

—A partir de ahora, *capitán de rojos*, yo soy su jefe de escuadra —dijo el joven, y añadió una sonrisa antes de ordenar—: Recoja su uniforme. —Y le señaló un montón de ropa doblada de color azul mahón.

—¿Cuándo saldremos para el frente? —preguntó el capitán rebuscando entre la pila una camisa de su talla.

—A partir de ahora, ha de dirigirse a mí como «camarada Ricardo».

Con el uniforme en las manos, el capitán se irguió e insistió: —Camarada Ricardo, ¿cuándo saldremos para Rusia?

—No se impaciente. Todo a su tiempo. A propósito, abuelo: ¿cómo se llama usted?

—Ardura. Antonio Ardura.

4

ACUMULANDO FUERZAS

LOS SEIS OASIS QUE COMPONÍAN KOUFRA conformaban un rectángulo que ocupaba unos cincuenta kilómetros de largo por veinte de ancho, y se convirtieron en el aposento ideal para que vuestro recién estrenado general de brigada procediera a la transformación de la Agrupación M en la Fuerza L. Aunque el nombre daba igual: todos la llamaban la «Columna Leclerc».

Jóvenes franceses evadidos de las dos francias, la ocupada y la de Vichy, y de los territorios coloniales de los colaboracionistas; españoles escapados de los campos de internamiento del sur de Argelia; soldados cameruneses y senegaleses; griegos, con su *Batallón Sagrado*; las patrullas del desierto inglesas, los terribles Long Rangers Desert Groups; y grupos nómadas del desierto iban sumando casi seis mil soldados. La Fuerza L se convertía en un ejército multirracial con un mismo objetivo: aniquilar al fascismo.

El golpe de mano a Koufra significó el inicio de una nueva

etapa: la de acumular fuerzas. Leclerc era un temerario, pero no un loco. Sabía que sin cobertura aérea y sin refuerzos no podía seguir avanzando por la Libia italiana hacia la costa del Mediterráneo —del *Mare Nostrum*, como proclamó Mussolini—, en la que se libraba la gran batalla por el control de los puertos.

«FUERZAS DEL VIII Ejército aliado defienden el puerto de Tobruk del avance del Rommel...».

Escuchabais la noticia en *Radio Brazaville*, la radio oficial de la Francia Libre, a primeros de abril de 1941. Pero os ocultaba que los ingleses y sus aliados habían sido expulsados de Libia y los Panzer del Afrika Korps se encontraban a las puertas de Egipto.

Leclerc lo sabía; por eso comenzó a desplegar una nueva estrategia. Dejó en Koufra al Grupo Nómada del Ennedi y dos secciones de infantería al mando del capitán Barboteu. Al resto de la Fuerza L os trasladó a La Faya, donde aseguraba que vuestra capacidad de movimientos era superior a la del asentamiento de Koufra. Desconocíais si, dentro de la estrategia militar, eso era cierto o no. De lo que no cabía ninguna duda es que el círculo de montañas y enormes dunas creaban una muralla natural perfecta para la defensa de La Faya, completado por el palmeral desplegado de sur a norte, y el lago subterráneo desde los oasis de Ven, Ain Galaka y Kirdimi proporcionaba agua nada más perforar cuatro metros.

«EL GENERAL CHARLES DE GAULLE se ha traslado a Palestina para imponer las primeras Cruces de la Liberación a los soldados de la 1.^a División Ligera... Los alemanes han procedido a la

detención de cuatro mil judíos en París con la intención de deportarlos a los campos de concentración de Alemania...».

Radio Brazaville escupía esas noticias a finales de mayo, mientras vosotros establecíais depósitos clandestinos de gasolina a lo largo de itinerarios operacionales. En total, instalasteis cuatro surtidores con más de cincuenta mil litros cada uno, sin llamar la atención de los aviones italianos.

—Estoy seguro de mis hombres si algún día se nos ordena ir contra Rommel, pero no me fío tanto de los vehículos —había dicho Leclerc a sus oficiales, según comentaron.

En esa época comenzó a llegar material: un centenar de camiones Bedford ingleses y Chevrolet americanos, a los que se añadieron ametralladoras antiaéreas. Todo se unía al material clásico francés: ametralladoras y fusiles Hotchkiss. Y al incautado a los italianos: morteros, cañones del 20 y lanzagranadas.

Pero aquello no hacía perder de vista la preparación de los soldados, del «equipo motorizado», como los llamaba el teniente Dronne parafraseando a Leclerc.

—La célula del combate es el equipo —os repetía hasta el hartazgo, luciendo orgulloso sus nuevos galones de capitán.

Nada de aquello disminuía vuestras largas horas de entrenamiento. Cada colectivo enseñaba al resto sus habilidades. Las patrullas del desierto inglesas os adiestraron para la supervivencia en los arenales y a combatir con sed, hambre y calor. Las *hoyas* se convirtieron en vuestra especialidad: una tumba en el suelo para vuestros cuerpos cubiertos de arena, esperando al blindado. Ensayabais con un Carro Armato M13/40 incautado a los italianos. No era un Panzer, pero en aquel

momento era lo más parecido a un tanque alemán con lo que contabais. Cuando sus cadenas pasaban a uno y otro lado de vuestras cabezas, le colocabais la carga ficticia en el vientre. Diez segundos, y el carro de combate sería chatarra si la mina anticarro no fuera de fogueo.

A veces distinguías al *adjudant-chef* Campos admirando el entrenamiento del Batallón Sagrado. Su rostro se iluminaba ante los griegos que, bajo sus mandos naturales, realizaban su propio entrenamiento para acoplarlo luego al conjunto de la Fuerza L.

—¡Maldita sea! —exclamaba—. Si los españoles dejásemos de ser un puñado, podríamos tener nuestro propio batallón.

Campos acertaba. Vuestro número no llegaba al centenar en la Fuerza L, frente a los cinco mil africanos y a los mil del resto de europeos, principalmente franceses e ingleses.

Por aquella época tus heridas cicatrizaron bajo el calor y las tormentas de arena al ritmo que crecía tu barba. Ya eras otro barbudo con la cabeza afeitada, luciendo la trazada de bala, como los soldados del batallón colonial de Gabón. Y como integrante de la «Columna Leclerc» te centraste en la misión encomendada por el general: preparar una escuadra de francotiradores.

Les enseñaste a fabricar vuestra propia munición recargando la usada. Aprovechabais las vainas desechadas recalibrándolas, les cambiabais el pistón inutilizado y, antes de introducirles la punta de plomo, les añadíais la nueva dosis de pólvora según las tablas oficiales de recarga. La cartuchería metálica que fabricabais era más potente y os ofrecía más garantías que la original. Y gastabais balas y más balas, pero recogíais todas las vainas para recargarlas una y mil veces.

Primero les colocaste los blancos a cien metros, como hizo

contigo el teniente Granell, después fuiste incrementando la distancia.

Un día, Leclerc pasó por vuestras posiciones de entrenamiento.

—¿Oyó usted hablar de los tiradores de Ubangui encuadrados en la 13.ª?

—No, mi general.

—Pues pregunte. Quiero que los tiradores que usted logre aquí superen su puntería.

A PRINCIPIOS DEL VERANO, tu escuadra se hallaba compuesta por dos senegaleses, un francés y un griego. Todos hacían blanco a quinientos metros. Un éxito con aquellos obsoletos fusiles y sus miras de cuatro aumentos.

«Ante el fracaso de la *Operación Battleaxe*, Winston Churchill ha sustituido al general Wavell por el general *sir* Claude Auchinleck. Se espera que el nuevo rumbo del VIII Ejército permita romper las líneas del mariscal Rommel...».

Una vez más, *Radio Brazaville* os trasladó noticias amargas de lo que ocurría en la costa mediterránea aquel verano.

Vosotros seguíais entrenando y acumulando fuerzas. Y esperando vuestra oportunidad para entrar en acción contra el Afrika Korps.

—Estoy preocupado —se lamentaba Campos—. Con el VIII Ejército británico se encuentra las brigadas de Koenig y Mondar y entre las dos suman ya tres mil españoles.

Si algo recordabais de aquella época en la Faya, aparte de vuestro agotador entrenamiento, era la aureola que se estaba forjando ante el nombre de Rommel y su terrible Afrika Korps. Se había convertido en una leyenda, al igual que los hombres de la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera encuadrada en las fuerzas de la Francia Libre, aquella unidad de soldados muy politizados, héroes en miles de campañas que combatían al *Zorro del Desierto*, entre los cuales militaba tu hermano.

LAS NOTICIAS QUE OS TRAJÓ el otoño de 1941 no podían ser más desalentadoras: «Los alemanes ejecutan a cuarenta y un rehenes en Nantes, Châteaubriant, Mont Valérien y a cincuenta en el campo de Sogues cerca de Burdeos... Rommel avanza hacia el puerto de Tobruk y derrota dos intentos aliados por liberarlo...».

Vosotros seguís el exhaustivo entrenamiento deseando que llegase cuanto antes la orden de partir hacia el norte para combatir al Afrika Korps junto a los Aliados.

—No entiendo nada —te quejaste al sargento jefe Fábregas—. Se supone que estamos preparados para entrar en combate.

—Paciencia, Bête —respondió—. No somos nada contra ejércitos de más de cien mil soldados perfectamente equipados.

—¿A qué espera Leclerc? ¿A que seamos también cien mil?

—No, Leclerc ha planteado esto como una especie de campamento de verano.

Debiste de haber abierto muy grandes los ojos, porque Fábregas se explicó: —Quiere que establezcamos lazos inquebrantables entre nosotros y nos lanzará contra Rommel cuando las condiciones en el Mediterráneo sean favorables a los

Aliados.

Fábregas había asumido a la perfección ese planteamiento y las noches en que no se os asignaba entrenamiento, bajo la luna se transformaba en un juglar. Con una guitarra española que nadie sabía en qué rincón de La Faya había conseguido, os congregaba alrededor del fuego y entonaba canciones de la guerra en España.

*En la batalla, la hiena fascista,
por nuestro esfuerzo sucumbirá...*

Hijos del pueblo era su preferida, pero casi todos habíais combatido en el frente del Ebro y le pedíais *Ay, Carmela*.

*El Ejército del Ebro,
rumba la rumba la rumba
una noche el río pasó...*

Y cuando llegaba el estribillo, hasta los franceses lo coreaban, y al capitán Dronne, aunque seguía sin pronunciar correctamente Turuta, el *Ay, Carmela* se le entendía a la perfección.

«LA OFENSIVA ALIADA en la *Operación Crusader* ha comenzado a rechazar a Rommel hacia sus posiciones iniciales entregando el puerto de Tobruk...».

—¡Muerte al fascismo! —gritasteis desde los barracones españoles al escuchar al locutor. ¡Adelante, como en el Ebro!

Pero *Radio Brazaville* no había abierto aquella mañana sus ondas para traeros sólo buenas noticias. Y continuó su emisión con voz grave: «Pearl Harbor ha sido bombardeado por la aviación

japonesa. Con este acto, Japón ha declarado la guerra a Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y Australia...».

—¡Maldita sea! —gritaste—. ¿A qué teme Leclerc? Teníamos que estar ya en el norte de África.

El *Zorro del Desierto* era la barrera que os separaba a todos de Francia, de Estrasburgo, y a ti, de Törni.

—Paciencia, Bête —calmó Fábregas—. El general sabe lo que se hace.

Y comenzó a afinar las cuerdas. A los pocos minutos, os relajasteis, sonriendo ante los cambios que imprimía en las letras de las canciones que entonaba:

Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero
en la trinchera del Tchad
primera línea de fuego...

A veces se le unían Turuta y su toque de corneta. La canción siempre era el *Himno de Riego*.

*Soldados, la patria
nos llama a la lid,
juremos por ella
vencer o morir...*

Gracias al sargento jefe, os recreabais en el espejismo de un campamento juvenil que Leclerc había deseado para vosotros y la fantasía de que la guerra terminaría en cuanto os llamasen al combate. Habías comprendido lo que quería el general, si las tropas nazis superaban la fatiga de combate gracias a su fanatismo, vosotros lo haríais consolidando el compañerismo en esa fuerza multirracial.

Una noche de aquellas, sentado alrededor del fuego junto al sargento jefe y su guitarra, Gitano, el *adjudant-chef*, el capitán Dronne, después del toque de redoble, te sentiste rodeado de amigos que entregarían su vida por salvar la tuya.

—Yo era un gris abogado en las colonias —os explicaba Dronne—. Cuando Alemania invadió Francia, no lo dudé, me sumé de inmediato al ejército de De Gaulle...

En algún momento extrajiste de tu bolsillo la foto de vuestra familia. Contemplándola, se te saltó una lágrima.

—¿Dónde los ha dejado? —preguntó una voz a tu espalda. Era la de Leclerc.

—Mi padre desapareció en la guerra de España, mi general —respondiste, volteándote hacia él—, y mi madre está refugiada en Orán. Sé que mi hermano se encuentra en la brigada del general Koenig, con la 13.^a. Pero a mi hermana —y señalaste el rostro de Lucía— la asesinó un *Obersturmführer* de la Gestapo. —Tras una pausa, agregaste—: Ese asesino se halla en Estrasburgo.

El general frunció el ceño y dijo:

—No me diga que usted se enroló con la Francia Libre por una venganza personal.

—No exactamente, mi general. Pero el juramento que usted hizo en Koufra me da ánimos para seguir.

—Me alegro. Pero tenga cuidado, cabo. La venganza es mala consejera.

El general se alejó unos pasos y, de repente, se volteó hacia ti.

—Cabo, ¿desertaría de nuestras filas si yo no cumpliera mi promesa?

La pregunta te había cogido de improviso, pero balbuceaste:

—Sí, mi general.

Leclerc no prosiguió la conversación y continuó camino para visitar otras posiciones de sus soldados, como casi todas las noches.

—¿Por qué ha preguntado eso? —inquiriste, repentinamente suspicaz, dirigiéndote al grupo—. ¿No tiene intención de cumplir su juramento de llegar a las puertas de Estrasburgo?

—No se equivoque, cabo —corrigió el capitán Dronne—. Leclerc tiene a los suyos en zona alemana. Le puedo asegurar que está más impaciente que usted por pisar suelo europeo.

—¿Es verdad que es un aristócrata? —intervino Gitano.

—Sí —respondió Dronne—. En realidad es el vizconde de Hauteclouque.

«LAS FUERZAS ALIADAS han hecho retroceder al Afrika Korps hasta El Agheila y la 1.^a División de la Francia Libre ha tomado Halfaya...».

Era finales de enero de 1942 cuando os despertasteis con aquellas buenas noticias. Los Aliados avanzaban en el Mediterráneo, y Leclerc consideró que era el momento adecuado.

El grito del capitán Dronne se oyó alto y firme:

—Salimos contra Rommel. *Tuguta*, toque *La Marsellesa*.

Y como siempre, Turuta tocó... el *Himno de Riego*.

5

EL FRENTE SOVIÉTICO

OS LANZABAN CONTRA ROMMEL y vuestro entusiasmo fue en aumento, pero se te hubiesen congelado las tripas si hubieses conocido la odisea que sufría tu padre en aquellos instantes a miles de kilómetros al norte, en el mismo corazón de la Unión Soviética, el lago Ilmen.

En aquel invierno de 1942, la temperatura había descendido en la superficie del lago helado; ni los dioses comprendían cómo se podía seguir avanzando a cincuenta y cinco grados centígrados bajo cero. Los fusiles se encontraban inutilizados; el pan, congelado; la comida, desperdiciada; los pies, inmóviles; las manos, yertas; el uniforme, rígido; el rostro, una piedra de granito. El agua era un bloque de hielo; dormirse, la muerte; tumbarse un rato significaba la amputación de un pie.

La compañía de esquiadores de la División Azul llevaba diez días caminando con trineos y sobre esquíes. De los doscientos

siete soldados que habían salido del campamento, ya habían muerto ciento dos y se habían perdido treinta trineos, todo ello sin haber arribado a destino ni entrado en combate. Los cadáveres de los soldados y de aquellos pequeños caballos que arrastraban los carromatos marcaban el itinerario realizado. Si querían desandar, no tenían más que seguir su rastro, como un sendero de luctuosas migas de pan en un cuento muy distante al de Hansel y Gretel.

Si alguno de los caídos calzaba botas de esquiador, había que quitárselas para entregárselas a uno de los supervivientes que aún las llevara de cordones. Lo mismo con los guantes de manopla sobre los de cinco dedos. Hasta los calcetines y el fieltro bajo los cascos de metal se convirtieron en un bien precioso, y esa era la tónica con cualquier prenda que cubriera algún hueco de su uniforme.

—No puedo más —dijo Marino—. Tengo que...

—Ni se te ocurra —le gritó Antonio Ardura, tu padre—. Si paras, morirás.

Zarandéo el cuerpo de su compañero para que espabilase y entrase en calor, exhortándolo: —Olvídate del frío. Piensa en los tuyos y tararea una canción, pero no te detengas.

Así vencía tu padre al monstruo del lago limen, el frío extremo: recordando a su mujer, a sus hijos, los días felices hasta el estallido de la guerra, y canturreando para sí:

Puente de los franceses.

Puente de los franceses.

Mamita mía, nadie te pasa, nadie te pasa...

Aún seguía creyendo que enrolarse en la División Azul, la 250.^a *Einheit Spanischer Freiwilliger*, como la rebautizaron los alemanes,

había sido una buena idea para escapar de la esclavitud en las minas de wolframio. Sólo había que encontrar la mínima oportunidad para desertar.

De repente, mientras cavilaba, el imberbe jefe de escuadra, el camarada Ricardo, se derrumbó a su lado. Tu padre se abalanzó a socorrerlo.

—Déjalo que muera —le susurró Marino.

—Nadie morirá, si puedo evitarlo —sentenció Ardura.

Abofeteó al muchacho y meneó su cuerpo. Era la tercera vez que se veía obligado a hacerlo desde que habían salido.

—Déjame, abuelo —balbuceó el jefe de escuadra—. No

—Claro que puedes, camarada —dijo, ayudándole a incorporarse, y le susurró al oído—: ¿No querías una Cruz de Hierro para mostrársela orgulloso a tu padre?

—Sí..., abuelo —balbuceó, tiritando.

—Pues camina y canta.

Ricardo, ayudado por Marino y tu padre, se irguió y prosiguió, con paso firme sobre sus esquíes canturreando:

Pero sé que si me matan,
de la tierra en que yo muera,
se alzaré, como una espiga roja y negra,
de la pólvora y la sangre, mi bandera...

Diez días y diez noches caminando en aquel infierno gélido, sin dormir, sin detenerse, sin apenas comer, y sólo habían recorrido algo más de veinte kilómetros.

—Ya queda poco —animó tu padre a sus compañeros de escuadra—. Allá se ve la desembocadura del Lovat.

Se encontraban en el trayecto final para entrar en combate con la retaguardia del 140.º regimiento de infantería soviético, y

su mente regresó a seis meses atrás, cuando concentraron a la División Azul en Madrid.

ERA EL 12 DE JUNIO DE 41, la víspera de la salida rumbo a Alemania, y tu padre imploró un favor a su jefe de escuadra: —Camarada Ricardo, solicito permiso para desplazarme hasta el domicilio de mi familia.

—Denegado, si no le acompaña un jefe —dijo, sacando pecho.

—No es mi intención huir —alegó, bajando la voz—. Acompañeme usted, por favor.

—No me trates de usted, abuelo. En Falange está prohibido. Todos somos camaradas.

—Por favor...

—Fuiste mi primer soldado voluntario y atrajiste a nuestras filas a tu compañero Marino —dijo, y, después de un silencio reflexivo, continuó—: Pese a tu pasado rojo, has demostrado agallas en los entrenamientos. Te acompañaré.

Así fue como, después de casi cuatro años, tu padre regresó a su barrio, a las calles del Madrid que os vieron nacer y a la vivienda que ocupasteis toda la familia.

El escenario que contempló se encontraba muy alejado de lo que recordaba. Chicos descalzos en las calzadas de adoquines levantados, con ropas sucias y miradas de lince. Mujeres con cántaros sobre la cabeza desfilando hacia las fuentes de las plazas, seguidas de una marabunta de niños que habían aprendido a andar hacía poco. Carros llenos de sacos de patatas o remolacha, tirados por asnos y escoltados por guardias, perseguidos por chiquillos en busca de un tubérculo perdido. Camiones cargados

de soldados girando una y mil veces por las mismas manzanas. Colas de niños y ancianas frente a una puerta en la que leía «Auxilio Social». Curas con pistola al cinto y la cruz sobre el báculo, que desfilaban acompañados por grupos de jóvenes con la camisa azul mahón. «Esta es la alegre primavera de Franco», pensó.

El edificio aún presentaba los agujeros de las balas, y parte del tejado se encontraba derruido. Ascendió hasta el primer piso por aquellos peldaños de madera que olían a flores muertas y a meados, junto a paredes que supuraban humedad y su visión destruía cualquier palabra. La puerta había desaparecido de sus anclajes. «Robada», dijo para sí. Las pocas pertenencias que quedaban se entremezclaban con ratones que correteaban entre las ruinas y cagarrutas de animales o humanos. En el suelo, el retrato de su familia con el cristal y el marco roto. Era la foto que les hicieron cuando Lucía cumplió su primer año; él aparecía junto a su mujer, Marta, y sus dos otros hijos, el fortachón y noble Fran y tú, el travieso Nico. La extrajo del marco y, antes de guardarla en el bolsillo de su zamarra, preguntó: —¿Puedo llevármela, camarada?

Ricardo asintió.

De la vivienda de enfrente se oían ruidos. Tu padre golpeó la puerta. Una mujer con un bebé en brazos la abrió y su cara mostró una expresión de espanto al contemplar los uniformes azules.

—No tema —la tranquilizó—. Sólo quiero preguntarle si sabe algo de los moradores del piso de enfrente.

—No, no... No sé nada, nada —dijo la mujer, y el bebé comenzó a llorar.

—Era mi familia —aclaró tu padre—. Me gustaría saber de ellos.

—No le puedo ayudar. —El niño incrementó su llanto y la mujer lo meció, para proseguir—: Cuando nos refugiamos aquí, no había nadie en esa vivienda. He oído que, antes de terminar la guerra, se marcharon a Alicante.

Eso fue todo lo que pudo averiguar, pues les esperaba el tren que al día siguiente los llevaría a Alemania.

Pocas horas después, dieciocho mil soldados se apretujaban en vagones de cuyas ventanas colgaban las banderas rojinegras de Falange y la enseña rojigualda de la División Azul, junto a la de sus regimientos. Si algo le llamó la atención de la estructura militar de la división, fue que aunque aspiraba a ser una plataforma publicitaria de Falange, a los falangistas no se les había permitido ocupar ningún rango de oficiales. Los jefes eran profesionales del Ejército nacional.

La multitud agrupada en los andenes les despedía como héroes, enarbolando banderas que ondeaban al viento.

—Franco tiene una deuda de sangre con Hitler, y se la vamos a devolver —gritó Ricardo.

Ante estas palabras, los soldados del vagón comenzaron a cantar, acompañando el compás con el taconeo de la bota sobre el piso del tren:

Prietas las filas, recias, marciales,
nuestras escuadras van.

Cara al mañana, que nos promete
Patria, Justicia y Pan.

La chimenea de la locomotora pitó. El andén comenzó a llenarse de vapor de agua.

—No creo que haya sido buena idea...

—Silencio, Marino —le dijo tu padre, pasándole el brazo por

encima el hombro y arrimándolo hacia él—. Lo hecho, hecho está.

El tren arrancó. En la estación, las gentes alzaron el brazo y extendieron la mano. Los soldados les imitaron desde las ventanas y, como un gran coro, se oyó por encima del estruendo de la locomotora:

Cara al sol con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer...

Once días más tarde, arribaron al campo de instrucción de Granfenwöhr, en la baja Baviera, y las autoridades militares les entregaron ropas y abrigos de la Wehrmacht.

—No nos quitaremos el glorioso uniforme de la Falange —ordenó Ricardo a sus hombres.

Sus palabras se extendieron a otras escuadras. Al final, los jefes alemanes se encogieron de hombros. Les daba igual que siguieran llevando el azul, pero bajo el uniforme gris de la Wehrmacht.

A finales de agosto, la instrucción militar había terminado y un desfile ante el general Fromm se convirtió en su despedida hacia el frente.

—Rusia será cuestión de un día para la invencible infantería española —repetía exultante aquel niño, ante el cruce de miradas de incredulidad de Marino y tu padre.

Después, otro tren hasta Grodno, la frontera polaca con Rusia. Allí, en los suburbios, dos guetos judíos.

—¿Cuándo desertaremos? —preguntó Marino, apretando los dientes—. Tengo ganas de matar a estos cerdos nazis.

—Hay que esperar —respondió tu padre con los ojos humedecidos—, aún estamos en territorio ocupado.

Luego vino el suplicio: cuarenta días caminando en terreno

soviético con mochilas de casi cincuenta kilos. Vilna, Minks, Borissovo, Orscha, Dubrovna y Vistebesk vieron pasar aquellos soldados y sus cascos decorados con el águila del III Reich y la bandera rojigualda. Aquella marcha se hizo a golpe de botellas de coñac y del cántico de *La Parrala*, la canción que se había puesto de moda en la España franquista mientras ellos estaban encadenados al wolframio.

—Hay que llegar a Moscú —exhortaban los jefes de la División Azul, para espolear el avance—. La Wehrmacht está a punto de entrar y la bandera española debe ondear sobre los soviets.

Pero algo ocurrió y nunca se combatió en las trincheras de la capital rusa. Al llegar a la altura de Smolesko, la desviaron hacia Leningrado.

—Nos quieren robar la victoria en Moscú —se lamentó Ricardo.

Tu padre no replicó, pero su veteranía le hizo sospechar otra razón: si aquella tropa desarrapada y mal equipada era diezmada por el Ejército Rojo, hubiese constituido muy mala prensa para el III Reich frente a su aliado, y necesitaba que Franco le enviara más voluntarios.

El día del Pilar de 1941, la División Azul alcanzó la ribera del río Voljov y relevó a la 125.ª división de infantería germana. Casi dos meses caminando en terreno soviético, sin entrar en combate ni ver al enemigo. Y los habían instalado en aquel frente estático de varios kilómetros en los que no ocurría nada.

—Han desertado otros dos —informó Marino—. Ya van cincuenta y uno.

—Se están equivocando al desertar ahora y entregarse al Ejército Rojo...

—No te entiendo.

—No olvides que llevamos uniforme alemán: los soviéticos los meterán en campos de prisioneros —explicó tu padre con calma—. Hemos de desertar cuando encontremos partisanos; entre ellos hay españoles del exilio y nos ayudarán.

«Cincuenta y uno», había dicho Marino. «Está claro que casi todos los presos políticos enrolados traemos la misma idea. Así que, de un momento a otro, esa cifra alcanzará los cien...», pensó tu padre y meneó la cabeza.

Aquel invierno fue tranquilo a orillas del Voljov. Las noches eran frías, pero las guitarras, el coñac y *La Parrala* ayudaban a superarlas. Los alemanes que aún permanecían en la posición les miraban sorprendidos: aquella improvisación diaria contrastaba con la rigidez germánica.

Llegó el 10 de enero de 1942. El frío congelaba las cuerdas de las guitarras y hasta las palabras. En ese momento les informaron de que quinientos soldados alemanes se encontraban acorralados al sur de Novgorod, en la desembocadura del río Lovat. Liberarlos se convirtió en la primera misión que les asignaban. Para ello deberían sorprender a los rusos en la retaguardia, recorriendo los treinta kilómetros sobre la superficie helada del lago limen. Lo que no sospecharon era que se les lanzaba a un suicidio colectivo.

DIEZ DÍAS SOBRE ESQUÍS, a paso lento sin detenerse ni de día ni de noche sobre la pista congelada del limen, atravesando un terreno atestado de declives, grietas y murallones helados e infranqueables, con su mochila y fusil al hombro. Sólo los ojos, bajo las cejas escarchadas, iban descubiertos. Para colmo, el

generador se había estropeado a pocos kilómetros del punto de salida. La primera batalla en suelo soviético la libraban contra el frío, y después de cien muertos congelados y veintinueve trineos perdidos en el trayecto, estaba muy claro quién ganaba.

Al superar el lago, la temperatura se elevó doce grados centígrados. Otros diez, cuando se acercaron a las aguas del Lovat. Caminaban a treinta y tres grados bajo cero y el enfrentamiento con los rusos era inminente.

Nada más amanecer el 21 de enero de 1942, se oían los disparos de la refriega. Habían llegado a la retaguardia soviética, al asedio que la columna de infantería soviética mantenía al medio millar de soldados de la Wehrmacht.

Abandonando sus esquís, los divisionarios azules se adentraron en la aldea de Schischimorowo. La temperatura había ascendido a los veinte grados bajo cero. Se protegieron detrás de unos troncos de árboles con copas en las que sólo crecían nidos de nieve y avanzaron en hilera, pegándose a las paredes de las chozas de cuyos tejados colgaban enormes estalactitas. Los rusos se hallaban a tiro de piedra.

—¿Ahora qué, Antonio? —preguntó un Marino desconcertado, apretando la espalda contra un helado muro.

—Ahora sólo piensa en sobrevivir —sentenció tu padre.

Y ambos saltaron del parapeto precedidos del impacto de dos granadas y del fuego de sus fusiles.

El regimiento soviético se encontraba entre dos frentes y cundió la alarma. Tal vez fue el factor sorpresa o la información errada de que les atacaba una división en vez de una compañía, pero fuera lo que fuese, los soldados del Ejército Rojo cesaron la ofensiva y se replegaron.

Los españoles enlazaron con los alemanes; Ordás, oficial al mando de los esquiadores divisionarios, y el jefe de la Wehrmacht se fusionaron en un abrazo.

Dos días después comenzó el avance conjunto con pequeñas escaramuzas hacia las aldeas de Usino, Maloye, Bolsloye y Schilej. Fue en esta donde los rusos descubrieron que la unidad que había llegado al salvamento era una fuerza insignificante. Y procedieron al contraataque.

Aunque los divisionarios tuvieron que replegarse hasta Usino, ya era tarde para el regimiento soviético. Los cercados habían podido emprender la huida en una salida violenta, disparando a discreción, lo que les permitió abrir un corredor seguro para evacuar la columna de la Wehrmacht.

AL ATARDECER DEL PRIMER DÍA de febrero, cuando todos se encontraban a salvo en las posiciones atrincheradas y defendidas por las fuerzas terrestres alemanas y la Luftwaffe, a los divisionarios españoles les llegó la orden de regresar a Spaspiskopez, a la base de la División Azul.

En cuanto ascendieron al camión que les transportaría hasta su destino, la noticia del alto mando alemán les alcanzó: habían conquistado la Medalla Militar Colectiva y treinta y dos Cruces de Hierro. Los cánticos se reanudaron:

Ya las banderas cantan victoria
al paso de la paz.

Ya han florecido, rojas y frescas,
las rosas de mi haz...

—¡Me han concedido una Cruz de Hierro! ¡Me han...! —gritaba

entusiasmado el joven jefe de escuadra—. Abuelo, no estés tan triste —le dijo, dándole una palmada en la espalda—. A ti también te han dado una.

—Camarada Ricardo —respondió tu padre, apretando los dientes sin apartar la vista del horizonte—, ¿te has dado cuenta de que de las treinta y dos Cruces de Hierro veinte son a título póstumo?

El joven quedó en silencio, pensativo, y giró la cabeza, contemplando lo que parecían señalarle Ardura y Marino con la mirada. Desde la caja del vehículo se divisaban las grandes extensiones de nieve cubiertas por decenas de cadáveres de soldados y animales, junto a los cascarones negruzcos de vehículos en llamas. En la cuneta, sobre un charco de sangre, divisaron el cuerpo boca abajo de un soldado soviético. Unas pequeñas burbujas emanaron de la charca. Aún estaba vivo y a nadie importaba. La nieve en el frente ruso era roja y negra.

En el camión, de los doscientos siete divisionarios azules que habían iniciado aquella misión casi suicida sobre el lago limen, sólo cantaban unos pocos: exactamente nueve. Nueve, de los doce vivos.

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE NATZWEILER-STRUTHOF

AUNQUE DESEABAS ALCANZAR ESTRASBURGO y estrangular a Törni, ni siquiera sospechabas lo que ocurría en una aldea cercana a la ciudad. Aquel año había comenzado con nieve y un viento gélido que cortaba los labios e inutilizaba las articulaciones. A finales de enero de 1942, la ciudad de Natzweiler, a cincuenta kilómetros al suroeste de Estrasburgo, se encontraba aislada. Aún así, sus habitantes veían las nevadas rutas recorridas por camiones alemanes llenos de hombres y mujeres hacia el campo de concentración de las afueras. Habían oído que aquellos prisioneros eran destinados a trabajos forzados en las canteras de granito de Alsacia o en las fábricas de armamento. El resto eran rumores, ya que fuertes contingentes de Waffen-SS impedían el paso más allá de un enorme portón sobre el que se leía

«Konzentrationslager» y debajo «Natzweiler-Struthof».

Si a aquellos vecinos de Natzweiler los dioses les hubiesen concedido alas y hubiesen podido sobrevolar las profusas y altas alambradas, habrían contemplado un espectáculo horrendo, aún más estremecedor que el invierno alsaciano.

De alas disponían los servicios de Inteligencia de la Royal Air Force, pero sus fotos poco aclaraban. Al lado de aquellos barracones en fila rodeados de varios cercos de alambres, se distinguían otros cuyo uso ni los agentes secretos del Special Operations Executive sospechaban. «Esta es la entrada y aquí comienza la hilera de barracas de prisioneros», decían sobre las fotografías aportadas. «Aquí tienen un cementerio, una plaza de formación, y el barracón del que sale humo por la chimenea debe de ser la cocina. Los fosos son estos, pero ¿qué habrá en estas dos naves en las que se ve entrar prisioneros y de las que sólo sacan cadáveres?», se preguntaban para concluir con otra pregunta: «¿Habrán instalado cámaras de gas como en Mauthausen?».

¿Por qué aquel interés tan desmesurado de los agentes británicos en el campo de concentración nazi más pequeño de cuantos se extendían por la Europa ocupada y el único de Francia? La razón era cuádruple. En primer lugar, aquel campo albergaba prisioneros en pequeños cupos de más de treinta nacionalidades, como una especie de muestreo de todos los pueblos sometidos por los nazis. Después, el hecho de que aquel era el lugar de encierro de la mayoría de las prisioneras con hijos. En tercer lugar, tenían pruebas de que parte del equipo científico nazi, concretamente la dirección del Instituto Anatómico de Estrasburgo dirigido por su forense August Hirt, se había instalado en Natzweiler, sin que conocieran los motivos. Y, por último, lo

más importante: cuatro espías femeninos del Special Operations Executive habían desaparecido cuando investigaban lo que acontecía en su interior. «Experimentos con humanos», creyeron entender los jefes del servicio secreto británico al recibir el último parte de una de ellas, la joven agente Andrée Borrel.

Aun conjugando los cuatro puntos de su preocupación, ni en sus peores pesadillas los británicos hubiesen sospechado la monstruosidad que encerraban aquellas dependencias cubiertas de blanco en las fotografías. En especial en los sótanos invisibles a las cámaras de los aviones.

Hoy, cuando visito los museos del horror de Auschwitz, Sobidor, Trebinka, Mauthausen o el mismo Natzweiler-Struthof, donde pasé mi calvario, nadie parece percibirlo, pero aún llega a mí el olor a carne humana quemada. A veces creo que la civilización del siglo XXI se ha blindado al dolor y al desgarró. Como toda sociedad débil, no quiere saber lo que ocurrió y se cubre con la escafandra del olvido y, para no remover conciencias, se sermonea con opiáceos del tipo «en los dos bandos hubo buenos y malos». O con esa fórmula nueva que define a todos como violentos hijos de puta. Lo demás —dicen—, es maniqueísmo. Olvidan que el verdadero debate es quiénes fueron las víctimas y quiénes sus verdugos. Y que la maldad y la bondad son siervas del momento histórico y sólo pertenecen a los escribas de la historia.

En fin, volveré sobre ello más adelante. Ahora nos interesa conocer que, aunque a los prisioneros del campo de Natzweiler se les distinguiese desde el aire, en las fotos no eran más que partículas negras.

Si los agentes del SOE hubiesen podido escuchar la conversación de dos de aquellas minúsculas motas, seguro que la

sangre se les hubiese helado.

—Mamá —dijo Eli, agarrado a la alambrada y tiritando—, ¿por qué nos han traído aquí?

—Para nada malo, seguro —calmó su madre acariciándole los pelos sucios y revueltos. Le alzó las solapas del abrigo deshilachado y comenzó a frotarle las manos.

—Aquí la gente se muere de frío. Estábamos mejor en África. ¿Cuándo volveremos?

—Pronto, muy pronto.

La mujer lo abrazó, pegándose mucho a él, para que el niño no viera sus lágrimas.

—Aquí no va a venir nunca el soldado de las chocolatinas —afirmó el niño.

—¿Por qué lo dices?

—Porque aquí no están ni su mamá ni su hermana.

—Pero estás tú, hijo. Y él prometió traerte más golosinas.

De repente, algunos guardias comenzaron a empujar y arrastrar a varias presas embarazadas hasta colocarlas en fila, y las encaminaron hacia uno de los barracones cuyo interior ni los mismos prisioneros conocían.

Hod arrimó al niño hacia sí, obligándole a girar la cara hacia la suya, y le dio un suave empujoncito.

—Ven conmigo al barracón y juegas con los otros niños.

Ella y todos los prisioneros sabían que si Europa y el norte de África pertenecían a Hitler, el destino de los prisioneros de Natzweiler dependía de los caprichos del doctor August Hirt y de las iras del oficial de la Gestapo que su director, Heinrich Müller, le había asignado como enlace, un tal Klaus Barbie. Aunque los reos temían más los caprichos de su ayudante Rudolf Törni.

La mañana del 31 de enero, mientras madre e hijo hablaban en el exterior, en los lúgubres sótanos el doctor estrenaba bata. Era una señal para sus ayudantes de que iban a comenzar una nueva cadena de investigaciones. A su rostro y nariz de veterano boxeador había unido una raya perfecta en el lado izquierdo de su cabellera, que peinó engominada hacia atrás.

—Se están demorando mucho —dijo Hirt.

—No se impaciente, doctor. Algunas dan más batalla que otras, y de ahí la demora.

El que había respondido al forense era el *Obersturmführer* Rudolf Törni que acompañaba a su jefe, el *Hauptsturmführer* Klaus Barbie, enlace de la Gestapo con el comité científico nazi. Ambos entrelazaban las manos a su espalda y se paseaban contemplando las estanterías llenas de frascos con formol o pastillas. «Methedrina», leyó Törni en una de las etiquetas. Abrió la cristalera y cogió el envase, guardándolo dentro del bolso de su cazadora, en un gesto que no pasó inadvertido para el doctor.

—Está usted abusando...

Törni eludió contestarle y, de entre un montón de cajas perfectamente alineadas, destapó una, ladeando distraídamente la cabeza para echar un vistazo al contenido.

—Testosterona —explicó Hirt—. Para nuestros soldados de las *Blitzkriegs*.

—Podría inyectarnos algunas a nuestros hombres y a nosotros.

—No estoy autorizado.

—Venga, doctor. Nuestros hombres también necesitan reconstituyentes —dijo Törni.

—Ustedes no se encuentran en las trincheras. No precisan un aporte extra para sus músculos.

—Recuerde que el dinero y el material humano que le suministramos dependen de mis informes al general Müller. —Y el *Hauptsturmführer* Klaus sonrió levemente.

En esos momentos soldados de las Waffen-SS introducían a golpes a media docena de mujeres.

—¿Sólo seis? —preguntó extrañado Hirt.

—Y dé gracias al Führer —respondió Törni—. Usted dijo que tenían que estar embarazadas. En el campo no había ninguna y hemos tenido que buscarlas en los guetos de París.

Los soldados habían colocado a las mujeres en fila, de cara al doctor. Este se acercó sosteniendo un cuaderno, y les preguntó en francés: —¿De cuánto tiempo están?

Nadie le contestaba, pero el culatazo en la rodilla de un SS a la primera de la formación provocó la respuesta. «De veinte semanas», musitó una. «Tres meses», «Cuatro», y así hasta la sexta.

—Interesante. No son muchas, pero presentan diferentes periodos. No está mal. Nada mal...

Alguna de las mujeres lloriqueó, y otra lanzó un grito antes de girarse contra el pecho de un guardia, que la sujetó. Una tercera cayó de rodillas, suplicando.

—*Hauptsturmführer*, cuando quiera.

Klaus miró a su lugarteniente y Rudolf Törni extrajo entonces su pistola y la alzó. La boca del cañón de la Luger, con el martillo percutor hacia atrás, se pegó a la sien de la última mujer de la hilera.

Disparó.

La sangre brotó en chorro por el orificio y los gritos de las otras casi ensordecieron las palabras de Hirt: —Deprisa, deprisa...

Dos ayudantes del equipo médico arrastraron el cuerpo hacia una camilla, le abrieron el vientre con un bisturí y, forcejeando apenas, extrajeron el embrión. Cortaron de inmediato el cordón umbilical y lo anudaron.

El minúsculo cuerpo fue introducido en un gran frasco lleno de una solución alcohólica ante la atenta mirada de Hirt, que tomaba apuntes en su libreta sobre los movimientos del feto. A continuación, uno de sus ayudantes pegó una nota en el frasco: «Veintidós semanas», y añadió debajo la fecha.

Hacía un rato que las mujeres habían dejado de gritar, pues tres habían perdido el conocimiento. Las otras dos, con los ojos muy abiertos, contemplaban, una, a su compañera partida en canal sobre la camilla; la otra, al feto que flotaba dentro del frasco.

Con un gesto del mentón, el médico señaló a las desmayadas.

Los ayudantes les arrojaron agua sobre el rostro. Una de ellas, que no volvía en sí, recibió además una bofetada.

—Como han comprobado —les dijo el forense a las cinco—, los fetos que llevan en sus vientres tendrán el honor de aportar nuevos elementos a la ciencia médica más avanzada del mundo. La opción para ustedes es que me los entreguen voluntariamente en una cesárea con anestesia o corran la misma suerte que su compañera.

7

TRAICIÓN

EL MARISCAL PÉTAİN disfrutaba de la luz del sol, como cada amanecer, desde su ventanal. Gustaba que le diese de frente para que su silueta se proyectase sobre el suelo del gran despacho y los entorchados de sus hombros se marcasen poderosos en su sombra. Pero aquella mañana tenía otra razón más importante para recrearse en sus galones. Ese motivo se encontraba dentro de un sobre que descansaba, abierto, encima del escritorio.

El ministro de Guerra, de pie en el umbral junto al ujier, se adentró en el gran salón, cuidando de no pisar la sombra del presidente.

—¿Qué ha podido averiguar, Bridoux? —preguntó Pétain sin voltearse.

—Excelencia, la información del agente del Deuxième Bureau es correcta: el general Leclerc es el vizconde de Hauteclocque. Nacido el 22 de noviembre de 1902 en Belloy-Saint-Léonard...

—Treinta y nueve años... —comentó Pétain pensativo, y se giró hacia su ministro—, ¿y ya es general?

—En realidad era capitán...

—¿Capitán? —Y, perplejo, cruzándose de brazos, se sentó antes de añadir—: Explíquese, Bridoux.

—Ingresó en la Escuela Especial Militar de Saint Cyr a los veinte años. Y se graduó en 1924 con el número uno de su promoción como oficial de caballería. Fue destinado al 5.º Regimiento de Coraceros y combatió en Marruecos. Se le concedió la Cruz de Guerra con Palma en el Regimiento de *spahis* argelino. Además fue Jefe de Operaciones en el Estado Mayor de la 4.ª División de Infantería y miembro del Estado Mayor de la 3.ª División Blindada...

—Un hombre de acción —añadió Pétain.

—Y un técnico, Excelencia. Si de la escuela de Saint Cyr salió como número uno, repitió el puesto en el cuadro de honor de la Escuela de Aplicación de Caballería de Saumur y en la Escuela Superior de Guerra.

—¿Dónde se hallaba cuando se firmó el armisticio con Alemania?

—Prisionero de los alemanes, pero consiguió evadirse y se sumó a De Gaulle.

—¿Quién era su general?

—Henri Honore Giraud.

—Giraud... —murmuró Pétain, y regresó al ventanal—. ¿Sigue prisionero en la Fortaleza Königstein, en Dresde?

—Sí, Excelencia.

—Del capitán Hauteclouque, ¿qué opinión tenían sus superiores?

El ministro ladeó la cabeza.

—Un militar poco apegado a las normas castrenses.

Pétain se giró hacia Bridoux.

—Explíquese.

—Argumentaba que el glorioso ejército francés se había convertido al bombo y al platillo, a la trompeta y a los pífanos y que sus airoas marchas sólo conducían a sus batallones a la humillante derrota en el frente alemán.

El mariscal apretó los dientes y volvió a preguntar: —¿No ha encontrado a ningún superior que le defendiera?

—No. Todos se quejaron de que a sus generales les faltaba al respeto llamándoles... «dinosaurios de los entorchados».

El mariscal Pétain alzó la mano para indicarle al otro que callara, se abalanzó hacia la mesa y recogió el sobre abierto, al que, con violencia, estampó un sello lacrado. Luego se lo tendió al ministro, ordenando: —Que se lo entreguen a su mujer.

THERESE DE HAUTECLOCQUE, portando un ramillete de rosas con gladiolos y acompañada de sus seis hijos, ascendía las escaleras de la iglesia de Warlus, pero se detuvo al oír la voz de un gendarme que aparcaba la motocicleta a la entrada del templo.

—¿Therese de Hauteclocque?

—Sí —respondió con cautela.

—Un comunicado para usted, del gobierno de Vichy. —Y le entregó un sobre lacrado.

El motorista se alejó y ella, en el pórtico, desplegó la carta con mano temblorosa. Comprobó la firma del presidente Pétain y leyó: «... el general Leclerc ha sido identificado en la persona de Philippe

de Hauteclouque. Ha sido procesado por desertión y traición y condenado a muerte por contumacia. Asimismo se decreta que sea privado de la nacionalidad francesa y sus bienes confiscados...».

Los ojos se le humedecieron y miró al cielo. Las palabras pronunciadas semanas atrás por De Gaulle en las ondas de la BBC llegaron fuertes a su mente: «General Leclerc, usted y sus gloriosas tropas, son el orgullo de Francia».

—¿Qué te ocurre, mamá? ¿Por qué lloras? —preguntó, Philippe, el mayor.

—De alegría, hijo.

—¿De quién es la carta? —preguntó de nuevo el niño.

—De vuestro padre —dijo, al tiempo que doblaba la misiva y la guardaba en el bolso de la falda. Luego añadió—: Dice que os quiere mucho y que tengamos paciencia, que pronto estará en Francia.

8

COMIENZA LA RESISTENCIA

LAS GLORIOSAS TROPAS DE LECLERC, como las llamaba De Gaulle, y los legendarios soldados de la Legión Extranjera, entre los que se encontraba tu hermano, pronto recibieron un refuerzo inesperado a bordo de un Halifax MK 11 que penetró el cielo francés en una noche lluviosa y con ligeras turbulencias.

La tripulación apagó todas las luces, hasta las interiores. Su vuelo no sólo era secreto, también vital para el futuro de la Francia Libre. Dentro, un pasajero muy especial comprobaba su documentación. «Rex» era su nueva identidad, aunque él hubiese preferido «Max», como le apodaron sus antiguos compañeros de armas en la Gran Guerra.

Sonrió, tal vez por las ironías que provoca la Historia. ¿Quién le iba a decir a él que un día entraría de forma clandestina en su propia patria? Él, antiguo sargento del ejército francés en la I Guerra Mundial, el subprefecto más joven de la historia de

Francia, jefe de gabinete en el Ministerio del Aire durante el gobierno del Frente Popular y prefecto de Eure-et-Loir, un condecorado héroe de Francia penetrando como un forajido por las rutas de los contrabandistas.

—Señor, en quince minutos sobrevolaremos las Alpillas.

Ante el anuncio del oficial británico, el pasajero se quitó el sombrero de fieltro grisáceo con banda negra. Lo observó un segundo y lo dobló, para guardarlo en el interior de su cazadora de cuero. «Espero que no se estropee», pensó. Con calma, desenrolló la bufanda de lana, tejida por su madre en tiempos que sólo conocieron la paz, la plegó y la colocó al lado del borsalino.

Sintió la mirada del militar inglés clavarse en su cuello. No le dio importancia: ya se había acostumbrado a la reacción que provocaba el tajo desde el lóbulo hasta la clavícula.

Comprobó el ajuste de las trinchas del paracaídas principal y repitió la operación con el de emergencia. La pistola en su sitio: cargada y enfundada. Perfectamente preparado, como todo soldado que ha visto el horror.

«Aún dispongo de tiempo para fumar un Gauloises», se dijo.

La primera calada empujó su memoria hasta septiembre, cuatro meses antes, al gesto de Charles de Gaulle, frente a él, diciéndole: «Usted es la persona más adecuada para unir la dispersa resistencia en el interior de la patria». Fue entonces cuando el general le entregó una carpeta y prosiguió con la lisonja: «Su prestigio permitirá que todos los grupos que combaten aislados unan sus fuerzas bajo una sola dirección y bandera».

Los folios del cartapacio contenían nombres y lugares, y De Gaulle le aclaró: «Señor *Rex* —permítame que empiece a llamarle así para acostumbrarnos—, comprobará que contiene los enlaces

con el grupo *Combat*, el más importante, y su jefe Henry Frenay. También con los comunistas de...». Aquello era nuevo. «¿Los comunistas, mi general?», le preguntó él.

El general sonrió y, después de encender un cigarro, explicó: «No se extrañe. Desde que se rompió el pacto Ribbentrop-Mólotov y los nazis invadieron la Unión Soviética, se han convertido en las fuerzas más beligerantes contra Vichy y los alemanes. El Partido Comunista Francés ha formado su fuerza armada particular: los Franco-Tiradores y Partisanos. Fíjese que hasta cuatrocientos legionarios de las campañas de Narvik, que en Trentham-Park se negaron a unirse a sus compañeros de la 13.^a, ya se han integrado en el ejército inglés formando la *Spanish Company Number One*...».

De Gaulle había nombrado a republicanos españoles de filiación comunista que en un primer momento se habían negado a unirse a la Francia Libre, por eso le sorprendieron unos nombres. «Aquí leo José Vitini, Cristino García... ¿Son españoles, mi general?», y le respondió: «Sí, ellos han constituido también su propia fuerza dentro de los comunistas franceses. La denominan igual a una unidad que poseyeron en España: XIV Cuerpo de Guerrilleros. Incluso son los que adiestran a nuestros compatriotas en sabotajes, voladuras de comunicaciones... Recuerde que ya vienen de otra guerra».

La ceniza caída sobre sus pantalones alejó al pasajero del Halifax de su encuentro con De Gaulle. Dio otra calada despacio, «a fuego lento», como gustaba decir, y su recuerdo se remontó a dos años atrás, cuando el régimen de Vichy lo detuvo y encarceló. Las torturas fueron insufribles, hasta el punto de que intentó quitarse la vida con un cristal de botella. La marca en su cuello le

acompañaría de por vida.

—Señor *Rex*, cuando quiera.

Apagó el cigarro en el tacón de la bota y se irguió. Se puso las gafas y se encaminó hacia el portón abierto.

Vio luces de alguna aldea de las Alpillas. A su alrededor, la oscuridad absoluta: una pradera, el lugar perfecto.

—Teniente, que tengan un buen vuelo de regreso a Inglaterra —dijo, y le tendió la mano.

—Gracias, y que usted tenga éxito con su misión, sea la que sea.

—No hay opción al fracaso, teniente.

Se tocó la sien con el índice y, cuando el oficial correspondió al saludo, se lanzó sobre la oscuridad. El militar inglés, después de comprobar que el paracaídas se había desplegado, cerró la compuerta y se encaminó hacia la cabina de mando.

—Todo según lo planeado, mi comandante —informó al piloto de la nave.

—Perfecto, rumbo a Escocia. Nos esperan unos güisquis, señores —dijo al resto de la tripulación. Al cabo de un instante, añadió—: Espero que nuestro desconocido pasajero tenga fortuna en su cometido.

—No tan desconocido, mi comandante.

—¿Por qué dice eso, teniente? —preguntó el piloto girando su cabeza hacia su interlocutor.

—La bufanda ocultaba una cicatriz de casi veinte centímetros. El comandante dirigió su mirada al frente del avión. Y al momento, comentó: —Interesante, Jean Moulin se ha unido a la fiesta.

FUENTE AL QUATRUM

GOLPES DE MANO A OBJETIVOS AISLADOS: esa era la táctica de Leclerc. En realidad la Fuerza L se convirtió en una especie de gran grupo guerrillero que sólo atacaba cuando las posibilidades de victoria se convertían en una realidad, y el daño al enemigo no implicaba bajas en vuestras filas.

Llegasteis al fuerte Al Qatrum al amanecer del último día de febrero y os situasteis a quinientos metros. De todas las escuadras de tiradores selectos, sólo Gitano y tú acompañabais al destacamento que asaltaría la fortificación. El resto de francotiradores hubo de distribuirse entre contingentes que atacarían en otros puntos.

Tu misión era la misma que en Koufra: dejar ciego el fuerte. Pero no se veía movimiento, ni centinelas. Aquello no era una fortificación que pudiera albergar un batallón; más bien parecía una estación pertrechada para avituallamiento de gasolina y

víveres de las fuerzas de la retaguardia italianas.

El teniente Dubut mandaba la patrulla de vanguardia, en la que sólo había tres españoles: el cabo García, Gitano y tú. Todos permanecisteis camuflados entre las dunas esperando el sol a vuestra espalda. En Al Qatrum no se percibía ningún movimiento.

De repente los portones se abrieron para dejar salir a dos indígenas en camellos. Les aguardasteis ocultos entre las crestas de las dunas. Cuando llegaron a vuestra altura, el sargento Gérod, al mando de tres senegaleses, los derribó de sus monturas.

La información que proporcionaron al ser interrogados permitió preparar el asalto. Al parecer, habían dejado un cargamento de dátiles, y ahora conducirían un rebaño de cabras hacia el interior. La defensa de la fortificación estaba a cargo de una sección de *askaris*, los soldados coloniales libios, cuyo oficial al mando era italiano.

Una escuadra acompañó a los indígenas en busca del rebaño. Regresaron transcurridas cuatro horas, sin que vosotros os hubieseis movido de nuestras posiciones ni que se detectase movimiento en el interior de Al Qatrum.

Poco después, el sargento Gérod y el cabo García, cubiertos con las chilabas de los indígenas, arrearon el ganado hasta el fuerte. Los portones se abrieron para ellos, y antes de que se cerrasen, se oyeron los disparos.

Era la señal. El destacamento móvil se lanzó hacia el interior del fuerte. Gitano y tú os mantuvisteis en vuestra posición por si algún centinela intentaba avisar al exterior solicitando refuerzos o si acudía alguna unidad en apoyo.

Dos bajas entre los soldados coloniales. El sargento y el cabo se habían visto obligados a matar a los que ofrecieron resistencia

al desprenderse de la chilaba.

El botín fue menor que lo previsto: una emisora de radio intacta, una ametralladora pesada, dos ligeras, una treintena de fusiles, municiones, cuatro docenas de camellos, diez mil litros de combustible y víveres.

Al día siguiente esperabais indicaciones de Leclerc, pero antes de recibirlas avistasteis aviones italianos y alemanes.

Algo ocurría. Era como si las fuerzas del Eje comenzasen a tomar en serio los movimientos de la Francia Libre al sur de Libia.

Una ráfaga de los Stuka en el interior del fuerte os indicó que debíais recoger lo incautado y abandonar la posición o de un momento a otro sus bombardeos os aniquilarían. Incendiasteis el puesto fortificado y todos los integrantes del destacamento volante os retirasteis hacia el sur.

Había que alcanzar la base de Bouar —era el punto de reunión con el resto de la Fuerza L—, pero la aviación nazifascista no os daba tregua.

Tuvisteis que dispersaros. De pronto se levantó una tormenta de arena. Los aviones dejaron de hostigaros, aunque enfrentarse a aquel viento que oscureció la atmósfera y convirtió en noche el pleno día, que encasquillaba las armas y lapidaba los motores de los vehículos, resultaba aún peor.

No hay nada romántico en las tormentas de arena, aunque los tuareg hablen de escuchar el viento que resbala en las dunas ahuyentando nubes y golpeando roquedales. El lamento del desierto, lo llaman, porque, según dicen, llora y añora los tiempos en los que era una gran pradera.

Todo mentira. Lo único cierto es que no te dejaba respirar.

Cuando la tormenta cesó, no había nadie a vuestro alrededor,

Gitano y tú os hallabais aislados. El destacamento se había dispersado y sólo se veían colinas de arena. Estabais perdidos. Intentasteis arrancar el *jeep*. Esfuerzo estéril: la arena había inutilizado el motor.

No quedaba más remedio que abandonarlo allí con el trípode del arma enterrado, así que vuestro único equipaje se componía de una cantimplora con cinco litros de agua y el Mosin.

«Al sur, la Polar a la espalda», había gritado el teniente Dubut al dispersaros. Eso resulta fácil de noche, pero cuando el viento aminoraba, sólo el sol y sus cincuenta grados le acompañan a uno. Aún distinguíais el humo del fuerte a vuestra espalda.

Caminasteis horas y horas; las camisas se pegaban al cuerpo de tal manera que al mínimo movimiento la tela se desgarraba. Agotados, hambrientos, deshidratados, no os topabais con nada, excepto el vitelo de reconocimiento de algún avión italiano, lo que os obligaba a tumbaros y a no mover ni los dedos hasta verlo desaparecer en el horizonte.

—Dejémoslo, Ardura. Démonos por vencidos —dijo Gitano.

—Calma. Piensa que hemos seguido la ruta al sur sin desviarnos.

—Ardura, sólo con que nos desviásemos dos metros en la salida, al cabo de varios kilómetros ya nos habríamos extraviado. Y el problema es que no sabemos si es a la izquierda o a la derecha donde se encuentra Zouar.

—Tranquilízate. Campos y Fábregas no dejarán que ningún compatriota se pierda. En cuanto no nos vean llegar, saldrán en nuestra búsqueda.

La noche hizo su aparición y la tierra comenzó a enfriarse muy despacio, al tiempo que el aire penetraba con más facilidad en

vuestros pulmones. La Polar a vuestra espalda. Os tumbasteis a descansar aprovechando la retirada del sol, pero no había tiempo de dormir. Debíais continuar.

—Has de quitarle el cargador y enterrar el fusil —dijo Gitano—. No te desgastarías tanto.

—No. El Mosin viene conmigo hasta el infierno.

El alba os encontró caminando sin rumbo y sin agua. No sabíais cuanto podríais resistir. Era evidente que, más que desorientados, estabais medio muertos.

Una duna enorme apareció ante vosotros. Desde su cresta conseguisteis otear mejor el horizonte y ubicaros. Ascendisteis; vuestros pies, llenos de heridas, pesaban toneladas. Nada, o eso creíste, pues la visión comenzaba a nublarse y, en esos momentos, uno no se puede fiar de lo que cree ver, ya que una lata de conservas abandonada en el *serir* arenoso crece hasta convertirse en un Panzer.

De repente, Gitano se desplomó. Sin conocimiento, rodó por la ladera hasta detenerse a más de doscientos metros. Corriste hacia su cuerpo inmóvil. Abriste la cantimplora y la sacudiste frenéticamente sobre su cara. No se derramó ni una gota. Comenzaste a darle palmadas en las mejillas.

—Despierta. No puedes quedarte aquí. Vamos, aguanta.

Recobró el sentido al cabo de unos segundos. Insolación y deshidratación: la antesala de la muerte que más temen hasta los tuareg, la de sed. ¿Hasta cuándo resistiríais?

—Sigue sin mí.

—No digas estupideces. Vamos, en pie.

—Saca el papel... del bolso de mi camisa —balbuceó.

—Déjate de papeles. Levántate y camina.

—Saca el papel y léelo —dijo firme.

Obedeciste.

Unos segundos después, no podías creer lo que estabas viendo. Era la ficha de filiación completa y actualizada del *Obersturmführer* Rudolf Törni. Su lugar de nacimiento, sus destinos, su familia, su actual paradero... hasta su fotografía.

—¿Cómo has conseguido esto?

No hubo respuesta. Su conciencia ya no se encontraba contigo.

RECORDARÍAS PERFECTAMENTE aquel final de abril de 1942. Dos hechos lo marcarían en rojo para toda tu existencia. El primero no te afectó sólo a ti, sino a toda la Fuerza L: De Gaulle había dado órdenes a Leclerc de que abandonase el sur de Libia y se dirigiese de nuevo al corazón del África Ecuatorial Francesa.

En las puertas del fuerte Al Qatrum presentisteis que algo estaba a punto de suceder. Los italianos y alemanes habían empezado a tomarse en serio vuestras posiciones al sur del teatro de operaciones de África y bombardeaban las defensas de Fort Lamy.

La misión del general era evidente: organizar la resistencia contra un posible ataque del Eje. Vosotros, en el sur de Libia, seríais las primeras trincheras que los fascistas deberían diezmar.

Al frente de vuestra columna quedó el coronel Ingold, segundo al mando. Un militar francés a la antigua usanza: distante y altivo con sus subordinados. Sin el carisma del general, sabías que, en caso de entrar en combate, bajo su voz de mando no entregaríais la última gota de sangre, pero le respetabais por ser otro francés libre.

Mientras limpiabas tu Mosin en una de las torretas de vigilancia de La Faya, viste partir a Leclerc en un *jeep* escoltado por un Chevrolet con un pelotón de fusileros senegaleses y una escuadra de ametralladoras ligeras al mando de un suboficial francés. «Has de cumplir el juramento de Koufra o iré a recordártelo», dijiste para tus adentros.

—Otra vez a esperar —la voz de Fábregas interrumpió tus pensamientos.

—No entiendo nada, mi sargento —dijiste—. Habíamos comenzado el camino hacia el norte para enfrentarnos al Afrika Korps con el asalto a los fuertes italianos y, de repente, nos repliegan.

—Estrategia aliada, Bête —replicó, mientras liaba un cigarro—. Creyeron que el VIII Ejército inglés haría retroceder a Rommel, por eso nos lanzaron para ayudarlo por el sur. Pero se equivocaron: el *Zorro del Desierto* es un hueso duro de roer.

—¿Cuál es la situación ahora?

—Trípoli está siendo atacada por tierra y aire. Si Rommel la conquista, lanzará sus Panzer hacia Alejandría y el Canal de Suez caerá en poder de Hitler.

—¿Y en el interior de Francia?

—Fatal —exclamó, y dio una calada—. Han comenzado a deportar judíos hacia Auschwitz.

—¿Cuál será nuestra misión?

—Seguir esperando y acumular más fuerzas. Nos encontramos en la zona más cercana a Argelia. Somos el primer punto de contacto para todos los soldados que huyan de las filas de Pétain o de las Compañías de Trabajo y abracen la bandera aliada.

—Espero ver el éxito de esa estrategia... —dijiste, y tu mirada

vagó por el desierto para agregar—: Si no nos matan antes los escorpiones.

Fábregas dio otra calada y se quedó en silencio mirando el horizonte. De repente rompió su mutismo: —¿Qué sabes de Gitano?

—Sigue en el hospital. He llamado esta mañana y me han asegurado que se encuentra casi recuperado.

—Me alegro.

No supiste el porqué, pero no le creíste. Terminó el cigarro y pisó la colilla antes de dejarte de nuevo a solas con la limpieza y engrase del fusil.

A tu mente acudieron los momentos críticos de vuestra odisea por el desierto. Caminabas con Gitano inconsciente sobre tu espalda y el Mosin pendido por la correa de tu cuello. Las piernas te fallaban y la visión se te oscurecía por la deshidratación y el agotamiento. Cada kilómetro, debías apoyar a tu compañero en el suelo y descansar. Tus labios estaban resecos y ampollados: la piel, en las partes no cubiertas por la ropa, te ardía y se veía hinchada. Parecáis momias recién desenterradas del sarcófago. Un día más, a lo sumo dos, pero tu resistencia estaba llegando al límite. Entonces viste a lo lejos una pequeña nube de polvo.

«No puede ser otra tormenta», deseaste. Sería vuestro fin inmediato. Cogiste la mira telescópica del fusil y la enfocaste hacia donde provenía la estela de arena. Era un *jeep* con dos ocupantes, aunque desconocías si aliados o italianos. Imposible fiarse.

Camuflaste el cuerpo de Gitano con arena y te ocultaste. Ese vehículo era vuestro pasaporte a la salvación. Si se trataba de enemigos les volarías la tapa de los sesos y te apoderarías del auto.

Te tumbaste mimetizado en el terreno y apuntaste al *jeep*. Era fácil, podías hacerlos saltar por los aires con un disparo. Sin embargo, necesitabas comprobar el bando al que pertenecían. Se acercaban a tu campo de eficacia. Un kilómetro. Ochocientos metros. Los precisabas más cerca para no fallar ninguno de los dos disparos. Expulsaste el aire y comenzaste a localizar tus latidos, cuando...

Eran Campos y Fábregas en vuestra búsqueda.

Disparaste al cielo para alertarles.

Entre los tres subisteis a Gitano a la parte trasera del coche y lo tapasteis con una lona, después de intentar que bebiese algo de agua. Vaciaste una cantimplora entera sobre tu cabeza y diste un largo trago. Renaciste.

Camino de La Faya, desplegaste de nuevo el papel que te había entregado tu amigo con la ficha de filiación de Törni. Campos la vio de reojo y te preguntó: —¿Cómo has conseguido eso?

—Me la entregó Gitano, pero no me pudo explicar cómo llegó a su poder porque perdió el conocimiento.

—Déjame. —Y te lo arrebató de las manos.

También Fábregas echó un vistazo a los papeles, mientras conducía el *jeep*. Campos le lanzó una mirada interrogativa y el sargento jefe asintió. Aunque tú ignorabas el significado de aquel intercambio, te produjo un escalofrío: la triste antesala de los días posteriores, en medio de ninguna parte, rodeado de metralla y arena.

MISCELÁNEA DE GUERRA

APENAS HABÍAN TRANSCURRIDO dos semanas desde que el *Hauptsturmführer* Klaus Barbie llegara del campo de concentración de Natzweiler-Struthof y se instalara con su unidad en el edificio facilitado por la Milicia de Pétain en Lyon, asumiendo la jefatura de la Gestapo en la ciudad. El despacho era amplio y soleado. Desde el ventanal se podía contemplar la Torre Rosa del barrio medieval. «He de ordenar que pinten la esvástica sobre ella», pensó Klaus pegado al cristal, mientras su lugarteniente, el *Obersturmführer* Rudolf Törni le ponía al corriente de la situación.

—Hemos localizado un orfanato judío en Izieu con cuarenta y cuatro niños —Mátenlos. No necesitamos bocas improductivas. — Dicho esto se dirigió hacia el sillón. Después de sentarse, se inclinó, y preguntó—: ¿Cómo va la búsqueda de *Rex*?

—Todas las pistas conducen a Lyon, pero nadie habla.

—¿A cuánta gente se ha interrogado?

—Algo más de cinco mil...

—¿Ninguno sabe nada? —se extrañó Klaus colocando los codos en la mesa.

—O no lo saben o no quieren hablar.

—¿Ni siquiera se ha averiguado quién está detrás de ese nombre? —El otro negó con la cabeza, y el *Hauptsturmführer* añadió—: A su regreso de Estrasburgo incrementó la presión no sólo sobre los judíos, también con el resto: hispanos, gitanos, georgianos, gaullistas y hasta con franceses afines a Pétain, si fuera necesario.

—¿Cuál será mi misión en Estrasburgo?

—Facilitarle al doctor Hirt ochenta y seis judíos de diferentes edades y sexos.

—¿Ochenta y seis?

—Sí. Al parecer serán cuarenta y tres de cada sexo distribuidos en segmentos de edad entre dieciocho y veinticuatro meses.

—¿Con qué objeto?

—Él se lo indicará, pero tiene que ver con un futuro museo.

—¿Un museo? —balbuceó atónito Törni.

—Sí. Quiere sumergirlos en cal viva. Su idea es conservar sus esqueletos en una exposición que muestre a las generaciones venideras cómo eran las razas inferiores extinguidas.

—Como los dinosaurios...

—Algo parecido.

—¿Ordena algo...?

—Que regrese cuanto antes.

—¡Heil Hitler!

—¡Heil...!

Cuando el *Obersturmführer* hubo abandonado el despacho,

Klaus Barbie se dirigió al lavabo anexo. Se quitó la guerrera, y se desabotonó la camisa. En camiseta de tirantes, sus angulosos hombros lucían cicatrices de metralla. Se acercó al espejo y mostró sus dientes. Después de examinarlos, ladeó la cabeza observando su barba. Cogió una brocha, un trozo de jabón y un recipiente con agua.

Preparaba la espuma, cuando irrumpió en el despacho un sargento mayor de la Wehrmacht que lucía la Cruz de Hierro de Primera Clase prendida en una cinta rojinegra enrollada bajo las solapas de su guerrera. Sin darle tiempo a cuadrarse, Klaus le preguntó: —¿Qué ha averiguado, sargento?

—La copia de la ficha solicitada por el general Heinrich Müller no tiene nada que ver con que se le considere un traidor al III Reich...

—¿Entonces? —preguntó extrañado el jefe de la Gestapo en Lyon, mientras se untaba espuma sobre la barbilla.

—Al parecer, se trata de un intercambio de información con el régimen de Vichy.

—Explíquese —exigió, girándose hacia el sargento.

—Al Deuxième Bureau le interesaban los datos de Rudolf Törni para intercambiarlos por los de un militar de alto rango de la Francia Libre. Posiblemente un general o un coronel.

—¿Sabemos quién es?

—No.

—Continúe con la investigación.

—*¡Heil...!*

Klaus le despidió con un gesto. Extendió el resto de la espuma por su rostro y extrajo la navaja de afeitar. Deslizó el filo sobre su mejilla izquierda mientras se preguntaba quién podría ofrecer

información de un jefe de la Francia Libre a cambio de la de un simple *Obersturmführer*. Aquello carecía de sentido si no lo hubiese pedido el propio Müller, el jefe de la Gestapo y artífice de la Solución Final. ¿O es que Rudolf Törni era algo más de lo que él sabía? Fuera lo que fuese, era evidente que alguien había puesto precio a Törni en algún lugar y Heinrich Müller, a cambio de datos valiosos para el III Reich, había ofrecido su cabeza, convirtiéndole en prescindible en esa guerra.

EN LYON, mientras Klaus Barbie apuraba el afeitado, en un garaje comunicado con dos calles, se encontraban reunidos Jean Moulin, alias *Rex*, que mantenía su borsalino y la bufanda alrededor del cuello; el enjuto e inquieto Henry Frenay, jefe de la organización *Combat*; Eugène Claudius-Petir, de los Franco-Tiradores y Partisanos, que sentado a su izquierda palpaba insistentemente su costado como asegurándose de que la pistola seguía en su sitio; y enfrente, André Mercier, representante de los comunistas franceses, que encendía un cigarro con la colilla del anterior.

Los cuatro se sentaban en el suelo alrededor de la luz de un candil. En medio, desparramados, planos de Francia, París y Lyon.

—La represión en la ciudad está siendo brutal —manifestó *Rex*, con un estremecimiento—. Llevan más de quinientos fusilados, mil deportados y dos mil detenidos. La gente vive aterrorizada. Hasta han bautizado a Klaus como *El Carnicero de Lyon*.

—Si esto sigue así tendremos que cambiar el lugar de reunión —dijo el jefe de *Combat*.

—Las patrullas de la Gestapo y la Milicia fascista de Pétain

patrullan las calles —intervino *Rex*—. Así que, señores, no demoremos el balance.

—Comenzaré yo —dijo André Mercier, pisando la colilla—. Nuestro partido ha entrado en contacto con los sindicatos CGT y CFTC para que nombren un representante y se sumen al futuro Consejo Nacional de la Resistencia.

—Henry, ahora tú —indicó *Rex*.

—Desde *Combat* estamos tendiendo lazos a organizaciones diseminadas y sin coordinación en los sabotajes: *Front National*, *Libération-Nord*, *Libération-Sur* y *Ceux de la Libération*. Hasta creemos que se sumará Jacques Simon, de la *Organisation Civile et Militaire*.

—Eugène, ¿qué decís los partisanos? —preguntó Moulin, ajustándose la bufanda.

—Sólo somos fuertes en el Mediodía, sobre todo en la zona sin invadir por los alemanes. Pero nuestro problema son las armas. Tenemos una pistola por cada diez hombres.

—Espero arreglar eso en mi próxima visita a Inglaterra —afirmó Moulin. Se frotó la frente, se quitó el sombrero y añadió—: Deberéis marcar los lugares más idóneos y que la RAF lance en paracaídas cajas con subfusiles y municiones.

—En la próxima reunión te facilitaré los sitios que consideramos más idóneos —respondió el jefe partisano.

—A propósito, Eugène, ¿cómo se comportan los exiliados españoles?

—Se han organizado de forma autónoma formando el XIV Cuerpo de Guerrilleros Españoles. En estos momentos son algo así como nuestros instructores. —Sonrió, y añadió—: Los muy cabrones lo saben todo de la guerra.

—¿Se integrarían a nuestro Consejo...?

Molin se vio interrumpido por el partisano.

—Sin dudar. Hoy sólo están combatiendo los comunistas, pero se preparan para abrirlo a otras fuerzas políticas —expuso y, añadiendo un guiño, amplió—: Hasta se mofan del nombre de nuestra organización.

—¿Cómo es eso? —preguntó el jefe de *Combat*.

—Sí. Dicen que al nombre de *Ejército Secreto* deberíamos añadirle «y tan secreto», porque no se sabe dónde estamos, pero tampoco si hacemos algo.

Las muecas de desazón fueron cortadas por la voz de *Rex*: —En el fondo no les falta razón. Es evidente que ellos van por delante. Nosotros aún nos encontramos en la fase de propaganda y consignas. Y aún así, que la población haga suyo el lema «Ni un hombre, ni un arma, ni un grano de trigo para Hitler» está resultando muy difícil...

—Los españoles no necesitan pasar por esa fase. Se han lanzado directamente al sabotaje —informó el jefe partisano.

—¿Dónde consiguen las armas? —preguntó Moulin.

—Asaltan los polvorines de las minas de Salsigne, los de las canteras y embalses de Aude y Ariège. Son maestros en el uso de la dinamita.

—¿Sabes qué fuerza poseen?

—Sí, tienen dos brigadas desplegadas en los departamentos de Aude y Ariège y están constituyendo otra en el Alto Pirineo...

El taconeo de las patrullas nocturnas nazis y de las Milicias de Pétain los silenció por un momento. Cuando el sonido se perdió, *Rex* cerró la reunión: —Señores, si no hay nada más que tratar... — Los otros tres negaron con la cabeza—. Pues la próxima reunión,

en mi apartamento de París. Ya saben: Rué Rene Corbin.

El jefe de partisanos recomendó:

—Salgamos de uno en uno en intervalos de diez minutos.

AL FINAL DEL BOSQUE, detrás de los troncos de los últimos abetos, a escasos metros de la hondonada que anunciaba una de las explotaciones mineras de Salsigne, se ocultaba una docena de hombres con puñal en mano. El jefe de aquella partida, el asturiano Cristino García Granda, había ordenado que nadie portase armas de fuego.

Colocaron la daga en los dientes y reptaron sobre la hierba aún húmeda de la lluviosa primavera. La luna plena en el cielo despejado de primeros de mayo les servía de aliada. «Sólo un mes desde la Conferencia Fundacional de nuestro ejército guerrillero en Toulouse —se decía Cristino mientras reptaba—, y ya somos quinientos».

Los partisanos rodearon la garita. Dentro, dos gendarmes jugaban una partida de naipes. No se habían percatado de la presencia en el exterior de los guerrilleros, quienes, tras una patada en la puerta, irrumpieron en la barraca. Saltaron sobre los guardias, les taparon la boca y los degollaron de un tajo rápido. La sangre saltó sobre la mesa y encharcó un rey de picas y un as de trébol. Les arrebataron las pistolas y los fusiles.

—¡Mierda! —exclamó Vitini—. No deberíamos haberlos matado sin que nos informasen dónde está la dina...

Un gesto de Cristino le hizo guardar silencio. Escucharon pasos. Era la patrulla de relevo.

Al cabo de medio minuto la puerta de la garita se abrió.

—Hora del rele...

Eran dos. Una mano agarró por la frente al que había hablado para inclinar su cuerpo hacia atrás, y la hoja de un puñal brilló en su cuello.

—¡Al suelo! —ordenó Cristino.

Los gendarmes obedecieron y la rodilla de un partisano se le clavó al guardia en los riñones.

—¿Cuántos sois? —preguntó Vitini.

No hubo respuesta.

La presión de la rodilla aumentó.

—Diez —gimió.

Les amordazaron y, requisándoles las armas, se lanzaron hacia el barracón en el que dormía el resto. Irrumpieron en él cegándoles con las linternas.

—¡Fuera de las camas! —gritó Cristino.

Los seis saltaron de los camastros y, en calzoncillos, se quedaron firmes ante ellos y también fueron amordazados. Después, tres guerrilleros rompieron el candado del armero, que guardaba cinco Mas-36 a estrenar, unidos a tres Lebel y diez Berthier, las antiguas armas largas de fuego de la infantería, retiradas en casi todas las unidades del ejército. El botín fue trasladado al exterior y repartido entre los partisanos.

Ocho apresados y dos muertos, el polvorín de la mina ya se encontraba sin custodia. Rompieron la puerta del cobertizo y, lanzando el haz de luz hacia el interior, iluminó doce cajas llenas de cartuchos de dinamita y una de detonadores.

—Cu-cu-cu-cu-cu-cu...

El sonido emitido por Vitini iba retumbando en la ladera, entre el sotobosque y los matojos. De improviso, como fantasmas

amamantados por la niebla, una hilera de hombres, mujeres y niños apareció detrás de los abetos. Los guerrilleros cargaron las arcas y las pasaron al primero de aquella columna nacida en el bosque. Una a una, a medida que corrían de mano en mano, las cajas se fueron perdiendo de vista en la frondosidad del macizo.

—¡Que venga François! —ordenó Cristino.

Un hombre con barba de una semana, enjuto y con pantalones y chaleco negro, se acercó. El guerrillero le exhortó: —¡Atento! Luego te tocará enseñárselo a los tuyos.

Dicho esto, Cristino cogió seis cartuchos de dinamita y les enrolló una cuerda. Antes de anudarla con fuerza, introdujo entre ellos un detonador del que sobresalía un filamento, ambos de cobre. Apretó el nudo y el manojo se cerró. Amarró los extremos del filamento a un cable que ordenó desplegar a lo largo del monte, y colocó la dinamita sobre el depósito de gasolina del viejo camión que otros guerrilleros habían trasladado hasta la bocamina.

Mientras se alejaron más de cincuenta metros y se protegieron detrás de los troncos, el francés observó que algunos partisanos españoles habían colocado cargas en más puntos estratégicos: en el castillete, en el barracón de generadores, en los vestuarios, en los almacenes...

Cristino hizo un gesto a François para que se fijase en el siguiente paso. Entonces le mostró los dos filamentos del cable y los enrolló en torno a sendos bornes de una caja. El francés asintió. El guerrillero accionó una palanca y la corriente circuló por aquella artesanal pila de volta.

—Tres..., dos..., uno —contó el guerrillero asturiano.

El camión voló en pedazos. La mina quedó taponada por las

piedras y la tierra desprendida de la ladera. A continuación la torre de extracción del pozo se derrumbó seguida de hierros y maderas que danzaron en el aire de la noche. Más explosiones. Una humareda negra se alzó hacia las estrellas sumergiendo la hondonada en una niebla intensa de polvo, carbón y metralla.

De inmediato se escucharon las palabras del jefe de aquella partida: —¡Vámonos! —atronó la voz de Cristino—. Los nazis tendrán que abastecerse de carbón en otro lugar.

MAYO TAMBIÉN HABÍA LLEGADO a orillas del río Voljov. La estación del deshielo convertía los campos y bosques rusos en un cenagal atiborrado de mosquitos. Hasta el aire era más denso, repleto de partículas que transportaban el hedor de cuerpos en descomposición diseminados en la ribera y que se hacían visibles al desaparecer la nieve.

Trescientos camiones arribaron a las posiciones de la División Azul en Voljov. Transportaban seis mil soldados recién llegados desde España. Era el primer relevo, después de nueve meses en el frente ruso: el número exacto de reclutas para sustituir a los muertos, mutilados, prisioneros, heridos, enfermos, agotados y a los que ya habían caído en el abismo de la demencia sin posibilidades de regreso. Las batallas del lago limen y los dos choques con los rusos en Voljov no sólo les habían aportado decenas de medallas; también les mostraron que el optimismo del primer día se había tornado en una entelequia. Por si fuera poco, presentían que el tercer encuentro con el Ejército Rojo en el Voljov sería cuestión de días o incluso de horas.

Antonio, tu padre, y su compañero Marino veían formar a los

reclutas delante de los vehículos siguiendo las órdenes transmitidas a voces del recién ascendido a brigada, el camarada Ricardo, que había abrigado con cera su Cruz de Hierro y la dirigía hacia el sol para que su luz reflejase y deslumbrase más.

—El niño se está tomando en serio su nuevo papel —dijo Marino.

Tu padre contempló a Ricardo, mientras este se dirigía a los reclutas. Le había cogido aprecio a aquel muchacho, sin saber por qué. «Me recuerda tanto a Nico», se decía a veces. Pero en aquel momento tu padre quedó petrificado ante el joven brigada. Tenía los ojos enrojecidos, la mirada ida y el gesto abrupto, muy alejado del aspecto de aquel niño que había recorrido los campos de prisioneros españoles en busca de voluntarios. Era evidente que la paranoia de la guerra se estaba instalando en él.

—Déjalo —contestó tu padre a Marino, y encendió un cigarro—. Tengo la sensación de que es el único que se ha creído esa palabrería de la revolución nacionalsindicalista de Falange.

—¿Te has fijado en los nuevos? —preguntó Marino, aceptando el cigarro que le ofrecía su compañero, y añadió—: No alcanzan ni veinte años.

—Son soldados de reemplazo —contestó tu padre, al tiempo que le tendía el encendedor de mecha.

—Está muy claro que a Franco se le terminaron los entusiastas y voluntariosos falangistas. Les es más cómodo quedarse en España matando rojos que venir a buscarlos hasta aquí.

Tu padre ojeó el reloj, y recordó a su compañero: —Queda una hora para el relevo. Debemos aprovechar...

Mientras los dos se alejaban de la formación, se escuchó a su espalda el himno de los voluntarios en boca de los reclutas,

capitaneados por el camarada Ricardo:

A la muerte, a la muerte,
con la División Azul te lanzarás,
portando sobre tu pecho
las cinco flechas en haz...

Las alambradas del campo de prisioneros soviéticos aparecieron al final del camino. El centinela de la Wehrmacht les saludó desde la torreta en la que lucía la esvástica. Como cada día desde que estaban allí acantonados, se arrimaron al cerco de espinas y orinaron dirigiendo el chorro hacia el interior. El guardia alemán, emitiendo una gran carcajada, les imitaba desde lo alto.

Lo que nunca sospechó nadie es que aquella era una maniobra de distracción. Mientras el soldado de la Wehrmacht se reía y les copiaba, ellos dejaban caer al suelo sendos paquetes desde el interior de sus abrigo. Después, con un empujón de sus botas, los introducían al interior por una rendija de la alambrada. Los bultos quedaban ocultos entre los hierbajos y el barro.

Más tarde, los soldados soviéticos prisioneros organizarían un partido de fútbol y el balón saldría de la línea del campo hacia los espinos. Solicitarían permiso para recogerlo. Los guardias accederían y cuando lo recogieran, ocultos entre sus ropajes, habría dos pequeños fardos repletos de comida y algún arma corta.

Marino y tu padre continuaron paseando por el sendero que lindaba con el campo. Al llegar al portón de acceso, encontraron a la mayor Julia Natalinova sentada en el suelo, de espaldas, a seis metros de la alambrada semioculta de la mirada de los soldados. Los nazis no le habían permitido conservar su uniforme de oficial del Ejército Rojo y habían vestido su desnutrido cuerpo como al

resto de judíos, con la estrella de David cosida en la manga.

Los dos se acercaron a la empalizada.

—¿Qué sabemos? —preguntó tu progenitor en voz baja.

—Nada —respondió ella sin voltearse.

Si algún guardia contemplaba la escena, se imaginaría que estarían insultándola o riéndose de ella.

—Os hemos dejado comida, una Star del 9 largo y veinticinco cartuchos.

—Gracias, pero creemos que no precisaremos partisanos.

—No, mayor —respondió tajante tu padre—. Se hará a mi modo. Os ayudaremos a escapar y nos uniremos a nuestros exiliados. No queremos terminar en un campo de prisioneros soviético.

—Yo puedo interceder ante...

—Gracias, pero no. Atienda, tenemos dos litros de leche. No van en las bolsas pues las botellas se romperían.

La mayor se puso en pie y después de mirar en derredor, se dirigió hacia ellos con paso firme. Aquellos enormes ojos verdes resaltaban aún más con la cabeza afeitada, y tenían hechizados a los dos hombres. Aquella descendiente de sefardíes no sólo hablaba castellano, sino que además había combatido en España en las Brigadas Internacionales.

Natalinova llegó a la alambrada y los soldados se dispusieron a pasarle los recipientes de vidrio. De repente se oyó un disparo.

Un segundo después, tu padre, tendido en el suelo, sangraba por la comisura de los labios, y Marino, boca abajo, presentaba un tajo en la cabeza. La leche, derramada entre cristales rotos, humedecía el suelo teñido de rojo.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

Era la voz del brigada, el camarada Ricardo, que se materializó de repente junto a los dos Waffen-SS que habían disparado al aire y derribado a Marino y a tu padre de sendos culatazos.

Cuadrándose ante Ricardo y su Cruz de Hierro, los alemanes le explicaron, en un alemán entreverado con español, que los habían sorprendido entregando botellas de leche a la judía.

—Es sefardí, camarada —gritó tu padre desde el suelo.

—¿Sefardí? —preguntó extrañado el brigada.

—Sí —afirmó Antonio Ardura, irguiéndose—. Descendiente de españoles expulsados por los Reyes Católicos.

Ricardo giró la cabeza hacia Julia Natalinova, que había clavado su mirada en él, y le preguntó: —¿Es verdad eso?

La mujer asintió.

Ricardo se arrimó a los Waffen-SS, acercó su cara a la de ellos y gritó, como escupiendo: —¡Un soldado español comparte su comida con quién le sale de los cojones! —Entonces extrajo una botella de coñac de su bolso, la destapó, dio un trago y añadió—: ¡Y también su bebida!

Pasó la botella por un hueco de la alambrada y se la tendió a Natalinova.

Después se giró hacia los atónitos Waffen-SS.

—¿Algún problema, soldados? —les preguntó.

Ambos negaron con la cabeza.

La mayor escondió la botella en su camisa y se alejó hacia el interior del campo y, ante el desconcierto de los Waffen-SS, el brigada ayudó a Marino a incorporarse.

Los tres divisionarios, con Marino en medio apoyado sobre los otros dos, se encaminaron en dirección al acantonamiento de la División Azul.

—Vaya, vaya, con ustedes dos. Así que una mujer tenía la culpa de que se alejasen todos los días del campamento — comentó Ricardo con una sonrisa, para rematar—: No lo podemos evitar: somos una raza de románticos... De conquistadores.

No respondieron. Aunque erradas, las palabras del camarada Ricardo evidenciaron que los tenía vigilados.

MATAR AL RUISEÑOR

«**L**AS PATRULLAS DE TIRADORES han de reducir y aprovechar recursos», os había ordenado el coronel Ingold. Lo inmediato fue eliminar la figura del ayudante de tirador en la escuadra y aprender a disparar sin el pesado trípode. A los: pelotones de morteros ligeros les ocurrió igual: se quedaron sin plataforma, trípode y goniómetro, sólo con el tubo de lanzamiento y las cargas.

Si para los francotiradores aquella decisión de aligeraros el peso y aprovechar mejor los recursos suponía una nueva táctica, para los soldados de los morteros se convirtió en una odisea. Tenían que sentarse en una loma y colocar el tubo de lanzamiento entre sus piernas, protegiéndolas con paños húmedos para no quemarse, y sujetarlo mientras un compañero introducía las cargas por la boca del cañón. Hasta les obligaron a colocar el percutor siempre en posición de disparo, sin seguro. Aquello había

incrementado considerablemente su velocidad de avance, pero había disminuido su puntería.

Los tiradores de élite sustituisteis las bases metálicas de los fusiles por saquitos o calcetines repletos de arena de coral y aprendisteis a graduar los ángulos de disparo según se desplazaban los granos de arena. Vuestra táctica ya era idéntica a la de los famosos tiradores de Ubangui encuadrados en la 13.^a.

Campos obligaba a los soldados, sobre todo a los españoles, a pelear solos en medio del desierto. Tu experiencia y la de Gitano habían enseñado que cada uno debía aprender a guerrear como un tuareg en la *tierra vacía*. Por eso se os ordenaba colocar *el nido de pájaro* en una duna de cresta de sable, apuntando al horizonte; el objetivo era un chacal, un buitre o algún objeto al que se le imprimía un movimiento inesperado. Y a esperar, convirtiéndoos en piedras.

En esa soledad, la vida se concentraba, y cualquier cualidad humana destinada al placer resultaba ajena. Nada importaba tanto como que el cerrojo del fusil funcionase, que el gatillo cediese a la posición del dedo y que las piernas resistieran lo suficiente para trasladaros de los ríos de dunas al caos de la guerra.

«El Afrika Korps ha recapturado Bengasi y ha derrotado a los Aliados en Gazala. El puerto de Tobruk se encuentra sitiado y es posible que sea conquistado por las tropas de Rommel...».

Esas fueron las noticias emitidas por *Radio Brazaville* la tarde en la que te ausentaste de vuestras posiciones para dirigirte al

hospital de campaña a varios kilómetros en un pequeño oasis. Habían transcurrido tres semanas desde que ingresaran a Gitano y no tenías noticias de su estado más que por los telefonistas del hospital.

Entraste en uno de los barracones: veinte camas a derecha y otras tantas a izquierda. Hombres con vendajes en la cabeza, piernas amputadas, mancos o ciegos pululaban en aquella sala. No encontraste allí a Gitano, ni tampoco en el segundo barracón. Te dirigiste al último. Tampoco le viste ahí. Tal vez no te habías fijado bien en los rostros de los pacientes dormidos, pensaste, y revisaste camastro por camastro. Incluso obligaste a algún herido a alzar la cabeza de la almohada.

Solicitaste información a una enfermera de la Cruz Roja que entró en el barracón con un carrito repleto de medicamentos.

—Si me dice el nombre del soldado que busca —respondió la mujer deteniendo su paso y aprovechando para recolocarse la cofia.

—Se llama Luis... —en ese momento te percataste de que ignorabas su apellido y casi cualquier otro dato.

La enfermera ladeó la cabeza. Entonces añadiste: —Le llamamos Gitano. Lo trajimos hace tres semanas con deshidratación e insolación —te obligó a precisar el ceño la mujer, fruncido por el desconcierto.

—En este no se quedó. ¿Ha mirado en los otros barracones?

—Sí. No aparece en ninguno.

—A lo mejor le dimos el alta y se incorporó ya a su unidad.

—No es posible. Todavía ayer llamé por teléfono y quien me atendió especificó que se encontraba mejor.

Los ojos de la enfermera parecieron iluminarse y se clavaron

en la bandera con la Cruz de Lorena cosida en tu camisa. Te cogió por el brazo, arrimándose a tu oído.

—Acompáñeme.

La seguiste hasta el exterior. Cerró la puerta del cobertizo y echó rápidos y nerviosos vistazos a uno y otro lado.

—¿De qué tiene miedo? —le preguntaste.

—De usted.

—¿De mí?

No te viste la expresión, pero creíste que tu gesto atónito no pasaría inadvertido para nadie.

—Sí. Tiene cara de buen chico, pero no nos podemos fiar de nadie.

—Lo entiendo. Yo sólo preguntaba por mi amigo...

—¿Amigo personal?

—Sí, de hecho fui yo quien le salvó la vida.

—Ya. —Y volvió a mirar en derredor.

—Usted sabe más de lo que me dice. Le exijo que me aclare dónde está Gitano.

—Su amigo sólo estuvo aquí tres días.

—Pero yo he llamado y me han dicho que iba mejorando. Todavía ayer...

—Esas fueron las instrucciones que se les dieron a los soldados que atienden la central.

—No la entiendo.

—Mire, se presentaron dos oficiales gaullistas, como usted, sacaron a su amigo de la cama, lo subieron en un *jeep* y se lo llevaron.

Te sentaste en la arena, con la espalda sobre la pared de madera del barracón. Te frotaste la frente y te quitaste el quepis

sin mirar hacia ninguna parte.

—Luis pertenecía a la Francia Libre. ¿Por qué se lo iban a llevar y a ocultar dos oficiales?

Tal vez tu gesto de abatimiento fue lo que le animó a añadir: —Dijeron algo sobre que cuanto más tarde se enterasen de su recuperación los del Deuxième Bureau, mejor para la Francia Libre y la Agrupación Leclerc.

El Deuxième Bureau. Giraste de golpe la cabeza y tu mirada se estampó en la luz del sol. Una especie de chispa había saltado en tu mente. Era como si las piezas de un puzzle que tú no hubieses acertado a armar se ordenasen de golpe delante de ti. La ficha del *Obersturmführer* Rudolf Törni («¿Cómo sabes alemán?», le había preguntado), las evasivas de Gitano («Yo sé muchas cosas que tú desconoces»), los cinco mil francos que le dejó a tu madre cuando tú estabas ingresado en el hospital de Orán («Un trabajo extra...»).

Ni te despediste de la enfermera. De un salto alcanzaste el asiento del *jeep* y lo condujiste como un loco hasta el fuerte de La Faya.

Entraste corriendo en el barracón de tropa y te dirigiste hacia el camastro de Gitano. Deshiciste la cama de un manotazo y tiraste el colchón al suelo.

Un sobre. Lo abriste. Cinco mil francos y una especie de nota con tachones, puntos y rayas; parecía el borrador de un mensaje en Código Morse.

Te sentaste sobre su cama e intentaste descifrarlo. No sería difícil, aquellos signos no te eran desconocidos.

Un punto, una raya seguida de otros dos puntos: una «L». Un punto aislado: una «E». Una raya seguida de...

Tu alma dio un vuelco al leer, en un susurro, el contenido del

mensaje: —Leclerc es el vizconde de Hauteclocque.

BIR-HAKEIM, EL ÚLTIMO *BOX*

MIENTRAS ESAS ESCENAS ocurrían en Europa y en vuestro asentamiento en el África Ecuatorial Francesa, en el norte de África Rommel avanzaba por la línea de fortificaciones británica como si Satanás hubiese lanzado su furia contra los seres humanos. Llamas y humo, nubes de polvo y arena, ruido y sangre, muertos y lisiados, olor a cuerpos quemados y a gasolina incendiada era su rastro.

El objetivo del Eje era el puerto de Tobruk, cuya ocupación permitiría a sus columnas motorizadas alcanzar Alejandría y el Canal de Suez. Las defensas de los Aliados eran firmes y se jalonaban en *box* a lo largo de la costa mediterránea, pero habían sucumbido casi todos al avance de los Panzer. Tres mil prisioneros, centenares de cañones, vehículos y blindados constituían el botín, sin mencionar a los muertos a los que nadie enterraba y quedaban esparcidos por los arenales del desierto en el norte de África.

Al Deutsches Afrika Korps, en su camino hacia Alejandría, aún le quedaba por anular Bir-Hakeim, el más importante de los puestos fortificados: el último *box*. Los suministros de combustible eran insuficientes y Erwin Rommel detuvo los blindados a varios kilómetros de la posición. Debía estudiar su defensa antes de lanzar el grueso de su fuerza.

«Es un campo fortificado en forma triangular de dieciséis kilómetros de superficie y sin defensa natural alguna por el terreno llano», citó el *Generaloberst* Rommel las notas que el Estado Mayor alemán había enviado sobre la fortificación.

—¿Quién lo defiende? —preguntó al general Gustav Von Vaerst.

—El general Koenig, pero sólo dispone de tres mil setecientos hombres.

—No subestime su número, y recuerde —advirtió con voz firme Rommel—: Un puñado de soldados puede transformarse en un puñado de héroes si los manda un oficial medio loco. O en un atajo de cobardes si los manda un oficial medio cuerdo. ¿Cómo es Koenig?

—Tal vez... un general medio loco.

—Vaya informándome. Primero, el armamento.

—Creemos que poseen un centenar de cañones del 75, medio centenar del 45 y un par de docenas de antiaéreos. Sabemos que cuentan con gran cantidad de tanquetas Bren Carriers inglesas, pero...

—¿Por qué no se ve nada de eso en las fotos que nos ha enviado nuestra aviación?

—Suponemos que todo el material se encuentra enterrado o semienterrado. Lo mismo que el puesto de mando, el hospital de

campaña y los depósitos de municiones y víveres.

—Interesante —murmuró Rommel—. Así no sólo se protegen de nosotros sino también de las tempestades de arena. ¿Cuál es su estructura defensiva?

—Un extenso campo de minas anticarro y antipersonal es la línea defensiva inicial. «Los Jardines del Diablo», lo llaman nuestros soldados. A continuación han vallado todo con una densa barrera de alambradas que protegen a más de mil nidos de ametralladoras semienterrados.

—Si superáramos los nidos, ¿qué nos encontraríamos?

—Una barrera de trincheras. El este y el centro lo defiende la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera con destacamentos volantes para tapar posibles huecos. El resto está defendido por tropas coloniales de Centroáfrica, el batallón Oubangui-Chari, y fuerzas del Pacífico.

—Hábleme de esos tres mil setecientos soldados.

—Podríamos dividirlos en tercios casi idénticos: franceses, soldados negros de las colonias y españoles exiliados.

—«Rojos» españoles —murmuró Rommel—. ¿Por qué nuestros soldados prefieren enfrentarse a ingleses y franceses y dejan a los españoles para los italianos?

—Es que los demás se suelen rendir cuando ven nuestra aplastante fuerza, pero ellos prefieren morir matando.

—«Los trescientos de Tebas fueron muertos, pero nunca derrotados».

—Perdón, mi *Generaloberst*. No le he entendido.

—No tiene importancia. Me limitaba a recitar a Séneca.

—¿Cuál será nuestra distribución? —preguntó el general Gambara, que mandaba las divisiones del Duce.

—La división Brescia se situará aquí —dijo, señalando con su dedo un punto en el plano—. La Pavia en este lugar y la Ariete ahí.

El general italiano tragó saliva. «Ahí» significaba el lugar más próximo a las defensas de Bir-Hakeim. El otro general italiano que le acompañaba, también veterano en la guerra de España, Annibale Bergonzoli, se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Las divisiones Panzer se situarán de esta forma. Esta parte la cubrirá la 15.^a, la 21.^a abrirá brecha por esta otra zona y detrás avanzarán la 90.^a Ligera. Nuestra fuerza la constituyen diez mil blindados. Su resistencia no puede alargarse más de veinticuatro horas. Alejandría nos espera y no podemos dar un minuto de respiro al VIII Ejército británico.

—¿Orden de ataque?

—Si llega el combustible, será mañana. Palabra clave: *Venecia*.

EL 25 DE MAYO EL CARBURANTE seguía en puerto sin que los oficiales de la Wehrmacht se atreviesen a trasladarlo hasta los blindados del Afrika Korps. «Los Jardines del Diablo» los intimidaban.

El Zorro del Desierto se impacientaba. Cada día que transcurría permitía a los ingleses organizarse mejor al oeste del Canal de Suez. Ni lo dudó: el combustible se trasladaría a través de los campos de minas.

El día 26 se presentó despejado y sin tormentas de arena. Desde el último *box* y sus posiciones enterradas apenas se percibían movimientos y el silencio lo cubría todo. Rommel estaba preparado para la batalla, y en cuanto el sol se acercó al ocaso, a las ocho y media, se oyó una sola palabra de labios del *Generaloberst*: —Venecia.

De inmediato, seis divisiones mecanizadas del Eje avanzaron cubiertas por nubes de arena y entre la cortina de fuego de la artillería. Los campos de minas y las cargas de los cañones Mle de 75 milímetros impactaban sobre los blindados de vanguardia que quedaban averiados o destruidos antes de encontrarse con los nidos semienterrados.

El avance italoalemán era lento; «Los Jardines del Diablo» los mantenían a raya sin necesidad de que los batallones de defensa del *box* salieran de sus trincheras.

Sin embargo, al amanecer del día siguiente a la orden de ataque, la división Ariete abrió un pasadizo en el campo minado.

Una de las divisiones italianas del general Gambara había traspasado las líneas. «Es el mismo fascista que colaboró con Franco y nos expulsó al Mediterráneo», se escuchó en las posiciones españolas. Tal vez eso añadió más rabia a la sangre.

La sección de carros Armato M 14/41, que iba en vanguardia, arrasó las alambradas y, al no distinguir ningún nido antitanques oculto en el suelo, siguió avanzando. Habían rebasado la posición del legionario Artola, otro veterano de la guerra de España, que desconcertado, miraba la trasera de los carros sin saber qué hacer. Buscó con la vista al teniente Ardura para solicitarle órdenes. El oficial respondió en el acto, estirando el brazo derecho mientras alzaba el dedo índice; después mostró la palma izquierda extendida y los dedos separados. El legionario había comprendido: el primero y el quinto.

Con calma, salió del nido y apuntó el cañón del 47, modelo Pak 181, a la trasera de los blindados. El primer impacto, al de cabeza; el segundo, al de cola. La sección entera había encallado sin posibilidad de avance o retroceso. En medio del infierno de ruidos

de metralla y metales retorcidos, se oyó el grito de Toro Ardura: — ¡A por ellos!

De repente, como muertos que salen de sus tumbas, de todas las posiciones semienterradas aparecieron legionarios con botellas de gasolina. Saltaron sobre los carros y las arrojaron en sus torretas abiertas, o dispararon por sus aspilleras. Bajo el sonido de las piezas de artillería y las llamas de la gasolina sobre los Armato, se oían los gritos de los legionarios: — ¡Cómo en Madrid, camaradas!

— ¡No pasarán!

Lo mismo que en Noruega o en Gabón, el recital español resurgía en la defensa del último *box*, pero nunca se vio con tanta rabia e intensidad, y es que el nombre de Gastone Gambara les espoleaba.

En menos de cuarenta y cinco minutos la división Ariete había sido reducida a una fuerza insignificante de treinta y tres carros y hubo de replegarse. Esqueletos de M 14/41 quedaron diseminados sobre las posiciones de Bir-Hakeim.

Los defensores, por su parte, presentaron dos heridos y un camión destrozado. Botellas de gasolina, antitanques del 75 y del 47, más la rabia en las venas de los soldados, fueron la clave de la victoria el primer día.

Sin embargo, el resto de las divisiones del Eje seguía avanzando y arrasando todas las fortificaciones hasta dejar Bir-Hakeim aislado.

Cuando, el día 29 de mayo, el sol iluminó en su último momento la tierra desértica que separa Bir-Hakeim de la Cirenaica, el capitán Morel distinguió un movimiento extraño en las líneas alemanas. Dirigió los prismáticos de seis aumentos hacia

el lugar y visualizó un convoy que, aprovechando la oscuridad, se disponía a salir. Allí se encontraban los prisioneros de la 3.ª Brigada india del ejército inglés escoltados por una sección de infantería de la Wehrmacht. «Los llevan a la costa para embarcarlos a algún campo de concentración de Alemania», se dijo, y gritó: —Necesito voluntarios.

—La 5.ª a sus órdenes, mi capitán —se oyó veloz a tu hermano.

Aprovechando el elemento sorpresa, cien legionarios saltaron sobre los camiones de transporte. La sección alemana no dispuso de tiempo para ofrecer resistencia ante aquel golpe de mano, y el resultado no pudo ser más satisfactorio: treinta y dos prisioneros y seiscientos soldados ingleses liberados que unían sus fuerzas a la Francia Libre.

El 31 de mayo la prensa egipcia daba la noticia ante la euforia de las tropas aliadas acantonadas en El Alamein: «Españoles enganchados en las fuerzas de la Francia Libre, pertenecientes a la 3.ª compañía de la 13.ª Semibrigada de la Legión Extranjera, salidos voluntariamente de la posición de Bir-Hakeim, a las órdenes del capitán Morel, a pesar del cerco de hierro alemán, en un audaz golpe de mano, consiguen liberar del cautiverio a...».

En aquel *box* sitiado no salía nada bien, se dijo Rommel, que hubo de detener de nuevo el avance. Otra vez sus líneas de abastecimiento de combustible eran muy largas y se veía obligado a esperar. Seis días de resistencia eran demasiados. «Los ingleses han dispuesto de tiempo para organizarse», calculó. De nuevo la gasolina le llegó a través de los campos de minas. De aquellos sesenta mil mortíferos artefactos, había explotado la mitad.

El 2 de junio, séptimo día de resistencia, nada más llegar la luz

pastosa del alba Rommel lanzó el ataque. Era el más mortífero: ciento cincuenta Panzer con otros cien vehículos auxiliares se unieron a la aviación y destrozaron mil doscientas nidos trinchera.

El fuego cesó. El futuro mariscal alemán quería que los resistentes contemplaran la plantación de cadáveres cuando el viento dispersara el humo y la arena. A las diez de la mañana, un carro italiano se acercó con bandera blanca hasta el puesto de mando de Bir-Hakeim. Portaba un ultimátum de Rommel.

«Cualquier resistencia prolongada significa un derramamiento de sangre inútil (...). Cesamos el combate si alzan banderas blancas y se dirigen hacia nosotros, sin armas».

Zapico, el chófer del teniente coronel Amilakvari, jefe de la 13.^a, terminó de leer en voz alta el comunicado y preguntó a Koenig: —¿Cuál será nuestra respuesta, mi general?

—Que se vayan a la mierda —respondió y dio una calada al cigarro para añadir—: Pero se lo diremos finamente.

Aquella contestación se tradujo en una salva del 75 que destrozó tres camiones alemanes.

La artillería del Afrika Korps reaccionó con violencia y el ataque fue dirigido por el propio Rommel apoyado desde el cielo por escuadrillas de Stuka.

Aunque los campos de minas eran traspasados, la precisión, la intensidad y la violencia del fuego de los defensores inutilizaban los éxitos del Eje. Pese al hambre y la sed, los legionarios parapetados rechazaban un asalto tras otro.

Las granadas del 105 hablaban sobre Bir-Hakeim en el

momento más crucial, la batalla más dura. Rommel se disponía a redactar otro comunicado de rendición, pero antes quería que los soldados escondidos en sus agujeros sintieran el miedo.

Habían sido cuarenta y ocho horas sin tregua: cañones del 105 en rotación, los Stuka en picado. Pero en el último *box*, la 13.^a, para el Afrika Korps, seguía siendo invisible.

Un prisionero inglés portó la segunda solicitud de rendición. Era el anochecer del día 3. En esa ocasión Koenig ni se molestó en contestar. Se limitó a trasladar la orden de que había que restringir recursos ya que la defensa sería larga: —De los cinco litros de agua diarios, se pasará a uno y medio.

El 4 de junio regresó la plena humareda y la espesa nube que portaba viento, arena, humo de explosiones y olor a carne quemada. A los cañones de 105 se unieron los de 210 y la lluvia de obuses se repitió una docena de veces.

El día 5 sólo atacó la artillería que preparaba el gran asalto combinado italoalemán, tan esperado por Koenig. Pero no hubo tal; Rommel sabía que había de continuar castigando posiciones invisibles antes de introducir sus máquinas en un pedregal del que saltaban alimañas —eso pensaba de aquellos soldados— y convertían los blindados y la guerra en una barbacoa.

La RAF dio un respiro a los legionarios, pero posteriormente fue la Luftwaffe quien se unió a la artillería.

—Notable resistencia la de esta plaza aislada del mundo —exclamó Rommel, antes de anotarlo en su cuaderno de ruta.

En las posiciones semienterradas, los legionarios se daban ánimos ante la sed, el hambre y la sangre de miles de heridas.

—No es para tanto —dijo el cabo primero Millán a sus compañeros españoles.

—En el Ebro ya hubiésemos muerto todos —apoyó el legionario Iniesta—, y en esta madriguera aún seguimos vivos.

Hasta le dedicaban cánticos a un viejo conocido suyo, el general italiano Annibale Bergonzoli, jefe de la División Littorio, al que ya habían derrotado en Guadalajara en 1937.

*General de las derrotas
para tomar a Bir-Hakeim
con los bambinos que portas
no basta con pelotones;
hay que venir con pelotas...*

A las cinco de la tarde del día 9, aunque los bombardeos seguían con la misma cadencia, un comunicado de la 7.ª División Inglesa con base en El Alamein presagiaba que algo había cambiado.

«No es necesario seguir defendiendo la posición. Ya no es vital para nosotros. Pueden abandonar Bir-Hakeim».

—Pasen el aviso a todos sus oficiales y soldados de que se preparen —ordenó el general Koenig a sus coroneles—. A las cero horas del día 11 abandonamos el *box*.

Llegada esa hora, los zapadores minadores abrieron un corredor de doscientos metros de ancho. La orden era clara: abandonar el campo atrincherado aquella noche. Y a las cero horas y quince minutos del 11 de junio, el 2.º batallón de la 13.ª salió de sus posiciones y se desplegó en los flancos para proteger la evacuación.

El capitán Lamaza concentró cuarenta tanquetas Bren Carries y

dio la orden de salir con él en vanguardia. Su blindado entró en la zona minada como si pisara terreno seguro y se dirigió hacia una posición de ametralladoras alemanas. Pasó por encima de sus tiradores, sin dejar de disparar para abrir una brecha entre el resto.

Detrás iba la Carrie del teniente Davé y su conductor, el veterano miliciano español Fernández, encaró como un meteoro apuntando sus proyectiles hacia otra posición enemiga. Le contestaron, y hubo un carro ligero L6/40 destrozado. Avanzó escupiendo metralla. Un AB41/201 volaba por los aires. Aquello era un duelo a pistola en la noche iluminada por bengalas alemanas, que según descendían azulaban el cielo de Bir-Hakeim. Otro Armato descuartizado. Un Panzer disparó en la bruma, y la Bren Carrie, con el teniente Davé y con Fernández, se convirtió en chatarra que voló en mil pedazos. Los primeros muertos de la evacuación.

Los legionarios abrieron más los flancos desplegándose en abanico, lanzándose sobre nidos de ametralladoras a bayoneta calada. El cielo se mantenía añil.

—Ya son nuestros, muchachos. ¡A por ellos!

El grito del teniente Ardura, tu hermano, adquirió una reverberación sobrenatural entre el estallido de las bombas de mano, el tableteo de las ametralladoras y el silbido agudo de los obuses.

Las tanquetas Bren Carries (*chicas de servicio*, como las llamaban los republicanos, porque se usaban para todo) desfilaron por encima de pozos de tirador o cráteres abiertos por las explosiones que se llenaron de cadáveres enemigos o amigos. Los flancos se abrieron más y más para permitir una salida expeditiva.

Más bengalas. El cielo no perdía el tinte zarco.

Recordando aquella noche veinticinco años más tarde, el general Koenig me aseguró que los efectos especiales cinematográficos, a pesar de sus progresos, no alcanzaban a reflejar con exactitud la pirotecnia que se vio sobre Bir-Hakeim. Pero en ese momento, en que aquellos fuegos no eran precisamente de artificio, él se subió a su vehículo, se colocó de pie ofreciendo un blanco fácil, y, como un guerrero medieval, alzó el brazo derecho apuntando al frente para exhortar a sus capitanes: —Hacia Alejandría.

Le seguía el jefe de la 13.^a, el teniente coronel Dimitri Amilakvari, aquel príncipe de Georgia enrolado en las fuerzas de la Legión Extranjera, que imitó el gesto de Koenig.

Desde su pertrechada posición, el general Gustav Von Vaerst contemplaba por sus prismáticos la evacuación, y a Koenig y a Dimitri encima de sus vehículos. Meneó la cabeza.

—Locos —barruntó, y ordenó al tirador del Sd. Kfz 6—: Abra fuego.

El *jeep* del teniente coronel se desintegró en la bruma de Bir-Hakeim. Instantes después, el príncipe georgiano se arrastraba herido, mientras el cuerpo del conductor, el español Zapico, había quedado destrozado.

—*A moi la Légion! On avance!* —gritó el teniente coronel.

—Apóyese —ofreció tu hermano, ayudándole a caminar hasta la Carrie que se aproximaba.

—*Halt! Wer ist da? Stehen bleiben...!* —Las voces alemanas se escucharon cercanas en la niebla.

Las explosiones continuaban, cuerpos sepultados volvían a la superficie y legionarios vivos quedaban enterrados debajo: un

baile macabro entre el exterior y el interior de la tierra bajo las bengalas y el bramido de los cañones del 75.

La última bengala se extinguió; ya no eran de utilidad. La naturaleza se había aliado con las fuerzas sitiadas en Bir-Hakeim alzando una intensa niebla que cubrió el campo de batalla. No había brisa. El humo no se disipaba y se sumó a la espesura de la noche.

—¡Dispersión!

Todos los legionarios sabían lo que significaba el grito: ya no hay órdenes concretas, sólo un lugar de encuentro, un mojón de la pista británica 837 a diez kilómetros al noreste. Y mil senderos para llegar.

AL ALBA, EL BRILLO DEL SOL iluminó el cementerio del último *box*. Nadie ni nada se movió; ni el viento. Ignoraban cuántos muertos había parido la noche. Nadie sabía ya nada, excepto Rommel que, loco de ira por el tiempo perdido en el asalto a aquel inmundo pedregal, ordenó el ataque de doscientos Stuka sobre los defensores que aún quedaban en Bir-Hakeim.

Todo fue arrasado.

El batallón del Pacífico, el batallón cautivo, ofreció al Afrika Korps doscientos muertos, doscientos veinte heridos y cien prisioneros. Era el único trofeo del futuro mariscal.

Rommel preguntó por las bajas en sus filas:

—Casi tres mil —respondió Gustav Yon Vaerst.

LAS FUERZAS ALEMANAS e italianas cargaban combustible en sus

blindados para dirigirse al encuentro de los ingleses en El Alamein. Quince días de retraso, el factor sorpresa eliminado. Y todo por culpa de hombres medio locos introducidos en nichos y cubiertos con arena. Soldados que saltaban sobre los Armato y Panzer con botellas de gasolina pronunciando frases que al *Generaloberst* le resultaban ininteligibles.

Sin embargo, Rommel era un soldado y admiraba a aquellos legionarios que habían defendido del avance imparable del Afrika Korps en el pedregal de Bir-Hakeim, aquella pequeña estación de agua enclavada en un cruce de pistas en pleno desierto, a sesenta kilómetros de la costa y al borde de los inmensos arenales de Cirenaica.

El cable del Führer de aquella mañana no admitía dudas sobre el futuro de los prisioneros del batallón del Pacífico: «Fusílelos».

El *Generaloberst* lo leyó mientras paseaba por encima de cráteres con cadáveres. La orden le parecía un despropósito. «El coraje de estos hombres ha de ser premiado», pensó.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? —preguntó el general Von Vaerst.

—Que les faciliten alimentos y agua.

—No hay provisión de agua para ellos.

—Pues reduzca un litro nuestra asignación.

TRES MUJERES Y UN DESTINO

UN NUEVO COMUNICADO del general Charles de Gaulle se extendió por Francia, primero a través de las ondas de la BBC y luego de boca a oreja, en los grandes campos de internamiento para refugiados, en las Compañías de Trabajo, en el territorio ocupado, en la zona del régimen de Vichy, en las montañas donde la Resistencia había comenzado a hostigar al invasor, en...

«La batalla de Bir-Hakeim, librada por las fuerzas de la Francia Libre, comandadas por el general Pierre Koenig, ha demostrado al mundo que el ejército que en su día abrazó la Cruz de Lorena se encuentra maduro para derrotar a las divisiones alemanas e italianas... Por otra parte, las dos brigadas ligeras al mando respectivo de los generales Koenig y Mondar, han sumado sus fuerzas al VIII Ejército británico para frenar en El Alamein el avance del Afrika

Korps...».

SE ACERCABA AGOSTO y Therese de Hauteclocque, en esas fechas, solía recoger gladiolos y margaritas para ofrecérselas a la Virgen, patrona de la aldea de Warlus, de la que era devota.

Aquella mañana le acompañaban sus seis hijos y un soldado de la Wehrmacht con órdenes de impedir que saliera del pueblo.

Entró en la iglesia y, después de mojar sus dedos en la pila bautismal, se santiguó. El soldado alemán, sin desatender a sus movimientos, se situó en la puerta. A continuación, Therese y los niños llevaron las flores hasta la efigie de la Virgen y las depositaron a sus pies. La mujer oró a la Señora rogándole por la integridad de su marido y el final de la pesadilla de la guerra y la ocupación.

—Therese, la gente del pueblo ha recaudado esto para ti y tus hijos.

Había identificado, sin apartar sus ojos de la estatua, la voz de su interlocutora: la señora de Mautrant, esposa del depuesto alcalde del cantón de Mullien Drevil.

—Gracias, Marie, que Dios te lo pague.

—Guárdalo, que no te lo vea el nazi.

Therese recogió el sobre con los francos y lo introdujo en uno de los bolsos de su chaquetilla de lana. La otra mujer continuó hablando: —Todas en Warlus hemos recogido algo de nuestros huertos y se lo hemos entregado al padre Daniel. El te lo dará como un obsequio suyo, así los nazis ni te lo requisarán ni emprenderán represalias contra nosotras por ayudarlos.

Después de media hora de oraciones ante el altar, la vizcondesa de Hauteclocque abandonó el templo. En la puerta la esperaba el sacerdote con una cesta de mimbre cubierta con una tela de cuadros blancos y ocres.

—Therese, acepta este modesto presente.

El soldado se dirigió al sacerdote y destapó la cesta. Rebuscó en su interior: una lechuga, cinco huevos, quince patatas, zanahorias, dos botes de leche condensada, tres cebollas y dos coles. Cubrió de nuevo el contenido con la tela y asintió. Therese recogió el obsequio del padre Daniel e inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Mozalbete —dijo el sacerdote al más pequeño de los Hauteclocque, pellizcándole un carrillo—, dentro de cinco meses te quiero ver por aquí para la primera comunión.

—Aquí estaremos, padre —dijo Therese a modo de despedida, y se alejó con las pertenencias y sus hijos, seguida del soldado alemán por el sendero terroso que unía la aldea de Warlus al castillo de los Hauteclocque.

EN EL CAMPO DE REFUGIADOS de Argelès-sur-Mer sólo abundaban la sarna, el tifus y la disentería en los barracones de madera y lona, en las chozas de paja o las tiendas de fortuna. El régimen de Vichy había embarcado rumbo a Argelia o Túnez a los hombres, casi todos exbrigadistas internacionales o soldados españoles, para destinar sus estancias a los presos políticos que capturaban en el interior de Francia por oponerse a la colaboración con las potencias del Eje y seguir combatiendo contra los nazis. De los exiliados de España únicamente quedaban sus mujeres, que de un

momento a otro iban a seguir la ruta a África.

Aquel cielo nocturno y sin luna transformaba los alrededores del campo en un mar de tinta negra, era «el cielo de la locura», como lo llamaban entre ellas. Con el último relevo de la guardia, los dos vigías restantes se ubicarían en la torreta.

Tres horas y diez minutos: relevo completado. Las puertas del séptimo barracón se abrieron de golpe bajo el ruido de cacerolas y gritos. Los guardianes dirigieron el haz del foco hacia el tumulto. Dos mujeres rodaban por el arenal golpeándose y tirándose de los pelos, mientras se gritaban improperios.

El círculo de luz se convirtió en los límites del ring. Dos soldados marroquíes bajaron deprisa desde su posición para detener la reyerta y encerrar a las causantes.

«Perfecto», pensó Ana Tejada, que con otras cinco compañeras bordeó el barracón y se dirigió a las alambradas que separaban el campo del Mediterráneo. Hasta las aguas tranquilas del mar parecían haberse aliado con ellas y la noche.

Mientras los vigilantes intentaban separar a las causantes del tumulto, otro grupo se abalanzó sobre ellos. Se oyó un disparo.

—En dos minutos llegarán los refuerzos. Hay que darse prisa —exhortó Ana a sus acompañantes.

Las seis reptaron bajo las alambradas hacia las aguas; era la frontera menos controlada, ya que si alguien intentaba evadirse, evaluaban, lo haría tierra adentro. Algún espino se enganchaba en sus ropas, pero seguían avanzando, dejando los jirones tras de sí.

Toques de silbato y dos disparos al aire: los refuerzos habían arribado a los barracones. «Ahora les ordenarán entrar y se llevarán a las revoltosas a una celda de castigo», se dijo Ana.

Aquel disturbio había alterado la partida de naipes de los

guardias, a la que estaban deseando regresar, por lo que no efectuarían un recuento hasta el alba. Aquel dato, conocido por las evadidas, era la llave para lograr el objetivo.

Nadaron doscientos metros hasta asirse al peñón que comunicaba con las suaves colinas que bordeaban Argelès. Después se dirigieron a los montes, en los que operaba la Resistencia, para unirse a ella. Y si encontraban fuerzas del recién creado XIV Cuerpo del Ejército de Guerrilleros Españoles, mucho mejor. Así combatirían junto a compatriotas.

LAS VÍAS PÚBLICAS DE ORÁN se ofrendaban al polvo, los guijarros y el calor. Si llovía, se provocaba el desbordamiento y una masa de agua y barro recorría sus calles. Era una ciudad hermética y misteriosa incluso para sus moradores. Por eso Marta, tu madre, prefería recluirse en el barrio de Babel-Oued con el resto de la colonia española. Así podía conversar, en español o *pataonéte*, y sentirse arropada por el resto de mujeres allí refugiadas. Durante los atardeceres, el destino de familiares o el transcurrir de la guerra eran los temas principales de las charlas. Además, la mujer disfrutaba de vistas maravillosas, que en Madrid nunca poseyó, como las del mar y las montañas en la misma falda del Santa Cruz.

Cargada con un pesado cesto de mimbre repleto de patatas y huevos, encaró la pendiente de la callejuela en la que, a su salida de Carnot, le habían encontrado una minúscula vivienda. Sus pensamientos nunca parecían apartarse de sus seres queridos: su marido muerto, su hija asesinada, su hijo mayor en paradero desconocido y tú, en territorio del África Ecuatorial Francesa.

Una voz familiar la rescató del ensimismamiento.

—¿Le ayudo?

—Ah, no le había visto, teniente.

—Amado, por favor.

—¿Cómo por aquí?

—Deje que se lo lleve.

El teniente asió el canasto, liberando a tu madre de la carga.

—¿Sabe algo de mi Nico?

—Lo mismo que usted. Desde que se unió a las fuerzas De Gaulle nadie le ha vuelto a ver. Sospecho que se encontrará en el Tchad.

—Y usted, ¿cómo es que ha venido hasta Orán?

—En realidad estoy aquí para hablar con usted.

—¿Conmigo? —dijo algo desconcertada.

—Sí, pero prefería que no fuera en la calle.

Tu madre extrajo de su delantal una llave que llevaba enganchada a un fino cordel atado a la cintura y abrió la puerta. Con un gesto, indicó al teniente que pasase.

Granell depositó la cesta encima del tablero que servía de mesa en la única habitación de aquel pequeño cubil: una sala con cocina de leña, un camastro y dos armarios; las letrinas eran comunes al edificio y se encontraban en el patio. Pero tu madre no se quejaba, en realidad era una privilegiada, pues muchas de sus compatriotas disponían del mismo espacio para cinco o seis con sus respectivos niños.

—Verá, no sé si será abusar mucho de su confianza, pero...

—No se ande con rodeos.

El teniente sonrió, sacó un cigarro y lo encendió.

—Está bien. Tal vez sepa que, dentro de las propias fuerzas armadas argelinas, hay movimientos en contra del régimen de

Vichy.

—Algo he oído en boca de compatriotas que ayudan a la Resistencia —dijo Marta, tomando asiento en una banqueta—. Pero siéntese usted también.

Granell aceptó la invitación y añadió:

—El caso es que la Resistencia y cuadros de mando del ejército están preparando un levantamiento. Sólo necesitan un jefe y se alzarán en armas. Se rumorea que le han ofrecido el cargo al general Giraud.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo?

—Usted está al tanto de que dentro de la Legión de Pétain nos enrolamos muchos republicanos españoles...

—No me lo recuerde. Cada vez que pienso en Nico con el uniforme de los colaboracionistas...

—Yo también visto ese uniforme —cortó Granell—, pero ese no es el asunto.

Tu madre hizo amago de replicarle, pero el teniente alzó su palma abierta y ella calló: —El capitán Miguel Buiza... —continuó él.

—¿Miguel Buiza, el almirante de la Armada española?

—El mismo. Pues como le decía, el capitán dirige a los exiliados enrolados en la Legión. Intenta coordinarnos con las fuerzas de la Resistencia argelina y los militares franceses que quieren rebelarse contra Pétain.

—Sigo sin comprender.

—Lo que le vengo a pedir es una vivienda para nuestras reuniones. Un lugar discreto que no levante sospechas al Deuxième Bureau.

—Y ha pensado en mi casa.

Granell dio una calada y asintió.

—Sabe que puede contar con ella. Jamás podré devolverle lo que nos ha ayudado y...

Dos golpes en la puerta la interrumpieron.

—¿Espera a alguien? —preguntó el teniente.

Tu madre negó con la cabeza.

Granell extrajo la pistola de su cartuchera y, con un ademán silencioso, le señaló la puerta.

La mujer giró la chapa de latón que servía de tapa en la mirilla.

—No sé quién es —susurró ella—. Está demasiado cerca. Pero debajo de la chilaba se le ve el cuello de una camisa militar.

El teniente se situó detrás de tu madre y apoyó el dedo en el gatillo. Después, con energía, sacudió apenas el mentón.

—¿Quién vive? —preguntó ella.

—Soy un amigo de su hijo.

Aquella voz le resultó familiar. Entreabrió la puerta y, al ver el rostro de su interlocutor, exclamó: —¡Luis!

ESPERANDO A GODOT

EL VERANO DE 1942 se convirtió en una de las peores épocas de tu vida. Habías combatido en el Ebro, en Madrid; habías visto la muerte de cerca, en compañeros, en amigos, en tu propia familia; incluso el exilio, la Compañía de Trabajadores Extranjeros y el campo de internamiento habían acuchillado tu existencia; pero lo que de verdad asesinaba tu espíritu era la espera en medio de la incertidumbre rodeado de un paisaje monótono en el que un jinete era tan visible como un toro atravesado por banderillas multicolores en el centro del coso. O memorizar caminos trazados por el capricho del viento, los *gassi*, y verlos desaparecer junto al emplazamiento de las dunas bajo nuevas partículas que portaba el siroco.

En los atardeceres, cuando cesaba el brutal entrenamiento al que sometía a la tropa española el *adjudant-chef* Campos, te sentabas en la arena y dibujabas la silueta del mapa de Europa:

toda era propiedad de Hitler. Sus Panzer se encontraban a las puertas de Stalingrado y en las faldas de los Pirineos. Los territorios cuyas flores no aplastaban sus blindados en realidad eran sus socios: la Italia fascista combatía a su lado; la España de Franco, el Portugal de Salazar y la Francia de Vichy eran sus cómplices. Defendiendo la bandera de la libertad, sólo quedaba Inglaterra.

En el norte de África la situación no era muy diferente: los gobiernos de Argelia, Marruecos y Túnez eran seguidores de Vichy. El único restante en el bando aliado era Egipto. Entre los demás, Libia se hallaba repartida: Trípoli y el noreste era alemán e italiano; la Cirenaica Norte, unas veces inglesa y otras de Rommel, pero desde Bir-Hakeim era sólo alemana; la Cirenaica Sur seguía perteneciendo a beduinos, tuareg o a vosotros, si es que el desierto posee dueño; el Fezzan Norte, hacienda de Mussolini; y el terreno que lindaba con el Tchad, el Fezzan Sur, de la Francia Libre.

Aquellos meses fueron los decisivos para el desenlace de la guerra: si Stalingrado, sitiado, se desplomaba, detrás iría Inglaterra; si el Afrika Korps triunfaba en El Alamein, le seguiría Egipto y vendría hacia vuestras posiciones. «Stalingrado y El Alamein son las penúltimas trincheras frente a la barbarie», os repetíais. «Nosotros, la última».

—El *adjudant-chef* está loco, mi sargento —te quejaste a Fábregas un atardecer después de la paliza del entrenamiento diario—. No comprende que si el Afrika Korps avanza hacia nosotros es mejor que nos rindamos. ¿Cómo podremos hacerles frente sin tanques ni artillería ni aviones?

El sargento jefe sonrió, apoyó su guitarra sobre el suelo, en

vertical, como si fuera un violonchelo, y tocó un pizzicato que no identificaste.

Miró hacia el sol crepuscular y exclamó:

—Máquinas contra los hombres y la naturaleza o máquinas contra máquinas. He ahí el dilema.

—A veces no entiendo sus reflexiones. —También tú hablaste dirigiéndote al sol.

—Ay, querido Bête. ¿No comprendes que la máquina es la fuerza de Rommel, a la que los ingleses oponen más máquinas? Si se lanzase contra nosotros hemos de guerrear con el desierto como único aliado.

—Perderíamos —apostaste.

Volvió sobre las cuerdas y sus acordes sin prestarte atención. Liaste despacio un cigarrillo mientras varios soldados se os unían formando un corro alrededor de unas ramas y matojos que servirían de alimento a la hoguera.

—Toque *Ay, Carmela*, mi sargento —solicitó uno.

Comenzaba otro anochecer en el desierto. Miraste los rostros secos de los soldados, que no parecían los mismos de meses atrás. Si los grandes arenales cambiaban a lo largo del día del rojo al pardo, pasando por el pardusco, en ese mundo en el que acechaba la muerte en cada rincón, vosotros adelgazabais y os fortalecíais.

No querías escuchar ni entonar canciones alrededor de la fogata. La costumbre de embelesarte ante los jeribeques del fuego y el crepitar de las chispas no tenía más objetivo que blanquear vuestras mentes, y aquel atardecer te apetecía cavilar.

«Guerrear con el desierto como único aliado», había dicho Fábregas. «¡Qué estupidez! Los soldados, en el desierto, somos

como lágrimas bajo la lluvia, la arena nos engulle».

Alzaste la vista, por si el cielo tenía respuestas: una estrella corría como loca por el firmamento.

Los pulmones se abrían y el aire llegaba con más facilidad. La tierra se enfriaba poco a poco. El aterrador vacío de la noche se acercaba. Seguiste caminado sin perder de vista el resplandor de la lumbre.

No podías engañarte ni engañar a nadie. Si te había dolido la supuesta traición de Gitano, más te machacó el silencio de Fábregas y Campos. Desde tu regreso del hospital de campaña no habían vuelto a preguntar por él. Era como si supieran lo que en realidad había ocurrido, pero te lo ocultasen. ¿O eras tú el que se lo ocultaba?

Aquel arenal inmundo, lleno del detritus sobrante a Dios el último día de la Creación, comenzó a emitir gritos y lamentos: las piedras recalentadas habían comenzado su estallido. Debías regresar a la fortificación, pues la temperatura descendía deprisa.

Los soldados habían abandonado el corro y retirado a sus barracones. Sólo encontraste a Fábregas, la guitarra y la épica en sus cuerdas. Tuviste la impresión de que te esperaba.

—¿Qué te preocupa, Bête?

Simulaste que no le habías oído y te limitaste a sentarte a su lado, sobre una de las piedras planas que servían de asiento en las tertulias nocturnas. Él no repitió la pregunta y tarareó *Chant du Départ*

La liberté guide nos pas.

Et du Nord au Midi

la trompette guerrière.

A sonné l'heure des combats...

Al finalizar se levantó a atizar la lumbre, porque el frío había llegado junto al ulular del viento. Regresó enseguida a su piedra y comenzó a liar un cigarro, seguramente esperando que abrieras fuego con tus pensamientos.

—Todo es una mierda, mi sargento. Desde que Leclerc partió, la moral de los compañeros está por los suelos. No hay día que no enferme alguien.

—Lo que ocurre es que no escuchan al desierto. —Dio una calada y, en tono docente, continuó—: Aquí debemos enterrar nuestros sentimientos. La ira, la alegría, la vanidad, la esperanza... ¿Cómo decirte? No sirven de nada y nos apartan del objetivo. Tenemos que seguir el ejemplo de los camellos.

Señaló con el cigarro hacia el grupo de animales que reposaban con el vientre en la arena. Sólo movían las mandíbulas, sus cuerpos semejaban bloques de piedra.

—Desde la Guerra Civil eso es lo que somos: animales de carga.

—No, Bête. Hemos de aprender de ellos. Para sobrevivir no debemos pensar. Hay que gastar el mínimo de energías. Que nuestro corazón se relaje, que nuestros pulmones se serenen, que nuestros tendones se aflojen... —dio otra calada y concluyó—: Nada desmoraliza más que vagar de un sitio a otro sin rumbo.

—Eso son sólo palabras, mi sargento. —Te pusiste en pie y alzaste la voz—: Mi madre en Orán, y yo sin saber qué es de ella. Mi hermano... Ni siquiera sé si ha sobrevivido en Bir-Hakeim. Mi padre muerto o prisionero de los franquistas. Mi hermana, asesinada. Leclerc ha desaparecido sin cumplir su promesa de llevarnos a Estrasburgo. Y el *adjudant-chef* nos quiere matar antes que los nazis.

—Campos sólo quiere que estemos preparados para cuando tengamos enfrente al Afrika Korps.

—¿Preparados? —Arrojaste la colilla con violencia—. Está loco. Nos machaca. Todos los días nos entierra, dejándonos sólo la nariz al descubierto. Hasta diez horas nos tiene así, aguardando al puñetero Armato para colocar la carga en sus tripas. —Te sentaste de nuevo a su lado y, mirándole desafiante, agregaste—: Todo eso es inútil, mi sargento. Las cadenas de los Panzer van a pasar por encima de nosotros como si fuéramos mantequilla.

Sonrió, y expuso con calma:

—Muchacho, supón que estás en la hoya con tu carga anticarro esperando la llegada de un Panzer. Te han dicho que en él viaja tu querido *Obersturmführer* Törni. ¿Cuánto tiempo resistirías enterrado?

—Toda una vida, mi sargento —respondiste con los ojos encharcados.

Era un maldito cabrón. Sabía lanzaros puñaladas para desangraros por entero y, así, el día que entrarais en combate, por vuestras venas ya sólo circulara pólvora incandescente.

—Entonces no hay nada que discutir: Campos sabe lo que se hace.

—Llevarnos al límite —barruntaste.

—Otra vez te equivocas, Bête. Hasta ahí llegamos todos en la guerra. Lo que quiere Campos es atravesarlo. Y que no nos venzan por el camino.

Y canturreó una estrofa que nunca habías escuchado:

Cuando mordían un suspiro
el paladar les sabía
a limonares cautivos.

Hijos de España...

Si alguien os hubiese visto desde los cielos sentados alrededor de la hoguera, aislados en medio de la gran mancha negra de las noches del desierto, seguro que hubiese evocado de inmediato a aquellos dos vagabundos, Vladimir y Estragon, de Samuel Beckett, esperando inútilmente la llegada del tal Godot. Aunque este para vosotros se llamara Leclerc.

—¿A qué se dedicaba el *adjudant-chef* antes de la guerra?

*... españoles del olvido.
Por ellos, en el sur de Europa,
crecen llantos, mueren lirios.*

Posó la guitarra con mimo en la arena y respondió: —A la música.

LAS FUERZAS DEL VIII EJÉRCITO BRITÁNICO habían rechazado el avance del Afrika Korps en El Alamein. Además de su capacidad de combate, habían tenido de su parte a la naturaleza: la gran depresión de Qattara había impedido la maniobra envolvente, la favorita de Rommel, y la batalla se libró en los sesenta kilómetros desde la costa a la linde con aquel inmenso salar. «Tal vez Fábregas no se equivocaba al asegurar que el desierto era nuestro aliado», te dijiste al conocer la noticia.

Sabíais que aquello sólo representaba el primer asalto y que los Panzer volverían contra las posiciones defendidas por ingleses, neozelandeses, polacos, canadienses, sudafricanos, australianos, indios y vuestros paisanos enrolados bajo la bandera de la Francia Libre. La batalla final se encontraba aún lejana. Por eso las tropas

aliadas desembarcaban incesantemente material y hombres en las costas egipcias, principalmente por el puerto de Alejandría. Las informaciones hablaban de un número de efectivos cercano al cuarto de millón.

«Si ellos no derrotan a Rommel, nosotros no somos nada», os repetíais. Aseguraban que Churchill no sólo había enviado tropa de refresco, sino incluso a un nuevo comandante en jefe, un tal Montgomery.

Tanto si derrotaban al Afrika Korps como si eran diezmados, una cuestión estaba clara: faltaba poco tiempo para que entraraís en combate.

Desde aquel instante dejaste de quejarte de los agonizantes entrenamientos de Campos. En rigor, tus lamentos ya habían cesado desde la larga charla en la que todos tus demonios afloraron para no regresar jamás, la que habías mantenido con Fábregas alrededor de la hoguera bajo una luna en cuarto menguante.

Durante un entrenamiento, esperabas dentro de la hoya la llegada del carro de combate y, para que las horas transcurrieran sin concederte el don de la locura, tu pensamiento regresó a aquella noche y al resto de la conversación.

—¿MÚSICO? —RESPONDISTE estupefacto ante la revelación de Fábregas.

—¿Qué te extraña, Bête?

—Era músico —balbuceaste y sonreíste, para añadir—: ¿Y pretende enseñarnos el arte de la guerra?

—No te equivoques. Los músicos tenemos una cualidad de la

que el resto de los soldados carece.

—¿Usted también, mi sargento? —Volviste a sonreír.

—Yo no *era* músico, Bête. Yo siempre lo he sido. Y el arte de la guerra también tiene su melodía y ritmo particular.

—Dígame cuál es esa cualidad especial —desafiaste.

—El oído —sentenció, y, cuando tu sonrisa se tornó carcajada, añadió—: Nos permite distinguir, entre todos los proyectiles y obuses, los que van dirigidos hacia nosotros.

—Me está tomando el pelo, mi sargento. Usted me ha visto cabizbajo y se ha dicho: «Voy a subirle la moral al cabo». Si le sirve de algo: lo ha conseguido.

Se limitó a posar la guitarra sobre sus muslos y a afinar las cuerdas, soslayando tu presencia. Por eso volviste a la carga: —¿Cómo se conocieron Campos y usted?

—En un concierto de Louis Armstrong, en París, durante su gira europea, a comienzos de los treinta.

—En aquella época serían ustedes muy jóvenes.

—De tu edad, más o menos. Pero ya teníamos muy claro que lo nuestro era el jazz. La «música degenerada», como la llaman los nazis.

Comenzó a liar un cigarro.

—¿Qué instrumentos tocaban?

—Campos, la trompeta; y yo, el contrabajo —dijo, y deslizó la lengua por el papel para continuar—: Lo mío era el ritmo; lo suyo, la melodía.

Encendió el cigarro y expulsó el humo. Al ver la expresión de sus ojos perdidos en un punto del pasado, supusiste que no mentía. Tras otra calada, continuó: —París, Barcelona, sus bulevares, las flores en las calles, las noches en blanco, el vaso de

güisqui en la barra, los ojos y la sonrisa de las damas, la superposición de ritmos, la bohemia... —Cerró los ojos—. Y la improvisación en nuestras vidas. —Dio otra calada; su mente había abandonado el desierto cuando masculló—: Hasta que estalló la puta guerra y nos impuso su son sangriento.

En ese instante había dejado de ser un trovador andante que se sentaba alrededor de la hoguera en pleno campo de batalla para trenzar bellas historias o llevaros de regreso a la patria de la mano de sus canciones. La nostalgia le había vencido.

—Ha incumplido su regla, mi sargento en jefe. —Sonreíste—. Ha olvidado ser camello.

—Tienes razón. —Su mirada se clavó un segundo en el fuego y luego siguió el rumbo de alguna chispa para citar—: *Tout sentiment est la perception confuse de une verité.*

—¿Qué dice, mi sargento?

—No lo digo yo, lo dijo Leibniz.

—¿Leibniz? No lo conozco. ¿En qué compañía está?

Sonrió.

—Supongo que en la de Dios —dijo.

—¿Lo mataron los nazis?

—No, pero si hubiese vivido en esta época, seguro que lo hubiesen fusilado.

La temperatura había descendido mucho y brasas tardías se despedían de vosotros: era hora de abandonar la charla. Pero siguió entonando aquellas estrofas, nuevas para ti:

¿Habéis visto alguna vez
enterradas las guitarras
y los gritos?

Los matojos surgían en la negrura como espectros. Las gotas

de agua que todavía mantenían, junto a las depositadas en las piedras, se convertirían en escarcha al llegar el alba.

¿Las navajas ateridas?

¿Yerto el valor bajo el frío?

—Gitano era un traidor —cortaste su cántico.

—¿Por qué dices eso?

Sacaste del bolsillo de tu camisa el papel con los signos en Código Morse. Lo desdoblaste y se lo mostraste.

—Encontré este borrador entre sus cosas.

Lo ojeó sin prestarle mucha atención y añadió: —¿Por qué sabes que lo envió él y no que descifró el mensaje de otro?

«¡Maldita sea!», te dijiste. Fábregas tenía razón: habías juzgado demasiado pronto a tu amigo.

—No lo sé, mi sargento. Pero también está la ficha de identificación que consiguió del *Obersturmführer*, el dinero que siempre manejaba, el...

—¿Y eso te hace creer que es un traidor?

—Sí.

—Muy rápido desconfías de Gitano... ¿No has pensado que puede ser un agente doble?

LAS CADENAS DEL ARMATO acercándose a la hoya hicieron que olvidaras aquel diálogo. El morro del carro de combate traspasó la perpendicular de tus ojos. Un par de metros y te ofrecería el interior de su panza. Pegaste la carga. Diez segundos y el tanque sería historia.

«¿Qué ocurría?», te preguntaste. El carro se había detenido: o

se había averiado o su tripulación quería comprobar algo. «Si esto pasa en combate, soy hombre muerto», te dijiste. De repente, algo amarró tus tobillos y tiró violentamente de ti hacia el exterior.

Había sido Campos que, de pie junto a tu cuerpo boca arriba en el suelo, te recriminó: —Cabo, yo no voy a vivir eternamente para salvarle el pellejo. Ha de aprender a improvisar. —Se inclinó, arrimó su rostro al tuyo y silabeó a gritos—: IM-PRO-VI-SE o será hombre muerto antes de entrar en combate.

Tu mancillado amor propio no tuvo tiempo de elaborar un argumento que justificase el odio naciente hacia el *adjutant-chef*, pues el entrenamiento se vio interrumpido por la bulla proveniente de los barracones galos.

—*Adjutant-chef!*, —gritó un oficial francés que corría hasta nuestra posición—, ha llegado este parte de guerra de Egipto. El coronel Ingold ha ordenado que lo dé a conocer a los soldados españoles.

Campos leyó la hoja para sus adentros y dirigiéndose a Fábregas le ordenó: —Que formen los nuestros.

La voz de mando del sargento jefe se oyó en los puestos ocupados por los españoles. Una tropa de barbudos con la cabeza afeitada, con jirones por uniformes e indisciplina en los ojos, se fue sumando a nuestro alrededor; salían de hoyas, de trincheras, de los cobertizos, incluso de las letrinas. Aquel escaso centenar de hombres esperaba las palabras del *adjutant-chef*.

—Compañeros —gritó Campos—, lo que temíamos ha ocurrido: la batalla de El Alamein se ha reanudado. El nuevo comandante en jefe del VIII Ejército británico, el teniente general Montgomery, ha emitido su primer parte de guerra. Por su

extensión no lo reproduciré al completo, pero les indicaré los dos puntos principales. El primero, ordena que la palabra *box*, como posición defensiva, sea borrada de nuestra jerga. A partir de ahora todas son posiciones de ataque. —Murmullos y miradas de asombro entre vosotros—. La segunda tiene que ver con su nota final. La leo textual: *Y, ante el fascismo, que nadie se rinda.*

—Eso significa...

Fábregas no te dejó terminar:

—Que vayas preparando el Mosin y visualices a Rommel en el punto de mira. De un momento a otro vamos en su búsqueda.

CONSPIRACIÓN EN ORAN

AUNQUE EL OTOÑO HABÍA LLEGADO, la vida en Orán continuaba su parsimonioso transcurrir como si el tiempo no importase. Cuando la canícula aminoraba, la gente seguía sacando la silla a la calle, pegándola a la fachada de sus viviendas y pasando horas entre charlas en torno a un vaso de té o simplemente de agua.

Aquel día había amanecido despejado y aún se distinguían las islas Habibas al oeste de la ciudad. Las chozas de adobe resquebrajado por la miseria y las callejuelas desamparadas de la barriada de Badel Oued sólo vieron pasar, al atardecer, una carreta cargada de troncos. El sonido de los cascos del caballo disimuló el corretear de las lagartijas entre la hierba seca para ocultarse.

Una figura gallarda, envuelta en una túnica blanca y calzada con babuchas ocre, ocultaba su rostro bajo un turbante de color azul que sólo dejaba ver unos ojos claros, desconocidos para esa

tierra que pocos vecinos de Alsacia visitaban. Se encontraba en la esquina del entronque de las calles de acceso al barrio de refugiados españoles en la ciudad; cuando comprobó que nadie circulaba bajo el bochorno, y el brillo del sol que enceguecía en poniente se convirtió en su aliado, reanudó su caminar.

Al llegar a un inmueble con el portón entreabierto, consultó las anotaciones que le habían entregado. Todas indicaban que aquel era el lugar de cita. Después de confirmar la ausencia de ojos indiscretos en la callejuela, empujó las maderas y accedió. Se adentró por el corredor y ascendió hasta la planta superior. Golpeó dos veces la única puerta.

—¿Quién vive? —se oyó desde el interior de la vivienda.

—Abraham.

—¿De dónde vienes, hermano?

—De las montañas de Hualla.

Granell dejó pasar al desconocido y lo condujo hasta la sala en la que un tablero instalado sobre dos caballetes exhibía, desplegados, un gran plano del Magreb y otro más pequeño de la ciudad de Orán.

Antes de quitarse el turbante, el recién llegado escrutó a los cuatro ocupantes de la habitación, operación que no pasó inadvertida para tu madre: el maduro y robusto era conocido y de confianza —se trataba del capitán Buiza, antiguo almirante de la Armada española—; sospechó que otro, trabado y con cara de pocos amigos, era el sargento Federico Moreno, ayudante del anterior; la mujer que servía el té debía de ser la señora Marta, anfitriona de la reunión y de la que ya le había hablado el teniente Granell. Había, además, un joven al que no reconoció.

El teniente pareció adivinar las dudas del nuevo.

—Es Luis. Vive con la señora Marta —explicó.

—Si no tiene nada que aportar a la reunión —la voz sonó poderosa tras la tela—, que baje a la calle y nos avise si hay movimientos extraños.

—Le acompañaré yo, que voy armado —ofreció Moreno.

Sólo cuando Gitano y el sargento abandonaron la vivienda, el hombre de la túnica blanca desveló su identidad. Era la segunda vez en su vida que Marta veía aquel rostro; la primera había sido en Madrid hacía casi cinco años, cuando desfilaba al frente de la XIV Brigada Internacional, La Marsellesa, rumbo a la defensa de Bilbao. Las arrugas profundas en su tez morena unidas a su pose marcial, le conferían un aura de autoridad. Su periplo vital era suficiente para que cualquiera sintiese confianza a su lado: veterano de la I Guerra Mundial, jefe de La Marsellesa en la Guerra Civil española, actual comandante de la Legión Extranjera y uno de los militares franceses afectos a la Francia Libre que nunca ocultó su verdadero nombre bajo seudónimo, Joseph Puzt.

—Señores —dijo, al ver los planos extendidos—, veo que han hecho los deberes.

—Está todo dispuesto. Sólo resta que nos pongas al corriente —acotó el capitán Buiza.

—Como sabéis —expresó, y se deshizo de la túnica dejando ver su uniforme—, la segunda batalla de El Alamein, que se inició hace un mes, lleva visos de ser una victoria aliada. Así lo ha manifestado Montgomery a quien le ha querido escuchar. Si esto se materializa, Rommel ha de retirarse a posiciones más cercanas a Italia para recibir refuerzos con rapidez. —Señaló un punto en el plano—. A Túnez.

—Ha de recorrer todo el norte de Libia y será muy vulnerable

—apostilló Buiza.

—Conociendo el proceder de Rommel, asumirá ese riesgo —continuó Puzt—. Lo que nos reúne aquí es que Stalin ha pedido a los norteamericanos que abran otro frente para disminuir la presión que recibe en Stalingrado. Debido a ello, tropas estadounidenses al mando del general Eisenhower se están concentrando en Gibraltar. Su misión es desembarcar en Argelia cuando las condiciones políticas y militares sean las adecuadas.

—¿A qué condiciones se refiere, mi comandante? —preguntó Granell.

—Que la resistencia argelina se encuentre preparada para rebelarse contra el régimen de Vichy y que el general Henri Giraud asuma sin ambages el mando del ejército.

—¿Cuántos hombres tiene Eisenhower? —quiso saber Buiza.

—Ha concentrado ochenta mil.

—Son insuficiente, Joseph, y tú lo sabes. Si la Resistencia no consigue su objetivo y el ejército no acepta a Giraud, se van a encontrar una oposición de sesenta mil soldados argelinos más una Armada francesa muy equipada en las costas.

—Lo saben; por eso es vital la rebelión interna en el seno del ejército.

—¿Cuál es nuestra misión? —preguntó ansioso el capitán.

—Los tres mil soldados españoles enrolados en las diferentes unidades han de estar de nuestra parte.

—Sin problemas —aseguró Buiza—. Si es preciso crearemos compañías de combate españolas.

—Luego están los de las Compañías de Trabajo...

—Aceptarán el ingreso en las tropas regulares, si fuera necesario.

—De acuerdo, Buiza, veo que lo tiene todo estudiado —dijo Puzt, y su mirada se dirigió hacia el teniente—. Ahora su misión, Granell.

—Estoy impaciente.

—Si se produjese el desembarco norteamericano, los principales puntos serían Safí, Casablanca, Argel y Orán. —Señaló las ciudades en el mapa a medida que las nombraba—. De momento la plaza más peligrosa es Orán, ya que su gobernador no ha mostrado ningún atisbo de enfrentarse a la metrópolis. Si la situación se mantuviera, hay que evitar que los norteamericanos cometan el error de desembarcar en el puerto y avanzar por zonas plagadas de búnkeres. Lo que se pretende, y ahí entra usted, es que rodeen la ciudad.

—Entiendo. Que los norteamericanos ocupen Orán, y las posiciones defensivas de costa ni se percaten de su presencia.

—Así es. Desembarcarán aquí —afirmó, indicando un punto, y trazó una semicircunferencia hasta otro de Orán—. Usted y sus hombres les guiarán hacia el interior, si fuera necesario.

—Sólo nos faltaría conocer el día y la hora —intervino Buiza.

—Si por fin Montgomery derrota a Rommel, calculen que el desembarco será a continuación.

—Puzt, ¿qué opina De Gaulle de todo esto?

—Lo apoya, pero le disgusta que sea el general Giraud quien se ponga al frente del ejército en el norte de África. Ya sabes que ambos han mantenido posiciones enfrentadas desde el principio. Giraud le acusa de subordinarse a los designios de Inglaterra, y De Gaulle, por su parte, de apoyar a Pétain.

—Ya, pero los norteamericanos mandan —concluyó Buiza.

Los tres hombres continuaron marcando cruces y flechas en

los mapas y realizando una hipotética distribución de efectivos y rutas que las tropas seguirían.

Tu madre retiró las tazas vacías de té y colocó un plato con dátiles. Sabía que ponía en peligro su integridad por prestarse a alojar en su casa a los cabecillas españoles que apoyaban la posible revuelta argelina, pero ella siempre se había sentido un combatiente. Y más cuando los suyos habían muerto a manos del fascismo o seguían peleando contra él.

El comandante Joseph Puzt comenzó a enrollarse la larga chalina alrededor de su cabeza. La reunión había finalizado.

—Muchas gracias por todo —dijo Puzt a tu madre.

—Soy yo y el pueblo español quienes tenemos que agradecerse. Nunca podremos pagarle el apoyo que nos prestó...

—Una última cosa —cortó el comandante, quizá para disimular su turbación ante aquellas palabras—: ¿Quién es el muchacho que vive con usted?

—Es amigo de mi hijo y...

—Desertó de la Legión de Pétain y creo que también de las fuerzas de la Francia Libre —añadió Granell.

—Buf —exclamó el comandante—. Hasta nueva orden, manténgalo alejado de esta vivienda.

MAQUIS

ANA TEJADA Y SUS CINCO COMPAÑERAS evadidas del campo de refugiados de Argelès-sur-Mer encontraron acomodo inmediato en viviendas de familias españolas. Los departamentos de Aude y Ariège eran los más poblados por el exilio, ya que las minas, los grupos carboníferos, las presas en construcción, las fábricas o los saltos de agua del valle se habían convertido en grandes demandantes de mano de obra. Ellas habían logrado trabajo en Limoux, la ciudad dividida por el río Aude, en una fábrica de envasado del *blanquette*.

Cada mañana, en la fila a las puertas de la factoría, las noticias les alcanzaban entre susurros: «Ayer, los guerrilleros volaron la línea férrea desde...». «Me han dicho que el polvorín del pantano de Bran fue asaltado...». «Mataron al jefe de la Milicia de Pétain en...». «Un local, cedido por el gobierno de Vichy a Falange, ha sido ametrallado en...».

En el almacén, donde Ana amontonaba cajas, se podía caminar con menos censura. No sólo porque todas eran conocidas y al capataz únicamente le interesaba que las botellas no se rompieran, sino también por interés de los datos recientes facilitados sin querer por los camioneros.

—Espero que esta vez no te asalten —dijo el capataz, tendiendo un papel al conductor. Este lo firmó y, con el pie en el estribo del camión, le respondió: —No lo creo. La Gendarmería y la Milicia se han desplegado por las carreteras para evitar sabotajes.

—Pero he oído que la guerrilla se ha extendido hasta Gard...

—Sí. Su objetivo fueron las minas de Grand-Combe. Robaron camiones llenos de dinamita y *plastic*. —El conductor ascendió al vehículo, se sentó y cerró la puerta. Con la ventanilla bajada, añadió—: Los gendarmes andan locos por los pueblos buscando el explosivo. El gobierno hasta ha ofrecido una recompensa al que facilite pistas sobre el jefe de la guerrilla en Gard, un teniente coronel llamado Cristino.

En ese instante, Ana prestó atención a la conversación.

—¿Español? —preguntó el capataz, colocándose el bolígrafo encima de la oreja.

—Sí. De esos rojos que pasaron la frontera.

Se despidieron y el vehículo se alejó.

Ana había creído oír el nombre de quien mencionaron como líder de los guerrilleros en el departamento vecino, pero quiso cerciorarse. Por eso, cuando transportaba con su veterana compañera una caja de doce botellas de vino, le preguntó: —Concha, ¿dijeron que ese español que buscan los gendarmes se llama Cristino?

—Sí. Aunque entre los nuestros se le conoce como «el asturiano».

«No puedes ser tú.», se repetía Ana. Concha, al ver su mirada perdida por el verde y ocre de los montes, la interrogó: —¿Le conoces?

—Es posible. ¿No sabrás cómo se apellida?

—No sé si Gracia o García —respondió dubitativa, pero, ante la sonrisa que cruzó el rostro de la joven, añadió firme—: ¡Ay!, Anita, tú lo conoces.

—Creo que es Cristino García Granda, pero no lo sé. Desde el 37, le perdí la pista.

—¿Pariente?

—No. Fue mi primer novio.

Concha se acercó, le colocó la mano en el hombro y dirigió también su mirada a la nieve perenne de las cumbres. Al instante, le recomendó: —Fugada del campo de Argelès y conociendo el rostro del jefe de los guerrilleros en Gard, te has convertido en una pieza muy codiciada para los fascistas de Vichy y de la Gestapo. Yo te aconsejaría que huyeras a las montañas y buscaras a tu antiguo novio.

AQUELLA MAÑANA DEL 24 DE OCTUBRE DE 1942, los rayos del sol se resistieron a iluminar la llanura de Languedoc y reflejarse en las mansas aguas del Ródano. Era como si las montañas de los alrededores se hubiesen erguido misteriosamente para protegerse del estruendo nocturno de decenas de explosiones a lo largo de la vía férrea, que surcaba el departamento francés de Gard, y sobre los puentes que comunicaban las orillas del Vis, del Hèrault, del

Cèze, del Ardèche, del Vidourle, del Gardon y hasta las del Ródano. El puerto de Camargue se encontraba bloqueado por tierra e inutilizado para abastecer a la Milicia de Pétain desde Italia. La luna llena seguía siendo testigo de la mayor ofensiva de la 158.^a División de guerrilleros españoles en aquel territorio, que hasta hizo temblar la dulce y dócil superficie del lago Étang du Roi.

Las partidas guerrilleras, antes de que el sol inundase los páramos y las laderas, se replegaron hasta un refugio en una perdida colina cercana a la cúspide del Mont Aigoual, donde la agreste orografía y su desconocida ubicación les protegía de cualquier ataque del ejército de Vichy o de las batidas de los gendarmes. Cada jefe de partida dio novedades al jefe de la división, el teniente coronel Cristino, sobre el resultado de los sabotajes.

—A falta de que llegue Vitini con los suyos —exponía Cristino a sus jefes guerrilleros—, podemos concluir que el ataque ha sido un éxito: ninguna baja y todos los objetivos alcanzados. —Dirigió la mirada hacia uno de sus hombres y le preguntó—: ¿Cuántas armas se han conseguido?

—Vamos a ver —dijo el otro, abriendo una libreta llena de palotes—. Ametralladoras Hotchkiss... una, dos, tres... siete en total. Fusiles MKI, tres. Máuser... uno, dos..., seis, siete..., doce y trece. —Pasó la hoja y después de unos segundos añadió—: Veintitrés fusiles Lebel-Berthier... y diez subfusiles Sten.

—Suficiente para armar a los recién llegados —concluyó el teniente coronel.

—Pero insuficiente para crear un ejército —se lamentó el otro.

—No sé las veces que he de repetirlo —dijo airado Cristino—: Ni somos ni queremos formar un ejército. Somos guerrilleros,

cojones.

—Sin embargo, los gaullistas de la Resistencia proponen crear un gran Maquis, con socialistas y comunistas...

—En Vercors, lo sé. Es un error. Y así lo dije el mes pasado en Col de Py ante el pleno guerrillero. Un Maquis de dos mil o tres mil hombres necesita campamentos, infraestructuras... Y lo peor: un lugar de ubicación. Qué objetivo estupendo seríamos para la Wehrmacht y la Luftwaffe —se burló Cristino y, después de encender un cigarro, continuó—: El guerrillero es nómada y ha de ser una sombra.

—Ya, «gotas de mercurio» —dijo el otro con una sonrisa.

—Y tanto... Cuando nos pisan, nos desperdigamos para volvernos a juntar. Así nunca seremos destruidos.

Los demás jefes de partida, más interesados en otear las laderas con los prismáticos, no participaban en la conversación. Esperaban la llegada de los últimos: el destacamento de Vitini.

—Están tardando demasiado —se lamentó uno, mientras desviaba los binoculares más hacia el sur.

La preocupación de los jefes guerrilleros por José Vitini no era compartida por el teniente coronel. Cristino conocía muy bien a su amigo y sospechaba que el retraso se encontraba en el análisis detallado de otras zonas susceptibles de próximos sabotajes, por eso proseguía con calma en el debate: —... Tenemos desplegados mil doscientos guerrilleros en los cinco departamentos de Languedoc-Rosellón con dos brigadas sólidas en Aude y Ariège más nosotros en Gard. El siguiente paso es extendernos hacia el Mediodía...

—¿Está consensuado con los demás grupos de la Resistencia?
—preguntó el otro jefe guerrillero a Cristino.

—No necesitamos su permiso —cortó Cristino—. Quien tiene que pactarlo es el CMZS.

Cristino se refería al recién creado Comité Militar de la Zona Sur que coordinaba a los guerrilleros de la organización Franco-Tiradores y Partisanos en el Mediodía.

El alba se había presentado: el sol inundó las laderas y las tiñó de un fango amarillento que contrastaba con el azul del río y las escombreras de carbón.

Aquello preocupó al teniente coronel; la alborada se había expandido con toda su intensidad y el destacamento de Vitini seguía en paradero desconocido.

Era el momento de ordenar el repliegue: la difusión de las *gotas de mercurio*. Cada uno regresaría a su vida cotidiana y al trabajo en las minas, en los viñedos, en las fábricas, con la boca cerrada, ocultando las armas y esperando las nuevas órdenes a ejecutar el 22 de noviembre. Le dolía pronunciar aquellas palabras sin Vitini, pero era imprescindible: —¡Hasta la próxima luna llena!

Un jefe guerrillero, con el fusil al hombro, detuvo su descenso por la ladera, se le quedó mirando y le preguntó: —Cris, ¿no vienes?

—Esperaré a Vitini.

—¿Y si no aparece?

No obtuvo respuesta. En realidad no la había. Si su amigo había caído, lo habría hecho como un héroe, pero la guerra continuaba. Él no hubiese querido ni una lágrima. Ni una flor.

Casi las doce del mediodía. «Es demasiado tarde», se dijo. Pero aún le concedió el tiempo que tarda un cigarro en extinguirse.

De repente, de entre las jaras, los brezos y las retamas una figura se abrió camino. La boina negra, el chaleco del mismo color

y el pantalón marrón de pana: no había duda, eran las señas de identidad de su compañero.

—Creíamos que ya no habría nadie esperándonos.

—¡Joder!, Vitini, hasta yo pensé que os había pasado algo. ¿Dónde está el resto?

—Ahí viene.

—¿Qué ocurrió? —preguntó impaciente Cristino, ofreciéndole un cigarrillo. El otro lo aceptó, después de encenderlo se sentó en la hierba y le dijo: —Al llegar a Limoux y enlazar con la Brigada de Aude, nos informan de que la Milicia fascista había detenido a una española fugada del campo de Argelès. Al parecer la tenían prisionera en los calabozos de la Gendarmería esperando el traslado hasta Lyon. Klaus Barbie quería interrogarla en persona. Por eso nos retrasamos. Tuvimos que liberarla y...

—Eso no tiene sentido —interrumpió extrañado Cristino—. ¿Para qué querría interrogar la Gestapo a una simple fugada?

—Porque te conocía.

La mirada de Cristino se dirigió hacia el grueso de guerrilleros que ascendía escoltando a una mujer. Entrecerró los ojos para enfocarla mejor y quedó paralizado. Sólo pudo exclamar: —¡Ana!

LA ESPERA SE ACORTA

NOVIEMBRE HABÍA LLEGADO a vuestras posiciones con la noticia de que Montgomery había resquebrajado la línea de ataque del Afrika Korps, consiguiendo la apertura de dos corredores. Si eso se confirmaba, la retirada o derrota de Rommel en El Alamein era un hecho.

Desconocías cómo luchaban las fuerzas nazis y fascistas en el desierto y hasta dónde era verdadero el mito del *Zorro del Desierto*. Pero la capacidad de combate adquirida por la Fuerza L, conseguida en los meses precedentes, os hacía sospechar de vuestra imbatibilidad. No sólo por el resultado de los extenuantes entrenamientos, sino por la rabia en las filas españolas al conocer que el general Gastone Gambará, el aliado de Franco en la toma de Alicante, se encontraba codo a codo con las fuerzas del Eje en el norte de África.

Las interminables horas enterrados en las hoyas esperando a

los blindados se habían convertido en algo habitual y ya no suponían una tortura para ninguno de los soldados, pero en las últimas semanas se había avanzado un paso más en el abordaje a los carros de combate: salíais de las fosas saltando sobre los monstruos metálicos como alimañas y, taponando los puntos de mira, arrojabais botellas de gasolina en las torretas o inutilizabais sus cadenas para inmovilizarlos. Al escaso centenar de republicanos españoles se sumaba la instrucción especial que Campos añadía: «Au couteau et à la grenade». Así denominaban los franceses aquella insólita forma de entrenamiento del *adjudant-chef* cuando os veían asaltar las trincheras con el puñal en la boca precedidos del estallido de granadas.

Aquel nuevo tipo de adiestramiento con el cuchillo te resultaba desconcertante, cuando una bala a un kilómetro podía inutilizar al enemigo. Pero ya no maldecías los entrenamientos del *adjudant-chef*, tal vez estaba en lo cierto y en el cuerpo a cuerpo con los nazis la hoja de acero os vendría mejor que el plomo y la pólvora.

Cada día le dabas más la razón a Fábregas sobre que si os fusionabais con la naturaleza, con el desierto, podríais derrotar a las máquinas. Y es que no sólo habíais conseguido una camaradería y exultante decisión entre todos que os permitía adivinar vuestro siguiente movimiento como si fuerais un solo hombre, sino que también se unía la potencia que os había transmitido el desierto.

Habíais desterrado cualquier atisbo de odio hacia los grandes arenales y la añoranza por las tierras pobladas.

Raramente aparecieron momentos de locura o de nostalgia entre los soldados. Grandes vasos de espeso y viscoso té

sustituyeron al alcohol. Surgieron rasgos nuevos en vuestras personalidades, como si el desierto os comunicara una impresión de esplendor y grandiosidad, y el valor real de cada uno sólo radicaba en vosotros mismos, en la propia vida y en el cumplimiento del deber. Comenzasteis a amar el desierto con un espíritu original, fuerte e individualista. Las largas jornadas sobre la arena y las piedras transcurrían sin ser derrotados por el cansancio.

—El *adjudant-chef* ha conseguido convertirnos en tuaregs — comentaste al sargento jefe una de aquellas frías noches de invierno alrededor de la fogata.

—En guerreros guanches.

—Usted siempre corrigiéndome.

—No es eso, Bête, es que Campos no puede transmitirnos lo que desconoce: el espíritu *imohag*. Pero sí la sangre de los *menceyes* guanches que circula por sus venas.

—¿*Menceyes*?

—Caudillos —respondió, y, ajustando las cuerdas de la guitarra, añadió—: Recuerda que Campos es canario y, sin que se lo proponga, sabe trasladarnos la capacidad guanche para desterrar el miedo...

El miedo: el único enemigo verdadero que podía llevaros a la desesperación o a la locura y de ahí a la estupidez y a la muerte. Siempre recordaste aquellas charlas alrededor de la fogata, en las que lo divino y lo humano circulaban por vuestras bocas y mentes, envueltas en las canciones de Fábregas, que alineaban vuestro espíritu y os hacían olvidar aquel horno desolador en el que hervía la sangre y cuyo frío os la helaba por la noche. Sin quererlo, os convertisteis en hijos del viento, en parte del paisaje, como las

piedras o las palmeras, y aprendisteis a vivir en los grandes espacios sin límites en los que no existen los héroes de carne, pero sí los hombres que se mueven como fantasmas e imitan al demonio Saitan, que tanto amedrentaba a los bereberes al saltar sobre el enemigo.

En ocasiones salías a la tierra vacía a cazar. «La supervivencia en el desierto casi siempre depende de nuestra puntería», dijo en cierta ocasión el sargento jefe. Pudiste comprobarlo: unos cartuchos en el bolsillo y un rifle de precisión alargan la vida de un ser humano perdido en los *erg*.

Los días posteriores confirmaron la derrota del Afrika Korps por parte del VIII Ejército británico y sus aliados. Se decía que Rommel se replegaba hacia Túnez incendiando depósitos de gasolina que le habían suministrado desde Berlín demasiado tarde, para que los Aliados no los aprovecharan. La loca retirada no pararía hasta las posiciones del país vecino, donde los aprovisionamientos desde Italia podían desembarcar con mayor facilidad.

Así, llegó el ocho de noviembre con su alba pastosa. Recordarás que apenas el toque de corneta os sacó del camastro, miraste el cielo y contaste las estrellas; era la mejor forma de deducir qué lapso quedaba antes de que el sol invadiera las sombras. «Una noche sin luna», pensaste. Hasta el ulular del viento aminoró ante los miles de granos en suspensión. Pero aquel amanecer os traía buenas noticias. Incluso los camaleones ocultos tras las piedras oyeron esas palabras: —Los norteamericanos han desembarcado en Marruecos y en Argelia.

La entrada en combate contra los nazis, el avance hacia el norte de África, el posible asalto a Europa, la llegada a

Estrasburgo... y también Törni. Todo se acercaba.
Sólo os quedaba Leclerc.

LA OPERACIÓN TORCH

AQUEL NOVIEMBRE DE 1942, la luna nueva hizo su aparición en la recién inaugurada noche del ocho: el momento ideal para el desembarco angloamericano en el norte de África. Todo había sido calculado al milímetro por el general Eisenhower en la base de Gibraltar: el desembarco de los seiscientos buques de guerra, que contaban con la complicidad de altos mandos del régimen de Vichy en Argelia y se desplegarían en tres puntos. Si todo iba según lo previsto, los soldados franceses se sumarían a los Aliados para emprender la ruta contra Rommel y los italianos formando una pinza en Túnez. Pero si algo salía mal, la Francia de Pétain podría abandonar su estatus de independencia y sumarse a las fuerzas del Eje.

El general Patton entró en las aguas de Marruecos al alba del ocho de noviembre con su crucero pesado *USS Augustal*. La Fuerza del Oeste a su mando tomó Safí, Casablanca y Puerto Lyautey. El

excéntrico general del revólver de las cachas de nácar — madreperla, como solía precisar él— no encontró oposición. Hasta la población civil salió a las calles de Casablanca para vitorearle.

Un minuto más tarde que Patton, el vicealmirante Burrough dividió la Fuerza del Este en dos incursiones por los flancos de Argel para rodear la ciudad y sólo en ese momento la asaltó de frente por el puerto. La Resistencia argelina se unió y tomaron por las armas los principales edificios del poder político y militar, utilizando la noche para neutralizar la artillería costera y arrestar a los líderes vichystas que se resistieron. Pero no encontraron al general Henri Giraud dirigiendo la revuelta para ocupar el poder en Argelia, cuando les había asegurado que acudiría en un submarino norteamericano.

Los comunicados de radio al puesto de mando en Gibraltar hacían presagiar que toda la Operación Torch se desarrollaba sin incidentes y como se había pactado entre el Servicio de Inteligencia inglés, la Resistencia argelina y altos mandos opositores al régimen de Vichy. Pero quedaba Orán. El general británico Troubridge, al mando de la Fuerza Centro, aún no había emitido comunicado sobre el asalto a la ciudad.

AL AMANECER DE AQUEL ESPERADO ocho de noviembre, las maniobras del desembarco en Orán eran observadas con prismáticos desde la cumbre del monte Santa Cruz por el teniente Amado Granell. Llevaba allí toda la noche, cubierto con una chilaba sin que nadie le molestase. Pero los primeros rayos de sol trajeron decenas de ancianos y mujeres que se atropellaban hasta la capilla del montículo, elevada sobre el acantilado como una

bella cautiva encerrada en su torre a la espera de su príncipe.

Por las playas del golfo Arzew, el teniente adivinó el desembarco de las tropas, casi cuarenta kilómetros al este de la ciudad. Al oeste, media hora más tarde, las playas de Les Andalouses y Marsa Bon Zedjhan dejaban ver los buques de guerra, los acorazados y a los soldados tomando sus arenas.

—Todo va según lo previsto —dijo Granell sin apartar los ojos de los binoculares.

—¿Quieres más té? —preguntó Marta, tu madre, sentada a su lado.

—¿Todavía queda?

—Sí, prepararé bastante. No sé por qué tuve la impresión de que la espera sería larga.

—Gracias por acompañarme, Marta.

—No debes dárme las. Yo soy la que te está agradecida. Además, estabas en lo cierto: al subir los dos al cerro no hemos levantado sospechas.

Granell se impacientó; las tropas que habían desembarcado eran insuficientes para ocupar Orán. Debía de haber más en algún lugar, pero no se veía ningún movimiento. Encendió un Gitanes sin prestar atención a la taza de té que Marta le extendía.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella extrañada.

—No lo sé, deberían saltar paracaidistas por el sur y no se ve ni un triste avión.

—Allí han lanzado una bengala —advirtió Marta.

El teniente dirigió sus prismáticos al lugar señalado y exclamó: —¡Oh, no! ¡Qué desastre!

Más bengalas iluminaron el acceso a la dársena del puerto, potentes focos barrieron las aguas de su frente. Un batallón

norteamericano había quedado al descubierto y trece baterías atacaron desde la costa. Los soldados cayeron sin disparar un solo tiro. Tres destructores y dos submarinos franceses se dirigieron veloces al encuentro de los buques británicos y norteamericanos. Abrieron fuego. El desembarco había de ser abortado.

—¡Maldita sea! —exclamó Granell, impotente—. Alguien no entendió nuestro comunicado.

Se distinguía fuego en la cubierta de las embarcaciones aliadas. Los cuatro destructores habían recibido cargas, si no emprendían la huida pronto naufragarían con todos los soldados en su interior.

—Mira, Amado. En el cielo.

Granell dirigió los prismáticos hacia el sur: eran los paracaidistas del coronel Waters.

—Algo los ha retrasado. No van a llegar a tiempo. No van a llegar.

El teniente se puso en pie, girando deprisa su cabeza a uno y otro lado, desde el puerto a la zona de aterrizaje de los paracaidistas. Un destructor aliado comenzó a hundirse; las barcas de salvamentos cubrían las aguas, pero eran ametralladas desde las baterías de costa.

—Marta, vete a casa. He de ir en busca del coronel Waters e indicarle la ruta más rápida hacia el interior de Orán. Deben tomar el cuartel general de Boissau para que cese esta carnicería.

—Ten cuidado.

Marta quedó en el alto del Santa Cruz contemplando la carrera del teniente en dirección a los paracaidistas ingleses. Una vez más, se le llenaron los ojos de lágrimas. Al emprender el descenso hacia su casa, murmuró: —Parece que estamos malditos. Nada nos sale

bien.

CORP FRANC D'AFRIQUE

ARGEL, 12 DE NOVIEMBRE DE 1942. Las fuerzas vichystas habían capitulado en Orán. El almirante Darlan, hombre de Pétain en África y dictador de Argelia, fue capturado por la Resistencia y encerrado en Argel.

El general Eisenhower abandonó su puesto de mando en Gibraltar y se dirigió a la capital argelina para cumplir con el urgente mandato del presidente de los Estados Unidos.

La mañana del día 13, Eisenhower se encontraba en el pasillo de acceso al enorme despacho del depuesto mandatario de Argelia. Junto a él, su amigo el general George Smith Patton fumaba un habano cuyo apestoso olor se le antojó ocasionado por la escasa calidad del tabaco. «Conociendo a George, se lo robaría a un moro», pensó.

—Ike, ¿con quién tienes la reunión? —preguntó Patton, dando una calada al puro.

—Con dos generales franceses: Charles De Gaulle y Henri Giraud...

Al oír el nombre de ese nuevo general, Patton recordó las notas de prensa que anunciaron su evasión de una prisión nazi. Aquello le aportaba credibilidad ante los Aliados, pero su anterior colaboración con Pétain le restaba prestigio ante la Francia Libre.

—Tengo órdenes de Roosevelt de ponerlos de acuerdo para que dirijan políticamente Argelia y Marruecos —prosiguió Eisenhower, apartando el humo con una mano.

—¿Cuál de ellos es la apuesta del Presidente?

Eisenhower se acercó y le susurró al oído:

—Giraud.

—No me jodas —dijo, mordiendo el puro—. Si ese tipo tiene la sensibilidad de una señorita. El memo, enfadado, se quedó dentro del submarino porque el Alto Mando te había dado a ti la dirección de la Operación Torch. Hasta la Resistencia se cansó de esperarle en Argel y asaltó el cuartel de Darían sin su dirección cuando se había comprometido a ponerse al frente. Parece que trabaja para el enemigo.

—Ya lo sé. Pero a Roosevelt no le gusta De Gaulle, lo ve muy cercano a Churchill, y para nuestros intereses en África resulta mejor Giraud. Es más dócil.

—Putá política —exclamó Patton antes de dar otra calada—. A mí me das carros y cien mil soldados y me paseo por Europa sin que me importe lo que digan esos politicastos de mierda.

—No es tan fácil. Hay que evaluar otros aspectos...

—Bobadas. Esta guerra la ganaremos los de Caballería y no en los despachos, y tú lo sabes.

—Tal vez, pero las órdenes del Presidente se cumplen sin

rechistar. No se van a cambiar por lo que tú opines.

Patton pensó que era mejor torcer el rumbo de la conversación: su amigo Ike había hecho valer el poder de sus cinco estrellas.

—¿Te han contado lo del coronel Waters al pisar el suelo de Orán?

Eisenhower negó con la cabeza y consultó el reloj. Aún quedaban diez minutos para la presencia de los franceses; podía malgastarlos en las peroratas de aquel bruto.

—¿Qué le ocurrió?

—Verás. Estaba reagrupando su regimiento de paracaidistas, cuando llega un tipo corriendo y se dirige él. Los soldados de Waters le apuntan con sus armas, ya que ignoran quién es. El recién llegado se quita la chilaba para mostrar que no va armado. El capullo era occidental. —Da otra calada y añade—: Era blanco, Ike. Se acerca al coronel y le informa en un francés extraño de lo que está ocurriendo en Orán. Le dice que le siga, que él conoce una ruta segura para llegar al cuartel de mando de Boissau. Es el día de hoy que Waters no sabe ni por qué le creyó. El caso es que le siguen y les lleva por callejuelas hasta la mismísima puerta del cuartel general. Arrestan a Boissau y a su Estado Mayor sin derramar una gota de sangre. Oran ya era nuestra. Waters se dirige al desconocido para agradecérselo, y este le dice: «No me dé las gracias, mi coronel. Simplemente cumplo con mi deber. Soy Amado Granell, mayor de brigada motorizada del Ejército de la II República española».

Eisenhower consultó de nuevo el reloj y ahogó a medias un bostezo, pero Patton, entusiasmado, continuó: —¿Lo ves? Un republicano y de Caballería, como yo. Somos los mejores.

—No se confunda, general —le interrumpió una voz a su espalda.

Patton giró el rostro y contempló a De Gaulle acompañado de otro general de mostacho enroscado en sus puntas. Ante el gesto de desconcierto del norteamericano, el francés añadió: —Ser republicano en España no significa lo mismo que en Estados Unidos.

Eisenhower conocía muy bien a Patton, por lo que, antes de que iniciase un enfrentamiento verbal, se adelantó: —Bienvenidos, señores. —Les tendió la mano y les indicó—: Pasen a la sala. —Cuando los franceses se adentraron, se dirigió a su amigo —: No tardaré mucho. Espérame y nos vamos a inspeccionar nuestras unidades.

George Patton asintió antes de dar otra calada y Eisenhower siguió a los generales franceses hasta la enorme sala de reuniones. Veinte sillones rodeaban una mesa ovalada: los tres que ocuparon distaban cinco puestos entre sí.

Media hora después, el enfrentamiento entre De Gaulle y Henri Giraud era más que evidente: —Cuando yo era general de ejércitos —argumentaba Giraud—, él era un simple general de brigada. No pienso negociar con él.

Eisenhower tragó saliva y con sosiego expresó:

—Creo, general Giraud, que los acontecimientos actuales deben enseñarnos a dejar atrás el pasado y centrarnos en vencer a Hitler.

—Estoy de acuerdo —asintió De Gaulle—. ¿Cuál es la posición del gobierno de los Estados Unidos?

—El presidente Roosevelt me ha encomendado que usted... —dijo, y miró hacia De Gaulle para proseguir—: Siga capitaneando

las fuerzas de la Francia Libre y que Giraud asuma el mando de Argelia y Marruecos.

—No creo que Churchill lo vea con buenos ojos —añadió De Gaulle, haciendo valer a su aliado.

—Es una situación provisional hasta que Roosevelt y Churchill se reúnan con ustedes en Casablanca dentro de unas semanas.

La discusión se prolongó una hora más. Patton, en el pasillo, escuchó más de un golpe sobre la mesa. Pero al final los dos mandos franceses aceptaron la propuesta norteamericana, que sería revisada en la próxima reunión.

Casi a la puerta, antes de despedirse, De Gaulle se volvió hacia Giraud: —El ejército francés en Argelia y Marruecos se ha caracterizado por ser fiel a Pétain, como usted. Incluso han colaborado con los nazis. ¿Cómo piensa motivarlos para que luchen contra Rommel? —preguntó en tono irónico.

—Crearé un nuevo ejército: «El Cuerpo Franco de África».

—¿Con qué oficiales y suboficiales? —inquirió De Gaulle con una sonrisa.

—Si es necesario, los enrolaré del exilio español —cortó airado el interrogatorio y Giraud abandonó la estancia.

Patton, con un puro a estrenar, y Eisenhower, apoyado en la pared con los brazos cruzados, contemplaron la estampida de los dos franceses.

—¿Qué ha pasado, Ike?

—Se odian. Pero por lo menos he conseguido una tregua hasta que se reúnan con Churchill y Roosevelt.

Patton encendió el habano y sentenció:

—De Gaulle se va a merendar vivo a Giraud.

—¿Por qué dices eso?

—De Gaulle tiene a Leclerc con sus negros del Tchad y a Koenig con los rojos de la Legión Extranjera. Luego está ese, el masón que le organiza el juego en el interior de Francia.

—Jean Moulin.

—Como se llame, me da igual. ¿No lo ves? Son un equipo que vive, come, pelea y caga unido. ¿Qué es Giraud? —preguntó, y sin esperar la respuesta, agregó—: Una individualidad aislada, pura mierda. —Nos tiene a nosotros. Al gobierno de los Estados Unidos.

—Ja, ja. A eso me refiero. —Mordió el puro y sentenció—: Nuestra fidelidad hacia él y cien centavos, igual a un dólar.

CASI UN CENTENAR DE OFICIALES y suboficiales del ejército de la II República española charlaban en una sala. Entre ellos había media docena de griegos y polacos y dos oficiales alemanes que habían desertado de las filas de la Wehrmacht en cuanto Hitler declaró la guerra al mundo. Los habían reunido, supuestamente, para explicarles las tareas en su voluntaria incorporación al recién creado Cuerpo Franco de África.

Alejado de todos, en la puerta, el comandante Joseph Puzt fumaba con tranquilidad un Gauloises, esperando la llegada del oficial norteamericano que les iba a dirigir unas palabras. Un tal comandante Lytton García, le habían dicho. Al parecer, había sido elegido porque aún conservaba no sólo la sangre mexicana, sino también la lengua de sus ancestros; sus destinos en Quebec le habían proporcionado, además, un francés fluido.

Puzt consultó el reloj: las ocho menos un minuto. Si era cierta la puntualidad militar de la que hacían alarde los yanquis, el comandante haría su aparición por el largo pasillo de un momento

a otro. No se equivocó. Allí estaba, portando un maletín. Era grueso y alto, pero sus ojos quedaban a la altura de la nuez del comandante francés.

—¿Comandante Lytton?

—Sí —contestó el norteamericano, llevando la punta de sus dedos a la gorra—. Supongo que usted es el comandante Joseph Puzt.

—Así es.

El yanqui lanzó una mirada al interior de la sala y añadió:

—Veo que tengo bastantes alumnos.

—¿Alumnos? —preguntó extrañado Puzt.

—Vamos allá —dijo el otro, y entró.

—Señores —gritó el Joseph Puzt—, ante ustedes el comandante Lytton García del ejército norteamericano.

Se hizo el silencio. Cada uno se dirigió a su silla por orden jerárquico y permaneció de pie junto a ella. En primera fila, el capitán Buiza, acompañado por los tenientes Granell y Bamba y los *souslieutenants* Elías y Montoya. Detrás de ellos, varias decenas de sargentos jefes, sargentos y cabos.

El comandante, por un pasillo central, se encaminó hacia una tarima. Sobre ella, una mesa y una enorme pizarra. Joseph Puzt permaneció al fondo, apartado del resto, al lado de la puerta.

Lytton se ubicó detrás de la mesa, apoyando su equipaje sobre ella.

—Siéntense —ordenó.

Los militares fueron ocupando sus asientos. El comandante abrió su maletín y extrajo una especie de microscopio. «Es un goniómetro de mortero ligero», susurró un sargento a otro. Ante la expectación general, el oficial yanqui rompió el mutismo: —

Señores, como saben, van a formar parte de los cuadros de mando del recién creado Cuerpo Franco de África —dijo, descendió de la tarima con el goniómetro en la mano y comenzó a caminar por el pasillo—. Soy el oficial en jefe encargado de su formación. No disponemos de mucho tiempo, por lo que espero su máxima atención a mis clases...

«¿Clases?». «¿Formación?». Entre los mandos españoles, las palabras parecían escritas en cada mirada. Se suponía que se encontraban allí para recibir órdenes y la asignación de unidades militares. Todo ello muy alejado de una supuesta *formación*.

—Esta primera clase versará sobre el goniómetro. Se trata de un aparato que...

Las expresiones de desconcierto dieron paso a las sonrisas y al encogimiento de hombros. Algunos se reclinaron en su silla y estiraron las piernas al frente. Otros se cruzaron de brazos. La mayoría intentó, a duras penas, que no se le escapase una carcajada. Sólo el capitán Buiza sacó una pluma y comenzó a escribir unas anotaciones rápidas en su cuaderno.

Al cabo de diez minutos de explicaciones sobre el funcionamiento y la utilidad militar del medidor de ángulos, el comandante se percató de que, salvo el capitán, el resto estaba distraído o cerraba los ojos intentando echar una cabezada.

—Señores —gritó—, esto es impropio de futuros oficiales del ejército aliado. Deberían imitar a su capitán, que valora la información que está recibiendo...

Al oír su nombre, Buiza alzó su mirada de los papeles y la dirigió hacia sus compañeros. Se encogió de hombros, ante la sonrisa del resto.

—A ver, capitán. Lea a sus hombres las notas que ha tomado.

Miguel Buiza se puso en pie con el cuaderno en la mano, pero no habló.

—Comience a leer —le urgió Lytton.

El capitán carraspeó y, abriendo el cuaderno, leyó:

—«A mi querida esposa: espero que te encuentres bien al recibir esta...».

Las carcajadas resonaron en la sala.

—Esto es inaudito —gritó encolerizado Lytton—. Tendré que dar parte a...

—Comandante, por favor —exclamó desde el fondo de la sala Joseph Puzt—. ¿Podemos hablar un momento? —Y, tras acercarse a la puerta del aula, la abrió.

Lytton García atravesó la salida a grandes zancadas, acompañado de su homónimo. En el pasillo, aún con la puerta cerrada, se oían las risas del interior.

—Usted lo ha visto. Esto es una falta de respeto absoluto hacia un superior jerárquico y...

—Tranquilícese, Lytton. Creo que aquí ha habido una equivocación...

—¿Equivocación? ¿A qué se refiere?

—Esos soldados de ahí dentro no necesitan que se le explique el funcionamiento de ningún goniómetro, ellos ya lo conocen de sobra. Lo que quieren son unidades militares para entrenarlas y lanzarlas contra el Afrika Korps.

—Pero antes han de estar formados...

—Lo están de sobra. Todos somos veteranos de la Guerra Civil española. Unos, como militares profesionales; otros, como milicianos; y algunos, como brigadistas internacionales.

—No lo sabía —respondió desconcertado Lytton.

—Mire, el capitán Buiza fue almirante de la Armada española...

—¿Almirante? —Y se sonrojó. Luego bajó el goniómetro y lo escondió a su espalda.

—El teniente Granell, mayor de una brigada motorizada. El teniente Bamba...

—No siga, Puzt —cortó el norteamericano—. Comprendo que he metido la pata por falta de información, pero esto se arregla ahora mismo.

Abrió la puerta. Los rostros de los mandos militares se volvieron hacia él.

—Señores —les dijo—, mañana se les asignarán sus unidades y destinos para enfrentarse al Afrika Korps. Ahora me van a permitir que les invite a todos a un excelente güisqui que tengo en mi taquilla.

CONTRA ROMMEL

SONÓ EL TOQUE DE DIANA españolizado de *Tuguta* y todos los soldados saltaron de sus camastros, menos tú. En realidad no habías dormido en toda la noche; unos extraños ruidos te habían desvelado. Las colillas llenaban la lata de conservas, pues los cigarros habían acompañado constantemente tu vigilia. Habías escuchado al viento silbar entre las torres de vigilancia y las tiendas fabricadas con piel de camello; los bereberes que las habían levantado, sentados ahora entorno a un pozo, parecían conformar una estampa bíblica. Era como si el ulular del viento te susurrara en el oído la única misión de tu vida. Por eso no apartaste, en cada minuto nocturno, la vista de la ficha de Törni.

Miraste el calendario: 16 de diciembre de 1942. No dabas crédito a tu cálculo: desde el asesinato de Lucía y tu ingreso en las filas de la Francia Libre habían transcurrido veinte meses. Ocho de ellos sin Leclerc. Y habías entrado en combate nada más que en

dos ocasiones, en la toma de Koufra y en el asalto al fuerte Al Qatrum. El resto se había limitado a instrucción y más instrucción bajo las órdenes genéricas del coronel Ingold y las particulares de Campos.

En ese lapso no sólo había cambiado el escenario geoestratégico del norte de África, sino también vuestro temperamento. De dominar todo el Magreb, el Afrika Korps se hallaba reducido a sus trincheras en Túnez recibiendo sin cesar refuerzos vía Italia. El ataque contra los nazis se ejecutaba de forma contundente; no se les podía permitir que reforzasen sus líneas y contraatacaran. Los ingleses por el este y los norteamericanos por el oeste formaban una pinza indestructible. Quedaba darle la puntilla por el sur.

Si ese era el nuevo teatro de la guerra, vosotros también os habíais transformado. En la Fuerza L no había categorías sociales ni ambiciones personales ni os medíais por el dinero. Erais un contingente militar multirracial en el que se os evaluaba por vuestra contribución al conjunto. Habíais adquirido los elementos básicos para la supervivencia en aquella mancha blanca en los mapas: la tensa calma, la sangre fría, el dominio interior y la insensibilidad al calor. Vuestro aspecto exterior también reflejaba vuestra adaptación al lugar: piel apergaminada, dientes blancos, rostros secos, músculos y venas prominentes. Si a ello le uníamos vuestras pobladas barbas bajo cabezas rapadas —algunas con costras— en realidad os asemejabais más a cadáveres que a seres vivos.

Formabais, antes de dirigiros a los barracones en los que se os serviría la leche de cabra o camella con un mendrugo de pan, tostado en un hueco de la arena rodeada de brasas, y té viscoso

en abundancia. A veces había un poco de ron para los europeos, pero jamás vino. Entonces comprendiste la causa de aquel ruido que te había impedido conciliar el sueño: nuevos soldados llegados de Camerún traían cañones del 75, con una fuerte dotación de morteros.

Al finalizar el desayuno, no os dejaron dirigiros como siempre a vuestros cobertizos a recoger los rifles y correajes para la instrucción diaria. Debíais formar de nuevo.

—Mi sargento, ¿qué ocurre?

—Tranquilo, Bête. Me parece que los dioses del desierto han escuchado tus súplicas.

En ese instante no advertiste a qué se refería Fábregas, pero al cabo de unos minutos todo se reveló: Leclerc había regresado.

—Soldados de la Francia Libre... —exclamó, subido en una tarima, y comenzó a explicaros la situación de la guerra en el norte de África. Seguía llevando el uniforme de las fuerzas coloniales, aquellas deshilachadas ropas con las que había partido nueve meses atrás.

Después de un rato, os trasladó la orden del alto mando aliado:

—... avanzar a toda prisa hacia Túnez. La Fuerza L es la elegida para cortar el paso al Afrika Korps por el sur. —Se escucharon murmullos entre la tropa, y, como si adivinase el motivo de vuestra inquietud, Leclerc os leyó el telegrama que De Gaulle le había enviado el 3 de diciembre—: «Respondo al gobierno británico que su operación será ejecutada bajo mando exclusivamente francés, partiendo de territorio francés y con fuerzas francesas».

Ahí fue cuando comprendiste la razón del carisma de Philippe

Leclerc entre la tropa: a los soldados os gusta ver a vuestros generales en el frente.

Aquel mismo día, el general dividió la Fuerza L en seis unidades tácticas motorizadas que serían la punta de lanza de la expedición. El grueso, el Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad, se prepararía y avanzaría detrás consolidando las posiciones conquistadas por cada una de los grupos tácticos. A ti se te ordenó dismantelar la escuadra de tiradores de élite y asignar uno por unidad. Obedeciste, pero te aseguraste de quedar con la que iba a acoger al resto de republicanos españoles.

A la primera unidad, al mando del teniente coronel Dio, aquel brusco bretón de Vannes que ni la metralla había derrotado en Koufra, Leclerc la equipó con cincuenta y cinco vehículos, cañones de 113, ametralladoras antiaéreas y un destino: El Vigh-el-Kebir.

La segunda estaba compuesta por el Grupo Nómada de Tibesti a las órdenes del capitán Sarrazac, a quien se le encomendó reconquistar Al Qatrum y Tedjeré.

Al Grupo Geoffroy, bajo la responsabilidad del teniente coronel Delange, se le confió la tarea más difícil: el asalto a Oum-el-Araneb, la fortaleza de los temibles *askaris*. Tal vez alguien sospechó que aquellos mercenarios libios a las órdenes del fascismo serían vuestro mejor bautismo de fuego, porque se os incluyó en esta tercera unidad.

Los soldados de Dio partieron a primera hora de la noche hacia la fortificación de El Vigh-el-Kebir. Os dijeron que por el camino se les habían unido una patrulla británica y tres aviones Lyssander, ineficaces frente a un posible ataque de cualquier escuadrilla de Stuka, pero tranquilizadoras para los soldados. Al parecer, el fuerte apenas ofreció resistencia ante los primeros obuses de los

115. La bandera blanca se izó a las pocas horas del cerco. Sabían que no podían resistir sin apoyo aéreo y prefirieron la rendición. No hubo prisioneros; simplemente los desarmaron y los dejaron a su suerte en el desierto. La orden era continuar el avance sin cargas humanas.

Vuestro objetivo era Oum-el-Araneb. Sabíais que no iba a resultaros tan fácil conseguir su capitulación como en El-Vigh-el-Kebir. Un campo de minas lo protegía, además de la defensa de los feroces *askaris* que se movían en su hábitat: el desierto. Pero no les temíais; sabías que es propiedad del desierto todo lo que él quiere, y si amaba y era amado por los *askaris*, vosotros también erais hijos del viento.

—«Un viento sur que lleva... —recitaba Fábregas, recordándoos a Lorea— colmillos, girasoles, alfabetos... y una pila de Volta con avispas ahogadas».

La marcha se hacía de noche y a temperatura glacial para evitar la localización enemiga. Avanzabais sin cesar por los corredores de las dunas, los *fedjs*, y ascendíais los *oghourds*, aquellos macizos poderosos y picudos, con la intención de sorprender a los italianos.

Si de día se detectaba el vuelo de algún avión italiano, abandonabais el eje de las pistas y os camuflabais entre las dunas, inmóviles. Dos veces ametrallaron y bombardearon vuestro convoy, pero las antiaéreas colocadas encima de los camiones provocaron su retirada.

Os aseguraron que los ingleses habían relegado la brújula imantada como elemento guía, pues la gran cantidad de minerales en aquel terreno la volvía prácticamente inútil, y la habían sustituido por el compás solar. Pero para vosotros, al moveros de

noche, era aún más ineficaz. Sólo las estrellas y la dirección del viento os servían en aquella gran mancha de tinta negra.

Celebrasteis la Navidad y el Año Nuevo de 1943 avanzando hacia la fortificación. El amanecer del día 2 de enero llegó precedido por el viento y su ulular se convirtió en un manto ácido una hora antes de que el primer rayo de luz hiciera su aparición más allá del palmeral que rodeaba las murallas de Oum-el-Araneb.

Cuando estaban a punto de dar la orden de ir tomando posiciones, miraste el firmamento para contar las estrellas que os quedaban hasta que el sol lo borrara todo. El cielo siempre te transmitió paz, tal como vuestras hogueras nocturnas te aclaraban los recuerdos.

—Que nadie se meta en el palmeral hasta que sea rastreado.

La orden corrió entre susurros. Los *askaris* podían estar camuflados entre las palmeras, por lo que fuisteis rodeando la fortificación. De repente el camión de cabeza fue ametrallado y sobre él explotó una granada. Desconcierto: nadie sabía de dónde provenía el fuego.

—Allí —gritó el *adjutant-chef*, señalando el suelo.

Aquello resultaba increíble. Las posiciones de los centinelas *askaris* no estaban ubicadas en torretas de vigilancia: se habían enterrado, como vosotros lo hacíais para colocar las cargas en los blindados, y saltaron en cuanto os aproximasteis.

Toda la potencia de fuego de la unidad se dirigió hacia el lugar indicado por Campos. Seis centinelas fueron abatidos; por vuestra parte, cinco soldados habían recibido la metralla, y, de ellos, tres resultaron muertos. Pero lo peor fue que el factor sorpresa había sido eliminado y una escuadrilla de aviones italianos apareció en el horizonte.

—¡Al palmeral!

La orden de Delange se cumplió sin dilación. Los aviones os sobrevolaron sin localizaros, pero os dejaron una extraña sensación: como si no fuerais vosotros el objetivo, como si en realidad hubiesen pasado rumbo a otro destino. Vuestra sospecha se confirmó cuando no regresaron.

Mediante gestos, los jefes de pelotón ordenaron que cada escuadra revisase cúpula a cúpula cada palmera, así como la cara oculta de sus troncos. Ibas a emprender la revisión de las asignadas a tu equipo, cuando Campos te llamó: —Bête, usted venga conmigo.

Te llevó hasta el linde con el arenal. Se tumbó, enfocando hacia el frente de la fortificación unos prismáticos de seis aumentos. Hizo un ademán para que te tumbases a su lado y dirigieses el Mosin en la misma dirección.

—Las piedras, cabo.

No entendiste qué quiso señalar con esas palabras, pero aún así apuntaste la boca del fusil hacia una roca del tamaño de una cabeza que parecía plantada de forma artificial en medio de la arena. Había otra a unos diez metros. Y otra... «Demasiado regulares», te dijiste. Nada más salir el sol, en unos minutos, todas darían sombra a... Habías comprendido. Cada piedra protegía la cabeza de un centinela enterrado e impedía que la luz del alba acuchillase sus retinas, lo único que quedaría sin tapar.

Sospechabas —ya que se habían camuflado tan bien que se podía mear a tres metros de ellos sin percatarse de su presencia— que el cuerpo de los *askaris* estaría dirigido hacia el norte, desde el que eran esperables los ataques. Apuntaste a unos quince centímetros de la primera piedra en dirección contraria a la

fachada del fuerte. Si no te equivocabas, la bala iría directa al pecho.

—Procure no fallar —recomendó Campos.

Seis piedras. La primera, a doscientos metros; la última, a cuatrocientos. «¡Maldita sea!», te exasperaste: los disparos de vuestra gente a la cúpula de las palmeras impedían que te concentrases. De repente el tronar de las piezas propias y el reventar de los proyectiles contrarios casi te ensordeció. No serías capaz de centrarte en el objetivo.

—Recuerde lo que le he enseñado estos meses y abstráigase del mundo.

Las palabras de Campos te fusionaron de nuevo con la tierra vacía. El vigor del desierto llegó a ti y comenzaste a moverte como un camaleón buscando el mejor lugar desde el que efectuar los disparos. Ya no escuchabas el estruendo de los obuses, sólo tus latidos. Fijaste el punto de impacto.

Expulsaste el aire.

Tus latidos.

Todo regresó.

Toc, disparo, toc, disparo, toc...

—Perfecto, cabo.

Sólo cuando oíste esas palabras volviste a mirar a cada uno de los seis puntos a los que habías disparado. En cinco comenzó a manar sangre. Desde el sexto agujero se irguió un soldado que sangraba a la altura de una costilla. La bala había acertado en su pecho, pero no era mortal. Se arrastraba apretándose la herida con la mano. Campos impidió que siguiese sufriendo con una ráfaga de ametralladora.

—Quédese aquí y busque más piedras, cabo.

Las piezas de vuestra artillería machacaban el interior del fuerte, desde donde respondían con fuego de mortero. Apenas lograban acertar un disparo, pues las palmeras formaban una barrera infranqueable a los ojos humanos.

El sitio se prolongó. La luna y el sol se sucedieron varias veces sin que amainasen los ataques. Lo más peligro eran las noches; había que incrementar la vigilancia, por las salidas inopinadas de escuadras o parejas de *askaris* que efectuaban eficaces golpes de mano en vuestra posición.

Sorprendentemente, al cuarto día de asedio, la bandera blanca se izó en Oum-el-Araneb. «¿Qué habrá pasado?», te preguntaste. Estabas convencido de que el cerco habría fracasado si la aviación hubiese llegado en su apoyo.

El capitán Lamberto Gerani entregó la posición, y con ella dos centenares de prisioneros, cañones del 77, morteros pesados del 81 y ligeros de 45, una docena de ametralladoras, municiones y víveres para varios meses.

—Si cada fuerte que conquistemos se encuentra tan bien equipado, llegaremos a Túnez mejor armados y alimentados que cuando salimos y todo gracias a los fascistas —bromeó Fábregas con su Gitanes en la boca y su subfusil en bandolera.

Una sección de *askaris* emprendió la huida por la parte trasera del fuerte. Se os ordenó no disparar contra ellos.

Al día siguiente os enterasteis de la razón por la que Gerani se había rendido. Al parecer, se encontró un documento emitido por el alto mando alemán el mes anterior. En él se aseguraba que un ataque francés sobre el fuerte era imposible, ya que si no se los tragaba el desierto, lo harían los Stuka. Nada de eso había ocurrido y se sintieron traicionados.

—A Rommel lo deben tener muy ocupado en el norte para que no haya podido enviar a la Luftwaffe —se comentaba entre los soldados.

Conquistado Oum-el-Araneb, el teniente coronel dejó una compañía combinada de soldados senegaleses y cameruneses para asegurarlo y los demás emprendisteis camino para uniros al resto de la Fuerza L.

Tres días después, las fortalezas de Murzuk, Homm, Brack y Sebba cayeron en vuestras manos. El sur de Libia, el Fezzan, pertenecía a la Francia Libre y lo habíais conquistado en veinticuatro días.

A continuación, Leclerc nombró administrador de la zona a vuestro teniente coronel, Delange, asegurándose así la posibilidad de continuar el combate con sus soldados en la ruta hacia Túnez.

—Si avanzamos muy deprisa corremos el riesgo de ir de cabeza al matadero y si nos retrasamos llegaremos después de la batalla, lo cual resultaría ridículo. Tengámoslo muy en cuenta, señores.

Así habló Leclerc a sus jefes y oficiales el primer día que salisteis rumbo al norte. Luego gritó a los soldados: —Cumplamos el juramento de Koufra.

La Fuerza L se puso en marcha. El general iba en cabeza de pie en su *jeep*, directo al combate. «Así ha de ser, os dijisteis. El jefe y el soldado, en el desierto, han de tener una relación directa».

—Ahí va el *Patrón* —dijo Campos al ver a Leclerc emprender camino en su vehículo.

Fue la primera vez que le llamaba «Patrón», pero desde ese momento, en las filas españolas no se usó otro nombre para el general.

Detrás de él, los obreros de una particular empresa dedicada a

reconquistar la libertad.

Rommel y el Afrika Korps sólo se encontraban a doscientos kilómetros e ibais a su encuentro.

LAS PISTAS DE TRIPOLITANIA vieron pasar a la aguerrida y motivada «Columna Leclerc». Fábregas estaba en lo cierto al asegurar que el general aspiraba a que vuestra estancia en la Faya, los meses anteriores, se pareciera lo más posible a un campamento de verano. «Camaradería. Camaradería incuestionable», era la norma básica de comportamiento. Vuestro avance incluso iba acompañado de cánticos, sin importaros si corríais o no a la muerte.

Nadie ocupaba aquel territorio. Ni tuaregs ni caravanas de beduinos os encontrasteis; sólo arenales, calor infernal o el viento gélido nocturno. Pero no hubo gestos ni palabras de queja: caminabais decididos, y a través de vuestras heridas rezumaba el orgullo. Además, no teníais derecho a lamentaros, pues los cameruneses recién incorporados os narraron su epopeya y la de Leclerc desde Brazaville hasta Libia, los meses precedentes. Cargamentos de armas, municiones, víveres y combustible llegaban a los puertos de Gabón y se trasladaban hasta Fort Lamy. Tres mil kilómetros en precarias barcas por el río Chan y el Congo hasta Bangui, bajo lluvias torrenciales, para continuar por rutas sólo aptas para camellos. Aquella travesía se convirtió en una gesta merced al ingenio y la tenacidad de aquellos hombres, y todo para que la Fuerza L contase con la logística adecuada, como decían los franceses —aunque vosotros preferíais llamarlo *abastecimiento*—.

El diez de enero aterrizó en la pista un Douglas que conducía a Ghat. Os traía gasolina y la orden de evacuar a los heridos. Sin ellos y sin prisioneros vuestro avance sería más rápido.

Antes del asalto a Ghat, enlazasteis con los ingleses. Uno de sus batallones blindados se os unió. Era la primera vez que veíais los Sherman de Montgomery. Mirabais asombrados aquellos monstruos mecanizados como si fueran demonios de las batallas. Ni en la Guerra Civil ni en el ejército francés habíais dispuesto de máquinas con ese poder de fuego.

El avance de la Fuerza L apoyada por el batallón de carros ingleses era imparable hasta de noche, pues los ingleses aportaron unos enormes focos para iluminar las nubes. «La luna de Montgomery», la llamaban. Ghat, Mizda y Gariam cayeron bajo vuestro dominio casi sin ofrecer resistencia. En todas ellas se repitió lo ocurrido en Oum-el-Araneb, al comprobar que no recibirían apoyo aéreo y sintiéndose traicionados, prefirieron la rendición antes que una resistencia numantina que tarde o temprano los llevaría a la muerte. En Mizda, cuando los sorprendisteis surgiendo de la Hamada roja, directamente, el general Maneniere huyó con sus soldados al norte dejando en la ciudad veinte mil libros de aceite pesado y cuatro mil de gasolina, así como a sus heridos y muertos. Ni os detuvisteis; Gariam os esperaba.

A finales de enero toda Libia pertenecía a las fuerzas aliadas. Montgomery, al frente del VIII Ejército, había entrado en Trípoli el día veinticinco; vosotros, veinticuatro horas después. Al Afrika Korps sólo le habían quedado las trincheras de Túnez.

—CÁMBIESE EL UNIFORME por uno digno de su rango —le dijo Montgomery a Leclerc señalando la deshilachada y sucia vestimenta de los coloniales.

—No —respondió rotundo vuestro *Patrón*—. Hasta que a mis hombres no se les provea de ropa decente, yo vestiré como ellos.

Esa fue la conversación que mantuvieron los dos generales, según se rumoreaba entre la tropa. Además, añadían que el teniente general inglés, con su pipa en la mano, había arrimado el rostro a la ventana del palacete que les servía de cuartel general y contemplado a los soldados de la Fuerza L. Probablemente fuese vuestro aspecto sucio, con barbas de meses, cabezas rapadas, el Gitanes en los labios, camisas pegadas al cuerpo por el sudor o hechas jirones lo que había provocado aquel comentario que corrió de boca en boca: —Usted dice que son excelentes soldados, pero a mí me parecen animales salvajes.

Así como el británico os juzgaba por vuestro aspecto, su boina negra de tanquista te hizo pensar de inmediato que, tal como Leclerc, también ese general abandonaba los entorchados y se colocaba al frente de sus tropas, hasta el punto de que le llamaran por el familiar apodo de *Monty*. Tal vez ahí se encontraba la clave para comprender las derrotas italianas: sus generales se escondían en refugios mientras sus hombres morían. «¿De qué tipo será el mariscal Rommel?», te preguntaste.

De inmediato, sin esperar a la casualidad, comenzaste a buscar entre los asentamientos del VIII Ejército a los soldados de la 1.^a División de la Francia Libre. En ella se encuadraba la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera, los héroes de Bir-Hakeim, y

posiblemente tu hermano. «Si está vivo —te dijiste— seguro que sigue enrolado con ellos».

Llegaste al atardecer a las afueras de Trípoli, donde se asentaban los campamentos ingleses: una ciudad dentro de otra, con cientos de barracones y tiendas que albergaban un cuarto de millón de soldados, perfectamente equipados y vestidos, con piezas de artillería pesada y Sherman por doquier.

No resultó difícil localizar a los soldados del quepis blanco; destacaban del resto porque en el nacimiento de su hombro lucían una inscripción bordada en oro sobre fondo azul en la que se leía «Bir-Hakeim» y era la admiración de todos. Ante ella, el resto de militares se cuadraba y saludaba con más respeto que si estuviese frente al mismísimo rey Ricardo Corazón de León.

—¿Conocéis al sargento Francisco Ardura? —preguntaste en francés y español a dos que exhibían orgullosos su distintivo.

—¿Sargento? —repitió extrañado uno de ellos.

—Me dijeron que era sargento de la 13.^a. Creo que su apodo es *Toro*. —Sonrieron y te señalaron una tienda al pie de un estandarte.

—Si te refieres al teniente Toro Ardura...

Corriste hacia la tienda antes de que acabasen de hablar. En la puerta, ondeando en un mástil de cinco metros de altura, su grímpola: la Cruz de Lorena tras las siete llamas emitidas desde el número 13 sobre las letras «DBLE».

La impaciencia por ver a tu hermano después de un lustro te incitó a cometer una insensatez, y entraste sin anunciar tu presencia. Tres pares de ojos se clavaron en ti, al mismo tiempo que sendos cañones de pistola.

Un corpulento capitán, en un francés extraño, te espetó:

—Cabo, ¿usted no pide permiso?

Te quedaste petrificado mirando sus galones.

—Es que... —balbuceaste.

—Un momento, capitán —dijo alguien entre las sombras provocadas por el quinqué.

La figura a contraluz se acercó. Sus dos divisas blancas, su corpulencia, su cuello y aquella voz...

—¿Fran? —preguntaste con incertidumbre.

—¡Cabrón de hermanito! —exclamó, apoyando sus zarpas en tus hombros—. Si eres cabo primero y... —Sus ojos se clavaron en tu distintivo de tirador selecto con arma larga—. Un francotirador de la «Columna Leclerc».

Os abrazasteis.

De repente te apartó y se quedó mirándote con extrañeza para añadir: —Cómo has cambiado. Ya no eres el pequeño Nico. —Sonrió—. ¿Os obliga Leclerc a dejaros barba y afeitaros la cabeza?

—No, pero es el distintivo de los soldados que venimos del Tchad.

Hubo un instante de respetuoso silencio, que rompió el capitán:

—Todos admiramos su gesta. Han salido desde Gabón y están en Trípoli. Miles de kilómetros por los desiertos.

—La suya no fue menor, mi capitán —interrumpió tu hermano—. Desde Varsovia hasta aquí.

«Así que ese es el motivo de su acento extranjero», pensaste.

—Sin embargo, yo les admiro a todos ustedes —dijiste, señalando el distintivo de Bir-Hakeim.

—Es la especialidad de la 13.^a: el *Camerone* —respondió tu hermano.

Los demás sonrieron, aunque tú no comprendiste la broma.

—Ustedes han de hablar de sus cosas —dijo el capitán acercándose a la lona que servía de puerta—. Es mejor que les dejemos solos. —Hizo un gesto al otro oficial que había permanecido en silencio.

—Bueno, hermanito —prosiguió Fran cuando quedasteis solos—. Ya veo que estás hecho un hombre y un buen soldado. ¿Sabes algo de nuestra madre y de Lucía?

Bajaste la mirada y balbuceaste:

—Madre está en Orán.

—¿En un campo de refugiados?

—No. En un barrio de familias españolas. El teniente Granell, otro exiliado, le consiguió una vivienda.

—Estupendo. Cómo me alegro. ¿Conseguisteis saber algo más de nuestro padre?

Negaste con la cabeza. A continuación, sacó un paquete de Gitanes y te ofreció un cigarro. Aceptaste. Después de la primera calada prosiguió: —En cuanto expulsemos al Afrika Korps de Túnez, podremos entrar en Argelia y volvemos a ver a madre y a Lucía. Tengo unas ganas enormes de abrazarlas.

A duras penas conseguiste pronunciar aquellas palabras:

—Lucía no está con ella.

—¿No? —alzó la voz desconcertado—: ¿Aún se halla en un campo de refugiados? —Ante tu silencio, te puso la mano en la nuca y añadió—: ¿Quedó en España?

Negaste de nuevo con la cabeza y rompiste a llorar.

EJÉRCITO SECRETO

ERAN LAS VEINTE HORAS. El toque de queda tronó en las callejuelas más recónditas de París. La prohibición de transitar se debía cumplir hasta las cinco de la mañana, o una bala te convertiría en aspirante a la eternidad. Habían comenzado las horas salvajes de la noche, con las ventanas cerradas, los cerrojos echados, las gargantas secas, los estómagos rugiendo y el oído al acecho.

Las calles se vaciaron y sólo retumbaba sobre los adoquines un sonido regular: el taconeo de las botas de la Wehrmacht en su disciplinado patrullaje. Sólo el eco en el asfalto se atrevía a bramar, contestándoles: «Esta no es vuestra tierra, invasores». Cada hora, una rabiosa patrulla alemana ascendía por las calles; las botas anunciaban su presencia desde muy lejos: al doblar las esquinas, las luces se apagaban y todos callaban. El miedo hostil se agarraba a las tripas de los vecinos, obligándolas a agazaparse. La ciudad entera era una prisión, con su aburrimiento lacerante, la

suciedad en celdas y galerías, la promiscuidad asquerosa y nunca revelada, que se sumaban a una tímida alegría cuando, por medios inverosímiles, se engañaba a los carceleros.

Las luces de las viviendas se apagaron. Salvo por alguna farola, superviviente a bombardeos y metralla, la oscuridad cubrió la ciudad. La calle René Corbin no fue una excepción. Un gato la recorrió veloz antes de saltar sobre el cubo de basura provocando su vuelco. Una rata salió del recipiente y emprendió una loca carrera hacia la alcantarilla. Los movimientos de todos —animales y contenedor— emitieron una algazara que precedió al eco, seguido del fuego y del trueno de los fusiles de dos soldados *chleuhs*, como los nombraban los parisinos, o *fritz*, como preferían llamarse ellos. De nuevo el estruendo y el eco. La cabeza del felino, inmóvil, sangraba a un metro del cuerpo que aún agitaba las patas. Al verlo, los componentes de la milicia sonrieron, colocaron sus armas al hombro y continuaron la ronda. Ninguna persiana se alzó. Ninguna luz se encendió. Ninguna persona se asomó.

Nadie sospechaba que en una de las viviendas de esa calle envuelta en tinieblas y batahola, quince hombres conspiraban contra la ocupación alemana. Presidía la reunión Jean Moulin, alias *Rex*, que hacía unas semanas había arribado desde Londres, donde Charles de Gaulle le había impuesto la medalla de la Orden de la Liberación. Aunque el sempiterno borsalino descansaba en la mesa alargada, aún mantenía la bufanda ocultando su cicatriz.

El humo de los cigarros y de la pipa de *Rex* envolvía sus rostros y la tenue luz apenas alcanzaba a delimitar sus facciones. Eran voces en la niebla, que meditaban con la memoria y la determinación a punto. Tres botellas de burdeos reposaban vacías

rodeadas de quince copas semillenas. Los cinco ceniceros, repletos.

Mientras cada uno exponía la posición de la organización a la que representaban, Molin tomaba notas y observaba los gestos de sus acompañantes: el inquieto Eugène Claudius, de los Franco-Tiradores y Partisanos, encendía un cigarro con otro; Claude Bourdet, de *Combat*, giraba la copa mientras escuchaba; el representante del *Front National*, Pierre Villon, se mesaba los cabellos antes de intervenir; los sindicalistas, Louis y Gaston, de la CGT y CFTC, cuchicheaban entre ellos si algo no les agradaba; los delegados del PCF y del SFIO, Mercier y Le Troquer, eran muy pausados en sus razonamientos; Coquoin, de *Ceux de la Libération*, paseaba su lengua por el labio inferior; Boinet, de *Ceux de la Résistance*, se mantenía recostado en la silla sin tocar la mesa; Charles y Pascal, de *Libération*, del *Nord* y *Sud* respectivamente, refunfuñaban por el humo del tabaco; y Simon, de *Organisation Civile et Militaires*, era el más vehemente en su discurso. Los únicos a los que Rex no escrutaba eran Meunier y Chambeiron, sus ayudantes desde la constitución del órgano de dirección de la Resistencia.

Terminada la ronda de intervenciones, Jean Moulin alzó el papel, en el que había tomado notas, un palmo de la mesa y señaló pausado: —Señores, a modo de conclusiones provisionales, los puntos en los que estamos todos de acuerdo son: primero, la invasión alemana de la zona no ocupada de Vichy, como represalia al desembarco aliado en el norte de África, posibilita un nuevo escenario en el que se nos unirían fuerzas de la derecha democrática. Por ello, en la próxima reunión invitaremos a los democratacristianos, a la Alianza Democrática y a la conservadora

Federación Republicana; segundo, si se derrota a los alemanes en África, Franco verá desvanecerse sus aspiraciones de participar en el reparto del Magreb, por lo que se verá forzado a retirar a la División Azul de suelo soviético; tercero, la Royal Air Force seguirá lanzando armamento sobre las zonas que se le indiquen para fortalecer al Maquis; cuarto...

—Perdón —interrumpió Eugène Claudius, el inquieto jefe partisano—, pienso que en el punto tercero ha de constar nuestra opinión.

Moulin dio una calada a la pipa, volteó la hoja y añadió: —Lo había dejado para el final, pero lo leeré ahora: «La representación de los Franco-Tiradores y Partisanos estima que la forma de actuar del general François Fluet en Vercors es errada. Opinan que la guerrilla no se puede estructurar como el ejército, y que es un suicidio constituir un contingente en el Ródano con cuatro mil guerrilleros organizados como si fuesen soldados...».

La voz del partisano le interrumpió:

—Que nuestra forma de actuar ha de ser la del ataque y repliegue, como go...

—Como gotas de mercurio —atajó Moulin violentado—. Ya estaba anotado, señor Claudius. ¿Algo más?

El otro negó con la cabeza.

—Sigamos —dijo Moulin mirando de nuevo el papel—. Cuarto, la fusión de la Francia Libre con la Resistencia y el Comité Francés del general Giraud pasan a denominarse la «Francia Combatiente», con dos ejércitos: el que combate en África y el de la metrópoli, es decir, nosotros. Adoptaremos sin ambages el nombre de *Ejército Secreto*. —Guardó silencio, posó la hoja y se dirigió al jefe partisano—: Llegados aquí, es preciso que su

organización se posicione.

—Nuestra postura es la misma de siempre —dijo, y aplastó el cigarro en el cenicero de latón—: Golpear juntos, pero caminar separados.

—Quiere decir que...

—Que seguiremos combatiendo a Hitler y Mussolini con todas nuestras fuerzas, pero no nos fusionaremos en la estructura de la Francia Combatiente. Seguiremos manteniendo nuestra independencia.

—¿Cuál es la postura de los guerrilleros españoles? —preguntó un *Rex* visiblemente molesto.

—El XIV Cuerpo Guerrillero se ha transformado en la AGE, Agrupación de Guerrilleros Españoles, en la que han integrado a todas las tendencias políticas del exilio español.

—¿Cuál es su fuerza?

—En estos momentos tienen cuatro brigadas en la región de Languedoc. Unos dos mil quinientos guerrilleros.

—¿Cómo se coordinan con ustedes?

—A través del Comité Militar de la Zona Sur que constituimos a finales del año pasado.

Moulin asintió. Paseó la mirada por los rostros de sus compañeros y cerró la reunión con aquellas palabras: —La próxima, en este mismo lugar el 27 de mayo, a la que se sumarán las organizaciones democratacristianas. A partir de ahora es prioritario que se alerte a las bases de que los nazis han lanzado contra nosotros la operación *Und Nebel de Nacht*.

—«Noche en la niebla» —rezongó el jefe partisano—. ¡Hasta emplean eufemismos para decir que nos quieren exterminar!

Los asistentes apenas habían levantado sus traseros de las

sillas, cuando *Rex* intervino de nuevo: —Ah, señores, mi nombre en clave desde hoy es «Max».

A MÁS DE DOSCIENTOS KILÓMETROS de París y a menos de cincuenta de Estrasburgo, los presos de Natzweiler-Struthof contemplaron con estupor la llegada de camiones repletos de partisanos. Era el resultado de la operación *Und Nebel de Nacht*, lanzada por el III Reich contra la resistencia interior, el Ejército Secreto, para amedrentarlos. No habría prisión para ellos. Aquellos resistentes no serían integrados en los batallones de trabajo en las fábricas subterráneas de armas, en las canteras de granito rojo ni en las minas, irían directamente al horno crematorio o a la cámara de gas. De ahí que su destino fuese un barracón independiente del resto: el 13.º. Pero a los pobladores del *Konzentrationslager* la mañana aún les depararía otra sorpresa.

Los nazis habían ordenado formar a todos los judíos del campo principal y de los ochenta y cuatro subcampos en tres bloques: hombres, mujeres y niños, eludiendo al resto de presos de doce nacionalidades distintas.

El comandante en jefe del *Konzentrationslager*, Josef Kramer, paseaba delante de ellos con el bucle del mango de su fusta enrollado en la mano derecha. La lengüeta de cuero, al extremo de la fusta, golpeaba rítmicamente la palma abierta de su otra mano. En paralelo, caminaba el *Obersturmführer* Rudolf Törni con una carpeta bajo el brazo. Detrás desfilaba una escuadra de soldados armados.

—¿Cuántos le quedan? —preguntó el comandante a Törni.

—Tres: dos hombres y una mujer.

—¿Edades de los hombres?

—Han de tener... —Abrió el cartapacio, ojeó un papel y respondió—: Cuarenta, uno de ellos; y el otro..., cincuenta y cinco.

La mirada de Josef Kramer se clavó en los rostros de los prisioneros de la primera fila. Meneó la cabeza y se dirigió hacia la segunda. De repente se detuvo ante el hombre que ocupaba el quinto puesto.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó señalándole con la fusta.

—Cuarenta y cinco —respondió el recluso.

El comandante de campo prosiguió su paseo y, en la tercera fila, se detuvo ante otro. Le señaló, repitió la pregunta y obtuvo la respuesta deseada: —Cuarenta.

De inmediato Josef Kramer indicó a los soldados, con un giro de la fusta, que se lo llevaran. Dos Waffen-SS empujaron al preso a culatazos sacándolo de la formación. El comandante de campo, seguido de Rudolf Törni, prosiguió su caminata formulando idéntica pregunta, hasta que escuchó «cincuenta y cinco». Entonces la operación se repitió con aquel hombre.

—¿Edad de la mujer?

—Treinta y uno —contestó el *Obersturmführer* sin consultar el papel.

Encabezado por Kramer, el séquito se encaminó hacia la formación de las prisioneras. En el trayecto, le preguntó a Törni: —¿Con esta ya termina Hirt la colección?

—A sí es. Los ochenta y seis que pidió.

El ritual se reanudó ante las mujeres. Al llegar a una de la cuarta fila, la sempiterna pregunta obtuvo su respuesta: — Veintidós.

—Puag, están muy envejecidas —escupió Kramer.

En la quinta fila un «veintisiete» y un «veintitrés» le obligaron a reanudar la marcha. Por fin, al llegar a la sexta columna de la octava fila, escucharon: «Treinta y uno».

Al gesto de satisfacción de Kramer le sucedió el giro de fusta, y los soldados, con un toque de la culata en el costado, obligaron a la mujer a acompañarlos. En ese momento, un niño salió corriendo hacia la elegida, gritando: —¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Regresa, Eli! —gritó ella, volteándose.

Dos soldados se colocaron en la retaguardia del séquito con la intención de bloquear la llegada del mozalbete. El niño los eludió en una veloz carrera, llegó hasta su madre y se abrazó a ella.

—Por favor, regresa y espera al soldado de las chocolatinas —le dijo ella al oído, casi al mismo tiempo que un culatazo en la cabeza derrumbaba al crío.

Los soldados se alejaron con la prisionera. El comandante de campo y el *Obersturmführer* se quedaron de pie, encendiendo sendos cigarros al lado del cuerpo inconsciente del muchacho tendido en el barrizal, de cuya sien manaba un hilito de sangre.

—¿A quién le dijo su madre que tenía que esperar? —preguntó Kramer dando una calada.

—A un soldado de chocolate, creo que dijo —respondió Törni, después de expulsar el humo del cigarro.

Con una mueca de desprecio dirigida al niño, Josef Kramer se encaminó hacia los barracones de oficiales, murmurando: —Eso es lo que son: soldados de chocolate.

UNA SEMANA MÁS TARDE, en Lyon, concretamente en el interior de

las murallas del fuerte Montluc, el *Obersturmführer* Rudolf Törni caminaba erguido, con su gorra bajo el brazo y a paso de desfile por los pasillos de las mazmorras del sótano. Intuía los ojos de los reclusos pegados a las mirillas, y el hedor de heces mezclado con la humedad que supuraba por los muros provocó su mueca de desagrado. Luego, al observar el orín chorrear desde el interior de las celdas hacia el pasillo, tragó saliva.

Los gritos provenían del final del corredor de paredes de granito: —¿Quién es *Rex*?

La voz de Kraus Barbie retumbó en los calabozos, sin obtener respuesta.

—¿Quién es *Rex*? —repitió.

Törni, al oír por segunda vez la misma pregunta, sonrió. A veces sospechaba que a su jefe le agradaba la falta de respuesta de los detenidos, para poder golpearles repetidamente. Aunque un límite impuesto por la reacción de algunos le desagradaba: la pérdida del conocimiento o la muerte, que evitaban el dolor, le ofendía.

—*Heil Hitler!* —saludó Törni, desde el marco de la puerta.

Su jefe, Klaus, se giró despacio hacia él: —¿Qué tal por Natzweiler-Struthof?

—Estupendamente. Josef Kramer, el nuevo comandante del campo, colaboró de forma ejemplar.

Klaus Barbie hizo un gesto con la cabeza que de inmediato fue comprendido por los otros dos miembros de la Gestapo que le acompañaban, y empujaron al prisionero fuera de la sala. La nariz del recluso manaba un hilo de sangre que goteó el piso e indicó el recorrido a su celda. Indiferente, Klaus se dirigió al lavabo y abrió el grifo, se enjabonó las manos con parsimonia y se las enjuagó.

Después de secarlas, se bajó las mangas de la camisa y las abotonó.

—¿El doctor August Hirt completó su colección?

—Sí —respondió orgulloso Törni—. Dice que la va a instalar en los bajos de Instituto Anatómico Forense de Estrasburgo.

—Me alegro —dijo Klaus colocándose la guerrera—. Así podremos centrarnos en la *Und Nebel de Nacht*.

—¿Qué se ha podido averiguar?

—Poca cosa, sólo que al antiguo jefe de lo que llaman el Ejército Secreto se le conocía por *Rex*; y al actual, por *Max*. Desconocemos si se trata de la misma persona o son dos distintas.

—Nos lo dirán, de una forma u otra.

—¿Qué noticias trae del frente?

—Nuestras fuerzas son invencibles.

—¿Qué hay de los rumores de que los Aliados habían acorralado a Rommel?

—Falsos.

Klaus miró desconcertado hacia su lugarteniente y preguntó: —¿Tiene noticias actuales del Afrika Korps?

—Sí. Al parecer, en el paso de Kasserine han diezmado a los norteamericanos.

KRASNYJ BOR: INFIERNO EN LA NIEVE

ATRÁS QUEDARON LA PLACIDEZ Y EL DESHIELO de las riberas del Voljov y regresaron las nieves y el frente sangriento. La orden de que la División Azul se trasladase a reforzar el cerco de Leningrado había llegado casi al mismo tiempo que la sustitución de Muñoz Grandes por otro general, Esteban Infantes. La misión se concretó en situarse en Vyriza y reponer las bajas de la 121.^a División de la Wehrmacht, sustituyendo a sus soldados en una cadena de búnkeres a lo largo de diecisiete kilómetros desde Alexandrovka a Krasnyj Bor.

En realidad, aquella posición no era más que una laguna pantanosa, vega de las caudalosas aguas del Slavianka y el Ishora en su desembocadura en el Neva, en el tramo de ferrocarril desde Leningrado a Moscú. La coronaba un impenetrable bosque al que rodeaban aldeas que iban siendo ocupadas por los dieciocho mil soldados españoles de la División Azul.

El asalto a Leningrado se retrasaba sin que se conocieran las razones. Decían que la Luftwaffe no daba tregua a la ciudad, bombardeándola todas las noches. La Wehrmacht, en cambio, no era capaz de abrir ni una rendija. Tal vez, se rumoreaba, esa ineficacia se debía a que el cerco a Stalingrado había sido roto y el ejército nazi se encontraba desbordado. Incluso llegaban noticias de su capitulación ante el Ejército Rojo y de la detención del primer mariscal alemán.

A un tercio de los divisionarios azules se les ordenó abandonar las aldeas y trasladarse a la primera línea de fuego, a los arrabales de Leningrado. Aquellos seis mil soldados iban a reforzar a los alemanes y a contener el avance de cuatro divisiones de infantería soviética y de dos regimientos de carros T-34 y KV-1; en total, cuarenta y cuatro mil soldados soviéticos.

Los rusos habían lanzado una descomunal ofensiva para penetrar por cuatro puntos a la vez a lo largo de la línea del ferrocarril.

El frío de febrero inmovilizaba los cuerpos que intentaban calentarse a golpe de tragos de coñac. La tensión se marcaba en los rostros de los divisionarios y las conversaciones en aquellos parapetos eran tan banales como su propia existencia.

—Camarada Ricardo —dijo Marino dentro del búnker, sin apartar la vista del frente—, ¿no te espera ninguna moza cuando regreses a España?

—Sí —respondió con una sonrisa—. Mis padres me prepararon el matrimonio con una prima segunda, hija de un conde, a la que sólo he visto dos veces.

—Por eso el brigada se enroló en la División Azul: para escapar del matrimonio.

La broma del cabo provocó el estallido de carcajadas en el interior de la fortificación.

—¿Era guapa, mi brigada? —inquirió el cabo.

—Bah —exclamó Ricardo dando un trago a la botella—. Sus tierras sí que son guapas.

Regresaron las risas, los tragos y el tarareo de una canción:

Cuando Falange
con rumbo a Rusia partió,
una chavala
triste y llorosa quedó...

—Aunque a mí me gustan más las alemanas rubias de largas piernas —cortó el camarada Ricardo.

Marino puntualizó:

—Vaya disgusto que les darías a tus padres si te presentaras con una teutona...

—Tetona —añadió el cabo, y los carcajeos dejaron paso a otro cántico:

Yo seré entonces tan feliz
que no sabré
más que decir:

—Mi amor Lili Marlen

El único que no participaba de la chanza era tu padre, que seguía apuntando hacia los campos nevados con la ametralladora MG-34. Sólo ocupaban su mente las palabras de Julia Natalinova la víspera de la salida hacia el cerco de Leningrado: «Han traído prisioneros a quince partisanos de Ucrania. Entre ellos hay dos españoles». «Lo sé, pero la fuga se hará con prudencia cuando regresemos», había respondido Antonio Ardura. «¿Y si no volvierais vivos?», preguntó descorazonada. Entonces, tu padre

remató: «Es un riesgo que hay que correr».

La madrugada asomó malva y, en segundos, enrojeció. Cientos de piezas de artillería del 124 y del 203 escupieron fuego y metralla uniéndose a cañones del 187 sobre el frente de diecisiete kilómetros. El hospital de Rakkelevo, en el que la División Azul había instalado su Estado Mayor, desapareció envuelto en llamas que alcanzaron a los trineos y a las ambulancias. La cadencia de disparo alcanzó los diez segundos por arma. Así durante dos horas. Al terminar, la nieve había desaparecido y, en la ladera, profundos cráteres negruzcos humeantes ocupaban su lugar. Al fuego artillero lo relevaron las bombas desde la aviación soviética. Escuadrillas de Sturmovicks aniquilaban todo lo que se movía bajo su vuelo.

Si ese fue el ritmo mortífero de las armas soviéticas, el de muertos entre los divisionarios rondaba los cien a la hora. Dos mil doscientos nada más durante el primer día.

La infantería soviética se preparaba para el asalto final. Los divisionarios fortificaron con sacos de arena, maderas, piedras y tierra los cráteres provocados por el estallido de los proyectiles de la artillería rusa en las colinas nevadas.

Antes del atardecer, los soviéticos habían atravesado el frente por tres puntos. Su intención era alcanzar Putrolovo y el río Ishora para girar a la derecha y envolver a los españoles. Si esa maniobra resultaba exitosa, avanzarían hacia el este y el cerco quedaría roto.

Sólo quedaba una brecha por penetrar en los kilómetros de búnkeres: la que defendía la unidad a la que pertenecía tu padre. Si antes había sido la artillería y luego la aviación, los francotiradores rusos se encargaron de sustituirlas con igual éxito.

Más de cien muertos provocaron las balas invisibles de los *snipers* fantasmas.

A duras penas pudieron reagrupar a los divisionarios supervivientes de otros regimientos para que sumasen sus fuerzas en un solo punto. La defensa era sangrienta a la espera de los refuerzos de la 4.^a División SS Volkspolizei. Pero no llegaban.

Casi no había sitio en las trincheras, búnkeres y casamatas para que los soldados se movieran con agilidad. Los muertos y heridos se lo impedían. De repente se oyó desde las posiciones sitiadas el grito del capitán Huidobro: —¡Si hemos de morir, lo haremos como españoles!

Algunos treparon sobre los T-34 y les colocaron cargas en sus cadenas; otros se lanzaron con las bombas pegadas a sus cuerpos, estallando carro y hombre a la vez. Eran enjambres de avispas revoloteando alrededor de osos.

Una granada surcó los cielos.

—¡Al suelo! —exclamó tu padre saltando sobre Ricardo para protegerle.

Entonces, algo derribó a Marino. Tu padre corrió hacia él. Había perdido el ojo izquierdo. Y la sangre no se detenía.

—¡Sanitario! —gritó Antonio, abrazando a su compañero.

AL DÍA SIGUIENTE, a primera hora de la mañana, Radio Moscú emitió la noticia: «El cerco establecido por los voluntarios españoles, enrolados en las filas del III Reich, ha sido roto. Se ha tomado Krasnyj Bor. El Ejército Rojo ha aniquilado a la División Azul...».

Tres horas más tarde, la BBC la repetía: «Si hace unas semanas

les informábamos de la ruptura del cerco a Stalingrado, hoy hemos de añadir otra buena noticia: el sitio a Leningrado ha sido roto en Krasnyj Bor, y la División Azul española ha sido arrasada...».

Al anochecer, el gobierno de Franco envió un telegrama a Hitler en los siguientes términos: «Solicitamos información sobre los voluntarios españoles de la División Azul que combaten en las filas del III Reich».

La contestación del Führer no se hizo esperar: «... defendido más allá del valor la línea desde Alexandrovka a Krasnyj Bor. Han sufrido 4000 muertos por 12 000 soviéticos. Pero han contenido el avance soviético cediendo sólo tres kilómetros».

TRES SEMANAS DESPUÉS, lejos de las trincheras de la primera línea de fuego, los soldados heridos de la División Azul eran repatriados y sustituidos por un nuevo reemplazo. Marino se encontraba entre ellos.

Caminaba, con un parche en el ojo y un brazo en cabestrillo, al lado de tu padre hacia uno de los camiones.

—Esta vez, ya no podré ayudarte.

—No te preocupes, compañero —dijo Antonio Ardura—. La evasión de los partisanos la prepararé yo solo.

—Me gustaría unirme a nuestros paisanos en Ucrania y...

—Olvídate, regresa a España. Te has ganado la libertad.

—¿Y qué se hace con la libertad en un país en el que no la hay?

No obtuvo respuesta de tu padre, pues el brigada, el camarada Ricardo, llegó hasta ellos gritando de alegría con un papel en la mano.

—Escuchen todos ustedes —dijo a los heridos—. Este es el comunicado sobre nosotros dirigido al pueblo de Alemania por el Alto Mando de la Wehrmacht. —Dirigió la vista hacia el papel y leyó en voz alta—: «... Cuando vean por las calles un combatiente moreno, desaliñado, con el gorro ladeado y un cigarro en la boca, ¡cuádrese! Es un héroe español...».

Tu padre meneó la cabeza y Marino no pudo menos que sonreír antes de comentar: —Ya ves, compañero. Los fascistas, en vez de libertad, nos conceden la heroicidad.

Ambos se despidieron con un abrazo. Después Marino ascendió a la caja del camión, y, dirigiéndose a Ricardo, le deseó: —Mi brigada, suerte con las teutonas...

Los soldados heridos, desde las cajas de los vehículos, celebraron la broma en medio del bramido de los motores en la salida del convoy. Alguien, desde un camión, canturreó:

¿Era guapa, mi brigada?

Ay, aquella alemana...

Ricardo se mostraba orgulloso por haber inspirado una canción a los soldados. Cuando se perdieron de vista, pasó el brazo por encima del hombro de tu padre y, con satisfacción, le informó: —Sabes, abuelo, al general Infantes le han concedido la Cruz de Caballero, y la Cruz de Hierro de Primera Clase ha sido para dos mil doscientos de los nuestros.

—¿Cuántas a título póstumo?

—Ya estás con lo de siempre... —se quejó Ricardo.

—Responde, camarada.

El brigada tragó saliva antes de confesar: —Dos mil ciento cincuenta y siete.

A FALTA DE SIETE DÍAS para la llegada de la primavera, la noche se había cerrado sobre los campamentos de la División Azul. Sólo los centinelas se mantenían despiertos en los blocaos y en las fortificaciones elevadas, atentos al menor ruido y a la mínima luz. Eludirlos era tarea fácil para Antonio Ardura, él se había encontrado cientos de noches en ese destino y conocía a la perfección los puntos oscuros por los que hasta un elefante sigiloso pasaría inadvertido.

Atravesando el bosque por caminos embarrados y saltando torrentes incontrolables del deshielo inopinado de marzo, llegó hasta las alambradas del campo de prisioneros. La operación había sido estudiada al milímetro con la mayor Julia Natalinova y los dos partisanos españoles encerrados antes de la salida a Krasnyj Bor. Lo único que le dolía a tu padre era la ausencia de su compañero Marino.

Había elegido la torreta de vigilancia más alejada del resto; cualquier anomalía en ella tardaría más tiempo en ser descubierta. El soldado de la Wehrmacht paseaba por la plataforma rodeado de tres focos, dos enfocados al exterior y el tercero al interior, que movía con cierta periodicidad.

Tu padre llegó hasta el matorral más próximo a la torre. Extrajo la Luger P-08 y le enroscó el silenciador HUB-L3. Enfocó el punto de mira hacia el centinela y esperó a que detuviese el paseo un instante. En ese momento vació su cargador sobre él. Siete disparos. El soldado se retorció en la torreta y cayó sin percatarse del sitio desde donde llegaban los disparos y sin alertar a nadie. Ardura se apresuró a encender tres veces el mechero. A partir de ahí, sólo dispondría de dos minutos hasta que alguien notase la inmovilidad de los focos y enviaran a un supervisor para

comprobar lo que pasaba.

Pegados a la alambrada y entre las sombras, aparecieron los partisanos; entre ellos los dos españoles y quince soldados soviéticos capitaneados por Julia Natalinova. Reptando, sortearon la valla por una zanja abierta en la tierra y disimulada con matojos. Al llegar a la altura de tu padre, este repartió subfusiles entre todos. Tenían que darse prisa, las alarmas saltarían y patrullas alemanas con perros saldrían en su búsqueda. Emprendieron una veloz huida hacia el río.

Despistar a los canes era lo primero. Por eso rociaron de amoniaco y pimienta parte del sendero y, fusiles en alto, atravesaron las aguas heladas del Voljov. Antonio quedó el último, protegiéndolos, hasta comprobar que todos lo superaban con vida. Cuando se disponía a cruzarlo, una voz le detuvo: —No me habías engañado, abuelo. —Ardura giró la cabeza y vio al camarada Ricardo apuntándole con un arma.

—¿Vas a matarme?

—Sí no ordenas que regresen los prisioneros, lo haré.

—Voy a darme la vuelta y a cruzar el río. Puedes disparar cuando quieras.

El brigada alzó la pistola y apuntó.

Tu padre sonrió y tarareó:

*Puente de los franceses,
puente de los franceses...*

Se giró y, despacio, fue introduciéndose en las aguas.

DERROTA NORTEAMERICANA

EL INEXPERTO EJÉRCITO NORTEAMERICANO se había enfrentado, el martes 16 de febrero, a su primera gran vergüenza: la derrota en el paso de Kasserine. Rommel había lanzado al Afrika Korps por sorpresa a través de las vaguadas de la cordillera del Atlas con el objetivo de apoderarse de los depósitos yanquis de Tébesa. El Estado Mayor aliado no esperaba esa maniobra casi suicida, pues siempre sospechó que los alemanes se retirarían al interior de Túnez para reducir sus líneas de abastecimiento de combustible.

La Wehrmacht sólo tuvo dos mil bajas frente a las diez mil norteamericanas, pero entre ellas había una muy significativa. Tal vez careciera de importancia a los ojos de observadores extraños, pero no para Rommel y ciertos militares del ejército alemán que comenzaban a cuestionar a Hitler.

Al teniente coronel Claus Von Stauffenberg, héroe de Alemania con la Cruz de Hierro de Primera Clase, la metralla de los aviones

de la RAF le había saltado el ojo izquierdo, amputado la mano derecha y dos dedos de la izquierda. «No me evacuen. Llévenme ante Rommel», había gritado a los enfermeros.

—Mariscal —gritó, tendido en la camilla—, usted puede detener esto. Hay que matar a Hitler.

Antes de que prosiguiera, un gesto violento de Rommel indicó al médico que trasportase al teniente coronel al vehículo que lo trasladaría a Berlín.

Apenas hubieron retirado la camilla, el general Von Vaerst preguntó al mariscal: —¿Por qué habrá dicho eso?

—No le dé importancia, general. La cercanía de la muerte le hace delirar.

«Hay que matar a Hitler», había repetido el teniente coronel. Rommel evocó la conversación mantenida con él la noche anterior, cuando Von Stauffenberg le aseguró: «He visto lo que hacen los Waffen-SS y la Gestapo en la retaguardia. No son soldados, son asesinos. Están encerrando a los prisioneros en campos de concentración sin respetar la Convención de Ginebra. Los exterminan en cámaras de gas. Hasta han asesinado compatriotas». Y había concluido con aquella rotunda apelación: «Mariscal, hay que matar a Hitler. Es la única forma de terminar con esta locura. Y usted es la persona adecuada para ponerse al frente de una Alemania que pida la paz».

Ni Rommel ni el propio Claus Von Stauffenberg sospecharon en aquel momento que meses más tarde serían dos de los protagonistas del atentado contra Hitler, que pasaría a la historia como Operación Valquiria y que los condenó a muerte, a uno por actor principal y al otro por omisión. Pero esa es una historia que nos interesa a medias en esta narración sobre la épica de los

republicanos españoles, por lo que es mejor que nos centremos en el efecto que provocó en el otro bando el fracaso en Kasserine.

LA DERROTA NORTEAMERICANA tuvo otra consecuencia, pero esta en las filas aliadas. El general Eisenhower había llamado a George Patton con carácter de urgencia. No le recibió sentado, sino paseando inquieto por su despacho.

—Un desastre, George —repetía—. Un tercio del II Cuerpo de Ejército ha sido eliminado.

—Me han dicho que la forma de luchar de los Panzer, con sus torretas dirigidas a la derecha y disparando, les pilló por sorpresa. Al parecer, Rommel empleó la técnica naval de la Y.

—No, no es eso. El problema es el propio general Fredendall. No está capacitado para mandar a los soldados.

—¿Lo dices por lo del hotel...?

—Que se instalara en el Gran Hotel de Orán a cuerpo de rey es lo de menos. También ordenó a sus ingenieros que le blindasen un Cadillac. ¿No lo ves, George? Fredendall es un general que no asume los riesgos personales del combate. Eso provoca desmotivación en sus hombres. Bradley me dijo cabreado que era una vergüenza para los soldados estadounidenses.

—¿Y qué piensas hacer?

—Relevarlo del mando.

—¿Ya tienes sustituto?

—Sí. Vas a ser tú.

Patton sonrió. Sacó un puro de su guerrera, lo encendió y, después de expulsar el humo, apostilló: —Que Dios se apiade de Rommel... porque yo no lo haré.

KSAR RHILANE

NALUT FUE LA ÚLTIMA CIUDAD LIBIA que visteis; era el alba del 2 de marzo, y os adentrasteis en territorio tunecino. Vuestro destino se encontraba cerca: Ksar Rhilane.

Nunca se te olvidaría aquel trayecto a orillas del Gran Erg Oriental. Aquellas monstruosas dunas rojizas que se movían como habitadas por espíritus. Cada vez que mirabais a los flancos de la pista, el desierto había mudado su fisonomía. En aquel achicharradero, sólo podíais caminar de día, pues en la oscuridad no hubieseis visto las dunas cambiando de ubicación, en un cambalache mortal que os hubiese engullido.

«Un espíritu de iniciativa y gran camaradería, nuestra camaradería de siempre, son los secretos para derrotar al Afrika Korps». La arenga de Leclerc al salir de Trípoli te hizo sospechar que lo que os quedaba por delante ya no eran fuertes italianos sino la repetición de Bir-Hakeim.

Siete días constituyeron vuestro descanso en Trípoli, pero los aprovechaste paseando con Fran y hablando de lo ocurrido desde la última vez que os visteis en España. Te contó la huida a Francia junto a su novia, Ana Tejada, atravesando los Pirineos cuando cayó Barcelona, lo de su internamiento en aquel improvisado campo de refugiados de Argelès-sur-Mer. Se lamentó de que Ana hubiese quedado allí, pues los franceses sólo facilitaban la salida a los hombres que se uniesen a la Legión Extranjera o en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros. Luego vino Dunkerque, Inglaterra, Trentham-Park y los cuatrocientos españoles que no se enrolaron con ellos porque seguían las consignas del Komintern; su ingreso en las fuerzas de la Francia Libre y la 13.ª Semibrigada.

—Demasiadas desgracias para creer en Dios —dijo, y escupió.

Por tu parte, le narraste vuestra odisea en el *Stanbrook*, lo del campo de internamiento de Carnot, lo de las Compañías de Trabajo para exiliados; también le hablaste con dolor de Gitano y con devoción del teniente Granell y de vuestra madre, y le describiste en detalle el asesinato de vuestra hermana.

—No importa dónde ni cuánto se esconda, Nico —te aseguró el último día, sentados en las rocas de un acantilado cercano a Trípoli—. Ganemos o perdamos esta guerra, buscaremos a Rudolf Törni en Estrasburgo, en Berlín o en el último rincón del universo. La bala que le vuele los sesos o el cuchillo que le rebane el cuello no debe de ser anónimo. Ha de saber que pertenece a uno de nosotros.

Colocó la mano en tu cabeza rapada y con su pulgar siguió la ruta de la trazada de bala que te dibujó el miembro de la Gestapo. Los ojos del pétreo teniente Toro Ardura se habían humedecido.

Cambiaste de conversación para evitar que aquel invierno las olas del Mediterráneo fueran testigos de vuestro llanto. Le hablaste de los españoles enrolados con Leclerc desde Camerún o Gabón. A Fábregas y Campos ya los conocía de su internamiento en las líneas de la Argelia de Vichy.

Él te comentó sobre los que lucharon en Bir-Hakeim: el oficial Izquierdo, los jefes del equipo antitanques, José Artero y Marco Nadal, del legionario Iniesta y de muchos otros que nunca llegaste a conocer.

Antes de despediros le preguntaste sobre la expresión hacer *Camerone*, tan popular en la Legión Extranjera. Sonrió.

—Parece ser que una de las primeras misiones que se le encomendaron a la Legión Extranjera fue la defensa del pueblo de Camarón de Tejada en México, allá por el año 1863 —comenzó a explicar—. Un ejército de más de dos mil soldados rodeó a los legionarios, que, aún siendo sólo sesenta y dos, se batieron hasta la muerte provocando cientos de bajas al enemigo. Pero que eso no te desvele; tarde o temprano tendremos nuestro propio Camarón.

Luego te habló de la recién creada 1.^a División Francesa al mando del general Larminat en la que habían incluido a la 13.^a y de que, si derrotabais a Rommel, se embarcaría hacia Sicilia.

—Vaya división de mierda. Tienen prohibido el alcohol, las broncas, los naipes y las salidas nocturnas. No sé si los tres mil españoles enrolados nos acostumbraremos a esas normas. Es igual a una orden monacal con Laminat de sumo sacerdote —apostilló, y soltó una carcajada.

Aquella semana con él fue un plazo muy corto después de tanto tiempo, pero suficiente para comprender dónde estabais y

cuál era vuestra misión en la vida: luchar hasta la muerte por la libertad y buscar a Törni en cualquier estercolero. Entonces, matarlo.

Dejaste de evocar el encuentro con Fran cuando el viento azotó con su gélido latigazo y la oscuridad cayó sobre vosotros dejando a la Polar como única guía. Estabais entrando en el oasis de Ksar Rhilane, sin sospechar que los arenales y pedregales que lo circundaban verían más muertos que Camarón de Tejada.

«En esta guerra, todos tendremos nuestro Camarón», te había dicho Fran. Las palabras de tu hermano acudieron a tu cabeza en cuanto contemplaste la inmensa hondonada ubicada a cientos de kilómetros del mar y por debajo de su nivel, y te preguntaste si aquel pedregal inmerso en arenales alrededor del oasis a los pies de las montañas de Matmata y del Gran Erg Oriental sería vuestro Bir-Hakeim.

Las patrullas de reconocimiento habían llegado el 22 de febrero. Inspeccionaron los alrededores y la fortaleza romana, el *Ksar*, como la llamaban los árabes. Antes de penetrar en su oasis, revisaron una a una las precarias construcciones de madera, paja o chapas metálicas que se elevaban cercadas de bidones oxidados desocupados de lluvia. Sólo encontraron varias familias nómadas que se sustentaban a duras penas con la explotación de la palma, la cría de cabras y ovejas en medio de un vergel alimentado por chorros de agua caliente que formaban pequeños lagos. Los soldados argelinos les hicieron comprender que se acercaba una tormenta de fuego y muerte y que debían abandonar sus tiendas de fortuna. Las desalojaron, recomendándoles el rumbo al sur o al este, a las tierras del Gran Erg Oriental, por donde no sufrirían la metralla de las piezas artilleras.

El grueso de la Fuerza L con un grupo inglés de artillería pesada, cedido por Montgomery, bajo el mando del comandante Clark, no arribó a Ksar Rhilane hasta el anochecer del 2 de marzo.

Leclerc oteó el terreno y de un plumazo se decidió:

—Orienten las piezas de artillería hacia el macizo de Matmata.

Os pusisteis manos a la obra de inmediato: era el único terreno que soportaría el peso de los Panzer. Si ese era el camino previsible para los carros de combate, los arenales rojizos del este sólo podrían ser la ruta del asalto a bayoneta calada de los soldados de élite de la infantería de la Wehrmacht, los temibles *Blitzkriegs*.

Comenzasteis a fortificar aquellos cincuenta kilómetros cuadrados. Cavasteis trincheras y minasteis los alrededores para convertirlos en infranqueables. Hasta construisteis refugios y depósitos secretos para el almacenamiento de grandes cantidades de combustible. Trabajasteis como animales de día y de noche. Hoyas, zanjas, trampas, búnkeres y muros de piedra nacían por doquier. Nadie ni nada podía llegar a Ksar Rhilane sin volar por los aires o recibir un balazo en la frente.

El pedregal arenoso, en el que sólo crecían matojos y zarzamoras, se fue convirtiendo en tres días en un *box* inexpugnable: campos con minas antitanque y *saltarinas*, trincheras, parapetos de pedruscos y sacos de arena, cánones orientados a zonas de suelo firme, camiones enterrados con víveres y municiones, ametralladoras sobre suaves colinas y hoyas por doquier con patrullas antiblindados. Incluso aprovechasteis los *limes* de piedras y el Ksar romano para protegeros.

—Este es el tesoro que hay que defender —dijo Fábregas, cogiendo una mora aún rojiza—. Los nazis las comerán a

montones en cuanto se enfrenten a nosotros.

La carcajada de los soldados españoles debió oírla hasta Rommel, pero a ti tuvieron que explicarte la broma. Los más veteranos, algunos jornaleros en los campos andaluces, se deshicieron en detalles grotescos sobre las propiedades astringentes de esos frutos.

Durante tres días, nada más sonar el toque de diana, se os permitió bañaros en las aguas calientes. Era la mejor medicina contra el frío nocturno y una excelente vacuna ante el brusco cambio de temperatura.

El día 5 de marzo todo cambió: la RAF avisó al Estado Mayor de la Fuerza L de que sesenta Panzer y cien camiones con soldados se acercaban a vuestra posición. Rommel había lanzado la vanguardia de la 90.^a División Panzer contra vosotros. Y ya alcanzabais a distinguir la nube de polvo con los prismáticos.

Había llegado el momento de respaldar con hechos la contestación de Leclerc a Montgomery cuando este le sugirió: «Intentarán una maniobra de uña para entrar por nuestra retaguardia. Su posición es la más débil, le sugiero que retroceda ochenta kilómetros al sur. Y resista lo que pueda hasta que llegue el general Fregberg con su división blindada». «No pasarán», respondió rotundo Leclerc repitiendo la arenga republicana en la defensa de Madrid.

Desplegados en abanico, como rayos desde el sol, treinta Stuka en vuelo rasante ametrallaron y bombardearon todo lo que se movía en el *box*. Después se elevaron con elegancia, como si desfilaran, luciendo sus esvásticas negras en los costados. Cuando los perdisteis de vista, un chirrido agudo os machacó los tímpanos.

—Bête, ¿no querías saber para qué sirve el oído musical en la

guerra?

En la trinchera, desde tu agazapada posición, miraste perplejo a un sonriente Fábregas.

Al notar tu desconcierto, continuó:

—Cuando oigas el estridente sonido de un Stuka, no te preocupes, no va a disparar.

Las sirenas de los treinta aviones os ensordecían mientras caían en picado sobre vosotros. De repente, el chirrido cesó.

—Ahora es lo peligroso —te explicó—. Abren las compuertas: arrojan las bombas —entonces gritó a la sección—: ¡A cubierto!

Segundos más tarde, Ksar Rhilane se convirtió en un queso lleno de cráteres. A continuación, una unidad de infantería motorizada nazi asaltó vuestras primeras alambradas, y las cadenas de los Panzer retumbaron en el erial.

La orden del coronel Dio se oyó por encima de la batahola:

—¡Fuego!

Las piezas de la artillería inglesa del comandante Clark crearon un paraguas de metralla sobre Ksar Rhilane y los morteros medios alejaron a los alemanes de la zona protegida por alambres. El estruendo se prolongó durante dos horas antes de que el coronel ordenara el alto el fuego.

Los Havilland Mosquito de la RAF habían llegado en vuestra ayuda, convirtiéndose en la razón del cese del fuego artillero. Se dirigieron directos al avance de la 90.^a División y a sus carros, provocando su detención en zonas protegidas por la vertical de barrancos.

Seis blindados os sorprendieron por el sur; habían abierto brecha en los campos minados atravesando la barrera artillera y avanzaban imparables. Pero les quedaba superar las hoyas

individuales, el verdadero orgullo de Leclerc. De ellas se alzaron antitanquistas con cañones Bohler del 47 y dispararon al de vanguardia y al de retaguardia. Los otros cuatro se vieron desconcertados en medio de un atasco de chatarra. Botellas de gasolina, disparos del 47 a los que se unieron los del 75 en los laterales de los blindados alemanes y minas en sus vientres convirtieron aquella sección de Panzer en vacíos esqueletos de metal.

La letra y la música de la muerte se repitieron al día siguiente. El comandante inglés, obligado por Montgomery a apoyarlos con la artillería, no daba crédito a lo que contemplaba: soldados que, tras cuarenta y ocho horas enterrados, saltaban sobre los Panzer como jinetes domando potros salvajes, colocándoles cargas en el vientre o arrojándoles botellas incendiarias; gargantas alemanas abiertas por el filo de machetes empuñados por fantasmas en noches ciegas; asaltos inopinados de vuestros musulmanes argelinos sobre las trincheras del Eje a bayoneta calada invocando a Alá, ya que sentían que los nazis habían perdido la *baraka*, el halo de la imbatibilidad. Erais un ejército de hormigas que se alimentaba del acero de un enorme insecto nazi.

—Jamás contemplé temeridad más insensata —opinó el comandante Clark ante el general Leclerc, durante un receso en la batalla, refiriéndose a vuestra forma de saltar sobre los Panzer.

—Pues tápese los ojos —le contestó con desdén.

Y es que Leclerc probablemente sospechó cuál era la distancia más corta a la que el jefe artillero había visto a un soldado de la Wehrmacht: en la lente de sus prismáticos.

Todo se repitió hasta el día 10, que amaneció con un ataque masivo: artillería pesada, aviones en vuelo rasante ametrallándolo

todo, una unidad móvil nazi que asaltaba vuestras trincheras y los Panzer avanzando en el horizonte.

Te preguntabas cuánto resistiríais cuando oíste una voz.

—Cabo, acérquese.

El requerimiento te llegó del *adjutant-chef*, al disponerte a salir de la hoya. No bien llegaste a su altura, completó la orden: —Intérnese en las posiciones enemigas, sin miedo. Si le descubren le tomarán por un desertor...

—¿Qué he de hacer? —preguntaste desorientado.

—Localice el puesto de mando alemán y le vuela la cabeza al general nazi que dirige esto.

«El límite: lugar a partir del cual Campos quiere que seamos invencibles». La evocación de las palabras de Fábregas lubricó tus tendones mientras ajustabas el bípode en la mochila junto a los binoculares de seis aumentos y una cantimplora con cinco litros de agua. Revisaste el Mosin y la munición, y saliste de vuestra línea defensiva en dirección norte a cumplir la orden.

Apenas te hubiste alejado trescientos metros, un ataque por el este de las unidades motorizadas alemanas hizo detener tu avance. El grupo de guerreros de Tibesti se lanzó sobre ellos a bayoneta calada, demostrándoles lo que significaba la superioridad de la raza aria frente a gigantes de dos metros: nada. El contacto con las hojas de metal en el cuerpo a cuerpo te produjo escalofríos.

Miraste hacia delante. Tenías una misión que cumplir.

Avanzaste despacio, de piedra en piedra, de montículo en montículo, de duna en duna hasta las dos en punto de la tarde, cuando cincuenta aviones Mosquito nublaron de nuevo el cielo. A partir de ahí, aprovechando la cobertura aérea, comenzaste a correr.

Pero aquello se prolongó sólo una hora. Desde ese momento te ocultaste, pues un centenar de Stuka Junker convirtió Ksar Rhilane en la charca en la que depositaron un diluvio de hierro y fuego.

Llegaste a las posiciones alemanas. No había alambradas. «En ningún momento han previsto la defensa. O atacan o retroceden», te dijiste. En vanguardia, había soldados nazis entre las piedras con prismáticos en forma de doble antena. Debías tener cuidado para no delatar tu posición. Viste Panzer ocultos en los entrantes de Matmata, camiones para transportar unos tres mil soldados y tal vez casi las mismas piezas de artillería que vosotros. Nada de eso importaba en aquellos instantes: la batalla se libraba en los cielos.

Tenías que darte prisa, pues el ulular del viento y las primeras estrellas te indicaban que anoecería enseguida. Desde atrás de la cresta sable de una duna escrutaste las posiciones nazis con los prismáticos. Al fondo, en retaguardia, te pareció distinguir sobre un collado una tienda de lona con soldados alrededor de lo que parecía una mesa. O mucho te equivocabas o aquel era el puesto de mando nazi. Continuaste avanzando hacia él por el flanco derecho de su despliegue, sin arrimarte a menos de quinientos metros y manteniéndote oculto entre dunas y piedras.

Allí se encontraba aquel general, sobre la torreta de un Panzer, a unos mil metros. Su gorra de plato lo distinguía de la tropa y a la vez lo delataba. Contemplaba el desenvolvimiento de sus tropas con un telescopio de diez aumentos apoyado sobre el blindado. Para ti, su cabeza tenía el tamaño de un garbanzo. Con todo, si seguía inmóvil observando la batalla, no habría problemas.

El viento silbó con fuerza, no podías disparar hasta que se

calmase. Por fin, el aire se detuvo. El general permanecía impasible ante la lente. Era el momento.

Objetivo en el punto de mira. Vaciaste los pulmones. Buscaste los latidos...

Detuviste el disparo.

Algo había llamado la atención del general nazi y se había retirado del telescopio para cedérselo a uno de sus jefes. La intriga te carcomió. Dirigiste tus binoculares hacia el punto de su atención: ocho Panzer ardían en el pedregal, una sección de soldados de la Fuerza L saltaba de sus hoyas chorreando arena como si fueran espectros llegados del reino de Plutón y cuatro soldados trepaban sobre el único Panzer indemne, tratando de abrirle la escotilla y abrasarlo a base de botellas de combustible. Nada que tú no conocieras o no estuvieses preparado para imitar. A lo mejor Fábregas había acertado de nuevo y los hombres y la naturaleza fueran superiores a las máquinas.

Te volviste hacia el general. Gesticulaba enérgico, dando órdenes. Los soldados del puesto de mano se dirigieron de prisa hacia sus vehículos y emprendieron la retirada hacia el norte. El jefe alemán se mantuvo en su posición, como para ser el último en evacuarla, tal como el capitán de un barco que naufraga. Panzer y camiones con la mayoría de los soldados siguieron la misma ruta que sus superiores.

Apuntaste de nuevo. Sólo lo necesitabas un segundo inmóvil y la tapa de sus sesos acompañarte a los blindados esparcidos por el arenal de Ksar Rhilane. Las ametralladoras MG 151 de una escuadrilla de Messerschmitt BT 109 cayendo en picado les sirvieron de cobertura, y el impacto de su metralla de himno marcial en la retirada. La Fuerza L había aguantado el envite del

Afrika Korps.

«Un segundo, sólo uno», te repetías. El general regresó a sus prismáticos. Lo situaste en el punto de mira.

Soltaste el aire. Tus latidos. Toc, toc, disparaste...

Fallaste.

Se había movido en el último instante y la bala impacto en la pared rocosa de atrás.

Con calma, dirigió sus binoculares hacia tu posición. Os distinguisteis. Llevó la punta de los dedos a su gorra y te saludó con marcialidad. Correspondiste. Ambos sabíais que no habría otro disparo: los tiradores de élite nunca lo repiten. Si se falla el primero, el segundo no tiene sentido, la presa está alertada.

Su vehículo arrancó y se incorporó a la cola del desfile hacia el norte de los restos de la otrora invencible 90.^a División Panzer. Tal vez se dirigía a preparar su atrincheramiento en Djebel Outid, pensaste.

La noche había caído sobre Ksar Rhilane cuando atravesaste vuestras posiciones defensivas. El viento transportaba el olor de aceite quemado, de gasolina y pólvora abrasadas y de restos humanos calcinados. La arena rojiza se había tizado de negro y carmesí. El paisaje estaba surcado por cráteres en los que yacían cuerpos vuestros o alemanes; el color de su piel los diferenciaba, pero la sangre era igual en todos.

Te dirigiste hacia las trincharas de los compatriotas. Suplicaste que nadie de los vuestros hubiese caído.

Soldados griegos del Batallón Sagrado evacuaban heridos. Distinguiste cómo cargaban en un vehículo a vuestro capitán Dronne con heridas en el vientre, posiblemente de las MG de los Messerschmitt. Antes de llegar a tu sección te cruzaste con el

puesto de mano de la Fuerza L. Leclerc, apoyado en su bastón, como si te esperase, te preguntó: —Cabo, ¿mató a Rommel?

—Ro...

Quedaste estupefacto. Parecía que las arenas de Ksar Rhilane fueran a tragarte. Habías tenido al *Zorro del Desierto* en tu punto de mira y habías fallado. Por tu expresión, Leclerc debió aventurar lo ocurrido y, obviándote, se dirigió hacia el telegrafista.

—Mensaje a Montgomery.

—Cuando quiera, mi general.

—Enemigo se retira al norte. Stop. Han perdido 70 carros y 10 cañones. Stop. Nuestras bajas son mínimas. Stop. No pasaron. Stop.

Te encaminaste hacia vuestras trincheras.

¿Había sido Ksar Ghilane vuestro Bir-Hakeim o aquello acababa de empezar? La pregunta sin respuesta se perdió contigo entre los cadáveres propios y ajenos. Y tu piel comprendió el significado de hacer *Camerone* de la 13.^a Semibrigada: morir combatiendo, sin dar un paso atrás, mientras quedase con vida uno de los vuestros.

La «Columna Leclerc» enterró a sus muertos a los pies del *limes* romano sin llantos ni cruces ni flores sobre sus tumbas. Sólo unos versos de Federico García Lorca recitados por Fábregas. Al terminar, dirigió la mirada hacia los cadáveres alemanes tendidos en los cráteres provocados por sus propios obuses y, como si hablase con los muertos, remató: —Empieza el llanto *de la guitarra*. Es inútil callarla.

No había ningún español entre los fallecidos. La mayoría habían sido senegaleses del grupo de Tibesti, caídos en el cuerpo a cuerpo con soldados de la Wehrmacht. Entre los heridos, el más significativo para vosotros era Raymond Dronne, *el Capitán*.

Ksar Rhilane había sido vuestra prueba de fuego contra el Afrika Korps y la habíais superado con éxito. Los extenuantes entrenamientos en el desierto, la fusión de los hombres con la naturaleza, la camaradería entre las razas alrededor de las fogatas nocturnas y... la letra y música de vuestras canciones habían resultado eficaces.

Puede sonar extraño contar esto décadas más tarde, pero cuando quedasteis a solas en vuestra posición carbonizada por los bombardeos de los Stuka y las almas de vuestros muertos corrían en busca de la gloria bajo las arenas de Túnez, comenzasteis a reconstruir las posiciones defensivas del *box* a golpe de cánticos. Las filas galas entonaban *La Marseillesa*, pero la que más jolgorio despertaba era *Chant du Départ*.

—Me gusta —comentó Fábregas al escucharles—. Da la impresión de que quieren revivir la Revolución francesa.

El *Himno de Riego* y el *Ay, Carmela* tomaban el relevo desde las filas españolas. Los senegaleses y cameruneses salmodiaban letras guerreras de sus tribus y hasta se tiznaban el rostro con líneas y símbolos de significado desconocido para ti. Los argelinos canturrearon alguna copla beduina y los griegos del coronel Gigantes tatareaban algo ininteligible, mientras los ingleses del comandante artillero Clark asistían mudos al recital ofrecido por los soldados de la multirracial Fuerza L.

El tercer día de la retirada de los Panzer hacia las posiciones de Djebel Outid amaneció con el sol expandiéndose, en la linde del desierto con el cielo, como un huevo estrellado. A su luz le acompañaba una nube de polvo y el rugido metálico de las cadenas de blindados.

Os pusisteis tensos, dispuestos a regresar a las trincheras y a

las hoyas, pero la orden del general no llegó. Y es que Leclerc sabía que eran fuerzas aliadas.

Ante vosotros desfiló la división blindada neozelandesa, la del teniente general Freyberg. Llegaba de Libia con orden de destruir las defensas alemanas en las montañas centrales de Túnez. Leclerc contemplaba de pie, apoyado en su bastón y cubriéndose de polvo, el paso de cientos de Sherman y Half-Track con casi veinte mil soldados. La mueca de su rostro reflejaba que lo que más ambicionaba en su carrera militar era una división blindada a sus órdenes.

El *jeep* de mando del teniente general se detuvo a la altura de Leclerc mientras que los carros de combate continuaron su ruta hacia el noroeste. Freyberg descendió del vehículo y se dirigió al Patrón. Era más alto y fornido que Leclerc, y un bigote insignificante cruzaba su tez morena.

—Le traslado nuestra admiración por haber contenido el avance del Afrika Korps —saludó a vuestro general.

A ellos se unió corriendo el comandante inglés Clark y, después de cuadrarse ante los generales, solicitó a Freyberg: —Mi general, le ruego que me releve por otro jefe artillero. Yo no puedo seguir en la Fuerza L. Son seres que parecen no temer la ira de Dios.

El neozelandés, extrañado, interrogó con su mirada a Leclerc, pero sólo recibió por respuesta un encogimiento de hombros y una sonrisa.

Antes de despedirse y sustituir al comandante Clark, el teniente general miró la bandera de la Francia Libre que ondeaba en la torre del *Ksar*, y se lamentó: —Es una pena que su enseña no pueda lucir sobre Túnez cuando lo ocupemos.

—¿Por qué dice eso? —preguntó desconcertado Leclerc.

—¿No lo sabe?

—¿Qué he de saber? —inquirió el Patrón con impaciencia.

—Montgomery se enfadó con su compatriota Koenig, porque desobedeció una orden en Himeinat y...

—¿Qué ocurrió?

—Monty ordenó atacar de frente la posición, pero al llegar a ella, las fuerzas de la 13.^a se encontraron con una columna Panzer. Y Koenig, en vez de atacar, construyó un *box* para impedir el avance.

—Hizo *Camerone*.

—Perdón.

—Que mi compañero se sintió en inferioridad de condiciones y prefirió adoptar la forma de lucha en la que son invencibles.

—Ya, entiendo. Pero al inglés no le gustó. De ahí que destinase a Koenig a la Línea Mareth como fuerza de reserva. Por eso, la bandera de la Francia Libre no ondeará en Túnez.

Aquellas palabras se debieron clavar en el cerebro del Patrón como un obús del 105 sobre un suelo de arcilla. Leclerc agachó la cabeza, el humo de su cigarro golpeó sus ojos. El neozelandés, por su gesto, debió comprender que, sin proponérselo, le había asestado una puñalada. La conciencia debió carcomerle sobre la oportunidad perdida de haber callado, porque prefirió despedirse: —Gracias de nuevo por haber contenido a Rommel. Teniéndole a usted en Ksar Rhilane, estamos seguros de que el Afrika Korps no intentará maniobras envolventes por el sur.

El Patrón alzó la cabeza, y Freyberg debió sentir el mismo escalofrío de todos los que visteis el rostro de Leclerc. Sus facciones se habían ocultado detrás de la bruma del cigarro y, en su lugar, una máscara macilenta sonreía.

Cuando el teniente general y la división blindada neozelandesa se perdieron de vista y sólo intuían la nube de polvo a su rebufa, se oyó el grito de Leclerc: —Levanten la posición. Salimos hacia Túnez.

LAS ALTAS ESFERAS

ERA LA MADRUGADA DEL NUEVE DE ABRIL. Los cuernos de la luna aún comparecían tímidamente, el aire se detuvo y el sol se superaba a sí mismo sobre las pistas del aeródromo de Túnez. Dos mandos de la Wehrmacht, al pie de la escalinata de acceso a un Gotha Go 224, entablaban lo que sospechaban sería su último diálogo en África.

—Espero tener suerte y convencer a Hitler de que necesitamos con urgencia combustible y refuerzos.

—¿Y si el Führer no accediera?

El mariscal Rommel tragó saliva antes de contestar al aristocrático y altivo *Generaloberst* Hans Jürgen Von Armin.

—En ese caso no cumpla la orden que le llegará de Berlín de resistir hasta la muerte. No conduzca a nuestros soldados hasta ese destino. Límitese a capitular. Yo me hago responsable de esa decisión ante el Führer.

El estruendo de los motores del 224 apagó las últimas palabras de Rommel y el giro de las hélices del Gotha provocó un violento viento, lo que les obligó a sujetarse las gorras de plato y agachar la cabeza para que la arenisca no les cegara.

—Mariscal, lo importante es que cuide ese hígado y regrese con más fuerzas —expresó el *Generaloberst* ante la faz amarillenta de Rommel.

—Lo intentaré.

—Si va a visitar al teniente coronel Claus Von Stauffenberg —gritó Von Arnim para hacerse oír por encima del rugido de los motores del Gotha—, trasládele mis deseos de que se mejore cuanto antes.

—Así lo haré, *Generaloberst* —dijo con un pie en la escalinata.

—Mariscal, ¿me permite una pregunta?

Rommel detuvo el ascenso, se giró hacia Von Arnim y asintió.

—El general Von Vaerst me comentó lo afirmado por el teniente coronel, cuando se le evacuó herido, de que había que matar a Hitler. ¿Qué opina de ello?

—Yo no opino. Soy un soldado y cumplo órdenes.

—*Heil Hitler!* —cerró Von Arnim.

Rommel no pronunció palabra, se limitó a alzar su mano extendida sin mucho entusiasmo e introducirse en el avión. Un minuto después, el Gotha Go despegó ante la atenta mirada del *Generaloberst*, impasible en la pista con los dedos cruzados y deseando que la misión del mariscal tuviera éxito. En caso contrario, se veía conducido a un campo de prisioneros aliado o, lo que era peor, al interior de una tumba en el desierto.

CUATRO HORAS MÁS TARDE, ese mismo día, a casi quinientos kilómetros de distancia, el general Patton entró como una apisonadora en el despacho de Eisenhower.

—Ike, ¿para qué me llamaste?

—Siéntate —ordenó con calma Eisenhower—. ¿Quieres un cigarro? —Y le ofreció el contenido de una pitillera dorada.

—Gracias, pero prefiero uno de los míos —dijo Patton extrayendo un puro del bolsillo izquierdo de su guerrera.

—Seguro que te preguntas por qué te he hecho venir hasta aquí —manifestó con calma mientras encendía un cigarrillo.

—Veo que hoy te has levantado muy intrigante —alegó, prendió el puro y añadió—: Pero no tengo prisa, cuando te apetezca puedes contármelo.

Patton se reclinó en el sillón, ante una ligera sonrisa de Eisenhower.

—Tengo una buena noticia...

—Hitler ha muerto.

—Ojalá fuese esa. No, George. Es sobre Rommel.

—Vaya, ¿qué le ocurre a la «zorrita de los arenales»?

—Hace unas horas ha regresado a Berlín.

—La rata abandona el barco.

—No creo que sea eso. Hitler le prohibió permanecer en África por lo de su enfermedad hepática. Pensamos que ha entregado el mando del Afrika Korps a Von Arnim. Y ha regresado a Alemania para convencer al Führer de que envíe refuerzos.

—¿Lo conseguirá? —preguntó Patton apoyando sus codos en las rodillas.

—Es dudoso. El Ejército Rojo le está dando muy fuerte por el este.

—¿Entonces?

—El Afrika Korps ha quedado definitivamente al mando del *Generaloberst* Hans Jürgen Von Arnim —dijo, y le tendió una ficha de identificación con su fotografía.

—Joder, con esas orejas parece el primo de Mickey Mouse.

—Déjate de bromas. Ahora explícame cómo está el cerco a Túnez.

Patton tomó una hoja en blanco de encima de la mesa del escritorio y sacó una pluma del bolsillo. Trazó una línea y de sus extremos desplegó otras dos que se unieron en un punto por debajo. «Un triángulo isósceles invertido. Sugerente imagen de Túnez», pensó Eisenhower.

—Atento. Aquí tenemos el Mediterráneo. —Y dibujó unas líneas onduladas a modo de olas.

—Deja de hacer el memo.

—Vaya, ahora que iba a dibujar los delfines.

—No seas mamarracho.

—La situación es esta —dijo Patton, con una voz que adquirió un tono repentinamente severo—. Dentro del triángulo están los nazis. —Y dibujó una esvástica—. Por el este, aprovechando la llanura de Gabès y siguiendo por las ciudades costeras, entrarán las tropas del inglés *de la seta negra en la cabeza*.

—George, haz el favor de mostrar un poco de respeto por Montgomery.

—Lo que tú digas. Nosotros estamos aquí. —Remarcó la parte oeste del exterior del triángulo—. Entraremos en El Gualtar mañana.

—¿Quién cubre los flancos?

—A Monty se los cubren los rojos de la Legión Extranjera. A nosotros el Corp Franc d'Afrique.

—¿Qué tal estos?

Patton carraspeó y expuso con voz baja: —En el primer enfrentamiento con los nazis, les aniquilaron dos batallones.

—Lo siento —dijo, apartando el cigarro de la boca para continuar—: Supongo que eso socavaría su moral.

—No. Sus muertos los suplen con los cojones que le ponen al asunto. Me gustan. Tendrías que haberlos visto en Dyr Mjadine o en Djebel Sema. Se batieron como cosacos: atacaban y desaparecían.

—¿Cómo es eso? —preguntó extrañado Eisenhower.

—Utilizan una técnica muy rara aprendida en España. Golpean y se repliegan de inmediato sin que nadie sepa dónde están sus posiciones. *Il Régiment Fantôme* lo llaman.

—¿Quién está al frente?

—El comandante Joseph Puzt, veterano de mil guerras. Además, las compañías españolas las manda un antiguo almirante español que se lleva bien con nuestro querido Bradley, un tal Buiza.

—Entiendo. ¿Quién cubre el vértice inferior de tu triángulo?

—Leclerc y sus negros. Son duros los tipejos. Detuvieron el avance de la 90.^a División Panzer en Ksar Rhilane.

—¿De quién depende Leclerc? ¿De nosotros o de...?

—Del de la seta en la cabeza.

—Ya. ¿Qué órdenes ha recibido?

—Que mantenga su posición sin moverse.

Eisenhower depositó su cigarro en el cenicero de latón y

frunció el ceño.

—¿Qué te preocupa, Ike?

Antes de responder, el comandante jefe de las tropas aliadas en África extrajo un telegrama del bolsillo de su guerrera.

—Supongo que nada —dijo—, si es que Leclerc depende de Monty. Por eso pienso que, si está acantonado en Ksar Rhilane, este cable debe de ser una confusión de transcripción.

Le tendió el papel a Patton y este lo leyó en voz alta: —«Leclerc ha tomado Mezzouna». —Soltó una carcajada y exclamó—: ¡Será hijo de puta!

—¿Qué opinas?

El general del revólver de las cachas de madreperla saltó del sillón, mordió el puro y, con una sonrisa, sentenció: —No hay error, Ike. Leclerc ha desobedecido a Montgomery y se dirige a izar la bandera de la Francia Libre en el puerto de Túnez.

CIUDAD SANTA

ERA LA UNA Y MEDIA DE LA NOCHE del 12 de abril. La temperatura había descendido cuarenta grados, el viento silbaba arrastrando partículas de arena que ametrallaban vuestros cuerpos y el medio círculo lunar lucía detrás de la esvástica negra colocada en la torre más alta de la Gran Mezquita de Kairuan.

El grupo del capitán Geoffroy, compuesto por musulmanes argelinos y franceses de la metrópoli, además de vosotros, se adentró en las calles de la ciudad santa. Caminabais pegados a las paredes con la bayoneta calada en el fusil, más dos granadas y un puñal en el cinturón. Estaba prohibido disparar. Aquello era un golpe de mano con hojas de metal.

La ciudad de la aureola legendaria a las puertas del desierto, punto de encuentro de caravanas y mercaderes, de fieles y de sueños, de calles de arena y casas de barro, sintió pasar por sus callejuelas centenarias las botas de la vanguardia de Leclerc. Ibais

pegados a las paredes de adobe y bordeabais con cuidado las esquinas.

Nadie en sus calles, sólo el silencio del desierto roto por el taconeo de los alemanes en sus rondas de vigilancia nocturna.

Vuestra misión: reducir a los centinelas, tomar posiciones clandestinas y esperar el alba. Entonces, junto con los primeros rayos del sol, el grueso de la Fuerza L entraría por todos los puntos cardinales, menos por el norte, para permitirles una vía de escape e impedir que se atrincherasen.

Con subfusiles en ristre, dos soldados de la Wehrmacht paseaban delante de las puertas de la Gran Mezquita. Se detuvieron un minuto a encender un cigarro. Fue suficiente.

Dos argelinos saltaron sobre uno y le rebanaron el cuello con sus gumías. El *adjutant-chef* saltó sobre el otro y le seccionó la garganta de un tajo seco; sangre fría y pulso de hierro: parecía un indio navajo cortando cabelleras. Miraste su rostro. Ni una mueca en su jeta impasible.

¿Qué esperabas? ¿Una lágrima? ¡Cojones! Era Campos, el *mencey* guanche, el gigante de los ojos negros, mandíbula cuadrada, voz ronca, zarpas de oso y el odio al fascismo en sus venas.

Retirasteis los cuerpos de la calle y forzasteis la cerradura de una de las seis puertas de acceso al patio de la Gran Mezquita.

—Con ellos, Bête —te ordenó Campos.

Seguiste a los soldados argelinos al interior. De inmediato, pegasteis vuestras espaldas a las paredes y avanzasteis hacia el portón de acceso al alminar. Lo abristeis sin estruendo. Al penetrar en el torreón, se descalzaron y, con un gesto, te ordenaron que te quedases vigilando. Ellos ascendieron por las

escaleras de piedra como gatos con la goma en los dientes. Al minuto, escuchaste un chasquido de dedos: era la señal. Ascendiste a lo alto del minarete saltando de tres en tres los escalones. Un alemán yacía en el suelo con varias puñaladas en la espalda y la tráquea abierta.

Quedaste en la cúpula del alminar acompañado de un soldado argelino que vigilaba la puerta de acceso; el otro regresó para unirse al grupo de Geoffroy.

Con la lente del prismático del Mosin oteaste los alrededores. En aquel balcón te habías convertido en el nuevo *muecín*, pero con una diferencia: no ibas a realizar las cinco llamadas diarias a la oración.

Distinguiste cómo la compañía se dividía en tres secciones que ocupaban las callejuelas del centro. Pegado a las tres puertas de la mezquita de Jama Tieta Bibane había un Panzer. La sección de Fábregas lo asaltó, sacando a sus tripulantes por la torreta con navajas de muelle y cuchillos curvos de empuñaduras de hueso rozando sus cuellos. Después los perdiste de vista en la oscura santidad de Kairuan.

Las horas de vigilancia transcurrieron con lentitud, pero no te importaba: el desierto te había entrenado. En él no hay prisa para nada y si sobra algo es el tiempo.

En aquellos momentos de silencio y espera, recordaste algo ocurrido días atrás.

Después de que el general neozelandés informase indiscretamente a Leclerc de que la bandera de la Francia Libre no ondearía en Túnez, el Patrón se volvió loco. Trazó sobre el mapa una línea recta desde Ksar Rhilane al puerto de la capital. Y le seguisteis.

Avanzasteis con la cordillera montañosa del Atlas a vuestra izquierda y las fuerzas norteamericanas al otro lado. Primero seguisteis el rebufo de la división del general Freyberg. Llegasteis con ellos a Djebel Outid y, al ver a Leclerc, el neozelandés, desconcertado, le preguntó: —¿Usted no tenía que quedarse en Ksar Rhilane?

—Suelo templar el hierro cuando está incandescente —respondió el Patrón.

—Pero Montgomery le ordenó...

—Yo no obedezco órdenes estúpidas.

Recuerdas que, entonces, el general neozelandés sonrió. Tuviste la impresión de que Montgomery no le caía simpático a ninguno o que se había establecido una amistad a simple vista.

Después de este encuentro, les superasteis por su derecha, pues los neozelandeses avanzaban a la velocidad de los Sherman.

Cuatro días más tarde arribasteis a Gabès. Corristeis como demonios. ¿Qué era un centenar de kilómetros en los arenales cuando habíais recorrido miles? Además, Leclerc tenía prisa e ideó su método de combate: maniobrar, atacar, destruir, desarmar al enemigo sin hacerlo prisionero y seguir avanzando sin recoger ni enterrar a nuestros muertos. Para ello se creó una escuadra de mutilados que realizaban esta operación en la retaguardia.

El 8 de abril adelantasteis por la izquierda al VIII Ejército Británico que seguía la ruta al este de la costa: Gabès, Staf, Mahdia... No se percataron de vuestra presencia o el general Montgomery hubiese ordenado deteneros bajo amenaza de consejo de guerra. Y al día siguiente entrasteis en Mezzouna.

Aquella forma de avanzar, el *siempre adelante*, te entusiasmaba. Leclerc había transformado los trescientos sesenta

grados sobre los cuales se desarrollaba una guerra en uno solo: el frente. Ya únicamente os restaban ciento sesenta kilómetros hasta el Mediterráneo. Cada día que pasaba más cerca te encontrabas del campo de concentración de Natzweiler-Struthof y de matar al *Obersturmführer* Rudolf Törni.

El viento cesó y quedaron pocas estrellas. Tu pensamiento regresó al presente. De un momento a otro, el sol iluminaría del color de la sangre la ciudad santa. Llegó precedido de una brisa que jugaba con la arena formando un caleidoscopio vivo de filigranas cambiantes que danzaban sobre los caminos y hasta en el interior del enorme patio de la Gran Mezquita. Al fondo, la polvareda. En la ciudad, los disparos. La Columna Leclerc había llegado.

Habíais sorprendido al batallón alemán que defendía la ciudad. Los combates se daban calle por calle, esquina por esquina, casa por casa, ya fuese con ráfagas de subfusiles o a bayoneta calada. La artillería permaneció muda y los Stuka no comparecieron.

Por tu parte, desde el balcón del minarete sólo te viste obligado a matar a dos soldados de la Wehrmacht que esperaban agazapados en una esquina la llegada de los vuestros. Ya no sentías nada al matar. Te estabas transformando, cada día te volvías más insensible, igual a los tiempos que os tocaban vivir. «La inocencia arrugada», lo habría bautizado cualquier poeta.

Vuestro botín: siete Panzer Tiger ardiendo, veinte muertos, treinta heridos, doscientos prisioneros desarmados y dejados a su suerte en la boca del desierto, granadas de mano, subfusiles, pistolas, cañones anticarro y miles de litros de combustible. En vuestras filas contabilizasteis un muerto y una docena de heridos. Quitasteis todas las banderas con la cruz gamada e izasteis las de

la Francia Libre.

Fin de la batalla, y la imagen que se repetiría meses más tarde a lo largo de vuestro recorrido por Europa: Fábregas sentado en el suelo con la espalda apoyada en una pared, su subfusil con el cañón aún humeante reposando en la arena, encendiendo un cigarro. Era el culmen de un orgasmo. Sólo le faltaba la guitarra.

Puestos de guardia en la ciudad, cena arrebatada a la Wehrmacht, seis horas de sueño y salida hacia Túnez.

—El puerto de Le Goulette será el Dunkerque nazi —adelantó Fábregas.

Al día siguiente abandonasteis Kairuan y, viendo alejarse el macizo de Zaghouan a vuestro costado, avanzasteis hacia el norte escoltados a la izquierda por la división blindada neozelandesa y el VIII Ejército Británico a vuestra derecha. Atrás quedó la ciudad santa de los *suníes* y sus edificios sagrados. Sólo tuviste un instante antes de partir para embobarte con el enorme patio de la Gran Mezquita y el mármol, el granito y el pórfido de las paredes en la sala de oración. «No entres», te ordenó Fábregas. «A los no creyentes nos está prohibido el paso. Así no enfurecemos a los habitantes de Kairuan y nos verán como Aliados».

Marchabais todo lo rápido que es posible para los seres humanos en pistas sólo indicadas para obstinados camellos. La Columna Leclerc no se detenía ante nada. Ibais dejando atrás aldeas que habían crecido alrededor de pozos, nómadas que sacaban agua con ocre para calmar su sed o la de su ganado, tiendas abiertas por los cuatro costados con niños y mujeres de atuendos diversos y bellos colores que pincelaban el amarillento paisaje, tuareg con porte y andares mayestáticos; todos, con su parsimonia habitual ajenos a batallas de extranjeros invasores de

su horizonte, honor y grandes arenales, os miraban de forma abierta e indisimulada.

Los exiliados españoles seguíais encuadrados en la compañía del capitán Geoffroy.

—Sabéis, el capitán tuvo un homónimo que fue líder de los Templarios allá por el siglo XIV. Cuentan que durante tres años hasta custodió el Santo Sudario —os dijo Fábregas, sin desaprovechar ocasión para instruirnos—. Geoffroy de Charny se llamaba.

Vuestra forma de ataque seguía siendo la misma: asaltos nocturnos a bayoneta calada y ocupación de las aldeas o ciudades por el grueso de la Fuerza L al amanecer. El 25 de abril ocupasteis Susse y, al ritmo de marcha de camellos por las dunas sin descansar jamás, seguisteis hacia las colinas que bordean Túnez.

—¡A galopar, *a galopar* —canturreaba Fábregas— hasta enterrarlos en la mar!

Al amanecer del día 7 de mayo os encontrabais a las puertas de la ciudad.

—¿Qué cojones hace aquí Leclerc? —rumoreaban que había gritado un desencajado Montgomery.

Fuera como fuese, el caso es que el inglés os asignó como fuerza de apoyo el batallón 501.^º de carros de combate. Aquellos *boinas negras* se iban a convertir, sin que lo sospecharais, en vuestros compañeros más allá de África, en el mismo corazón de Europa: París. Eran soldados y mandos franceses con conductores españoles, argentinos, chilenos y algún uruguayo. Eso hizo que simpatizarais con ellos de inmediato.

Túnez se encontraba sitiado. Sólo les quedaba la línea ocupada por la 5.^a División Panzer desde el puerto de Le Goulette al de

Bizerta y las aguas del Mediterráneo para emprender la huida. A vuestra derecha, el impresionante despliegue de la fuerza inglesa. Por la izquierda, se aproximaban los yanquis.

Os llegaron noticias de que además de los españoles enrolados en la Legión Extranjera de la brigada del general Koenig, en la que se encontraba tu hermano, había muchos más en un nuevo ejército que tomaba las cotas de acceso al puerto de Bizerta al este de Túnez: el Corp Franc d'Afrique. Decían de ellos que eran seis mil y habían conquistado la cota 84 permitiendo el paso de los tanques de Patton y Bradley hacia las posiciones alemanas. Los ingleses y norteamericanos los calificaban como muy primitivos, pues avanzaban con asnos famélicos o mulos, con alforjas cargadas de granadas de mortero ligero y minas, a través de matorrales y lomas indiferentes a los disparos desde los nidos de ametralladoras y búnkeres de la Wehrmacht. Eran una especie de Tercios de Flandes compuestos por franceses y españoles que suplían su falta de armamento moderno con una importante dosis de entusiasmo y habilidad. De lo que oíste sobre ellos, una cosa te llamó la atención: marchaban siguiendo el ritmo de los acordes de *Chant du Départ* y el *Himno de Riego*.

También os contaron sobre la masacre sufrida por el Corp Franc d'Afrique. Al parecer, los cuerpos de cientos de soldados pertenecientes a sus batallones de asalto se encontraban diseminados por las laderas de las colinas que circundan Bizerta. La mayoría pertenecían a las compañías españolas. Dijeron que la división blindada del general Bradley había accedido al puerto gracias al coraje demostrado por aquellos primitivos combatientes al enfrentarse a cuerpo descubierto con nidos de ametralladoras, búnkeres y posiciones defensivas anticarro. «Ahí tiene su camino

despejado hacia Bizerta», le habría dicho el capitán Miguel Buiza al general Ornar Bradley. Este, según comentaron, contempló la ladera de la cota 84 plagada de hombres mutilados por la metralla, saludó militarmente a Buiza, y, con un nudo en la garganta, sólo puedo articular una palabra: «Gracias».

No hubo defensa numantina de la capital de Túnez. La Wehrmacht ya no poseía destructores en el Mediterráneo, la RAF los había aniquilado. Tampoco llegaron refuerzos desde Sicilia y el estruendo de los Stuka jamás compareció. Soldados alemanes huían hacia Italia, abandonando armamento y uniformes, en simples embarcaciones de fortuna o botes de pescadores. Aún así, algún cañón del 88 de los nuevos Tiger alemanes consiguió diezmar más de una sección aliada. Pero os daba igual: la raza superior había caído y, lo más importante, la *baraka*, su aureola de imbatibilidad, había desaparecido de la faz de la Tierra. Comenzaban a sentir el miedo.

La 5.^a División Panzer se rindió sin ofrecer gran resistencia antes de ponerse el sol. A los dos días, el general Von Vaerst se entregaba a las fuerzas norteamericanas comandadas por Ornar Bradley. Después, el jefe accidental del Afrika Korps, el *Generaloberst* Von Arnim, capituló, y a las veinticuatro horas los italianos de Giovanni Messe se rindieron al neozelandés Freyberg. Habíais derrotado al Eje en el norte de África, casi un cuarto de millón de prisioneros constituyó la prueba.

Las fuerzas de infantería aliadas fueron ocupando y asentándose en las callejuelas de Túnez. La Fuerza L les acompañó. Entrasteis en dos filas con las espaldas pegadas a las paredes y vigilando los tejados y balcones de hermosos ornamentos maltratados por las balas. Os llegaba una gran

variedad de olores que envolvían al de la pólvora, desde el nauseabundo de las cloacas abiertas por impactos de metralla hasta los de las flores de bellos jardines. Se produjeron algunos disparos aislados, posiblemente de francotiradores protegiendo la retirada. El despliegue en la capital se completó en dos horas y a la Wehrmacht sólo le quedaron las aguas o los campos de prisioneros.

Habían transcurrido casi cuatro años desde que arribasteis al puerto de Orán, aquel abril de 1939. Compañías de Trabajo, la Legión Extrajera de Vichy, la deserción e ingreso en las fuerzas de la Francia Libre y miles de kilómetros por el desierto: Koufra, el Fezzan, Trípoli, el *box* de Ksar Rhilane y Túnez. Todo ese periplo desfiló por tu mente sin que desapareciera la imagen de tus manos en torno al cuello del *Obersturmführer* Rudolf Törni.

De aquella exitosa campaña hubo algo que te marcó tanto como la capitulación del Afrika Korps. Era el atardecer de primer día de ocupación. Túnez era vuestro y los soldados paseabais relajados por las calles de los zocos. Fábregas fumaba un cigarro sentado en una piedra plana, apoyando la espalda en una pared de adobe de El Kumach, adornada con coloridos pañuelos y velos de los comerciantes instalados en los alrededores. La perla que brillaba en el lóbulo de la oreja del sargento te indicó su paso por El Birka, el zoco de los joyeros.

—Cada vez más cerca de tu *Obersturmführer*, ¿eh, Bête?

—Sí, mi sargento, cada vez más.

Te sentaste a su lado y encendiste un cigarro mientras observabais en silencio a los soldados ingleses y norteamericanos regateando con los vendedores locales, que mentían en un inglés de saldo sobre el precio de los productos. El chófer de un *jeep*, con

un oficial yanqui a su lado, aporreó el claxon con insistencia pidiendo paso a la marabunta armada. Con desgana le abrieron un camino y el vehículo se perdió por las callejuelas de El Kumach dejando tras de sí un remolino de arena.

—Otro Cabo de Hornos superado. Cuando quieras te coloco el segundo arete —dijo, antes de arrojar la colilla.

—Sólo quiero entrar en Europa cuanto antes.

Te miró sorprendido y preguntó:

—¿No te has enterado?

—¿De qué, mi sargento?

—Han disuelto la Fuerza L.

La Fuerza L había sido disuelta en aras a la creación de supuestas divisiones blindadas de la Francia Combatiente equipadas con armamento norteamericano. Los rumores crecían y parecían tener visos de realidad pues a Leclerc le habían concedido otra estrella y si un general de caballería posee ya tres, necesita concretar su sueño: el mando de una división. Pero de momento todo había quedado en habladurías.

Las fuerzas aliadas acamparon a las afueras de Túnez y todos los días disfrutabais de unas horas de permiso para entrar en la ciudad. El alto mando inglés había prohibido a sus soldados frecuentar los barrios de prostitutas. Al parecer, tenían un grave problema con las enfermedades venéreas: la mitad de sus tropas las padecían. Al escuchar esa orden, no pudiste evitar el recuerdo del mes que sufriste en la Línea Mareth a fuerza de azufre e inyecciones de bismuto por culpa de la compañera puta y por haberte dejado convencer por Gitano. Te preguntaste qué sería de él.

El día 20 de mayo amaneció despejado y con la luna llena aún

en el cielo. De los seis grados centígrados de la noche pasasteis a los cuarenta al mediodía, la hora en la que estaba previsto el desfile de todas las unidades que habían derrotado al Afrika Korps por las avenidas Maréchal Galliémi y Jules Ferry. La Fuerza L destinó una compañía del Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad para el desfile. Ni Fábregas ni Campos se ofrecieron voluntarios, odiaban los desfiles, las marchas y las fanfarrias militares. Sólo querían entrar en Europa y enfrentarse a los nazis, y lo demás carecía de importancia para ellos. Se quedaron en el campamento; Campos, lanzando cuchillos desde veinte metros sobre el tronco de un olivo, en tanto que Fábregas encharcaba lagartijas a escupitajos mientras tocaba la guitarra. Tú les habías secundado en la decisión, pero eso no impidió que aquella mañana te encontrases entre la multitud aplaudiendo.

La grímpola del VIII Ejército inglés abrió el desfile; la siguió la del II Ejército norteamericano y detrás, el resto. Contemplaste con orgullo el estandarte de vuestro regimiento exhibido en las bayonetas de los fusileros de Tibesti que marchaban al frente. «Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad», se leía. Debajo, la Cruz de Lorena bordada, simulando un ancla con su maroma, y los bordes del banderín adornados con flecos color oro.

La muchedumbre agrupada en los laterales de las avenidas lanzaba gritos de entusiasmo. Mujeres sin velos y con hijos harapientos de ojos picaros formaban la primera fila de espectadores. Detrás, los hombres con turbantes o sin ellos, pero con gumías que se adivinaban en sus cinturones. Y muchos soldados que, como tú, no participaban en el desfile por no haber sido elegidos o por no haberse presentado voluntarios. Aquello era un caos infinito de alegría, olores, colores y cánticos.

Enormes aplausos y vítores, que provenían desde tu derecha y a lo lejos, se fueron aproximando. Algo los provocaba, sin que alcanzases a distinguirlo ni te imaginases de qué se trataba. Al minuto, todo se reveló: el estandarte de la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera encaraba la avenida de Jules Ferry bajo la leyenda *Legio Patria Nostra*. Detrás, los quepis blancos, los fajines azules, las charreteras con los colores de la Legión Suiza de 1855, sus pliegues en las camisas, la granada de las siete llamas, el distintivo de Bir-Hakeim al comienzo del hombro y el atuendo de los Gastadores de la *Gran Armée*. Sus colores, el rojo y el verde, al ritmo de ochenta y ocho pasos por minuto: *Le Boudin*.

La multitud se volvió loca ante aquella exhibición. Escrutaste los rostros de los legionarios buscando el de tu hermano. Allí estaba, al frente de una sección.

—¡Fran! —gritaste, y alzaste los brazos—. ¡Fran, soy Nico!

Ni aminoró la marcha ni su rostro se apartó del cielo, pero una ligera sonrisa te indicó que te había oído. Creíste que pudo verte por el rabillo del ojo.

«Tengo que ir a su encuentro», te dijiste. Pero era imposible caminar entre la población tunecina agrupada en las avenidas, decidiste esperar al final del cortejo para dirigirte hasta el lugar en el que estuviese acantonada la Legión.

Sólo quedaba una unidad en la retaguardia del desfile y era la que lo cerraba: el Corp Franc d'Afrique. Sabías que la mayoría eran españoles, por lo que tu mirada se clavó en todos sus rostros.

—¡Teniente Granell! —exclamaste como un loco en cuanto lo distinguiste.

No te oyó. Te abriste paso a codazos entre los espectadores y saltaste en medio de la avenida. Corriste hasta ponerte a su altura

y tus pies cogieron el ritmo de marcha para desfilas a su lado. Al mirarte parecía extrañado. Seguramente se preguntó quién era aquel espontáneo.

—¡Cojones, Ardura! —gritó al reconocerte, y, después de dedicarte una sonrisa, añadió—: ¡No se le ocurra perder el paso!

—Descuide, mi teniente. Ciento veinte pasos por segundo: ese es mi ritmo.

Al ver que tú no eras expulsado por las fuerzas que marchaban, la multitud se fue incorporando al desfile, intentando marcar el compás en la retaguardia. Fue entonces cuando las voces de los soldados del Corp Franc d'Afrique entonaron *Chant du Départ* ante los aplausos del gentío. Al cesar, comenzó el *Himno de Riego*. Sorprendido, te giraste.

—Es la 9.^a compañía, la del capitán Buiza. Nos llaman *L'Etrangère* —te informó Granell.

Al terminar el desfile, los hombres se dispersaron en dirección a los bares y cantinas de Túnez. Era el día de la victoria y sólo se permitía la diversión. Americanos, ingleses, franceses gaullistas y antiguos petainistas, senegaleses, cameruneses, tropas indígenas con sus *chéchias* rojas se entremezclaban en garitos nauseabundos que destilaban un apestoso olor a vino agrio y donde se jugaba a los naipes con la pistola o el puñal sobre la mesa.

Entre ellos se distinguían árabes temerosos de que les reconocieran sus vecinos, rapaces que buscaban una propina por cualquier recado o información y chulos de mirada penetrante que acariciaban el mango de la navaja situada en su fajín mientras vigilaban sus posesiones de carne: gordas de pechos enormes encajados con dificultad en sostenes del tamaño de tiendas de

campana; flacas de ojos saltones recién salidas de algún nicho; morenas con estrafalarias pelucas rubias semejantes a estropajos y rubias maquilladas como excéntricos arlequines.

—Hijo, vayamos hasta un sitio tranquilo —recomendó Granell—. Tenemos mucho de qué hablar.

En las paseo hacia el puerto de La Goulette entrasteis a un bar donde se concentraban pescadores ajenos a desfiles y guerras. Os sentasteis y pedisteis algo de comer. El menú, un combinado de carne de oveja con verduras y té frío, no era gran cosa, pero la comparación con el rancho de todos los días lo convertía en un manjar.

El teniente te contó con detalle la creación del Corp Franc d'Afrique con españoles de las Compañías de Trabajo y de franceses de la Legión de Pétain y de su inminente disolución para integrarse en una de las dos divisiones que se iban a crear.

—Es casi seguro que a tu general Leclerc lo pongan al mando de una de ellas.

También te detalló las batallas en las que se vieron envueltos desde finales de 1942 y de los caídos en ellas. Te habló de la conspiración contra los dictadores de Argelia en la que participó junto a Joseph Puzt y Miguel Buiza. Y añadió lo más importante: tu madre.

—Se encuentra bien. Está en el barrio de Badel Oued en...

Sobre un trozo de papel dibujó un croquis de la barriada, señalando con una equis el lugar de la vivienda, por si te era posible ir a visitarla. Y lo que añadió a continuación te dejó sin aliento: —Ah, allí te encontrarás a tu amigo Gitano.

«¿Qué hace ese traidor en casa de mi madre?», te preguntaste, rechinando los dientes, pero nada dijiste.

Os despedisteis antes del anochecer para dirigiros a vuestros respectivos campamentos. Por tu parte, tenías que pasar por el asentamiento de la 13.^a Semibrigada para abrazar a Fran y contarle las buenas noticias de vuestra madre.

No tuviste ni que adentrarte en las posiciones de la Legión Extranjera: a la entrada, te esperaba tu hermano. Os abrazasteis.

—Fui hasta el fortín del Regimiento del Tchad y me informaron de que no habías regresado —te dijo.

Os introdujisteis en su cuartel y te llevó hasta una gran carpa que hacía las veces de cantina. Una vez dentro, te llamaron la atención unas mujeres soldado, acodadas en la barra. Tu expresión no pasó inadvertida para Fran, y te explicó: —Son las *spearettes*, enfermeras paracaidistas. También pertenecen a la Legión. Una de ellas, la *adjudant* Susan Travers, salvó la vida del general Koenig en Bir-Hakeim.

Volver a encontrarte con Fran después de vuestra estancia en Trípoli fue una de tus mayores alegrías. Pero la principal llegó después, cuando le hubiste contado que vuestra madre se encontraba bien y enseñado el croquis de la barriada dibujado por Granell.

—Casi siete años sin verla —murmuró. Y miró al cielo para añadir—: Mañana consigo un *jeep* y vamos hasta Orán.

—¿Podrás hacerlo?

—Ser oficial tiene sus ventajas. —Y sonrió.

ORÁN

NO HABÍA DUDA: la ciudad pertenecía a los yanquis. Soldados conduciendo los vehículos semiorugas, los Half-Track, se paseaban por las calles ahuyentando camellos, rebaños de cabras y hasta algún dromedario que rumiaba plácidamente a la sombra de una palmera. El caos infinito salpicaba las callejuelas flanqueadas por casuchas infames, tugurios nauseabundos, jaimas abiertas por los cuatro costados y cercados para bestias instaladas en las plazas de arena. Mendigos, vendedores callejeros, aguadores, arreadores de burros, charlatanes y *yaouled* —niños limpiabotas— descalzos y sucios iniciándose en cabronadas.

La atmósfera era polvo y batahola. A bocinazos de *jeep*, los oficiales se abrían camino entre aquella maraña. A los norteamericanos les interesaba todo: alfombras, esterillas, *chechias*, albornoces, telas pintadas, velos... Pagaban en dólares u ofrecían trueques: chocolates, tabaco rubio —generalmente Lucky

Strike—, queso rojo, pan de molde, leche en polvo, botellas de Coca-Cola y hasta balas cambiaban de manos tras arduas negociaciones.

El croquis no os sirvió de mucho para guiaros por aquellas carreteras desvencijadas. Además, debíais batallar contra la polvorienta y pastosa brisa que golpeaba la muralla de la ciudad y os resecaba la boca.

—¡Eh, muchacho! —gritó Fran a un *yaouled* de ojos saltones.

El rapaz se acercó y tu hermano le mostró el esquema trazado por Granell. Lo miró con atención y balbuceó algo que no entendiste, pero su sonrisa y un gesto de asentimiento mostraron que conocía el lugar.

Fran, con una seña, le indicó que se situase en el asiento del copiloto para que le guiase entre aquella marabunta ocre y tórrida. Tú te sentaste en la parte trasera del *jeep*.

Vuestro guía os llevó bordeando la línea del puerto. La imagen del *Stanbrook* varado a cientos de metros de la orilla, con miles de refugiados, regresó a tu cabeza. Habían transcurrido cuatro años y todo estaba más presente que nunca.

Las aguas se encontraban tranquilas; incluso daba la impresión de que se podría caminar sobre ellas. Una docena de gaviotas revoloteaban en el cielo. Alguna, inopinadamente, se lanzaba en picado sobre el mar calmo, capturaba algún pez y se elevaba con la gracia de un Stuka.

Antes de terminar el paseo por la linde del mar, girasteis a la izquierda y el *jeep* comenzó a subir una ligera pendiente escoltada por casuchas blancas de adobe resquebrajado. El ascenso culminó en una callejuela desamparada que enlazaba con los arrabales. La pendiente había aumentado y Fran dudó de que la potencia del

vehículo alcanzara para ascender aquella cuesta.

Aparcó el *jeep* antes del ascenso, quitó las llaves, cogisteis las mochilas y, siguiendo al niño, os encaminasteis por un lugar cuya miseria se superaba a sí misma: las fachadas se veían negruzcas de la humedad que transpiraban, el suelo olía a meados y aparecía tapizado por cagarrutas de aves y roedores, hasta se oía a las lagartijas —o tal vez eran ratas— ocultarse entre la hojarasca, y las tapias eran superadas por la buganvilla. Los rayos del sol, como astas de toro, se clavaban en la espalda.

Vuestro cicerone señaló una vivienda de dos plantas, de fachada de cal y muros de adobe, y extendió la otra mano. Fan depositó sobre ella varios francos y un paquete de Gitanes. El muchacho inclinó la cabeza y se perdió corriendo pendiente abajo.

El interior del portal se encontraba limpio, con macetas colgadas de la pared y llenas de flores rojas, blancas y amarillas. Aquello contrastaba con el mugriento exterior. A vuestra derecha, una escalera de peldaños de madera daba acceso al piso superior. Al frente, un largo pasillo que terminaba en lo que parecía un patio interior. Oísteis voces de chiquillos provenientes de él y os encaminasteis hacia allí para preguntar.

Varios niños cesaron su algarabía en cuanto os vieron. Su quietud provocó que dos mujeres del corrillo salieran en estampida recogiendo a sendos críos. Entendisteis la razón de su huida: eran musulmanas y ninguna puede permanecer en un recinto cerrado en el que entra un hombre. El resto cesó la charla, tal vez la repetida cientos de veces sobre un pasado que removerían día tras día como el filo de una navaja dentro de una herida.

—¿Nico? —la voz dubitativa provenía del grupo: era la de una

mujer acurrucada en una esquina, envuelta en su velo, irreconocible entre sus hatillos.

—Preguntábamos por Marta Ardura —dijo firme tu hermano.

—¿Fran? —la pregunta sonó como un grito y distinguisteis a vuestra madre poniéndose en pie.

Soltasteis los petates y os abalanzasteis hacia ella. Os abrazasteis y nada pudo detener vuestras lágrimas.

RECORDARÍAS AQUELLA TEMPORADA en Orán como una de las más felices de tu vida. Ibais hasta el mercadillo y llenabais las manos de tu madre de regalos: pañuelos de colores, flores para sus macetas, cortinas y colchas, vestidos nuevos y comida en abundancia. Tú saqueaste todas las chocolatinas del mercado negro. Eran tu debilidad, convertida en querencia por la escasez de tantos años. Los tres, la familia casi al completo, juntos. No preguntaste por Gitano, pero tu madre te informó que se encontraba en Orán trabajando en tugurios nocturnos.

Escasas veces mencionabais a los ausentes, hasta que una mañana, nada más levantaros, Fran propuso: —Hasta Carnot no hay más que unas horas de viaje. Me gustaría dejar unas flores sobre la tumba de Luci.

AL LLEGAR A CARNOT, el campo de refugiados para mujeres y niños había desaparecido. Sólo quedaban las alambradas caídas y los barracones medio derruidos, junto a imágenes que parecían levitar sobre las corrientes de aire. La arenilla que portaba el viento convertía todo en una prolongación del desierto. Aquello

era un poblado habitado sólo por vuestros fantasmas.

Tu madre os guio hasta el cementerio. Un murete de piedra lo protegía de las tormentas de arena. Las tumbas se adivinaban sólo por las cruces de madera sobre las que habían escrito algún nombre con letra despereja y tinta negra, que en muchos casos aparecía chorreada.

En el camposanto, los sepulcros extendidos alrededor de vosotros como un tumor maligno. En cierta ocasión, escuchaste a alguien decir que la grandeza de un pueblo se mide por la de sus muertos. Si eso era así, ante vosotros lo más grandioso del vuestro: sus mujeres y sus hijos. Luisa, Mercedes, María, Alicia... Ibais leyendo los nombres de otras refugiadas mientras vuestros pasos os conducían hasta la tumba de tu hermana.

—Aquí es —señaló tu madre, lacónica.

Sobre la cruz de madera, cuatro nombres debajo del de Lucía. No erais creyentes, por lo que no hubo ninguna oración, sólo un nudo en la garganta y los ojos encharcados. En ese momento te hubiese gustado ser Fábregas para rescatar un poema de Lorca o Miguel Hernández y recitarlo bajo los acordes de una guitarra.

Vuestra madre dejó las flores apoyadas en la cruz. Fran se arrodilló, cogió un puñado de tierra y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Tú apretaste el arete, que aún no te habías colocado en la oreja, y repetiste el juramento, con más potencia que el de Leclerc en Koufra: «Recorreré Europa entera, hasta que te localice y te mate, *Obersturmführer* Törni».

Antes de partir de aquellas ruinas, te dirigiste por la calle formada por los barracones. La misma que habías recorrido arrastrándote con balas en las piernas. A la izquierda, el cobertizo del capitán de campo. Entraste. Te quedaste un minuto

contemplando la mesa de despacho inclinada sin dos patas, reposando sobre un suelo plagado de corros de arena, y el ventilador del techo, inmóvil y rodeado de telarañas. La imagen de aquel cerdo sudando bajo su salacot y exigiéndote dinero por la liberación de Lucía y de tu madre se instaló en tu mente. Él había sido tan culpable como los miembros de la Gestapo; el retraso en la liberación había hecho posible el asesinato de tu hermana. Si algún día se cruzaba en tu camino, te juraste en aquel instante, también sería hombre muerto.

Caminaste por la calle de arena hasta el último barracón. La puerta chirrió y la luz del sol iluminó un habitáculo sin ventanas. Diez camastros desvencijados, colchones y sábanas en el suelo, botellas vacías y una rata muerta.

—¿Fue aquí? —preguntó Fran, colocándote la mano en el hombro.

—Sí —balbuceaste.

—Encontraremos a ese hijo de puta.

Tal vez fue la rabia o la impotencia, pero no podías abandonar el otrora campo de refugiados sin prender fuego a aquel barracón. Querías barrer de la faz de la Tierra la ignominia, aunque fuera con el simbolismo de las llamas purificadoras.

Os alejasteis de allí distinguiendo la estela de humo negruzco perdiéndose en la claridad del cielo. Era la primera vez en tu vida que te apetecía emborracharte hasta perder el conocimiento.

FRAN, INTUYENDO TU DESASOSIEGO, te acompañó aquella noche por las calles de Orán. Entrasteis en un bar repleto de soldados norteamericanos que semejaba una guarida de bandidos. El olor a

vino peleón se entremezclaba con el humo de cigarros creando una atmósfera difícil de traspasar hasta para el vuelo de una bala. Tuviste la sensación de que hubiese bastado una palabra mal dicha, quizá un simple gesto, para que todo estallara.

Y estalló.

Algo había ocurrido y dos sillas volaron contra el mostrador. Grupos de soldados yanquis se enzarzaban a puñetazos o esgrimindo botellas.

—Salgamos por ahí —dijo Fran, indicándote una puerta detrás del mostrador por la que se escapaban tres árabes.

La Policía Militar norteamericana entró en tropel, porra en mano, golpeando a todo el que llevase uniforme.

Vosotros habíais conseguido escapar siguiendo a los tres musulmanes que parecían haber repetido la evasión miles de veces. Se adentraron en las callejuelas de Orán como si fueran sus madrigueras. Era seguro que las habían utilizado siempre para huir o para ocultar sus miserias.

De repente, os encontrasteis detrás de lo que parecía un teatro, en una callejuela de mala muerte a la que se accedía por una escalera cuyos peldaños apestaban a orín; los burdeles se alineaban a derecha e izquierda con fachadas de colores chillones y apliques cuya luz coloreaba los mosaicos de las paredes.

Entrasteis en uno de ellos. No recuerdas ni el nombre. Las paredes del local estaban cubiertas de espejos dorados y cuadros de ninfas desnudas. Al fondo, delante de cortinas de terciopelo, una prostituta se exhibía ligera de ropa sobre una banqueta. Los soldados yanquis fumaban en silencio mirando el espectáculo mientras se rascaban la entrepierna.

Uno de ellos se levantó y se dirigió hacia la chica. Le metió un

fajo de billetes en el sujetador y desapareció detrás de una cortina. Comenzaron los silbidos y las patadas en el suelo, y otra mujer apareció sobre la tarima. Llevaba un chándal translúcido y se contoneaba al ritmo que le marcaba la música de un gramófono.

—Dos güisquis —gritó Fran al barman.

No habías dado el primer trago cuando otro soldado se llevó a la del chándal. De nuevo el estruendo: silbidos y patadas. Una joven rellenita y con lencería roja apareció detrás de las cortinas. Te hubiese gustado ir con ella, pero el recuerdo de la compañera puta hizo que sólo apuraras el vaso y pidieras otro.

Dos soldados abordaron a Fran; los distintivos de la Legión Extranjera les habían llamado la atención y querían averiguar cómo alistarse. No les prestaste atención, pues distinguiste a un tipo con traje canela que guiaba a las chicas hacia el escenario. Su rostro te resultó conocido. «No puede ser», pensaste. Cogiste el vaso y te dirigiste hacia el tablado.

—¿Vas a irte con esa chica? —Y Fran sonrió.

—No es eso. Es el del traje...

Caminaste entre las mesas repletas de soldados norteamericanos que te escupían insultos y gesticulaban para que te apartases o agachases. Te ubicaste en una esquina de la tarima y esperaste a que alguien retirase a la muchacha para que apareciese otra. Y ocurrió. Llegó la nueva, acompañada por...

—¡Gitano! —gritaste.

Saltaste encima del escenario. El escapó por una puerta que daba a la calle. Corriste, persiguiéndole, y te abalanzaste sobre él. Caísteis al suelo y rodasteis por las escaleras de la calle. Tú le golpeabas en la cara y en el vientre. De repente, la punta de una

navaja de muelles se instaló en tu barbilla.

—Déjame en paz o te rajo —dijo, arrimando su rostro al tuyo.

—Eres un asqueroso traidor. —Y le escupiste en la cara.

Apretó la hoja aún más sobre tu cuello. Viste tu sangre chorrear y manchar la empuñadura, pero no sentiste dolor.

—¿Traidor? —Te agarró por la camisa con fuerza y bajó la navaja—. ¿Me llamas traidor? ¿Así me agradeces que te facilitase la identificación del asesino de tu hermana?

—La conseguiste vendiendo la identidad de Leclerc.

—Eso es mentira —gritó—. Jamás llegué a facilitar esa información.

—¿Por qué desapareciste?

—Porque Campos y Fábregas me sacaron del hospital y me dijeron que el Deuxième Bureau había descubierto mi juego de doble agente. —Alzó la voz—: Ellos lo comprendieron de inmediato: conseguir la ficha de filiación de tu querido *Obersturmführer* me había delatado.

—¿Campos y Fábregas estaban al corriente? —preguntaste desconcertado.

—Claro, imbécil —exclamó, y exhibió una sonrisa—. Ellos eran los que me daban la información falsa que debía trasladar a los colaboracionistas de Vichy para confundirles.

—Nuestro puesto está en las trincheras, no en burdeles viviendo de las prostitutas —gritaste, tal vez para ocultar el mazazo recibido.

—¿Las trincheras? No me hagas reír, Ardura. Eso se acabó, yo sólo quiero una auténtica cama con lámparas rojas a los lados y una hembra que me la caliente.

—Me das asco.

Volviste a escupirle. Exhibió la punta de su navaja ante tus ojos, y añadió: —Y tú, pena.

Una mano poderosa agarró su muñeca y la desarmó, arrojando el arma al suelo. Era Fran.

—No más disputas entre compatriotas —ordenó tu hermano—. Nos vamos, Nico. Acaban de informarme ahí dentro de que Leclerc está creando la II División Blindada para entrar en Europa, y necesita voluntarios.

Buscaste por el suelo tu quepis, lo recogiste y, antes de alejarte con Fran, te diste media vuelta y le espetaste a Gitano: —Regresa a tu cama con lámparas rojas. Para derrotar a Hitler no te necesitamos.

LIBRO 3.º
DE LA TRINCHERA A LA GLORIA

1

LA 2.ª DIVISIÓN BLINDADA

LOS DÍAS POSTERIORES fueron de júbilo desde Casablanca a Trípoli, pasando por Orán y Argel. Españoles de las Compañías de Trabajo o de los campos de refugiados y presos políticos franceses, como expulsados del infierno y arrojados al estercolero de la guerra, llegaban a riadas y se iban enrolando en las fuerzas de la Francia Combatiente, ya fuese en la 1.ª División Ligera o en la 2.ª División Blindada.

La Columna Leclerc había sido desmantelada. A todos los soldados senegaleses y cameruneses, que habían recorrido los desiertos y las selvas de África con el Patrón, desde Gabon a Libia, se les prohibió sumarse a las nuevas divisiones que entrarían en Europa. Las razones del Alto Mando aliado se resumían en dos sospechas: las extremas condiciones del invierno europeo podrían matarles y, además, se les consideraba poco aptos para aprender el manejo de los sofisticados Sherman o Half-Track. Pero Fábregas

tenía otra opinión: —No quieren ver negros liberando Europa.

Fuera como fuese, el caso es que la antigua Fuerza L, aún sumando su mayor unidad, el Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad, había quedado reducida a algo más de un millar de soldados blancos: franceses, griegos, algunos desertores alemanes e italianos y los republicanos españoles. Un número a todas luces insuficiente para formar una división blindada que aspirara a casi veinte mil hombres perfectamente entrenados.

Curiosamente, el desbloqueo de aquella situación llegó el día de la entrega de distinciones por la batalla de Túnez. Sobre la tarima, los generales franceses que ostentaban la copresidencia de Francia: Charles De Gaulle y Henri Giraud. Detrás, los generales Koenig, Larminat y Leclerc, héroes de la guerra en África. En la explanada, formabais las unidades de la Francia Combatiente causantes de la derrota del Afrika Korps.

Se entregaron las medallas a las unidades y soldados distinguidos en la campaña y los españoles recibisteis una agradable noticia: —... y se concede la Cruz de Guerra con Palmas al comandante Miguel Buiza.

Las palabras del general Larminat llegaron a todos los rincones de las compañías españolas y estallasteis de alegría. Buiza no sólo había sido ascendido al rango de jefe de batallón de la Legión Extranjera, el mayor empleo conseguido por uno de los vuestros; además, recibía la Cruz de Guerra, la tan ansiada distinción de cualquier combatiente francés.

A partir de ese momento, todo cambió. El exalmirante Buiza se convirtió en vuestro jefe y sus órdenes fueron muy claras: —Añadan las compañías españolas del Corp Franc d'Afrique a la 2.ª División Blindada. El resto que se distribuya por igual entre todos

los batallones franceses. Nuestro lema ha de ser: «De unidad cambiarás, pero con republicanos españoles siempre te encontrarás».

Ante aquella orden la locura había comenzado y deseabais convertiros en el cielo de todas las aves. Los soldados permutaban a otras brigadas, regimientos, batallones, secciones o escuadras por afinidades personales, políticas o familiares. Recuerdas con cariño a los hermanos Pujol, el cabo Fermín y el sargento Constantino; los dos se sumaron a vuestra unidad para permanecer juntos en la guerra de Europa. Uno venía del Corp Franc d’Afrique y el otro de la 13.^a, y se unieron a la División del Patrón.

La 9.^a Compañía del Corp Franc d’Afrique, *L’Étrangere*, se sumó casi al completo, excepto por sus muertos. Les precedía el canto del *Himno de Riego*. Al frente, los tenientes Granell y Bamba —tan ilustrado como Fábregas, ya que la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos había hecho milagros—, después, las secciones de los *souslieutenants* Elías, un *pied noir*, y Montoya, antiguo suboficial de los carabineros de Negrín.

—El comandante Joseph Puzt se viene con nosotros y Buiza se une a la 1.^a División Ligera en la que han incluido a la 13.^a —te informó Granell.

En aquellas semanas todo era jolgorio entre las filas españolas, aunque los yanquis os hubiesen obligado a rasuraros las largas barbas y a quitaros las antiguas y deshilachadas ropas para sustituirlas por el uniforme de las tropas norteamericanas. Esa era la nueva imagen que debíais transmitir, os dijeron.

Recordarás a Fábregas, que sin barba parecía un crío, con su guitarra, ante una hoguera que había perdido brío. Cuando una

brisa empezó a remover las hojas de las ramas del olivar, estalló su voz:

... españoles del olvido.

Por nosotros, en el sur de Europa,
crecen llantos, mueren lirios...

Los nuevos se fueron incorporando alrededor y atizaron las brasas para prolongar el fuego. Regresaron las peticiones de letras de canciones ya demasiado manoseadas y surgió algo nuevo: los bailes. El sargento Martín Bernal, un aragonés al que llamaban *Larita II*, antiguo novillero al que Franco trunció su carrera sin evitar que conquistase la gloria en esa guerra, se situó en torno de la lumbre y comenzó a dar pases de pecho con una imaginaria muleta. Los gritos de «ole, olé» se sucedieron, mezclados con los acordes de Fábregas.

No recuerdas a qué hora se terminó aquella noche. Lo que sí está marcado en tu memoria fue lo ocurrido al amanecer. Después del toque de diana españolizado de *Tuguta*, saltaste de inmediato del camastro, pero el sargento jefe Fábregas y los sargentos Martín y Constantino Pujol ya se encontraban en pie junto al *adjutant-chef* Miguel Campos. Aquello te extrañó: —¿Qué ocurre, mi sargento jefe? —preguntaste a Fábregas.

—Si te das prisas, también admitimos algún cabo primero entre nosotros.

Te uniste a ellos sin saber dónde iban. Te daba igual, con ellos hubieses sido capaz de meterte en el infierno, propinarle una paliza a Satán, rescatar a todos los que tuviese esclavizados en sus calderas y regresar a vuestras fogatas nocturnas a entonar *A las barricadas*.

Al salir del barracón, visteis al comandante Joseph Puzt, al que

habían ascendido a teniente coronel, que os esperaba al volante de un Bedford. Ascendisteis todos a la caja del camión. Te extrañó la gran cantidad de paquetes. Destapaste uno y pudiste comprobar que contenían uniformes norteamericanos con la Cruz de Lorena cosida en el hombro. De repente el vehículo arrancó y, por la dirección que tomaba, os dirigíais hacia las posiciones del II Ejército norteamericano.

Contabilizaste dieciséis mandos y diez soldados en aquel camión. Tal vez la mayoría conocía vuestra misión, pero tú eras el último incorporado y no te atreviste a abrir la boca, esperando que alguien te lo explicara.

—Conviene que el general Patton vea diferentes graduaciones —oíste que Puzt le decía a Campos, al deteneros ante el cuartel general norteamericano.

El *adjutant-chef* llamó a Fábregas con una seña. Al resto, os dijo: —Bajen y esperen órdenes.

El teniente coronel, acompañado de Campos y Fábregas, se dirigió hacia la puerta del Alto Mando. El sargento volteó su cabeza y te gritó: —Bête, únete a nosotros.

Un soldado con subfusil en bandolera custodiaba la puerta. Se cuadró ante el teniente coronel y un sargento mayor yanqui, con el pecho lleno de medallas, os recibió.

—Usted hace de traductor —ordenó Puzt a Fábregas.

El suboficial norteamericano os guio por un largo pasillo hasta una puerta acristalada en la que se leía: «George Smith Patton». Os indicó que esperarais y él se introdujo en el despacho. Al minuto, regresó e indicó algo para ti ininteligible.

—Dice que podemos pasar —tradujo Fábregas.

Entrasteis con el teniente coronel en cabeza y os colocasteis en

posición de firmes mientras Puzt saludaba al general. Este se puso de pie con un puro en la mano. Era tan alto como Puzt, pero te llamaron más la atención las cachas de nácar de su revólver. Patton se sentó sobre su mesa de despacho frente a vosotros, encendió el habano y dijo algo que fue traducido de inmediato por Fábregas: —Pregunta cuántos camiones necesitamos.

—Dígale que veintiséis —respondió Puzt—, uno para cada uno.

Dicho esto, el teniente coronel se acercó a la ventana y señaló a los españoles que esperaban delante del Bedford. Patton asintió, y le ordenó algo al sargento mayor. A continuación añadió unas palabras.

—Ha preguntado cuánto tiempo tardaremos en reclutar esos mil españoles —dijo Fábregas.

«¿Qué está pasando aquí?», te preguntaste. «Nosotros pertenecemos a la Francia Libre, no a las fuerzas yanquis».

—Dígale que en una semana los tiene aquí listos para la instrucción básica.

Patton asintió y os tendió la mano. Quedaste perplejo, pero te limitaste a seguirles por el pasillo tras el sargento mayor.

Al llegar de nuevo a la explanada, el suboficial yanqui gritó diversas órdenes, y varios camiones Chevrolet fueron colocándose en fila. A continuación le tendió una carpeta a Puzt, que firmó una de las hojas. Debía de ser una especie de albarán.

—Usted diríjase a Orán —ordenó el teniente coronel a Campos—. Yo haré lo mismo en Argel.

Te quedaste junto a Fábregas esperando órdenes como un perro lazarillo. Seguías sin entender qué estaba ocurriendo. Puzt distribuyó doce mandos españoles entre los primeros Chevrolet. En cuanto les dio las instrucciones, salieron en caravana de las

posiciones del II Ejército norteamericano.

En tanto al resto de camiones que iban llegando, Campos asignaba a uno de los vuestros de conductor y le ordenaba que aguardase a completar el convoy.

Cuando quedaron junto a ti, preguntaste a los sargentos Fábregas y Constantino Pujol: —¿Se puede saber qué cojones ocurre?

Como siempre, Fábregas te explicó la cuestión sin sacarse el Gitanes de la boca: —Pues que nos vamos a Argelia a reclutar españoles enrolados en la Legión de Giraud. Si esperamos que lleguen, a lo mejor no lo hacen hasta Navidad.

—Pero me ha parecido entender que, después de reclutarlos, se unirán a los yanquis en vez de a la 2.^a División.

Las miradas de complicidad entre los sargentos te sacaron de quicio y más su irónica sonrisa.

—Eso es lo que le hicimos creer a Patton para que nos dejase los vehículos —dijo Fábregas.

—¡En marcha! —gritó el *adjutant-chef*.

—Pero... —balbuceaste, mientras corrías hacia tu Chevrolet—. ¿Qué pasará cuando el general Patton se dé cuenta del engaño?

—Que ordenará fusilarnos.

2

REYERTAS EN ORÁN

CATORCE VEHÍCULOS COMPONÍAN vuestro convoy, trece Chevrolet y un Bedford. Cada camión debería transportar entre treinta y cuarenta soldados para que, sumados a los que consiguiera Puzt en Argel, llegaseis al millar marcado como objetivo.

Pensaste que aquello era una misión imposible, pero Fábregas y Campos convertían los milagros en un pasatiempo. Nunca pudiste imaginarte que aquella sería nada más que la primera de las trastadas de las que serías testigo de ahí en adelante. Los meses siguientes te mostraron hasta dónde la guerra permite jugar a estos entretenimientos tan peligrosos.

La bribonada ideada por Puzt y Campos consistía en trasladaros hasta las posiciones de la Legión Extranjera fiel a Giraud, que en otro tiempo apoyara a Pétain, o hasta el acantonamiento de las unidades del Corp Franc d’Afrique. Una vez allí, se citaba a los españoles para celebrar una asamblea. Luego

Campos les hablaba de la Francia Libre, de que el general Giraud había apoyado al mariscal Pétain —el amigo de Franco—, de que ahora no podíamos respaldarlo, del gobierno en el exilio francés y español. Terminaba con la soflama de que después de aniquilar a Hitler y Mussolini iríamos a por Franco.

Acabada la arenga, cada uno preguntaba o mostraba su posición. Después se votaba a mano alzada, y la resolución era acatada por la minoría. Es curioso recordar aquello; erais o pretendíais ser un ejército asambleario. De esa manera, en dos días, vuestros camiones se llenaron de soldados españoles que renunciaban a seguir con Giraud. Se les entregaban uniformes norteamericanos con la Cruz de Lorena bordada bajo el símbolo «2.^a DB» y, unidos a ellos, seguíais camino repitiendo el procedimiento para convencer a más compatriotas.

Las noches que pasasteis en Orán fueron inolvidables. Queríais que se os distinguiese de las antiguas fuerzas vichystas que se habían unido a última hora al caballo ganador; por ello vuestros soldados gritaban en las calles aquello de: —¡Somos gaullistas y rojos españoles!

Los norteamericanos os miraban perplejos, sin comprender aquella pugna interna entre los que habíais luchado desde el principio contra Hitler al lado De Gaulle y los que, estando ahora de vuestro lado, se habían enfrentado a vosotros incluso con las armas.

En el bar *François* y el *Au Coq d'Or* barristeis a silletazos a un grupo de gendarmes vichystas. No erais pendencieros; sólo queríais identificaros como soldados republicanos españoles y marcar distancias con los exvichystas enrolados con Giraud.

Una noche, paseando por el bulevar de Gambeta, el sargento

Constantino Pujol identificó a un sujeto con traje y sombrero blancos que caminaba apoyado en un bastón de empuñadura de plata.

—Ese hijo de puta es el secretario del cónsul de Franco en Orán.

Saltasteis sobre él. Cuando cayó al suelo, le llovieron patadas hasta en el cielo de la boca. Desencajado y con el traje a jirones, se irguió buscando las gafas entre la arena de la calle. Se las pisaste, y le gritaste mientras corría calleja arriba: —¡Somos republicanos españoles! Dile a Franco que va después de Hitler.

La última noche, paseando con los Pujol por la *Village Nègre*, te pareció reconocer a un hombre grueso con salacot y cubrenuca sobre el uniforme del antiguo ejército vichysta. Caminaba apoyado sobre los hombros de dos mujeres rubias y gruesas. Le seguiste.

«No puede ser», te dijiste entonces. Te acercaste por detrás. «Cuatro galones amarillos. Es un comandante de infantería». Algo se le cayó al suelo, se agachó con dificultad ayudado por una de sus acompañantes. Tu palidez se debió unir a tu inmovilidad. «Es él».

Ante ti, aquel capitán de campo de Carnot, el cerdo que te obligó a pagar por la liberación de tu madre y tu hermana. No te reconoció. «Pasan tantos por aquí», la respuesta clavada aquel día en tu alma regresó como un obús del 105. Lo gracioso es que Henri Giraud y los nuevos dirigentes de Argelia lo habían ascendido a comandante. No llevabas tu Mosin, ni ningún arma de fuego. Sólo a los oficiales se les permitía salir de los campamentos con pistola.

Pero no necesitabas un arma de fuego para terminar con aquel piojoso colaboracionista. Sacaste la navaja de muelles que

guardabas en la bota y te dirigiste hacia él. Los hermanos te acompañaron hasta que el excapitán de campo y las prostitutas se introdujeron en una callejuela sin iluminación. Te enfrentaste con decisión y, antes de que el comandante pudiera extraer el arma de la cartuchera, le clavaste el acero en el vientre. Se inclinó hacia adelante. Las mujeres gritaron. Extrajiste la navaja y se la clavaste en el pecho. Apretaste, y retorciste la hoja. La sangre saltó sobre tu uniforme recién estrenado. Sus ojos se preguntaban quién eras tú y el porqué de aquel ataque, pero sólo recibieron una respuesta enigmática: —Pasan tantos por aquí, ¿verdad?

De un tajo le rebanaste el cuello.

Las mujeres corrieron calle abajo. El cuerpo del cabrón quedó tendido alrededor de un enorme charco de sangre. Permaneciste inmóvil, mientras las suelas de tus botas se encharcaban de sangre. Eras un francotirador, sí, pero por primera vez habías visto la vida fugarse por los ojos de tu víctima.

—Vayámonos de aquí —dijo uno de los Pujol agarrándote del brazo.

Corristeis por una de las calles adyacentes introduciéndoos en plazas y callejones desconocidos. Después de mucho corretear, llegasteis al campamento a las afueras de la ciudad. Las prostitutas no hablarían, eso era lo único seguro. Sólo deseabas que aquello no tuviera consecuencias, que lo decretasen como «homicidio con autores desconocidos» —un crimen más en medio de la guerra— y la Gendarmería no se presentase en vuestras posiciones a interrogaros a todos.

Para las autoridades de la ciudad, el asesinato del comandante resultó el colmo del estruendo provocado en Orán; por eso alguien ordenó a la Policía Militar norteamericana echaros o

arrestaros. Pero no les dio tiempo; habíais cargado vuestros camiones y, nada más salir el sol, ya estabais en Túnez, en la base del II Ejército.

Descargasteis casi quinientos soldados en el campamento de la 2.ª División y fuisteis a devolver los Chevrolet a Patton. Al llegar, el sargento mayor del pecho lleno de condecoraciones os indicó el lugar en el que debíais estacionar los vehículos: en paralelo a los que ya había dejado el teniente coronel horas antes. Campos le firmó el albarán y os alejasteis de allí. Todo fue así de fácil.

La 2.ª División Blindada ya se aproximaba a los veinte mil soldados, de ellos, tres mil quinientos eran compatriotas. Sólo os quedaba estructuraros en compañías y que los norteamericanos entregasen el armamento prometido para salir con destino a Europa.

Os alcanzaron noticias de que la 1.ª División Ligera sería la elegida para entrar en Europa en primer lugar y que lo haría por Sicilia, pero nada lo confirmaba. Es lo que ocurre en el ejército, primero llegan miles de rumores, luego se impone la realidad y, por último, te envían a morir. El otro rumor que circulaba era que se estaba formando una 3.ª División que entraría en España por Almería. De confirmarse ese extremo, todos hubieseis ingresado en ella, pero, una vez más, nada lo aseguraba.

El 1 de junio llegaron a los barracones de vuestra posición, con el sol cayendo como una apisonadora, algunos de los Sherman y Half-Track prometidos. Os movíais alrededor de ellos con la curiosidad de niños, soñando con el día en el que os asignase el vuestro y os impartieran la instrucción adecuada para guiarlos por los caminos y disparar por doquier a cualquier búnker nazi.

Jugueteabas alrededor de un Sherman, alzando la lona que lo

cubría para observar la cadena que envolvía sus potentes ejes metálicos, cuando oíste una voz a tu espalda: —¿Es aquí dónde necesitan soldados para derrotar a Hitler?

Aquella voz te hizo girar de inmediato la cabeza:

—¡Gitano!

LOS TAMBORES DE GUERRA

EL TRAZO MARCADO por el Don y su afluente el Donets, desde las ciudades de Rostov a Voroshilovgrad, delimitaba la zona ocupada por los alemanes y el terreno conquistado por los soviéticos desde Stalingrado. Los densos bosques de sus riberas servían de hábitat para la Brigada Stárinov-Ungría compuesta por partisanos extranjeros, principalmente españoles.

Antonio Ardura, tu padre, había conseguido acomodo en esa unidad después de la deserción de la División Azul. Había sufrido combates inimaginables en España, en el lago limen, en Krasnyj Bor, y sentía más que nunca que ahora el frío de la muerte viajaba con ellos por caminos sin mapas, en los que el fuego y la sangre borraban sus huellas. Atacaban a la Wehrmacht y se replegaban a los bosques, pero las fuerzas nazis destruían todo en su retirada: cadáveres en las cunetas, caballos con barrigas reventadas en los senderos, viviendas destruidas, mujeres violadas y colgadas en las

vigas de las cuadras, trigales ardiendo y el humo ascendiendo como una enorme seta negra. «Tierra quemada», lo llamaban. Cada metro de terreno era una puta lucha sin cuartel. Allá donde estuviese el frente, seguía sin soportar la imagen de muchachos — iguales a los alumnos que tuvo en las aulas de España— temblando de forma incontrolada ante el inminente combate. Algunos vomitaban, otros gritaban, pero el aire siempre se llenaba de maldiciones y juramentos salvajes. «Hace sólo tres meses y parece una vida», se repetía cada noche.

La mayor Julia Natalinova había intercedido ante las autoridades del PCUS y los altos mandos del Ejército Rojo para que no se le encerrase en un campo de prisioneros. ¡Maldita sea!, pensaba. Le gustaba aquella mujer; era fuerte, desenvuelta y no se amedrentaba con facilidad ante las dificultades. Hasta comentaban que había conocido a Lenin siendo una niña. Evitaba pensar en ella, pues sentía que traicionaba a tu madre aunque estuviese en paradero desconocido o tal vez muerta. Además, ignoraba si la mayor tenía otra vida fuera de la guerra. De ahí que ambos se separaran dirigiéndose a sus propias trincheras con unas pocas palabras de agradecimiento, y no más.

Amanecía a orillas del Don y la Brigada se encontraba de retirada después de volar la línea férrea que unía Rostov a Dnepropetrovsk y provocar el descarrilamiento de un tren en el que se sospechaba viajaban altos mandos de la Wehrmacht.

Era el final de mayo y, aunque el deshielo había aparecido y las aguas de los caudalosos ríos transitaban en calma, el frío permanecía en los bosques y en las colinas. Los partisanos *vestían doble*, como decían ellos: dos calzoncillos, dos calcetines, dos pantalones... Eso les provocaba una apariencia hinchada que

contrastaba con sus escuálidos rostros.

Durante el trayecto hasta el campamento partisano, tu padre repasaba en su mente la situación de los españoles en la Unión Soviética. La mayoría quería combatir contra los nazis, pero algo lo impedía y no se les facilitaba la labor. Que no se les permitiera acceder al Ejército Rojo, salvo contadas excepciones, era lógico; pero que les pusieran trabas para incorporarse a los partisanos le resultaba extraño. Sólo la Brigada de Stárinov, un coronel que había combatido con las Brigadas Internacionales en el Ebro, les acogió y hasta permitió que su segundo, el teniente coronel Ungría, fuese español. Tal vez la razón residiera en que preferían a los extranjeros como mano de obra en sus fábricas en vez de tenerlos en el frente. Pero hasta las mujeres rusas querían que todos los hombres, de cualquier nacionalidad, fueran enviados a combatir. «Nosotras nos bastamos para cumplir los objetivos en la producción», defendían. Otros aseguraban que la causa se encontraba en que la dirección del Partido Comunista no quería que muriese ninguno, ya que serían necesarios en España si se llevaba a cabo la invasión.

Se sumía en esos pensamientos mientras recorrían más de veinte kilómetros a través de los montes con los fusiles y las mochilas al hombro, cargando material explosivo, una manta y algo de comida. Pero ya se aproximaban a su campamento, en un refugio construido en medio de un desfiladero que miraba retador las tranquilas aguas del Don. Al llegar, comprobaron la presencia de varios vehículos del Ejército Rojo. Tu padre temió que vinieran a desmovilizarlos y obligarlos a regresar a las fábricas de armas.

Dos camiones con la estrella escarlata de cinco puntas y un turismo blindado con bandera de Estado Mayor. «Hasta han

enviado a un gerifalte de Moscú», pensó tu padre. Seis soldados, contaron. «Insuficientes para obligarnos a abandonar la lucha», murmuraron entre los partisanos.

Distinguieron hablando con el coronel Stárinov al jefe militar de aquel destacamento: era una mujer. Se la veía imponente con su uniforme de mayor de caballería y sus ya crecidos y rubios cabellos sueltos. A tu padre no le costó identificarla.

—¡Julia! —exclamó.

—¡Mi libertador! —dijo Julia al verle. Se dirigió hacia él y le abrazó—. ¡Qué alegría encontrarte!

—¿Qué haces aquí?

—Hemos venido a buscar voluntarios para que se incorporen a las unidades mecanizadas.

—¿También a los españoles?

—También —ratificó y, después de una sonrisa, añadió—: Uno de mis tenientes es español. No sé si lo conoces; se llama Alberto Rejas Ibárruri.

Tu padre frunció el ceño, y preguntó:

—¿No será el familiar de...?

—Sí, es el sobrino de La Pasionaria.

—Julia, por favor, ¿qué está ocurriendo?

—Los Aliados están a punto de invadir Sicilia, y el Estado Mayor soviético prepara la gran ofensiva contra los nazis en la frontera con Ucrania. Por eso os necesitamos a todos.

—¿Qué ganaríamos dejando a los partisanos?

—Si derrotamos a los alemanes en Kursk, nada nos detendrá hasta Berlín. —Plegó los cabellos hacia atrás y con dos horquillas improvisó un moño. Se colocó la gorra, y añadió—: La España de Franco estará más cerca.

CON VIENTO Y LLUVIA, mayo también se había presentado en el campo principal de Natzweiler-Struthof y en sus ochenta y cuatro subcampos junto a cientos de franceses detenidos en la operación «Noche en la Niebla». Si en su día se construyó con la intención de albergar a dos mil prisioneros, dos años más tarde, la sede principal y sus delegaciones, guardaban entre sus alambradas cerca de cuarenta mil. El hacinamiento era insufrible y aún peor para los mil inválidos que, algunos sin piernas, se arrastraban hasta la cola del rancho con un cacillo en las manos. A veces, cuando les llegaba su turno, ya no había raciones.

Los polacos eran los más numerosos, seguido de los rusos y franceses, luego los húngaros y alemanes. Los italianos de la Resistencia sólo llegaban al millar. Los españoles no completaban la centena. A la mayoría se les trasladaba a las canteras de granito rojo o a las fábricas de armas, aunque las empresas ADLER, BMW y Heinkel no se habían demorado para solicitar esa mano de obra gratuita. Y al hambre, las pulgas y las enfermedades se les unía el trabajo forzado, pero debían resistir o la cámara de gas o la mesa de operaciones del forense August Hirt sería su destino.

Los niños del campo estaban al cuidado de las Waffen-SS femeninas. Berta Ruf, una mujerona de unos treinta años y mandíbula cuadrada, era la encargada de la disciplina a los infantes españoles e italianos, la mayoría de las veces a voces y otras a golpes de fusta. Les encomendaba la limpieza de los barracones o de las letrinas, cuando a los adultos se les destinaba a trabajos forzados. También debían atender a los lisiados.

Eli iba a cumplir ocho años, cuatro de ellos en campos, fueran de refugiados o de exterminio, y tres meses sin su madre. «Espera

al soldado de las chocolatinas», le había pedido ella el día que se la llevaron. Aquello le daba fuerzas y, aunque no llenara su estómago, sus sueños se colmaban con la imagen desdibujada del rostro de un soldado, del que sólo recordaba el nombre —Nico—, que le había regalado chocolate y bombones a través de las alambradas del campo de Carnot, en el norte de África. El soldado llegaría un día, fantaseaba, cargado de golosinas, y liberaría a su madre, a él y a todos los prisioneros del *Konzentrationslager*.

Cuando Berta Ruf se ausentaba, los niños formaban un corrillo y fraguaban historias de héroes y caballeros andantes que les liberarían de las cadenas nazis, las alambradas de los campos, y los conducirían a una tierra prometida que ellos imaginaban llena de comida y de dulces. La leyenda que más caló entre ellos fue la de «El soldado de las chocolatinas». Había comenzado como todas: quizás a partir de lo verdaderamente ocurrido o de algún pequeño detalle magnificado al extremo. Después se extendió de labio en labio hasta adquirir los tintes de la epopeya de una novela de caballerías. Los niños se figuraban a un guerrero con armadura dorada, que reflejara los rayos solares, a lomos de un Sherman, también de oro, y arribaría una madrugada impulsado por la luz del alba hasta la misma puerta de Natweiler-Struthof, derribaría sus muros y alambradas, mataría a los nazis y los rescataría conduciéndoles a la libertad, mientras les obsequiaba con chocolatinas.

Los prisioneros mutilados, que escucharon la historia de boca de los niños, nunca intentaron destruir el mito. Al contrario, lo alimentaban, inventándose más aventuras y añadiendo episodios en los que ellos, decían, habían conocido al simpar caballero andante.

—Yo serví en su batallón —relataba Pierre, un veterano que había perdido las dos piernas y se desplazaba sobre una tabla con ruedas—. Los soldados de las chocolatinas viajan en carros de combate que vuelan y se hacen invisibles al enemigo...

Los mozalbetes escuchaban atónitos el cuento y dejaban volar la imaginación mientras le escuchaban: —Son inmortales. Viven entre las nubes y sólo bajan a la tierra cuando los humildes los necesitan...

Y Pierre concluía:

—Ya han derrotado al Afrika Korps y vienen a liberaros...

—¡Todos ustedes a las letrinas! —gritó la Waffen-SS Berta Ruf desde el quicio de la puerta del barracón con los brazos en jarras.

Los niños huyeron despavoridos a la máxima velocidad que sus enclenques y desnutridos cuerpos se lo permitían. Berta consiguió alcanzar de un puntapié al último de la fila y Eli cayó de bruces sobre un charco rodeado del barrizal del campo.

El inválido quedó a solas con la SS.

—Medio hombre, nadie os va a rescatar —dijo Berta—. Así que deja de contarles estupideces a los críos.

—Frau Ruf...

—¿Qué quieres?

Pierre se apoyó sobre sus manos, alzó su cabeza y le lanzó una mirada desafiante, para preguntar: —¿Y si fuera cierto?

Si en el desierto, en el campamento de La Faya, Fábregas y tú, a golpe de guitarra, esperabais el regreso de Leclerc, vuestro Godot particular, a aquellos niños y al inválido les ocurría lo mismo. Y la visión de un soldado, sobre un Sherman o un Half-Track, que les regalara dulces y destruyera el imperio del III Reich, era su ensueño.

LAS MAZMORRAS DEL SÓTANO del fuerte Montluc, en Lyon, albergaban desde hacía cuatro días un preso muy especial. Noventa y seis horas casi sin dormir, sin comer ni beber. Lo sacaban de su celda cada dos horas, de día y de noche, para interrogarle. Las exigencias siempre iban acompañadas de puñetazos del Carnicero de Lyon o de su lugarteniente, Rudolf Törni: —¡Los nombres de los jefes de la Resistencia! —gritaba Klaus Barbie fuera de sí.

El detenido no abría la boca. Se limitaba a lanzar un esputo de saliva, mocos y sangre sobre la bota de sus torturadores mientras sus facciones y camisa se cubrían de carmesí. Aquella mañana le remangaron y más de un cigarro se apagó contra la piel de su antebrazo, de su pecho o en su rostro.

Ni una palabra. Daba la impresión que hasta les ofrecía a sus torturadores la otra mejilla.

El tiempo corría en contra de la Gestapo, por lo que introdujeron agujas entre sus uñas y la carne hasta despegarlas, sangrando, de los dedos. Todo ello mientras se repetía la única exigencia: —¡Los nombres!

Las agujas fueron sustituidas por las bisagras de la puerta, que machacaron una a una sus falanges.

El quinto día comenzó para el detenido a las dos de la madrugada, despertándose con el agua helada de un barreño y siendo arrastrado hasta la sala de interrogatorios por el piso cubierto de heces y sangre.

Dos semanas antes de aquella madrugada se había celebrado una reunión del Consejo Nacional de la Resistencia, el Ejército Secreto, en la casa del doctor Frédéric Dugoujon en el Ródano,

con la presencia de los líderes conservadores democratacristianos. Todo había transcurrido con normalidad y las tres organizaciones recién incorporadas habían mostrado su disposición a sumar fuerzas. La reunión había terminado y el jefe partisano, Eugène Claudius, recomendó como siempre: «Salgan de uno en uno cada diez minutos».

Nada se movía en la oscuridad de las calles de Caluire-el-Cuire, cuando irrumpió en el domicilio un pelotón de miembros de la Gestapo capitaneados por Klaus Barbie. «Señor Jean Moulin, queda detenido por rebeldía contra el III Reich —dijo Klaus apuntándole con la Luger-P08 y añadió con una sonrisa—: ¿O prefiere que le llame *Max*? ¿O le gusta más *Rex*?».

Lo habían traicionado, pero ¿quién?, se repetía. Cuando se presentó la Gestapo, sólo su colaborador René Hardy había conseguido huir.

«¿Será él?», se preguntó una vez más, mientras era arrastrado por quinto día consecutivo a la sala de interrogatorios.

—Siento decirle —le dijo instantes después Rudolf Törni con una tenaza en la mano—, señor Moulin, que si no nos da los nombres añadirá más sufrimiento a su muerte.

Recibió como respuesta un escupitajo en su bota. Le abrieron la boca a golpes y el *Obersturmführer* introdujo la tenaza, enganchó un incisivo y se lo arrancó. La sangre brotó de la encía recorriendo sus labios y descendiendo por el cuello.

—Aún le quedan más —amenazó Törni.

Al octavo día, el rostro de Jean Moulin estaba desfigurado: amarillento e hinchado. Los vendajes de su cabeza no le servían para nada. Apenas podía permanecer consciente unos minutos, ni en la celda ni ante sus torturadores. El peligro de que entrase en

coma se aproximaba.

—Me preocupa, Klaus —le susurró al oído Törni—. Si sigue así se nos morirá sin decirnos nada.

—Lo sé.

—¿Qué propones?

—Lo vamos a meter en un tren con rumbo a Berlín. Que continúen los interrogatorios en el cuartel general. Si se les muere, que sea responsabilidad de ellos.

—¿Lo embarcamos ahora?

—No, mañana —dijo Klaus, y encendió un cigarro. Dio una calada y añadió—: Antes lo vamos a exhibir por Lyon. Que todos vean lo que les ocurre a los que se enfrentan al Führer.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso?

Klaus se dirigió al baño. Frente al espejo, giró la cara y mostró sus dientes. Dio una calada, contempló su reflejo y respondió: — Ahora vamos a por los cabecillas de los partisanos. Los del Comité Militar de la Zona Sur serán los próximos.

HACÍA DIEZ DÍAS que el verano había inundado las llanuras entre las aguas del Dniéper y el Donets. La luna había desaparecido en noches en las que se alcanzaban los diez grados centígrados y los noventa litros por metro cuadrado. Los cielos eran surcados por la Luftwaffe en dirección oeste y por la V. V. S. en sentido contrario. Los Stuka y Focke-Wulf Fw190 contra los Yakovlev y LaGG. La batalla, de momento, sólo se libraba en los cielos. Y encontraba una diferencia con tiempos pasados: los Stuka ya no surcaban los cielos con insolencia.

Ni tu padre ni ser humano alguno contempló jamás —ni soñó,

quizás— una concentración terrestre tan gigantesca de hombres y máquinas: un millón y medio de soldados armados con el AK-1 y racimos de granadas F-1 colgadas de sus trinchas; cinco mil carros de combate T-34 y KV-1 camuflados en la densa vegetación; veinte mil piezas de artillería; tres mil aviones. Tal era la fuerza soviética concentrada en Kursk, el doble de la que la Wehrmacht tenía desplegada entre los vértices formados por las poblaciones de Izyum, Belgorod, Krasnograd y Dnepropetrovsk.

De un momento a otro se esperaba la orden de avanzar sobre los nazis para provocar su retirada por las tierras de Ucrania hacia Alemania.

Apoyado en el morro de un T-34, cuya torreta llevaba pintado el nombre de «Kirov», se encontraba tu padre ajustando las granadas al cinto.

—No deberías llevar tantas *limonka* —dijo sonriendo la mayor Julia Natalinova—. Recuerda que eres un simple conductor de carro y mi ayudante.

—¿Por qué las llamas «limonka»?

Natalinova abrió la mano y, mostrándole una F-1, contestó: —¿No ves que parecen limones?

De repente, el rugido de una columna de carros de combate, que establecía su campamento en las proximidades, les obligó a voltear la cabeza.

—Esos carros parecen recién salidos de fábrica.

—Sí. Son los IS-1. Se llaman así en honor a Iósif Stalin. —Tragó saliva y añadió—: Ahora todo se construye en su honor.

—¿Hubieses preferido a Kirov? —preguntó tu padre.

—Yo y el resto de la Unión Soviética. —Un gesto de desazón invadió el rostro de Natalinova—. La NKVD lo asesinó para que no

le hiciese sombra a Stalin. En fin, supongo que ahora lo principal es ganar una guerra que ya deberíamos haber ganado.

—No te entiendo.

—Stalin purgó el Ejército Rojo de sus mejores generales acusándoles de trotskistas y puso al frente a ineptos que le adulaban. —Encendió un cigarro, dio una calada y prosiguió—: Han sido necesarios millones de muertos y tres años para recuperar la iniciativa que nunca debimos perder.

—¿Qué pasará cuando termine la guerra? —Y encendió el Herzegovina que le había ofrecido Julia.

—No lo sé. —Su mirada se perdió en las llanuras de Kursk. Sacó una botella de vodka del bolso de su abrigo y añadió—: Si se pierde, malo para el pueblo. Si se gana, Stalin afianzará el poder más allá de su muerte. —Dio un trago del vodka, y concluyó—: Todo indica que el gran perdedor será de nuevo el pueblo soviético.

Le pasó la botella a tu padre. Este se sentó sobre las cadenas del «Kirov» y le propinó al jarabe un trago profundo. Natalinova se acomodó a su lado y, después de una calada, cogió de nuevo el vodka y, reflexiva, como si hablase consigo misma, murmuró: —Mañana cumpla treinta y nueve años. —Sonrió, y repitió—: Treinta y nueve. Mi vida se resume en tres años de hambre y miseria en la Guerra Civil contra los blancos y más hambruna en la posguerra. Cuando todo parecía mejorar, comenzaron las purgas de Stalin al viejo aparato bolchevique. —Dio un trago, miró al horizonte y continuó—: Me enrolé en las Brigadas Internacionales por miedo a que me enviaran a Siberia a causa de mis simpatías hacia Kirov. Regresé de España y los nazis nos invadieron. Dos años en un campo de prisioneros y dentro de unas horas...

posiblemente la muerte.

—No pienses en eso —acotó calmo tu padre—. Estoy seguro de que destrozaremos a la Wehrmacht.

—Si muriera mañana, ¿sabes cuál sería mi último deseo?

—Ni idea.

—Que cuando suenen los tambores de guerra, me despierte a tu lado.

4

LA REUNIÓN

ERA LA MAÑANA DEL 9 DE JULIO. El sol aún no se encontraba en su esplendor en el cielo de Túnez, pero el calor machacaba los cuerpos en cualquier rincón de sus callejuelas blancas. Hasta la sala del hotel, en la que se habían citado los altos mandos militares aliados en África, sufría el infierno del verano tunecino.

Los ordenanzas militares servían café o té a los generales congregados en aquel salón. Ninguno hablaba; simplemente se limitaban a ojear los documentos y planos aportados por Eisenhower. Aunque Giraud y De Gaulle se encontraban presentes, como copresidentes del Comité Francés de Liberación, tampoco intercambiaban palabras. Incluso parecían los más distantes. Enfrente de ellos, Montgomery, luciendo sus nuevos galones de mariscal y su sempiterna boina negra, intentaba encender su cachimba. Al verle, Patton no se amilanó y encendió un puro. Eisenhower, con un gesto, indicó a uno de los asistentes

que abriera una ventana.

El desayuno estaba servido.

—Pueden retirarse —ordenó Eisenhower al jefe de camareros.

Cuando hubo salido el último, el general norteamericano, abriendo su carpeta, se dirigió al resto: —Señores, han tenido tiempo de leer los detalles de la Operación Husky. ¿Alguien tiene alguna duda? —Todos negaron con la cabeza y Eisenhower, consultando su reloj, continuó—: Pues no hay más que hablar. En quince horas comenzará el desembarco en Sicilia. Montgomery ocupará la provincia de Siracusa y Patton entrará por Licara y Gela. Así que sólo nos queda desearles suerte.

Henri Giraud levantó la mano y un ademán de Eisenhower le concedió permiso.

—Quisiera presentar una queja.

—¿Sobre el desembarco? —preguntó extrañado Montgomery.

—No nos diga que quiere ponerse al mando —dijo irónico Patton.

—No, no es eso. Y no me gusta su tono, general Patton —cortó Giraud.

—Explíquese —exigió Eisenhower.

—Quiero que se declare indeseables a la 1.^a División Ligera y a la 2.^a División Blindada de la Francia Libre y se las destierre a Trípoli.

Todas las miradas se dirigieron a De Gaulle, pero este no pronunció palabra. Hasta parecía tener los ojos húmedos.

—¿Por qué razón? —preguntó Eisenhower.

—Sus soldados campan a sus anchas por Argel, Orán, Túnez, creando enfrentamientos innecesarios con la Gendarmería. Se adentran en las posiciones del ejército regular francés o hasta las

puertas de Sidi-Bel-Abbés, en la misma base de la Legión Extranjera, e incitan a la desertión para que se unan a las divisiones gaullistas —Giraud clavó su mirada en De Gaulle y alzó la voz—: El Corp Franc d’Afrique ha desertado casi al completo. Y la desfachatez ha llegado hasta el asesinato. —Dio un golpe en la mesa y sentenció—: Un comandante de infantería ha aparecido muerto en una de las calles de Orán y se rumorea que el culpable fue un soldado de la 2.ª División Blindada.

—Se les puede interrogar a todos. Nada más hay que dar la orden a la Policía Militar —terció Patton, y dio una calada.

—Sería inútil; nadie hablaría, y usted lo sabe. —Giraud dirigió su mirada hacia el presidente de la reunión y continuó—: Pero lo que más me molesta es la connivencia norteamericana. Todos ellos se desplazaban en vehículos con el distintivo del II Ejército.

—¿Qué sabemos de eso, George? —preguntó confundido Eisenhower.

—Ya me lo había comentado Giraud —contestó calmo y, mordiendo el puro, añadió—: Pero no es material americano. He revisado personalmente las hojas de ruta de todos nuestros vehículos y ninguno ha salido irregularmente de los campamentos.

—Entonces, ¿cuál es la hipótesis más probable? —volvió a preguntarle Eisenhower.

—Que los testigos se equivoquen o se hubiera pintado nuestro distintivo en camiones que no son nuestros —aventuró Patton colocando los codos en la mesa.

—Da igual —cortó Giraud—. El daño ya está hecho, así que solicito el destierro a Trípoli.

—De Gaulle, ¿algún inconveniente? —preguntó Eisenhower.

Ante el asombro del resto, el general negó con la cabeza.

—Perfecto, todo solucionado —sentenció Eisenhower y, después de encender un Lucky Strike, añadió—. ¿Alguna cuestión más?

—Sí —dijo Montgomery, sacando la pipa de la boca—. Yo también quiero presentar una queja contra las divisiones de De Gaulle.

Con un gesto, Eisenhower le alentó a proseguir.

—Cuando la 1.^a División Ligera se nos una en Sicilia —continuó Montgomery—, no quiero ver al frente de ella al general Koenig. Ya desobedeció mis órdenes en Himeinat y no me apetece tenerlo a mi lado. Y sobre el general Leclerc, lo mismo. Ese excéntrico personaje hace la guerra por libre.

—¿De Gaulle? —requirió Eisenhower.

—No tienen ustedes de qué preocuparse —dijo, y, cruzando los dedos, añadió—: Las dos divisiones saldrán mañana hacia Trípoli. Leclerc no irá a Sicilia, se unirá al contingente que desembarque en Francia. Y cuando la 1.^a División Ligera se sume a ustedes en territorio italiano irá al mando de Larminat.

—¿Y Pierre Koenig? —se extrañó Eisenhower.

—Le he ordenado salir de inmediato a Francia y ponerse al frente de las Fuerzas Francesas del Interior.

—¿No tenía allí a Jean Moulin?

Un silencio inundó la sala. El general de la nariz corva, Charles de Gaulle, llevó la punta de un dedo a sus ojos y pareció limpiarse el lagrimal. Después respondió: —Encontraron ayer su cuerpo en el vagón de un tren a la altura de Metz. La Gestapo lo llevaba a Berlín para continuar con los interrogatorios, pero no resistió el viaje después de las torturas infringidas en Lyon.

—Lo sentimos —dijeron varios al unísono, y continuó

Eisenhower—: Que la Francia Libre reciba nuestro pésame.

—Así se hará —respondió De Gaulle.

—¿Qué unidades de la Gestapo fueron las responsables? —preguntó Patton.

—Las que están al mando de Klaus Barbie y su lugarteniente, el *Obersturmführer* Rudolf Törni.

—El puto Carnicero de Lyon y su almorrana —añadió Patton.

—Ahora quiero hacerles a ustedes una petición —dijo De Gaulle—. Quiero que, sea quien sea el que los capture, los ponga a disposición de los tribunales franceses.

—Así lo haremos —sentenció Eisenhower. A continuación cerró su carpeta y les preguntó—: ¿Algo más, señores?

—Sí —contestó Montgomery—. ¿Qué sabemos de la posición de Franco?

—En estos momentos es muy dubitativa —respondió Eisenhower—. Recuerden que había pactado con Hitler prestar su apoyo en el frente ruso con la División Azul a cambio de participar en el reparto del territorio africano. La derrota de Rommel habrá provocado que se replantee su estrategia. —Dio una calada, clavó la vista en el mariscal inglés y añadió—: Además, está lo del tungsteno...

Montgomery asintió.

—¿Se puede saber de qué habláis? —intervino Patton.

—Del wolframio, George —acotó Eisenhower, pero, al notar el gesto de desconcierto de su compatriota, aclaró—: Franco estaba pagando la ayuda de Hitler en la Guerra Civil con wolframio. Casi ha vaciado sus yacimientos en la frontera con Portugal, desde Cáceres a León. La diplomacia inglesa ha entrado en contacto con él para comprarle lo que aún le quede en las montañas.

—¿Qué precio tiene ese mineral? —preguntó un Patton desconcertado.

—En tiempos de guerra, casi diez veces el del oro —acotó Montgomery.

—Señores, ese es el resumen de las relaciones con Franco —cerró Eisenhower.

—Ya —intervino de nuevo el mariscal inglés—, luego lo de la entrada en Europa por las playas de...

—Se aplaza —interrumpió rotundo Eisenhower—. Nuestros servicios secretos están negociando con Franco. Si regresa a su antigua posición de *neutralidad*, retira la División Azul del frente soviético y deja de suministrar tungsteno a Hitler, el desembarco por las playas de Almería queda..., digamos, en suspenso.

—Entendido —afirmó Montgomery.

—¿Alguna duda más, señores? —preguntó Eisenhower. Todos negaron con la cabeza y comenzaron a cerrar sus cartapacios—. Pues se levanta la sesión. Suerte en Sicilia.

El primero en salir fue el mariscal Montgomery, después Giraud seguido de un cabizbajo Charles de Gaulle. Ante un gesto de Eisenhower, Patton permaneció en la sala.

Cuando quedaron solos, el general del revólver de las cachas de nácar abrió fuego: —¿Qué ocurre ahora, Ike?

—Explícame qué es eso de nuestro material rodando en manos de soldados de la 2.^a.

—¿Qué quieres que te diga? —Colocó el puro en la boca y añadió—: Me tomaron el pelo, cojones. Un puto teniente coronel del Corp Franc d’Afrique me prometió que los soldados que le robara a Giraud los sumaría al II Ejército. —Dio una calada y se sentó. Seguidamente remató—: Se los entregó todos a Leclerc.

—¿Presentaste una queja contra él?

—Joder, ¿de qué serviría? Sólo para que yo quedase en ridículo y el mono de la seta en la cabeza se riese de mí — exclamó, y saltó del sillón para dirigirse a una de las ventanas—. En su brusco gesto arrojó al suelo la carpeta de Eisenhower. Perdona, estoy fuera de mí. Esos cabrones me han puesto de mala uva. —Se inclinó a recoger los documentos desparramados y, al alzar uno de ellos, preguntó extrañado—: Pero... ¿qué cojones significa esto?

—Nuestro salvoconducto para conquistar Sicilia.

—¡No me jodas! El gobierno de los Estados Unidos pactando con la Mafia. —Y arrojó los papeles encima de la mesa.

La ficha de Lucky Luciano, que incluía su fotografía, había quedado encima de la carpeta.

—Se pacta hasta con el diablo, George. El fin justifica los medios.

—Dame carros de combate y soldados y déjate de jueguecitos con mafiosos.

Eisenhower le tendió un plano de Palermo sobre el que habían trazado varias líneas.

—Cuando entres en la ciudad, ten en cuenta esto. Por muchos carros de combate que te asigne, nunca lo descubrirías.

—¿Qué es?

—Los túneles secretos que tiene la ciudad y que sólo conoce la Mafia. —Cogió otro plano y continuó—: Aquí tienes los de Siracusa, los de...

—¿Qué le prometisteis a Luciano?

—Su deportación a Roma. A cambio, su gente nos debe facilitar la entrada en Sicilia.

—Por lo que veo, accedió.

—Gracias a eso habrá menos derramamiento de sangre.

—No sé, Ike. Yo soy un soldado, lucho donde me mandáis y venzo donde lucho. No acabo de comprender estos tejemanejes políticos. —Mordió el puro y añadió—: Es como si pactáramos con Klaus Barbie.

El silencio de Eisenhower lo congeló.

5

SABRATHA

EMPRENDISTEIS LA MARCHA hacia Libia. Otra vez la extinta Fuerza L, o incipiente 2.^a División Blindada, recorría las pistas de los arenales, pero en esta ocasión no ibais al combate. El destierro al que os condenaban, lejos de amedrentaros, os motivó aún más. Las diferencias eran patentes entre gaullistas y antiguos seguidores de Pétain que, apostando a caballo ganador, se habían sumado al general Henri Giraud, y los exiliados españoles os habíais encargado de agudizar aún más las discrepancias provocando deserciones de compatriotas para el posterior enrolamiento en las fuerzas gaullistas. «Traslados voluntarios», en vuestra jerga.

—Nos destierran por uno. Nosotros lo hacemos por mil —gritó el sargento jefe Fábregas desde la torreta de su Half-Track, nada más salir de Túnez, como si se repitiera la leyenda del Cid en la Jura de Santa Gadea, y el jolgorio se extendió por el resto de la

columna blindada.

Antes de llegar a Sabratha, vuestro destino, aún os deleitó con su guitarra y una versión libre de un ovillejo de Cervantes, en la que participasteis todos: ¿Quién nos causa este dolor?

—Henri Giraud —respondisteis a coro, gritando bajo la polvareda que levantaban los semiorugas.

Y los males, ¿quién los cura?

—Charles De Gaulle.

¿Quién mejorará nuestra suerte?

—Philippe Leclerc.

¿Quién nuestra gloria concluye?

—Ni la muerte.

CASI EN LA FRONTERA TUNECINA, a sesenta kilómetros de Trípoli, os acantonaron. La antigua ciudad romana de Sabratha os dio cobijo bajo sus olivos junto al mar. Alrededor de los restos de su anfiteatro, de sus desbaratados mosaicos, de sus gloriosas imitaciones Africanas de la Vía Apia y hasta en el monte cuyas laderas se incrustaban en las aguas formando un puerto natural, os entrenabais desde el toque de diana.

Hubo explicaciones acerca de las armas automáticas, conducción del Sherman, del Half-Track, manejo de sus ametralladoras del 12.7 y 7.6 y de su cañón del 57. Os proporcionaron el modelo Mark II del subfusil Sten, al que podíais

incorporar silenciador, pero Campos se las arregló para conseguir el Mark V, el de los paracaidistas, con siete cargadores.

Si en el asentamiento de La Faya, vuestro destino en el desierto, erais algo así como un campamento de verano en el que os entrenaban para ser indomables hijos del viento, en Sabratha estabais convirtiéndoos en guerreros invencibles con el material militar más moderno para vencer en un foro muy distinto: las grandes ciudades. El armamento aún era escaso, sólo disponíais de un Sten por escuadra y los blindados y semiorugas no alcanzaban para toda la futura división. Aún deberíais esperar más suministros.

Por las noches, os zambullíais en el mar, en largos baños que parecían cargaros de energía. Algunos muchachos practicaban la pesca con granadas, lo que proporcionaba cena en abundancia para todos.

Nunca eliminasteis los corros alrededor de la hoguera. Resurgían todas las noches: los pases toreros del sargento Martín Bernal, Larita II, y vuestro «ole, olé»; las canciones tradicionales de la Guerra Civil, repetidas hasta la saciedad y que también los franceses tarareaban; los poemas de vuestros legendarios escritores o las versiones libres construidas por Fábregas bajo los acordes de la guitarra. En especial, recordarás la *Canción del Pirata*, pues cuando la cantaba, sonriendo, pensabais: «Si Espronceda levantara la cabeza...»:

Que es mi Half-Track mi tesoro.

Que es mi Dios la libertad.

Una ley la fuerza y el viento.

Mi única patria, la mar.

Llegaban más soldados, sobre todo españoles de las

Compañías de Trabajo y franceses jóvenes que no habían participado en ninguna guerra. *Guantes blancos*, les llamabais. Los acogisteis como a vuestros hijos —pese a que muchos eran mayores que tú— y les enseñasteis todo lo que sabíais del combate. Estaba claro que el destierro no había conseguido el resultado esperado por los antiguos seguidores de Vichy.

Aunque la 2.ª División aún estaba sin completar ni estructurar y el armamento llegaba a cuentagotas, la 1.ª ya se encontraba preparada y dispuesta para unirse a las fuerzas angloamericanas en Italia, que ya habían conseguido reconquistar Sicilia.

—Han destituido y encarcelado a Mussolini —te dijo Fran, la última noche que compartisteis en África—. Se rumorea que su sucesor, el mariscal Badoglio, está negociando un armisticio.

—¿Por qué no te unes a la 2.ª y estamos juntos, como los Pujol? —le preguntaste.

—No, Nico. Yo entraré por Italia, tú por el norte de Francia y alguno alcanzará Estrasburgo y a ese hijo de puta del *Obersturmführer* Törni.

Antes de despediros, te recordó: —Si la Gendarmería te acusa del asesinato del excapitán de campo, di que lo maté yo. Mi salida a Italia y la Legión Extranjera me proporcionarán inmunidad. —Apretó los puños y te advirtió—: Pero con el *Obersturmführer* no podemos hacer lo mismo. Cuando vea llegar la muerte, debe saber quién le mata y por qué.

A la mañana siguiente, todos os encontrabais en el puerto despidiendo a la 1.ª División Ligera y en especial a la 13.ª Semibrigada. Casi veinte mil soldados, cuatro mil de ellos españoles, partían hacia Italia y Miguel Buiza les acompañaba. No hubo lágrimas, sólo vuestro deseo de que machacaran al fascismo.

—Dale un beso a madre de mi parte —te señaló Fran al pie de la escalinata del acorazado.

Ascendió por la rampa, con su fusil y su enorme mochila, hacia la cubierta. Alguien había desplegado una bandera de la II República española en el lateral. Los aplausos y gritos de júbilo se sucedieron.

Fábregas se colocó en posición de firmes ante el buque, llevó los dedos a su gorra —gesto que imitasteis en el puerto— y, con la mirada en la bandera, parafraseó a Unamuno: —¡Que Dios no os dé la paz y sí la gloria!

El navío sobre las mansas aguas del Mediterráneo emprendió su ruta hacia Italia.

Vosotros regresasteis al campamento. El teniente Amado Granell os había preparado unas banderitas de la II República que los españoles cosisteis en el comienzo del hombro. El *adjutant-chef* Campos seguía practicando en solitario con el Sten, las ametralladoras de los Half-Track y los anticarros M-36 Jackson. Ya sabíais lo que ocurriría: en cuanto los dominase a la perfección, os sometería a sus extenuantes entrenamientos.

En aquellos días conociste a un tipo extraordinario, Johann Reiter. Había sido cadete en la academia militar de Munich, exbrigadista internacional en España y voluntario contra Hitler desde el primer día. Era experto en demoliciones y en asaltar posiciones enemigas con seis granadas en el cinto. Era rubio, fibroso y más alto que ninguno de vosotros, pero que hubiese estado de vuestra parte en la Guerra Civil hizo que lo acogierais como a otro hermano. Vuestra pandilla —los Pujol, Gitano, Turuta y tú— lo rebautizasteis como *Juanito* porque ninguno conseguía pronunciar su nombre alemán. Hiciste un trato con él: si te

enseñaba su idioma, tú harías lo mismo con el vuestro. Aceptó, y las ruinas romanas del anfiteatro fueron vuestra aula de estudio.

A veces, durante las clases, recibíais las visitas del sargento jefe Fábregas, que os impartía doctas charlas de Historia. Lo recordarás explicándoos que Sabratha había sido una ciudad fenicia, después cartaginesa y por último romana. Solía establecer un paralelismo entre el Imperio Romano y el III Reich para terminar con la guitarra y sus citas a Quevedo.

Septiembre había llegado y os obsequió con tres hechos que marcaron vuestro destino. El primero fue la retirada de Italia de la guerra con la firma de un armisticio. Después, la incorporación de vuestro antiguo capitán, Raymond Dronne, recuperado de las heridas de Ksar Rhilane. La tercera se convirtió en la más importante: la cuarentena había terminado y os enviaban a Marruecos, a Skira Temara, cerca de Rabat.

«Cada vez más cerca de Estrasburgo», pensaste al oír la decisión.

6

SKIRA TEMARA

EL ENROLAMIENTO EN LA 2.^a División se cerró en dieciocho mil soldados, de los que tres mil quinientos erais españoles. Se seguía rumoreando sobre la creación de una 3.^a División que entraría en España, por Almería, pero nada de eso se materializaba.

Salisteis de las ruinas romanas de Sabratha y recorristeis la costa Africana deteniéndoos a pernoctar en las ciudades: Trípoli, Túnez, Argel... Vuestra velocidad de marcha era de setenta y cinco kilómetros a la hora, la misma que iba a tener vuestra infantería. La cuarta noche alcanzasteis Orán, la ciudad que ya era parte de la historia del exilio: a muchos de vosotros os había acogido en 1939. El gesto del teniente Granell, del *adjutant-chef* Campos, de los sargentos jefes Fábregas y Martín, del sargento Moreno y de tantos otros mostraba lo evidente: llevabais más de cuatro años fuera de España y siete en guerra contra el fascismo. Y desconocíais el tiempo que aún os quedaba.

No sólo conseguiste el permiso del teniente para visitar a tu madre, sino que te acercó personalmente en su *jeep*. Las macetas con flores de múltiples colores seguían decorando la entrada de la vivienda. Ascendisteis por las escaleras de madera y picaste en la puerta. Tras abrirla, tu madre te abrazó sin pronunciar palabra y sin querer soltarte. Las lágrimas empaparon sus mejillas.

Pasasteis la velada hablando del futuro inminente: la ocupación de Europa.

—La radio ha informado de la invasión de Córcega por tropas francesas —dijo ella.

—Sí —apostilló Granell—, los primeros en desembarcar han sido los *goumiers* marroquíes. Supongo que después lanzarán a la Legión Extranjera.

—Espero que Fran esté bien.

—Está bien, madre —dijiste, y le apretaste las manos para añadir—: Es el tipo más duro de la Legión.

Su cara se iluminó. Lo comprendiste de inmediato: estaba orgullosa de vosotros. Había tenido una familia, lo que más quería en el mundo, y se la había destruido el fascismo. Sus hijos continuaban el sendero marcado por su padre y para ella era suficiente.

Al despediros, el teniente la abrazó y ella musitó: «Amado, cuídate». Entre los dos se había establecido una relación que en aquel instante te dolió; era como si tú traicionases la memoria de tu padre al creer que tu madre había puesto los ojos en el teniente. Por lo menos así lo sentiste entonces, lo que provocó que el silencio fuera tu compañero el resto del viaje.

Salisteis de Orán al primer rayo de luz y pasasteis por las cercanías de Melilla al atardecer. Vuestros rostros reflejaron la

nostalgia y la tristeza se apoderó de todos. Fábregas, como siempre, puso letra al instante. Parecía que iba a recitar al prisionero de Argel, pero fueron unos versos que integrarían el futuro el himno de vuestro regimiento:

Les gars de Leclerc
passant en chantant.
La victoire n'attend pas...

Os asentasteis en las cercanías de Rabat, en Temara, y el armamento más moderno comenzó a llegar, al igual que el entrenamiento extenuante del *mencey* guanche con su nueva técnica de combate: dispuestos para cualquier cosa. Las «misiones de grado cero»: así las denominó Fábregas, que rebautizaba todo, al insinuar las probabilidades de sobrevivir.

La 2.ª División comenzó a estructurarse por arriba. El Regimiento de Tiradores Senegaleses del Tchad —ya sin senegaleses— se reconvirtió en el Regimiento de Marcha del Tchad, que quedó al mando del coronel Dio, y este nombró jefe de su III Batallón al teniente coronel Joseph Puzt. En cuanto os llegó la noticia, todos quisisteis alistaros a sus órdenes. Pero los tres mil quinientos españoles fuisteis distribuidos entre casi todas las unidades con el ancestral criterio de no superar el quince por ciento en ninguna. No importaba, se cumplía la orden que os cursó Buiza: «De unidad cambiarás, pero con españoles siempre te encontrarás».

Se exceptuaba la 9.ª Compañía, a la que habían creado con el axioma de que a alguien había que encargarle las misiones *de grado cero*. Sus ciento cincuenta y seis componentes erais españoles de sangre, excepto Juanito, el alemán adoptado.

—Capitán, si no me falla la memoria, usted hablaba castellano

—dijo Leclerc.

—Sí, mi general. Veraneaba en España, concretamente en Burgos.

—Esos hombres dan miedo a todo el mundo, pero son excelentes soldados. ¿Usted se las arreglará con ellos, verdad?

—Descuide, mi general.

Con aquellas palabras, Leclerc había puesto a Raymond Dronne al mando de la 9.ª, convirtiéndolo en vuestro jefe inmediato. El teniente Granell fue elegido subjefe y la compañía se estructuró en cuatro secciones: la de apoyo, al señorío del teniente Bamba, que a su vasta cultura añadía sus refinados modales y su elegancia; la 1.ª Sección quedó al mando del *souslieutenant* Montoya, aquel suboficial de los carabineros de Negrín; la 2.ª, a las órdenes del *souslieutenant* Elías, vuestro *pied noir*, con el querido Larita II de subjefe. Y la 3.ª fue la vuestra, la de Fábregas y el *adjudant-chef* Campos, la de los que habíais recorrido los desiertos y os amantabais con vientos escarchados y dunas sable. «Los anarquistas», os llamaban.

La verdad es que tú no eras anarquista, ni sabías si tu ideología se acercaba a los socialistas o a los comunistas o a los simples demócratas republicanos, pero tenías muy claro lo que no eras y contra lo que luchabas: el fascismo en cualquiera de sus manifestaciones. Recordarás que, en cierta ocasión, sobre eso versó la conversación con Fábregas: —Hasta la ideología ha distribuido a los soldados de la 9.ª: los republicanos con Elías, los socialistas con Montoya y los anarquistas y los del POUM con Campos.

—Casi no hay comunistas con nosotros —añadiste.

—Ellos se quedaron descolgados con el pacto germano

soviético. Confundieron la política internacional de la URSS con la lucha de clases. —Dio una calada y apostilló—: Pero han recuperado el tiempo perdido organizándose en la Resistencia, que es casi suya.

—¿Usted es anarquista, mi sargento?

—Ya ni lo sé. —Quitó el Gitanes de sus labios, miró hacia el crepúsculo y añadió—: Supongo que todos somos víctimas de la ideología que tuvimos a los veinte años.

LOS MESES TRANSCURRÍAN entre los entrenamientos con las nuevas armas aportadas por los norteamericanos y los baños nocturnos en las aguas del Atlántico. A veces, en vuestros días de descanso, paseabais por Rabat o Casablanca. Ya no os comportabais como camorristas, al contrario: intentabais cuidar vuestra indumentaria y modales. Debíais dar ejemplo al resto con vuestro comportamiento. Creo que el único desaliñado de toda la división era Fábregas, siempre desarrapado y con la camisa por encima del cinturón, parecía vuestro niño travieso: —Ahora sólo somos números de matrícula. Ya me acicalaré cuando sea civil —repetía a cualquiera que le recriminara su estampa.

Creo que fue el mes de octubre de 1943 el que os trajo noticias importantes sobre la guerra. La primera trataba de la destitución de Henri Giraud de la copresidencia de Francia. Al parecer los norteamericanos lo habían destituido por armar al Frente Nacional Corso sin su permiso y por mantener una red de espionaje propia. Fuera como fuese, el único líder de la Francia Combatiente sería, a partir de ese momento, Charles De Gaulle. La segunda, sobre la Italia dividida: había declarado la guerra a Hitler y comenzó su

propia Guerra Civil. Y la tercera versaba de España: Franco había abandonado su posición de «no beligerancia» y había regresado a la de «neutralidad». De ahí que aquel engendro falangista de nombre «División Azul» regresara del frente ruso sin los vítores ni fanfarrias con las que se celebró su partida. Aún así mantuvo dos mil soldados defendiendo el III Reich con el nombre de «Legión Azul».

—El imperio de Hitler se va a pique. Cada día nos anuncian un naufragio. Nosotros le daremos la puntilla.

Ese era el eslogan, entrenamiento tras entrenamiento, pero el apremio hacia vosotros era cada vez más extenuante: se os llevaba más allá del límite. El general Leclerc incluso lo supervisaba personalmente, impulsando el esfuerzo y forzando los ritmos. Un día le oíste decir al teniente coronel Puzt: —La presión fabricará diamantes.

EL AÑO 1944 HABÍA ENTRADO y nadie os garantizaba vuestra salida hacia Francia. Hasta que un día se presentó una delegación norteamericana enviada por Eisenhower y encabezada por varios generales de dos estrellas. Dijeron que iban a efectuar un test de «aptitud operacional». Sabíais que esas pruebas ya se las había realizado el general yanqui Kingman a la Legión Extranjera francesa y las habían superado con éxito. Vosotros confiabais en nuestra capacidad y nunca dudasteis de que despuntaríais más que vuestros compañeros legionarios.

Comenzaron las pruebas con la conducción y disparo desde los Sherman: siguieron con los Half-Track y el fuego de sus ametralladoras y el cañón del 57. Tú ibas en el semioruga de

Fábregas encargado de la ametralladora y no fallaste ni un blanco. Después vino el asalto de trincheras a bayoneta calada, el abordaje a búnkeres y blocaos, la toma de cotas... «Somos invencibles», os repetíais en medio del jolgorio.

—Son ustedes una banda de cosacos —os dijo el capitán Dronne, sin sospechar que os acababa de bautizar.

Tal vez erais excelentes; los mejores, si se trataba de distancias menores a cincuenta metros. Pero ocurrió algo que nadie había previsto: los aciertos de los tanquistas franceses fueron muy inferiores a los de los polacos y británicos. Vuestros queridos *guantes blancos* estaban fallando. Los generales norteamericanos tomaron notas y ordenaron repetir los ejercicios.

«Esto no va bien», os decíais. El gesto cabizbajo de Leclerc y sus toques constantes en el suelo con el bastón, más el teniente coronel Puzt fumando un cigarro tras otro, os hacían presagiar lo peor.

Tal vez fueran los nervios con motivo del ruinoso resultado de los franceses, la tensión por la prueba, la ansiedad por abandonar África y entrar en Europa o vaya uno a saber qué. El caso es que el equipo de generales yanquis decretó: —No desembarcarán en Europa. No están preparados.

ESTACIÓN DEL NORTE, MADRID

DESDE PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE DE 1943, una vez por semana, arribaba a la Estación Norte de Madrid un tren repleto de soldados repatriados de la División Azul. La causa se encontraba en la orden de retirada y de regreso a la neutralidad en la guerra emitida por el gobierno franquista por presiones de los Aliados. Llegaban desde el frente ruso siguiendo el mismo itinerario: salida de Volosovo con parada en Baviera, en el apeadero de Hof, para el cambio de uniformes y la entrega de armamento y, después, rumbo a Hendaya.

Una figura con abrigo negro y un parche en el ojo izquierdo, sentada en uno de los bancos de la estación, había sido testigo de la decepción de todos los soldados que desembarcaron. Habían partido con la intención de merendarse al gigante ruso y, veintiséis meses después, los que no habían muerto en las tierras nevadas regresaban con las manos vacías y el corazón

resquebrajado.

Marino se limitaba a sentarse y a observar. Ninguna propaganda oficial anunciaba la llegada de los divisionarios; él se enteraba porque siempre preguntaba por ellos. Eran como despojos de un régimen que los ensalzó y, cuando ya no le sirvieron, los lanzó por el sumidero de la Historia. Aquello le dolía; nunca comulgó con las ideas que formaron la división, pero había combatido con ellos y sabía de su valor y de su entrega.

Otro tren se aproximó. Las banderas de los regimientos en los laterales de la locomotora y la rojigualda en el frontal. De las ventanas asomaban las de Falange y la divisionaria. Un pitido. La locomotora entró en la estación. Una docena de personas esperaban a los más de mil soldados que transportan los vagones.

La máquina se detuvo. Otro pitido anunció que las puertas se podían abrir. Los soldados descendieron y miraron alrededor. Nadie vitoreó. La docena de ocupantes de los andenes revisaban las caras por si hubiese algún conocido o simplemente preguntaban por el paradero de algún familiar. Los soldados, con gesto reservado, cargaron sus petates a la espalda y se perdieron en silencio por la puerta de la estación hacia las calles de un Madrid oscurecido por la tormenta.

Aunque hasta ese momento nada había diferido de lo ocurrido en anteriores transportes de soldados desde Volosovo, aquel día tuvo lugar una anécdota insólita. Un subteniente con barba poblada, mirada perdida y la Cruz de Hierro de Primera Clase en su pecho, al descender del vagón se quedó contemplado la bóveda de la Estación Norte y los orificios de las bombas de la Guerra Civil por los que se colaba la lluvia. Se arrodilló y besó el suelo. Después, se sentó en los adoquines del andén con la mochila a su

lado, dirigió la vista del techo y, con lágrimas en los ojos, comenzó a cantar:

Con mi canción
la gloria va
por los caminos del adiós,
que en Rusia están
los compañeros de mi División...

El resto no le prestó atención y se alejó. Sólo Marino se aproximó a él. El otro pareció reconocerle y, poniéndose en pie, se fundió en un abrazo sin hablar. Quedaron inmóviles bajo las goteras.

—El camarada Ricardo ascendido a subteniente —dijo Marino—. Mi enhorabuena.

—Bah, ¿de qué sirve si nos han enviado a casa? —exclamó Ricardo, a continuación escrutó los laterales de la estación deteniendo su mirada en la cantina, y propuso—: Te invito a una copa.

A la puerta del local, Marino le preguntó: —¿Qué sabes de Ardura?

—Desertó, el muy cabrón.

Entraron. El subteniente, que buscaba desesperado a un camarero, no se percató del gesto de satisfacción que recorrió el rostro de Marino.

—Una botella de coñac y dos copas —solicitó Ricardo.

—¿Cuándo desertó?

—Hace medio año, unas semanas después de Krasnyj Bor —dijo, y llenó los dos recipientes. Le entregó uno a Marino y alzó el suyo para brindar—: ¡Por Ardura!

De un trago vaciaron las copas y ambos, como en el frente,

limpiaron los labios con el antebrazo.

Mientras Ricardo basculaba de nuevo la botella, Marino preguntó: —Si desertó, ¿por qué brindas por él?

—No me tomes el pelo. —Dio un trago y añadió—: Sé de sobra que habíais preparado la fuga de la sefardí, pero tu evacuación impidió que te sumases. —Marino guardó silencio y Ricardo prosiguió—: Le apunté con la Luger, exhortándole a que regresara. El muy cabronazo me dio la espalda y se alejó canturreando *El puente de los franceses*. No pude disparar. Esa letra me devolvió al lago limen, cuando me espoleaba para no detenerme. —Apuró la copa y añadió—: Aquello me salvó la vida.

—Nos la salvó a los dos.

Volvieron a servirse, alzaron las copas, unieron sus bordes y regresó el tintineo de los vidrios.

Ricardo le narró los seis meses de guerra desconocidos para Marino, y este le contó cómo sobrevivía en España de un trabajo a otro. Cuando la botella se terminó, el subteniente depositó cinco billetes de peseta encima del mostrador. Después, se dirigieron hacia la salida.

Delante del primer taxi, con la mano en el manillar de la puerta trasera y la bota en el estribo del vehículo, Ricardo preguntó: —¿Viniste a la estación a preguntar por Ardura?

—No. Cada vez que llega un tren desde el frente, vengo a leer el rostro de los soldados.

—¿Qué lees? —preguntó con una sonrisa.

—Que quieren olvidar y ser olvidados.

—¿Y en el mío?

—Que ni quieres olvidar ni ser olvidado.

Marino se alejó calle abajo intentando encender un cigarro en

medio de la lluvia. El otro se introdujo en el taxi.

—Lléveme a Villa...

El taxista giró sorprendido su cara hacia el subteniente.

—Perdone —le interrumpió con la mirada clavada en la Cruz de Hierro—, ¿a qué unidad militar pertenece usted?

—A la División Azul —respondió orgulloso Ricardo.

—¡Qué extraño! —exclamó el taxista, dirigiendo la vista al frente—. Nos dijeron que en Rusia los habían matado a todos.

CUATRO SEMANAS DESPUÉS, una mujer enojada, con permanente y manicura reciente, abrió la puerta de una habitación en penumbra. Encima de la cama, boca arriba, se encontraba el camarada Ricardo, cuyos ojos rojizos brillaban en la opacidad y su barba mostraba mechones adheridos por la mugre. El habitáculo olía a alcohol, humo y sudor. Botellas de coñac rodaban vacías por el suelo, los ceniceros aparecían repletos de colillas y del perchero colgaba la guerrera llena de medallas. La mirada de Ricardo se calvaba en ellas.

La señora se sentó en el borde de la cama, y dijo: —Hijo, Rosalía ha venido a verte...

—Dile que no quiero verla.

—Pero es tu prometida y...

—Que se busque a otro.

—No puedes seguir así. Comprendemos que la guerra te ha marcado, pero debes olvidar y dar gracias a Dios por seguir vivo.

Cogió la mano de Ricardo y la acarició. No hubo respuesta. La mujer continuó: —Nos tienes muy preocupados. No quieres ver a tu prometida. La bendita viene todos los días y no la recibes. Ni a

mí ni a tus hermanos nos hablas. Desprecias a tu padre. Sólo permites a la doncella que entre a tu habitación para encargarle tabaco y coñac. Estás todo el día y toda la noche tarareando esas horribles canciones de la guerra. Tu padre, si sigues así, baraja internarte en un manicomio. Además, no has salido del cuarto más que en tres ocasiones y han sido para ver pasar trenes en la Estación Norte y entrevistarte con ese siniestro personaje del parche en el ojo...

Ricardo se incorporó de repente, y exclamó: —¿Me estáis espiando?

—Hijo, es que nos tienes intranquilos...

—Pues preocuparos de vosotros —dijo, dio un trago de la botella, y añadió—: Creéis que estoy loco y aquí no hay más locos que vosotros.

—Pero, hijo... —balbuceó, se pasó la mano por la frente humedecida de súbito y a duras penas pudo proseguir—, ¿cómo dices eso?

De un salto se puso de pie frente de su madre y, alzando la voz, preguntó: —¿Es qué no ves lo que tienes alrededor?

Las lágrimas acudieron a los ojos de la mujer.

—No quiero escucharte...

—Pues vas a hacerlo. Has sido tú la que has venido a pedirme explicaciones. —Se dirigió hacia el uniforme y señaló las medallas, y manifestó—: ¿Ves estas medallas? Para ganarlas, los españoles teníamos que realizar hazañas diez veces superiores a las de los alemanes. Hasta el Alto Mando alemán dijo a la población que cuando nos viesan pasar se cuadrasen ante nosotros porque éramos héroes. He visto morir a cientos de camaradas en las trincheras. Cuando regresamos, ¿quién nos fue a recibir? —Agarró

la botella y dio un trago, para continuar—: Yo te lo diré: nadie. Excepto ese hombre del parche en el ojo al que tú llamas siniestro.

—Ay, hijo, es que Franco pasó la consigna de que hay que alejarse del III Reich y de las soflamas de Falange.

—Claro, madre, la traición a la revolución nacionalsindicalista...

Y Ricardo evocó a Hedilla, encarcelado. A Pérez de Cabo, fusilado bajo la falsa acusación de estraperlista. A un batallón de falangistas prisioneros en un cuartel de la ciudad de Astorga por enfrentarse a Franco. A Dionisio Ridruejo, un *camisa vieja* y uno de los compositores del *Cara el sol*, condenado al ostracismo desde que regresó de luchar con bravura en las filas de la División Azul.

—Pero el Caudillo es el que manda...

—Madre, por Dios. ¿Es que no ves que Ridruejo tiene razón cuando asegura que la España de Franco se hunde como empresa y funciona como tinglado?

—No te metas en política, por favor. Deja eso para...

—¿Política? Es la vida misma, madre. Mira a tu marido, a mi padre. Se está llenando los bolsillos con los presos republicanos que le llevan desde las cárceles para que trabajen gratis en sus fábricas. Esclavos, madre. ¿Acaso después de la Guerra de Secesión los yanquis convirtieron en esclavos a los sudistas? —Dio otro trago—. No caminamos hacia la integración de todos los españoles, pero sí a perseguir rojos chivándonos unos de los otros. ¿Qué queda de la revolución que pretendíamos? —Hizo amago de repetir el trago, pero bajó la botella y se respondió—: Sólo los decorados y las comparsas. Ridruejo tiene razón: se han abandonado los ideales y nos hemos entregado al revanchismo.

—Tu padre lo hace por su familia...

—¿Por su familia? ¿Me quieres engañar o te engañas a ti

misma? Papá tiene una querida a la que le puso un piso con doncella desde...

—No quiero oírte más. No...

—Vas a escuchar a este loco. Te guste o no. Y tú, madre. Mírate. Rodeada de asistentes y sola. Todo el día engullendo leche condensada a manos llenas. Por lo menos yo no molesto a nadie y a mí me acompañan mis muertos y mis medallas.

La señora sollozó, y susurró:

—Creo que debes confesarte y dejar tu alma en paz. Hoy viene don Senén...

—¿El cura? —vació la botella, y añadió—: Otro igual. Hicimos la revolución nacionalsindicalista para que todos fuéramos españoles y nos tuteáramos, y ahora nos distinguimos añadiéndonos títulos. Y a estos mamarrachos que tocan el culo a los niños de los orfanatos hay que tratarles de *don*...

—No sabes lo que dices. Estás fuera de ti...

La madre se levantó y emprendió una carrera hacia la puerta que cerró de un portazo. Desde el interior de la habitación se oyó cantar a Ricardo:

Con humo de combate,
yo retornaré...

8

LOS COSACOS

LOS JÓVENES E INEXPERTOS soldados franceses no habían alcanzado el nivel exigido por los yanquis, pero las consecuencias las habíais pagado en toda la división. Nadie se enfadó con ellos; ni siquiera tú, que eras el más impaciente por desembarcar en Francia. Su gesto abatido provocó reacciones contrarias: os visteis obligados a animarlos y motivarlos para que no se hundieran moralmente.

Al parecer, la mediación de De Gaulle y la insistencia del Patrón permitieron que los norteamericanos consideraran la posibilidad de otra prueba, quince días antes de la salida hacia Europa. Sería vuestra última oportunidad.

Los entrenamientos se convirtieron en infernales, sobre todo para los tanquistas, a los que les eliminaron los permisos para pasear y distraerse por Casablanca o Rabat. Habían quedado encerrados en el campamento hasta que los disparos de cada Sherman acertasen a la cabeza de un alfiler a dos mil metros sin

desviarse ni un centímetro.

Para vosotros, la infantería, el resultado del test había sido casi perfecto. Excelente en asalto de trincheras, toma de cotas, potencia de fuego a media distancia, asentamiento y control de calles..., pero regular en puntería a larga distancia, lo que provocó que vuestra nota no fuese inmaculada del todo. De ahí que el teniente coronel Puzt comenzó a hostigaros con prácticas de fusil sobre blancos a doscientos metros. Las dirigió Granell, y tú oficiabas de ayudante.

La verdad es que no necesitabais superar esa prueba para que los yanquis os consideraran aptos, pero por solidaridad con los tanquistas también os encerrasteis a practicar con el objetivo de conseguir la perfección.

La prueba de tiro de precisión se resistía a los soldados del Regimiento de Marcha del Tchad; algo fallaba y la causa era la misma que hacía fracasar a los tanquistas: la impaciencia. Un día te lamentaste a Fábregas: —No sé qué ocurre, mi sargento. La ansiedad les impide concentrarse. No se les exige que disparen como yo y acierten blancos a un kilómetro, pero doscientos metros debería ser una distancia accesible a cualquier soldado.

—¡Ah!, querido Bête. A lo mejor sois el teniente y tú los equivocados.

—¿Nosotros? —preguntaste extrañado.

—Sí. ¿Te has preguntado qué motivación va a encontrar un tirador sobre una diana de papel?

—Ir a Europa a destruir al III Reich —respondiste tajante.

—¿Lo ves? ¡Quieren nazis, no hojas de papel!

No necesitó decir más. Todo se presentó ante ti de forma nítida. Al día siguiente, las dianas mostraban la cruz gamada

dibujada en el mismo centro.

Te acordarás de Campos tumbado en la línea de tiro. «Es el momento de vengarme de los malos ratos que me hizo pasar en las hoyas», pensaste.

—Mi *adjutant-chef*, si acierta al eje de la esvástica, le regalo una trompeta de pistones —le propusiste, y añadiste una sonrisa.

Se irguió de su posición y se dirigió hacia ti. Su rostro era pétreo aunque ya no llevase la barba. Te colocó el dedo en el pecho y apretó, antes de exclamar: —Cabo, no se pase de listo. Todavía soy su superior.

Acertó todos los disparos a esa distancia, al igual que la casi la totalidad del regimiento. Estaba claro que si los tanquistas mejoraban, la calificación de los yanquis a la 2.^a División sería la de excelente.

Por tu parte te viste obligado a cumplir con la promesa: comprarle una trompeta a Campos. Solicitaste a Gitano que te acompañase por los zocos y arrabales de Casablanca. Era el escolta ideal para que ningún vendedor te engañase con el precio, aunque ninguno de los dos pudierais distinguir una trompeta de jazz de la corneta de Turuta. Por eso, también le pediste a Fábregas que se uniera a vosotros.

Diez francos pagaste por una de segunda mano con tres pistones; ignorabas si podría emitir alguna nota decente, ya que ninguno de vosotros tres fue capaz de provocar con ella algo más que ruidos. Pero daba igual: parecía ser la única a la venta en Casablanca.

Al llegar al campamento te dirigiste hacia el barracón de los oficiales y localizaste a Campos.

—Lo prometido, mi *adjutant-chef*. —Y le tendiste su premio

perfectamente envuelto.

Abrió la caja y se quedó un segundo contemplando la trompeta. La sacó con suavidad y la acarició. Te resultaba difícil creer lo que veías: el terrible Campos pasando con finura sus dedos por aquel trozo de metal tan aparentemente inútil. Al verle extasiado te preguntaste cuánto tiempo haría que no tenía una entre manos. Colocó su zarpa en tu hombro y, cerrando los ojos, asintió. Era la forma de dar las gracias de un hombre de pocas palabras.

Al día siguiente regresó la comisión norteamericana. Todos cruzasteis los dedos cuando los tanquistas se subieron a los Sherman y los cañones del 75 escupieron fuego. Ninguno falló. Vuestros queridos *guantes blancos* acababan de convertirse en verdaderos *boinas negras*. Por vuestra parte, los resultados habían sido excelentes en todo. Había que esperar la calificación, pero estabais seguros de haber superado el examen.

Fue esa misma noche, reunidos como siempre alrededor de las brasas, entonando canciones y provocando bailes con Larita II de danzarín oficial del regimiento, cuando os llegó la noticia: la 2.ª División Blindada desembarcaría en Europa.

No esperasteis al día siguiente. En aquel mismo instante os reunisteis en asamblea alrededor del fuego: había que bautizar vuestros blindados. Presidía la reunión el teniente Granell, acompañado de los oficiales Elías, Montoya y Campos.

—Nuestro Half-Track se llamará Durruti —propuso el sargento Constantino Pujol, que fue el primero en hablar.

—Lo siento —exclamó el teniente—. Las órdenes han sido muy claras: nada de nombres propios y menos si tienen relación con la política.

Murmullos entre los soldados de la 9.^a Compañía, y de nuevo tomó la palabra Pujol: —¿Los *boinas negras* cómo están bautizando sus blindados?

—Les han puesto los nombres de batallas victoriosas de la época napoleónica —contestó Granell.

Más cuchicheos que cortó Campos:

—Mi vehículo llevará el nombre de «Túnez». Ha sido la primera gran victoria sobre Hitler y quiero que los nazis vean nuestra leyenda cuando avancemos contra ellos. —Regresaron los susurros y de nuevo la voz grave del *adjudant-chef*—: Además, para que recuerden el momento de su declive, le añadiré el año: 1943.

Risas, palmas y patadas en el suelo secundaron aquello. De nuevo tomó la palabra el sargento Pujol.

—Siguiendo la tónica de Campos, el nuestro recordará a los nazis su derrota en Narvik. Seremos «Los Pingüinos».

Más jolgorio, palmas y silbidos.

—«Santander» —gritó Fábregas.

—Gracias —dijo el cántabro Solana, agarrando con fuerza el antebrazo de vuestro sargento jefe.

—Mi sargento —le dijiste—, ahí perdimos la batalla.

—Ya, pero luchamos como leones y también hay que recordar a los muertos. —Pasó el papel de liar por su lengua y añadió—: Además, allí tuve una novia...

—Cuenta, cuenta... —animaste.

—No, Bête. En asuntos de mujeres, un caballero ha de guardar silencio siempre...

La voz de Gitano se alzó sobre las demás:

—A ti —dijo, y acarició el tubo del cañón del 57 de vuestro

Half-Track—, te llamaré «Mari Luz». —Y le dio un beso.

—«Guernica» —se oyó desde las filas de la 1.^a Sección.

—«Madrid» —continuaron las voces desde la 1.^a.

—«Cap Serrat» —gritó una que no distinguiste—. Hay que seguir recordando a los nazis sus derrotas en África.

—Ya veo que mi sección está bautizada al completo. Sólo falta el mío —dijo el *souslieutenant* Montoya—. Pues para que nadie se me adelante, señores, yo iré en el «Don Quijote».

La algarabía regresó con más estruendo. El sargento Martín, Larita II, saltó al medio del corro, simuló que sujetaba un capote con las dos manos citando al morlaco y, adelantando la capa imaginaria, atrasó un pie. Estaba atrayendo la embestida del toro. Cuando se supuso que había terminado, adelantó la pierna, se colocó como dispuesto para otra verónica y gritó: —«Teruel».

Los silbidos, aplausos y hasta algún pañuelo blanco se sumó al «ole, ole».

—«El Ebro» —siguieron las; voces en la 2.^a sección.

—«Nous Voilà».

—«España Cañí».

—Bueno —dijo el *souslieutenant* Elías, poniéndose en pie—, sólo queda el mío en la 2.^a. Pues que sea «Resistencia».

Aplausos.

Las miradas se dirigieron hacia vosotros, hacia la 3.^a, hacia *Los anarquistas*. Sólo habíais nombrado el «Túnez» y el «Santander»; aún os quedaban tres Half-Track sin bautizar.

—«Guadalajara» —gritó el sargento Jiménez.

—«Brunete» —añadió el sargento jefe Reiter.

Sólo restaba un semioruga, el del sargento Morillas. Había permanecido muy callado toda la velada por lo que el teniente le

miró interrogante.

El sargento se quitó la gorra y se mantuvo en cuclillas mientras exponía: —Habéis dicho que han prohibido los nombres de personas, pero a mí me gustaría llamarle «Almirante Buiza». Él no irá a Francia, sin embargo ha sido el único general español que siempre compartió nuestras penalidades sin separarse de nosotros. Me agradaría que siguiese siempre presente.

—Lo consultaré —respondió Granell.

De nuevo largos aplausos, pero esta vez iban por Buiza.

El teniente Bamba cruzó una mirada con el *adjutant* Neyret, como solicitando que fuese él quien bautizase el Half-Track de rescate y encargado de las reparaciones.

—¿«Rescusse»? —preguntó el *adjutant* en voz baja al teniente. Bamba asintió y Neyret gritó—: «Rescusse».

De repente, oíste una nueva exclamación, al principio aislada, que en pocos segundos se extendió por las gargantas de la mayoría: ¡Half-Track-chef! ¡Half-Track-chef!...

Entonces te diste cuenta de que el teniente Granell no había dado nombre al Half-Track de mando. Te uniste a los gritos.

El teniente sonrió, miró a su adjunto Valero, al *adjutant* con las cejas más anchas que habías visto jamás, y dijo calmo: —Llevará el nombre de todos ustedes: «Los Cosacos».

De Fábregas aprendiste muchas cosas, tal vez hoy puedas decir que se convirtió en un sustituto de tu hermano mayor, a veces en un padre, pero siempre en tu maestro. Por eso, cuando agarró la guitarra («ahora, que luchen las palabras», dijo entonces) entendiste el valor y la importancia de las canciones entre los diferentes bandos en vuestra guerra: eran otra forma de lucha.

Somos los campesinos,

*hoy somos los soldados.
¡Adelante!
Gritan nuestros fusiles.
Gritan nuestros arados.*

Y os unisteis a él:

*¡Adelante,
con La Nueve!*

Regresaron los aplausos, las patadas en el suelo y las palmas. Dicen algunos que si algo es nombrado, es que existe. «Los cosacos de La Nueve» habíais sido nombrados.

Pero aquella noche de un estrenado 10 de abril aún os deparó otra sorpresa. La enorme figura de Campos se recortó sobre la luna llena. De repente, como el aullido de un lobo en medio de Skira Temara, hizo sonar la trompeta. Todos le escuchasteis en silencio; hasta la guitarra calló. Era como si la voz de los muertos se concentrara en el aire, inmortalizándose y grabándose en vuestra piel. Aquel lamento os decía que por ellos seguíais luchando. Pero sus notas iban más allá: eran el recordatorio de que el Ejército de la II República jamás se rindió ante nadie ni presentó armisticios vergonzantes. Fue Franco el que decretó su derrota, pero nada más. Allí estabais de nuevo, reconstituidos bajo otra bandera y otro uniforme, dispuestos para la batalla, para la victoria, «para la gloria», como matizó Fábregas, recordando a Unamuno, cuando acompañó al *adjudant-chef* en la clausura con un pizzicato.

—Ahora sí, Bête —te dijo tu sargento jefe quitándote la gorra—. Ya somos una orquesta perfectamente conjuntada.

LLEGÓ EL ALBA tras aquella inolvidable noche del 10 de abril de 1944, y lo hizo con el toque de Turuta más largo y fuerte que conocisteis jamás. Vuestro anhelo cumplido: el embarque a Europa, el principio de la lucha final.

Leclerc inspeccionaba vuestras posiciones mientras todos preparabais los vehículos para el embarque. El buque *Franconia* sería el navío que transportaría a todo el Regimiento de Marcha del Tchad.

El capitán Raymond Dronne se presentó apresurado con su *jeep* a dirigir vuestra salida. En el frontal de su vehículo se leía la inscripción «Mort aux cons».

—¿Qué significa eso? —preguntó desconcertado Leclerc.

—Es el nombre de guerra de la jefatura de la 9.^a Compañía —respondió timorato el capitán.

El general ladeó la cabeza, se mordió el labio y le espetó enfadado: —Quítelo. No se le ocurra entrar en Francia con esa estupidez.

—¡A la orden, mi general!

Leclerc quedó de pie en medio de los arenales, sin su Estado Mayor ni nadie más. Tal vez quería estar a solas para ver a todos y cada uno de los dieciocho mil hombres y cuatro mil doscientos vehículos que integraban su división, mientras desfilabais hacia las embarcaciones. Se apoyaba en su bastón, observando la interminable columna de Sherman y Half-Track con destino al puerto de Casablanca. El polvo le cubría, pero no se movió. Cuando los blindados «Montmirail», «Romilly» y «Champaubert», del regimiento 501.^o de carros, vuestros queridos *boinas negras*, pasaron a su lado, el general se irguió. Era como si una voz del

Más Allá le susurrara que estaba contemplado a los tres carros de combate que escribirían una de las páginas más célebres de la historia de su patria.

Os quedaban menos de cincuenta metros para llegar a su altura. El «Mort aux cons» y el «Rescusse» iban en cabeza y la voz de Campos agitó el aire calmo de aquella mañana, abriendo una brecha en la nube de polvo: —¡Saluden al Patrón!

Os enderezasteis en los Half-Track, llevasteis las puntas de los dedos a las gorras y fijasteis la mirada en el rostro de Leclerc, como estatuas de granito sobre los blindados. El general respondió, poniéndose firme y saludando al paso de «Los Cosacos», «Don Quijote», «Cap Serrat», «Los Pingüinos», «Madrid», «Guernica», «Resistencia», «Teruel», «Nous Voilà», «España Cañí», «Túnez 43», «Brunete», «Santander», «Guadalajara», «El Ebro»... y «Almirante Buiza». Los nombres habían sido pintados con trazo firme y limpio sobre el frontal por Bamba, vuestro teniente de intendencia, que seguía añorando su Madrid natal, pero no poseía un blindado para darle ese nombre y tenía que conformarse con el Half-Track de la sección de rescate, el «Rescusse».

Después del desfile, Leclerc quedó impasible en medio de la ruta desértica al puerto con la vista clavada en el rebufo de la división. Había conquistado uno de sus sueños. Le quedaba otro: el portal a la eternidad.

Europa os esperaba.

EL ÚLTIMO TREN DESDE VOLOSOVO

EN LA MAÑANA DEL 17 DE ABRIL DE 1944 la confusión se extendió por la mansión de los padres del subteniente Ricardo. Habían utilizado la bañera empleando casi todas las sales del baño. El cubo de la basura se encontraba repleto de cabellos. La habitación de su hijo resplandecía, sin botellas ni colillas, como si nadie la hubiese pisado en años. Hasta la colcha estaba perfectamente extendida, sin arrugas, y el uniforme de la División Azul con sus medallas había desaparecido.

Los sentimientos de sus progenitores eran ambivalentes. El padre se debatía desde la alegría por alejar de sus vidas al desquiciado de su hijo, hasta el más horrible de los enfados: ya no podría sumar sus propiedades a las del conde. La madre sollozaba, no sólo había perdido a su primogénito, también había descubierto que su existencia no era más que una burda entelequia.

Sonó el picaporte. La madre miró el reloj: las diez en punto. Rosalía, la prometida de Ricardo, de nuevo en el porche. Esta vez ya no le podría decir que su hijo no se encontraba en condiciones de recibirla; era el momento de suplicarle con prudencia que se olvidara definitivamente de él. Le desagradaba ser portadora de malas noticias, y más cuando había comprobado la paciencia y entrega con la que la muchacha había esperado el regreso del frente y soportado la demencia en su vástago.

Sin embargo, a la que no le importaba difundir los nuevos acontecimientos era a la doncella, que paseaba por el salón con una sonrisa maliciosa. Había llegado de un pueblo, del que ya no recordaba ni su nombre, hacía más de dos años y sólo había recibido desprecio en aquella casa, como si fuera la representante de una clase inferior a la que había que vilipendiar. Incluso percibía la burla en la mirada de la pomposa señorita Rosalía. Sólo Ricardo la había tratado de igual a igual —«como a una persona», decía ella—, y hasta humillaba el señorío de aquella mansión al relacionarse únicamente con ella.

La muchacha abrió la puerta. Rosalía lucía sus mejores galas y en su rostro se dibujaba la petulancia de siempre. Atendida por la señora, la chica pasaría y sería invitada al sempiterno chocolate con pastas; la madre repetiría: «Ricardo sigue sin encontrarse bien, regresa mañana». Pero aquel día la doncella necesitaba su pequeño desquite.

—Lo siento, señorita —manifestó—. El señorito Ricardo no se encuentra en casa.

—Lo esperaré —dijo Rosalía, entrando—. ¿Se ha ido de nuevo hasta la estación?

—No.

—¿Entonces?

—Esta vez ha huido al frente.

EL TREN DESDE VOLOSOVO había llegado a la Estación Norte. Transportaba el último contingente de la División Azul: la Legión Azul. Los más de mil soldados descendieron de los vagones. La escena se repitió: rostros abruptos, el petate al hombro y el desfile taciturno hacia la puerta. Ni fanfarrias, ni banderas, ni canciones a su llegada. Hasta las goteras se encontraban en el mismo lugar, al igual que las dos figuras sentadas. Una, la de Marino, con su abrigo negro, las solapas alzadas y el parche en el ojo. La otra, la del camarada Ricardo, con un afeitado apurado, el pelo corto y engominado y su impecable uniforme emperifollado de medallas.

Entre ellos, el humo de sus cigarros y el silencio. El mismo silencio que precede a las batallas.

Algo desentonaba en la estación de las otras ocasiones y Marino se daba cuenta. Quedaba media hora para que el tren con destino a Hendaya procediese a la salida. En el andén, además de los hombres y mujeres cargados con maletas atadas con cuerdas y niños con ojos saltones, descalzos y hambrientos, paseaban jóvenes bien vestidos y acicalados con mochilas militares. Silbaban los compases de una marcha que, por su estribillo pegajoso, Marino identificó: «España lucha con ardor/ unida con Alemania/ por una España mejor...». Era aquella canción, de letra española y música alemana, publicada en la Hoja de Campaña hacía dos años, cuando se encontraban a orillas del Voljov.

Aquellos hombres se habían dado cita sin conocerse. Las notas y los silencios los iban presentando. De repente, en el andén se

situó alguien conocido desde Krasnyj Bor, el teniente Miguel Ezquerro, aquel oficial de la División Azul con gesto extrañamente germánico. Marino hizo recuento: treinta y siete excombatientes.

Ricardo releía por enésima vez un recorte de periódico, en esa ocasión en voz alta, para su compañero de banco: —«... Con la repatriación de la Legión Azul, España regresa a la posición de neutralidad en la guerra. Por ello, cualquier español alistado en alguno de los bandos en conflicto perderá la nacionalidad española...».

—Déjame adivinarlo —interrumpió Marino—: El fanático de Ezquerro ha conseguido agrupar una unidad que va a desobedecer la orden de Franco, sin que os importe perder la nacionalidad española.

—Hitler nos ha prometido la alemana.

—¿Destino?

—Stablack. Cruzaremos la frontera por las rutas de los contrabandistas.

—¿Por qué lo haces?

—Porque Franco ha traicionado los ideales de Falange. Nos encontramos ante la guerra definitiva. Si ayudamos a Hitler a ganarla, el Caudillo se verá obligado a retornar al camino de la revolución nacionalsindicalista.

—Ya. Entiendo. —Marino pasó la lengua por el papel de fumar, enrolló el cigarro y lo encendió. Después de la primera calada, continuó—: Llegasteis a España, nadie os aclamó ni os paseó como héroes, y se os condenó al olvido. Muchos sin tener oficio ni beneficio. *Lumpen* en estado puro. La guerra se había convertido en su único medio de sustento y...

—No es mi caso. Aquí me dictan con quién me tengo que

casar, dónde trabajar, dónde he de vivir. No soy nadie. En el frente todos somos camaradas. Soy alguien. Dispongo de material que vale millones y mis hombres me aprecian.

—Lamento que mi último día en esta estación, después de cinco meses, sea para despedirme de ti hasta la muerte.

—Lo sé, Marino. La próxima vez que nos veamos será en trincheras opuestas.

—Y como dicen en esas películas malas antes de disparar: «No es nada personal».

Los dos sonrieron. Ricardo se levantó y, antes de emprender el camino hacia el tren, le preguntó: —¿Regresarás a la lucha clandestina con tus camaradas rojos?

—Nunca la abandoné.

Ricardo le miró extrañado, y preguntó: —¿No pertenecerás a la *guerrilla del llano*? —El mutismo de Marino le obligó a añadir—: ¿Tienes algo que ver con los sabotajes a las empresas alemanas?

Marino se levantó, expulsó el humo del cigarro y se encaminó hacia la salida.

«Expreso con destino a Hendaya, situado en vía...», la voz en los altavoces, el repiqueteo de la campana y el factor de la estación con el banderín rojo fue lo último que les unió.

Los treinta y siete excombatientes, al mando de Ezquerra, ascendieron ordenadamente al vagón. La locomotora lanzó un pitido y reanudó despacio la marcha nublando el andén de humo y vapor.

Marino subió a un taxi. El sol amarilleaba las calles de Madrid. La guerra continuaba.

CE N'EST QU'UN AU REVOIR

LA TRAVESÍA POR EL ATLÁNTICO en el *Franconia* duró diez días. Fue casi un viaje de recreo, excepto por el temor a cruzaros con submarinos alemanes y, sobre todo, cuando divisasteis las costas españolas de Cádiz y Huelva. En ese momento era fácil distinguir a los tres mil quinientos españoles de la 2.^a División. Todos os encontrabais en la cubierta de los buques y acorazados mirando al este, las palabras se habían exiliado de vuestras bocas. Cualquiera de los soldados franceses sabía lo que os ocurría. Era muy fácil leer vuestro pensamiento. ¡Cómo os hubiese gustado desembarcar en Palos de la Frontera y rememorar a la inversa la gesta de Colón, dirigiendo vuestros blindados hacia El Pardo!

—Franco es un insecto comparado con Hitler —exclamó Fábregas, partícipe del anhelo, y sentenció—: Primero derribemos las esvásticas y los *fascas*, y luego iremos a por los yugos y las flechas.

Los cánticos y toques de guitarra regresaron a la cubierta del *Franconia*, por lo que Fábregas añadió: —Me alegra que os libráis del Síndrome del Sauce.

Vuestras miradas de desconcierto solicitaban una explicación.

—El sauce se alza más y más —dijo—, como si quisiera tocar el cielo. En un punto determinado, su crecimiento se detiene y se queda mudo e inmóvil, como anonadado ante lo que contempla. Eso es lo que os ocurrió al ver las costas de España.

Al décimo día, vuestro buque fondeó en la desembocadura del río Clyde, en la ensenada de Greenock del País de Gales. Leclerc ya se encontraba esperándoos delante del banderín con el dragón rojo galés. En cuanto lo identificasteis, los aplausos, palmas y silbidos, desde las barcas que os acercaron a tierra, le saludaron. Era evidente que estaba más impaciente que nadie por pisar suelo francés y liberarlo de la bota nazi. Por eso le queráis y respetabais.

Después os embarcaron en un tren cuyas ventanas y locomotora lucían la bandera de la Francia Libre. Vuestra sorpresa llegó nada más ascender a los vagones: en sus asientos os esperaban paquetes de té, chocolatinas y cigarrillos ingleses. Sin preguntar, te apoderaste de todos los dulces que pudiste.

—Esta guerra comienza a gustarme —dijo Gitano al sentarse y recoger las cajetillas de John Player.

Pese que Inglaterra era el país menos devastado por la Luftwaffe, en el trayecto hasta Escocia comprobasteis el impacto de la guerra sobre aquellas tierras: el aspecto bucólico de sus condados había desaparecido, dejando el lugar a casas derruidas y escombros dispersados en las calles; incluso se mantenían focos de hierba quemada y tierra negruzca, cubiertos de cientos de

cráteres provocados por las bombas de la Luftwaffe, sobre los que pastaban caballos y vacas, indiferentes a vuestro paso. Pero eso no impidió que, desde los andenes de cada estación que atravesabais, sus habitantes os saludaran y os obsequiaran con bizcochos horneados en sus viviendas. Era la primera vez que contemplabais esas muestras de entusiasmo y la población os vitoreaba, pero no sería la última.

Os bajasteis en la región de Hull y, durante tres meses, las montañas y colinas verdes, las largas playas de fina arena, las cristalinas y virginales aguas de los ríos y torrentes de Escocia, las ruinas de sus castillos y torres, las murallas derruidas de color cobrizo, junto a sus apasionados, alegres y hospitalarios vecinos se convirtieron en el oasis sobre el que reanudasteis los extenuantes entrenamientos y las clases teóricas.

—Señores, no malgasten munición sobre el frontal del tanque —explicaba en el aula el comandante norteamericano Baker, responsable de vuestra formación, ante el croquis de un Panzer Tiger despiezado—. Su capa de tungsteno lo hace infranqueable, incluso para un impacto del 75 de un Sherman. Cíñanse a sus puntos débiles —dijo, para dirigir su báculo hacia el plano y añadir—: Los flancos y sus cadenas.

Cada vez que Baker os indicaba algo del Tiger y su temible cañón del 88, te venía a la mente su hermano gemelo, el famoso Flak 88, que Hitler estrenó en la Guerra Civil española, pero preferías apartar aquella imagen de la cabeza y centrarte en el nuevo escenario de la misma guerra.

A veces entrenabais en condiciones extremas, como cuando os golpeaban los fortísimos vientos del norte que doblaban árboles y desprendían tejados, pero no dejaba de ser una rabieta de niño

mal criado comparado con las tormentas de arena del desierto del Sáhara.

El clima había cambiado: el sol secando vuestros cuerpos había dejado paso a un cielo gris y encapotado; el aire se cargó de pesadez y la lluvia constante os señaló el tributo que había que pagar para que jamás desapareciera el verde de las colinas. Las heladas noches de los arenales se habían transformado en húmedas y cálidas, por lo que las charlas alrededor de la fogata fueron sustituidas por las visitas a los pubs.

—Compórtense —exhortaba el capitán Dronne en cada salida nocturna—. Cada uno de ustedes será embajador de su bandera, de su patria. Que los ingleses no se lleven una mala imagen.

Nadie en Hull, Leeds, York o Beverly tuvo motivo de queja de ninguno de vosotros. Cuidasteis vuestra indumentaria y algunos hasta se afeitaban dos veces al día para que ni la sombra de la barba quedara. Solíais frecuentar las tabernas, pero se bebía cerveza con moderación. Varias noches, en un pub del centro de York, el Jórvic, prestaron a Fábregas un contrabajo y se sumó al sonido de la trompeta de Campos. Dicen que el jazz te traslada hasta el Vieux Carré de Nueva Orleans, al lento transcurrir de las aguas del Mississippi, a los viejos barcos impulsados por una enorme rueda trasera, al majestuoso lago Pontchartrain, a la magia de sus calles, a los guiños pícaros de mujeres que te conducen a la perdición, al corazón y al alma de los desterrados. Pero vosotros cerrabais los ojos y el hechizo de Nueva Orleans se desvanecía frente a la diáspora, los lamentos del exilio, los refugiados, los prisioneros en los campos de exterminio, los muertos jalonando las tierras de España y las huestes desharrapadas del ejército de la II República, el único del mundo

que nunca se rindió y que renacía en cada batalla contra el fascismo.

Jamás pudiste evitar que, ante aquellos sonidos, un nudo te atase la garganta o tu corazón se oprimiera y tu piel se erizase. Entendiste por qué los nazis la denominaban «música degenerada»: era la melodía de los expulsados, de los apátridas, de los perdedores; el ritmo de los nómadas y de los corsarios.

Los españoles gozabais de una aureola mítica entre aquellas hospitalarias gentes: veníais de la guerra en España, de derrotar a Rommel y caminabais hacia Francia para asaltar Alemania y librar la lucha final, todo ello sin perder la alegría. Eso era lo que interpretaban de vuestras canciones de la Guerra Civil o de los poemas recitados a golpe de guitarra por vuestro sargento jefe. No conocían el dicho patrio de que el canto no es síntoma de gozo sino máscara de penalidades.

Recordarás a grupos de inglesas esperándoos en los pubs al atardecer. Todas tenían los mofletes redondos, los ojos claros, la piel muy blanca y los cabellos dorados, lo que provocaba que contrastasen aún más con vuestros ojos y cabellos negros y vuestros rostros enjutos y morenos. Eran muy amables, pero, ante vuestras insinuaciones, la mayoría os apartaba con un «No, baby».

El que más éxito tenía entre ellas era Fábregas, no sólo por su calidad de juglar, sino también porque era el único que hablaba inglés a la perfección. A veces, hasta una docena de ellas se sentaba a su alrededor embobadas ante el sonido que sus ágiles dedos arrancaban a las cuerdas de la guitarra. Luego llegaba Larita II, e invitaba con cortesía a alguna a acompañarlo en un fandango.

—Su compás temerario es lo más parecido a la jota — aseguraba el maño cuando le preguntábamos por qué le gustaba

ese baile.

Sustituisteis con palmas la ausencia de castañuelas, pero los versos octosílabos eran cosa de vuestro sargento jefe. Fue en aquel periodo cuando Fábregas comenzó a perfilar, junto a varios oficiales franceses, entre los que se encontraba el capitán Dupont, la letra y música del himno de vuestro regimiento del que deseaban fuese la base para la futura marcha de la II División Blindada. Las estrofas que más te gustaban eran aquellas que decían:

Après le Tchad, l'Angleterre et la France
le grand chemin qui mène vers Paris...

Cuando se corrió la voz de que había republicanos españoles enrolados en las fuerzas de la Francia Libre, compatriotas del exilio —económico y político— se acercaron hasta vuestro campamento. No sólo venían a saludaros y a hablar de la represión en España, también os traían noticias de cómo se estaba desarrollando la guerra en Europa. Al parecer, los alemanes esperaban la invasión aliada por el norte de Francia, pero desconocían en qué punto exacto se realizaría. En eso estaban igual que vosotros. De hecho, les sorprendió que mil tres cientos aviones Lancaster y Halifax hubieran descargado diez toneladas de bombas en el litoral francés, sobre las baterías de costa nazis. A eso se sumaba que los Aliados se encontraban a las puertas de Roma. Y tus pensamientos regresaron a Fran.

También os aportaron la información de que Inglaterra había formado el Royal Pioneer Corps con soldados republicanos españoles del exilio. Añadieron que la primera compañía había sido bautizada como «Spanish Company Number One» y que la componían los legionarios que después de Dunkerque se habían

negado a sumarse a De Gaulle en Trentham-Park. Además os dieron otra buena nueva: esas compañías desembarcarían en Francia al mismo tiempo que vosotros.

Fue en esas tierras y en esos momentos, cuando Fábregas terminó de leer un libro que se compró en una librería perdida en York. *For Whom the Bell Tolls*, se titulaba.

—Te lo regalo, Bête, así vas aprendiendo inglés —dijo. Al notar tu gesto de extrañeza, continuó—: Habla de nuestra Guerra Civil y no creo que se publique en España hasta dentro de muchos años. Así que tendrás que leerlo en otro idioma.

En la contraportada, el rostro de su autor, un tal Ernest Hemingway. No sospechaste, en ese instante, que quedaba poco tiempo para que lo conocieras en persona.

FALTABAN DOS DÍAS para que finalizase el mes de junio de 1944 y os ordenaron formar para la última revisión de los norteamericanos. La realizaría el mismísimo general Patton. Os sentíais impacientes. Hacía varias semanas, desde el 6 de junio, que fuerzas norteamericanas habían desembarcado en Normandía y a vosotros no se os había tenido en cuenta, aunque se os dijese que vuestro estado era el de «alerta máxima».

Eran las diez de la mañana. El sol de Escocia se presentaba tímido en los cielos rodeado de nubes. Los cuatro mil doscientos vehículos de la división formaban diez hileras de casi un kilómetro cada una. Patton, acompañado de Leclerc, paseaba despacio entre los blindados, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, con andares y postura mayestáticos. «Parece un tuareg recorriendo las tierras vacías», te dijiste.

Cuando encaró el frente del Regimiento de Marcha del Tchad, apenas reparó en su jefe, el coronel Dio. Su mirada se clavó en el teniente coronel Joseph Puzt, a la vez que derivaba su ruta delante del III Batallón. Patton se acercó a un enhiesto Puzt y detuvo su paso. Sólo se vio al general mover los labios, gesticulando. Entonces, el teniente coronel giró su cabeza hacia vosotros y gritó: —Sargento jefe Fábregas, acérquese.

—Ahora es cuando Patton ordena fusilarnos —murmuró Fábregas mientras se alejaba del «Santander», y vosotros apenas pudisteis contener una sonrisa.

Por la manera de volverse hacia el sargento jefe cada vez que uno de los otros dos hablaba, era evidente que lo habían requerido como traductor, pero la intriga se incrementaba en las filas de La Nueve. Sin moveros, por el rabillo del ojo, espiabais a Campos. Se encontraba rígido, estático, como si aquello no fuera con él. Al cabo de cinco minutos vuestro juglar regresó sonriendo al blindado y Patton continuó a grandes zancadas con su revista de reconocimiento.

Cuando todo terminó y ordenaron romper filas, muchos os abalanzasteis sobre Fábregas.

—Ha dicho: «Si creyeron que me habían engañado —explicó Fábregas, imitando la voz grave de Patton—, pueden darse por jodidos». Luego continuó: «Enrolaron los soldados robados a Giraud en la división de Leclerc. Pues yo ahora sumo toda la 2.^a División Blindada al Ejército norteamericano. Es como si me los hubiesen entregado a mí desde el primer momento». —Encendió un Gitanes y, antes de despedirse, añadió—: «Pero me gustan ustedes. Tienen agallas».

El general *Agallas*, como lo rebautizasteis, no sólo os había

dado el visto bueno, también os integraba en el ejército que ya había desembarcado en el norte de Francia. Pero parecía que aquello era insuficiente. Cinco días más tarde sufristeis una nueva inspección, la del príncipe de Luxemburgo —de quien, dada su estampa, podía jurarse que lo más cerca que había estado de una batalla había sido al hojear las páginas de *Guerra y Paz*— y la del general Koenig, que os entregó las nuevas banderas de los regimientos, batallones y compañías, todas ellas con la Cruz de Lorena. La Nueve ya tenía su grímpola.

La impaciencia por embarcar hacia Normandía y uniros a los norteamericanos, ingleses, canadienses y neozelandeses os estaba carcomiendo. No veíais llegar la hora: —¿Ahora quién queda por pasarnos revista? —bromeó Fábregas—: ¿La Virgen Purísima?

Fue el 20 de julio, mes y medio después del Día D, cuando os trasladaron de nuevo en tren hacia los puertos ingleses del sur. Toda la división, hombres y blindados, estabais dispuestos.

Llegó el día soñado, 30 de julio de 1944. La bandera con tres estrellas y la Cruz de Lorena ondeaba en la proa de los buques. Antes de embarcaros, decenas de fotógrafos que pululaban por los alrededores escupían sus focos sobre vosotros. En el momento de partir, el capitán Dronne pidió que retratasen a la compañía al completo, pero de los ciento cincuenta y seis soldados, sólo os prestasteis ochenta y dos. El resto temía que los franquistas los reconocieran y emprendieran represalias contra sus familias en España.

Las dársenas se encontraban repletas de franceses y españoles exiliados, que, junto a un numeroso grupo de ingleses, habían acudido a despediros. Desde la cubierta contemplabais a las mujeres secándose la cara con pañuelos, y a niños con el puño

levantado. De repente, alguien desplegó una bandera de la II República española.

—¡Qué diferencia de cuando salimos de Alicante en el *Stanbrook*! —comentó el teniente Granell.

No dudaste de que, en aquel instante, Fábregas desempolvaría la guitarra y pondría letra y música al adiós, pero te equivocaste. Fue el capitán Dupont, jefe de la 11.ª, quien, enroscándose los extremos del mostacho, se despidió cantando en solitario con su voz de tenor: *Ce n'est qu'un au revoir, mes frères*.

Le siguieron los suyos:

Ce n'est qu'un au revoir.

De inmediato os sumasteis los del III Batallón:

Qui, nous nous reverrons, mes frères.

Luego la totalidad del Regimiento de Marcha del Tchad desde la cubierta del *Liberty Ship*:

Ce n'est qu'un au revoir, mes frères.

Los navíos salieron del puerto de Southampton con la II División Blindada convertida en un impresionante coro.

Al poco tiempo, la bruma cubrió las costas de Inglaterra ocultándola y alejándola de vosotros. Los buques avanzaron rompiendo las olas.

Normandía aguardaba en el horizonte.

11

DE NÎNES A LYON

LA JEFATURA DE LA 3.^a DIVISIÓN de guerrilleros españoles había recibido nuevas órdenes de la dirección nacional de las Fuerzas Francesas del Interior capitaneadas por el general Koenig. El jefe divisionario, el teniente coronel Cristino García Granda, esperaba a sus jefes de brigada en un refugio incrustado en un enclave perdido en la montaña de Lingas, en el departamento de Gard. La paz que se respiraba en las laderas y en los valles bañados por el Ródano no le confundían; él sabía que la batalla más cruenta se libraba en el norte, en Normandía, y que en la región de Languedoc-Rosellón tenían que abandonar los sabotajes para emprender otra estrategia contra la Wehrmacht.

Mientras aguardaba a los invitados junto a sus colaboradores más directos, empleaba el tiempo en fabricar granadas artesanales, las eficaces y ruidosas *gaumont*. Sus ágiles dedos se movían del explosivo al detonador sin esperar órdenes del

cerebro. Y su mente se evadió a las semanas anteriores, al asalto de la cárcel de Nîmes.

Resultaba irónico pensar que una ciudad repleta de Historia y arte, desde el anfiteatro romano a su Maison Carré, o los jardines de la Fontaine y la torre Magna hasta el puente de Gard, pasaran inadvertidos en tiempos de guerra y sólo interesase su prisión. Aquellos muros contruidos para albergar a los criminales más peligrosos de Francia se habían convertido en las mazmorras que aprisionaban a los disidentes políticos del nuevo régimen. La cadena de sucesos se repetía: primero, las torturas y preguntas de la Gestapo; después, el traslado a un campo de concentración, posiblemente Dachau, o a uno de exterminio. Mauthausen-Gusen, en la frontera austriaca, solía ser el elegido por los jerarcas nazis.

Un nuevo traslado había sido ordenado y era preciso liberarlos, por lo que había organizado el asalto con sus hombres, un plan en el que empleó semanas buscando los planos de la construcción y hasta estudiando dibujos realizados por antiguos delincuentes en base a sus recuerdos.

Ana, su antigua novia, se había convertido en un elemento esencial en la nueva estrategia. Ella había alquilado la vivienda en la que se fue refugiando el comando de guerrilleros que realizaría el golpe de mano. Allí se vivió el momento más peligroso, cuando la Gestapo revisó la casa. Los partisanos, agazapados en el sótano con sus armas, pensaron que habían sido descubiertos, pero se trataba de una visita ordinaria de las que los nazis realizaban a todos los domicilios alquilados. La improvisación de la mujer y su sangre fría convencieron a los alemanes de que vivía sola esperando la salida de su padre del hospital, al que cuidaba diariamente.

—Le darán el alta pasado mañana —dijo con calma.

—Pasaremos a comprobarlo —respondieron con un toque en la gorra de plato.

Aquello les proporcionó el tiempo preciso. Cuarenta y ocho horas eran suficientes para asaltar la cárcel, liberar a los presos políticos y huir hacia las montañas.

Todo estaba preparado, hasta el enlace interior, un funcionario joven que después de ayudarles se uniría a las filas del Maquis. El muchacho había puesto una condición: —Que no muera nadie.

Se lo prometieron, pero los viejos veteranos de tantas batallas, Vitini y Cristino, cruzaron sus miradas. Era una promesa casi imposible de cumplir.

Todo estaba preparado: el funcionario había facilitado a los presos tres armas cortas, insuficientes para un motín con éxito; los partisanos, con armas largas y cargados de *gaumont*, esperaban en el exterior el cambio de guardia y el aviso. Este llegó desde una linterna que se encendió y apagó cuatro veces.

Dos *gaumont* explotaron en la entrada principal derrumbando sus portones. Ráfagas de subfusiles abatieron a los centinelas de las torres. En el interior habían desarmado a varios guardias, apoderándose de sus armas, y los presos avanzaban por las galerías al encuentro de los partisanos, que entraron con la espalda pegada a la pared, bordeando las esquinas con precaución. Cinco guardias alzaron los brazos y se rindieron.

Siguieron avanzando por los pasillos de las galerías. Los presos fueron a su encuentro llevando cautivos a varios guardias.

La fuga había sido un éxito y la promesa al joven funcionario sólo se incumplió dos veces.

—Cristino —las palabras de Vitini le devolvieron al presente—,

ya han llegado todos.

—¿Saben algo?

—No, pero sospechan que el desembarco aliado obligará a la Wehrmacht a movilizar sus tropas hacia el norte y que las nuevas órdenes de Koenig serán impedírsele por todos los medios: volando puentes, líneas férreas y creando cientos de obstáculos en su camino.

—¿Cómo has visto su moral?

—Es buena. Todos estamos convencidos de la victoria.

—¿Cómo supones que recibirán la creación de una 4.^a División partisana bajo tu mando?

—No hay problema. Muchos de ellos se vendrán conmigo.

—Perfecto. Vayamos a la reunión.

Vitini agarró del brazo a su compañero, desviándolo del habitáculo en el que se encontraban los jefes de las partidas.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado Cristino.

—Alguno de ellos no comprenden por qué has incorporado a la guerrilla a una mujer.

—Ana es mejor guerrillera que muchos de ellos —respondió ofendido.

—Lo sé, pero ya sabes lo que opina el Partido.

—Burócratas de mierda —exclamó. Colocó la mano en el hombro de su compañero y prosiguió calmo—: Amigo, cuando les dé una noticia, te puedo asegurar que la entrada de mujeres en la guerrilla será la menor de sus preocupaciones.

Vitini le respondió con un gesto interrogativo, y Cristino se explicó: —Todos los jefes partisanos del Comité Militar de la Zona Sur han sido detenidos por el Carnicero de Lyon.

EN LAS MAZMORRAS DEL FUERTE MONTLUC, en Lyon, las mismas que vieron el cautiverio y las torturas a Jean Moulin, se encontraban prisioneros los jefes partisanos del Maquis en el sur de Francia. Una semana encerrados y ya habían probado los puños de Klaus Barbie y de su lugarteniente, al ritmo del eterno requerimiento: «Sus nombres». Pero ellos sabían que de nada servía hablar: su muerte era inminente. El suicidio era lo único que les libraría de los cigarros apagados contra su piel, los dedos apretados por bisagras y las tenazas metidas en sus bocas.

—Llévenselo —ordenó Klaus.

Dos soldados cargaron el cuerpo inconsciente de un guerrillero y, a rastras, lo sacaron de la sala de interrogatorios. Klaus se dirigió al lavabo y abrió el grifo. El agua fue limpiando la sangre de sus puños.

—¡Mierda! —exclamó el *Obersturmführer* Rudolf Törni arrojando la gorra al suelo—. Apenas nos queda tiempo y estos hijos de puta no hablan.

—Lo sé —dijo calmo el Carnicero de Lyon mientras se secaba las manos—. Si las noticias de Normandía se confirman, hemos de replegarnos hacia Estrasburgo.

—Temes que...

—Estoy seguro. Ya asaltaron la cárcel de Nîmes y de un momento a otro vendrán a Montluc.

—¡Qué impotencia! —se lamentó Törni, sentándose en una silla con el respaldo al frente—. Los partisanos franceses nos combaten en todos los frentes y hasta los piojosos españoles tienen siete brigadas guerrilleras... —Pasó sus dedos por los cabellos y alzó la voz—: Doce mil hombres armados, es increíble.

—Añade los cinco mil franceses en el Maquis de Vercors y los

cientos de miles perfectamente armados que esperan en la sombra la orden de Koenig —dijo, mientras se acomodaba la chaqueta sobre los hombros—. Las escaramuzas ya han comenzado en las calles de Toulouse, Nîmes y hasta en París. Y no tenemos tropas suficientes para reprimirlos.

—Todo se nos complica, Klaus.

Törni se alzó de la silla y se dirigió a la ventana. Extrajo del bolso de la guerrera un cigarro liado y lo encendió. Su mano temblaba. Klaus encendió también un cigarrillo, pero su pulso era firme. Después de la primera calada, le dijo a su ayudante: —No vamos a esperar noticias de Normandía. Hoy mismo nos replegaremos hacia Estrasburgo.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? —preguntó Törni girando el rostro hacia su jefe.

—Mátalos.

12

UTAH BEACH

LA II DIVISIÓN BLINDADA se acercaba a Normandía con sus cuatro mil doscientos blindados. Ibais desplegados en tres columnas de buques escoltados por torpederos y aviones. En lo alto del cielo, más allá de los cúmulos y cirros, sobrevolaron los primeros aviones alemanes. Amarrasteis cercanos a la costa, al norte de la bahía de Carentan, y, estupefactos, contemplasteis en qué habían invertido el tiempo los norteamericanos desde que desembarcaron: puertos artificiales, puentes colgantes, aeródromos provisionales, almacenes de combustible... Aquello era una gran obra de ingeniería para permitir el acceso a los pesados carros de combate.

Al amanecer del 1 de agosto, las arenas de Utah Beach, la playa más al oeste de todas las que vieron el desembarco, no sintieron el paso de las cadenas de vuestros monstruos de hierro y acero. Habíais atracado, pero alguien os negaba el desembarque.

Las quejas desde las filas españolas no demoraron en hacerse oír:

—¿Qué cojones pasa?

—¡Vamos a echar raíces!

—¡Hemos venido a matar nazis, no de crucero!

La gente comenzó a encolerizarse:

—¡A la playa! ¡A la puta playa!

El *Liberty Ship* seguía anclado en medio de acorazados, destructores y torpederos. La aviación aliada sobrevolaba vuestra posición ofreciándoos cobertura ante un posible ataque de la Luftwaffe. Erais un blanco muy fácil para un ataque de los Stuka. Pero el mar estaba demasiado picado para desembarcar vuestras máquinas de guerra con un mínimo de seguridad.

Aún tuvisteis que esperar cuarenta y ocho horas, pero el 3 de agosto las chalanas comenzaron a transportar los semiorugas de la II División. Un golpe de mar casi volcó una barcaza y temisteis por la suerte de un Half-Track. El viento cimbrió otro blindado que colgaba como un péndulo de los cables de la gigantesca grúa.

Poco a poco, los vehículos, salieron de las calas y comenzaron a descender por las rampas hacia tierra firme. Los norteamericanos dirigían el descenso a través de altavoces. Todo se desarrollaba según lo planeado, pero las aguas agitadas impedían que el desembarco obedeciese el ritmo que vuestra ansiedad quería imponer. Del *Liberty Ship* aún no había bajado ninguno de vosotros. Os impacientasteis aún más.

Si algo aprendiste de Fábregas sobre la guerra —aparte de lo que ella misma te enseñó en el contacto con la mierda, el hambre, la ruina humana, los cadáveres, los lisiados, la sangre y la tempestad—, es que cada copla tiene su ocasión y cada momento

posee su ritmo y su melodía:

La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar
porque no tiene, porque le falta
la patita principal

—¿Qué es eso de la *cucagacha*?, —preguntó el general Leclerc al teniente coronel Puzt.

—Es un corrido, mi general. Dicen que se originó en la Revolución mexicana.

—¿Por qué esa canción y no otra?

—Están impacientes por enfrentarse a los nazis.

—Yo también estoy impaciente, Puzt. Yo también —dijo el general y, golpeando con el bastón el piso del acorazado, se alejó tarareando—: *La cucagacha, la cucagacha...*

El primero de La Nueve en pisar suelo francés fue el capitán Dronne. Pensaste que se arrodillaría y besaría la arena de su tierra natal. Te equivocaste. Quedó inmóvil en medio de la playa. Su mirada recorrió despacio los quinientos metros de profundidad de las arenas y; pasando de soslayo por los cantos rodados del final, se perdió en el verdoso fondo ofrecido por praderas y setos de arbustos muy tupidos. Sus ojos se humedecieron. Cuatro años desterrado en las colonias y, por fin, había regresado. Aquello lo era todo para él, pero en realidad aún no era nada, salvo la opresión en el corazón que sufríais todos, el tan temido síndrome *da Costa* de los soldados antes del combate.

Hacia las dos de la tarde habíais desembarcado y partisteis hacia un campamento, supuestamente de tránsito. El séquito de miles de camiones y blindados iba escoltado por cazas yanquis que os sobrevolaban como buitres.

—Precaución con los *snipers* —la consigna fue pasando de boca en boca al emprender la marcha.

Te sentías tranquilo: localizar tiradores de élite era tu punto fuerte.

Cruzasteis caminos que transcurrían por hondonadas, rodeados de arbustos y muros de piedra musgosos y enormes pastizales, con acequias que oscurecían los cadáveres de animales diseminados por la metralla. Hasta encontrasteis vacas que, portando odres llenos, habían sido acribilladas en las cunetas. Esqueletos negruzcos de Panzer y Sherman eran apartados de los senderos por enormes buldóceres. Casas derruidas, algunas con un solo muro, eran la prueba de la cruenta batalla sufrida. Vosotros comentabais lo parecido que era el pueblo a cualquiera de los de España durante la guerra, pero los franceses enmudecían, atónitos ante tanta ruina. Los pocos habitantes que os encontrasteis caminaban con los ojos muy abiertos sin mirar hacia ningún sitio, como sonámbulos. Te recordaron a soldados perdidos en las dunas de la tierra vacía, aquellos espectros muertos de sed.

Había comenzado a llover y temisteis que vuestro avance se viese impedido, pues os habían asegurado que las cadenas de los Sherman eran demasiado estrechas para progresar sobre el fango. Pero no fue así; salvo por algún *jeep* atascado en el barrizal, los carros de combate y Half-Track proseguían imparables la marcha. «Por lo menos el agua evitará que se levante más polvo», pensaste.

Bajo la lluvia surgieron dos muchachos franceses —por sus ropas se notaba que eran campesinos— y se dirigieron hacia el teniente coronel Puzt. Dialogaron unos minutos y, siguiendo

órdenes del jefe de batallón, subieron a uno de los camiones de la compañía de apoyo, la CHR. El teniente Bamba les facilitó uniformes. La II División ya tenía sus primeros voluntarios en suelo francés. «Parecemos una oficina de reclutamiento», murmuró vuestro gruñón capitán.

El letrero clavado sobre un poste de madera os indicó «Cherbourg, 70 km» y el de más arriba «Bayeaux, 40 km». Aquella era una posición desconocida para vosotros. Sólo sabíais que los norteamericanos habían abierto una brecha en el frente alemán de veinticuatro kilómetros hasta Avranches, apoderándose de un puente intacto sobre el río Selune. Para ello habían precisado casi dos meses y centenares de miles de muertos, heridos o desaparecidos.

Acampasteis en un bosque cerca de La Haya du Puits. Ocultasteis los blindados, camiones y *jeeps* bajo los árboles y los cubristeis de matorrales. Ante la luna llena se dibujaron veloces cometas negros, como mosquitos mortíferos. De día, la aviación norteamericana y la RAF eran invencibles; pero de noche, la alemana era sinónimo de muerte. Si la Luftwaffe os hubiese localizado, no habría sobrevivido ninguno de vosotros.

No hubo cánticos nocturnos, ni bailes ni sonidos arrancados a la trompeta o a la guitarra. Sólo la espera y la impaciencia que cada uno mataba como podía: Granell, con el capitán, repasaba la topografía en mapas desplegados sobre tableros en la tienda de mando; Gitano y Turuta organizaban timbas, durante las cuales más de un puñal se clavaba sobre la mesa; los Pujol quitaban el barro de las cadenas de «Los Pingüinos»; Juanito y Campos apretaban sus tendones afilando bayonetas y engrasando los Sten; y Fábregas, tumbado en la hierba, contemplaba el firmamento con

un Gitanes en los labios. Tú te limitabas a pasear bajo la arboleda y a ojear por enésima vez la foto del *Obersturmführer* sólo quedaban setecientos kilómetros hasta Estrasburgo.

Sabíais que las fuerzas de Patton y Montgomery tenían cercados a los alemanes en Falaise, en una bolsa. Del resultado de esa batalla dependía vuestro próximo movimiento. Pero a las treinta y seis horas de haber acampado, llegó la orden de atacar a la Wehrmacht por la retaguardia.

—Le vamos a meter a los nazis la II División por el culo —gritó Gitano.

Disponíais de tres días y tres noches para recorrer doscientos veinte kilómetros y entrar en combate. El grito de Leclerc, desde su *jeep*, llegó alto y claro: —Hacia Alençon.

Los norteamericanos habían abierto una brecha en Avranches y Patton lanzó por ella los blindados, como atraviesa el agua contenida en un embalse una fisura en su pared. Los carros de combate se diseminaron por doquier, igual que hormigas a las que se les pisa el hormiguero.

Por esa misma abertura os arrojaron, con una misión y un destino: envolver a la Wehrmacht, desbordarla y atacarla en la retaguardia. «Un enemigo desbordado pierde toda su moral», había afirmado el comandante Baker durante las clases teóricas en Escocia.

Rodasteis hacia el sur: Coutances, Gavray, La Haya-Pesnel, Avranches. Lo que encontrasteis era idéntico a lo que dejabais atrás: pastizales aún humeantes, animales agujereados por la metralla, las casas derruidas y los cascarones en llamas de Panzer y Sherman. Aunque vosotros ya conocíais imágenes parecidas en el Jarama, en el Ebro, en Madrid, en Ksar Rhilane, en Túnez..., os

embargó una sensación de sobrecoimiento. Aquella desolación era la evidencia de que los yanquis no habían desembarcado en Normandía con la idea de ahorrar munición.

Al atardecer llegasteis a la orilla derecha del río Selune, al sureste de Avranches. «Dispersión y camuflaje», fue la orden. De nuevo ocultasteis los Sherman y Half-Track entre setos y árboles y los cubristeis con maleza y matorrales. «Otra noche en vela», vaticinasteis, con los Stuka bombardeando y ametrallando el puente Pontaubault sobre el Selune.

Del este provenía el chirrido de la gran batalla. Nunca lo hubieses creído, pero el metal al doblarse produce un sonido particular que se distingue de otros. Y el estruendo de hierros retorciéndose o quebrándose era lo que os llegaba, junto a un cielo iluminado por cientos de bengalas azules.

De pronto, un hombre de unos cincuenta años, delgado, de pelo blanco y con ropas de labriego surgió de entre los matorrales como una aparición. Lo apresaron y llevaron ante el teniente coronel y, al cabo de media hora, los rumores corrieron entre las compañías: «Es un excombatiente francés de la guerra del 14. Ha dicho que conoce a la perfección estos páramos y se ha ofrecido a guiarnos». *Denormandie*, lo bautizó Fábregas. Pero el capitán saltó de alegría al acogerlo, ya que siempre se quejaba de que si os equivocabais de camino sería un desastre dar media vuelta con vehículos tan pesados en aquellos senderos.

Aún no se había puesto el sol cuando llegó la orden por radio: «Avancen a toda máquina hacia Vitré». Apenas hubisteis recorrido dos kilómetros cuando se oyó la contraorden: «Deténganse. Los alemanes han reconquistado Mortain». Otra vez la espera y la impaciencia. Sabíais lo que estaba ocurriendo: las fuerzas yanquis

e inglesas junto a una división polaca y otra canadiense se habían extendido por la Bretaña y Maine como una mancha de aceite sobre una mesa barnizada y temían que los nazis les cortasen la retaguardia y quedasen aislados.

Hacia la una de la madrugada llegó la noticia de que Patton había expulsado a la Wehrmacht de Mortain, pero había que seguir aguardando. La Luftwaffe os acribilló aquella noche, teniéndooos cercados excepto por el sur, donde no lanzaban bombas, seguramente con la idea de haceros retroceder. Un trozo de metralla alcanzó a uno de vuestros cabos, a Andrés, al que apenas conocías. Fue vuestro primer herido.

Otra noche allí mimetizados con el terreno, escondidos, esperando la orden de salida. La verdadera batalla en tierra se desarrollaba a varios kilómetros, pero en el cielo era una constante. A las cuatro horas de la recién inaugurada noche del 9 de agosto se os ordenó reanudar el viaje. Avanzasteis con los faros de los vehículos apagados. El sur seguía siendo vuestro destino — Antrain, Vitré, Chateau-Gontier— y la velocidad vuestra divisa: era la moderna y puñetera guerra de movimientos. El fuego de los Stuka inutilizó dos carros del 501.^º, que quedaron abandonados en medio de los pastizales. Por la tarde, antes de la puesta del sol, arribasteis a la orilla del río Sarthe. Otra parada cautelar.

El capitán salió a reconocer el terreno en su *jeep*, acompañado del *adjudant* Bacaré y su chófer Bodiot. Al cabo de una hora, los tres regresaron caminando. Al parecer, un trozo de terreno había cedido y el vehículo se les había caído por el terraplén. El primer «Mort aux cons» había quedado inutilizado en el fondo del barranco, pero ellos, afortunadamente, habían salvado la vida. Sólo Dronne estaba lastimado en un brazo y se resentía del golpe

en el coxis. El médico le dijo que durante unas semanas tendría que sentarse sobre una sola nalga.

—El capitán se ha roto el culo —chismorreaba Turuta a todo el que quiso prestarle un oído.

Antes del amanecer del 10 de agosto, reanudasteis la marcha y atravesasteis el río Sarthe. Distinguisteis a lo lejos a una columna alemana retirarse hacia Alençon; sospechasteis que tenía la intención de atrincherarse allí para contener vuestro avance.

Al atardecer, acampasteis a las afueras de Alençon ocultándoos bajo el arbolado. El capitán, sin motivo aparente, ordenó formar a La Nueve.

—Ha llegado la noticia de que, cuando acampamos el día 3 en La Haya du Puits, uno de ustedes violó a una campesina. —Se levantaron murmullos de desconcierto entre vosotros—. La Policía Militar la traslada hasta aquí para que identifique al responsable.

—¿Por qué está tan seguro de que el culpable es uno de nosotros? —preguntó desafiante el teniente Bamba, jefe de la sección de suministros, la Hors Rang.

—La señora ha dicho que hablaba con un francés extraño, que debía ser español.

—La duda nos ofende —prosiguió el teniente—. Usted ha comprobado en Escocia que ninguno de nosotros forzaría a una mujer.

Todos, al unísono, disteis media vuelta ofreciendo la espalda a Dronne, y esperasteis la presencia de la Policía Militar.

Pero la mujer nunca llegó hasta vuestras posiciones, pues antes de acercarse ya había identificado al responsable. Había sido el ayudante polaco del teniente coronel.

Rompisteis la formación sin esperar la orden del capitán.

Dronne lo intuyó de inmediato: a partir de ese momento tendría que hacer milagros para recuperar vuestra confianza. O pediros disculpas de rodillas.

Antes del amanecer, como los días anteriores, reanudasteis la marcha en vanguardia. A los flancos de la II División progresaban los norteamericanos. Atravesasteis las lomas al sureste de Rouese-Fontaine y se produjo el primer enfrentamiento entre Sherman y Panzer. Dos carros del 501.^º quedaron destrozados con sus ocupantes dentro. Aún ardían a vuestro paso en aquellos valles boscosos por senderos que se entrecruzaban, rodeados de setos y manzanos. El mínimo instinto de supervivencia indicaba que teníais que abandonar los grandes ejes, batidos con facilidad por el cañón de cualquier Panzer bien situado, e internaros en el terreno para desbordar al enemigo antes de que lo hiciera él.

La Nueve y la 1.^a Compañía del 501.^º ocupasteis el puente sobre el Sarthe en Alençon para permitir el paso de vuestra división y las posteriores de los yanquis, y seguisteis avanzando hasta Sees. Aunque atravesasteis el pueblo ante el júbilo de los vecinos, no os detuvisteis; os esperaban los suburbios de Écouché.

La sección del *souslieutenant* Elías entró en combate contra una columna alemana. Las ametralladoras de sus Half-Track abrieron fuego, acompañadas del cañón del 57 de «El Ebro». El sendero embarrado quedó sembrado de cadáveres alemanes. Un camión lleno de soldados y un vehículo de oficiales se rindieron. Fueron vuestros primeros prisioneros.

Saltasteis de los blindados con los subfusiles Sten y seguisteis a vuestro guía, el oficial en la reserva *Denormandie*. Os llevó por caminos y desviaciones, atravesasteis un arroyo y entrasteis en suelo pedregoso. Delante de vosotros, un inmenso campo de trigo

con gavillas amontonadas. Lo atravesasteis. Luego una arboleda. Os camuflasteis detrás de los troncos y, cuando pasó la columna alemana, la sorprendisteis.

—¡Música, maestros! —gritó el sargento jefe.

Vaciasteis los cargadores de los cuarenta Sten sobre los nazis. A la lluvia de balas se unió el vendaval de granadas. Los camiones ardían y decenas de soldados saltaban en llamas rodando por las cunetas. En el flanco derecho apareció una columna de Sherman y abrió fuego. Sobre la carretera se produjo el desorden alemán. No sabían ni a dónde disparar ni a dónde esconderse. Pero tenían clara una cuestión: eran hombres muertos.

—¡Fin de la obertura! —gritó de nuevo Fábregas.

Los cañones de los subfusiles humeaban. Contemplaste los cuerpos de los nazis que sangraban y se retorcían en el sendero, y sus vehículos ardiendo. Un soldado alemán reptaba entre las piedras y el lodo con las piernas amputadas. Dos camiones explotaron. Una puta carnicería.

El silencio cubrió el campo de batalla. Un Sherman, tocado, ardió primero para explotar a continuación. Las acequias se habían colmado de cadáveres y los camiones en llamas fueron apartados del camino por el empuje de los carros del 501.^º.

De repente, como de la nada, un Panzer Tiger recorrió el frente de vuestros Half-Track y giró la torreta. Su cañón del 88 se dispuso a disparar. Tres Sherman abrieron fuego contra él. El fuego lo envolvió. La compuerta se abrió y cinco soldados salieron con los brazos en alto; sus uniformes ardían, lamidos por las llamas. El camino había quedado despejado hasta Écouché.

Caísteis a toda velocidad, precedidos por el fuego de vuestras ametralladoras y cañones del 57, sobre el poblado. La columna

alemana huyó hacia el norte dividida en dos, pero al llegar a la altura de la iglesia tuvo que detenerse. El ancho de la calle sólo ofrecía espacio para una fila. Estaban en un puto cuello de botella. Los Waffen-SS maldijeron. La potencia de vuestras armas los acribilló.

—¡Esto, por lo del nombre que leéis en mi Half-Track! —gritó Salas desde el «Guernica», y, al ritmo que su ametralladora del 12.7 escupía casquillos por la ventanilla de expulsión, remachaba a voces—: ¡Recuerdos a la Legión Cóndor!

A las 19 horas, Écouché era vuestro.

Corristeis hacia las salidas de la ciudad para cerrarlas. La 1.^a sección, la de Montoya, había recibido el disparo de un obús, y un soldado cayó herido. La 2.^a, con Elías y Larita II al frente, avanzó hacia el oeste, al entronque de las carreteras que conducían a Ferté-Macé. Los Waffen SS contraatacaron. Elías perdió a dos soldados y a vuestro guía, *Denormandie*. La 3.^a os dirigisteis al norte, siguiendo a los carros del 301.^o, para cortar la carretera a Falaise. Al llegar al puente sobre el Orne divisasteis a otra columna alemana. Bajasteis de los vehículos y, con los subfusiles en la mano y los bolsos llenos de granadas, atravesasteis el puente y seguisteis a Campos, Juanito y Fábregas a través de un bosque. El Panzer de cola os vio y disparó. Un soldado francés perdió una pierna. «Ni siquiera grita. ¿De qué está hecho ese tipo?», te preguntaste al verle en el suelo. Un sanitario avanzó para practicarle un torniquete; misión imposible, la pierna había sido arrancada por la rodilla y lo único que quedaba era el tendón rotuliano.

El Tiger volvió a disparar; esta vez, hacia un Sherman que se encontraba sobre el puente. Un disparo del 88 le arrancó a

vuestro carro la torreta, que se desplomó sobre el agua.

No habíais contado los muertos alemanes, no os interesaban. «Más allá de tres cifras, no sé contar», escuchaste decir a alguien en vuestras filas. Por vuestra parte habíais perdido a ocho: dos soldados y *Denormandie* muertos, además de cinco heridos. La ciudad no sólo era vuestra, sino que también estaba cerrada.

Cuando las balas dejaron de silbar y los carros de combate silenciaron su bramido, en el instante en el que te dabas cuenta de que aún estabas vivo y todo ardía alrededor y el olor a pólvora se confundía con el de combustible y aceite quemados, es cuando podías fijarte y leer el nombre del blindado que habíais perdido, «Massaoua».

Hace años —con el fin de reconstruir vuestra gesta— pasé por Écouché y ese Sherman recién pintado se encontraba a la entrada del pueblo sumado a la foto que los republicanos españoles de La Nueve os sacasteis en Inglaterra antes de desembarcar en Normandía, bajo la leyenda de «Los libertadores de Écouché». Ese es el emotivo reconocimiento que aquellas modestas gentes han tributado a vuestro sacrificio.

Pero dejemos el presente y regresemos a aquel preciso momento, cuando un muchacho en pantalón corto, pelos revueltos y un brazalete con las siglas «FFI» corrió hacia vosotros y le entregó un papel al sargento jefe Reiter, a Juanito. Desconcertado, este lo desdobló y lo leyó.

—Campos —llamó—. Escucha lo que dice este mensaje: «Ha llegado a mi conocimiento que entre las fuerzas francesas se encuentra un suboficial alemán. A él apelo. En el castillo de Menil-Glaise hay instalado un hospital provisional con ciento veintinueve compatriotas heridos y ocho prisioneros norteamericanos. Los

Waffen SS nos van a trasladar. Son veinte. Si ustedes deciden liberarnos en el traslado, todos nos pondremos a su disposición».

—¿Lo firma alguien? —preguntó el *adjudant-chef*.

—Sí, un coronel de la Wehrmacht.

—Puede ser una trampa —adelantó Campos.

—O no —intervino Fábregas—. Desde el atentado fallido a Hitler, el mes pasado, por parte del coronel Claus Von Stauffenberg, parte de la Wehrmacht está enfrentada a los Waffen SS.

Los tres cruzaron sus miradas. Fábregas encendió un cigarro y, sin que nadie te lo dijese, lo supiste: ibais a asaltar el castillo de Ménil-Glaise.

ASALTO AL CASTILLO

EL MUCHACHO DEL BRAZALETE se subió en el «Guadalajara» con los extremeños del sargento Jiménez y os guio a la 3.ª sección hacia el objetivo. A vuestra derecha quedaron las granjas de Serans llenas de pollos frenéticos por el estruendo. Zigzagueasteis entre fuerzas enemigas en dispersión por itinerarios indirectos y caminos escondidos. Recorristeis cuatro kilómetros dentro de las posiciones alemanas y divisasteis el castillo en lo alto de una loma. Dejasteis los Half-Track ocultos en un frondoso bosque de la llanura y a pie, con los subfusiles en la mano, emprendisteis el ascenso hasta la base de las murallas.

Los muros del castillo presentaban muchas aberturas, a causa de su ruina y de los impactos de obuses. Pasasteis a través de ellas y os tumbasteis, protegiéndoos, detrás de bloques de piedra desprendidos de su muralla. A la puerta de la fortaleza se encontraban estacionados varias ambulancias, un camión y un

vehículo semioruga. Un centinela de las SS, con subfusil en bandolera, paseaba alrededor de los vehículos. Desconocíais con qué fuerzas contaba en el interior. Se imponía esperar.

Al cabo de media hora, soldados de la Wehrmacht trasladaron en camillas a compañeros heridos ante la atenta mirada de varios Waffen SS. Eran trece. Si la nota del coronel decía la verdad, entonces quedaban en el interior otros siete, posiblemente dirigiendo la evacuación. De repente, ocho norteamericanos con los brazos en alto fueron escoltados por dos soldados alemanes hacia el camión. Ya teníais quince Waffen SS en el punto de mira. Seguisteis esperando. Diez minutos después, el último contingente de heridos alemanes fue introducido en las ambulancias; distinguisteis entre ellos a un coronel. Parecía que ningún SS había quedado en el interior, ya que se disponían a partir y el número ya sumaba veinte.

A las veinte horas y treinta minutos, Campos hizo una seña con la mano. Os erguisteis en vuestras posiciones, dejándoos ver. Los SS estaban rodeados. Alzaron miradas de desconcierto, dubitativos.

Entonces, soldados alemanes heridos, con el coronel en cabeza, saltaron sobre ellos y los desarmaron. No hubo necesidad de disparar. El sargento jefe Reiter se adelantó, acercándose hacia ellos. El coronel alemán se puso a su disposición y le arrancó al jefe de la sección de los SS un cartapacio que entregó de inmediato a Juanito, cuyo contenido conociste más tarde. Se trataba de la distribución alemana en los alrededores de depósitos de combustible y municiones.

Juanito ordenó, con voz imperativa y en alemán, que los heridos subieran a las ambulancias o al camión. El resto

continuaría camino a pie. Todo había terminado. Consultaste de nuevo el reloj: eran las veinte cuarenta y cinco.

La columna se constituyó con los ciento veintinueve soldados heridos de la Wehrmacht, los ocho norteamericanos prisioneros y los veinte SS. Al frente iba el «Guadalajara» y el «Brunete», cerrabais vosotros con el «Santander», y la boca del «Mari Luz» protegía la retaguardia. Recorristeis los cuatro kilómetros hasta vuestra posición al ritmo que marca el paso humano.

Antes de llegar al campamento, os cruzasteis con una patrulla de reconocimiento norteamericana en dos *jeeps*. Dialogaron con Fábregas. El sargento jefe negó con la cabeza y los yanquis, después de un gesto despectivo, se alejaron.

—Curioso, curioso —murmuró Fábregas.

—¿Qué querían? —preguntó el *adjudant-chef*.

—Que les entregáramos a los alemanes.

—¿Cómo? —inquirió un Campos estupefacto.

—Al parecer, a los yanquis les dan días de permiso como premio por los prisioneros que hagan —explicó el sargento jefe—. Estos tenían ganas de regresar a Oklahoma y nos ofrecían doscientos litros de gasolina, dos ametralladoras ligeras, una docena de subfusiles y quinientos cartuchos por nuestro botín.

—¿Qué les dijiste?

—Que se lo metieran por el culo.

Campos quedó pensativo mientras su «Túnez 43» avanzaba despacio. No sospechaste en ese momento que ahí se había producido la chispa de lo que sería un futuro mercadeo letal.

Al llegar, el júbilo se extendió por la 1.^a compañía del 501.^o y el resto de La Nueve. Desfilasteis con la columna de alemanes y americanos rescatados, y te sentiste como un artista de cine.

El capitán Dronne se dirigió corriendo hacia el *adjudant-chef*.

—Felicidades por la hazaña, *adjudant-chef* Campos. Pero usted cree que tiene un ejército privado y no piensa en el conjunto. — Levantó la voz—. Su machada ha dejado desguarnecida la parte norte. ¿Y si nos llegan a atacar por ahí?

—Mi capitán, fue culpa mía porque...

—Cállese, Rieter —cerró Dronne—. Lo dicho: que no se vuelva a repetir.

—No hace falta que nos dé las gracias —cortó Campos, entregándole la carpeta facilitada por el coronel alemán.

Al capitán no le faltaba razón, pero desde el incidente con el teniente Bamba y las dudas que arrojó sobre vosotros, se le veía demasiado nervioso. Parecía que estaba perdiendo el control de la compañía.

—Capitán, capitán Dronne...

El cura del pueblo corría, alzando la sotana, a vuestro encuentro. Era regordete y bajito, con los mofletes colorados como pimientos.

—Este ha pasado poca hambre durante la ocupación —murmuró Juanito señalándole.

—¿Qué le ocurre, padre Berger? —se extrañó el capitán.

—Buf —resopló el párroco—. Vengo a decirle que he establecido la capilla ardiente con los cuerpos de los tres fallecidos en la iglesia, para que lo traslade a sus hombres.

—Gracias, así lo haré —dijo Dronne, bajando la vista.

—Quería pedirle otro favor. —El gesto del capitán le animó a seguir—: Hoy es el día de la Asunción y quisiera realizar una modesta procesión por las calles...

Los soldados de la 3.^a sección os mirasteis desconcertados.

Alguno soltó una carcajada. El capitán, con los ojos abiertos como dos monedas, le respondió crispado: —Padre, no es el momento. Le prometo que cuando todo se calme le daré permiso para...

No pudo terminar: unos gritos inundaron la plaza. Varios hombres y mujeres, con las siglas «FFI» en sus brazaletes, empujaban hacia allí a dos mujeres con el pelo rapado.

—¡Hay que colgarlas!

—Hicieron favores a los nazis.

Una ráfaga al cielo por parte del Sten del *adjudant-chef* Campos puso fin al tumulto.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el capitán, dirigiéndose al que parecía el jefe de aquella agrupación de milicianos.

—Se portaron muy bien con los nazis, hasta delataron a gente de la Resistencia.

—Ya —dijo Dronne lentamente—. Castigándolas no se gana nada. Han de hacer algo útil. Llévenlas hasta las escuelas, donde están los prisioneros, y que se encarguen de la limpieza y la comida.

Los miembros de las Fuerzas Francesas del Interior se alejaron con las dos mujeres.

—¿Cuándo cree que podré hacer la procesión? —insistió el cura.

—Pronto, padre, pronto... —alegó Dronne, sacudiendo ligeramente una mano.

—Está bien, me voy a preparar la misa.

—Son como corchos —murmuró Fábregas, con su Gitanes en los labios y el subfusil en bandolera, mirando al cura alejarse—. Sobrevivieron al régimen de Vichy y a la ocupación nazi, y ya se están adaptando para perdurar en una Francia liberada.

Mientras tanto, un chillido acompañado de una marcha militar, desde el primer piso de una vivienda próxima, os obligó a girar las cabezas.

—Los yanquis y la 1.ª División de la Francia Libre con la Legión Extranjera en cabeza han desembarcado en las playas de Provenza.

Era un anciano con boina calada, que se había asomado a un pequeño balcón mostrando una radio. Aumentó al máximo el volumen, con la intención de que el pueblo escuchase las palabras del locutor de la BBC, algo imposible por el estruendo de los obuses que impactaban al oeste y al norte.

De repente, el viejo extrajo de su bolsillo dos pequeños objetos relucientes, los alzó y, con cuidado, se los colocó en su zamarra, junto al corazón. Eran dos medallas. Con calma, se aferró a la barandilla, miró al cielo y comenzó a cantar:

De sur a norte, desafiando todos los climas,
¡Oh Legión!, llevas tu estandarte.

Cuando el universo conozca tus soldados,
deberás por fin dejar de ser extranjera...

Imaginaste a Fran desembarcando en el sur de Francia con los legionarios de la 13.ª, pero no pudiste recrearte en la imagen, ya que el fuego de artillería provocaba la desbandada de los pobladores.

Lo que os habíais temido estaba ocurriendo: los yanquis y los ingleses ejercían una tenaza sobre las divisiones alemanas en Falaise y estos avanzaban hacia vosotros para abrir brecha.

Los impactos de la artillería alemana cayeron sobre la zona defendida por la 1.ª sección, la de Montoya. De repente, un soldado gritó corriendo hacia el capitán: —Han destrozado «Los

Pingüinos».

Tu pensamiento se instaló en tus amigos de Orán: Constantino y Fermín Pujol.

Os desplazasteis de inmediato hacia el oeste para apoyar a los de la sección de Montoya. Nada más llegar os informaron de que a Fermín Pujol lo evacuaron porque la metralla le había alcanzado en la cabeza.

Los proyectiles seguían batiendo un círculo de un radio de cuarenta metros. En el centro, tres cuerpos inmóviles. No se podían rescatar los cadáveres, la zona seguía bajo los obuses alemanes, que al impactar desmembraban aún más los cuerpos. Entre los muertos se encontraba un soldado al que, a pesar de la distancia, no reconociste. A su lado, el sargento Poreski, un polaco de las Brigadas Internacionales, y... el sargento jefe Constantino Pujol, tu amigo.

Apretaste los dientes y los puños, la presión en el pecho se sumó al nudo en la garganta y tus manos temblaron sobre la ametralladora.

—¡Hijos de puta! —gritó Gitano.

Tal vez por rabia o por impotencia, abrió fuego desde el «Santander» con el cañón del 57, el «Mari Luz». El proyectil se perdió en el horizonte sin crear peligro a la Wehrmacht.

Una sección de la 10.^a, al mando del joven teniente francés Carage, acudió también en apoyo de la sección de Montoya. Campos, de inmediato, sin dejaros llorar a vuestros muertos, ordenó dirigiros al noroeste para cerrarlo definitivamente.

El «Túnez 43», el «Brunete», el «Guadalajara», el «Almirante Buiza» y el «Santander» emprendieron una veloz carrera hacia las afueras, cerca del pueblo de Serans, en apoyo de los Sherman del

501.º. Al llegar, los centinelas alertaban de que unidades de las SS habían cruzado el río Orne y avanzaban con trajes de camuflaje, infiltrándose tras las casas aisladas del pueblo.

—Que quede sólo uno en cada ametralladora y que los Half-Track y los Sherman avancen detrás de nosotros —ordenó Campos, ajustándose el casco y saltando del «Túnez 43» con el Sten.

Cinco soldados permanecieron en los blindados; el resto emprendisteis el avance a pie, bajo el paraguas de fuego que os ofrecían.

Alcanzaron a uno de los vuestros. Su cuerpo, inmóvil, quedó en medio de la calle. La orden —«no recoger a los muertos»— fue cumplida a rajatabla. Seguisteis avanzando y disparando. Os protegisteis detrás de los muros derruidos de las viviendas y abristeis fuego a discreción. Cayó uno de los suyos. Los Sherman y Half-Track avanzaban detrás, disparando por encima de vuestras cabezas. Cuatro alemanes, que habían sido alcanzados por las balas de las ametralladoras, se retorcían en el suelo.

—*Panzer! Panzer!* —solicitaban a gritos sus compañeros, mientras se batían en retirada.

No se dirigieron hacia el puente: se lanzaron al Orne intentando cruzarlo a nado. Desde la orilla, de pie, cada uno de vosotros vaciasteis dos cargadores de treinta cartuchos sobre los SS en desbandada. Tuvisteis la misma piedad que habían mostrado ellos en Guernica.

—¡Alto el fuego! —gritó Campos.

Sin atender a la orden, Gitano y tú permanecisteis con el dedo en gatillo. Constantino muerto y Fermín herido de gravedad no se borraban de la mente y la necesidad de venganza os cegó.

Una ráfaga a vuestros pies, del Sten de Fábregas, os rescató de la demencia.

De los sesenta Waffen SS, sólo quedaron quince con vida. El resto flotaba acribillado sobre las aguas del Orne.

Los apresasteis y registrasteis, por si portaban algún documento con información de interés.

—Vaya, vaya —dijo Juanito—. Todos ostentan la Cruz de Hierro de Primera Clase.

Habíais aniquilado a una unidad de vanguardia de la guardia pretoriana nazi, la *SS Panzerdivision Leibstandarte Adolf Hitler*.

Reiter paseó por delante de cada uno de los SS y les arrancó la Cruz de Hierro. Algo balbuceó en alemán. Creíste entender algo sobre un «trozo de latón», de lo poco que te había enseñado de ese idioma. Cogió las medallas y las fue arrojando sobre la superficie del río, como si fueran piedras planas. Algunas llegaron a botar sobre el agua un par de veces, otras se estamparon contra los cuerpos de los soldados alemanes que flotaban.

A continuación, escoltasteis a los prisioneros hacia el interior de Écouché. Las secciones de Elías y Montoya añadieron los suyos. En total, La Nueve había capturado vivos hasta ese momento a un centenar de SS.

Los bombardeos seguían, recordándoos que los alemanes aún no habían desaparecido ni se habían retirado. El campanario se convirtió en el objetivo principal de su artillería. Pensaron que desde allí podríamos aposentar francotiradores o vigías, pero se equivocaron: estabais muy ocupados matando Waffen-SS.

Os informaron de que toda la II División estaba desplegada desde Carrouges a Argentan y que Patton se encontraba a quince kilómetros, en Ranes, exactamente el ancho de corredor que les

quedaba a los alemanes para huir, el marcado por la línea de Argentan a Falaise.

No dormisteis. No comisteis. Seguíais tensos, inflexibles, atentos a las incursiones nazis nocturnas.

El teniente Granell y Larita II formaron patrullas de voluntarios e inspeccionaban los alrededores. Las secciones de Elías y Montoya, apoyados por los franceses del teniente Carage, repelían a cañonazos las incursiones alemanas. Vosotros habíamos hecho infranqueable el noroeste.

En la oscuridad inmensa de la noche —la luna había desaparecido durante vuestra estancia en Écouché, recordándote el borrón de tinta negra del desierto—, repasaste el nombre de nuestros muertos: Constantino Pujol, el amigo, el sargento jefe, el héroe de Narvik, el jefe de «Los Pingüinos»; Poreski, el compañero polaco, el exbrigadista; Luis de Águila; Helio, Sánchez; Vidal; el valenciano Carayón. Siete en total, a los que había que añadir diez heridos. «Os vengaremos», mascullabais con rabia en La Nueve. El *Obersturmführer* martilleaba en tu cabeza. «Demasiadas venganzas. Demasiadas».

Las horas transcurrieron bajo el fuego de los aviones norteamericanos y la respuesta de la Luftwaffe. El fuego de artillería aliado, que iluminaba el cielo de colores naranja y blanco reflectante, batió las posiciones alemanas. Alguna vez cayó un obús amigo sobre las afueras del pueblo. Les reclamasteis por radio que alargasen el ángulo de tiro, pero fue en vano.

—¡Los paneles! —gritó Campos.

Os percatasteis de lo que ocurría: el enfrentamiento con los nazis había provocado que sobre algunos Half-Track no se colocaran los paneles identificativos que os distinguían de los

alemanes, haciéndolos aparecer ante la aviación aliada como enemigos.

El resto de la noche se cristalizó en una calma tensa, que os permitía oír hasta los latidos de vuestros corazones.

Al amanecer, los vecinos os trajeron el desayuno: pan, manteca, jamón y queso, rehogados con sidra o calvados. Un manjar comparado con vuestros botes de frijoles que ya os provocaban náuseas. Mientras dabais cuenta de esas succulentas viandas, por el sendero, bajo el fuego artillero, apareció una familia de antiguos moradores arrastrando un carro lleno de muebles. Esa imagen os devolvió una vez más a las tierras de España, cuando familias enteras huían de sus pueblos en plena guerra con todas sus pertenencias en carromatos y con hatillos, escondiéndose en las montañas o intentando alcanzar las fronteras.

Los dos días y noches siguientes presentaron la misma tónica: las secciones de Elías, Montoya y Campos, apoyadas por los carros del 501.º, defendían las entradas del pueblo de incursiones alemanas; las patrullas móviles creadas por el teniente Granell asaltaban las posiciones nazis de noche, causando numerosas bajas y haciendo prisioneros; la artillería de la Wehrmacht seguía castigando las casas del pueblo, en las que varios tejados habían desaparecido; la aviación aliada derribaba algún avión alemán que se aventuraba en el cielo.

Al amanecer del 18 de agosto, un Mark IV avanzó seguido de dos camiones cargados de soldados alemanes. Pretendían abrir brecha en las posiciones de la sección que había sufrido más bajas: la de Montoya. Los cañones antitanque del 501.º rompieron fuego, el Mark IV se retiró y los camiones quedaron ardiendo en

mitad del sendero. Una columna inglesa, que venía de Fles, les sorprendió por la retaguardia y enlazó con vosotros. La tenaza se había cerrado definitivamente sobre la Wehrmacht: era el comienzo del fin de la Batalla de Normandía.

A primera hora de la tarde, os relevaron. Por fin conseguiríais un descanso. Sería el primer día, después de una semana, en el que podríais dormir, bañaros, lavar la ropa que olía a pólvora, sudor y sangre, y enterrar a vuestros muertos.

—¡Las tropas británicas se han apoderado de Écouché! —gritó de nuevo, desde el balcón, el anciano de la boina calada, mostrando la radio.

«La BBC nos ha robado la batalla», mascullaste rabiado, pero creo que lo pensabais todos. La noticia les dolió más a los franceses, pero vosotros habíais aprendido a luchar sin medallas ni reconocimientos. Sólo os importaba terminar cuanto antes con los nazis y los fascistas italianos y entrar en España, y, a ti, llegar a Estrasburgo.

Después de bañaros y cambiaros de ropa, en el momento en el que os disponíais a asistir al cementerio, Gitano se presentó con un odre lleno de vino tinto.

—Hace siglos que no lo pruebo —apuntó Juanito.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Fábregas.

—Me lo vendió un bodeguero de...

—¿Cuánto? —preguntó de nuevo Fábregas, echando un trago desde el pellejo.

—Bueno —Gitano se sonrojó—, es un poco largo de explicar.

—Tenemos tiempo hasta otro ataque alemán —indicó sarcástico el sargento jefe.

—Pues me pidió doscientos francos por litro...

—¿Doscientos? —dijiste perplejo.

—Sí, me dijo que a ese precio lo pagaban los alemanes...

—Ya dije yo que estos normandos no tenían pinta de haber pasado mucha hambre —ironizó Juanito, apurando el sorbo.

—Sigue —animaste intrigado.

—Pues eso, dijo que a ese precio se lo pagaban los alemanes y que no pensaba rebajarlo ni un céntimo. Regateé, pero fue inútil. Entonces cogí el pellejo y le dije: «A partir de ahora cambiamos de ladrón». Y me largué.

DEPOSITASTEIS LOS CUERPOS de vuestros siete caídos en el cementerio, junto a los de los compañeros del 501.^º y los *spahis* abatidos en Écouché; más allá, colocaron la tumba de un *spahi* musulmán.

«Pujol, Constantino. Sargento jefe. 2.^ª DB. 9.^ª Cía.», rezaba una de las leyendas que dejasteis atrás sobre una cruz de madera. Era sencilla, pero los héroes no necesitan aspavientos ni oropeles ni llantos ni misas: sólo su nombre en una señal del camino, y la Historia se encargará de trasladarlos a la inmortalidad. Pero Fábregas siempre opinaba que todo suceso guarda un poema que lo narre, y si los versos son del poeta de las batallas, con mucha más razón:

Han muerto como mueren los leones:

peleando y rugiendo,

espumosas las bocas de canciones,

de ímpetu las cabezas y las venas de estruendo...

Una lágrima recorrió despacio tu mejilla antes de que terminase el poema. Al verla, Fábregas pasó el brazo por encima

de tus hombros y te dijo: —En realidad no han muerto. Se han ido al infierno para reagruparse y volver con más fuerza.

Al salir del camposanto, os esperaba un viejo cacharro de gasóleo con cuatro tripulantes. Eran tres chicos de unos dieciséis años (o eso te pareció por su tez pálida, su endeble complexión y sus ojos ingenuos), acompañados de un cincuentón, calvo y nervudo.

—Son mis sobrinos y mi hijo —informó este al capitán Dronne—. Los traigo para que se enrolen con ustedes. Todos hemos de contribuir a liberar la patria. Yo no lo hago porque estoy enfermo y no sería más que un estorbo.

Dronne bajó los ojos, repentinamente humedecidos. Detrás, Fábregas susurró: —Nos matan a uno y lo relevan tres.

El capitán los acogió, aunque siguiese murmurando aquello de: «Esto no es una oficina de reclutamiento».

Horas más tarde os llegaron los sustitutos de vuestros caídos: dos sargentos y cinco soldados, pero los siete eran franceses. También recibisteis los carros que reemplazaban a los destruidos.

Era el momento de hacer recuento: cuatrocientos esqueletos de blindados y camiones alemanes esparcidos por los prados y más de doscientos prisioneros; ignorabais su número de muertos y heridos. Normandía entera era de los Aliados. Las divisiones de la Wehrmacht se habían rendido, con más de cincuenta mil prisioneros y el resto en desbandada hacia el este.

«Écouché bien vale una misa», debió pensar el padre Berger, cuando informó: —Capitán, mañana a las doce voy a ofrecer una misa en memoria de los caídos por la liberación de Écouché.

—No sé, padre Berger —dudó Dronne—. Mis hombres son... poco creyentes.

—No importa —cortó el cura, como si hubiese ensayado la respuesta—. La misa será por todos: cristianos, judíos, musulmanes y por los otros.

Los *otros* erais vosotros. Ignorabas si entre los compañeros del 501.º había creyentes, pero estaba claro que ninguno de los soldados de La Nueve lo era —habíais visto demasiada mierda en el clero español como para creer en sus divinidades—. Lo mismo les ocurría a los *spahis*, casi todos musulmanes. A lo mejor, Dronne aceptó por agradecimiento al cura, quien había cedido en su momento la sacristía como hospital improvisado, desviviéndose por vuestros heridos. Tal vez, no lo sé. Pero fuera lo que fuese, el caso es que aquel día, a las doce en punto, la iglesia del pueblo jamás vio tanta gente.

No quedaba una vidriera intacta; el techo presentaba un enorme boquete; las paredes mostraban los impactos de la metralla; la estatua de San Miguel, patrono de Francia, estaba dañada y la del Sagrado Corazón era un montón de piedras coloridas.

Antes de concluir la misa, el cura comenzó a cantar *La Marselesa* en solitario. De inmediato os sumasteis todos. La mayoría de los *boinas negras* lagrimearon.

Al terminar, el sacristán pasó una bandeja solicitando donativos para la compra de otra efigie del Patrón de la Patria y del Sagrado Corazón. Al llegar a vuestra altura, Fábregas soltó una moneda. Le imitaste. Gitano se quedó mirando la bandeja; sospechaste que, en otra ocasión, el párroco se hubiese quedado sin estatua y sin la totalidad del cepillo, pero tu compañero también añadió un franco.

—Lo que más me fastidia de esto —farfulló Fábregas— es que

algún mamarracho, cuando hayamos muerto, interprete que nos hemos convertido al catolicismo.

Al abandonar el templo, quedaste sorprendido por el enorme número de parroquianos que, en la plaza, portaban el brazalete con las siglas «FFI». Cuando se presentaron los combates sólo habíais contado una docena, que os ayudaron con los heridos, informándoos de rutas o ejerciendo de vigías. Después de la victoria eran cientos. Ese gesto también te recordó el Madrid en vuestra guerra. Mientras se encontraba bajo la bandera de la legalidad constitucional, toda la población se declaraba republicana. Cuando Franco entró en la capital, se transformaron y cantaron el *Cara al sol* sin rubor.

Las voces del conductor del *jeep* «Mort aux cons» te recataron del ensimismamiento. Solicitaba que Dronne atendiera un requerimiento por la emisora: —Es el general Leclerc, mi capitán.

El anciano del balcón se asomó de nuevo con la radio en la mano, subió el volumen y gritó: —¡Los parisinos se han sublevado!

El júbilo en vuestras filas más las interferencias impidieron que entendieras las palabras del Patrón. No sabíais lo que le habría ordenado, pero barruntabais que había sido algo muy grave. Dronne quedó paralizado, con el auricular de la radio colgando de su mano, y su rostro, del color de las lápidas. Y creíste oír que balbuceaba: «París».

TAPE DE LA CANNE

EL JEEP DE PHILIPPE LECLERC frenó bruscamente delante del improvisado campamento del general Ornar Norman Bradley. Su conductor, agotado, había conducido toda la noche sin detenerse y el sol del horizonte le castigaba los ojos provocándole somnolencia. El Patrón apoyó el extremo del bastón en tierra firme y saltó del vehículo. Aquella vieja lesión, fruto de su accidente de equitación, le resultaba molesta en ciertas ocasiones. Y en esa, en la que le urgía encontrarse con el general norteamericano y necesitaba correr casi tanto como su vehículo, mucho más.

—Anuncien al general Bradley que el general Leclerc quiere verle —gritó el chófer de Leclerc a la puerta del campamento.

Los oficiales reunidos en la antesala del despacho del norteamericano se mostraron sorprendidos con aquella visita inesperada y sus ojos se clavaron en el rostro de Leclerc.

—Lo sentimos —contestó un joven *souslieutenant* en perfecto francés, lo que extrañó al general galo—, pero el general Ornar Bradley no está aquí...

—¿Tardará mucho? —quiso saber Leclerc.

—No lo sabemos. Se desplazó hasta el cuartel general. Tenía cita con los generales Patton y Eisenhower.

—Está bien, le esperaré —dijo, para clavarle la mirada a continuación y preguntarle—: ¿Es usted francés?

—No, mi general. Soy argentino, de padre francés, pero estudié en la Academia Militar de Francia.

—¿Cómo es eso?

—Mi general, Francia es la patria de mis afectos. En cuanto me enteré en Buenos Aires de que había sido invadida, no lo dudé. Atravesé el Atlántico para unirme a las fuerzas de la Francia Libre.

—¿Por qué está aquí y no en el frente?

—Como hablo tres idiomas, el general Bradley me asignó de oficial de enlace —expresó, pero al contemplar el gesto de Leclerc, añadió—: Aunque yo prefería combatir en las filas de la II División.

—Siempre hay tiempo, siempre.

—¿Me admitiría? —preguntó entusiasmado.

—Claro. ¿Cómo se llama usted?

—Carlos Iriarte.

Leclerc asintió. La sonrisa abrió el rostro del joven oficial mientras el general se sentaba en una silla de mimbre y extraía un papel del bolso de su guerrera. Releyó para sí el cable enviado a De Gaulle.

«Se toman decisiones sensatas y juiciosas, pero cuatro días más tarde. Se me había asegurado que el objetivo de

mi División era París, pero ante la actual parálisis he enviado a Guillebon en dirección a Versalles... Desgraciadamente no puedo hacer lo mismo con el resto de la División por cuestiones de aprovisionamiento de carburante y a fin de no violar todas las reglas de subordinación militar...».

Al acabar, lo dobló y lo guardó. Casi de inmediato, golpeó cuatro veces el piso con la punta del bastón antes de ponerse de pie para encaminarse hacia la puerta.

Los militares norteamericanos, al notar el gesto, cruzaron miradas y sonrieron. Acababan de presenciar el conocido *tape de la canne* del general Leclerc, aquel por el cual los norteamericanos le habían apodado *El león impaciente*.

A la puerta, contemplando el despliegue de los rayos del sol sobre los enormes pastizales, evocó la visita de la víspera, la del comandante Gallois-Cocteau, uno de los jefes de la Resistencia parisina. Sus palabras le habían herido como una daga: «Debe entrar en París de inmediato, mi general. Los parisinos se han rebelado y la revuelta se ha extendido por toda la ciudad, del bulevar de Saint Germain al Panteón, de la República a la plaza de la Bolsa. Todo acompañado de barricadas, tiros y explosiones. No sabemos cuánto podremos resistir...».

La hora del almuerzo había llegado y Leclerc continuaba paseando y tamborileando el suelo de vez en cuando. Su chófer se acercó: —¿Le traigo comida, mi general?

Negó con la cabeza.

Llevaba ocho horas esperando; el sol se aproximaba al oeste. El *souslieutenant* Carlos Iriarte se acercó a la carrera: —Mi general, el general Bradley ha regresado. Ha dicho que le recibirá

ahora.

Leclerc se adentró en el barracón con paso belicoso. Un sargento mayor le abrió la puerta del despacho iluminado por los rayos crepusculares. Bradley le esperaba de pie y, tendiéndole la mano, le espetó: —Sé por qué está aquí, pero ya he hablado con Patton y Eisenhower y no es posible acceder a...

—Es que no ven que es un error —exclamó Leclerc, clavando el extremo del bastón en las baldosas.

—El error es suyo y de De Gaulle —aseguró el otro, encendiendo un Lucky Strike—. No comprenden que si la defensa de París es muy fuerte debemos emplear siete divisiones —y, alzando la voz, repitió—: Siete divisiones. Sin contar con la necesidad de atender a cuatro millones de estómagos hambrientos. Es un tiempo precioso que se puede emplear en seguir avanzando...

—¡Se olvida de los parisinos! —gritó Leclerc, pero, al ver el gesto de desagrado de su homólogo, aflojó el tono—: Han ocupado las calles, Ornar. Tienen bloqueados a los alemanes y precisan ayuda.

Bradley se dirigió a su sillón y se sentó. A continuación, dando una calada, calmo, le expuso: —¿Quiere ver a su querido París en llamas?

Leclerc, aún de pie, permaneció mudo, ante lo que Ornar Bradley continuó: —Ah, y ordene de inmediato el regreso del teniente coronel Guillebon. —La expresión de sorpresa de Leclerc provocó una sonrisa en el rostro moreno de Bradley—: ¿Qué creía, que no lo sabía? En el cuartel general estamos muy hartos de sus insubordinaciones. Primero, Túnez; luego las incursiones en las fuerzas de Giraud; después, los itinerarios que ha seguido en

Francia, alejados de las rutas ordenadas...

No pudo continuar, ya que el *souslieutenant* Carlos Iriarte había entrado en el despacho.

—Mi general, Eisenhower al teléfono —le informó.

—Pásemelo.

Descolgó el auricular y aplastó el cigarro en el cenicero de latón. Leclerc se mantuvo impávido ante él.

—A tus órdenes... Ah, De Gaulle... Sí, aquí tengo a Le... Ya... ¿Estáis seguros?... Bien, así se lo trasladaré a Gerow... No... Descuida. —Y con calma colgó.

Las mejillas de Bradley parecían haber perdido el bronceado, pero, antes de hablar, encendió otro cigarro. Expulsó el humo y, entonces, le dijo con parsimonia: —Bueno, parece que lo han logrado ustedes. Al parecer, en cuanto abandoné el cuartel general, allí se presentó De Gaulle y ha convencido a Patton y Eisenhower.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó Leclerc sin pestañear.

—Avanzar hacia París —dijo, y, al notar la sonrisa apenas disimulada del general francés, se alzó de su sillón y añadió enfadado señalándole con el índice—: Pero se lo advierto: si encuentra resistencia alemana no entre en conflicto. Espere la llegada de las divisiones de infantería norteamericanas de Gerow para entrar en la ciudad. Como desobedezca esta vez, yo mismo lo fusilo.

En ese momento, las miradas del general Ornar Norman Bradley y del *souslieutenat* Carlos Iriarte se clavaron en el rostro de Leclerc. No comprendieron por qué las facciones del general francés desaparecieron ante lo que parecía una careta amarillenta y aún sonriente.

EL CAMINO A PARÍS

ERA EL ALBA DEL 23 DE AGOSTO DE 1944 y la orden de salida para un largo recorrido había llegado. Lo que ignorabais era hacia dónde. «Han dicho que sobre la marcha facilitarán el objetivo final», se le oyó decir al capitán. Pero sospechabais que él sí lo sabía.

Antes de emprender la marcha, os llegaron noticias de que el general Leclerc había ordenado al teniente coronel Guillebon adelantarse y adentrarse en París por Versailles. «No es justo», te dijiste. «La Nueve es la compañía de vanguardia». Rodabais a la mayor velocidad posible de vuestros blindados y semiorugas. Atravesasteis las poblaciones desde Boucé a Alençon sin deteneros y continuasteis en dirección a Courville. Abandonasteis los valles y senderos, y las llanuras de Maine vieron pasar a vuestra división quemando las cadenas. Avanzabais envueltos en una nube trenzada por el polvo de la ruta y el monóxido de carbono de los tubos de escape. Con pañuelos, os cubríais la boca

y las fosas nasales: entre el casco y el trapo, sólo se os veían los ojos.

La emisora de radio transmitió la noticia:

«El ejército norteamericano ha traspasado Dreux y Chartres. Han llegado al Sena por el norte y a la región de Fontenbleau por el sur. París está cercado».

Esa, al parecer, sería vuestra única certeza, porque lo que ocurría en el interior de la ciudad era una completa incógnita, ya que todas las informaciones resultaban contradictorias. «París se ha sublevado»; decían, para, a continuación, corregir: «París sigue siendo alemana».

Eran las cuatro de la tarde y os acercabais a Courville. Pero algo pasó, pues la división comenzó a abandonar la formación de marcha y, en un santiamén, cambiasteis a la de combate. Os asignaron a una subagrupación a las órdenes del teniente coronel Puzt, y vuestra ruta se desvió de la del resto de la división. «Avanzamos hacia París», la voz se corrió entre el convoy de blindados, y una tensión inenarrable se apoderó de todos al repetirla.

De repente comenzó a llover. Chartres se había adivinado por las torres de su catedral, pero pronto la cortina provocada por la tormenta y el anochecer las difuminó en el horizonte. «Los nazis convirtieron la catedral en un club social de la Waffen SS», te dijo un soldado francés.

Seguisteis avanzando con los vehículos pegados para evitar perderos. Vuestras ropas iban empapadas y la humedad se unía a la grasa y al polvo de toda la jornada. Os protegisteis con los

ponchos impermeables, aquellos enormes chubasqueros de color verde oliva facilitados por los yanquis. Subidos en los Half-Track, aferrados a las ametralladoras y cañones anticarro, con vuestro casco, el pañuelo y el poncho, parecíais seres de otro mundo.

La noche se cerró y era casi imposible seguir avanzando en las tinieblas provocadas por el crepúsculo y la tormenta. En algún lugar perdido en los mapas, os detuvieron para inspeccionar las máquinas y pernoctar unas horas. Al «Madrid» se le había desprendido una cadena y había rodado varios kilómetros sobre sus ejes. Era preciso reponerla. Encharcados en aquel aguacero bajo la luz de linternas, los muchachos del sargento Ramón Gualda, vuestro granadino preferido, a golpes de maza, instalaron y ajustaron la nueva.

Os dijeron que reposarais, que antes del alba se reanudaría la marcha, pero resultaba imposible descansar. El clima de tensión, en todas las unidades, era enorme. «No debieron anunciarnos que íbamos a París», os decíais acostados en las tiendas sin poder conciliar el sueño.

Aunque Gitano se reencontró con Morfeo nada más tumbarse sobre la esterilla, tú no pudiste pegar un ojo en toda la noche. Oías al capitán, en la tienda contigua, canturrear unos versos que a ti te resultaban nuevos:

Pour pleurer longuement notre tragique historie
Et contempler de loin votre jeune splendeur.

Cuando el cielo cambió de color y el aguacero cesó, llegaron las noticias: «Nos encontramos en Nemours». ¡Habíais recorrido doscientos diez kilómetros desde Écouché! Aquello constituía toda una hazaña para una división blindada con más de cuatro mil vehículos.

En cuanto revisasteis el armamento, lo secasteis y engrasasteis, le siguió la inspección rutinaria de los Half-Track. A continuación, con el uniforme aún húmedo, reanudasteis la marcha. Tendría que secarse sobre la piel y al roce del viento.

A las ocho de la mañana entrasteis en Longjumeau. Las fachadas de las viviendas apenas presentaban impactos de la metralla, aunque algún tejado de pizarra había recibido la visita de un obús. Pese a la hora, había gente en las calles, lo que os extrañaba; gritaban algo que no entendíais por el ruido de las cadenas de los blindados y semiorugas. De repente, comenzaron a sumarse más vecinos desde los portales, que se acercaron y rodearon los Half-Track y Sherman desbordándoos con sus muestras de entusiasmo. Los jóvenes trepaban a los carros de combate e impedían el avance de la caravana.

—¡Apártense! —gritabais, sin éxito.

Sonó una ráfaga de ametralladora. Iba dirigida hacia vosotros, pero la recibieron los cuerpos de animosos civiles. Cuatro de ellos quedaron tendidos en medio de un charco de sangre. Se produjo la desbandada. Y el pánico se apoderó de sus rostros.

Los blindados de Elías se dirigieron hacia el origen de las balas. Vosotros, con Campos a la cabeza, saltasteis de los vehículos con los Sten e intentasteis una maniobra envolvente. Os pegasteis a las fachadas de las viviendas y os desplegasteis en dos hileras, zambulléndoos por las calles. Detrás iban los Sherman apoyando el avance.

Aquello era una locura, se combatía en medio de civiles que no se apartaban ni ocultaban. Hasta había mujeres y niños. Daba la extraña sensación de que se rodaba una película y ellos querían ser testigos de excepción.

Localizasteis un foco de resistencia entre las ruinas de una casa, el impacto del 75 de un Sherman os abrió el camino. Luego llovieron dos granadas y asaltasteis el enclave: diez soldados alemanes, siete de ellos muertos. Los supervivientes salieron alzando los brazos.

Seguisteis avanzando y diezmasteis otra posición alemana. Eran fuerzas endebles, desmoralizadas, que capitulaban tras una simbólica resistencia. ¡Qué lejos había quedado el Afrika Korps!

En menos de una hora, el pueblo se había liberado de soldados de la Wehrmacht. Teníais cuarenta prisioneros y, como siempre, no contasteis sus muertos; por vuestra parte, sólo un herido. Pero por las muestras de impaciencia del capitán comprendisteis que aquella ligera resistencia no esperada os había robado un tiempo valioso que resultaba preciso recuperar en ruta.

La subagrupación del teniente coronel Puzt salió de inmediato de Longiumeau y La Nueve, en punta de lanza. Otra vez la nube de polvo, el rebufo de los tubos de escape y el crujir de las cadenas sobre el terreno. Y la marcha, bajo el sempiterno grito de vuestro jefe de batallón: —En avant! En avant!

Al llegar a Antony, os detuvisteis un momento para reagruparos, ya que sólo quedaban veinte kilómetros hasta París y alguien comentó que la línea defensiva alemana a la capital había sido rota. Varios Half-Track y Sherman se habían rezagado y otros se habían ocupado de sofocar ligeros focos de resistencia.

En la calle principal del pueblo, un carnicero, ayudado por tres vecinos, instaló una tabla apoyada sobre dos caballetes. Enseguida sacaron barras de pan y embutidos. Entre los cuatro, moviéndose con rapidez en medio de la calzada, prepararon bocadillos de chorizo, salchichón, jamón o salami que, subiéndose a los

blindados, comenzaron a entregarlos. Aquello parecía un puesto de avituallamiento del suspendido *Tour de France*.

La fiesta se terminó de repente. Un proyectil del 88 de un Panzer Tiger cayó a pocos metros y la metralla derribó al *souslieutenant* Montoya, que quedó tendido en la calle sangrando por el pecho y el abdomen. Soltasteis los bocadillos y arrojasteis vuestros blindados hacia el cruce de la Croix-de-Berny, a las afueras del pueblo, donde se había instalado el Panzer.

Los hombres de Montoya, al ver a su jefe mal herido, se lanzaron los primeros contra el carro de combate alemán, buscando las tripas de sus ocupantes. De repente, un anciano sobre una silla de ruedas, con el pecho cubierto de medallas, gritó: —Sígueme. Conozco un atajo hasta la Croix-de-Berny.

Aquello era curioso. Los antiguos veteranos de la Gran Guerra se incorporaban a la batalla con el entusiasmo de jóvenes soldados.

Una lluvia de balas frenó a la 11.ª compañía y el capitán Dupont, vuestro tenor, cayó muerto. Toda la subagrupación del teniente coronel Joseph Puzt emprendió la marcha hacia la Croix-de-Berny. Vosotros, sin embargo, no pudisteis seguirlos: el capitán no daba la orden.

—No se oye... —decía, pálido, al micrófono del radio teléfono instalado en su *jeep*.

La voz, del otro lado, sonó nítida a través del altavoz: —Orden del coronel Billotte: retrocedan a la entrada del pueblo para cubrir la retaguardia.

—Hay interferencias. No se les escucha... —repitió Dronne, ante vuestra perplejidad.

—Que la 9.ª retroceda al final del pueblo. —El comunicado

volvió a transmitirse perfectamente claro.

—Lo siento, no se le recibe bien.

—Retrocedan. Retrocedan... —repitió la radio.

El capitán esbozó un gesto malhumorado. Se mordió los labios y, por fin, dijo: —Recibido. —Y se volvió al teniente Granell para gritar—: Que La Nueve se dirija a la entrada.

La sección de Elías enfiló junto a la vuestra hacia el lugar indicado, siguiendo a «Los Cosacos», con Granell en su torreta. Dronne se había ubicado al final del cortejo; su rostro aún evidenciaba su disgusto por la orden del coronel.

Al girar la primera esquina os topasteis de frente con el general Leclerc.

—Teniente —gritó a Granell—, ¿dónde está su capitán?

—Viene detrás, mi general.

El convoy pasó ante el Patrón, pero cuando Dronne llegó a su altura se os ordenó deteneros. Leclerc contempló el frontal del «Mort aux cons» y, señalándolo con el bastón, le preguntó al capitán: —¿No le ordené en Marruecos que borrara esa tontería?

—No he tenido tiempo, mi general —se excusó Dronne, cabizbajo.

—¿Y se puede saber a dónde van ustedes?

—El coronel Billotte nos ha ordenado retroceder sobre el eje y regresar a las antiguas posiciones.

—¿Retroceder sobre el eje? —exclamó Leclerc, golpeando de nuevo el pavimento levantado, y gritó—: ¡No se obedecen órdenes estúpidas, capitán!

—Pero...

—El objetivo ya se lo expliqué por radio cuando salió de Écouché: París. Vaya de inmediato hacia allí, sin detenerse,

aunque les disparen.

—Me falta la 1.^a sección, mi general. Se han desplazado hasta la Croix-de...

—Pues coja lo que pueda por el camino y súmelo.

—Quiero entender que...

—Que vaya a París, y avise a los parisinos de que resistan. Mañana, al amanecer, entrará la II División Blindada. —Alzó el bastón señalando el camino que debíais seguir, y gritó—: ¡A París, Dronne!

El capitán colocó el *jeep* delante de «Los Cosacos». Su semblante lucía una enorme sonrisa al gritar: —¡Rumbo a París!

Y Turuta tocó... el himno de carga del 7.º de Caballería.

POR QUIÉN DOBLAN LAS CAMPANAS

EL «MORT AUX CONS», seguido de «Los Cosacos», con el teniente Granell en su torreta; el «Resistencia», con Elías al mando; el «Teruel», con vuestro novillero exclusivo, Larita II, le seguían; detrás, iba el «Liberación», el antiguo «España Cañí» rebautizado por el sargento Callero; luego el «Nous Voilà» con Solana; a continuación, «El Ebro», mandado por el sargento Marti, que había sustituido a Sánchez. A su estela, pegados a ellos, ibais los de Campos con su «Túnez 43» de guía. El «Brunete», con Reiter de jefe, pegaba su morro al del *adjutant-chef*; detrás, el sargento Morillas en el «Almirante Buiza»; luego el «Guadalajara», con Jiménez y los extremeños. Cerraba el cortejo el «Santander», bajo la égida de Fábregas, con Gitano acariciando el «Mari Luz». Os faltaban los de Montoya, y os faltaba él, evacuado y sin que tuvieseis noticias de su estado.

Once Half-Track y un *jeep* para saltar sobre un París defendido

por toda una división de la Wehrmacht. No erais nadie, sólo una fuerza simbólica que Leclerc lanzaba en punta de lanza para elevar la moral de los parisinos. Creíste que os matarían a todos. Pero daba igual: habíais nacido para morir luchando contra las tiranías. Además, ¡qué cojones!, erais La Nueve, el comando educado para las misiones *de grado cero*.

—Teniente Michar —gritó Dronne al oficial al mando de un Sherman del 501.º—, ¿de cuántos carros dispone?

—De tres, mi capitán.

—Únalos a la columna. Nuestro destino es París.

Los blindados «Montmirail», «Romilly» y «Champaubert» se sumaron a vuestra retaguardia, pero nada más enfilar la carretera hacia la capital, distinguisteis tres Half-Track de las compañías del 13.º batallón de ingenieros militares.

—*Adjutant* Cancel —llamó el capitán al jefe de aquel destacamento, que se encontraba sobre un *jeep*—, ¿quiere pasear por los Campos Elíseos?

—Por supuesto, mi capitán.

—Pues póngase en la cola.

Así fue como el «Le Méthodique», el «Le Volontaire» y el «L'Entreprenant» cerraron la columna que quemaba el asfalto hacia París. Erais un centenar de españoles y un alemán en once Half-Track a los que seguían treinta franceses en tres Sherman, dos *jeeps* y otros tres semiorugas. Ajustasteis los brazaletes con la bandera de la II República en torno a vuestros bíceps: los queríais bien visibles.

—Ese estandarte es mío —gritó Campos, señalando la esvástica que se adivinaba ondeando sobre la Torre Eiffel.

De improviso, un hombre de unos sesenta años, con un *bonnet*

de color azul y cinco medallas en el pecho, salió de algún lugar desconocido para correr y detenerse delante del *jeep* de mando. «Otro veterano de la Gran Guerra», masculló un compañero, a tu lado.

—Conozco una vía libre, sin *chleuhs*.

—Suba —le ordenó Dronne.

El gesto de satisfacción del capitán no sólo se debía a la ayuda valiente e inopinada, sino por la expresión que el veterano había utilizado. Referirse a los soldados de las Waffen-SS con aquel peyorativo «chleuhs» indicaba que el miedo a los nazis desaparecía de los cerebros vencidos en otro tiempo por la sangre, la muerte, las enfermedades, el hambre o el *raki*, aquel aguardiente adulterado que circulaba por las calles como un maleficio.

De inmediato, con vuestro excombatiente de cicerone, atravesasteis Fresnes, L'Hay-les-Roses, Cachan, Arcueil, sin novedad. Aunque creísteis oír el impacto de balas alemanas sobre los blindados, cualquier sonido fue apagado por el rugir de los 400 C. V. de los motores. De repente os topasteis con una columna de *jeeps* ocupados por corresponsales de guerra con uniformes del ejército norteamericano. Uno de ellos, de aspecto jovial e inquieto, abordó al capitán y entabló una breve conversación.

—Es Maurice Schumann —os informó Fábregas—, el locutor de la BBC. Desde Dunkerque ha sido la voz de la Francia Libre en Londres.

Otro de la comitiva, de unos treinta años, con el pelo largo y una cámara fotográfica colgada del cuello, saltó sobre el «Teruel» y, en un castellano parecido al de vuestro querido Reiter, gritó para hacerse oír por encima del estruendo de los motores: —Yo

también combatí en España. —Sus palabras iban dirigidas a Larita II—. No sé si oyó hablar de mí. Me conocían por Roben Capa.

—Suba, compañero —animó el sargento.

Sin dudarlo, el fotógrafo trepó al Half-Track.

—Mira, Bête —te dijo Fábregas, señalando con el dedo a otro corresponsal—, ¿sabes quién es?

Aquel hombre maduro y de aspecto rudo, con bigote y cara redonda no te resultaba desconocido del todo, pero no acababas de ubicarlo. Tu gesto de extrañeza animó al sargento jefe a informarte: —Es Ernest Hemingway, el autor de *For Whom the Bell Tolls*, la novela que te regalé en Inglaterra.

Te hubiese gustado saltar del «Santander» con el libro, presentarte y pedirle que te lo dedicase. Pero no era el momento: París os esperaba. Le miraste fijamente y te limitaste a preguntarte si escribiría alguna novela inspirada en vosotros.

El convoy de periodistas y fotógrafos se os unió y proseguisteis camino a toda velocidad hacia Kremlin-Bicetre. Seguíais sin ver alemanes, la ruta elegida por vuestro guía, evitando o rodeando posiciones enemigas, era la adecuada para no encontrar resistencia. Pero los caminos del pueblo se os presentaron bloqueados por troncos derrumbados por los bombardeos. Al aproximaros, los vecinos se abalanzaron sobre los maderos y comenzaron a moverlos, abriéndoo un pasillo.

A vuestro paso, los parroquianos saltaban sobre vuestros vehículos, para tocaros y saludaros; incluso alguna dama intentó besaros.

—¿De dónde venís, muchachos? —preguntó una mujer enlutada desde la acera.

—Del Tchad —informó Gitano.

Al pasar por delante de una fortificación, la voz del capitán corrió por toda la columna: —Precaución. Pueden abrir fuego desde el fuerte.

A vuestra derecha, los muros de una especie de castillo, fuerte o prisión. Desfilasteis quemando las cadenas y nadie os disparó. Al traspasarlo, Fábregas informó a la tripulación del «Santander»: — Esa es la fortaleza de Bicetre en la que Víctor Hugo ambientó la trama de *El último día de un condenado* —alegó, después encendió un Gitanes, y, sonriendo, añadió—: Espero que no sea una premonición sobre nosotros.

Mujeres y hombres en bicicleta —el vehículo que parecía haberse puesto de moda— desfilaban a los flancos con gestos de asombro. Sus rostros se presentaban más enjutos que el de los normandos y sus ojos saltones se clavaban con éxtasis sobre la divisa y el nombre de los blindados.

—Aquí han debido pasar hambre, no como los normandos — opinó Juanito.

Entrabais en París; alguien os informó de que lo hacíais por la Puerta de Italia. Una muchedumbre se arremolinaba al frente, luciendo, algunos, los brazaletes «FFI». Uno gritó: —Los alemanes, los alemanes.

La marabunta se dispersó. Seguisteis avanzando.

Al rato, a medida que distinguían vuestras insignias, la multitud fue regresando. Os rodearon, al punto que los blindados no podían avanzar. Temíais una nueva matanza civil, que las balas les alcanzasen antes de poder protegerlos.

—¡Apártense! ¡Vamos, fuera! —chillasteis, sin éxito.

Como borrachos, parecían no oír, no veían el peligro o ya no les atemorizaba. Necesitabais continuar hacia el corazón de París,

y nadie se apartaba. Para remate, los fotógrafos os cercaron, accionando sus cámaras sin cesar. Una mujer ataviada con las ropas tradicionales de Alsacia saltó sobre el *jeep* del capitán. Le rompió el parabrisas, pero, sin inmutarse, se sentó sobre el capó y allí permaneció.

Ninguno de vosotros conocía a la perfección París, sólo Campos y Fábregas se habían movido en tiempos de paz por sus calles. Para colmo, tampoco el capitán sabía dónde se encontraba. Llegar al centro de la ciudad era la misión. ¿Dónde estaría? Difícilmente alguien podía dejar de hacerse la misma pregunta que tú.

—¿Qué camino está libre de alemanes y barricadas hasta el Hôtel de Ville? —preguntó Dronne a un grupo de cinco o seis hombres con los brazaletes «FFI», quienes comenzaron a discutir sobre el itinerario más adecuado. Parecía que defendían dos rutas seguras. Se las expusieron al capitán. Dronne, tras un momento, se dirigió al teniente Granell para ordenarle: —Coja cinco Half-Track y un Sherman y encamínese por el primero de los recorridos. Yo iré por el otro. Alguno de nosotros llegará.

Salisteis detrás de «Los Cosacos», y Dronne siguió a un motorista que se había ofrecido a guiarlo. Los blindados del capitán se alejaron por la avenida Italia y se perdieron en la primera bifurcación. Vosotros, guiados por un miembro de los FFI, continuasteis tras el teniente, con las ametralladoras dirigidas hacia los edificios de los laterales y el «Romilly» cerrando el cortejo.

Las calles se presentaban desérticas. Las fachadas lucían grandes manchas negruzcas, producto, tal vez, de explosiones de botellas de gasolina, y todos los huecos y grietas imaginables

provocados por la metralla. Ninguna ventana exhibía un cristal intacto. Ningún civil en las azoteas, ni *snipers*. La calzada, sucia de sangre seca, se veía cubierta de trozos de ropa y cascotes. Una rata la recorrió a toda velocidad.

Sin buscarlo, os disteis de bruces con el imponente Sena. De nuevo, aunque no lo mencionaras a tus compañeros, sus aguas te trasladaron al Ebro. Dos soldados del «Ebro» saltaron del blindado e inspeccionaron el puente. Un gesto de sus brazos indicó que se encontraba limpio de cargas. Lo atravesasteis y continuasteis por los muelles. Al entrar en la plaza Sembat, distinguisteis al fondo el Hôtel de Ville. Seguíais sin ver a nadie.

«Debe haber tiradores agazapados, ¿por qué no disparan?», te preguntaste.

Llegasteis al Hôtel y desplegasteis los blindados a lo largo de su frontal. Inopinadamente, una nueva muchedumbre apareció y os invadió, ascendiendo a los Half-Track. También ahora resultaba imposible desprenderse de los fotógrafos, cuyos flashes os cegaban.

—¡Atrás! ¡Les pueden matar! —gritasteis.

—Misión cumplida —anunció Granell por la emisora—. Envíen refuerzos.

No hubo respuesta.

—Vaya, vaya —susurró Fábregas—. Somos prescindibles.

—¿Qué quiere decir, mi sargento?

—No ha habido contestación al mensaje de radio. Luego, si esta operación sale mal, se lavarán las manos. «Esos locos actuaban por su cuenta», dirán.

El teniente Granell descendió de «Los Cosacos» y se perdió en el interior de Hôtel de Ville, donde, según os informaron, se

encontraba el Estado Mayor de la Resistencia parisina. Le siguieron reporteros, fotógrafos y hombres que portaban cámaras cinematográficas con trípodes.

La tensión entre vosotros, esperando el ataque alemán en masa de un momento a otro, se mascaba. Las ametralladoras y cañones fueron enfocados hacia el final de las calles adyacentes. Preparasteis las bazucas y empuñasteis los subfusiles. Campos se metió granadas en todos los bolsillos.

Siguiendo otra ruta de los muelles se sumó el resto de la columna del capitán, precedida por el guía motorizado. Alguien os comentó que habían cruzado por el puente de Auschwitz, también sin resistencia ni cargas. Nuestros cicerones de las FFI habían acertado con las dos rutas.

La alsaciana continuaba aún sobre el capó del «Mort aux cons». Al distinguirs, el pelotón de extremeños del «Guadalajara» saltó del vehículo y se distribuyó en semicírculo con las bazucas y ametralladoras enfocadas hacia la vía que os comunicaba con el Sena, de cuyas aguas —no sabes por qué extraña razón— se te antojó vislumbrar la desaparición de un mohín de disgusto, como si el río, molesto por la ocupación, cambiase su semblante.

—¿El teniente? —preguntó Dronne.

—En el interior, con los jefes de las Fuerzas Francesas del Interior —informó el *souslieutenant* Elías desde el «Resistencia».

—Elías, construya la defensa con una formación en erizo.

Dicho esto, el capitán cogió la radio y emitió un mensaje: —Misión cumplida. Estamos en el Hôtel de Ville.

Tampoco obtuvo respuesta.

Consultó el reloj, le imitaste. Eran las nueve y veintidós

minutos del 24 de agosto de 1944. Después entró al Hôtel y el *souslieutenant* empezó a distribuirlos alrededor del Ayuntamiento. Si un avión os hubiese sobrevolado, habría contemplado la estrella que formaban los blindados y semiorugas cercando el edificio y convirtiéndolo en una fortaleza. Os encontrabais preparados para la defensa. Y, si era necesario, hasta más allá del límite: el *Camerone* final.

La muchedumbre no se alejaba; la del traje regional alsaciano se colocó en medio, entre la turba y vosotros, de pie como una efigie, como un símbolo. Alguien entonó una impresionante *Marsellesa*, a la que la multitud se fue uniendo, y también los vuestros.

De repente, lo que os temíais. Un Panzer surgió desde el extremo de la calle Gesvres, en el muelle. La histeria se apoderó de las gentes y corrieron hacia los portales, incluso pisando a los que habían tropezado y se arrastraban por el suelo. «El Ebro» enfocó su cañón del 57 sobre el flanco del blindado alemán y disparó. Las cadenas estallaron en mil pedazos y las llamas envolvieron al Panzer. La escotilla se abrió; sus ocupantes saltaron y emprendieron la huida. Una abalanza humana se lanzó sobre ellos.

Otra vez la marabunta regresó, y brincó en torno a vosotros como una plaga de langostas. En esa ocasión, conseguisteis que se situasen del otro lado de los blindados, en el centro de la formación de estrella. Sonaron ráfagas de ametralladoras, pero no iban dirigidas hacia vosotros. Sospechasteis que el objetivo fue alguna barricada en los alrededores.

Una tímida luna mora apareció en el firmamento. Teníais el pulso firme y el dedo en los gatillos de las ametralladoras de 12.7 y

de 7.6; los Sherman cerraban las vías y las bocas de los cañones del 57 apuntaban a los muelles, sobre todo al de Gresves, donde «El Ebro» había dejado en llamas el cascarón del primer Panzer. Habíais creado una fortaleza en medio de la ciudad: erais sus tendones, sus vísceras y sus ojos. Y las gárgolas de Notre Dame escucharon por primera vez vuestra voz en aquel cántico tarareado y modificado por Fábregas:

Si me quieres escribir,
ya sabes mi paradero.
En el corazón de Francia,
primera línea de fuego...

De repente, un avión sobrevoló la ciudad. Por el ruido de los motores no era un Stuka, sino aliado. A cada garabato que dibujaba en el cielo, arrojaba algo que no alcanzabais a identificar. Al momento, las calles quedaron cubiertas de una nieve de octavillas. Una cayó sobre la chapa del «Santander».

«Resistid. Mañana estaremos con vosotros. General Leclerc.». Retornó la algarabía como una droga incontrolable.

Sonó una campana a lo lejos. Después le siguió otra, y de inmediato se sumaron dos más. Era como si todos los campanarios de París festejaran por anticipado la liberación de la capital. Al fin se unió Notre Dame con su órgano legendario para volver a colocar la nota musical a otra gesta que presenciaba su Cavaille-Coll.

Vosotros seguíais tensos en los blindados, con los índices en los gatillos. La luna mora os acompañaba en el cielo estrellado y el tañer de las campanas lo envolvía todo en un halo mítico.

—Qué ironías tiene la Historia —opinó Fábregas—. Los republicanos españoles, los andrajosos y apestados apátridas del

mundo, liberando París. Es la avasalladora llama de la justicia celeste transformada en poesía.

El estruendo desde las torres regresó con más fuerza.

—Las campanas no paran de doblar, mi sargento —dijiste.

—Sí, Bête, pero esta vez lo hacen por ellos.

AGRUPACIÓN DE GUERRILLEROS ESPAÑOLES

LAS ÓRDENES A LOS PARTISANOS por parte del general Koenig, jefe de las Fuerzas Francesas del Interior, no dejaban resquicios a la duda: «Impidan por todos los medios que lleguen refuerzos de la Wehrmacht a Normandía y a París».

Los doce mil guerrilleros españoles encuadrados en las siete brigadas de la Agrupación de Guerrilleros Españoles, trabajando codo a codo con los Franco-Tiradores y Partisanos, volaron todos los puentes sobre los ríos y canales, las líneas férreas y hasta las carreteras principales que comunicaban la región del Mediodía con París exhibían boquetes y zanjas insalvables para las cadenas de los blindados alemanes. La guerrilla no sólo había liberado el sur de Francia, lo había cerrado. Y decenas de contingentes nazis quedaron encerrados en bolsas, en las que eran reducidos con facilidad al no recibir ni refuerzos ni combustible.

Otro aviso también había llegado al jefe de la 3.^a División

guerrillera, el teniente coronel Cristino García Granda: «Columna de 1500 soldados marcha desde Saint-Hyppolite sobre París al mando del coronel Konrad Nietzsche Martín». Lo firmaba «Mariano». No necesitaba saber más: era el seudónimo del general guerrillero español que dirigía la Agrupación.

El regimiento alemán había sido visto en Albi y Beziers; forzosamente pasaría por el cruce de la Madeleine, cerca de Tornac y su castillo en dirección a Anduze o Nîmes. En esa ruta, el puente del ferrocarril de la línea de Lezan-Anduze era vital, y por eso lo volaron con cargas de dinamita colocadas cada diez metros. Un batallón de ingenieros alemanes hubiese reconstruido en un día una pasarela provisional. «Sólo hemos ganado veinticuatro horas», se lamentó Cristino.

Se hacía necesario detener a la columna alemana, pero en aquel momento sólo disponía de treinta y seis guerrilleros. El resto de su división se encontraba disperso en los caminos que conducían a Albi.

«El terreno ha de jugar a nuestro favor», reflexionó. Miró alrededor. Todo era idéntico a la orografía de su tierra, Asturias, en la que había combatido desde 1936. «Nueve años en guerra deben enseñarnos algo», se espoleaba. Entonces lo vio: el camino caracoleaba a media ladera en un monte escarpado. El precipicio realizaría la mitad del trabajo; la otra mitad, el bosque.

Ascendió con los restos de su agrupación y buscó el tramo más adecuado para la emboscada. Eligió una curva de casi noventa grados. Una carga en ella partiría el convoy alemán. A doscientos metros bloquearon el paso con tres árboles cortados a hachazos. Más dinamita cada cincuenta metros. Los cables conectados a los detonadores fueron camuflados con musgo a lo largo del bosque.

Tres docenas de partisanos se distribuyeron a lo largo de quinientos metros ocultos tras los troncos. Y esperaron.

El crepúsculo inundó el valle de un tinte morado. La columna de la Wehrmacht se aproximaba y su gris verdoso oscureció aún más el horizonte. «Sesenta camiones, tres cañones y cinco Panzer. Infantería motorizada», se dijo. La vanguardia bordeó la curva y, al divisar los troncos que impedían el paso, ordenaron detener el avance. Dos cargas reventaron: la de la curva y la más alejada, la situada en retaguardia. El grueso del regimiento no sólo se escindió, sino que no podía retroceder. En ese momento, los subfusiles, ocultos entre los árboles y el sotobosque, escupieron fuego. Los disparos, certeros, abatieron a un centenar de soldados, cuyos cuerpos se despeñaron por el precipicio o quedaron tendidos en la cuneta. Cuando los alemanes se repusieron, apuntaron las ametralladoras hacia el monte. Intento inútil. Otras tres cargas de dinamita destrozaron seis camiones y la batería antiaérea.

—¡Ríndanse!

La orden, en español y francés, salió de la espesura del bosque como si fuese este el que gritara. Las armas alemanas respondieron con un estruendo que retumbó en el valle. Ahí fue cuando diez troncos rodaron hacia la cuneta e impactaron contra los vehículos, volcándolos. Uno se precipitó al vacío. Los soldados de la Wehrmacht se encontraban ante un enemigo invisible en una encrucijada sin posibilidad de avanzar ni retroceder. Hasta la huida por el barranco era un suicidio.

—¡Una puta ratonera! —se quejó el coronel Konrad.

Una compañía alemana se reorganizó y emprendió el ascenso por la ladera. No consiguieron avanzar ni diez metros y sus

cuerpos acribillados rodaron hacia la cuneta. La carretera se tiñó de rojo y quedó sembrada de cadáveres. El coronel alemán alzó los brazos y ordenó a su ayudante que izase la bandera blanca.

—Exijo la presencia de un oficial para presentar mi rendición —gritó Konrad en francés.

—Somos partisanos —habló el bosque—. No hay oficiales del ejército regular entre nosotros.

—Las reglas de la guerra son claras: no puedo rendirme ante soldados de ocasión.

Silencio.

La voz de Cristino abrió de nuevo fuego:

—Si viniese un oficial de la Gendarmería, ¿presentaría su rendición ante él?

—Son militares, podría servir.

Cristino se dirigió al comandante Gabriel Pérez, su lugarteniente y jefe de la 21.^a Brigada, y le susurró: —Acércate con alguno de los tuyos a Anduze y trae al jefe del puesto de los gendarmes. Ah, y pide refuerzos.

Pérez, acompañado de tres partisanos, emprendió una rápida carrera a través del bosque y el silencio regresó al lugar de la emboscada. Una sección de soldados alemanes ascendió reptando sobre la hierba. Los guerrilleros los dejaron avanzar. Un minuto después, las balas cruzaron sus cuerpos.

—Coronel, ordene a sus hombres que permanezcan inmóviles o los mataremos a todos.

La advertencia de Cristino obligó a la columna a mantenerse con los brazos en alto y las armas en el piso de los vehículos.

Nada se movía ni se veía en el bosque. De pronto los cañones y morteros alemanes abrieron fuego, y los Panzer arrancaron para

despejar el camino. Dos cazas Havilland Mosquito sobrevolaron la columna alemana y la ametrallaron. Un Panzer ardió y cinco morteros quedaron inutilizados. De nuevo, la bandera blanca.

Los minutos parecían siglos para los soldados de la Wehrmacht. Y la hora que esperaron con los brazos en alto debió ser lo más parecido a la era glaciár.

El comandante Pérez arribó a la posición con dos gendarmes, el cabo y un número. Le seguían setenta paisanos del pueblo que ascendían por la carretera.

—Coronel —gritó Cristino—, ahora baja un oficial de la Gendarmería a pactar su rendición.

—No soy oficial, soy un cabo —protestó el gendarme.

—Lo hemos ascendido —cortó Pérez.

El cabo y su ayudante descendieron la ladera. Al distinguir los uniformes, el coronel alemán ordenó a sus soldados que se colocasen en la carretera en formación con los brazos en la cabeza. Mil doscientos soldados desfilaban hacia el pueblo. Trescientos quedaron tendidos en las cunetas o descuartizados en el fondo del terraplén. En opinión de los alemanes, todo se había realizado según los protocolos de las rendiciones.

Cuando se habían alejado de sus armas y mientras avanzaban doscientos metros en dirección al poblado, se vio subir por el camino a paisanos de Anduze con escopetas de dos cañones, y del bosque se hicieron visibles los guerrilleros. Konrad Nietzsche los iba contando. Llegó a treinta y seis. Uno de ellos se quitó la boina. Una larga melena se soltó sobre aquella espalda.

La invencible Wehrmacht se había rendido ante una tropa de desarrapados que hasta incluía a una mujer.

El coronel Konrad inclinó la cabeza. Luego, con parsimonia,

extrajo su Luger P-08 y apoyó la boca del cañón contra su parietal. Antes de que nadie pudiera o quisiera evitarlo, apretó el gatillo.

El cabo de gendarmes alzó las cejas y abrió tanto los ojos que parecían las dos mitades de un huevo cocido. Un golpe en su hombro del comandante Pérez lo rescató de la parálisis: —¿Cómo se siente, ascendido a oficial de mentirijillas? —le preguntó el comandante con ironía.

—Lo prefiero a ser... —dijo, señalando el cuerpo del alemán— un idiota.

LA NOCHE MÁS LARGA

NO SE HUBIESE NECESITADO el aviso del teniente ni del capitán por la emisora de radio alertando de vuestra llegada a París: la algarabía desde los campanarios lo había anunciado a todos los rincones de Francia. Cuando cesó el estruendo y la noche quedó en silencio, casi todos los civiles de los brazaletes con la leyenda «FFI» se retiraron a sus casas. Sólo permanecieron con vosotros cinco jóvenes, que, armados con los Sten que les prestasteis, os iban relevando para que, por turnos, pudierais ducharos en el Hôtel de Ville o en las casas de los hospitalarios vecinos, y cambiaros el uniforme sudado y lleno de grasa y aceite.

El capitán, acompañado por el teniente Granell, se desplazaba inquieto del Hôtel de Ville a la Prefectura de Policía, en donde os habían informado de que los policías se habían amotinado y unido a la Resistencia. El *souslieutenant* Elías quedó al mando de la posición en estrella alrededor del Ayuntamiento.

Un cimbreo de hierros y gritos, provenientes de la calle lateral, la de Rivoli, os puso en guardia. El «Romilly» dirigió la boca del cañón hacia el origen de los ruidos. Falsa alarma. Eran unos noctámbulos imprudentes que, desobedeciendo el toque de queda impuesto por los alemanes, se habían topado con las verjas cerradas del Metro y las sacudían. Pocos minutos después, regresó el silencio.

Aunque habíais podido asearos, cenar algo de lo ofrecido por los parisinos y relajaros un poco, la tensión todavía se manifestaba en todos vosotros. Erais expertos en combates callejeros y esperabais un ataque en masa de la Wehrmacht que os borrara de la faz de la Tierra. Sospechabais que si aún no se había producido era porque pensaban en una posible resistencia ciega por vuestra parte, incrementada por la ayuda de elementos «FFI». Eso podría desbaratar sus posiciones defensivas y destruir una parte importante de su división. No se podían permitir ese desgaste, ya que necesitaban todas sus fuerzas contra el ataque del grueso de la División de Leclerc. O, a lo mejor, los rumores eran ciertos y todas las alcantarillas de París estaban minadas y, de un momento a otro, la ciudad entera quedaría en llamas.

Las horas no transcurrían, sólo los segundos, lentos, tensos. El tiempo, como siempre, trabajaba para quienes se situaban fuera de él. Los muchachos tarareaban las canciones de vuestra Guerra Civil y eso animaba la situación. Un centinela de las «FFI» hizo la guardia con la radio encendida. Ignorabas qué emisora había sintonizado, pero de repente se le oyó decir al locutor: «Fuerzas de la II División Blindada de la Francia Libre han entrado en París. En sus blindados van soldados republicanos españoles».

Aquello os dio más ánimos y regresó el *¡Ay, Carmela!*

Una discusión cortó el cántico. El capitán y un jefe de la Resistencia, un tipo trajeado, más alto que Dronne y de aspecto distinguido que portaba un brazalete rojo con las siglas «FFI» en negro, alzaban la voz a la puerta del Hôtel de Ville.

—He dicho que no, y no —apuntó el capitán.

—Es imprescindible. La radio nos daría un inmenso poder —replicó el otro.

—Le repito que nosotros no obedecemos a civiles, dependemos de la autoridad militar.

—¿No entiende que si nos apoderamos de la emisora de la calle Archives podremos emitir comunicados para tener informada a la población?

—Mire —las palabras de Dronne adquirieron un tono más severo—, antes vino otro jefecillo de la Resistencia y me pidió dos tanques para limpiar su barrio de alemanes. Luego llegó uno más; quería armas para equipar a los vecinos de su calle. ¿Es que no entiende que no estamos aquí para satisfacer los deseos de los políticos barriales?

—Usted manda, pero le aseguro que todos ganaríamos si me hiciese caso —expresó malhumorado el hombre del traje, mientras se alejaba.

El capitán se sentó en el *jeep* y encendió un cigarro con gesto pensativo. Quizás tomar aquella emisora no resultara tan mala idea.

Regresaron, junto con la noche, el silencio —que sólo existe, como la locura, por comparación— y los segundos parsimoniosos y tensos. Pero no tuvisteis que esperar mucho para que se produjera otro corte en la sordina de las tinieblas.

—¡Bullosa! —el grito provino de tres civiles que habían

reconocido al cabo del «Túnez 43» y corrían a su encuentro.

Se abrazaron, y Bullosa llamó:

—Campos, Fábregas, acercaos, mirad quiénes están aquí.

No conocías a los recién llegados, pero, por las muestras de afecto, existía una gran camaradería entre ellos y los vuestros. Desde la torre del blindado, sin apartar la vista del campo a batir por la ametralladora, intentaste escuchar la conversación.

Sólo oíste el nombre de uno de los desconocidos: Blesa. Dijeron algo de la 26.^a División en España. Sospechaste que habían combatido juntos en el Frente del Ebro, destinados en esa división, y se habían reencontrado en la plaza del Hôtel de Ville cinco años más tarde.

Según colegiste de lo que alcanzabas a oír, muchos alemanes y simpatizantes estaban escapando en camiones cargados de maletas y colchones hacia el noreste.

De reojo observaste que Juanito se incorporaba al grupo. Fue entonces cuando alzaron algo la voz y cuidaron la pronunciación para hacerse entender por el alemán. A partir de ahí, conseguiste entender las palabras del tal Blesa con más claridad: —La 1.^a División y la Legión Extranjera han liberado toda Provenza. Hasta han expulsado a los nazis de Marsella. Según dicen, salen directos hacia Estrasburgo...

«Fran llegará antes que yo», pensaste. Granell y Elías también se acercaron y el tal Blesa continuó hablando: —Todo el Mediodía francés ha sido liberado por la Resistencia. Los españoles que combatieron en sus filas están preparando la invasión de España.

Aquellas palabras acicatearon tu interés. Olvidaste cuanto te rodeaba y te concentraste aún más, y solamente, en lo que decía: —La está organizando la Unión Nacional Española y se les están

uniendo exbrigadistas internacionales y algunos elementos del Partido Comunista Francés...

—¿Sabes cuántos son? —terció Campos.

—Hablan de diez mil, hasta de doce mil, pero no lo sé con exactitud —respondió. Continuó después de un breve silencio—: El problema no es la cantidad, es el armamento.

—¿A qué te refieres? —preguntó el *adjutant-chef*.

—Sólo tienen las armas que utilizaron en la Resistencia. La mayoría incautadas a los nazis. Carecen de material pesado...

—Ya.

Conocías de memoria los *yas* de Campos, así como su significado. Un hombre expeditivo y de pocas palabras como él, seguro que barruntaba la forma de solucionar tal eventualidad.

Después mencionaron algunos nombres desconocidos para ti, y de las trayectorias de esas personas tras la Guerra Civil. Nombraron a una tal Victoria Kent, un alto cargo del gobierno de la II República, exiliada en la ciudad.

Con aquella visita pareció que las horas de la noche comenzaron a transcurrir más deprisa. Pero el amanecer el día 25 no lo anunció la aurora. No. Fueron los repartidores de periódicos, cuando arrojaron un paquete atado con cuerdas a los pies de los blindados.

—¡Eh, Domingo! —llamó Larita II a un soldado del «Guadalajara»—. Estás en portada. Hombre, hasta parece guapo.

En cuanto oísteis eso, varios solicitasteis uno. A ti te entregaron un ejemplar de *Libération*, el periódico clandestino de la Resistencia parisina. Bajo el titular «Ils sont arrivés!», allí estaba Granell posando con el presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, Georges Bidault, y Rol-Tanguy, en la portada. A

Domingo Baños se le veía subido al Half-Track estrechando la mano de los parisinos que se aglutinaban alrededor. Te identificaste en una de las imágenes, tu rostro mezclado entre los de muchos más. Todos, antiguos soldados —«hombres de fuego imperativo», os había definido el poeta de las batallas— del eterno Ejército Popular —«la avasalladora llama».

En ese momento, la radio del capitán emitió un mensaje:

—El Regimiento de Marcha del Tchad se encuentra en la Carretera Nacional 20. Entrará en París por la puerta de Orleans y los jardines de Luxemburgo.

—Solicito órdenes —dijo Dronne, dirigiéndose a Puzt.

—¿Qué ve usted más urgente para facilitar el avance?

—Creo que sería importante apoderarnos de la emisora de radio de la calle Archives y solicitar el apoyo de los civiles.

—Ejecútelo, sin dejar desguarnecido el Hôtel de Ville. Cuando ocupe la emisora, entréguesela al CNR y espere órdenes del coronel Billotte.

De nuevo en acción.

El capitán ordenó que el teniente Granell, Campos, Fábregas y Juanito continuasen protegiendo el Hôtel de Ville con un grupo de soldados. No se necesitaba más. Ellos solos hubiesen contenido a una división de Panzer con las manos atadas y los ojos vendados. El resto ibais al asalto de la emisora de radio; se os distribuyó en dos columnas: la primera al mando del «Montmirall» y su teniente Michard; la segunda, con Elías como jefe y el «Resistencia» en vanguardia.

Dos caminos y tendríais cercado el edificio en el que se ubicaba la emisora. Los «FFI» informaron de que la ruta de la calle Archives era la más protegida. El capitán se la asignó a Michard y a

los tres Sherman, y él se puso en cabeza con el «Mort aux cons». La otra vía era la calle Temple, más desprotegida por la Wehrmacht según informaron, y fue la asignada a los de infantería y semiorugas del *souslieutenant*. Vuestra misión era común: bloquear y desbordar el edificio.

Gitano y tú fuisteis asignados al grupo de Elías y llegasteis a la calle Temple con el «Romilly» abriendo brecha. Al no ver a nadie, el Sherman se adelantó y taponó la calle. Todos pusisteis el pie en la calzada y seguisteis al *souslieutenant* con los subfusiles en la mano pegados a las paredes. De repente, de una de las ventanas del edificio que hacía esquina entre las calles Temple y Archives, una ráfaga alcanzó a Elías por la espalda.

El *souslieutenant* se retorció y cayó inmóvil. Gitano enfocó la bazuca hacia la ventana y disparó. La onda expansiva, repleta de cristales y cascotes, abrió el asalto al edificio. Subisteis las escaleras de prisa precedidos de dos granadas. Escalera y pasillo despejados. Ametrallasteis la cerradura de la puerta desde cuya vivienda se habían efectuado los disparos. Entrasteis en tropel. No necesitabais disparar. La bazuca había hecho su trabajo: cinco soldados muertos y un civil.

Regresasteis a la calle. El fuego de una ametralladora mató a Canon, el jefe del «Romilly». Su cuerpo quedó tendido boca abajo sobre la torreta del blindado. El conductor, loco de rabia, embistió hacia donde sospechaba que salieron los disparos. Le seguisteis. Una sección de infantería de la Wehrmacht esperaba el asalto, y respondió. El frontal del Sherman recibió las balas, protegiéndoos. Fuego de bazucas y varias granadas os abrieron el paso. Saltasteis sobre ellos como alimañas, igual que si fueran el Afrika Korps. Pero no lo eran, ya no poseían su *baraka*. Los matasteis a todos. Entre

los vuestros, el sargento José Cortés, el ayudante de Elías, recibió una ráfaga en el pecho y hubo de ser evacuado.

Llegó la columna del capitán y del teniente Michard y se sumaron a vosotros para el asalto al inmueble en el que se ubicaba la emisora. Era curioso: las informaciones de los «FFI» habían resultado erróneas y la vía recorrida por ellos no resultó la más peligrosa, al contrario: no habían encontrado ninguna resistencia.

Bloqueasteis la calle con los blindados y dos granadas os abrieron el camino en el portal. Ascendisteis las escaleras hasta el primer piso a golpe de ráfagas de Sten. Soldados de la Wehrmacht se retorcían llenos de balas en los marcos de las puertas o en la barandilla de las escaleras.

—*En avant! En avant!* —gritó el teniente Michard.

Entrasteis en la emisora. Los alemanes os esperaban con los brazos alzados. Les ordenasteis que salieran. Desfilaron treinta y un soldados y un oficial. No contasteis sus muertos. La emisora de radio era vuestra a cambio de dos heridos de gravedad y un muerto. Cinco «FFI» corrieron hacia los micrófonos e intentaron ajustar la frecuencia.

—Mi capitán, estos cerdos han minado todo —informó uno de los ingenieros minadores del 13.º—. Hay cargas hasta debajo de las mesas.

El edificio entero se hallaba cableado y lleno de explosivos. Preferían volarlo antes de que cayese en vuestras manos. Pero vuestro rápido asalto les había sorprendido y no les había permitido evacuarlo.

—Usted —gritó el capitán al oficial de la Wehrmacht—, nos va a ayudar a quitar las cargas.

Con los brazos en alto y sonriendo, respondió:

—Eso va en contra de las reglas de la guerra.

—¿Las habéis respetado vosotros? —le gritó Michard, al tiempo que levantó el fusil. Tomando impulso, le golpeó en el abdomen y en la barbilla con la culata. El alemán se retorció, escupiendo un poco de sangre.

Poco después, evacuasteis el edificio y en él sólo quedaron los ingenieros del 13.º con el oficial alemán desactivando las cargas. Os informaron de que Elías y José Cortés habían sido trasladados hasta el hospital Saint-Louis. Temíais por sus vidas: habían recibido los impactos en el pecho y en la espalda.

Emprendisteis la marcha de nuevo hacia el Hôtel de Ville. El sonido de proyectiles de todos los calibres surcaba el aire; incluso distinguisteis el fogonazo lejano de los Flak alemanes, y una brisa transportaba el olor a pólvora y a aceite quemado, unido al tufo ácido de vómitos o desinfectantes de las calles. En ocasiones, una niebla os envolvía entre vaharadas de humo. Por el camino distinguisteis otros blindados y semiorugas del Regimiento de Marcha del Tchad. El «Fort Star», con Izquierdo de guía, abría el convoy; detrás, el «Belchite». Por la dirección que tomaban, se dirigían al asalto del Senado, según os informaron los «FFI» que les seguían.

El coronel Billotte os esperaba a la puerta del Ayuntamiento y, cuando llegasteis, se dirigió a Dronne: —Ustedes ya han hecho bastante. Quédense aquí protegiendo al Estado Mayor de las Fuerzas Francesas del Interior. El resto es cosa nuestra.

—¿Sabe algo de nuestra 1.ª Sección, mi coronel?

—Se les unirá a lo largo de la tarde. De momento, los carros del 501.º regresarán a su unidad, al igual que los ingenieros.

Dicho esto, se alejó en *su jeep* sin preguntarle a Dronne las razones por las que había desobedecido sus órdenes en la Croix-de-Berny. Días más tarde sospechamos que Leclerc se había encargado de explicárselas cuando lo amonestó.

EL RESTO DE LA MAÑANA, aunque se mantenía la tensión en La Nueve, se presentó sin incursiones de alemanes en la zona liberada y protegida por vosotros. Los relevos en las guardias fueron más largos y pudisteis relajarnos en el interior del Ayuntamiento. Hasta el capitán aprovechó para borrar «Mort aux cons» de su *jeep*, y rebautizarlo como «Mort aux Broches Nach Berlín». Y las noticias os llegaban de boca de los parisinos: «Leclerc ha entrado con el grueso de la II División por la Puerta de Orleans», «La 4.^a División americana del general Bartón se encuentra en la Puerta de Italia», «El GTV del coronel Billotte ha llegado antes porque penetró por Gentilly»...

Civiles y muchachos luciendo los brazaletes de «FFI» pululaban alrededor. Sabíais que les movía la buena voluntad, pero os irritaban. Erais expertos en la guerra dentro de las ciudades, calle a calle, palmo a palmo, y aquellos entusiastas a veces estorbaban en lugar de ayudar. Pero lo que más os molestaba era el asalto que sufríais a manos de la población. Comprendíais su apoteosis, pero se mostraban inconscientes ante el peligro.

Cuando se acercaba algún mozalbete, descalzo y hambriento, le regalabais alguno de los botes de comida. A uno de ellos incluso le obsequiaste chokolatinas. Sus pelos revueltos, sus ojos picaros y la tez pálida y huesuda te recordaron a Eli, allá en el campo de Carnot, cuando se acercaba a la alambrada y, tras recibir tu

chocolatina, iba en busca de tu madre y de tu hermana. Te preguntaste qué habría sido de él.

Las horas transcurrieron lentas, como se vacía una barrica de vino gota a gota, y llenas de rumores: que si De Gaulle iba a venir hasta el Hôtel de Ville a saludar a los jefes de la Resistencia; que si le acompañaría Leclerc; que si el general Koenig también se uniría; que si el general alemán Von Choltitz había rechazado el ultimátum del coronel Billotte; que si... Nada de eso os interesaba demasiado. Sólo importaba vuestra misión: proteger el Ayuntamiento.

Aparte de algunos bombardeos esporádicos de la Luftwaffe, aquella mañana, en vuestra posición de estrella, sólo fue interrumpida por dos sucesos. El primero fue bastante ingrato. Varios muchachos de las «FFI» arrastraban a una mujer desnuda y con la cabeza rapada. Ya habíais visto la escena en Écouché y os producía náuseas. La trasladaban al interior del Hôtel de Ville para que los jefes de la Resistencia la juzgasen. Al notar vuestro gesto, uno de ellos gritó: —Que no os dé pena. Denunció a su marido ante los nazis y no lo hemos vuelto a ver.

El segundo hecho resultó más agradable. Dos mujeres, ataviadas con ropas negras, se acercaron hacia vosotros. Una era más o menos de la edad de tu madre; se te antojó que la otra podría ser su hija. Ambas permanecieron unos minutos leyendo los nombres de vuestras máquinas de guerra. La joven se dirigió a ti: —¿Sois españoles? —te preguntó en perfecto castellano

—Sí —le respondiste, no sin cierta perplejidad. Era evidente que eran compatriotas.

—¿Quién está al mando?

—El capitán Dronne y el teniente Granell.

—¿Dónde los podemos...?

—Son esos dos.

Y les señalaste «Los Cosacos», a tu lado. Las mujeres se despidieron agradeciéndote la información y se encaminaron hacia ellos. Fue la mayor la que habló: —Perdonen. Hemos visto que en su compañía hay soldados españoles. Mi hijo se enroló con las fuerzas de la Francia Libre en África y nos gustaría saber si nos pueden dar alguna información.

—Si nos dice cómo se llama, a lo mejor... —dijo el capitán con una sonrisa, pero la respuesta se la borró.

—Miguel Elías.

Eran la madre y la hermana del *souslieutenant*. El capitán y el teniente les explicaron que sí formaba parte de nuestra división, pero que había sido herido e ingresado en el hospital. Por los abrazos de las dos mujeres y sus rostros eufóricos, sospechaste que habían llegado hasta allí temiéndose lo peor. «Así son las putas guerras», pensaste. «Hasta te alegras de que tus seres amados se encuentren heridos».

Acababais de almorzar unos bocadillos de queso y jamón rehogados con un vaso de vino tinto peleón, que os hicieron llegar vecinos afectos a los «FFI», cuando os alcanzó una noticia que tenía visos de certeza: el general Von Choltitz había entregado las unidades del *Gross París*.

Minutos después os la ratificó la emisora que habíais liberado a primera hora de la mañana en la calle Archives: «Soldados del Regimiento de Marcha del Tchad dirigidos por el comandante La Horie asaltaron el hotel Meurice. Después de un duro enfrentamiento con la Wehrmacht, el general Von Gholtitz se ha rendido. En estos momentos está siendo trasladado a la

Prefectura de París, donde le espera el general Leclerc para que firme la rendición».

Los gritos de júbilo se extendieron por la plaza. Las mujeres ascendían a los blindados y os asfixiaban a besos.

—Es la primera vez que beso a un soldado francés —exclamó una, después de estamparle un ósculo en la boca a vuestro querido Larita II. Y este, tranquilo, le respondió en castellano: — Pues creo que deberá usted seguir besando...

La señora palideció de golpe, al comprobar que lo único galo de vosotros era la Cruz de Lorena y vuestro capitán.

Aquella euforia, la de los parisinos y la vuestra, se quebró al escuchar el final del comunicado de la emisora: «Fuerzas Waffen-SS no han aceptado la capitulación del general Von Gholtitz y se han hecho fuertes en el norte y el este de la ciudad».

La verdadera batalla por liberar París aún no se había librado. Y sabíais lo que ocurría de inmediato: os lanzarían contra ellos.

MORIR EN PARÍS

EL RELOJ DE LA TORRE DEL HÔTEL DE VILLE marcaba las tres cuando os llegó un mensaje por radio instando a La Nueve a modificar su posición defensiva. Al parecer, De Gaulle se encontraba en París y se dirigía hasta el Ayuntamiento para saludar a los jefes de la Resistencia. Inmediatamente, formasteis un pasillo con dos hileras de Half-Track, y os situasteis cerrando los huecos entre los vehículos con los subfusiles. La orden era clara: ofrecerle protección al líder francés y al mismo tiempo impedir que la población cerrase o impidiese el paso.

Por fin apareció, y le viste por primera vez. Era alto y delgado, vestía uniforme caqui y su quepis sólo lucía las tres estrellas de general de división. Su nariz corva le daba un toque severo a sus andares inquietos. Avanzó por el corredor que le habíais creado y al pisar el primer escalón de acceso al Ayuntamiento se detuvo un instante. Quizás tuvo la intención de girarse y saludar a la

población que le vitoreaba, pero no lo hizo y se perdió en el interior. Seguisteis conteniendo a los entusiasmados parisinos para que no desbordasen el pasillo en la plaza ni asaltasen el Ayuntamiento.

Mantuvisteis la posición casi dos horas, hasta que el general abandonó el edificio acompañado de uno de los jefes de la Resistencia. «Es George Bidault», escuchaste señalar a alguien del público, lo que provocó que te fijases más en él: iba trajeado, con el pelo negro engominado, y le llegaba a De Gaulle a la altura del hombro, pero sus movimientos eran también ágiles. Por la ruta que siguieron, sospechaste que se dirigían hacia la emisora de radio. A vosotros se os ordenó regresar a la formación de erizo y seguir protegiendo el Hôtel de Ville: aún quedaban focos de colaboracionistas de Vichy, sus temibles milicias que hasta habían ayudado a la Falange española, y alemanes sin reducir.

El resto de la tarde fue relajada, sólo interrumpida por algún fogonazo en las afueras de la ciudad y por las visitas de los parisinos y de exiliados españoles que se acercaron a saludaros. Comprobasteis que, excepto el *souslieutenant* Elías, nadie más en La Nueve tenía parientes en París.

Al crepúsculo, soldados españoles de otras compañías intercambiaron con vosotros anécdotas de la batalla. Hasta allí llegó la tripulación del «Fort Star», del «Belchite», del... y el «Porthos», al mando del Leónidas, que venía de los últimos combates en la Ópera.

—Asaltamos el hotel Meurice a golpe de granada —narraba un tal Gutiérrez a sus paisanos extremeños del «Guadalajara»—. Los SS estaban parapetados detrás de las columnas y...

—Cuéntales lo del reloj —interrumpió su compañero, el

aragonés Navarro.

—Eso, eso, lo del reloj —animó un sevillano al que llamaban Paco.

—De acuerdo —dijo Gutiérrez, sonriente—. Resulta que nosotros tres fuimos los primeros en entrar en la sala en la que se encontraba el Estado Mayor alemán con el general Von Choltitz en cabeza. Nos dicen que no se rendirán si no es ante un oficial. Sin dejar de apuntarles, voceo el nombre del teniente Franjoux, que llega acompañado del teniente Karcher. Al ver la escena, llaman al comandante La Hoire. Cuando este aparece, Von Choltitz capitula. El *Generaloberst*, comenzando a andar, se quita el reloj. Entonces, al pasar junto a mí, me dice: «Gracias por respetar las reglas de la guerra». Me estrecha la mano y me regala el reloj.

Dicho esto, alzó el brazo izquierdo y lo giró, para que todos pudierais contemplar el reloj dorado con incrustaciones de piedras.

Creo que aquella noche, desde el día del desembarco, fue la única en la que conseguisteis dormir de un tirón casi ocho horas.

Otra vez el alba alumbró precedida de los muchachos que repartían los periódicos. En portada, aparecía la firma de la capitulación del general alemán ante Lederc y la visita de De Gaulle al Hôtel de Ville. Y allí estabais de nuevo retratados, ofreciendo la escolta a la entrada del Ayuntamiento.

Al verte fotografiado en una de sus páginas, ofreciendo la escolta a De Gaulle, la arrancaste y la guardaste en el bolsillo de la guerrera.

—Es la 1.^a —gritó una voz en vuestras filas, a la que se unieron más—: Por el muelle, por el muelle.

El «Cap Serrat» abría el cortejo, seguido de «Los Pingüinos», el

«Madrid» y el «Guernica». Lo cerraba el Half-Track de mando de la sección, el «Don Quijote II». Sonreíste al ver aquel «II» detrás del nombre. Era vuestra forma de mostrar a los nazis que daba igual cuántos vehículos os destruyesen: otros ocuparían su lugar. No erais inmortales, pero era vuestra forma de indicarles quién era el actual amo de la *baraka*.

Herido Montoya, había asumido la jefatura de la sección el sargento jefe Moreno, el madrileño al que ya conocías desde el *Stanbrook*. Había sido tipógrafo y presumía de temple sereno, pero este no le acompañaba esa mañana. Sólo escupía juramentos por no haber podido entrar con vosotros en París.

Fuera como fuese, La Nueve ya se encontraba al completo otra vez y la situación en la ciudad parecía muy clara: el centro, el oeste y el sur se veían liberados de fuerzas alemanas. La larga resistencia de las SS se adivinaba al norte y al este. En cuanto el alto mando aliado lo considerase conveniente, os lanzaría de nuevo a primera línea de fuego, poniendo fin al asueto de esas pocas y maravillosas horas que disfrutasteis a las puertas del Hôtel de Ville, rodeados de las muestras de afecto de parisinos y compatriotas.

A eso de la una llegó la orden de movilizaros. Pensasteis que ya os enviaban al combate, pero no. Se iba a proceder al desfile de la Victoria por los Campos Elíseos. Apenas disponíais de media hora para poneros en marcha, pero la aprovechasteis para acicalaros y afeitaros. A continuación, La Nueve se desplazó hacia la plaza de L'Etoile, a los pies del Arco del Triunfo.

Formasteis los primeros. A vuestro lado, el resto de las compañías de la II División. El gentío era enorme, mayor que en la plaza del Ayuntamiento. La algarabía aumentó hasta el delirio cuando los parisinos divisaron al general Leclerc. Poco después,

Koenig descendió de un Citroën y más aplausos saludaron al nuevo gobernador de París. Al rato, un automóvil que no pudiste identificar dejó a Charles de Gaulle, que se dirigió a pie hasta el monumento del Soldado Desconocido. Cuando la multitud lo identificó, los vítores, incontenibles, le acompañaron mientras se inclinaba ante el obelisco.

Después, los tres generales, acompañados por los jefes de la Resistencia, pasaron delante de vuestros blindados en una fugaz revista. Vosotros, firmes en las torretas de los Half-Track luciendo los brazaletes con la bandera tricolor de la II República, apenas movíais los párpados.

El desfile iba a comenzar, y De Gaulle había elegido ir andando hasta Notre Dame. Os tocó el honor de abrir el cortejo. Lo encabezaba el teniente Granell, conduciendo un Dodge WC-54 requisado a los jefes alemanes al que le faltaba un foco. A los flancos, los blindados de La Nueve. Los tres generales acompañados de los jefes de la Resistencia caminaban por el pasillo ofrecido.

Hacia la mitad del trayecto, desde el público, desplegaron una enorme bandera de la II República española y los aplausos se incrementaron. Esos iban más por vosotros que por De Gaulle. Muchos de los españoles os mirasteis. Creo que ninguno se libraba de los ojos húmedos y el nudo en la garganta, ni el mismísimo Campos. Aquel segundo pagaba muchas desgracias. «Demasiada cordura para tanto desastre», barruntó Fábregas a tu lado.

Al acercaros a Notre Dame, descendisteis de los vehículos y formasteis un pasillo de escolta hasta la entrada. Te tocó pegado a la puerta. El grave sonido del órgano Cavaille-Coll anunció la llegada de De Gaulle, al que se añadió un cántico, *Le Magnificat*.

Dentro de la Catedral, multitud de fieles esperaban al cortejo. De repente, se produjeron disparos. Se creó el desconcierto entre la multitud, pero los generales siguieron caminando como si el tiroteo no les incumbiera.

Mientras tanto, al llegar a la entrada, uno de los acompañantes de De Gaulle sonrió y, señalando a los fieles del interior tumbados boca abajo, le dijo: —Se ven más culos que cabezas.

—Es Rol-Tanguy —lo identificó una voz a tu espalda.

Acababas de conocer a otro exbrigadista internacional en el Ebro. Su nombre era una leyenda en París.

Los jefes y generales ya se encontraban dentro, a salvo. Los disparos se repitieron, pero ahora os tocaba actuar a vosotros. En un golpe rápido de vista, revisaste las azoteas.

—Allí —informaste a Campos, señalando el lugar, en el alto de un edificio, en el que, según sospechabas, se habían colocado los *snipers*.

El pequeño Turuta había visto tu gesto y, desde la torreta de «Los Cosacos», abrió fuego. Carecía de experiencia con la ametralladora pesada, por lo que creó más revuelo que soluciones.

—¡Deje eso! —gritó el capitán, dándole un cachete en la cabeza—. ¡Lo suyo es la corneta!

Campos, Juanito, Fábregas y diez soldados más os lanzasteis abriendo paso entre la multitud hacia el edificio desde el que los nazis habían disparado. Fueron quinientos metros, que recorristeis en menos de dos minutos. «A esta distancia no se puede fallar», te repetías. «No es buen tirador».

Sólo os quedaba por bordear una edificación y os encontraríais

delante de la fachada. Era el movimiento más peligroso. Juanito se asomó a la esquina e informó: —Es un comando.

Ante vosotros, un pelotón de unos diez Waffen-SS se mostró sorprendido por vuestra rápida aparición y abrió fuego sin mucho resultado. Dos granadas, de Reiter y Campos, les respondieron. Los cuerpos de seis alemanes quedaron tendidos en la calzada; el resto se dispersó por las calles plagadas de barricadas. Pero las balas siguieron lloviendo a vuestros pies. Era un *sniper*, desde una ventana.

—¡Cubridme! —gritaste.

La furia de varias ráfagas de subfusiles lo neutralizó. Saltaste a la calzada y arrastraste el cuerpo de un SS hasta vuestra esquina.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Fábregas, perplejo.

Sin responderle, te limitaste a quitarle la guerrera al cadáver. Te la colocaste por encima del uniforme y exclamaste: —Desde allá arriba, creerá que soy uno de los suyos que huye.

Bordeaste la posición y corraste hacia el portal. Nadie te disparó y lograste entrar en el portal. Dos Waffen-SS te recibieron: habían descubierto el engaño.

Abrieron fuego. Respondiste. Las armas de los muchachos de la 3.^a sección se sumaron a la tuya y los alemanes se retorcieron bajo la salva de impactos. Ya quedaban dos menos.

En tu camisa, a la altura del ombligo, distinguiste sangre.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamaste—. ¡Me han alcanzado!

—Llévalo al hospital —ordenó Juanito—. Del de la ventana me encargo yo.

Y se lanzó escaleras arriba, seguido de cinco soldados.

—Taponla la herida, Bête —te dijo Fábregas—. Ahora llega Campos con un vehículo.

No habías sentido el impacto de la bala; allí te quedaste, en el suelo, apretando la herida con un pañuelo. La mano y el trapo se empapaban de sangre. «No sobreviviré», te repetías. Gitano se quitó su camisa y te la entregó para que sustituyeses el pañuelo.

—Al *jeep* —ordenó Campos.

Entre Gitano y Fábregas te ayudaron a sentarte en el asiento del copiloto y el *jeep* salió embalado y atronando con el claxon por las calles llenas de gente. Al cabo de unos minutos que te parecieron siglos, llegasteis a la puerta de un hospital.

Fábregas y el *adjudant-chef* te agarraron en volandas y penetrasteis al grito de Campos: —¡Médico para este soldado!

La cabeza se te iba; motas blancas se balanceaban ante tus ojos. Ya no tenías fuerza para seguir taponando la herida. Habías perdido demasiada sangre.

—Enfermera —gritó Fábregas a una muchacha morena de bata blanca—, atiende a este soldado.

Lo último que recuerdas antes de perder el conocimiento fueron aquellos ojos verdes clavados en los distintivos de la guerrera de la Wehrmacht, que aún llevabas por encima de los hombros, y sus —Aquí no atendemos a nazis.

DE PROVENZA A UCRANIA

UN JEEP ATRAVESÓ, alzando un velo de polvo a su rebufo, las calles arenosas de Argelès-sur-Mer, la pequeña ciudad situada a treinta y cinco kilómetros de la frontera con España y amamantada por las aguas del Mediterráneo. Llevaba dos ocupantes: el conductor, un soldado de las tropas argelinas con *chechia* granate y gumía al cinto; y el copitolo, un teniente de la Legión Extranjera con gesto ceñudo y el brazo en cabestrillo, que en su hombrera lucía el distintivo azul de héroe de Bir-Hakeim. El coche se dirigió hacia la playa del norte y, al llegar, se adentró unos metros en su inmenso arenal. Y se detuvo.

—Su playa, mi teniente.

El sol golpeaba la chapa del vehículo y, entre el viaje sin paradas desde Saint-Tropez —más de trescientos kilómetros— y el intenso calor, el motor rugía como un animal herido. El soldado argelino se bajó apresuradamente y alzó el capó. El vapor de agua

sumó fuego al infierno.

El oficial legionario abrió la puerta con el pie y descendió. Una mueca de dolor precedió a que llevase su mano derecha al costado. Los vendajes también circundaban su pecho. Ajeno a la pesadumbre del soldado por el motor y a las punzadas en las costillas, avanzó por la playa. Su mirada se perdió, no en el paisaje de rocas y olas suaves que morían sin batalla en las arenas. No. La mente del teniente Toro Ardura había regresado al pasado. Hasta daba la impresión de haber desembarcado del Más Allá al puerto de partida: la huida de España.

Las arenas aún conservaban trozos de alambradas, de maderas y retales de trapos negros semienterrados. Los restos de un naufragio: el campo de refugiados españoles en 1939. A su mente acudieron el tifus, la disentería y la sarna, el hambre calmada con pan y legumbres cocinadas con agua salada, la sed disimulada con el líquido barroso extraído de los agujeros en la arena, las tiendas cubiertas de lonetas agujereadas, los inestables barracones y la brutalidad de los gendarmes y soldados senegaleses o marroquíes. Cinco años. Ya no quedaba nada ni nadie. Ni Ana.

Extrajo de su bolsillo la foto de su prometida, la misma que le había acompañado el lustro sangriento que tocaba a su fin. Sus ojos se fijaron en aquel rostro que le sonreía y luego los alzó, dirigiéndolos a lo que ya no se ve, pero existe detrás de cada uno de nosotros: los recuerdos. Por eso se encontraba allí, buscando una pista que le condujese a su actual paradero. Ni siquiera se atrevía a pensar que la hubiese perdido para siempre.

—Mi teniente —le llamó el soldado—, me acerco hasta el pueblo. Quiero localizar a alguien que me ayude con el radiador.

El oficial asintió, pero su mente seguía fija en las etapas de la

guerra: el ingreso en la Legión Extranjera como salida ante aquel horror; Dunkerque, símbolo de la humillación; Libreville, Siria, Líbano y Egipto fueron las etapas de la particular guerra civil entre franceses; Bir-Hakeim, espacio en la gesta; luego, la derrota del Afrika Korps, la campaña en Italia y el desembarco en Provenza.

Flexionó las piernas y, en cuclillas, recogió un puñado de arena, que se diseminó entre sus dedos. En esa posición, extrajo del bolsillo de su camisa un Lucky Strike. Dio una calada profunda y regresó a la ruta por Italia: Sessa, Castelforte, Ausonia, Esperia y la cruenta batalla de Pontecorvo. Muertos y más muertos. Sangre, siempre sangre.

Hasta la cabeza de puente en Anzio la abrió su unidad: la 13.^a Semibrigada de la Legión. Aunque las playas y puertos ofrecieron menos resistencia que Normandía, la Wehrmacht y los italianos no habían regalado las posiciones. Hubo que conquistarlas a bayoneta calada, cuerpo a cuerpo, como espadachines del Renacimiento. Después, el camino hacia Roma quedó expedito, pero el honor de declararla *Città Aperta* correspondió al general Mark Clark y al ejército norteamericano. Por eso los destinaron a Provenza, para abrir un nuevo frente a los nazis. Y desde el 15 de agosto, día del desembarco, llevaban sin descansar hasta aquella mañana en el arenal cuando la Wehrmacht había emprendido la retirada desde los puertos del Mediterráneo hacia Lyon.

Se irguió y caminó por la interminable playa. El calor tentaba a un baño, pero ignoraba qué efecto tendría el agua salada sobre sus heridas y apósitos. Siguió andando. Había llegado al final y se sentó de nuevo, en un peñasco que ofrecía la ladera de la montaña sobre las aguas.

Niños jugando en la arena, ajenos a guerras y muertes, con un

balón construido de telas atadas. Sonrió. Aquello era un síntoma de que Francia recobraba la alegría. Restaba liberarla hasta en el último rincón y comenzar la tarea en España.

También acudieron a su mente, como espectros que flotaban en la ligera bruma sobre las aguas sumisas del Mediterráneo, los compañeros enterrados en la travesía mortal. Hasta se le presentó la imagen del comandante Miguel Buiza, desplomado antes de la entrada en Saint-Tropez. Se encontraba agotado, exhausto, casi muerto y sin energías. Había cumplido cincuenta años y llevaba ocho en guerra, un tiempo excesivo hasta para un héroe homérico como él. Buiza hubo de ser evacuado a un hospital en Orán y, tal vez, se perdería la oportunidad de ver a sus inhóspitos españoles —*sus hijos*, como él los llamaba— desfilando a los pies de la Catedral de Estrasburgo.

El soldado argelino arribó con el *jeep*. El teniente consultó el reloj: habían transcurrido tres horas. El conductor descendió del vehículo y se dirigió al encuentro con su oficial. Un gesto de extrañeza cruzó el rostro de Fran, parecía que el hombre de la *chechia* granate portaba un periódico en sus manos.

Era el momento de poner fin al asueto y esperar a que las heridas provocadas por la metralla en la toma del puerto de Marsella se cicatrizaran para regresar al frente y seguir el avance hacia Estrasburgo. No. Estrasburgo, no. En esos momentos le interesaba más la próxima parada: Lyon. Había averiguado a través de los servicios secretos ingleses que el asesino de vuestra hermana, el *Obersturmführer* Rudolf Törni, se encontraba en esa ciudad como lugarteniente del jefe local de la Gestapo, Klaus Barbie, a cuya cabeza De Gaulle había puesto precio. «Mataré dos pájaros de un mismo viaje», pensó tu hermano, y apretó los

dientes y los puños. Los tendones de sus antebrazos y la mandíbula se dibujaron poderosos.

El soldado argelino había llegado a su altura.

—¿Y ese periódico, Mognazni?

—Lo encontré en el pueblo. Es de hace unos días —dijo, y, tendiéndoselo, continuó—, pero creo que le interesa, mi teniente.

Toro Ardura lo recogió y, leyendo el titular, exclamó: —Ah, la liberación de París

—Siga leyendo, mi teniente. Fíjese quiénes fueron los primeros en entrar.

—«... Republicanos españoles en Half-Track y blindados con los sugerentes nombres de...».

El rostro de Granell con el quepis ladeado ilustraba el texto en el periódico. Fran continuó la lectura. Después, pasó la página, echó un rápido vistazo a las fotos, distinguiendo a Campos y a Fábregas. Pero sus ojos se clavaron en una en especial: De Gaulle y Rol-Tanguy, que avanzaban hacia el interior de Notre Dame, eran protegidos por unos soldados que formaban la barrera. Aquel soldado, ese rostro...

—Cabrón de crío. Es Nico, y está en París.

SIN QUE FRAN LO SOSPECHASE, a sólo setenta kilómetros de las playas de Argelès-sur-Mer, al oeste, en los alrededores de la pequeña población de Prades, los exiliados republicanos de la 158.^a División de partisanos se citaron para festejar la liberación, no sólo del Mediodía, a la que ellos había contribuido, sino también la de París, y prepararse para el desfile ante el general De Gaulle dos días más tarde por las avenidas de Toulouse.

Banderas de Francia, cruzadas con la Cruz de Lorena, y de la II República española adornaban los balcones del pueblo. En la plaza, sobre un templete, la banda musical del pueblo tocaba pasodobles y algún vals. Las guirnaldas, farolillos y banderines colgaban por doquier. En los laterales, bajo los soportales, habían instalado largas mesas, formadas con tablones sobre caballetes, repletas de botellas de vino y viandas que los vecinos aportaron para la fiesta.

—Cris, te mueves como un robot —dijo una sonriente Mimy Romaguera.

—Es la primera vez en mi vida que bailo —respondió Cristino García Granda, mirando hacia sus pies como buscando el ritmo.

—Eso es mentira —corrigió José Vitini, que había llegado con su pareja al lado de los otros—. Somos expertos en danzar entre las balas.

Los cuatro soltaron una carcajada, y Mimy añadió:

—Déjate llevar.

Mientras las parejas se movían —o lo intentaban— al ritmo de la música, grupos de niños les imitaban con un trozo de pan, queso o tortilla española en la boca.

A la puerta del ayuntamiento, al lado opuesto a la banda municipal, alguien hacía sonar un organillo y un chotis encandilaba a tres parejas de ancianos.

Al cabo de media hora, la música cesó. Los músicos se concedieron un descanso para mojar el gaznate. El público despejó despacio la plaza, dirigiéndose a los soportales para el brindis anunciado. Un señor pequeño y regordete subió al escenario y, golpeando con un tenedor sobre una botella, gritó: —*Attention! Attention!* —Esperó a que la plaza se sumiese en el

silencio y alzó el vaso. Después vociferó—: ¡Por la liberación de Francia!

El regordete era Maurice, alcalde del pueblo, que pese a su reducido tamaño, poseía una voz digna de un titán. El público acompañó el gesto del regidor alzando los vasos de vino y clamando al unísono: —¡Por la liberación!

—¡Por la liberación de España! —añadió Maurice.

Los aplausos y vivas celebraron esas palabras.

—No quería dejar pasar este momento sin... —continuó el alcalde.

—Este ya está preparando la campaña electoral —bromeó Vitini.

Mientras el alcalde continuaba con su improvisado discurso, al grupo se unió Ana Tejada. Llevaba un hatillo en la mano y pañoleta negra sobre la cabeza. Extrañado, Vitini le preguntó: —¿Piensas marcharte?

—Sí —respondió Ana.

—¿Adónde? —intervino Cristino.

Extrajo del bolso de sus sayas un papel y lo desplegó: era una página de periódico. Les señaló una fotografía, y dijo: —He reconocido a Nico, el hermano de Fran. Por eso he de llegar a París antes de que su división salga hacia Alsacia. Quiero preguntarle si sabe algo de él.

—No le has olvidado. ¿Eh, muchacha? —preguntó Vitini con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza. Se abrazó a él con fuerza. Cristino se arrimó a los dos y pasó sus brazos por encima. Mimy Romaguera guardó silencio, pero la alegría la inundó. Veía alejarse a una posible rival. Ella era una hija del exilio económico previo a la II

República y había nacido en Francia. Nunca había sido un combatiente, pero se había enamorado de Cristino y vio en Ana un peligro para su relación. «Al enemigo que huye, puente de plata». Eso debió pensar Mimy cuando se acercó al grupo y añadió una lágrima al abrazo.

—¿Qué haréis vosotros? —preguntó Ana, secándose los ojos.

—Entrar con el Maquis en España, aunque a Cristino no le gusta mucho —atajó Vitini.

—No es que me disguste —intervino el teniente coronel—. Es que lo considero un error tal y como se plantea. Tenemos la experiencia en el Ródano del Maquis de Vercors, cuatro mil guerrilleros aniquilados por la Wehrmacht. La guerrilla no puede actuar como fuerza de infantería, es otra cosa...

Su voz se apagó ante una salva de aplausos que acompañaban a la voz del orador.

—... No quiero terminar sin... —continuaba diciendo el alcalde desde el escenario—. Demos entre todos una ovación a nuestro héroe, que pasará a la historia como el libertador de los departamentos de Gard, Lodère y Ardeche: el teniente coronel Cristino García Granda.

La plaza estalló en vítores, y Maurice volvió a gritar: —Si salgo elegido cuando se convoquen elecciones, una calle llevará su nombre. —Guardó silencio paseando la mirada entre el público. Al descubrir a quien buscaba, le señaló con el brazo extendido y añadió—: Cristino, sube al escenario.

Los aplausos atronaron. Cristino abrazó con fuerza a Ana, y se despidió: —Salud.

—Suerte en España —respondió Ana con la vista en Vitini y en Cristino.

Cargó el hatillo al hombro y se alejó.

Cristino tendió la mano a Mimy Romaguera para que le acompañara al escenario. Ella aceptó.

ANTE EL AVANCE DE LOS ALIADOS desde Normandía hacia el este y de Provenza al norte, las fuerzas de la Wehrmacht y las Waffen-SS se replegaban hacia el Ródano y Estrasburgo. Los primeros en llegar fueron los miembros de la policía nazi, la Gestapo. Y con ellos, Rudolf Törni y Klaus Barbie arribaron al campo de concentración de Natzweiler-Struthof, a más de mil kilómetros de la costa mediterránea, para entregar las últimas instrucciones a los guardianes: —En previsión de que los Aliados lleguen hasta aquí —exponía Klaus Barbie a una docena de mandos de las Waffen-SS en el barracón de oficiales—, no han de encontrar a nadie, así no los podrán liberar. Los iremos evacuando al campo de concentración de Dachau según la importancia que tengan para nosotros. Primero irán los jóvenes y adultos sanos, que son los que más nos interesan para las minas y fábricas. Después, las mujeres sanas. Así hasta llegar a los lisiados y los niños. Usted —dijo, señalando a la *Untersturmführer* Berta Ruf—, al mando de la sección femenina de las Waffen-SS, será la encargada de la evacuación del último convoy...

Mientras tanto, en el exterior, arribaba un nuevo cargamento de partisanos detenidos en la operación «Noche en la Niebla». Les ordenaron descender de los camiones y los formaron en una columna de cuatro filas. Después, a golpes de culata, los exhortaron a caminar hacia el barracón número 13.

Pierre, el prisionero al que le faltaban las dos piernas,

observaba sobre su tabla con ruedas de madera la escena repetida tantas veces en las últimas semanas. Pero en aquella ocasión ocurrió algo extraño. Los prisioneros iban sacando de sus bolsos trozos o pelotas de papel y los arrojaban al suelo, sin que los nazis se percatasen de ello. Todo el trayecto quedó sembrado. Apoyó sus manos en el suelo embarrado y empujó. La tabla se desplazó con dificultad. Llegó hasta la primera bola y la recogió. Era la página de un periódico. «Ils sont arrivés!», leyó, bajo la foto de un teniente al que no conocía.

—¡Gracias, compañeros! —exclamó con la mirada clavada en el barracón 13.^a y los ojos húmedos.

Como poseído por una droga estimulante, recogió todos los fragmentos que encontraba y los guardó entre su cuerpo y la tabla. Cuando no quedó ninguno, se dirigió hacia el barracón de los niños.

—¡Venid aquí! —les ordenó.

Una docena de mozalbetes esmirriados y con las cabezas rapadas le rodearon. Entonces volteó su cuerpo, mostrando lo que ocultaba, y añadió: —Cogedlos y leedlos.

Los niños se abalanzaron sobre las hojas y las desplegaron. Estaban plagadas de fotos de alemanes detenidos y soldados aliados posando sobre Sherman y Half-Track.

—¡El soldado de las chocolatinas! —gritó entusiasmado de Eli desde el interior del grupo.

—Sí, Eli —dijo Pierre con una sonrisa—. Ya han llegado los soldados de las chocolatinas...

—No, Pierre —corrigió Eli.

El niño se acercó con un trozo de papel al inválido y se lo mostró. Señaló a un soldado con un Sten en las manos ubicado

detrás De Gaulle en la puerta principal de Notre Dame, y afirmó rotundo: —Este es el verdadero soldado de las chocolatinas.

El hombre le miró sorprendido. Él había difundido aquella leyenda para animar a los niños a seguir manteniendo la esperanza. Siempre creyó que había sido una invención de Hod, la madre de Eli.

—Rápido —ordenó Pierre—, enseñad las hojas a todos los prisioneros.

Los niños salieron en desbandada con las hojas encerradas en sus pequeños puños apretados. Pierre, sonriente, se dirigió a la puerta del barracón. Quería ver el rostro de los prisioneros al leer aquellas páginas. Silbaba mientras las ruedas de la tabla rodaban por el piso. Al llegar al exterior, se detuvo. ¡Cómo le hubiese apetecido un cigarro! Pero ese anhelo se borró en cuanto distinguió a los mandos nazis saliendo del barracón.

A cincuenta metros de Pierre, Klaus Barbie daba las últimas instrucciones a Rudolf Törni: —Usted diríjase hacia los Alpes, a Berchtesgaden. Se queda en el Nido de Águila con las juventudes hitlerianas.

—¿Cree que perderemos la guerra?

—No. El Führer tiene un arma secreta que desplegará cuando lo considere oportuno. Ahora lo importante es atrincherarse. Así que, suerte en Berchtesgaden.

—¿Y usted, mi *Hauptsturmführer*?

—No se preocupe por mí, sé cuidarme...

Interrumpió la frase al oír la algarabía desde los batallones de presos. Extrañados, cruzaron sus miradas. Un niño corrió a su lado. Törni le puso la zancadilla y Eli estampó su cara en el barro. Su puño se abrió y dejó ver el papel. El *Obersturmführer* se agachó y

lo recogió.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó Törni dándole un puntapié.

—¡Se lo di yo! —gritó Pierre, acercándose deprisa sobre su tabla.

Törni desenfundó la Luger P-08, apuntó al inválido y disparó. La bala le atravesó la cabeza.

EN EL FRENTE RUSO, después de la infernal batalla de Kursk, donde dioses y humanos contemplaron el mayor despliegue bélico jamás conocido en la historia militar de la humanidad, con millones de soldados y miles y miles de carros de combate, aviones y piezas de artillería, los soviéticos habían lanzado otros dos contraataques: en Dniéper y Bragatión. El resultado había sido el repliegue alemán hasta las fronteras de Checoslovaquia, Rumanía, Hungría y Polonia. El Ejército Rojo prácticamente había liberado los últimos territorios de la URSS, aunque la línea que separaba las primeras posiciones de fuego se encontrase desplegada desde Odessa a Riga. Eran miles de kilómetros plagados de soldados, carros T-34 y KV-1, así como de cientos de miles de piezas de artillería que batían los cielos cuando los cazas soviéticos solicitaban un descanso.

Aquel amanecer del 1 de septiembre de 1944, la posición soviética más cercana a la frontera alemana era el punto de cruce entre Bielorrusia, Ucrania, Polonia, Rumanía y Checoslovaquia: un lugar oculto en la parte más occidental de la Meseta de Valdàì, varios kilómetros al este de Przemaysi.

El regimiento acorazado de Julia Natalinova, recién ascendida a

teniente coronel, con cientos de carros T-34, KV-1, T-26 lanzallamas, el superpesado T-35 y hasta los camiones norteamericanos Studebaker, era la punta de lanza para penetrar en Alemania en cuanto le fuese ordenado. De momento, se habían detenido para evitar aislarse del resto de cuerpos de ejércitos y, además, para abastecerse de combustible por la línea establecida desde el interior de Siberia y esperar el resultado de los enfrentamientos con la Wehrmacht y las Divisiones Panzer Waffen-SS en las fronteras de los países vecinos.

Tu padre ajustaba las cadenas del T-34 de mando, el «Kirov», cuando se repitió la escena de cada mañana desde que se estabilizaron en ese frente: un furgón con el distintivo del extinto Socorro Rojo Internacional arribaba a las posiciones para depositar montones de periódicos del *Pravda* y, en ocasiones, también el correo. El conductor del furgón dejaba un ejemplar a tu padre con aquellas palabras: —El periódico de la jefa.

Esa era una de sus misiones: pasarle la correspondencia y la prensa a Julia Natalinova. Las otras se ceñían a mantener en perfecto estado el «Kirov» y conducirlo en combate. Eso, y ser el amante de la teniente coronel.

Mientras se dirigía al puesto de mando, como apenas sabía leer unas pocas palabras en ruso, se limitó a ojear las fotografías. Entre las imágenes de Stalin y algunos jerarcas del PCUS, habían dedicado una página a la liberación de París. Cuando subía las escaleras hasta el despacho de Julia, balbuceó: —Es... Nico.

Su rostro empalideció y pegó su espalda a la pared. Descendió despacio y se sentó en uno de los escalones. Después, quedó inmóvil con la vista fija en la fotografía del *Pravda*.

—Parece que ha visto un fantasma —dijo en español el

teniente Ibárruri.

—A la orden, mi...

—No se levante —ordenó, colocándole la mano en el hombro

—. ¿Qué le ha llamado tanto la atención?

—Mi hijo. —Y señaló tu retrato—. Está en París.

El teniente cogió el periódico y leyó:

«... Republicanos españoles enrolados en la II División Blindada de la Francia Libre han entrado en París...».

Miró a tu padre y añadió:

—Mi enhorabuena personal, pero creo hablar en nombre del resto de republicanos españoles.

Al comprobar que tu padre no cambiaba de expresión, volvió a preguntarle: —¿Qué le preocupa?

—Lo creía muerto... y es posible que él piense lo mismo sobre mí...

Se levantó y se dirigió a la ventana. Las suaves colinas de la meseta se extendían en el horizonte sin presentar un final. Le sorprendió la belleza de aquel amanecer. Las luces del alba habían provocado que todo se llenase de fantasmas saliendo de sus tumbas, de sus fosas comunes, de los pozos de las minas. Eran los mismos que habían viajado con él desde las tierras de España.

—Escríbale —propuso el teniente.

Tu padre apartó la vista de los extensos campos y, frunciendo el ceño, inquirió extrañado: —¿Escribirle? ¿Cómo va a atravesar una carta dos mil kilómetros de territorio alemán?

—Hay formas. Inténtelo.

—¿Usted cree que aún vive Miguel Strogoff? —preguntó tu

padre con una sonrisa.

—Hable con la jefa —dijo el teniente, y le devolvió el guiño para añadir—: Ella puede conseguirlo.

AU REVOIR, MUCHACHOS

TRASPASABAS LAS NUBES, rodeado de ángeles inmaculados que te alzaban hacia una luz. Abajo quedó el cielo. La luminosidad ya no te cegaba. Fábregas, sentado sobre un esponjoso cúmulo, tocaba la guitarra.

—Ya has conquistado la gloria, Bête —dijo.

—¿Qué es la gloria, mi sargento?

Toqueteó las cuerdas, y respondió:

—Contemplar el cielo desde arriba.

Dirigiste la vista hacia la Tierra. La torre de la Catedral de Estrasburgo se alzaba sobre el fango cubierto de cadáveres. De repente, entre ellas, surgió el rostro sanguinario de Adolf Hitler y, a su lado, Rudolf Törni. Te zafaste de los ángeles y te lanzaste contra ellos en picado, como un Stuka, con la bayoneta calada en el Mosin.

—¿Cómo lo ve, doctor? —oíste entonces la voz grave de

Campos.

«No ahora, que estoy a punto de acabar con los dos», pediste, pero te esforzaste por abrir los ojos.

—No es mortal, pero no podrá acompañarles. Tendrá que quedarse aquí unas tres sema...

La voz se alejó. El foco de encima de la cama te molestaba y giraste la cabeza. Recostada en la camilla contigua, la enfermera de los ojos verdes y pelo negro llevaba un tubito que sobresalía de su brazo y conducía a una bolsa... Te donaba su sangre. El agotamiento te venció.

TENÍAS SED. Atravesabas con tu Mosin al hombro las extensiones de un enorme *serir* arenoso de color blanco sucio. El sol achicharraba tus neuronas. Debías encontrarte en un *erg* del Fezzan porque la Hamada Honra parecía señalarte la pista a Mizda. Caminabas por la tabla rocosa hasta el final. Tus labios cuarteados y secos. Ya no te quedaba agua en la cantimplora: había explotado por la noche con el frío. Entraste en tierra podrida, era un *fech-fech*. El gris verdoso te indicó que seguías el pasaje correcto a Uigh-El-Kebir. Un mar de dunas cambiantes. Comenzó la meseta negruzca que precede a los *djebels*. Estabas solo en Umn-El-Araneb. Tenías cada vez más sed.

—¡Agua! —gritaste.

—Tranquilo —contestó una voz suave—, es el efecto de la anestesia.

La enfermera de los ojos verdes, de pie a tu lado, te tomaba el pulso acariciándote la mano.

—Tus compañeros regresaron con su batallón. Están

combatiendo a los nazis en el norte de París —dijo en un francés musical.

Hiciste amago de incorporarte. Un fuerte tirón en el vientre te lo impidió.

—Son los puntos. No podrás moverte hasta que cicatricen.

—¿Qué han dicho los médicos?

—Que aún no te ha llegado la hora —respondió, y añadió una sonrisa maliciosa—. Además, aún tienes que llegar a Estrasburgo y matar a un *Obersturmführer*.

—¿Cómo... sabes eso?

—*Cher*, hablas mucho en sueños.

Sin dejar de sonreír, se encaminó hacia la puerta.

—Espera. Me pareció que me donabas sangre.

—Es lo mínimo que podía hacer con un héroe de la liberación al que confundí con un nazi. —Y un guiño del ojo derecho acompañó su sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntaste.

—Sophie.

—Yo, Nico.

—Ya lo sabía, *cher* —comentó abriendo la puerta, que un instante después se cerraba dejándote a solas con tus dolores y tu sed.

OLIVOS, MILLARES DE DÁTILES, viñedos y trigo se agazapaban tras las palmeras, pozos rodeados por muretes de cascajos o troncos de datileras seccionados. Al fondo, dos lagos salados. Alrededor, un gran mar blanco de arena. Es Koufra. El juramento de Leclerc retumbó entre los *djebels* y se alzó por encima del macizo de

Tibesti: «No nos detendremos hasta que la bandera de la Francia Libre ondee en París, Metz y Estrasburgo».

—¿Qué tal estás, hijo?

Era la voz del teniente Granell. El olor a yodo impregnaba la habitación. Abriste los ojos despacio. Sus ojeras y gesto abatido mostraban lo evidente: llevaba noches sin dormir combatiendo a la Wehrmacht.

—¿Han liberado todos los barrios, mi teniente?

—Ya está todo.

Bajaste los párpados y los apretaste con fuerza. París liberado. El teniente arrimó una silla a la cama y se sentó, para proseguir: —Detrás de nosotros entraron más españoles enrolados en la *Spanish Company Number One* del ejército británico. Luego llegó la IV División de Infantería norteamericana y entre todos hemos conseguido expulsar a los nazis hacia la frontera.

—¿Cuántos muertos?

—Cuarenta y cinco en toda la División.

—¿Espa...?

—Ninguno. Sólo tres heridos: Elías, Cortés y tú.

—¿Qué tal se encuentran?

—Elías, muy grave —musitó, y se pasó la mano por la frente antes de añadir—: Lo han instalado en la última planta. Espero que el apoyo de su madre y hermana le ayuden a salir adelante. Cortés ya está fuera de peligro.

—A ver qué tal está nuestro héroe... —la voz cantarina de Sophie se interrumpió al distinguir al teniente—. Lo siento, pero debe salir. Los doctores van a examinarlo.

—Ya me voy —dijo Granell, poniéndose en pie.

—Mi teniente —le atajaste—, ¿cuándo saldremos para

Estrasburgo?

Apoyó una mano sobre tu hombro y respondió:

—Pronto, hijo. Muy pronto.

Dos hombres con batas blancas y sendas carpetas entraron en la habitación. El teniente se despidió y, antes de llegar a la puerta, te dijo: —Ah, pude contactar con tu madre en Orán. Ya le expliqué que te encontrabas bien, pero insistió en venir. Sospecho que si ha conseguido pasaje en algún buque, en una semana llegará a París.

Por algún motivo que en aquel momento no comprendiste, su comentario te molestó. Pero no tuviste tiempo de detenerte a pensar en ello: te habían quitado los vendajes y un médico te palpaba el vientre.

—Lo principal es evitar la infección —alegó antes de partir.

Entonces sentiste los dedos de Sophie extendiendo yodo sobre tu vientre. Su contacto te relajaba y cerraste los ojos. Imaginabas la suave piel de su cuerpo. Y, mientras tú te sentías en el cielo, te colocó nuevos vendajes.

—Vaya, qué pena no haber sido yo quien recibiera tus balas.

El cumplido era de Fábregas, que irrumpió en la habitación con grandes zancadas.

Sophie se sonrojó, pero continuó con su tarea en silencio.

—¿Qué tal los muchachos, mi sargento?

—Como jabatos. Estamos acampados en el Prado de Catelan, en el bosque de Boulogne. Se han incorporado los heridos en Écouché: Montoya, Sánchez y tu amigo Fermín Pujol.

—¿Sabe cuándo partiremos?

Se giró hacia el ventanal y, dándote la espalda, respondió: —Tengo la extraña sensación de que los liberadores hemos sido llamados a ser los represores.

—No le entiendo —contestaste, resoplando para tus adentros a causa de aquella manía suya por los acertijos.

—La mayoría de la Resistencia es de ideología comunista y, para evitar que tomen el poder en París, creo que nos tendrán acantonados hasta que De Gaulle sea capaz de controlar la situación.

Entonces silbó una musiquilla. Sólo un par de compases, en realidad, pero bastaron. De inmediato evocaste la letra: «Negras tormentas agitan los aires / nubes oscuras nos impiden ver...».

—Perdone —interrumpió Sophie—, pero no puede estar aquí. Dentro de poco traerán el almuerzo y...

—No se preocupe, me voy ahora —dijo, para acercarse hacia ti y despedirse—: Mañana vengo otro rato. Ah, me olvidaba —agregó, dejando un periódico encima de la mesita—: Aquí tienes algo más sobre nosotros.

Era *The New York Times*.

—No entiendo el inglés, mi sargento.

—No importa, ya lo he traducido yo. Lo verás a lapicero sobre cada reglón.

—¿Quién lo escribió?

—Charles C. Wertenbaker, uno de los reporteros que recogimos en Antony.

—Por favor... —insistió Sophie.

—Me echan, Bête. Mañana vuelvo.

La puerta se cerró al mismo tiempo que Sophie te preguntaba: —¿Por qué te llaman Bête?

—Es mi nombre de guerra.

—He visto que ese sargento lleva dos aretes en su oreja, como tú. ¿Significan algo?

—España y África. Las batallas a las que hemos sobrevivido.

Un breve silencio que te obligó a girar la cabeza. Sophie leía el *The New York Times*.

—Sois héroes mundiales.

—¿Me lo lees, por favor?

Sonrió y se sentó en el borde de la cama. A continuación comenzó a leer: —«Emprendimos la marcha hacia París y al llegar a Antony fuimos detenidos por un escuadrón de republicanos españoles... —Cerraste los ojos y recordaste el convoy de reporteros— ... Aquellos aguerridos muchachos de la II República española consideraron peligroso nuestro avance... —Robert Capa trepando por el “Teruel”. El rostro redondo de Hemingway cruzado por su bigote cuidado. La voz pausada de Shumamn—. Sus tanques llevan pintados nombres tan sugestivos como “Ebro”, “Guadalajara”, “Brunete”... y enarbolan la bandera republicana. — El rebufo de los Half-Track ocupó por un momento el lugar de la voz de Sophie—... alcanzamos los arrabales de París, siempre precedidos por los republicanos españoles, aclamados con un indescriptible delirio por la población...».

Apretaste los párpados con fuerza. Sophie te besó en la frente, y te dejó a solas con tus fantasmas bajo un cielo que no era el tuyo. Creo que lloraste.

AQUELLO NO ERA UN HOSPITAL militar ni de campaña. Era el Saint-Louis: lo mismo curaban una infección de orina que extraían una bala en el vientre, pero también se había apoderado de él la lógica de la guerra. No se atendía según la gravedad de las lesiones, eran las posibilidades de sobrevivir las que marcaban la prioridad. La

triage, lo llamaban. Por eso te habían intervenido tan deprisa: el impacto había sido limpio, sin desgarros. Extraer la bala, cortar un trozo de intestino y esperar que el organismo de un joven reaccionase constituía una apuesta casi segura.

—Voy a pedir que los echen del hospital —oíste gritar a una enfermera en el pasillo.

Su fastidio se mezcló con las carcajadas de dos hombres, que sonaron cada vez más cerca de tu cuarto. Eran Gitano y el pequeño Turuta.

—Buf, cómo se enfadan estas por un cachete en el culo.

—En el bosque de Boulogne son más amables —acompañó Turuta.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Gitano, arrimándose a la cama.

Te narraron con detalle los combates con la Wehrmacht en los barrios periféricos, la nueva reestructuración de La Nueve con los ascensos de Valero, Gualda, Castillo y tu amigo Fermín Pujol. A continuación, Turuta añadió: —Están preparando la invasión de España. Le han puesto un nombre curioso: «Operación Reconquista».

—¿Cómo es eso? —preguntaste intrigado.

—Son republicanos españoles de las fuerzas del Maquis que se están concentrando en el sur de Francia para abrir una brecha por los Pirineos en España. Voy a desertar de la II División y me voy a unir a ellos.

Maldijiste una vez más aquella inoportuna bala te había relegado al estado de una piedra. Hasta para mear necesitabas tubos.

—Las francesas no son como las escocesas —continuó Gitano

—. Pocas dicen: «No, baby». En el campamento nos asaltan. Hasta nos cosen los botones y nos lavan los uniformes. Se meten en las tiendas y los oficiales las tienen que expulsar, pero de nada sirve. Regresan de nuevo, al atardecer, al...

La puerta se abrió de par en par.

—Son estos —interrumpió un enfermera gruesa, con cofia y bata blanca, escoltada por un gendarme.

—Acompañenme a la salida —exigió el guardia.

Gitano y Turuta se encogieron de hombros.

—Cuando te recuperes, ya sabes dónde estamos: en el bosque o en el calabozo.

LAS PESADILLAS DESAPARECIERON a la cuarta noche, pero todo el día tumbado en la cama provocaba que contases los segundos de la vigilia y que el roce con las sábanas te plagara de heridas los codos y los tobillos. Esperabas, de un momento a otro, alzar los párpados y contemplar a tu madre sentada a tu lado, velando tus dolores. «No debió preocuparla», recriminabas sin embargo para tus adentros al teniente.

—Hola, muchacho.

No necesitaste alzar la cabeza para reconocer a vuestro maño preferido, el sargento jefe Martín Bernal, Larita II. Le sonreíste a modo de saludo, y continuó: —Ya me han dicho que en unas semanas estarás como nuevo.

—Pero no creo que me den el alta cuando La Nueve inicie la...

—Ni te preocupes, muchacho. Te esperaremos a las puertas de Estrasburgo.

Después se sentó en el borde de la cama y te fue enseñando

fotografías que le había sacado el tal Robert Capa sobre el «Teruel». Aún recordarás aquellas fotos en blanco y negro que resaltaban los surcos profundos de su rostro, como si fuera la cáscara de una nuez.

Disfrutaba mostrando sus retratos. Los tenía de todos los tamaños y en todas las poses. Era como si estuviese confeccionando un álbum para la posteridad. Después te relató su aventura en España, cómo el golpe de Estado de Franco había truncado su carrera de torero.

—No sabes lo difícil que era para un aragonés coger la alternativa. No se lo perdonaré jamás —dijo, y a continuación comenzó a mostrarte otras imágenes en las que se le veía con el traje de luces y montera en diferentes plazas de toros.

Las visitas de Larita II te distraían.

—Los nazis están atorados —contaba en su particular lenguaje —: No llenan de público las plazas, los silbidos sustituyen a los aplausos y los pañuelos. Nada más hay que verlos, se sienten cortos de cuello. En fin, habrá que hincarles la garrocha y cortarles la coleta de una vez.

Aquella mañana también apareció Campos a visitarte: —Recupérate. Quiero entrar contigo en Estrasburgo y ayudarte a capturar a ese nazi.

Al almuerzo acudieron Gitano y Turuta, seguidos por la enfermera gruesa y el gendarme. Y por la tarde, el prusiano teniente coronel Puzt y Dronne, vuestro capitán, realizaron la visita protocolaria a todos los heridos.

—Cabo primero Bête, necesitamos muchachos como usted para liberar Europa y luego España —animó Puzt. Quién sabe cuántas veces habría repetido aquella fórmula ese día.

Al anochecer, alegando que ya te encontrabas fuera de peligro, te alejaron de los tubos y de la soledad de esa primera habitación, y te trasladaron a una sala con otros diez soldados. Aquello ya se parecía más al hospital de campaña de África.

Tus compañeros eran un soldado polaco y otros norteamericanos y franceses. A cada uno le faltaba algo: una pierna, un brazo, una mano o un ojo. Pero a todos, sus familias. Ninguno de ellos se incorporaría de nuevo al frente. En cuanto se recuperasen, se les entregaría una medalla y se les embarcaría de regreso a casa.

Los muchachos iban todos los días. Fábregas incluso llevó en cierta ocasión su guitarra y animó un poco las caras lánguidas de los ocupantes de aquella sala gris y roja que apestaba a alcohol, yodo y apósitos. Era curioso contemplar a aquellos soldados de diferentes nacionalidades canturreando el *Ay, Carmela*. Todos la conocían. Los exbrigadistas internacionales la habían extendido por el mundo y convertido en vuestra divisa de presentación en cualquier rincón de la Tierra.

Poco a poco, ayudado por Sophie, comenzaste a salir en silla de ruedas al enorme jardín de la parte trasera del hospital. Después desterraste el artilugio y volviste a andar. Lo hacías despacio, encorvado por la tirantez que te producían las suturas en el vientre. A veces cogías las muletas, para poder caminar erguido sin resentirte.

Sophie siempre te acompañaba y te hablaba de sus padres, de sus hermanos, de la ocupación, de sus inicios como enfermera voluntaria en los primeros meses de la guerra... Mencionó un tío suyo enrolado en las Brigadas Internacionales, muerto en tierras de España.

Te pareció que empleaba más tiempo contigo que con cualquier otro paciente. En cuanto tenía un hueco libre se acercaba a charlar, salíais al jardín y os sentabais en la hierba con la espalda pegada a un viejo manzano. Siempre te preguntaste por qué lo hacía, pero ella te lo aclaró una tarde bajo la sombra del árbol, sonriendo a medias: —Eres la primera persona que lleva mi sangre. ¿Cómo no seguirle el rastro a una parte de mí?

No tenías motivos para dudar de sus palabras. Además: ¿quién eras tú para confesarle que te estabas enamorando de ella? Nadie. Un simple soldado apátrida con un pasado que a nadie interesaba, pero sin presente ni futuro.

EL 7 DE SEPTIEMBRE, muchos muchachos pasaron a despedirse. Al alba emprenderían la salida hacia Metz y Estrasburgo. Los últimos objetivos del juramento de Leclerc en Koufra.

La visita que más te extrañó fue la de tus juerguistas amigos: Gitano y Turuta. Curiosamente aquel día no fueron seguidos de inmediato por la enfermera gruesa y el gendarme. Pensaste que por ser su último día habían extremado el cuidado en su comportamiento en el hospital.

—Hoy te traemos una sorpresa —dijo Gitano, y tú te pusiste en guardia: cualquier cosa era posible con aquellos dos—. ¡Tachan!

De repente, apareció Turuta con una caja de chocolatinas.

—Para el soldado más goloso de la II División —manifestó Turuta, depositando la caja en la mesita de noche.

—Sois unos cabroncetes, pero gracias.

Intentaste incorporarte, cuando Gitano añadió:

—Espera, Ardura —añadió una sonrisa y prosiguió—: Encontramos a un bombón en el campamento preguntando por ti, y te lo hemos traído.

Luego Turuta se perdió hacia el pasillo. Al minuto, Gitano anunció: —La compañía de teatro Gitano y Turuta presenta la obra: *El bombón español*. ¡Tachán!

Turuta entró acompañado de una mujer y se dirigieron hacia ti por el pasillo formado por las dos hileras de camas. Con la distancia no la reconociste. Habían transcurrido más de cinco años y era la última persona que esperabas encontrar en un hospital de París. Al llegar a tu altura, se quitó la pañoleta del pelo y, cuando en un giro de cabeza soltó aquellos largos y negros cabellos, traspasaste de un golpe la puerta que separa el olvido de la memoria.

—¡Anita!

Y entraron la enfermera gruesa y el gendarme.

ESPERABAS ANSIOSO EL AMANECER del 8 de septiembre. Llevabas toda la noche aferrado a las muletas en la terraza del hospital para no perderte la partida de los compañeros y repasando el encuentro con Ana. Te contó su huida de España por los Pirineos, la odisea en el campo de refugiados de Argelès-sur-Mer, su evasión y la inclusión en las filas del Maquis. También tu narró la toma de la cárcel de Nîmes, la liberación de Foix, la rendición de la columna alemana del coronel Nietzsche y los preparativos para invadir España.

—No quieren mujeres —respondió con pesar ante tu pregunta de por qué no se había unido a la «Operación Reconquista».

Mientras evocabas el encuentro, el sol fue tiñendo de amarillo las cúpulas de los árboles y de los edificios, y cuando su manto se extendió por las calles vacías de París, distinguiste el humo y la polvareda de los cuatro mil doscientos vehículos blindados de la II División rumbo al este.

En ese instante, un nudo se apretó alrededor de tu garganta.

—He visto que no has dormido en la cama —era la voz de Sophie a tu espalda—. Hasta he tenido que preguntar por ti a... — Al ver que no le contestabas, preguntó—: ¿Pero qué haces aquí?

Sin apartar la vista del horizonte, le respondiste: —No podía conciliar el sueño. Tenía que decir adiós a los muchachos.

De repente, Sophie te rodeó con sus brazos. Allí quedasteis los dos, su mejilla apoyada contra tu espalda, muy lejos de los Sherman y Half-Track que, en formación de combate, se dirigían directos a Estrasburgo.

LIBRO 4.º
DE LA GLORIA A LA TUMBA

1

«KANGURO»

SIETE DÍAS DESPUÉS, el 15 de septiembre, aún sin haberte recuperado del todo, saliste en un camión acompañando a soldados franceses que se incorporaban voluntarios al frente. Veinte días en el Saint-Louis habían alcanzado para que mal sanasen tus cicatrices físicas. Las otras se incrementaron hasta rozar la obsesión.

Ni la presencia diaria de Sophie ni la llegada de tu madre desde Orán consiguieron aplacar tu tozudez por alcanzar Estrasburgo. Sophie y tú os habíamos enamorado, pero eras tú el que se negaba a cualquier tipo de compromiso. ¿Qué futuro podrías soñar y compartir con ella? Ninguno. Tal vez una caja de pino con franqueo a la eternidad. Vuestra relación no pasó de algunos besos y unas pocas caricias detrás de los árboles, tumbados en la hierba del gran jardín y evitando las miradas del resto del hospital.

—Si regreso vivo y aún me quieres, nos comprometemos —le

propusiste al despediros.

No respondió. Se limitó a abrazarte con fuerza y a suspirar.

Tu madre había llegado dos noches antes de tu partida, viajando de polizón en un mercante. Aunque ella y Sophie hicieron buena amistad, los ojos de tu madre te indicaban que cualquier decisión se subordinaba a cumplir tu promesa. Luego estaba Ana, que el día de su llegada se quedó interrogándote sobre todo lo referente a Fran.

—Si ha sobrevivido —le dijiste cabizbajo—, seguro que ha desembarcado con el I Ejército Francés en Provenza.

La familia de Sophie se esforzó por que tu madre no se sintiese aislada en medio de la ciudad. Incluso le encontraron un trabajo de asistenta en la casa de un alto directivo de la Michelin, en el 5.º distrito. Al parecer, atender a seis niños y la vivienda se convertiría en su labor diaria. A cambio recibiría la comida, una habitación y algún franco de vez en cuando. Prefería París a Orán; sus dos hijos se encontraban en Francia, y eso era suficiente para ella. Para Ana encontraron trabajo en la fábrica de neumáticos. En tu caso, tener a las tres tan cerca te hubiese facilitado la excusa perfecta para prolongar la convalecencia unas cuantas semanas, pero era impensable. Si Leclerc iba a cumplir el juramento de Koufra, tú también cumplirías el tuyo.

Desde las cajas del convoy de Bedford que os transportaba al frente, veáis desfilar los pueblos —Tourman, Nangis, Sens, Troyes...— así como los efectos de una semana de batalla: amplios pastizales quemados y cubiertos de cadáveres de vacas, pollinos y bueyes; el humo negruzco que no se extinguía en las cimas de los montículos; ovejas desorientadas ante majadas derruidas; esqueletos ardiendo de Panzer, Sherman, Half-Track y *jeeps*

ardiendo en las orillas de los senderos; cráteres humeantes por todos lados; hombres, mujeres y niños removiendo escombros y vigas de casas bombardeadas; peces inmóviles flotando en las aguas tranquilas del Mosa... y cascos sobre cruces jalonando el camino.

El color ocre del otoño comparecía, pero entreverado con el negro de la pólvora y la sangre viscosa. Aquella estampa enmudecía a los jóvenes soldados franceses que viajaban contigo. Casi todos rondaban tu edad, pero ninguno conocía la sarracina en las trincheras. Sus ojos delataban la incertidumbre ante el mañana. Mejor dicho, ante el minuto siguiente. Y su silencio revelaba el miedo y el espanto.

Resulta curioso observar el cambio que la muerte oficia sobre el tiempo. En África, el calendario había llevado un paso parsimonioso, el lapso entre batallas era de meses y erais parte de una tierra que podía reclamar vuestros cuerpos para seguir alimentando las almas de los nómadas. En Occidente, de choque en choque contra los nazis, las agujas del reloj giraban sin brida. Sólo había transcurrido un mes desde que habíais desembarcado en Normandía y ninguna noche se presentó idéntica a la anterior. También vuestra posición ante la muerte se había transformado: ahora la desafiabais.

Tu ensimismamiento se trastocó al atravesar un puente sobre las aguas del Mosa. La culpa no sólo la tuvieron los casi trescientos kilómetros recorridos desde París, un avance infernal de la II División en tan solo quince días, sino el Half-Track que cruzaba las aguas poco profundas del río en sentido contrario al vuestro. El nombre en su frontal también te extrañó: «Kanguro». Era un M-3, idéntico al «Guadalajara», pero su carga no consistía en un

pelotón de soldados. Aparentemente, llevaba sólo seis ocupantes y abría el camino a tres ambulancias: se trataba de la escolta a un convoy de heridos evacuados hacia los hospitales. El nombre en el frontal de los Dodge WC-45 te llamó la atención: «Bagatelle», «La Baraka» y «Le Vesinet». Sonreíste. Eran vehículos de la compañía Rochambeau, vuestras enfermeras soldados, las *rochambelles*, creada a imitación de las *spearettes* de la Legión Extranjera.

Sin embargo, sospechaste que allí había algo más. El semioruga era mandado por aquel hombre que se había acercado en el Hôtel de Ville a hablar con los muchachos sobre la inminente «Operación Reconquista». Blesa, se llamaba. Además, el blindado portaba los distintivos de vuestro regimiento. Lo más lógico, siendo españoles, era que los hubiesen enrolado con La Nueve. Si era así, no deberían encontrarse en la retaguardia. Vosotros erais la punta de lanza de la División.

—¿De qué compañía sois? —gritaste en español al cruzarte con ellos.

—Del Cuerpo Franco del Canario —respondió uno.

Tu sorpresa fue tal que no pudiste preguntarle más. ¿Habían entregado una compañía de combate al mando de Campos? ¿Había aceptado él? Desechaste de inmediato esas preguntas, pues al otro lado del río os encontraríais con la II División y allí podrías saciar tu curiosidad.

Llegasteis a los arrabales de Châtel-sur-Mosella al atardecer. Los preparativos para el ataque se mascaban en el aire: las idas de los oficiales, las órdenes en voz alta y hasta con gritos, el movimiento de los vehículos, las armas en bandolera, las carreras buscando la unidad...

—A mi izquierda, los recién incorporados; los veteranos que

regresan de los hospitales formen a la derecha —gritó en la trasera de vuestro Bedford un capitán francés.

Cuando todos os encontrabais en formación, a los reclutas se los llevó un teniente. Sospechaste que les asignarían un destino. A los convalecientes os condujeron hasta el médico del campamento.

—Última revisión antes del matadero —murmuró alguien, al que no conocías, a tu lado en la fila.

Llegó tu turno. El doctor palpó la herida. Torció la boca, y sus palabras no pudieron ser más desalentadoras: —Esto está aún muy tierno —dijo, para añadir dirigiéndose al teniente encargado de los destinos—: Unos días en la compañía de suministros.

Aquel galeno opinó que, si te enrolaban en primera línea de fuego, la herida se abriría, sumándose el peligro de infección, lo que te conduciría de nuevo al hospital o, lo peor, a la muerte. Aunque en un primer momento aceptaste de mala gana el destino, jamás te arrepentiste de tus días en la CHR.

LOS MUCHACHOS DE LA NUEVE, inmersos en una feroz cruzada contra la Wehrmacht en Châtel-sur-Mosella, abrían una cabeza de puente sobre el Mosela. Desde la retaguardia, al sur de la otra orilla del río, se oía el estallido de obuses, el bramido de los blindados y el granizar de granadas y balas. Veíais el humo negruzco ascendiendo sobre las coníferas y cubriendo el cielo de sombras; incluso olíais la gasolina y el aceite quemándose y la brisa portando partículas de pólvora. Sentías hervir la sangre por no encontrarte en plena batalla, aunque tu mente danzase de la imagen Sophie a la de Rudolf Törni, de la Bella a la Bestia, de la

dulzura a la muerte, de la alegría a las tinieblas.

En la compañía de suministros el trabajo era relajado: contabilizar enseres; almacenar y repartir las municiones; procurar los alimentos, el agua y el combustible. Te consolaba entender que si la CHR no funcionaba convenientemente, nunca conseguiríais la victoria. Esa fue la razón de la derrota de Rommel: los suministros no le llegaron ni a tiempo ni en cantidad suficiente.

Al mando se encontraba el teniente Bamba, un madrileño tan culto como Fábregas, que lucía un cuidado bigote que ensalzaba su elegante porte. Dronne le había retirado el mando de tropa en La Nueve por haberse enfrentado a él, cuando el capitán sospechó de vosotros a raíz de aquella violación en Normandía.

—No me molestó que me trasladara a la compañía de suministros —os decía cuando le preguntabais—. Lo que me dolió es que desconfiase de inmediato de alguno de nosotros.

Allí también habían destinado hasta que cicatrizasen sus heridas al cabo Aguirregoicoa, un vasco amigo de Larita II. Era de modales rudos, pero parecía competir con el teniente en el cuidado de la uniformidad.

—¡Gударis de mierda! —repetía a todas horas, viniese o no a cuento—. ¡Cómo traicionaron a su pueblo con el Pacto de Santoña!

Habían transcurrido siete años desde la claudicación clandestina de los nacionalistas vascos ante las fuerzas del Corpe Truppe Volontaire italiano, pero aún sentía fresca la herida, como una felonía a su estirpe.

Al amanecer del segundo día, un sargento al que apodaban *Cariño* por ser natural de ese pueblo coruñés, te hablaba con morriña de su tierra y del Cantábrico: —Cuando derrotemos al

fascismo en Europa, te llevaré a mi pueblo y te enseñaré a recoger percebes. Conozco un sitio en el que te faltan manos para...

No pudo continuar. El «Kanguro» irrumpió en el horizonte seguido por las ambulancias.

—¿A qué sección está asignado ese Half-Track, mi teniente? —preguntaste intrigado.

—A una que acaba de crearse —manifestó Bamba, elusivo.

El semioruga estacionó en vuestras posiciones y no se incorporó a la batalla más allá del río Mosella. Te fijaste mejor en ellos. Además de Blesa y los otros tres que se acercaron a saludaros en el Hôtel de Ville, había otros dos: uno ejercía de conductor y el otro, de tirador de la ametralladora. Y los seis hablaban español.

—¿Dónde le dejó el paquete, mi teniente? —preguntó Blesa.

—Ahí mismo —indicó Bamba, acompañando sus palabras con un gesto del mentón.

El contenido de aquella bolsa de papel te intrigó. Cuando creíste que nadie te miraba, te acercaste y la abriste. Quedaste estupefacto. ¡Eran divisas de oficiales y jefes de la Wehrmacht y de la Waffen-SS!

No tuviste que esperar mucho para que el enigma se desvelase. Aquel atardecer, más de cien soldados alemanes caminaban con los brazos en alto y sus manos apoyadas en la cabeza, escoltados por el «Túnez 43», el «Brunete», el «Santander» y varios soldados de La Nueve a pie con los Sten en bandolera. Reconociste a Gitano, y saliste corriendo a su encuentro.

—Esto ha cambiado mucho desde París —respondió ante tus preguntas, pero no continuó hablando, ya que, desde el blindado,

Campos le ordenó con un gesto que acelerase el paso de los prisioneros.

—*Schnell! Schnell!* —gritó Juanito a los alemanes.

Al llegar a la altura del teniente Bamba se les ordenó detenerse. Con un cuaderno de contabilidad en sus manos y gesto altivo, el teniente anotaba algo en su bloc mientras murmuraba: —Cuatro tenientes, seis sargentos... Nos van a dar poco. ¡Mierda! —exclamó. Después se giró hacia Cariño y le ordenó—: Sargento, tres divisas de coronel.

El gallego abrió la bolsa y extrajo las insignias solicitadas por Bamba y se las acercó en una carrera.

—Este, ese y aquel —indicó el teniente, señalando a tres soldados de pelo canoso y aspecto más avejentado que el resto.

—Os vamos a ascender a coroneles. ¡Mi enhorabuena! —dijo el percebeiro con una sonrisa, mientras les colocaba los distintivos en las solapas y los hombros.

—¡Ahora ya salen las cuentas! —exclamó Bamba.

Presenciaste atónito aquel cambalache. Al cabo de media hora aparecieron tres *jeeps* de los norteamericanos con un camión cargado de soldados. Un capitán yanqui seguido de dos tenientes se acercó a Bamba. Fábregas saltó del «Santander» y se incorporó al grupo.

A continuación los soldados norteamericanos comenzaron a bajar del camión subfusiles, cajas de municiones, granadas, bazucas y... tres ametralladoras MG-44 recién salidas de fábrica. Los muchachos del «Kanguro» acudieron en su ayuda para cargar el armamento en la trasera del Half-Track. Luego, los yanquis se llevaron a los prisioneros.

No era necesario que te explicasen lo que ocurría: habían

aceptado el mercadeo letal propuesto por los yanquis en Écouché. Vosotros no queríais prisioneros, como en el desierto, para avanzar más deprisa. Allí los desarmabais y abandonabais a su suerte en los grandes arenales. En Francia, en cambio, eran un tesoro para los norteamericanos; significaban medallas y permisos largos a Oklahoma, a Texas, a... Así que se canjeaban por armamento y, por lo apreciado, una ametralladora nueva equivalía a un coronel. «¿Cuál será el precio por un *Generaloberst*?», pensaste en aquel momento. Pero un doble interrogante sustituyó al primero: ¿Qué hacían con ese armamento? ¿Por qué se cargaba en el «Kanguro»?

EN LOS DÍAS SIGUIENTES prosiguió el enfrentamiento con la Wehrmacht a varios kilómetros del Mosela. Sus aguas, junto a los helechos de la ribera, marcaban los límites de la contienda. Pero las suaves colinas, cubiertas de retamas y jaras sin flores, ardían sin remisión extendiendo el fuego y el humo por donde ordenasen los caprichos del viento, provocando la estampida de las comadreas y hasta de un jabalí que abatisteis a tiros.

En la retaguardia, el sargento Cariño te enseñaba a pillar gobio, tenca o barbo con las manos. Más de una cena se convirtió en un manjar exquisito con cuatro patatas cocidas que acompañaron a los peces. La verdad es que aprovechabais cualquier oportunidad para evitar las latas de frijoles.

Los muchachos del «Kanguro» se adentraban en las zonas batidas y conquistadas a recoger fusiles, granadas y municiones de los alemanes. Las llevaban en sus brazos o al hombro, atravesando el río, hasta el Half-Track, y esperaban a que les avisasen para

dirigirse a otra posición. Nunca combatían; su misión era recoger el armamento y, cuando el vehículo estuviese repleto, acercarlo hasta las afueras de París lo más rápidamente posible. Allí se distribuían en varios coches que, siguiendo itinerarios distintos para no ser interceptados, arribarían a las faldas de los Pirineos, donde entregarían la carga a alguna partida del Maquis.

Al atardecer de tu tercer día en la compañía de suministros, sentado sobre una piedra a orillas del Mosela y fumando un cigarro junto al teniente Bamba, esperabas la llegada de los norteamericanos y de vuestros muchachos con más prisioneros. Entonces Bamba se sinceró contigo sobre lo ocurrido en el bosque de Boulogne durante los días de descanso de la II División.

—Se produjo un gran debate en nuestras filas —dijo el teniente, después de dar una calada—. Muchos querían desertar y dirigirse al sur de Francia para unirse al Maquis y penetrar en España...

—¿Turuta desertó?

—Fue uno de los que no acató la decisión adoptada por la mayoría ante la propuesta de Campos.

—¿Formar un Cuerpo Franco?

—No. Defendió que éramos más útiles aquí porque la debilidad del Maquis eran las armas y nosotros nos encontrábamos en mejor posición para proporcionárselas.

—Eso se lo escuché a Blesa en París.

—Además, la idea originaria es ocupar y defender un territorio pequeño en el que se instalase el gobierno provisional de la República e ir avanzando. Entonces, Campos argumentó que esa brecha la podía abrir el Maquis y que, en cuanto liberásemos Francia, nos uniríamos a ellos.

—¿Quién está metido en esto?

—Todos los españoles ayudamos, pero la voz cantante la llevan Campos, Fábregas, Reiter y Bullosa —aseguró, y dio otra calada a la colilla para continuar—: También hay oficiales franceses que nos ayudan: los que estuvieron en las Brigadas Internacionales.

—¿Sabe algo el capitán?

—No lo creo, pero tampoco se lo pensamos decir.

—¿Y si nos descubre?

—Hay gente por encima de él que le obligará a guardar silencio —aseveró, y arrojó la colilla.

—Ah, el teniente coronel Puzt —dijiste pensativo, y diste una calada.

Negó con la cabeza, y añadió:

—Apunta más alto.

El cigarrillo se escurrió entre tus dedos. Estupefacto, exclamaste:

—¿Leclerc?

TE INCORPORASTE A LA AMETRALLADORA del «Santander» justo a tiempo para reemprender la entrada y conquista de Châtel-sur-Mosella. Avanzasteis secundados por un fuerte apoyo artillero que hacía retroceder a la Wehrmacht. Detrás de vosotros, como escoltándoos, los *boinas negras* del 501.º del Regimiento de Carros de Combate, el RCC.

Por la emisora de la radio escuchabais los mensajes entre los alemanes. El sargento jefe Reiter los traducía, permitiendo que os adelantarais a sus movimientos para preparar la emboscada en la

aldea de Vaxoncourt.

En aquel pequeño pueblo los esperabais agazapados y ocultos a cualquier observador. Campos os había ordenado esconderos y camuflar los semiorugas, y el teniente Granell hizo lo mismo con el resto de la compañía en el ala derecha. Larita II, mientras tanto, cruzaba con sus hombres las aguas del Mosela, fusiles en alto y con el agua a la cintura, para reforzar vuestra estratagema.

Por sorpresa, después de que el batallón de la Wehrmacht se había adentrado en el pueblo y cuando ya se encontraba confiado, saltasteis sobre ellos con toda la potencia de vuestras armas. Los dos Panzer MK IV que los apoyaban saltaron por los aires; su tripulación no tuvo tiempo ni de abandonar los blindados. Llovían las granadas, las ráfagas de los subfusiles y el bramido de las bazucas. Hasta se produjeron combates cuerpo a cuerpo a bayoneta calada en las esquinas de las calles.

Una bandera blanca ondeó en un portal.

—¡Alto el fuego! —gritó Campos.

Los alemanes comenzaron a salir de sus refugios sin armas y con los brazos en alto. Juanito les ordenó que formasen en medio de la calle en columna de tres.

—*Schnell! Schnell!*

Noventa y un prisioneros contasteis, y una docena de Panzer MK IV que ardían en los enormes pastizales.

Desde la torreta de «Los Cosacos», el más sorprendido fue el teniente Granell. Al bordear una callejuela, se topó con doscientos soldados de la Wehrmacht en posición de firmes. Ellos y su coronel, al frente, se rendían sin ofrecer resistencia.

Vaxoncourt había sido tomado y el resto del territorio de Lorena os esperaba para ser conquistado. Pero en aquel momento

ocurrió algo curioso, pero muy tenso. Mientras Reiter con sus hombres conducían a vuestros noventa y un prisioneros hasta las posiciones de la compañía de suministros para el intercambio, el teniente Granell, en cambio, emprendió con los suyos el camino hasta un área apartada de la II División.

—Granell —llamó Campos—, con tu coronel y los doscientos soldados armaríamos un batallón en los Pirineos.

El teniente giró su cabeza con calma hacia el *adjutant-chef*, y le espetó: —No. Somos soldados de un ejército regular. Además, alguno de nosotros ha de respetar las normas de la guerra.

—¿Normas de la guerra? —exclamó Campos, y soltó una carcajada—. No me hagas reír. Las guerras no tienen reglas: se ganan o se pierden. Entrega a tus prisioneros.

—He dicho que no.

Los dos se miraron fijamente. Si con los ojos se puede hablar, despreciar, amenazar y hasta besar, aquellas miradas eran de desafío. La tensión se incrementó entre vosotros. Algunas armas se alzaron. No podías creer lo que contemplabas: estabais divididos y enfrentados. Aquello te dolía más que a nadie. Tú los querías a los dos, pese a sus diferencias: Granell era la fuerza de la razón; Campos, la razón de la fuerza. Granell creía que cumpliendo las reglas se ganaban las batallas; Campos, que la ausencia de reglas es lo que da la victoria.

De repente apareció Fábregas, que se colocó en medio de los otros dos.

—Esto es una locura —gritó—. ¿Es que no os dais cuenta? Tú —dijo, señalando a Campos—, ¿hasta dónde estás dispuesto a llevar la misión de armar al Maquis? ¿Hasta matar a tus hermanos? —Giró su rostro hacia Granell y expuso—: Y tú, ¿acaso

te has olvidado de que los compatriotas están por encima de las normas?

Las armas alzadas bajaron sus cañones. Se hizo un breve silencio, antesala de algo grave, pensaste. Pero fue Granell el que lo rompió: —Está bien, lleváoslos.

Ascendió a «Los Cosacos» y abandonó el pueblo seguido de los Half-Track de la 1.^a sección. Sentiste aquella retirada como una tregua que la razón ofrecía a la fuerza.

LOS COMBATES SE SUCEDIERON a lo largo de la región de Lorena con el monte Hohnack como testigo en el horizonte. Si las poblaciones y comarcas de Nomexy, Mesnil-Filn y Thiébaumesnil iban cayendo en vuestras manos, también era cierto que los alemanes no las entregaron de forma gratuita. En aquellos momentos ya llevabais dos heridos leves y once graves. Entre estos se encontraba el *souslieutenant* Montoya, que repetía cama en el hospital como en Écouché; lo mismo hizo tu amigo Fermín Pujol, pero esta vez la metralla se encontraba muy cerca del corazón y no pudo ser operado; y el sargento jefe Martín Bernal, Larita II.

—Muchachos, por esta cornada no me cortan la coleta —bromeó mientras lo evacuaban.

En Nomexy incautasteis más de trescientos mil litros de combustible. Se trataba de uno de los mayores depósitos del III Reich, y para una división blindada se convirtió en un tesoro cuya custodia fue encargada a vuestro teniente Bamba. Pero vuestra felicidad se incrementó cuando os inscribieron en el 7.^o Ejército norteamericano cuya misión era tomar Estrasburgo. Y os sobraba carburante para atravesar Alsacia entera.

De todo el material destrozado o requisado a los alemanes, lo más curioso era la fecha de fabricación de los Panzer. «Agosto-1944», se leía en la chapa remachada en el bastidor. Habían salido de fábrica el mes anterior. Estaba muy claro que se quedaban sin reservas y a vosotros cada vez se os unían más voluntarios y desembarcaban más fuerzas aliadas. Los días del III Reich estaban contados.

A finales de septiembre la guerra cambió durante casi dos meses. Cesó el avance constante, la guerra de movimientos, y se impuso la estrategia de la guerra de posiciones. Manteníais vuestro enclave, y con patrullas móviles batíais las zonas limítrofes. Se pretendía recuperar fuerzas y consolidar lo ya conquistado. Fue en esa época cuando llamaron a Nancy a varios de los vuestros para que los condecorara el mismo De Gaulle. Al capitán Dronne le impuso la Cruz de la Liberación; a Campos y Fermín Pujol, la Medalla Militar; y al sargento Cariño, la Cruz de Guerra con Palmas. Sentíais como vuestras esas medallas.

El día 30 de septiembre arribasteis a Rambervillers y comenzó una etapa de descanso provocada por un mes de octubre plagado de una intensa lluvia que no os daba tregua. Aquello impidió que siguierais avanzando al mismo ritmo, pues los caminos embarrados enterraban las cadenas de los blindados, a lo que se unía la reducción de la visibilidad. El I Ejército Francés, del general Lattre de Tassigny, ascendiendo sin pausas desde Provenza, contactó con vosotros bajo aquel aguacero. Eso significaba que, excepto por Lorena y Alsacia, Francia era territorio liberado. Y se preparaba el asalto a Estrasburgo.

Las divisiones marroquíes de infantería y de montaña fueron las que acamparon más próximas a vosotros; después arribaron las

argelinas y las divisiones blindadas. Casi doscientos mil soldados, y en todas las unidades encontrasteis españoles. El deseo del almirante Buiza de que, aunque cambiaras de unidad, siempre te juntaras con exiliados, se estaba cumpliendo. Pero faltaban por llegar los que más te importaban: la Legión Extranjera y Fran. Y por fin se presentaron integrados en la I División de Infantería de la Francia Libre.

Corriste hacia ellos buscando el banderín de la granada con las siete llamas, grímpola de la 13.^a Semibrigada. Era fácil distinguir a sus mil legionarios por el distintivo azul de la heroica defensa de Bir-Hakeim cosido al comienzo del hombro.

—¿Dónde puedo localizar al teniente Toro Ardura? —preguntaste en español y francés.

—Es capitán —respondió un soldado, y señaló una tienda de lona color pardo.

Irrumpiste en el sotechado sin solicitar permiso. Un soldado argelino te recibió con la gumía en la mano. Alzaste las manos, las abriste y balbuceaste: —Preguntaba por el capitán Toro Ardura. Soy su hermano.

El argelino te repasó con la mirada. Al distinguir el emblema «2.^a DB» cosido en tu hombro, aventuró: —Ah, usted es el de la foto. —Y enfundó el arma.

—¿Qué foto? —preguntaste extrañado.

—La de la liberación de París —dijo calmo—. Sabe, yo le conseguí a su hermano el periódico en el que le retrataron. Desde entonces no se ha separado de la hoja en la...

—¡Hermanito! —la voz de Fran llegó acompañada de su zarpa sobre tu hombro.

Te giraste, y los tres galones amarillos de capitán de infantería

quedaron a la altura de tus ojos. Le abrazaste muy fuerte sin pronunciar palabra y permaneciste en esa posición hasta que tu hermano te apartó: —¡Eh!, que no me voy a escapar.

Os quedasteis sentados dentro de la tienda repasando los meses que habíais estado separados desde la salida de la Legión rumbo a Sicilia. El soldado argelino intervenía de vez en cuando para mostrar la gran ayuda que prestaba a su jefe de compañía. Fran te habló de sus heridas en la toma del puerto de Marsella y del desfallecimiento del almirante Buiza. También te detalló cómo irrumpió con su compañía en el fuerte Montluc, liberando a los presos y buscando desesperado a Rudolf Törni, ya que los servicios secretos ingleses le habían asegurado que se encontraba allí con su jefe.

—Se habían replegado a Estrasburgo. La pista nos conduce de nuevo al campo de concentración de Natzweiler-Struthof —se lamentó Fran.

—No importa, lo encontraremos —aseguraste, extendiendo la mano al frente con el dorso hacia abajo.

Tu hermano colocó la suya encima, y prometió:

—No se escapará.

El soldado de la *chechia* y la gumía al cinto añadió su palma a las vuestras y sentenció: —Mektoub.

Era la primera vez que oías aquella expresión fatalista del *está escrito*, pero no te molestó. Al contrario, en su boca sonaba como si ningún poder terrenal pudiese impedirlos alcanzar el objetivo. Pero todo quedó anulado en cuanto le informaste de que vuestra madre y Ana se encontraban en París.

—Tengo que conseguir un permiso —dijo, levantándose de la silla como por efecto de un resorte.

Por tu parte, solicitaste otro para acompañarle, pero tú no eras capitán y temías que te lo denegasen. Mientras esperabas la contestación del teniente coronel Puzt, al ser una época de relativa tranquilidad, a vuestras filas regresaron por las noches losorros alrededor de la hoguera, los cánticos y los acordes de la guitarra. Aquel sosiego te alejó de la furia de las batallas e hizo que se fortaleciesen el recuerdo del *Obersturmführer* y, algo nuevo, el rostro y las caricias de Sophie. Ahí fue cuando comenzó la ansiedad por ese permiso para escaparte a París.

—¿Te has dado cuenta, Bête? —te dijo Fábregas una de aquellas tranquilas noches—. De los ciento cincuenta y seis españoles de La Nueve que desembarcamos en Normandía, sólo quedamos noventa y tres.

En realidad, esa era la tónica en toda la División. De los tres mil quinientos republicanos españoles que veníais de África, entre heridos y muertos, ya habían sustituido a casi un millar por soldados franceses. Cada día que transcurría, el tinte internacional era sustituido por uno solo: el galo.

Al amanecer del dos de octubre, con la luna llena cubriendo aún el firmamento, visteis salir un nuevo convoy de ambulancias conducidas por vuestras *rochambelles* escoltadas por el «Kanguro» repleto de armas. Y un *jeep* en vanguardia. Era Fran con el soldado argelino rumbo a París. A ti no te habían contestado la solicitud, por lo que preferiste refugiarte en el deseo de que ellos y las armas llegasen a buen puerto. Ignorabas cuánto armamento habíais transportado durante el mes de septiembre, pero calculabas la posibilidad de haber abastecido a toda una división de infantería. Fuera como fuese, lo que teníais muy claro, si las noticias eran ciertas, era que aquel sería el último

cargamento antes de la invasión de España. Los despedisteis con un saludo militar.

—Suerte, compañeros —les deseasteis.

En ese momento el teniente Granell se acercó y, entregándote un papel, dijo: —Hijo, si yo fuera tú, daría alcance al «Kanguro». — Le miraste sorprendido, y añadió—: Tienes un permiso de seis días en París.

PARÍS ES EL MUNDO

NADA MÁS OÍR AQUELLAS palabras le arrancaste el salvoconducto y corriste como un desesperado hasta alcanzar al «Kanguro».

—Arriba, chaval —gritó Blesa, tendiéndote la mano.

Desde el *jeep* de cabeza, Fran te vio trepar y alzó el brazo a modo de saludo. Quedaba poco para que otra vez la familia estuviese junta. Tu padre regresó a tu mente y también Lucía. Y el *Obersturmführer*.

En aquellos trescientos kilómetros hasta París, por senderos que ya parecían conocer de memoria, intimaste con los ocupantes del M-3. Los cinco habían combatido en el Ebro y allí habían conocido a Campos, Fábregas y Bullosa. El valenciano Rosalent, el conductor, permaneció en silencio todo el trayecto: el camino era su misión. García, un murciano con mejillas coloradas, ejercía de encargado de la ametralladora. Blesa, Mariño, Ros y Fluét eran la inusual escuadra de infantería.

—Campos es un fenómeno —manifestó Blesa—. No sé cómo consiguió este Half-Track ni cómo logra que seamos invisibles para los jefes franceses.

«Tal vez no sois tan invisibles», pensaste, pero no dijiste nada.

Como aquel era el último cargamento antes de la invasión, habían llenado la caja del «Kanguro» hasta casi el nivel de la chapa de protección, por lo que os veíais obligados a viajar con los pies sobre el armamento y casi todo el cuerpo fuera. Si alguien os hubiese visto en ese momento, seguro que os hubiera creído muy valientes por viajar sin la protección del blindaje antifusiles.

Mientras reflexionabas sobre la curiosa forma de transportar vuestra inusual carga, cada fusil envuelto en un saco de cuerda y todos tapados por una lona, el «Kanguro» frenó bruscamente.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Mariño—. Los yanquis aquí.

En sentido contrario al vuestro, una columna de seis *jeeps* cargados de soldados os cerraba el avance. Según llegaron a vuestra altura, distinguiste las estrellas en dos de ellos.

—Son generales. Estamos jodidos —murmuraste.

—Nos van a tomar por desertores —dijo Mariño.

—Lo importante es que no revisen el cargamento —sentenció Blesa, saltando del blindado y dirigiéndose a ellos.

Cómo echasteis en falta en aquel momento a Fábregas y su inglés fluido. Desde la caja del blindado veíais gesticular a Blesa y a Fran ante los generales. Varios soldados con sus fusiles los rodearon. Otro grupo se dirigió a vosotros y comenzó a gritaros y a gesticular para que descendierais del vehículo. Saltasteis con los brazos en alto. De repente, un oficial de tez muy morena preguntó: —¿Españoles?

Os quedasteis atónitos mirándole. Hablaba castellano, pero

canturreando las sílabas. Se cuadró ante los galones de capitán de tu hermano, quien le explicó que erais soldados de la II División y que os habíais perdido.

—*Okay, okay* —dijo aquel oficial.

De inmediato desplegó un mapa sobre el capó del *jeep* de Fran y comenzó a mostraros el itinerario correcto para reagruparos con vuestra división. Blesa, entre los dos, asentía. Al cabo de unos minutos vino hacia vosotros y os exhortó a que subierais al «Kanguro». Rosalent lo puso en marcha y pasasteis al lado de la columna norteamericana saludando a los generales que respondieron con una inclinación de cabeza.

—Buf, menos mal que apareció ese teniente cubano —suspiró Blesa.

El resto del viaje se realizó sin más sobresaltos hasta Nangis. Antes de entrar en el pueblo, Rosalent giró hacia la derecha, en dirección a un pequeño bosque. Las ambulancias Dodge de las *rochambelles* no os acompañaron y emprendieron el rumbo hacia París. En Nangis os esperaban doce coches, un furgón y casi una veintena de hombres y mujeres. Os colocasteis en cadena y todos los fusiles del Half-Track se trasladaron a los autos en menos de una hora. En cuanto un maletero se completaba, el turismo salía escopetado por una carretera que bordeaba París hacia el sur.

Cuando la docena de automóviles hubo marchado, quedaron en el lugar dos hombres y seis mujeres junto al furgón: —Guiad a los soldaditos a París —les pidió Blesa—. Van a ver a sus novias.

Os despedisteis de la tripulación del «Kanguro» que regresaba al frente de Lorena. El soldado argelino situó el *jeep* detrás del furgón y los dos vehículos emprendieron el camino hacia la capital de Francia.

Tú ibas en la parte trasera con las mujeres, que además de sonreírte te machacaban a preguntas: «¿Cuándo la conociste?»; «¿es española?»; «¿os vais a casar?»...

En menos de una hora, el conductor del furgón te dejó a las puertas del Saint-Louis. Te despediste de todos, y las mujeres te atiborraron a besos. Mientras Fran y el argelino te esperaban en el *jeep*, entraste al hospital en busca de Sophie.

—En el jardín, con los pacientes —te informó un celador.

Aquello era terruño conocido, por lo que te lanzaste en una veloz carrera. Se encontraba de espaldas empujando una silla de ruedas.

—Sophie —llamaste.

Se giró y, al verte, se dirigió deprisa a tu encuentro. Apenas un mes sin veros y ya os echabais de menos. Os abrazasteis y os besasteis ante las miradas de los pacientes y enfermeras. Un aplauso os rescató del ensimismamiento. Sophie se sonrojó, agachó el rostro y dijo: —Vayamos adentro.

—Espero que ese muchacho sea más serio que sus amigos.

Aquellas palabras te obligaron a mirar hacia la fuente de la voz: era la enfermera gruesa que acudía con el gendarme en busca de Gitano y Turuta. Sonreíste.

Después llegó París para vosotros y para Fran y Ana. Nunca olvidarás el encuentro entre los dos: se miraban y remiraban, se acariciaban la cara y los cabellos y se besaban una y otra vez. Así hasta que se perdieron por las calles de la ciudad.

La Torre Eiffel, la Basílica del Sacre Coeur, Los Inválidos, el Panteón, el barrio de Montmartre, el Barrio Latino, el Louvre... El París que no habías llegado a conocer se presentaba ante ti. La metrópoli, inviolada en su interior, había abandonado su gesto

tenso, hosco y despectivo porque ya no se encontraba bajo la bota nazi y había abierto sus barreras interiores para revelaros que nunca se consideró vencida pese a la ocupación.

Luego visitaste las zonas de la ciudad que ya conocías: los muelles del Sena, el Hôtel de Ville, el Arco del Triunfo, los Campos Elíseos y Notre Dame. El gris verdoso de la Wehrmacht y el negro de los *chleuhs* habían sido reemplazados por ricos colores. Incluso habían regresado las gaviotas al Pont de la Tournelle: los puentes que separaban dos mundos, dos planetas, se habían disuelto.

Pintores y músicos ambulantes plagaban sus avenidas y jardines. Los vagabundos parecían dejar atrás su carne borracha de vino adulterado, hambre, cansancio o aburrimiento. El ir y venir de la gente sugería que la guerra había terminado y el cielo era más claro que en las trincheras de Lorena. La ciudad ya no era una charca inmunda cargada de maleficios, fango, colores turbios para transformarse en mujer, con sus deseos, aversiones, impulsos y decoro. Y tú recorrías la urbe con la cara de Sophie pegada a tu hombro.

Las horas en que las chicas trabajaban, Fran y tú acompañabais a vuestra madre. Era la mujer más feliz del mundo viéndoos a los dos y teniéndolos a su lado. Intentabais que la sombra de Lucía y vuestro padre no se presentasen, ya que tu madre no podía contener los sollozos. Pero un día, la presencia del soldado argelino os recordó que el permiso se había terminado y el frente os esperaba de nuevo.

En ese instante quisiste que Sophie tuviera un recuerdo eterno de esos días inolvidables en vuestras vidas. Por eso, el último atardecer, que se negaba a morir y el viento portaba balbuceos de hojarasca en el Barrio Latino, entraste con ella en una de sus

tiendas y le regalaste el vestido más bello. Era verde, de seda. La envidia de un París incapaz de pagarse ni un pañuelo de esa fibra, pues toda se empleaba en los paracaídas, y menos de color verde, el tinte de los trajes de la guerra. Y cerrasteis el día abrazados en los peldaños de Montmartre contemplando el París que nunca duerme aunque el sol se tornase rojizo en el horizonte.

Hoy, transcurridos muchos años desde que terminó la II Guerra Mundial, la cinematografía y la novelística se han saturado de historias de amor y de desamor entre soldados y enfermeras. Por esa razón, tal vez vuestro enamoramiento, queridos Nico y Sophie, pueda parecer tópico, pero eso no demostrará más que su ignorancia respecto de aquella época. El vuestro fue un momento histórico convulso, en el que los mejores muchachos se encontraban en el frente, ya fuese enrolados en las unidades militares regulares o en la Resistencia, y nuestras chicas sobresalientes se unían a las *spearettes*, a las *rochambelles*, a las *marinettes* o en cualquier compañía de enfermeras voluntarias con destino en hospitales de campaña diseminados a lo largo de las trincheras. Las salas grises llenas de combatientes heridos se parecían poco a nuestras redes sociales; sin embargo, algún punto de contacto hay entre aquellos sitios que olían a yodo y los actuales espacios de ocio. Hasta los generales encontraron refugio en los labios de aquellas muchachas, pese a que la historia oficial lo haya silenciado. Si hay dudas, que mi generación y las venideras se lo pregunte a Eisenhower y a la *spearette* Kay Summershay o al mariscal Koenig y a la *adjutant-chef* Susan Travers. En fin, si algo ha de sobrevivir de aquella etapa sangrienta, que sean las historias de pasión entre soldados y enfermeras.

Aunque todo fuese así, nunca imaginasteis que lo que en esos

momentos os rodeaba iba a dar un giro sangriento.

COMANDO FANTASMA

REGRESASTEIS A VUESTRO DESTINO a lo largo del extenso frente cerca de la frontera con Alemania. Sólo restaba por liberar parte de Lorena y Alsacia, con Estrasburgo incluido. A norte de vosotros, en el linde con Bélgica, se encontraban los ingleses y norteamericanos, y desplegados hasta Suiza, las fuerzas del I Ejército Francés con la 3.^a y la 28.^a divisiones de infantería norteamericanas.

Como los alemanes tenían posiciones mejor pertrechadas que las vuestras, no atacabais. Os limitabais a incursiones de patrullas de observación en los pueblos limítrofes y a fortificar búnkeres y trincheras. La línea que marcaba el campo de batalla se había transformado en una goma: a veces se estiraba a favor de la Wehrmacht y otras, del lado francés, pero no se rompía por ninguna de las partes.

Seguía lloviendo como si el cielo hubiese decidido castigaros

con otro diluvio. El avance de los Sherman y Half-Track sobre aquel barrizal se volvía muy dificultoso; los ataques sólo eran posibles después de largas marchas a pie. Los cielos encapotados impedían el vuelo de los cazas. En aquellas circunstancias, el fuego artillero era lo único que se oía y se sufría.

—Presagio un invierno crudo —murmuraba el capitán Dronne embutido en su poncho.

Aquella inmovilidad crispaba al *adjudant-chef* Campos que parecía apurado por terminar la guerra y dirigirse a España. De esa opinión participabas también tú; por eso, cada vez que solicitaba voluntarios para penetrar en territorio alemán, te apuntabas de inmediato.

Los integrantes de esos equipos de asalto solían variar, pero Campos, Fábregas, Juanito, Bullosa, Gitano y tú erais permanentes. Solíais salir al atardecer, ya que a esa hora teníais la escasa luz solar a la espalda, convertida en vuestro aliado. Entrabais en alguna aldea cercana y revisabais casa por casa, cuadra por cuadra. Defendiendo la posición, siempre había algún pelotón de la Wehrmacht, al que asaltabais aprovechando la sorpresa. No hacíais prisioneros. Los trueques habían tocado a su fin.

En otras ocasiones, os acercabais hasta las trincheras alemanas y observabais a los soldados encender las fogatas para calentarse. Cuando se acomodaban alrededor de ellas, y la luz los iluminaba a todos, los ametrallabais. En aquellas noches cerradas, encender un cigarro significaba para los nazis una muerte segura. Desde cientos de metros, una bala de tu Mosin-Nagant surcaba el campo directa a la llama del cigarro. Y más de una noche, bajo el aguacero, esperasteis en posiciones camufladas hasta el amanecer

para sorprender el paso de alguna compañía motorizada de la Wehrmacht. Erais un comando fantasma.

Te habías transformado y lo notabas. Tal vez el cambio se debía a que el mundo circundante había dado un vuelco y te influía. Francia se encontraba casi liberada; Estrasburgo, a cien kilómetros, y en él tu *Obersturmführer*, los nazis habían perdido su *baraka*, estaban «atorados», en palabras de Larita II; el Maquis había comenzado la invasión de España y detrás iríais vosotros; y había aparecido Sophie: por ella había que terminar cuanto antes esa demencial guerra. Por eso vivías, dormías, comías, cagabas y soñabas como Campos: pegado al Sten, con seis granadas en los correajes, el puñal afilado, los tendones listos, la mirada directa, el oído presto, el rostro tiznado y el caminar de los espíritus que se desplazan en silencio en medio de las tinieblas.

La última incursión de vuestro comando, antes del trágico final, fue en Ménarmont. La luna aún iluminaba las extensas praderas y había que aprovecharla; después se impondría la espera de semanas. Entrasteis de noche, nadie en sus calles. Un Panzer Tigre I, vacío y sin protección, se encontraba en medio del pueblo.

—Precaución. Nos esperan —alertó Campos.

Podíais emprender la retirada, pero a lo mejor la emboscada la encontrabais al dejar atrás el pueblo. Además, Campos no era de los abandonaba sin dejar una estela de fuego y cadáveres a su paso. Gitano avanzó en solitario hacia el carro de combate, el resto le cubristeis. La bazuca escupió fuego y los pernos de la cadena derecha del Panzer pasaron a mejor vida. De repente, de las ventanas de tres casonas, las balas os saludaron. El fogonazo de las bocachas de los fusiles delató sus posiciones. Enfocaste el

Mosin hacia ellas.

Pulmones vacíos. Tus latidos.

Toc, disparaste. Toc, otro disparo. Toc, último.

Todo el comando estaba seguro de que habías acertado en las tres ocasiones y os lanzasteis sobre las casas: Juanito asaltó con una escuadra la más cercana; Campos, con la suya, irrumpió en otra; y tú, con los de Fábregas, acometisteis sobre la tercera. Las granadas os precedieron; después, la lluvia de proyectiles ensordeció la noche. Veintidós muertos parió el alba.

—Deberíamos crear un Cuerpo Franco y ponerlo a sus órdenes —le dijo Dronne a Campos al regresar de Ménarmont.

—Le repito que no —escupió el *adjudant-chef* sin detener su paso—. No soy un militar, soy un miliciano. Y en cuanto termine esta puta guerra me perderé en algún tugurio con mi trompeta.

Lo cierto era que sus palabras no contenían toda la verdad. Campos no quería una unidad regular a sus órdenes, prefería reclutar voluntarios todas las noches. El Comando Fantasma ya era el Cuerpo Franco.

A la noche siguiente, el comando no salió en busca de carne y sangre de la raza superior. La luna era una escuálida «C» en el cielo y no favorecía vuestros asaltos nocturnos. Aunque el frío y el viento que lo diseminaba por doquier no aminoraban, la lluvia cesó, y la aprovechasteis para reuniros en un corro alrededor de la fogata envueltos en los acordes de la guitarra de Fábregas. Además, por alguna razón desconocida, los cielos se presentaron despejados de nubes.

—Mañana huela —aventuró el sargento Cariño, aquel gallego que parecía leer las mareas y el clima en las estrellas, y soñaba con sus costas llenas de percebes.

—Aquella es la Osa Mayor —informó Fábregas al grupo—. Aquel es el Carro de Hércules. Allí...

Hasta los cielos carecían de secretos para vuestro trovador de las batallas. Y embobados escuchabais sus explicaciones: —Los científicos, para calcular la distancia entre las estrellas, han tenido que elaborar una unidad métrica para determinar sus enormes distancias: lo llaman «año luz». Es algo así como...

Hasta el capitán Dronne se sumó a la clase de astronomía fumando de su cachimba. Una voz anónima preguntó: —Si yo soy Piscis, ¿qué quiere decir?

—No confundamos astronomía con astrología, señores —manifestó severo Fábregas—. Una cosa es la realidad y otra su lectura. Quien lee el destino de los hombres en los astros es como el que lo lee en los posos del café, en los naipes o en las cagadas de las gaviotas...

A aquella clase magistral le siguieron las canciones, sin sospechar que la ruleta macabra de la guerra se repetiría para vosotros al día siguiente: primero, los cánticos; después, el silencio; por último, la muerte.

EL 14 DE OCTUBRE DE 1944 se presentó con vuelos repentinos de pájaros sobre los caseríos y cuadras. Hasta en las copas de los árboles parecían inquietos. No volaban en formación, más bien parecía que algo alteraba su descanso y los alborotaba. El capitán Dronne, con la pipa en la mano, observaba con gesto preocupado las idas y venidas de las aves.

—No me gusta nada —mascullaba.

Desplegó un plano de la zona sobre la mesa de la tienda de

mando de La Nueve. Su índice dibujó líneas imaginarias desde los poblados de Ménarmont y Xafférvillers. Frunció el ceño y llamó a Campos.

—Los pájaros revolotean en exceso sobre esta zona —le dijo, mientras su dedo la señalaba sobre el papel—. Envíe un pelotón de reconocimiento y tenga preparada a toda la sección. Me da en la nariz que tenemos una vanguardia nazi pisándonos los talones.

El *adjudant-chef* se dirigió a la base de la 3.^a sección. Al comprobar que la tripulación del «Santander» habíais sido los más madrugadores y ya teníais repleto de combustible el Half-Track, ordenó al sargento jefe: —Fábregas, adelántate en dirección Xafférvillers. Creemos que los alemanes realizan una maniobra de penetración en nuestras líneas.

—¿Y vosotros?

—Salimos de inmediato en vuestro apoyo, en cuanto llenemos los depósitos.

Ajustasteis las granadas a las trinchas, introdujisteis el cargador en el Sten y ascendisteis al blindado. Quince, ese fue el número de soldados que integró el pelotón que se lanzaba al mando de Fábregas en aquella operación de reconocimiento hacia el poblado.

La mañana se había presentado fría aunque luciese el sol. El viento daba vergajos en vuestro rostro mientras las cadenas del semioruga avanzaban sobre los pastizales y senderos embarrados. No se distinguían movimientos de tropas ni en lontananza.

—Nada —exclamó Fábregas desde la torreta del Half-Track, al tiempo que bajaba los prismáticos. Después añadió—: El capitán se ha despertado muy susceptible.

Las primeras huertas y cuadras de Xafférvillers se presentaron

ante vosotros. Dos vacas pastaban indiferentes a las batallas.

—Creo que allí hay campesinos —dijo el sargento jefe, indicando la ruta a Gitano—. Vamos a preguntarles si han visto algo extraño.

Seguiais tensos sobre el vehículo, con la mirada cubriendo los trescientos sesenta grados. A lo lejos, a vuestro rebufo, se distinguía el avance de los otros tres Half-Track de la sección que se acercaban a vuestro encuentro.

A unos cien metros, entre dos majadas, una docena de labriegos removían la tierra con azadas. Se encontraban de espaldas a vosotros y daba la impresión de que no se habían percatado de vuestra presencia.

—Mi sargento —llamó Gitano, señalando el pastizal encharcado y lleno de surcos que nos separaba de aquellos hombres—, no puedo meter el vehículo por ahí.

—Lo sé. Déjelo aquí y espérennos —dijo, y dirigió su mirada al soldado Vázquez para ordenarle—: Acompañeme.

Ambos saltaron del «Santander» y se dirigieron al encuentro con aquellos lugareños. Avanzaron con el fusil en bandolera por los surcos que tenían menos agua.

—¡Eh, ustedes! —gritó Fábregas, sin que ninguno de los doce se voltease.

—Es extraño —exclamó Gitano a tu lado—, le hemos oído hasta nosotros y tenemos el viento en contra.

Las palabras de tu compañero provocaron que saltasen tus alarmas.

—Dirigid las ametralladoras hacia ellos —ordenaste.

Apenas quedaban cincuenta metros para que Vázquez y Fábregas alcanzasen a los campesinos, cuando de pronto estos se

voltearon exhibiendo subfusiles y abrieron fuego. La realidad se desveló: eran un comando de Waffen-SS disfrazado de labriegos.

Los cuerpos de vuestros compañeros se retorcieron ante la andanada de balas. Fábregas se derrumbó.

ENTERRADME CON MI GUITARRA

TU DEDO SE PEGÓ AL GATILLO. La ametralladora de 12.7 del «Santander» barrió toda la zona escupiendo proyectiles con la misma cadencia con que vosotros maldecíais. Gitano hizo lo mismo con la del 7.6. Llovieron más balas que gotas habían descargado los aguaceros caídos. Los alemanes, en retirada, eran acribillados. Los veías retorcerse y no sentías nada, ni rabia. Los sentimientos se habían alejado de vosotros, erais máquinas de matar. Ráfagas a sus piernas, más a sus cabezas. De repente, un Panzer MK IV salió detrás de una de las granjas. Gitano saltó del Half-Track con el lanzagranadas M-9 y corrió por la hierba buscando una posición parapetada desde la que dinamitarle los goznes de las cadenas. Campos y Juanito se acercaban en vuestra ayuda a toda la velocidad que permitían sus semiorugas. Un Sherman abrió fuego contra el frontal del carro alemán, que ni se inmutó. El cañón del 88 del Panzer respondió y el carro de

combate aliado voló por los aires. Enfocasteis el «Mari Luz» hacia el blindado alemán. Sólo conseguisteis que ardiese, sin impedir su avance.

Cuando Campos llegó a vuestra altura y distinguió el cuerpo tendido y ensangrentado de Fábregas, enloqueció: —¡No...! —gritó, y embistió de frente al Panzer con el «Túnez 43».

Las tablas sobre la poza séptica de las cuadras limítrofes cedieron, impidiendo el avance del Half-Track, que comenzó a hundirse en aquella ciénaga de mierda. El *adjutant-chef*, seguido de sus soldados, saltó del blindado al que tragaban lentamente aquellas arenas movedizas de estiércol y orines acumulados durante años.

Un impacto de la bazuca de Gitano inutilizó la cadena izquierda del Panzer que comenzó a girar sobre sí mismo sin control. La escotilla se abrió, y los alemanes, con los brazos en alto, salieron. Una ráfaga del Sten de Campos acabó con ellos.

—¡Hoy no hay prisioneros! —gritó.

Corristeis hacia Fábregas y Vázquez. Este se encontraba inmóvil, con los párpados abiertos, que Gitano cerró. El pecho del sargento jefe chorreaba sangre y un hilo rojo manaba por la comisura de sus labios, pero se movía.

—Mi sargento, se podrá bien —balbuceaste.

Un golpe de tos y Fábregas escupió un borbotón de sangre. Comenzó a temblar. Campos, quitándose el casco, se arrodilló ante él.

—Resiste, compañero —susurró, alzándole la cabeza y arrimándola a su pecho.

—Bête... —masculló Fábregas.

—Dígame —dijiste, arrimándote a su rostro.

—Prométeme que el «Santander»... será el primero... en entrar en... España. —Tosió de nuevo.

—Se lo prometo... Ahora descanse.

Se sucedió otro temblequeo, y Fábregas masculló: —Campos...

—Dime.

—Enterradme... con mi guitarra.

La cabeza le cayó hacia atrás y los dedos se abrieron lentamente hasta quedar inmóviles. Campos pasó su mano por los párpados de Fábregas y le tapó los ojos.

Vuestro trovador de las batallas había muerto.

El cielo abrió sus entrañas y la tormenta anunció su ingreso en la Historia. Un rayo cayó cerca de la majada y el sonido del trueno retumbó hasta la frontera alemana.

Bajo la densa lluvia, los soldados de la 3.^a sección rodearon el cuerpo del sargento jefe. No había lágrimas, habíais perdido la capacidad de llorar. Vuestro jefe, el *adjudant-chef* de rodillas con la cabeza de Fábregas pegada a su pecho, permanecía en silencio, conteniendo el dolor con los ojos enrojecidos.

De repente, contraviniendo la orden de no recoger a los muertos, Campos cargó el cadáver de Fábregas. El brazo izquierdo de vuestro poeta pendía balanceándose a cada paso; el derecho reposaba sobre el pecho y la cabeza, inclinada con la boca abierta, estaba empapada de sangre. El *adjudant-chef* encaminó hacia el «Santander» a través de un barrizal que no detuvo sus poderosos pasos. Las gotas de lluvia los golpeaban con violencia y, unidas al agitado aliento de Campos, los envolvían en un halo trágico. Llegó hasta el Half-Track, depositó el cuerpo con cuidado sobre el frontal y te ordenó: —Lleve a su sargento jefe hasta la base.

Dos soldados de la 3.^a, siguiendo el ejemplo del *adjudant-chef*,

cargaron el cuerpo de Vázquez sobre el morro del «Almirante Buiza».

—¿Qué hacemos? —preguntó Juanito.

—Id hasta el campamento y enterradlos —respondió Campos, mientras daba media vuelta hacia el «Túnez 43» sepultado en el estiércol.

—¿Y tú?

La pregunta de Reiter no obtuvo respuesta.

Emprendisteis en silencio la ruta hacia las afueras de Xafférvillers bajo el fuerte chaparrón y una opresión en vuestros corazones.

El «Santander» y el «Almirante Buiza» entraron los primeros en las posiciones de La Nueve con los cadáveres sobre su chapa, seguidos del «Brunete» y el «Guadalajara». El resto de soldados de la compañía comenzaron a rodearos.

—¿Dónde está Campos? —preguntó el teniente Granell desconcertado.

—Viene ahora —dijo Juanito, descendiendo del Half-Track.

Cuando los dos semiorugas que portaban los cuerpos se encontraron bajo una carpa, descendisteis de ellos. Fábregas y Vázquez quedarían allí para velarlos.

Al anochecer, cuando todos los componentes de La Nueve habían pasado por delante de sus cuerpos, comenzasteis a cavar las tumbas en silencio. A las doce en punto de la noche los introdujisteis despacio en los sepulcros del pequeño cementerio de Saint Maurice sur Montagne, rodeados de decenas de cipreses centenarios. Fábregas iba acompañado de su guitarra.

Después de cubrir con tierra sus cadáveres, clavasteis la bayoneta de los fusiles en la tierra, la rodeasteis de piedras y

colocasteis sus cascos sobre la culata. Habíais llorado a todos vuestros muertos y Fábregas siempre había leído un poema sobre sus tumbas, casi siempre de Miguel Hernández o de Federico García Lorca. Pero vuestro juglar había muerto, tal vez él no tendría ningún verso.

El teniente Bamba no opinó lo mismo y abrió un libro del que sólo pudiste leer «Méjico, 1941» y un nombre, «Pedro Garfias», y comenzó a recitar: Que un día volveremos, más veloces...

Si alguien, a fecha de hoy, quiere localizar la tumba de Fábregas en el cementerio de Saint Maurice sur Montagne, le recomendaría que no pierda mucho el tiempo. Después de los años, el pequeño poblado ha desaparecido y con él los restos de los cadáveres. Dijeron que los habían traslado a uno colindante, pero ni los párrocos dan noticias. A lo mejor, como os dijo vuestro sargento jefe, en realidad no haya muerto y se encuentre en el infierno reagrupándoos de nuevo alrededor de un corro bajo los acordes de la guitarra para proseguir la lucha.

Tal vez sea así, pero de momento regresemos a 1944.

Al terminar el poema, la mano de Granell se colocó en tu hombro y te preguntó: —Hijo, ¿qué sabes de Campos?

Giraste la cabeza, mirando a tú alrededor, el *adjudant-chef* no había acudido al entierro y no te habías percatado.

—Nada, mi teniente.

—¿Conoces el lugar en el que quedó?

Asentiste.

—Pues sube en «Los Cosacos» y vamos a buscarle.

El aguacero, los caminos embarrados y la oscuridad por la ausencia de luna provocaban que vuestro avance fuese lento. Tardasteis casi dos horas en llegar a las inmediaciones del cruce de

las aldeas de Ménarmont y Xafférvillers, pero distinguisteis el lugar en el que se encontraba Campos por los focos encendidos del Half-Track.

El «Túnez 43» seguía enterrado en el enorme pozo negro, pero el *adjutant-chef*, desde el interior, paleaba el excremento. Casi había vaciado la enorme hoya. Y bajo la tenue luz de las luces del blindado, se distinguían su uniforme calado y adherido al cuerpo, la lluvia recorriendo su rostro y hasta sus ojos hinchados y enrojecidos.

Hiciste amago de saltar adentro de la fosa séptica para ayudarle, pero Granell te lo impidió.

—Dejémoslo —dijo entonces.

Ante tu expresión de desconcierto, el teniente añadió: — Necesita estar a solas, limpiando el mundo de mierda.

FATIGA DE COMBATE

DESDE QUE FÁBREGAS os abandonara, todo había cambiado. De la tríada —cánticos, silencio y batalla— sólo quedó la sangre ciega. Campos se sentía responsable de su muerte por haberos enviado en punta de lanza, y desde ese día no consintió que nadie le acompañase en sus salidas nocturnas de penetración a las posiciones nazis. Al mando del «Santander» destinaron al sargento Lafuente, trasladado de la 10.^a compañía. Hasta Reiter, Juanito, enfermó de unas fiebres que los médicos no supieron diagnosticar. La *fatiga de combate* hacía mella en vuestras filas. Ni siquiera el toque de diana españolizado de Turuta, oído de nuevo una mañana, os elevó la moral.

—¿Se puede saber dónde cojones estuvo usted todo este tiempo? —preguntó el capitán Dronne a Turuta.

—Verá, mi capitán, nada más salir de París fui hecho prisionero por los alemanes que me encerraron en un campo próximo a

Estrasburgo. Conseguí escapar y me he unido de nuevo a la II División.

Dronne se atusó la barba. Clavó la mirada en el pequeño corneta, por cuya expresión satisfecha se habría dicho que pretendía para sí la Cruz de Guerra con Estrella de Plata. Sin más comentarios, Dronne le gritó: —Lárguese de mi vista.

Turuta se dirigió hacia las posiciones de la 3.^a sección, donde le esperabais con ansiedad para que os informara de lo ocurrido en el Valle de Arán.

—Aquello va a ser un puñetero desastre —narró en cuanto se vio rodeado por vosotros, que atendíais en silencio, algunos con la boca abierta—. Al principio éramos más de quince mil voluntarios para liberar un pequeño territorio en el que se asentase el gobierno en el exilio. A algún tipo listo se le ocurrió que los que entrasen debían ser sólo españoles para que Franco no lo pudiera vender como una invasión extranjera —dijo, y meneó la cabeza—. Todo a la mierda: quedamos reducidos a ocho mil...

—Abrevia —exigió Campos.

—Después, los anarquistas dijeron que no iban con los comunistas ni a recoger pesetas. Hala, ya sólo éramos seis mil. Luego los socialistas también se enfadaron y nos dejaron. Allí quedamos cuatro mil idiotas.

—¿Qué pasó? —preguntó encolerizado el *adjudant-chef*.

—Esto...

—Campos —expuso calmo el teniente Granell—, deja que lo cuente a su manera o no lo sabremos jamás.

El *adjudant-chef* dio media vuelta y se alejó. Sabíais lo que le ocurría: aportar armas a aquellos voluntarios en los Pirineos había supuesto muchos heridos y muertos, y no soportaba escuchar

cómo desavenencias políticas habían truncado la operación.

—... Disponíamos de subfusiles Sten, ametralladoras Bren, morteros del 81, aunque carecíamos de carros y aviones. Todo estaba preparado para la invasión, cuando nos llegó la noticia de que De Gaulle había reconocido al régimen de Franco...

Tras aquellas palabras, un rumor desconcertado recorrió vuestras filas antes de que Turuta continuara: —Por eso ha ordenado desarmar al Maquis. Aunque el operativo de invasión no se ha anulado y está previsto para el día diecinueve...

Tú también te alejaste del grupo, pero antes le oíste agregar: —... A mí me localizaron los gendarmes y tuve que huir...

«Pocos, mal armados y peor dirigidos», pensabas seguramente cuando Dronne te llamó: —Ardura, acérquese. —Y te tendió dos galones blancos quebrados—. Desde este momento ha sido ascendido a sargento. Lafuente regresará a su compañía de origen a primeros de mes y usted comandará el «Santander».

Ni siquiera te alegraste ni agradeciste el ascenso. Te limitaste a alejarte de todos y a sentarte en el asiento del piloto del Half-Track. Aún veías la imagen de Fábregas a tu lado en Argelia, en el Tchad, en los arenales del Fezzan, en Koufra, en el asalto a Túnez, desembarcando en Normandía, quemando el asfalto hacia París... Siempre alegre, cantando, recitando y soñando con la guitarra o el Sten humeante entre sus manos. Cerraste los ojos, le viste de nuevo contigo caminado en las noches gélidas del desierto o aposentado sobre el «Santander», en el Hôtel de Ville, desafiando con el *Ay Carmela* a las gárgolas de Notre Dame.

Todo se había terminado. Fábregas ya no era más que otra tumba que jalonaba vuestro camino hacia la inmortalidad. Regresaste a tierra firme y te percataste de que la inactividad te

estaba matando. La puntilla había sido lo evidente: De Gaulle os había traicionado. Sólo os quedaba la esperanza en el general Leclerc y en el teniente coronel Puzt. Necesitabas desterrar el veneno que te carcomía. Y sólo existía una manera: matando nazis.

—Ardura, están dando permisos —informó Gitano.

No saliste del vehículo. Sabías que a ti no te correspondería ninguno, ya que lo habías disfrutado el mes anterior en París.

—Me despido hasta el veintinueve —oíste decir a alguien, y tu mente lo tradujo a términos tácticos: «El día treinta nos lanzan a la conquista del resto de Lorena».

Te alejaste de la marabunta que cargaba los petates de ropa civil y vociferaba.

Tiznaste el rostro con barro, ajustaste el barboquejo del casco y te internaste en el bosque con tus amigos: el Sten con siete cargadores, las granadas y el puñal.

EL DÍA 30 DE OCTUBRE amaneció con el consabido aguacero y la orden de salida en formación de combate hacia Baccarat. Tus suposiciones se confirmaron: se reiniciaba la batalla de Lorena. La conquista de esta plaza significaba que la ruta a Estrasburgo quedaría expedita. Se realizaría al estilo Leclerc: por un lugar inverosímil.

Baccarat había sido minado y ofrecía cientos de búnkeres y blocaos contra los carros de combate. El único terreno desprovisto de esas fortificaciones era el denso bosque de Mondon, sólo accesible para comandos de infantería, pero infranqueable para divisiones blindadas. Pero como nada es imposible, Leclerc evitó lo

fácil por previsible y os lanzó entre árboles, matorrales y senderos sólo aptos para alimañas. El objetivo: sorprender y desbordar a la Wehrmacht.

El cielo encapotado os daba la seguridad de que la Luftwaffe no comparecería. A pie, soldados en vanguardia guiaban a los Half-Track y Sherman por sendas que caracoleaban entre el arbolado y que en el pasado sólo transitaban ovejas y lobos. La Nueve, desplegada en hilera, seguía siendo la punta de lanza de la II División.

Entrasteis en Baccarat por la retaguardia nazi, desplegados en tres secciones al mando de Granell, Campos y Lafuente. Hasta que acudiesen en vuestro apoyo los blindados desde el bosque, el lenguaje de las bazucas sobre los Panzer Tiger I y II fue lo único que se oyó. Calle tras calle, esquina tras esquina, vivienda tras vivienda y ventana tras ventana, se desarrolló la ocupación del poblado. No os deteníais ante vuestros muertos y heridos, sólo atendíais al *en avant!*

Desde un balcón, el sargento Camons disparó su bazuca sobre el Panzer del final de la calle. Falló. Oteó de reojo el linde del bosque: su «Guernica» aún no había aparecido. Disparó de nuevo. Nada. Otra vez. Tres tiros errados. El soldado cargador introdujo el cuarto proyectil en el lanzagranadas. El sargento apretó de nuevo el gatillo. Nuevo fracaso. Quinta carga. Abrió fuego y al Panzer lo envolvieron las llamas. Fin del obstáculo. Las botas de los soldados de La Nueve avanzaron en tropel ocupando los adoquines.

Si conquistabais Baccarat con aquel golpe de mano, al disponer del apoyo de blindados, Hablanville, Pettonville, Vaqueville y Xermamont serían un juego de niños. Eso era lo que bailaba en vuestras cabezas mientras abríais brecha al ritmo del

fuego de los Sten, de las granadas y de las bazucas.

Un Half-Track alemán bordeó una esquina y os encontró de frente al sargento Gualda y a ti. Sus cuatro ocupantes se lanzaron sobre las ametralladoras. Gualda vació el cargador del Sten. Tú les lanzaste una granada. Cuatro bajas alemanas y el blindado era vuestro.

La sección del teniente Granell había entrado por el norte. Dos Panzer los recibieron. El fuego desde el cañón del 57 del «Ebro» sólo los envolvió en una cortina de llamas y humo sin impedir el giro de sus torretas en busca del objetivo. El sargento Cariño, rodilla en tierra, desplegó los dos metros y cinco centímetros del lanzagranadas M-1, y apuntó. El rebufo y los disparos de la bazuca se enfrentaron a un obús del 88. El sargento quedó tendido con metralla en las piernas. Ya no podría enseñarte sus añoradas costas gallegas plagadas de percebes.

Vuestros Half-Track se aproximaban al pueblo y encontraron la calle principal bloqueada por los escombros.

—Límpienla —ordenó Dronne a los prisioneros.

Una veintena de soldados de la Wehrmacht se lanzó sobre las dispersas vigas de madera, trozos de paredes y enrejados. Las apartaron hasta que un pasillo de no más de cinco metros se convirtió en una avenida para los semiorugas. Te dirigiste al «Santander» e informaste a Turuta: —Detrás de la iglesia están los nuestros.

El Half-Track salió de la fila y se abalanzó hacia el este. Ordenaste a un soldado que fuese cargando el «Mari Luz». Habíais llegado al templo y el bramido de las bazucas y cañones del 88, que se oían en la parte de atrás, os hicieron presagiar que la 3.^a sección se hallaba en medio de una brutal batalla.

Gitano, detrás de unas rocas, intentaba desplegar el metro y medio del lanzagranadas M-9. Se atascó. Era uno de las bazucas recién entregados, debía encontrarse defectuoso, sospechaste. Un Panzer M-IV giraba su torreta en dirección a Gitano. Ordenaste detener el «Santander» y que vuestro cañón del 57 dirigiera la boca de fuego al lateral del carro de combate alemán. De repente Campos salió desde la nada y corrió hacia Gitano. Tras arrancarle el M-9, lo desplegó de un fuerte manotazo. Apuntó al carro alemán. Los disparos de los tres —bazuca, «Mari Luz» y cañón del 88 del Panzer— sonaron al unísono. Los costados del carro alemán ardieron y el humo salió hasta de la torreta: en el interior se estaban asando. Alrededor del parapeto distinguisteis el cráter abierto por el disparo del 88. Nada se movió y ordenaste a Turuta dirigir el «Santander» hacia allí.

El cuerpo de Campos cubría a Gitano, que pugnaba por apartarlo. El *adjutant-chef* inmóvil y sangrando, había salvado la vida de tu amigo, pero aquello significaba otra víctima en vuestras filas.

LORENA, LIBERADA

SE NECESITABA ALGO MÁS que la metralla de un obús del 88 para terminar con Campos. Decenas de esquirlas marcaron la ruta en su espalda, como latigazos, y se convirtieron en la condecoración por haber salvado la vida de Gitano. Lo evacuaron inconsciente, pero no temíais por su vida.

Sin Campos, comprobasteis que algo ocurría en las filas de La Nueve. Teníais jefes, pero carecíais de líderes. Muerto Fábregas, enfermo Juanito, heridos Campos, Cariño y Larita II, sólo quedaba el teniente Granell para mantener el espíritu originario de la unidad, pero se le veía agotado, enfermo, desbordado.

En cuanto cayó Baccarat en poder de la II División, le siguieron Hablanville, Pettonville y Vacqueville, en cuyo pequeño cementerio inhumasteis el cuerpo de los dos soldados que cayeron al lado del sargento Cariño. Este, os habían informado, se recuperaba bien de sus heridas. Sin embargo, las calles de la urbe

quedaron sembradas de gris verdoso: eran cincuenta los cadáveres de la Wehrmacht.

El 1 de noviembre avanzasteis hacia Xermamont, apoyados por diez Sherman del 501.^º y piezas de artillería pesada. A las afueras ya distinguisteis los tejados derruidos por el bombardeo de los cazas británicos que os abrían el camino. Nada más llegar al linde, un Panzer Mark IV, respaldado por una sección de infantería, os dio la bienvenida. De nuevo el pie en tierra y el despliegue de las bazucas. Corristeis hacia los edificios y desde las ventanas lanzasteis los proyectiles contra el carro de combate y contra todo lo que presentase movimiento. Más Panzer surgieron para defender las arterias principales. La RAF compareció y os dio un respiro destruyendo uno de los carros y dos piezas de artillería. Después regresaron los combates cuerpo a cuerpo. El diluvio de sangre.

Casi al anochecer, la batalla podía considerarse ganada. Los esqueletos humeantes de los blindados de la Wehrmacht lo certificaban, sumados a las banderas blancas que asomaban por las ventanas y a los soldados que se rendían, desfilando en formación con los brazos en alto y las manos en la nuca.

El propio Leclerc, golpeando el pavimento con su bastón, paseó por el centro del poblado con el grueso del Regimiento de Marcha del Tchad. Vosotros os dirigisteis a las afueras: era preciso reducir los últimos focos de resistencia antes de que se fortaleciesen. El resto de la División estableció las líneas de defensa para asegurar la plaza tomada y evitar un envite alemán. Los últimos focos de resistencia nazi habían sido reducidos, la bandera de Francia sustituyó a las esvásticas. Lorena había sido liberada.

Al día siguiente, fuerzas norteamericanas os relevaron y proseguisteis el avance hacia Azerailles. Las fachadas y tejados de las viviendas del millar de vecinos presentaban el mismo aspecto que el de las otras poblaciones. Hasta los extensos pastizales que lo rodeaban exhibían calvas negras y humeantes. La aviación norteamericana e inglesa os había ahorrado el trabajo de asaltar el pueblo: la Wehrmacht se había retirado desvalijando los hogares. Os asentasteis en las casas que tenían una cama de más y hasta en los pajares. Teníais que descansar para preparar el asalto a Estrasburgo.

Distinguíais el blanco de las cumbres de los Voscos tocando un cielo encapotado. La nieve sustituyó al aguacero. Comenzó el frío extremo que no os abandonó en toda la campaña. La ropa era insuficiente y, cada día, el termómetro descendía un grado. Los catarros y la fiebre se convirtieron en otro enemigo que había que batir.

El 10 de noviembre, Dronne traspasó el mando de La Nueve, ya que iba a disfrutar de su primer permiso desde 1939. Lo relevó un agotado y griposo Granell, que cinco días antes había cumplido cuarenta y seis años sin familiares vivos y rodeado de una destrucción que desde 1936 parecía no tener fin.

Los días siguientes fueron de descanso para unos congelados soldados y un teniente enfermo, que tiritaba por las noches y amanecía empapado por la fiebre. Aún así, cumpliendo las órdenes del teniente coronel La Hoire, el 16 de noviembre lanzó y dirigió la compañía sobre Bandonviller.

Panzer en llamas, piezas de artillería diezmadas, cadáveres cubriendo las calles de la villa, boquetes negruzcos en las praderas, orificios de metralla en las fachadas y decenas de

alemanes prisioneros. Ese fue el balance de la victoria, pero en vuestras filas debisteis despedir a seis compañeros y hasta La Hoire falleció.

—Hijo —te dijo Granell, temblando y sudando—, quedas al mando del «Santander». El sargento jefe Lafuente ha muerto.

De repente se desplomó.

—¡Sanitario! —gritaste, al tiempo que te arrodillabas a su lado.

Lo evacuaron de inmediato. Habíais ganado la batalla, pero él, con fiebre y ocho años en guerra, había traspasado el límite físico de los titanes y ya no os acompañaría en el asalto y ocupación de Marmoutier.

—El capitán Castellane se hará cargo de la compañía hasta el regreso de Dronne —os anunció el teniente coronel Puzt.

A continuación, llegó la orden aliada y se extendió como un torrente desbordado en vuestras trincheras: «Esperen a que las 44.^a y 79.^a divisiones norteamericanas abran brecha en el sur, y avancen a toda velocidad hacia Estrasburgo».

En aquel momento, hiciste un alto en aquella guerra para efectuar un balance: los Half-Track «Don Quijote», «Guernica», «Resistencia» y «Teruel» exhibían el «II» detrás del nombre; el «Guadalajara», el «III». Los mejores habían muerto o se encontraban heridos. La compañía iba poco a poco perdiendo el sello hispano y jóvenes e inexpertos soldados franceses sustituían a muertos y heridos. Había comenzado vuestro declive; apenas se os podía considerar el comando para misiones de grado cero. Se habían terminado los cánticos guerreros, reemplazados por el silencio, el frío y los copos de nieve, tan incesantes como tu obsesión con Törni. «Sólo restan sesenta kilómetros hasta Natzweiler-Struthof», te repetías mientras limpiabas y engrasabas

el Sten. A veces dibujabas sobre la nieve la ruta desde Marmoutier hasta Estrasburgo y, hacia la mitad, colocabas una equis, que ibas trasformando en una cruz gamada, indicando dónde se refugiaba el *Obersturmführer*.

Los días siguientes se fueron incorporando los heridos y enfermos a una II División desplegada en las llanuras de Lorena. El primero en aparecer fue el sargento jefe Reiter, Juanito, luciendo la Cruz de Guerra con Estrella de Plata en su uniforme: —Sabía que no seríais tan descorteses de entrar en Estrasburgo sin mí —dijo en un castellano germanizado.

Después se os unieron más soldados y vuestro novillero, Larita II, ascendido a *adjudant* y con otra condecoración. Y en su jerga taurina, señaló: —Ya basta de abanicar a los nazis, muchachos. Es la hora de *acachetarlos*.

Ni te dio tiempo a abrazarlo, pues una voz os informó: —El teniente coronel Massu ha abierto brecha en Saverne...

Nadie os tenía que explicar aquello, Saverne era la fisura en las paredes del pantano. No había tiempo que perder, revisasteis los vehículos, llenasteis sus depósitos de combustible, comprobasteis las ametralladoras de los Half-Track, ajustasteis el armamento personal y los motores rugieron. Y Leclerc lanzó los blindados por cinco itinerarios distintos. Estrasburgo esperaba, detrás, los puentes del Rin.

Un Half-Track sin nombre avanzaba a la máxima velocidad que le permitían sus 400 CV. Pretendía incorporarse al final de vuestra columna. Como tú, con tu pelotón en el «Santander» y Gitano al «Mari Luz», eras el responsable de proteger la retaguardia, tenías que comprobar de quién se trataba, por eso ordenaste a Turuta: —Aminora el paso.

A cincuenta metros distinguiste al desaparecido «Kanguro», con el nombre borrado y capitaneado por Campos.

—Sargento, ¿qué posición me asigna? —te preguntó desde el vehículo.

Se había escapado del hospital para unirse de nuevo a la batalla y, aún así, había conseguido enrolar a otra decena de voluntarios que viajaban con él.

—Parada en Natzweiler —le informaste.

Asintió.

Nadie había ordenado acercarse o liberar el campo de concentración, al contrario. Las órdenes eran bordearlo, sin detenerse, y seguir avanzando. La División Cactus se encargaría de la liberación y de acoger a los prisioneros que aún no hubiesen trasladado a Dachau. Pero tu sección conocía la ira que circulaba por tus venas, por lo que te siguieron cuando desviaste el rumbo. En aquel instante, todos se pusieron a tus órdenes —Si hay resistencia, esperen a los yanquis de la Cactus —aconsejó cómplice el teniente coronel Puzt—. Después, quemaron los motores hasta Estrasburgo.

Al cabo de unos kilómetros contemplasteis aquel horror. Dobles alambradas de más de tres metros de altura lo circundaban. En las dos torretas frontales, junto a los centinelas, ondeaba la esvástica.

—¡Las torres! —ordenaste a Gitano.

El «Mari Luz» escupió certero y las cúpulas, construidas sobre columnas de madera, explotaron. Un centinela saltó con sus ropas ardiendo y los cuerpos de los otros se mezclaron con los escombros y las vigas de madera. Las esvásticas habían desaparecido.

El «Santander», seguido de los Half-Track de la 3.ª sección, avanzó hasta el portal de acceso. El letrero de madera con la leyenda «Konzentrationslager Natzweiler-Struthof» oscilaba en lo alto, por efecto de la onda expansiva. Excepto por los centinelas, parecía que nadie defendía aquella posición y que los presos se encontraban librados a su suerte.

Saltaste del vehículo y te dirigiste hacia las alambradas. Cadáveres apilados ordenadamente como troncos para la chimenea y una fina capa de nieve cubría a los de arriba. Niños esqueléticos de ojos saltones, rodeados de barro y nieve, tiritaban bajo sus pijamas con la estrella de David cosida en el pecho. Tal vez fue un acto reflejo, no lo sé, pero metiste la mano en los bolsillos y sacaste chocolatinas. Pasaste el brazo entre los huecos de las alambres y abriste la palma. Como sonámbulos, dos muchachos esmirriados se arrimaron temblando y recogieron los dulces. De repente uno de ellos balbuceó algo que no entendiste y emprendió una carrera alejándose de vosotros. No se veían alemanes por ningún sitio, pero decenas de mozalbetes, como fantasmas, surgieron desde diferentes parapetos y se acercaron a la puerta de acceso. Murmuraban frases confusas en todos los idiomas.

—¿Qué dirán? —preguntó Gitano.

—Farfullan no sé qué de un soldado de las chocolatinas... —informó Reiter desde el «Brunete».

—Eres famoso, Ardura —dijo Turuta.

—Eh, yo soy el soldado de las faralaes —gritó Gitano.

—¡Sin bromas! —ordenaste.

Aquellos cadáveres vivientes caminaban como escoltando a uno más pequeño. Te arrimaste más a las alambradas. Aquel

rostro te resultaba familiar, pero no terminabas de ubicarlo en ningún lugar de tu vida. El niño se arrimó a ti, sus ojos parecían danzar en la locura.

—Nico —musitó.

Cuatro años atrás, otras alambradas, un campo de refugiados en el norte de África, tu madre y tu hermana encerradas, las chocolatinas... y aquel niño. «¿Dónde está Eli?», habías preguntado en Carnot. «A su madre y a él se los han llevado los nazis, dijeron que eran judíos», te respondieron los otros muchachos. De nuevo se abrió la puerta que separa el olvido de la memoria. Todo se desveló. Y ordenaste: —¡Derriben el portón!

QUINCE AÑOS DESPUÉS de la liberación del campo de concentración de Natzweiler-Struthof, el mismo periodo de tiempo que la *Untersturmführer* Berta Ruf pasó en prisión por su colaboración en los crímenes contra la humanidad de los que acusaron a los jerarcas nazis, me entrevisté con ella sin identificarme: ni le dije quién era yo ni el parentesco que nos unía, querido Bête. Mi primera pregunta trató sobre lo que recordaba de aquel día.

—Apenas quedaba una compañía de Waffen-SS defendiendo el campo. Al amanecer, el sol daba de frente en nuestras posiciones, cegándonos, pero aquella mañana se me antojó que brillaba con demasiada intensidad. De repente, los niños judíos comenzaron a gritar...

—¿No los habían encerrado en los barracones? —interrumpí.

—No. Quisimos que sirviesen de parapetos cuando nos atacasen...

—Ya. Continúe, por favor.

—Como le decía, los niños provocaron una enorme confusión. Corrían de un lado a otro gritando en todos los idiomas: «Es el soldado de las chocolatinas». Me alcé desde mi protección para comprobar lo que ocurría. Entonces lo vi: la silueta se recortaba sobre el sol y avanzaba a pecho descubierto. Distinguí un subfusil humeante en su mano derecha; las cintas del barboquejo, sin abrochar, bailaban desde los laterales del casco. Portaba los galones de sargento y, sobre el otro brazo, cargaba a uno de aquellos chiquillos, que se abrazaba a su cuello y posaba la cabeza en su hombro. —Calló un momento y prosiguió—: Ah, también recuerdo que alrededor del bíceps derecho lucía una bandera tricolor...

—¿La de la Francia Libre?

—No, no. Rojo, amarillo y... morado, creo. Ignoro de qué país era.

—La de la II República española —informé.

Berta me miró desconcertada, y balbuceó:

—No me diga que... ¿Era un soldado del ejército de ratas?

Asentí.

—Es extraño —continuó—, disparábamos sobre él, pero no se protegía ni detenía su avance, y, con aullidos cada vez más estridentes, repetía: «*Obersturmführer* Rudolf Törni». No sé, ya le digo, daba la impresión que repelía las balas o que no éramos capaces de acertarle...

—Como si poseyese la *baraka*.

—Ah, la *baraka*. —Sonrió, para añadir con cierta nostalgia—: Sabe, el mariscal Rommel también la tenía. Luego, la perdimos. —Y frunció el ceño.

—¿Qué más recuerda de esa madrugada?

—Que a la silueta del soldado y el niño le seguían los carros de combate de la II División Blindada y la División Cactus derrumbando las alambradas... y una enorme nube de polvo se alzaba en su retaguardia hacia un cielo que ennegrecía y se acorazaba. Después, tronó.

—¿Qué hizo usted?

—Arrojé el MP-44 al suelo... y alcé los brazos.

ESTRASBURGO

A LAS DOS DE LA TARDE del día 23 de noviembre de 1944, la bandera de Francia ondeaba a ciento cuarenta y dos metros sobre el suelo, en la torre de la catedral de Estrasburgo, entre un cielo nublado y un viento gélido que agrietaba los labios. El juramento de Leclerc en Koufra, aquel 2 de marzo de 1941, se había cumplido. El Patrón había colmado sus sueños, pero vosotros aún no. Todavía os quedaba derrotar al III Reich para pensar en liberar España del dictador.

La tricolor flotando en la atalaya te trasladó a los días anteriores, desde que el teniente Granell se derrumbó enfermo. Dispusisteis de seis días para recorrer cien kilómetros con parada en Natzweiler-Struthof. Con el campo liberado, el primero de todos los diseminados por Europa, la División Cactus se hizo cargo de los prisioneros. Dieciséis presos vagando por los páramos de Alsacia, con los ojos enajenados y la mente desorientada, fueron

los últimos rescatados. Eli había quedado al cuidado de los servicios médicos de los norteamericanos. Un gran abrazo y todas las chocolatinas que te quedaban os despidieron. Posiblemente no lo volverías a ver jamás, pero lo que estaba claro es que él representaba una de las razones por las que había que seguir peleando en esa guerra hasta la victoria final. La otra era Rudolf Törni.

—No se encuentra en Natzweiler —te informó Reiter, después de interrogar a los Waffen-SS—. Lo destinaron a Kehlsteinhaus, en Berchtesgaden, al búnker de Hitler en los Alpes.

—Joder, al Nido de Águila —exclamó Turuta.

Tradujiste aquello a distancias: «Doscientos kilómetros. Nada, después de recorrer miles en su búsqueda». Pero apartaste pronto esa idea de la mente, el siguiente escalón hacia Kehlsteinhaus era Estrasburgo y había que conquistarlo.

En esa ocasión, la vanguardia de la II División Blindada no fuisteis vosotros. No os importaba: en todas las unidades había republicanos españoles aunque sólo sumasen el quince por ciento establecido. Ese había sido el gran acierto de vuestro almirante Buiza, que permitió que no existiese combate contra el III Reich sin un español en la refriega. La entrada en Estrasburgo la protagonizaron las compañías 3.^a y 4.^a del Regimiento de Marcha del Tchad, la subagrupación del coronel Rouvillois. Ellas recogieron vuestro testigo y os revelaron en la punta de lanza.

En la madrugada del 23 de noviembre, con densa niebla y caminos cubiertos de nieve, hielo y barro, se oyó alta y clara la consigna de asalto: —Tissus est dans iode.

Desde el letrero «Nach, Staßburg, 4 km.», que derrumbó el Sherman «Valmy», las dos compañías penetraron en la ciudad en

un avance relámpago sorprendiéndolos a vosotros tanto como a los habitantes, que se desembarazaron a trompicones de sus sábanas. Atravesaron Estrasburgo cortando cualquier defensa de la Wehrmacht, desbordando su resistencia y desplegándose por todos los puentes sobre el río Ill, para alcanzar el viaducto que separa Francia de Alemania y comunica la ciudad con Kehl am Rhein. Unos metros más y hubiesen pisado territorio alemán, pero la orden no lo contemplaba. La sorpresa fue tal, que no tuvieron tiempo de despejar dos aviones del aeropuerto. Los volasteis a cañonazos desde los 57 arrastrados por el «Ebro», el «Guernica» y el «Santander».

Aunque la penetración había sido contundente, el general Vaterrod aún no había presentado la rendición oficial, y los contingentes de infantería nazi se habían atrincherado al sur, al norte y al otro margen del Rin. Por eso, el rastreo por las calles de la ciudad para ahogar cualquier foco de resistencia se convirtió en la misión principal los dos días siguientes. Los Half-Track y Sherman patrullaban las calles y avenidas, las callejuelas y canales del barrio de La Petit France, mientras que las antiguas casas de pescadores, molineros y curtidores de piel, con fachadas repletas de flores y adornos de madera, quedaron a la vigilancia de los *spahis*.

—Precaución, esto no es París —alertó el teniente coronel Joseph Puzt—. Recuerden que Alsacia aportó voluntarios tanto al *Malgré Nous* como al *Malgré Elles*.

Él sabía de lo que hablaba, no sólo por ser la tierra que lo había visto crecer, sino porque conocía a muchos alsacianos, forzados o voluntarios, que habían engrosado las filas de la Wehrmacht y las Waffen-SS en cuanto Alemania invadió Francia. Las propias

fachadas de los edificios lo evidenciaban: ninguna presentaba agujeros de metralla.

El día 24, nada más amanecer, el puente de Kehl voló en mil pedazos y sus enormes columnas quedaron sin comunicación. Los nazis habían cortado el paso hacia Alemania. El rostro enjuto del coronel Rouvillois adquirió un tono severo, como si maldijese el momento en que había obedecido la orden del día anterior, que le había prohibido internarse en territorio alemán. Todos sospechabais lo que eso significaba: otro retraso en la caída de Hitler.

Más tarde seguisteis con vuestras rondas de reconocimiento en el interior de la ciudad y, después del almuerzo, el capitán Castellane ordenó detenerse ante un enorme edificio. Al parecer, había que inspeccionar su interior. Lo primero que os llamó la atención fue el extraño símbolo que lucía en su fachada.

—Parece un churro atravesado por una espada —bromeó Gitano desde el «Santander».

—Es el emblema del «Ahnenerbe» —indicó Reiter, sin que aquello os aclarase gran cosa.

Cuando penetrasteis en sus altos y largos pasillos, alguien apostilló que se trataba de la sede del Instituto Anatómico Forense. Revisasteis sala por sala. Alambiques, frascos de formol, libretas de anotaciones, dibujos de la anatomía humana, dos esqueletos de pie sujetos por alambres en lo que debía ser un aula, tubos de ensayo, vitrinas repletas de recipientes de vidrio, papeles tirados..., nada indicaba que aquello fuese algo distinto a un laboratorio con sus salas de estudio.

—Inspeccionemos el sótano —ordenó Reiter.

La 3.ª sección, con los Sten en bandolera, os dirigisteis hacia

las escaleras. De repente, el soldado que había entrado en primer lugar, ascendió los peldaños de tres en tres y vomitó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Campos.

Otra arcada fue su respuesta. Los frijoles en lata del almuerzo quedaron desparramados sobre las baldosas. El muchacho, por su palidez, parecía haber contemplado la resurrección de los muertos. Sus ojos se encontraban hinchados y enrojecidos.

—¡Qué horror! —fue lo único pronunciado por sus labios antes de que el estómago le diera otro vuelco.

Campos, con un gesto de mentón, indicó a Juanito que le acompañara; los demás los seguisteis. Las linternas iluminaron aquella tenebrosidad. Dos cuerpos seccionados por la mitad sobre una camilla de aluminio. Otro, sin cabeza, sumergido en una bañera de cal. En los tres, se notaba que se habían tomado molestias para borrar el número de prisionero asignado en algún campo. En un bote de aluminio, cientos de dientes de oro. Seguisteis avanzando. Fetos en frascos de alcohol, todos con una etiqueta que indicaba las semanas de gestación, parecían miraros sorprendidos. En otra camilla, un cuerpo que sólo conservaba la cabeza, el tronco y el brazo izquierdo con un número de muchas cifras tatuado. Más vómitos y más soldados corriendo escaleras arriba.

—Aquí está el interruptor —oíste a Turuta a tu espalda.

Bombillas rodeadas por conos grises de aluminio se encendieron, proyectando el haz de luz sobre decenas de esqueletos en dos filas. Os aproximasteis. Las caderas más anchas indicaban que a la derecha habían situado a las mujeres. En la base que sujetaba los huesos se podía leer un nombre y una edad.

—Espero que no sea... —murmuró Gitano ante uno de

aquellos esqueletos, señalando el nombre que figuraba en la base.

«Hod. Alter 31», leíste. Cerraste los párpados y te cubriste los ojos con las manos. Clavaste las uñas en tu frente, y fueron descendiendo, dejando tras de sí diez arañazos. La sola idea de que pudiese ser la madre de Eli te atormentó.

—Aquí hay documentos... —dijo Reiter.

Los muchachos lo rodearon. Tú quedaste inmóvil delante de aquel esqueleto como si le lanzaras decenas de preguntas sin obtener respuesta.

—... los firma el director administrativo del «Ahnenerbe», Wolfram Sievers —continuaba Juanito mientras ojeaba unos papeles. Los otros soldados le acercaban unas cuantas hojas diseminadas por el suelo—. Parece que las órdenes iban dirigidas a los doctores August Hirt, Eugen Haagen, Otto Bickenbach... Ácido cianhídrico... Cámaras de gas... —Hizo un silencio y exclamó—: *Mein Gott!*

—¿Qué ocurre? —preguntó Campos.

—Si esto es cierto, pretendían que esos esqueletos fueran una muestra para las generaciones futuras de lo que alguna vez habría sido la exterminada raza judía.

Muchas miradas se dirigieron hacia los huesos: otras cabezas se inclinaron, con los ojos bajos. Se oyó un sollozo. Las palabras posteriores de Reiter captaron aún más tu atención: —Entre los encargados de aportar los cuerpos se encontraban el *Hauptsturmführer* Klaus Barbie y su lugarteniente, el *Obersturmführer* Rudolf Törni. También...

Otra razón más para matarlo, debiste pensar.

—Señores, dejen todo como está —la voz del capitán Castellane, desde el hueco de la escalera, os interrumpió la lectura

—. Una delegación del gobierno francés se dirige hacia aquí para realizar una investigación.

AL DÍA SIGUIENTE, el general Vaterrod capituló sus posiciones en el sur. Debió calcular las fuerzas que le quedaban —apenas una brigada, ya que el resto se había atrincherado en Kehl— y a las que se enfrentaba, vosotros y las divisiones norteamericanas que acudían veloces a reforzaros. Aunque el clima tampoco lo ayudaba, pues una densa niebla envolvió la ciudad imposibilitando el apoyo de la Luftwaffe.

Liberado Estrasburgo, pensasteis que se procedería a otro desfile de la victoria, pero no fue así. El teniente coronel Puzt tenía razón: aquello no era París. El general Leclerc se limitó a ordenar una parada militar en la Plaza Kléber, una amplia explanada abierta en medio de la ciudad. A los Sherman y Half-Track de la subagrupación del coronel Rouvillois les correspondió el honor de circundar la estatua de bronce del general napoleónico Kléber. Leclerc les pasó revista, con el coronel a su izquierda. Los primeros *boinas negras* que saludó fueron a los del «Valmy». El público apenas compareció: un par de miles, calculasteis.

Después de la parada militar, recibisteis una satisfacción: el capitán Dronne regresó de su permiso. De inmediato reunió a La Nueve. Pensasteis que os iba a anunciar la nueva restructuración de efectivos, pero pronto salisteis del error.

—Esto es una despedida. He sido ascendido a comandante y he quedado asignado de adjunto del teniente coronel Joseph Puzt —dijo Dronne, mientras llamaba con gestos a un joven capitán—. Les presento al capitán Dehen, que desde hoy se hará cargo del

mando de La Nueve.

El nuevo oficial, delgado y con un bigote estrecho y muy cuidado, apenas os interesó: vosotros os mandabais a vosotros mismos. Sin embargo, un interrogante planeó al leer el nombre que lucía su *jeep* de mando: «Inzell». Aquella leyenda nada os decía frente al «Mort aux Boches Nach Berlín» que os había acompañado desde París.

El sargento jefe Reiter, como si hubiese adivinado vuestra pregunta, os expuso: —Sospecho que ha colocado el nombre de esa ciudad de Baviera porque, para alcanzarla, hay que atravesar Bad Tölz y diezmar la resistencia de los cadetes de la Academia Militar de las Waffen-SS. —Giró su rostro hacia ti, y te explicó—: Si te interesa, es la anterior a Berchtesgaden.

Si el capitán Dehen quería alcanzar aquella plaza en Baviera, aplastando la guardería de las Waffen-SS, tú más. Ya habías seguido a Leclerc desde Koufra a Estrasburgo, era el momento de escoltar al «Inzell».

LOS DOS PRIMEROS DÍAS, los balcones y ventanas lucieron los retratos de De Gaulle, Churchill y Roosevelt. Luego desaparecieron. Aunque Estrasburgo había sido liberado, algo extraño flotaba con la bruma, como si se tratase de un soplo provisional y la Wehrmacht pudiera regresar acompañada de los siniestros personajes con abrigos negros hasta las botas y el brazalete rojo con la esvástica. Lo sentíais en los rostros de los moradores y en sus gestos. En las ciudades anteriores, ningún soldado había tenido problemas para acudir al mercado negro a por unas medias para su novia o a intercambiar sus botes de

frijoles por cigarrillos. En la capital de Alsacia eso era impensable.

—Se vigilan unos a otros —comentó Gitano.

—Tienen miedo de colaborar con nosotros —añadió Reiter, que junto al teniente coronel Puzt se había convertido en el intérprete de lo que ocurría alrededor—. Piensan que si lo hacen, algún vecino se puede chivar a la Gestapo cuando regresen.

—Aquí no va a regresar nadie, por lo menos vivo —cerró Campos, apretando las mandíbulas.

Desde la muerte de Fábregas, los que más habíais cambiado erais el *adjutant-chef* y tú. Él comenzó a desafiar a la muerte volviéndose más temerario, si es que eso era posible. Limpiar toda la mierda del mundo a base de voluntad y vitalidad parecía ser su lema. Tú te encerraste en tu mundo: Törni, Sophie, tu familia y la batalla de alrededor. Hablabas poco; tal vez lo imprescindible. Hasta las bromas de Gitano y Turuta habían dejado de causarte gracia. Después de contemplar Natzweiler-Struthof y los sótanos del Instituto Anatómico Forense, dos cosas fallecieron, si es que aún permanecían vivas, para los seres humanos: Dios y la piedad hacia cualquiera que defendiera el fascismo y el nazismo.

Si eso había provocado en vosotros la muerte de Fábregas, la enfermedad del teniente Granell dejó sin ataduras a Campos en las filas españolas. La guerra ya no tenía reglas. Por eso aceptó el ofrecimiento de Dronne que había rechazado desde África: crear un Cuerpo Franco a sus órdenes, un ejército privado a imitación de las patrullas volantes en África, que tan buen resultado había producido a los ingleses contra los italianos. Además, formalmente, el canario aún figuraba ingresado en el hospital. Nadie le había dado el alta médica, por lo que no podía regresar oficialmente a la estructura de mando de La Nueve. En realidad

era un espectro: ingresado en un hospital, pero guerreando en Estrasburgo.

—Ausencia de presencia burocrática —definía el teniente Bamba la situación del canario.

Campos era el jefe del Cuerpo Franco; Reiter, Juanito, el segundo al mando; tú, el tercero en el escalafón; después estaban Gitano y Turuta, que iban contigo hasta el infierno, y cuarenta soldados más, entre españoles y franceses. Disponíais de un Half-Track sin nombre y sin registrar, otro fantasma, provisto de ametralladoras del 12.7, un cañón del 57 y munición sin límite. Respondíais directamente ante el comandante Dronne o el teniente coronel Puzt.

Mientras los blindados de la II División Blindada avanzaban y arrebatában ciudades durante el día, vosotros descansabais. La noche era vuestro hábitat. Cuando las luces de los Sherman y Half-Track se apagaban, los aviones de la RAF o de la Luftwaffe ya no comparecían y sólo el fuego artillero iluminaba los cielos, surgíais del averno. Sin cánticos guerreros os introducíais en las líneas enemigas con ramajes en los cascos, tiznados de pólvora, mudos, crueles y veloces. Regresabais al amanecer, imbatibles y manchados de sangre enemiga.

La temperatura había descendido hasta los diez grados bajo cero; los episodios de hipotermia se sucedían en los batallones y no había ropa suficiente para paliarlo: sólo el calor de las balas os revitalizaba. Diciembre hizo su aparición con vuestras fuerzas peleando a las puertas de Obenheim y Boofzheim; alsacianos afines a los nazis peleaban codo a codo con la Wehrmacht. En una semana, la II División había liberado el cinturón norte de Estrasburgo y la bandera tricolor ondeaba en Erstein, Sand,

Benfed, Osthouse y Plobsheim.

Fue en ese momento cuando se sumaron a la defensa de Estrasburgo los partisanos de la Brigada Alsacia-Lorena al mando del coronel *Berger*, nombre de guerra de André Malraux. Sentíais una especial curiosidad por conocerle: no en vano había sido de los primeros intelectuales franceses en ponerse a las órdenes de la II República española y comandar a voluntarios franceses en vuestra Guerra Civil.

—Vaya brigada de mierda —ironizó Gitano—. Está llena de curas y su jefe no para de hacer muecas. Habrá que llamarla la *Brigada de Curones de Berger*.

Tenía razón, muchos de ellos mantenían el alzacuello bajo sus ropas de combate, mientras que la cara de Malraux, azotada por unos tics a los que era difícil acostumbrarse, dejaba ver también los grandes esfuerzos que hacía por controlarlos. Pero lo más importante fue el establecer contacto con españoles que se habían unido a sus filas.

—¡Gudaris de mierda! —exclamó Aguirregoicoa, al comprobar que los republicanos españoles enrolados en la brigada eran católicos nacionalistas vascos. Y, sin entablar conversación con ellos, se alejó rezongando—: Algún día responderéis de la traición en Santoña.

Durante dos noches no salisteis a internaros en las posiciones de la Wehrmacht; preferisteis sentaros alrededor de las fogatas con los compatriotas a intercambiar experiencias.

—Aunque no le caigan bien a Aguirregoicoa —os dijo Larita II—, a estos tipos hay que escucharles. Tienen tanta información como los espías yanquis de la *Officce of Strategie Services*.

Si aquello era cierto, las palabras que oísteis de sus labios os

llegaron como más agua helada en las noches gélidas de Alsacia: —De Gaulle ha ordenado desarmar al Maquis del sur de Francia y ha llegado a un pacto con Franco para imposibilitar cualquier acción guerrillera desde la frontera.

DICIEMBRE DE 1944 anunció uno de los inviernos más crudos que conoció Alsacia. Por las noches, los termómetros oscilaban entre los diez y los veinte grados bajo cero; de día, rondaban el cero absoluto. No había ropa suficiente para abrigaros y los episodios de congelación se daban en vuestras filas. Los médicos debieron amputar no sólo pies o manos, también orejas. Las pistas se encontraban nevadas y congeladas. Los blindados las franqueaban con dificultades y debíais restablecerlos por los senderos, pues más de uno quedaba encallado.

Aquello no paralizó el linaje guerrero de la División, ni mucho menos del Ejército Privado, al contrario: vuestra sangre hervía con el frío. En los días posteriores la bandera tricolor ondeó en Herbsheim, Kogenheim y Friesenheim, y seguíais avanzando.

Vosotros, en el Cuerpo Franco, os internabais de noche en las posiciones alemanas. Los depósitos de combustible eran el objetivo.

«¿Para qué sirve una División Panzer sin gasolina? Para nada, pura chatarra», os decíais. Sigilosos y sin disparar, así penetrabais en sus líneas y liquidabais a los soldados de la Wehrmacht de una puñalada certera en la carótida. Lanzabais granadas o cargas huecas sobre sus reservas y emprendíais la huida de la misma forma. Sólo las explosiones nocturnas anunciaban vuestra posición.

Evitabais las noches claras, aunque en realidad fueran pocas. También aquellas en las que las estelas de los aviones, dibujando cientos de garabatos en combate, las iluminaban más de la cuenta, con riesgo de que pudieran delatar vuestra presencia.

A veces, sobre balsas de madera artesanales, cruzabais el cauce del Rin con precaución para que no volcasen, ya que sus aguas os conducirían a una segura hipotermia. Lo hacíais sobre las zonas que presentaban corrientes, evitando los embalses o retenciones provocadas por rocas o ramajes, ya que las aguas estancadas presentaban hielo en la superficie. Al mismo tiempo, eran las menos vigiladas por los centinelas de la Wehrmacht. Dejabais las tablas en la otra ribera y os adentrabais en las fortificaciones alemanas, reptando, camuflados y esperando que la estela de un avión iluminase algo los frondosos bosques y matorrales. Entonces, las siluetas de los centinelas se dibujaban de un contorno rojizo sobre la mancha negra de la noche. La estela se evapora y regresaba la oscuridad absoluta.

Llegabais hasta ellos y saltabais como alimañas, tapándoles la boca y clavándoles el puñal en la carótida. Después de apoderaros de su armamento, atravesabais sus fronteras. En una ocasión hicisteis prisionero a un coronel, pero ese no era el objetivo prioritario. Los depósitos de combustible, agua o alimentos sí lo eran. No queríais requisárselos, sino destruirlos. La secuencia de explosiones y las altas llamas que escupían motas chispeantes anunciaban a los dos bandos que habíais culminado con éxito la misión.

Así llevabais desde el retorno de Dronne y la creación del Ejército Privado, pero entrasteis en el fatídico e inolvidable 14 de diciembre. El frente se había estancado en Witterheim.

Sospechabais que la II División necesitaría un par de días, a lo sumo tres, para vencer las defensas nazis. Precisabais un audaz golpe de mano que mermase la seguridad alemana. Por eso, cuando la noche extendió el manto protector sobre vosotros, os equipasteis con lanzagranadas, lanzallamas y ametralladoras pesadas. Cada uno de vosotros pujaba con más de quince kilos. Al pequeño Turuta lo liberasteis de ese peso, o no hubiese avanzado ni diez metros, creísteis.

—Llévanos el bocadillo —bromeó Gitano.

Ante esto, Turuta, enfadado, cargó sobre sus hombros una Browning M-2, calibre 50, y prosiguió ruta erguido y sin vacilar.

Lo que más te extrañó de aquella incursión nocturna fue que de la mochila de Campos sobresalía la boquilla de la trompeta de pistones. No alcanzabas a imaginar ninguna razón para que el jefe la portase. Tampoco se lo preguntaste. Hacía ya una eternidad, desde la muerte de Fábregas, que en vuestras filas el verbo había sido sustituido por la pura acción.

El cielo los surcaron decenas de Focke-Wulf Fw 190 y Messerschmitt Me 262 hacia vosotros y, contra ellos, la RAF enviaba Spitfire MK y Havilland Mosquito. Las ametralladoras de 7.70 y cañones del 20 lanzaban trazadas que se cruzaban con las estelas de los aviones. El estruendo de los metales retorciéndose se sumaba a las explosiones y las alturas parecían una pizarra sobre la que se hilvanaban garabatos de colores rojizos y azulados. La tierra, en cambio, permanecía en las sombras para evitar los ataques certeros.

Caminasteis casi treinta kilómetros y penetrasteis en terreno ocupado, como serpientes entre la hierba. Asesinasteis a los centinelas, y aquella decena de hombres murió como se moría en

cualquier noche en esa guerra: con el cuello abierto y rodeados de un charco de sangre. Con calma, colocasteis y apuntasteis el armamento a los objetivos: las bazucas, a los Panzer; los lanzallamas, a los camiones y todoterrenos; las ametralladoras, a las tiendas y barracones. Y al gesto de Campos abristeis fuego y convertisteis el campamento de la Wehrmacht en una inmensa barbacoa.

Al ritmo que explotaban los depósitos de los vehículos y se incendiaban los carros de combate, soldados en llamas corrían hacia el Rin, pero nunca llegaron. Un batallón de las Waffen-SS había sido aniquilado y sobre sus cadáveres se alzó una enorme nube negra que ascendió hacia los cielos, fortificándolos. Los aviones viraron para no cruzar el nubarrón en su trayectoria.

Era el momento de la retirada, pero Campos os detuvo para anunciaros: —No regreso con vosotros.

El desconcierto se adivinó bajo los trazos negruzcos pintados en vuestros rostros. El mutismo le obligó a explicarse: —Ya no me siento cómodo luchando en las filas de Francia. De Gaulle nos ha traicionado, desarmó al Maquis y pactó con Franco. Creo que nadie va a invadir España cuando se termine la guerra.

—Nos necesitan para... —interrumpiste.

Campos sonrió y prosiguió calmo:

—Desde París, Bête, miles de jóvenes franceses solicitan enrolarse. Pueden prescindir sin problemas de nosotros. —Su rostro se endureció para añadir—: Los héroes regresarán a las puertas de las fábricas a solicitar trabajo por dos monedas.

—Yo no... —alegó Reiter—. Sabes que he de entrar en Alemania.

—Lo sé.

—He de... —balbuceaste— alcanzar el Nido de...

—También lo sé. No estoy pidiendo a nadie que me acompañe.

—La II División Blindada entrará en España —aseguraste.

Sonrió de nuevo.

—Si eso es así, querido Bête, mira a tu rebufo y verás las hordas de barbudos sumándose.

—¿Qué va a hacer, jefe? —preguntaste.

—Lo ignoro. Tal vez me una a la guerrilla antifranquista en los montes de España o regrese a Orán o me pierda en cualquier tugurio de París con mi trompeta. Lo único que tengo claro es que he de tomarme un descanso para meditar sobre todo esto.

—¿Si Dronne preguntase por usted?

—Decidle que caí en una emboscada.

Llevó la mano derecha hacia su casco y las yemas de sus dedos lo tocaron.

—Ha sido un honor combatir a vuestro lado.

Se giró y se perdió en la noche. Imposible localizarlo si él no quería.

Al cabo de seis horas serpenteando, con la brújula como único guía, pues los cielos atrincherados habían ocultado la Polar, arribasteis a vuestras posiciones. Al veros, Dronne se dirigió hacia vosotros. La mayoría intentó esquivarlo, pero tú no pudiste, pues parecía que te buscaba.

—Sargento, ¿dónde está Campos?

—Cayó en una emboscada, mi comandante. No pudimos recuperar su cuerpo.

Cabizbajo, con la sospecha de que no te había creído, te alejaste.

OTROS FRENTES

EN LA ANTESALA DEL DESPACHO de Eisenhower, el general Patton esperaba a su jefe y amigo. Detrás de él, un capitán y una secretaria fisgaban con mirada huidiza las cachas de madreperla de su ya célebre Colt 45 y su característico uniforme: botas de jinete, pantalones *breeches* de montar y guerrera marrón laureada con decenas de medallas. A Patton no le molestaba el escrutinio, al contrario, por lo que se mantuvo frente al ventanal contemplando la instrucción de los nuevos reclutas en el patio de armas coronado por la bandera de las barras y estrellas.

De repente se abrió una puerta a su espalda. Dos tipos con gafas oscuras y trajes de color gris diplomático escoltaban a un jefe de la Gestapo hacia el exterior. «Está claro que son de la *Officce of Strategie Services*», se dijo. «Bah, cosas de espías».

—George —llamó Eisenhower—, acompáñame. Churchill acaba de llegar.

Se encaminaron por el largo pasillo a grandes zancadas y, antes de alcanzar la sala de reuniones, Patton preguntó: —¿Quién era ese nazi?

—Pareces un predicador —afirmó Eisenhower eludiendo la pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Tu felicitación de Navidad a los soldados: «Armados de Tu Poder, caminaremos de victoria en victoria... Amén».

—Es para recordarles que Dios está con los buenos...

—Eso espero —dijo Eisenhower, en el quicio de la estancia.

Patton colocó la mano en el antebrazo de su jefe un instante y le susurró: —No te olvides de presentar una queja por dejarme sin gasolina en la toma de Metz. Seguro que fue para beneficiar al de la seta en la cabeza.

En el interior, los esperaban Charles de Gaulle, presidente provisional de Francia, y Churchill, acompañados de su séquito, con Montgomery a la cabeza. Después de los saludos de rigor, se sentaron alrededor de una mesa ovalada. El Primer Ministro inglés tomó la palabra: —Como ha comprobado —dijo calmo, entrecruzando los dedos y dirigiéndose a Eisenhower—, he aceptado su requerimiento de que me persone en esta reunión. Estoy impaciente por escucharle.

Visiblemente nervioso, el general norteamericano se levantó de su sillón y, mientras paseaba por detrás de los asistentes, expuso: —La situación es grave. Hitler ha lanzado una ofensiva desde las Ardenas con casi dos millares de modernos blindados, mil quinientas piezas de artillería y fuerzas aerotransportadas: medio millón de soldados. Su intención es embolsar a las tropas inglesas y repetir Dunkerque. En estos momentos se encuentra a

cien kilómetros de Amberes. Para repeler tal avance, necesitamos de todos los Cuerpos de Ejército disponibles.

—¿Tan grave es? —preguntó un desconcertado Churchill.

Las miradas convergieron en Patton, que respondió:

—Sí. No sé de dónde ha sacado tanta fuerza ese hijo de puta.

Churchill miró a Montgomery, que asentía, y, dirigiéndose a Eisenhower, añadió: —¿Qué propone usted?

—Que haga entrar en razón a De Gaulle. Tiene más de doscientos mil soldados en Alsacia, con dos divisiones blindadas. Ha de evacuar la región y dirigirlos hacia el norte, para reforzar a las tropas angloamericanas en la frontera con Bélgica.

Churchill se giró hacia De Gaulle, esperando su respuesta. El general francés clavó sus ojos en Eisenhower.

—Mi postura sigue siendo negativa —expresó rotundo—. Los alemanes se encuentran en Colmar en una bolsa; si las tropas francesas salen de Alsacia, en menos de unas horas será ocupada de nuevo por la Wehrmacht y luego será imposible echarlos.

—Perfecto, eso es lo que pretendo. De esa manera necesitarían emplear varias divisiones y aflojaría un poco el frente de las Ardenas.

—Me niego.

—O cumple mi orden o ya no se les suministrará más combustible ni armamento ni munición —amenazó Eisenhower, señalándole con el dedo.

De Gaulle se puso de pie y devolviéndole el gesto, le gritó:

—Si lo hace, daré órdenes para que los norteamericanos no puedan utilizar los ferrocarriles ni las carreteras ni los puentes de Francia.

—Calma, señores —dijo Churchill, sin moverse de su asiento, y,

gesticulando, exhortó a los dos generales para que regresasen a sus sillones. Después, dirigiéndose a Montgomery, preguntó—: ¿Habría alguna salida para desbloquear esto?

El mariscal inglés sacó la pipa de su boca y la depositó encima de la mesa.

—Comprendo ambos planteamientos —murmuró, como hablando consigo mismo—. Es lógico que De Gaulle no quiera dejar de nuevo Alsacia a los alemanes, pero Eisenhower también tiene razón cuando dice que hay que liberar de presión el frente de las Ardenas...

En ese momento entró un bedel en la sala, se dirigió a Churchill y le anunció algo. El Primer Ministro asintió mientras el mariscal inglés continuaba exponiendo su estrategia en voz alta, dirigiéndose a De Gaulle: —... Creo que usted, sin abandonar Alsacia, puede dirigir la II División Blindada al norte y ofrecernos cobertura de blindados en nuestra retaguardia. Así estaríamos seguros de que no serán capaces de una maniobra envolvente en cuña. Si a ello sumamos a los rusos lanzando una ofensiva hacia Alemania, el frente de las Ardenas aflojaría el empuje y evitaríamos la llegada de refuerzos...

—Eso ya lo había pensado yo —interrumpió categórico Eisenhower—. Incluso se lo dije así a Churchill, pero ¿quién nos asegura que Stalin colaborará? De momento, lanza ataques hacia Rumanía y Hungría como si no le importase entrar en Polonia.

—Creo que vamos acercando posturas —intervino un Churchill relajado—. Como usted bien dice, sólo nos falta Stalin. Hace días le hice llegar un mensaje sobre el particular y aquí tenemos la respuesta. —Hizo un gesto al bedel, que había permanecido a su lado. Entonces, este se encaminó hacia la puerta.

Al abrirla, un militar soviético accedió a la sala acompañado de tres escoltas. «Joder, esto parece la guerra de los espías», farfulló Patton para sí.

—Señores, les presento al general Vladimir Serguéi.

Después de los saludos de rigor, desplegaron planos de los frentes abiertos en Europa contra el III Reich. El recién llegado expuso la posición del Kremlin, y concluyó: —Tienen la palabra de Stalin de que avanzaremos sin detenernos a lo largo de todo el frente oriental. Hasta es posible que Varsovia sea liberada en unos días.

—¿Qué quieren a cambio? —preguntó Eisenhower, ladeando la cabeza.

El general soviético sonrió.

—El honor de entrar en Roma le correspondió a ustedes —respondió con flema—. La entrada en Túnez, a los ingleses. París y Estrasburgo, a los franceses. Queremos ser los primeros en Berlín.

Tras una breve pausa y abarcando a los presentes con la mirada, Churchill consultó: —¿Algún problema?

Todos negaron con la cabeza. El general soviético sonrió, extrajo un botellín de vodka de su gabán y, alzándolo, deseó: —Por la victoria en las Ardenas y la caída de Berlín. —Y dio un trago.

Después de una hora, en la que ultimaron los pormenores de las operaciones conjuntas, los asistentes se disponían a marchar, cuando Vladimir Serguéi se dirigió a De Gaulle y le entregó un sobre: —Le pediría, como favor personal, que hiciese llegar esta carta a un soldado español.

«Nicolás Ardura. II División Blindada de la Francia Libre», leyó el general francés. Giró la misiva. «Antonio Ardura. Regimiento Kirov de Carros de Combate. URSS».

—Esto es inusual —contestó De Gaulle, extrañado.

—Lo sé, pero es una promesa a mi ahijada, la teniente coronel Julia Natalinova. —Extrajo de su guerrera otro sobre pequeño con la hoz y el martillo grabados y se lo tendió al general galo, diciéndole—: En agradecimiento, le entrego una invitación personal de Stalin para que visite Moscú.

Cuando todos los demás abandonaron la estancia, Eisenhower quedó a solas con Patton, y, encendiendo un Lucky Strike, comentó: —Has estado muy callado.

—No tenía nada que decir. Además, se veía que Churchill lo tenía ya todo bien atado.

—El que me saca de quicio es el otro. El *Cruz de Lorena*. —Y dio una calada.

—Ya. Pues a mí, el listo de la seta negra en la cabeza —farfulló Patton, para añadir—: Ya veo que todos han tenido el honor de entrar los primeros en alguna ciudad. ¿Cuál es la mía, Ike?

El otro sonrió, y le dijo:

—¿Te gusta Praga?

—Me gusta. —Y extrajo un puro de su guerrera.

—Pues, entonces, que no se hable más. Lanza nuestras tropas contra los nazis en las Ardenas, que Leclerc os cubra el flanco sur y que los rusos avancen hacia Varsovia.

—Una cosa más. Estoy harto de oír a nuestros coroneles y generales diciendo por las emisoras: «Mantenemos nuestra posición». Hazles llegar que nosotros no mantenemos nada, eso que lo hagan los alemanes. Nosotros avanzamos.

Eisenhower asintió. Patton encendió el habano y, después de una calada, le preguntó: —A propósito, ¿quién era ese nazi al que acompañaban nuestros espías?

—Klaus Barbie.

—El Carnicero de... —balbuceó Patton y, pálido, se dejó caer en un sillón.

—Sí, George. Para sobrevivir hay que saber pelear, pero para ganar una guerra hay que saber mentir. —Y le tendió un plano en el que se veía la distribución de todas las divisiones Waffen-SS.

—¿Qué le prometiste a cambio? —preguntó Patton, sin que el color lápida abandonase su rostro.

—Una nueva identidad y esconderlo en algún lugar del mundo sin convenio de extradición con Francia. Además de...

—¿Todavía hay más? —murmuró un Patton atónito.

—Sí, le hemos prometido que llegaremos antes que los franceses al Nido de Águila. De ese modo no ajusticiarán a su lugarteniente, un tal Rudolf Törni. Así que ya sabes, George, cuando avances hacia Praga, no te olvides de ocupar antes que nadie Berchtesgaden.

El general del revólver de las cachas de nácar se alzó del sillón, llevó el puro a la boca y preguntó con un gesto de desagrado: —Primero, Lucky Luciano; ahora, Klaus Barbie; luego, Rudolf Törni. ¿Quién será el próximo, Ike? ¿Franco?

LA INCOMUNICACIÓN fue el primer síntoma de que algo ocurriría: los cables del tendido telefónico habían sido cortados. Dos mil Panzer salieron del bosque de las Ardenas derrumbando abetos como si fueran cerillas y salpicando nieve al medio millón de soldados que los escoltaban. Al mismo tiempo, los terrenos alrededor del Mosa —hasta las ciénagas— fueron acogiendo a miles de paracaidistas a las órdenes del barón Von der Heydre, que dirigía su unidad como

un jefe apache bajo el lema: «Tu máxima aspiración es entrar en combate».

Los soldados de las Waffen-SS se extendieron a lo largo de la frontera francesa con Bélgica y Luxemburgo como un ejército de termitas en busca de madera. La operación «Wacht am Reim» dirigida por el general Gerd von Rundstedt estaba resultado un éxito: el 5.º Ejército Panzer se encontraba a casi cien kilómetros de Amberes, amenazaba con atravesar el Mosela y ya había capturado a más de siete mil soldados norteamericanos. Aquel avance recordaba al de 1940, cuando Alemania invadió Francia y condenó a las tropas inglesas y galas a la huida vergonzante por Dunkerque. En aquellos momentos, si recorrían unos kilómetros más, las fuerzas británicas de la costa se encontrarían en una situación similar.

Entre las divisiones de las Waffen-SS se encontraba la División Wallonien-SS, mandada por el líder rexista Degrelle. Integrada en ella, la Unidad Izquierda: tres compañías de voluntarios españoles, antiguos combatientes de la extinta División Azul, que, a falta de otros símbolos, habían adoptado la Cruz de San Andrés como grímpola. Junto a ellos militaba el camarada Ricardo, ascendido al puesto de teniente.

La Unidad, oculta con impermeables blancos de camuflaje tras los arbustos que poblaban las suaves lomas, esperaba la entrada de una columna yanqui en el desfiladero para saltar sobre ella y aniquilarla. Llevaban horas embozados y, aunque apenas se encontraban a seiscientos metros sobre el nivel del mar, sus botas se humedecían con la nieve que inundaba las laderas. El aliento era vaho y el aire gélido cortaba los labios. No se lamentaban: más habían sufrido en la superficie del lago limen o en Krasnyj Bor.

Agazapado en aquella posición, el teniente Ricardo evocaba los meses anteriores, desde lo ocurrido en la Estación Norte hasta Hendaya. Los treinta y siete excombatientes atravesaron la frontera por rutas prohibidas y sólo conocidas por los estraperlistas, eludiendo los puestos de vigilancia de guardias civiles y gendarmes. Enlazaron en Francia con elementos afines al III Reich y el propio Hitler los recibió en Berlín. A continuación les otorgó la nacionalidad alemana. «Construya una unidad de españoles afectos a la nueva Alemania», le había encargado el Führer a Miguel Ezquerra, al que ascendió a teniente coronel. Y ya eran un batallón: cuatrocientos.

De todo ello, lo que más dolor le causaba a Ricardo era que su antigua patria los hubiese condenado al olvido y no pudiese lucir su bandera. Hasta los cánticos divisionarios fueron sustituidos por los himnos alemanes. El *Rot scheint die Sonne* era su favorito. No en vano era el elegido por los paracaidistas de élite del 6.º Regimiento, el del barón Heydre, quienes lo coreaban a todo pulmón. También le gustaban sus diez mandamientos, sobre todo el primero, «Eres la élite del ejército alemán», y el último: «No hay rendición. Es una cuestión de honor».

La columna norteamericana se acercaba. Ochocientos soldados, calcularon. Por la forma de marchar aventuraron que no se trataba de una unidad de vanguardia, más bien indicaba tropa inexperta. Serían un blanco fácil.

—Recuerden nuestras órdenes —dijo Ezquerra a sus capitanes—: Si vencemos, directos a París. En caso contrario, retrocederemos a Berlín para reforzar el cinturón de hierro alrededor del Führer.

Los oficiales asintieron —sabían que Hitler no se fiaba casi de

nadie, pero de ellos sí— y después, en un gesto reflejo, algunos se palparon el bolsillo de la guerrera. Ricardo los imitó. Sí, la Píldora L estaba donde debía. «Antes de caer prisioneros, quebradla en la boca. El cianuro evitará que el oxígeno os llegue a las células. Primero morirá el cerebro, y luego se detendrá el corazón».

La columna norteamericana ya se encontraba en su línea de tiro, pero no había que arriesgar vidas humanas. El trabajo le correspondía a la novísima arma de guerra: el Goliath. Tres de esos mortíferos diseños que imitaban a Panzer enanos, de sólo un metro de longitud y cuarenta centímetros de altura, cargados con más de cien kilos de TNT y accionados por control remoto, descendieron por la ladera para alcanzar al regimiento en la retaguardia, el centro y el frente.

Un soldado norteamericano los vio y dio la voz de alarma. Otro saltó sobre el Goliath del final y le arrancó los tres filamentos de cable telefónico que le suministraban las órdenes. El Goliath quedó inutilizado y se detuvo. Los otros dos explotaron, anunciando el asalto de la Unidad Izquierda sobre la columna.

Trescientos norteamericanos muertos; el resto, cautivo. De momento, el objetivo seguía siendo París.

AL SUDESTE DE LOS PANTANOS DE PEIPIAT, exactamente en la linde del espeso bosque con la ciudad de Pinsk, en el inicio de la línea férrea que la comunica con Varsovia, se encontraba el Regimiento Kirov. Los soldados del Ejército Rojo ultimaban la preparación de los T-34 : apretaron los pernos de las cadenas, cargaron bidones de combustible en los lomos de los blindados, ajustaron los visores, revisaron el aceite de los motores, engrasaron la escotilla y el eje

de la torreta y almacenaron los obuses en el interior de aquellas máquinas de muerte. La orden de marcha se esperaba en cualquier momento.

—¿Todo listo, Ardura?

Tu padre no necesitaba voltearse para reconocer la voz del único oficial español en el regimiento.

—Todo listo, teniente Ibárruri.

El oficial se quitó los guantes y, antes de sacar su paquete de *Papirosas*, echó el aliento sobre sus manos, que frotó.

—«Flor Herzegovina» —exclamó tu padre al ver el tabaco—. El que le gusta a Stalin.

El teniente sonrió y le ofreció un cigarro. Después de la primera calada, le preguntó: —Ahora que nombra a Stalin, ¿qué opina de los nuevos IS-2?

—Prefiero el viejo y fiel T-34 —respondió tu padre, y acarició una cadena del carro de combate.

—Pero si el T-34 es pura chatarra comparado con el IS-2...

—Tal vez, pero el IS-2 sólo puede transportar veintiocho proyectiles; en la primera embestida se gastan y ha de retirarse.

—En eso tiene usted razón. Ese enorme cañón de 122 también tiene sus inconvenientes...

Prosiguieron hablando sobre las cualidades de los carros hasta que la *Papirosa* llegó a su fin y, antes de marchar, el teniente le preguntó: —Al final, ¿me hizo caso?

—Sí. Natalinova le entregó la carta a un general que se dirigía a una reunión con los Aliados.

—Ah, sí. Su padrino, Vladimir Serguéi. ¿Ya obtuvo respuesta? —Tu padre negó con la cabeza—. No desespere, ya verá como...

No pudo continuar pues la teniente coronel Julia Natalinova se

aproximaba hacia la cabeza del regimiento gritando órdenes a sus comandantes.

—Me parece que salimos. Suerte, Ardura.

—Suerte a usted también.

El motor del «Kirov» rugió y el otro centenar de carros se unió al estruendo. Natalinova trepó a la torreta y asomó la cabeza dirigiéndola hacia el interior.

—¿Preparados?

Tu padre asintió.

—Al parecer, los norteamericanos se lanzan hacia Berlín en tres fases —explicó Julia mientras se introducía en el vientre del carro—: Cruzar el Rin, envolver el Ruhr y avanzar hasta enlazar con nosotros.

—¿Quién entrará primero en Berlín?

—El honor es del Ejército Rojo.

La teniente coronel se colocó los cascos para oír la emisora y comunicarse mejor con los otros blindados. Antes de emitir ninguna orden, le dijo a tu padre: —Ah, mi padrino le entregó tu carta al mismo De Gaulle.

Una sonrisa cortó el rostro de tu padre, antes de que la orden de Julia Natalinova se oyese en las radios de los T-34 del regimiento: —Rumbo a Berlín, con parada en Varsovia.

AQUELLA MAÑANA EN TOULOUSE, el viento del norte no sólo transportaba el frío de la Europa central, también parecía arrastrar partículas de la pólvora quemada en sus desfiladeros. En el Pont-Neuf, sobre el Garona, la masa fría de aire anticiclónica ralentizaba el paso de los peatones sin alcanzar la virulencia del

austral, el viento del diablo, que hasta desecaba las tierras y arrancaba la vegetación.

Tres figuras cruzaban el puente hacia el barrio de Cours Dillon, dando la espalda al casco viejo y a sus monumentos de fachadas rosadas. Mimy Romaguera, con el cabello revuelto, se agarraba con fuerza al brazo de Cristino, que cojeaba. A su lado caminaba José Vitini, con las manos en los bolsos del tabardo.

—¿Qué tal va la pierna? —preguntó Vitini.

—No es nada —respondió Cristino—. La herida fue limpia. Unas semanas recorriendo la Ciudad Rosa y como nuevo.

—La verdad es que siempre tuviste razón y la invasión del Valle de Arán era una locura.

—Demasiada suerte tuvisteis —interrumpió Mimy—. Esa bala, aunque te destrozó el peroné, te salvó la vida.

—Cada vez que lo pienso... —dijo Cristino y detuvo el paso. Su mirada se dirigió a las aguas del Garona y añadió—: Seiscientos muertos para nada.

Vitini se colocó a su lado en la barandilla. Sacó un cigarro y, después de tres cerillas, lo prendió. Al expulsar el humo, expuso reflexivo: —Fue al traspasar el túnel de Viella cuando nos dimos cuenta de que aquello estaba perdido. Nosotros con subfusiles y ametralladoras y el general Moscardó esperándonos con cincuenta mil soldados, carros de combate y artillería pesada...

—Creo que lo peor no fue eso —interrumpió Cristino.

—¿A qué te refieres?

—Analiza las consecuencias: Franco ha vendido al pueblo español nuestra derrota definitiva; a De Gaulle le ha servido de excusa para ordenar el desarme de la guerrilla y así evita una sublevación contra él. Unido a esto, Franco ha conseguido que De

Gaulle reconozca su régimen.

—Lo sé. Por eso creo que la única solución es entrar en España y organizar la resistencia desde el interior.

—¿No pensaréis en...? —balbuceó atónita Mimy.

—Tranquila —calmó Vitini y, sumando una sonrisa, añadió—: Por nada del mundo destrozaría la luna de miel de unos recién casados.

—¿Lo tienes decidido? —preguntó Cristino.

—Sí. Mañana salgo para Barcelona, después a Madrid.

—¿Ya tienes lo contactos?

—Nada más llegar he de enlazar con un tal Marino en la Estación Norte. Al parecer lo reconoceré enseguida, lleva un parche en el ojo.

—¿Cuál será la misión?

—Organizar y fortalecer la guerrilla urbana. —Dio la última calada al cigarro, arrojó la colilla a las aguas del Girona y continuó —: Nos vamos a llamar los *Cazadores de la Ciudad*.

OFENSIVA NAZI

NO SÓLO EL FRENTE en la frontera belga se había visto desbordado por la ofensiva en las Ardenas; también las fuerzas destacadas en Alsacia, tanto en la bolsa de Colmar, al sur de Estrasburgo, como en la de Haguenau, a sesenta kilómetros al norte, habían recrudecido sus ataques. La orden llegó a todas vuestras unidades: «Abandonen Estrasburgo y diríjanse a cerrar el franco sur del ejército norteamericano».

Tres días antes de Nochebuena, la Legión Extranjera ocupó las calles y avenidas de la capital de Alsacia relevándoos en la defensa de la ciudad. Otra vez te encontraste con Fran.

—Hermanito, Estrasburgo es cosa nuestra. Me parece que necesitan vuestros blindados en las afueras.

Apenas os visteis unos minutos, pero fueron suficientes para que le contaras lo del campo de Natzweiler-Struthof y la salida del *Obersturmführer* hacia el Nido de Águila.

—Da igual donde se esconda. Respecto de él y de su jefe Klaus Barbie, De Gaulle ha dado orden de capturarlos vivos o muertos. Es cuestión de tiempo, Nico.

Aquellas fueron las últimas palabras de Fran, antes de que los cuatro mil doscientos vehículos de la II División Blindada emprendieran rumbo a Séléstat. La ocupasteis sin apenas resistencia. La ciudad había recibido el castigo de los bombardeos de la RAF. Las viviendas de entramados de madera, el célebre tocado alsaciano, habían desaparecido del paisaje. En lo alto del promontorio rocoso que escoltaba la comuna, las murallas intactas del castillo de Haut-Koenigsbrurg, morada de la aristocracia de la Wehrmacht durante cuatro años, os dieron la bienvenida.

De nuevo hubo que conquistar Erstein y Kogenheim atravesando alambradas y terreno minado. Después, la batalla se centró en Ebersmunster. El año nuevo os sorprendió en las afueras de Gros-Rederching y Kilstett, para continuar el avance hacia Huttenheim y Elsenheim. Las escenas en esas ciudades se repitieron: la nieve las cubría con más de medio metro de espesor; las calles aparecían oscuras y heladas; las viviendas carecían de agua corriente y las cañerías estaban congeladas; los muertos yacían entre la basura y los vivos, faltos de comida, luz y agua, apretujados en sótanos. En algunos pueblos limítrofes, el castigo de la RAF fue tan terrible que no podíais distinguir los escombros de los edificios de las aceras.

Los muchachos amortiguaban el frío con *schnaps*, el aguardiente casero alsaciano.

—Demasiado dulce para mi gusto —afirmaba Gitano cada vez que daba un trago a la botella.

Aunque no os podíais fiar de muchos de los vecinos que os recibían, los dulces que horneaban en sus viviendas se convirtieron en tu debilidad: los pastelitos y, sobre todo, los *bredele* —aquellas pastas rellenas de mermelada o picado de frutos secos moldeadas de mil formas—; los huevos y las liebres de chocolate colmaron cualquiera de tus antojos. Hasta le cogiste gusto al queso *munster*, elevado a la categoría de manjar frente a los botes de frijoles y la leche en polvo.

Enero de 1945 había comenzado con uno de los inviernos más crudos que se recordaran en las tierras de Alsacia. Las temperaturas se habían instalado en los veinte grados bajo cero. Los episodios de hipotermia se sucedían entre los soldados y el frío se convirtió en el peor enemigo. Ni siquiera los largos tragos de *schnaps* os caldeaban. Las latas de carne y judías estaban heladas. Hasta se congelaba el vino que guardabais en un odre. Gitano lo cortó y lo troceó en pedazos del tamaño de una manzana. Os los fue pasando a cada uno de los integrantes del «Santander» para que pudierais chuparlos.

Al amanecer, las piezas de artillería y los blindados presentaban capas de hielo que en ocasiones inutilizaban los motores. Toda la ropa era insuficiente para proteger las articulaciones y evitar que se anquilaran. Aunque los cielos no se despejaron, cientos de aviones ingleses y norteamericanos, con escarcha en sus alas, los surcaban a diario para operaciones de hostigamiento en el epicentro del imperio del III Reich.

La batalla en Alsacia se convirtió en la más cruenta que jamás conocisteis. A la gran ofensiva nazi y el frío, se unía otro factor enemigo relacionado con la población. Era preciso desconfiar de ellos; muchos trabajaban en apoyo del III Reich y en vuestras filas

y en las instalaciones francesas se sucedían los sabotajes. A los elementos afines a los nazis había que sumar los *durmientes*, agentes infiltrados entre la población que esperaban el mejor momento para boicotear el avance o atentar contra vuestra vida.

Así fue el mes de enero: *schnaps*, sangre, muerte, frío, alambradas, campos minados y combates interminables con la Wehrmacht. A finales de mes se produjo la violenta batalla en las Cruces 177, tanto en el norte como en el sur. Los obuses surcaron el cielo, entre los copos de nieve que blanqueaban el aire y los caminos helados y embarrados que dificultaban el avance de unos blindados a los que había que cuidar, pues el agua de sus motores se congelaba, el fuselaje quemaba y hasta las cadenas de los semiorugas especiales resbalaban. Incluso las acciones de comando en la retaguardia nazi se convirtieron en algo imposible.

Superadas las trincheras alemanas en las Cruces, os dirigisteis a Grussenheim. Ibais en vanguardia, en la subagrupación del teniente coronel Puzt. De repente, un fuego de artillería pesada os saludó a la entrada de la ciudad. Varios carros inutilizados y soldados heridos o muertos cubrían los campos nevados y las acequias heladas. Puzt, ajeno al contraataque, os exhortaba desde su todoterreno.

—*En avant! En avant!*

Entrasteis en Grussenheim, bajo la niebla, el hielo y los copos de nieve, desbordando los blocaos alemanes. Ya sólo os quedaba diezmar a los *snipers* y pequeños focos de resistencia. De improviso, una bala invisible surcó el cielo e impactó en el pecho de Puzt. El teniente coronel cayó del *jeep* y rodó hasta la cuneta entre el fango nevado. Saltasteis a socorrerlo.

—¡No! ¡Puzt, no! —gritaste.

Intento inútil. El amigo, el jefe, el compañero desde la Guerra Civil, había muerto. No tuvisteis tiempo para llorarle; la artillería nazi no os dio la oportunidad.

Aunque la adrenalina fluyó por vuestros cerebros llevándoos a atacar con más rabia a la Wehrmacht, la desazón inundó vuestras almas. El educador de hombres, después de cuatro guerras —la Gran Guerra, la Guerra Civil de España, la del norte de África y la de Francia— había muerto sin ver Alsacia liberada. Tal vez ese honor os correspondería a vosotros.

Conquistada Grussenheim, lo enterrasteis bajo la nieve, con su fusil y su casco coronando su tumba. La leyenda «Entrenador de hombres» en su cruz jalonó el camino entre Alsacia y Berlín. Y los españoles lo despedisteis con unas palabras del teniente Bamba:

Nos encontramos con este comandante,
bajo la luz de los dinamiteros,
en los caminos de España, en avant!

Al término del poema, el comandante Dronne dijo en voz alta:

—No lloréis mi muerte. Proseguid la lucha. Adelante, adelante siempre, por encima de las tumbas...

—No es suyo. Es de Goethe —murmuró el teniente Bamba, que no desaprovechaba ocasión para meterse con Dronne desde el incidente de Normandía.

Los mejores educadores y líderes de luchadores caían en las trincheras sin relevo; la desmoralización se notaba en vuestros rostros. A Puzt teníais que entregarle Alsacia liberada: era lo mínimo que le debíais y os lanzasteis hacia Ohnenheim. Luego le siguieron Jepsheim y Heuf-Brisach. Algolsheim y Balgav cayeron en vuestras manos el mismo día que os llegó la noticia de que la bolsa de Colmar, al sur de Alsacia, había capitulado ante las fuerzas del I

Ejército francés del general Lattre. La liberación del último reducto nazi en Francia era cuestión de horas o días, pero resultaba escalofriante contemplar las llanuras de Alsacia y sus pueblos. Muchos habían desaparecido bajo los cientos de bombas, y la llanura, que se extendía desde los Voscos al este y los montes Jura al sur, parecía haberse transformado en un profundo valle oscuro.

Recordarás la noche del día 3 de febrero. Aniquilada la bolsa de Colmar, sólo os quedaba la de Haguenau y en esos momentos os preparabais para el asalto esperando las órdenes del jefe de batallón. El aguacero no os daba tregua y los caminos y campos embarrados hacían creer al mundo que aquello era la resurrección de la larga línea de blocaos y la interminable espera en las trincheras de la guerra del 14.

Muerto Puzt, el comandante Dronne había asumido el mando del III Batallón de forma interina. Antes de que pudiera comunicaros cuáles serían los pasos en el siguiente asalto, a vuestro campamento arribó un *jeep* con la Cruz de Lorena pintada en las puertas. Descendieron dos oficiales y se dirigieron a Dronne.

—Mi comandante —dijo el mayor de los dos—, le presento al *souslieutenat* Carlos Iriarte. Viene a incorporarse a una de sus unidades.

Dronne le miró de los pies a la cabeza y se detuvo en su rostro: afeitado, perfumado y aniñado. Después se detuvo en sus manos: demasiado delicadas, se dijo.

—Yo no he pedido a nadie —exclamó Dronne.

—Es que... —balbuceó el que había hablado antes—, en su día había solicitado a Leclerc la incorporación a la II División y...

—Le repito que yo no he pedido a nadie —afirmó el comandante y, enojado, concluyó—: Así que por donde ha venido

se va.

Los recién llegados se miraron. El que llevaba la voz cantante solicitó a Dronne: —Si nos lo permite, pasamos con ustedes la noche hasta que deje de llover. Mañana regresaremos a París.

Dronne asintió y, con un gesto brusco, les invitó a que le acompañaran en la mesa. Al sentarse, le preguntó al oficial con rostro de niño: —¿Dónde estaba destinado?

—Fui oficial de enlace con el general Bradley. Conocí a Leclerc el día que se presentó en el cuartel general a solicitar el permiso para avanzar sobre París y...

—Ya —exclamó Dronne—. Ahora quiere su momento de gloria. En fin, ¿cómo terminó de enlace?

—Hablo inglés y francés. Así que el Estado Mayor consideró que ese era el puesto más adecuado para mí. Pero yo también quiero contribuir a liberar Francia.

Dronne rellenó de tabaco la pipa y, antes de acercarle el fósforo, le preguntó: —Habla un francés con un deje extraño. ¿De qué parte es usted?

—En realidad soy argentino.

—¿Argentino? —preguntó atónito Dronne. Carlos Iriarte asintió y el comandante balbuceó—: Luego... habla usted castellano... —Iriarte sonrió y volvió a asentir. Dronne se levantó y sentenció—: Está decidido, usted se queda aquí. Venga conmigo, que le voy a presentar a su sección.

El comandante ordenó al capitán Dehen que formase a La Nueve. Esa era la tónica general entre vosotros: ante cualquier incorporación reunían a la compañía y os presentaban al nuevo integrante. Dronne, acompañado de Dehen, hizo los honores con el joven oficial. Cuando Gitano identificó al aniñado *souslieutenat*,

habló lo suficientemente fuerte para que el nuevo lo oyera: —Ese tipo era el chófer del comandante Lambert en París —dijo—. Se dedicaba a pasearlo con Marlene Dietrich. Más de una vez lo vi esperarlos en la puerta del Ritz.

En una unidad compuesta por bragados dinamiteros forjados en cientos de batallas, aquellas palabras mostraban que Campos estaba en lo cierto cuando os dijo: «Ya no nos necesitan». Y la desfachatez llegaba hasta sustituir vuestros gladiadores muertos por oficiales en apariencia pusilánimes.

Iriarte, poniéndose de pronto de pie, le solicitó a Dronne:

—¿Puedo hablar con mis hombres?

El comandante asintió y os señaló con la pipa, invitándole a ello. El *souslieutenat* se volvió entonces hacia vosotros.

—He pedido voluntariamente este destino —dijo en castellano, lo que reclamó vuestra atención—. Hasta ahora fui oficial de enlace, pero no quiero que la guerra termine sin que me ofrezca la oportunidad de entrar en combate y, si es necesario, de morir luchando por la libertad...

—¿Cómo es que habla español? —preguntó Gitano.

—Soy argentino.

—Ah, Argentina —exclamó Turuta—. ¿Conoce a mi prima Josefa Díaz, de Rosario?

—De Rosario... ¿eh? Linda ciudad. Queda al norte de... —Iriarte hizo una pausa, inspiró hondo y, por fin, con una sonrisa, aseveró rotundo—: Claro que la conozco, cómo no.

Mentía mal, pero era evidente que necesitaba alguna medalla.

—*Souslieutenant* —llamaste—, el capitán Dehen quiere alcanzar Inzell. ¿A dónde quiere llegar usted?

—¿Qué hay detrás de Inzell, sargento?

—El Nido de Águila —respondiste.

—Es un buen lugar para culminar una gesta —respondió, pensativo. Después provocó un silencio y concluyó—: Les prometo que me voy a romper el alma para que seamos los primeros en alcanzar el búnker de Hitler.

Hiciste correr el mensaje en las filas españolas de proteger al argentino. Su entusiasmo no podía sustituir vuestra experiencia en combate, pero lo necesitabas vivo, a él y a todos los mandos de la II División que apoyasen el paso del Rin y la marcha sin descanso hacia Berchtesgaden.

FUE EL 10 DE FEBRERO, setenta y nueve días después de la entrada en Estrasburgo, cuando la batalla cesó en Alsacia. Los últimos resistentes en las bolsas de Colmar y Haguenau habían capitulado. Decenas de pueblos desaparecieron de los paisajes, los viñedos quedaron calcinados y los tocados alsacianos se convirtieron en un recuerdo. Miles de reos —soldados de la Wehrmacht y civiles que los apoyaron— llenaban las cárceles y los campos de prisioneros. Por otro lado, hacía un mes que los norteamericanos e ingleses habían obligado a las unidades Waffen-SS a retroceder en las Ardenas y a replegarse hacia Berlín.

El cansancio se dejaba ver en los rostros de los soldados. Habían sido más de dos meses en una batalla sin cuartel. A los españoles os pesaba además la muerte del teniente coronel Puzt, uno de los mandos franceses en los que confiabais para conducirlos durante la liberación de España y el que más os había animado a ello. Al cansancio y a la baja moral se sumó una decepción: De Gaulle había nombrado gobernador de Alsacia al

general Jean de Lattre de Tassigny, un mando que había ignorado, hasta hacía muy poco, el llamamiento del Primer Ministro francés desde Londres, un libertador de cuño demasiado reciente como para resultar genuino. Aquello no sólo os enfureció a vosotros, sino también a Leclerc, que partió airado hacia París para presentar su protesta ante el mismo De Gaulle. Otra vez os encontrabais como en África, esperando a vuestro Godot.

En esa ocasión, las órdenes que os cursaron sólo añadieron más desaliento. Con la excusa de vuestra extenuación, se os retiró de la primera línea de fuego y se os concedieron cincuenta días de descanso en Châteauroux. El general Langlade asumió el mando. El rumor corrió entre las unidades: De Gaulle había castigado a Leclerc por sus protestas y le había retirado el mando de la II División Blindada.

La entrada en Alemania y en España se alejaba cada vez más en el horizonte.

MIENTRAS TANTO

EN LA ANTESALA DEL DESPACHO del Presidente provisional de Francia, Charles de Gaulle, el general Leclerc consultó el reloj: las nueve en punto de la mañana. Dos horas llevaba esperando que lo recibiera su jefe. Aquello le recordaba el día en el que visitó a Bradley con el fin de solicitarle el permiso para avanzar y penetrar en París.

Golpeó el suelo con su bastón tres veces. Las miradas de los dos oficiales que recibían cables, redactaban informes o simplemente archivaban papeles se clavaron en él. «*El león impaciente* ha regresado por sus fueros», pensaron.

Leclerc se dirigió hacia un tresillo que rodeaba una mesa repleta de revistas. Se sentó y recogió una, abriéndola al azar. Los columnistas habían atiborrado sus páginas con la descripción de las hazañas de la II División Blindada en su entrada en París, seguidas minuto a minuto. La cerró y la depositó despacio encima

del resto. No necesitaba leerla; él la había vivido y cada segundo de esa llegada seguía tatuado en su piel. Se reclinó y recostó el bastón sobre su pecho, entornando los párpados. Su mente se situó en las calles de la capital, las que había recorrido al alba: mendigos llenando los portales; los cuerpos escuálidos de los presos liberados de los campos de concentración o exterminio, esperando su extradición; paisanos paseando en bicicleta hacia las fábricas o talleres; cientos de soldados uniformados de la mano de chicas sonrientes, a las que les contaban aventuras de Narvik, del Tchad, de Koufra, de Bir-Hakeim... aunque nunca hubiesen combatido en esos escenarios.

De repente, la puerta del despacho de De Gaulle se abrió. El general Pierre Koenig, gobernador de París, salió acompañado de cuatro oficiales que portaban varios cartapacios. Leclerc se incorporó, apoyado en su bastón, y se dirigió al encuentro de su compañero de armas.

—¿Ha dicho si me recibirá hoy?

Koenig negó con la cabeza, le colocó la mano en el hombro y recomendó calma: —Deberías pensarlo, Philippe. Olvídate de la II División y acepta un puesto de gobernador en... La Picardía, Lorena, Marsella...

—Soy un soldado, Pierre. No puedo vivir sin las trincheras.

—Ahora prima la política y nos van a jubilar a todos. Se terminaron los Bir-Hakeim, los Ksar-Rhilane...

—No entiendo este cambio de De Gaulle. Él era otro soldado.

—Aún así, sigues siendo su hijo predilecto.

Nada más decir eso, el general Pierre Koenig ladeó la cabeza, sonrió y extrajo un libro de uno de las carpetas que portaba.

Se titulaba *La epopeya de Leclerc en el Sahara* y lo firmaba el

general Ingold, lugarteniente del Patrón en Koufra. Lo abrió, y comenzó a buscar una página.

—Ah, aquí está —le dijo a Leclerc—. El preámbulo se lo escribió De Gaulle en Argel. Escucha cómo lo termina: «Hijos de Francia, soñad con ser un día otros Leclerc, leed este libro, aprended lo que vale una libre voluntad...».

El aludido golpeó el piso con el bastón. Negó con la cabeza y barruntó: —No me sirven las lisonjas. Quiero el mando de mi división.

Guardando el libro, Koenig aventuró: —Creo que De Gaulle ya ha tomado una decisión. Es mejor que te olvides de todo y aceptes un cargo.

—No. Seguiré esperando.

Los dos amigos se despidieron con un abrazo y Leclerc se volvió hacia el sofá. Miró de nuevo el reloj: las nueve y veinte minutos. Las palabras que hacía ya cinco años había dicho a su mujer, en los albores de una madrugada perdida en el inicio de una guerra que ahora agonizaba, regresaron de nuevo: «La espera será larga».

Se recostó de nuevo y su recuerdo se situó en su antiguo compañero de armas, en Ingold. Había escrito un libro alabando las batallas y escaramuzas en el Tchad, en Libia. Los enormes *erg*, el *serir* arenoso, los desmoches, los *djebels* elevándose tras las *garas* negruzcas... A la mente del Patrón regresó aquel pasado, sobre el que nunca transcurren las horas. Por último, se le presentó el porte mayestático de los tuaregs recorriendo los grandes espacios de la tierra vacía. Entonces, expulsó despacio el aire de los pulmones y se relajó. Sus latidos disminuyeron poco a poco y su bastón se inmovilizó. En la antesala del Presidente del

Gobierno provisional de Francia, parecía estar convirtiéndose en piedra.

No tenía prisa, caminaba fuera del tiempo y del espacio.

—MI GENERAL, mi general...

—Parece que ha entrado en trance.

—Mi general —repitió el primer oficial, zarandeando el hombro de Leclerc, para añadir—: Despierte, mi general.

Leclerc alzó los párpados con parsimonia y su mente regresó de los *orhourds*, los macizos poderosos y picudos del Fezzan, a los hechizos de las calles de París y a los recovecos de los despachos dirigidos por burócratas uniformados que nunca combatieron.

—Su Excelencia le recibirá ahora.

El reloj de la pared marcaba las tres y media. El general se irguió, se estiró la guerrera, ajustó el quepis y avanzó hacia la puerta que le separaba de De Gaulle con paso firme. Era el hijo orgulloso que se dirigía a recibir, consciente, la reprimenda de su padre.

Un ujier abrió la doble hoja y anunció con voz potente: —El general Philippe Leclerc, vizconde de Hauteclouque.

Charles de Gaulle lo recibió de espaldas —como siempre que presentía el inicio de una conversación desagradable—, con la mirada perdida en una ciudad en alerta, mientras el humo de su Gauloises ascendía en jeribeques, envolviéndole en un aura de puta que espera al cliente en un *bistrot*.

—A sus órdenes, Exce...

—Olvide las fórmulas, Leclerc —expresó De Gaulle sin voltearse—. Explíqueme por qué ha tomado los pasillos de la

Presidencia de la República como si fueran su domicilio.

—Quiero de nuevo el mando de mi División y no abandonaré...

—¿Lo ve, Leclerc? —Se giró con violencia hacia él, clavándole la mirada—. Ha dicho: «mi División». No es *su* División, es la II División Blindada y pertenece a Francia. —Alzó la voz y añadió—: Desobedeció a Montgomery y entró en Túnez. Sus hombres, con su consentimiento, robaron soldados a Giraud. No siguió las rutas marcadas por Patton en Normandía. Entró a París sin esperar a las divisiones de Gerow. Avanzó hacia Estrasburgo desoyendo las rutas marcadas por los Aliados. ¿Usted cree que esto es un juego?

—Hice lo que hice sabiendo que era lo mejor para el honor de la Francia Libre.

—¿«Honor de la Francia libre»? No me haga reír. ¿Se da usted cuenta de que cuando el general Von Choltiz estampó su firma en la rendición de París, lo hizo al lado de la suya y la de Henri Rol-Tanguy? Usted dio protagonismo a Rol, lo puso a nuestro nivel. Y a los comunistas no se les puede allanar el camino.

—Ellos también lucharon por la Francia Libre.

—La Francia Libre ya no existe. Sólo Francia, sin apellidos.

—Una lástima.

—¿Quiere de nuevo el mando?

—Sí, señor.

—Pues rectifique sus declaraciones.

—No puedo, señor. Mis palabras reflejan el sentimiento de miles de franceses que nos unimos desde el primer momento a las fuerzas de la Francia Libre.

—Los tiempos han cambiado, Leclerc —De Gaulle aplastó con violencia el cigarro en un cenicero de cerámica—. Para expulsar a los alemanes necesitamos a toda Francia, incluidos a los

indeseables que nos persiguieron amparados por el régimen de Vichy.

—Combatí contra ellos en Libreville y contemplé cómo nos mataban sin dudar.

—¿Se olvida de que yo también luché contra ellos en Rabat?

—No me olvido. Simplemente se lo recuerdo, Excelencia. Como le recuerdo que De Lattre formó parte del tribunal que a usted y a mí nos condenó a muerte.

—Vaya, ha regresado su descaro.

Leclerc permaneció firme, con el bastón clavado en el suelo, sin pestañear antes las palabras de De Gaulle, que añadió, calmo:

—Rectifique y pida excusas a De Lattre y a todos los gobernadores militares exvichystas y tendrá la gloria de penetrar en Alemania.

—A ese precio, no.

—¿Y si se lo ordeno?

—Yo no obedezco órdenes...

—No empiece con la cantinela de las órdenes estúpidas. —De Gaulle regresó al ventanal, encendió otro cigarro y sentenció—: Es mi única oferta: discúlpese y entrará en Alemania con *su* División. En caso contrario, elija entre un despacho o la jubilación.

Transcurrieron unos segundos monstruosos: una década sin pan ni paciencia.

Los dos —padre e hijo— permanecían inamovibles. En esos momentos, más que nunca en su vida, De Gaulle se había transformado en una madura *madame*, con las piernas cruzadas, el pitillo en la boca, bebiendo un vino peleón en un *bistrot* sólo frecuentado por marineros errantes, mientras esperaba que las olas del mar le trajeran una botella con la respuesta de su pupilo escrita con sangre y modestia en un pergamino tricolor sin la Cruz

de Lorena. Y la contestación llegó, a los oídos de la vieja puta, con tonada de combate: —¿Berlín?

—Imposible. La capital es el trofeo de los soviéticos. Confórmese con Baviera.

—¿El Nido de Águila? ¿La Academia Militar de las Waffen-SS?

—Eso sólo depende de usted y de sus soldados, si es que son más rápidos que los yanquis.

—¿De cuánto tiempo dispongo para contestar?

—Veinticuatro horas. Ni una más.

Leclerc bajó la mirada, golpeó la punta del bastón con el pie, pero sólo una vez. Giró despacio hacia la puerta y, de espaldas a De Gaulle, se despidió: —Regresaré mañana con la respuesta.

El Patrón no había dado dos pasos hacia la salida, cuando la voz de Charles de Gaulle lo detuvo: —Quisiera que me aclarase una duda.

El general giró despacio, esperando que su jefe prosiguiese. De Gaulle se cruzó de brazos, mirando a los ojos de su pupilo y, con el aire del padre severo, continuó: —Supongo que estará al corriente del fallido intento de ocupación del Valle de Arán por parte de los republicanos españoles.

—Algo he leído.

—Cuando se replegaron, di la orden de que los desarmasen. No podemos permitirnos tener otro frente abierto. —Leclerc asintió y su jefe continuó—: Lo curioso se encontraba en el modelo de las armas. No eran viejos fusiles franceses, sino moderno armamento ligero norteamericano y alemán. MP-44, MG, bazukas L...

—Curioso, en efecto —exclamó Leclerc apretando el extremo del bastón contra la madera barnizada del piso.

—Los servicios de contravigilancia norteamericanos e ingleses me han informado de que esas armas provenían de un intercambio de prisioneros. Al parecer, soldados de la II División Blindada canjeaban prisioneros por armas y las hacían llegar hasta los guerrilleros por rutas seguras.

—¿Han dado nombres o se limitan a calumniar? —preguntó Leclerc secamente.

—Según ellos, estaban implicados republicanos españoles y varios oficiales franceses, antiguos exbrigadistas internacionales. Creen que los cubría el coronel Joseph Puzt.

—Puzt nació, combatió y murió como un héroe. Su sueño siempre fue un mundo libre. Que no mancillen su memoria. —Y golpeando el suelo, cerró—: No se lo consentiré ni a los norteamericanos ni a los ingleses ni a usted, Excelencia.

—Nada más, Leclerc. Puede retirarse.

El general se volteó violentamente y, con zancadas certeras que habían olvidado el bastón, se dirigió hacia la salida.

—Lo último: ¿sabía usted algo de ese intercambio de prisioneros por armas?

El Patrón no detuvo su marcha ni se giró. Al alcanzar el quicio de la puerta y, con la mano en el pomo, contestó: —Me parece que mi respuesta ya no tiene importancia.

En ese momento, la sangre de De Gaulle hirvió. Le hubiese gustado que Leclerc fuese en realidad su hijo, para colocarlo sobre sus rodillas y darle una azotaina.

La puerta se cerró de golpe.

LA CRUZ DE LA LIBERACIÓN

FIRME, ENHIESTO, desafiando los rayos solares que impactaban en tus ojos, esperabas la imposición de la Cruz de la Liberación en la plaza de L'Etoile junto al resto de la II División. Era el 2 de abril de 1945. Habían transcurrido casi siete semanas de castigo al general Leclerc, y vosotros habíais sufrido las consecuencias. Hubieseis debido encontraros en Alemania, diezmando a las divisiones Waffen-SS, y os hallabais en París para que os condecoraran.

—Cuando a uno le organizan homenajes, es que lo quieren retirar —aseguró el teniente Bamba.

No sabías si el teniente acertaba, pero tu decisión era inamovible: si no salíais de inmediato hacia Alemania, ibas a desertar. En cuanto los discursos de los políticos y generales concluyesen y os condecoraran, si la orden prometida de cruzar el Rin no se cumplía, cargarías el petate al hombro y cruzarías la frontera tú solo para internarte en tierras alemanas en busca del

Obersturmführer.

Mientras las soflamas patrióticas de un tipo trajeado y desconocido os aburrían, tu mente recorrió el mes y medio de destierro.

Leclerc no había regresado a Alsacia y el general Langlade asumió momentáneamente el mando de las unidades. No tenías nada contra Langlade, pero el único parecido con el Patrón era la «L» pintada en las puertas de su *jeep*, ya que al número de estrellas de cinco puntas en su quepis le faltaba una unidad para igualar la constelación de vuestro antiguo jefe.

«Periodo de descanso en Châteauroux», decretaron. Alguien había aventurado que habíais alcanzado el límite de un soldado en el campo de batalla: doscientos cuarenta días sin tregua. Más allá de esa frontera, según decían, os invadirían el insomnio, la ansiedad, las pesadillas, los temblores, la inestabilidad emocional, las alucinaciones, las obsesiones, el alcohol, la apatía y el miedo.

—Estos franceses son unos señoritos —alegó Turuta, en cuanto se enteró de la noticia, para agregar, con sorna—: Siete meses desde Normandía y ya tienen *fatiga de combate*. Después de nueve años, ¿qué tendremos nosotros?

—¡Percebes en los cojones! —sentenció Gitano con el Gauloises en los labios.

Las carcajadas de los soldados de la 3.ª sección retumbaron en el vagón del tren que os alejaba de Alsacia; aunque abstraído en otros pasajes, tú tampoco pudiste evitar una sonrisa.

Las locomotoras se encadenaban con decenas de furgones en un interminable convoy que os condujo desde Estrasburgo al centro de Francia, al departamento de Indre. El bosque de Châteauroux, a las afueras de la ciudad y a orillas del río, os

acogió.

La instrucción diaria era relajada; la comida, buena, y disfrutabais de descanso todas las tardes y domingos. Solíais aprovechar el asueto para recorrer la ciudad e internaros en las tabernas de la plaza de la República; en las de la antigua Rue Víctor Hugo, rebautizada por los nazis, llena de pequeñas tiendas con toldos de diversos colores desplegados a lo largo de la acera que protegían los escaparates del sol primaveral y señalaban la dirección hacia la iglesia de Saint-André; y también en las de la Rue Saint-Luc, pero sin visitas a su catedral.

Las casas de una planta culminadas en tejados de pizarra negra imprimían un toque triste a la ciudad, aunque la alegría en el rostro de las gentes indicara lo contrario. Aquello sólo conseguía que te ensimismaras aún más, manteniéndote ajeno a las muestras de entusiasmo de Gitano y Turuta: —Ojalá todas las guerras fueran así: prácticas de tiro y limpieza de las armas por las mañanas, almuerzo y paseo piropeando a las mozas —resumió, en una oportunidad, alguno de los dos.

Un día, sin pedirlo ni ganarlo, os llegó la orden del Estado Mayor de la División en la que se detallaban ascensos a la mayoría de vosotros. A ti te ascendieron a sargento jefe y a Gitano a cabo primero.

—Langlade quiere ganarnos; por eso ha ascendido a la mayoría —interpretó Larita II, promovido a *adjudant-chef*.

Aislado en la ribera del Indre, entre sus altas hierbas y helechos, era como mejor te sentías. Metidos los pies en sus mansas aguas, contemplabas los peces escabullirse o te tumbabas en la pradera con la mirada en los cielos. Estabas rodeado del color luz, diría un pintor: blanco con una pizca de amarillo y otra

de rojo.

En esos momentos, veías de nuevo a Fábregas con su guitarra en los grandes arenales; a Campos, en las hoyas, esperando el vientre de los Panzer o, tizado como un piel roja, internándose en las posiciones de la Wehrmacht buscando carótidas; a Reiter, Juanito, gritando a las columnas de prisioneros alemanes: *Schnell!, Schnell!*; a Granell, con su quepis ladeado y sonriendo en la portada de *Libération*; a Larita II, ayudando a Robert Capa a trepar al «Teruel»; a Sophie...

—A veces, un ambiente se transforma en escenario...

La voz del teniente Bamba te obligó a abrir los ojos.

—Perdone, estaba adormilado —dijiste, para incorporarte a continuación, sentándote en la pradera.

El teniente te acompañó y sacó una cajetilla de Gitanes. En la hierba, ante el manso transcurrir de las aguas del afluente del Loira, fumasteis en silencio como solíais hacerlo meses atrás en la ribera del Mosela, allá en Lorena.

—Antes, al verte con los ojos cerrados, se me ocurrió que basta apagar la luz para que un determinado ambiente se convierta en un escenario de sueños.

No le pediste que se explicase. Desaparecido Fábregas, Bamba le había relevado en las frases enigmáticas.

—Mi teniente, ¿cree que este destierro se prolongará mucho?

—¿Sigues con tu obsesión?

Asentiste, cerrando los ojos.

—Ah, están acá —exclamó el *souslieutenant* Iriarte a vuestra espalda—. Ando buscando voluntarios.

—¿Para entrar en Alemania? —preguntaste con impaciencia.

—No. Langlade está formando una agrupación para dirigirse al

estuario del Gironda.

—¿Para qué? —preguntó extrañado Bamba.

—En los dos márgenes de la desembocadura, en Royan y Punta de Grave, aún queda resistencia alemana —manifestó, y se sentó a vuestro lado.

—¿No había liberado la Resistencia todo el Mediodía? —preguntaste.

—Sí, pero quedaron bolsas. Concretamente a esta todavía la están combatiendo españoles enrolados en los batallones Libertad y Guernica. —Os miró interrogante, pero, ante vuestro silencio, añadió—: Bueno, ¿qué me dicen, muchachos?

—No cuente conmigo —contestaste airado, y acompañaste tus palabras con un giro de cabeza—. El estuario del Gironda se encuentra en la dirección contraria a donde quiero ir.

—Primero, Royan. Luego, Berchtesgaden —exclamó rotundo Iriarte.

—No —respondiste airado y te levantaste—. A mí ya no me engañan. Primero Francia y luego España, dijeron. ¿Y dónde estamos? En una puñetera pradera de Châteauroux fumando un cigarro.

—Leclerc se incorporará...

—Le concedo una semana; después, desierto.

Y te alejaste furioso.

Al día siguiente, una agrupación de carros del 501.º y un regimiento de *spahis* partió hacia la desembocadura del Gironda, acompañados por el *souslieutenant* Iriarte. Iban pocos españoles en sus filas, no por la dichosa fatiga de combate, sino en señal de protesta por no dirigir la II División hacia el Rin.

Tú seguías sin disfrutar de los paseos, vinos y piropos a las

castelrousinsse. Como no sabías ni cantar ni tocar la guitarra como Fábregas, comenzaste a imitar a Campos y a Reiter. Todas las tardes te ejercitabas lanzando el puñal contra un tronco en el que habías dibujado siete muescas, los días de plazo concedidos a Leclerc para que regresase. El puñal, el tronco, el sonido de las aguas y tú seguías a solas con vuestros fantasmas mientras ibas cruzando las muescas, una a una, con una equis.

Una tarde se acercó el *adjutant-chef* Larita II hasta tu cubil en las praderas.

—Me han dicho que piensas desertar si no nos lanzan cuanto antes sobre Alemania —te espetó.

Sin responderle, lanzaste el puñal sobre el tronco. La punta se clavó en la única muesca sin cruzar. Y sentenciaste: —Quedan veinticuatro horas.

—Ay, qué alarde de verticalidad... Como un maestro —exclamó y dirigió su mirada al horizonte para añadir—: Sabes, los soldados apátridas somos como los matadores: lloramos por dentro...

—Si ha venido a convencerme, puede marcharse. Estoy decidido.

—Cometes un error —aseveró calmo, y se sentó a tu lado con la vista en el río—. A tu *Obersturmführer* y a su jefe los buscan todos los franceses. No pueden escapar.

Las mismas palabras de Fran cuando os relevaron en Estrasburgo, pero ahora resultaban insuficientes para ti. Encendiste un cigarro y dejaste que Larita II explicase sus símiles taurinos.

—Eres joven, Bête. Te ocurre como a Joselito, *El Gallo*, en Talavera frente a *Bailaor*. Quieres buscar la ligazón a muletazos, y no es así. Aprende de Belmonte: para, templa y manda.

—¿Qué quiere decir? —preguntaste con una sonrisa, la primera desde que arribasteis a Châteauroux.

—Que te largues... —indicó, entregándote un papel doblado—, pero a París, con esa novia tuya.

Lo desplegaste. Era un permiso firmado por el capitán Dehen para siete días.

Saliste hacia la capital en el primer tren. Aunque sabías que las cortas vacaciones te las habían conseguido los muchachos, presionando al capitán, con la intención de que alejases de tu mente la idea de desertar, sólo habían conseguido que se te fijara con más fuerza.

—¿Qué te pasa, Nico? —preguntó tu madre nada más verte—. Tienes la mirada de los locos.

—Está agotado —exclamó Sophie con una sonrisa, cogiéndote del brazo—. Unos días aquí y regresará el Nico de siempre.

Os instalasteis en la buhardilla del Barrio Latino que servía de cuartel general a Gitano y Turuta en sus visitas a París y desde la que se veía el teatro Odeón. Cuando Sophie trabajaba, tú no salías del pequeño cuarto. Te limitabas a asomarte a la ventana y a contar cien veces los peldaños de acceso al teatro o sus columnas; en otras ocasiones, pero siempre con el pitillo en los labios y en camiseta de tirantes, observabas a los clientes del quiosco pegado a tu portal. Dejaste de asearte y volviste a la barba espesa, como en África. Nada conseguía que las imágenes de la guerra y tus muertos se disipasen. Ni siquiera Sophie, con su eterna sonrisa y su voz cantarina, logró que abandonases el cubil, aunque se engalanara con el vestido verde de seda para incitarte a pasear por París, la única en aquellos tiempos que se podía llamar ciudad de la luz.

Tumbados en la cama, te acariciaba el pecho y te susurraba: — Lo he visto en muchos soldados. Tienes fatiga de combate. — Añadía un beso y remataba con aquellas palabras—: Te ayudaré a superarla.

La semana de permiso finalizaba y no tenías intención de regresar a las filas de la II División. Comenzaste a frecuentar la periferia de la ciudad para comprar armas en el mercado negro. No era difícil: después de la liberación de Francia y la orden de desarmar al Maquis, las pistolas y las ametralladoras Thompson abundaban en todos los callejones y se podían conseguir por unos pocos francos. Luego buscaste planos de Alemania.

—¿Qué haces? —preguntó Sophie nada más abrir la puerta de la vivienda y toparse contigo arrodillado sobre varios mapas extendidos en el suelo.

—Quiero aprenderme de memoria la ruta más corta hacia Berchtesgaden —respondiste sin alzar la mirada de las líneas que habías trazado desde el Rin al Danubio.

—Debes dejar eso. Te está matando.

Depositó las bolsas con comida encima de la mesa y se acercó a ti. Acarició tus cortos cabellos y te besó. Repitió el beso y se tumbó a tu lado sobre los planos. Y abrazándote con fuerza, te susurró: —¿Regresarás mañana a Châteauroux?

—No.

—Deberías olvidarte. Nada le devolverá la vida a tu hermana.

—Lo sé, pero he de hacerlo. No podría vivir en paz sabiendo que Rudolf Törni sigue con vida.

Te dio otro beso, cogió tu mano y se levantó, instándote a que la acompañaras. Un momento después, boca arriba en la cama, te acariciaba el pecho. Antes de besarte, te indicó: —Sé que si en vez

de Lucía, hubiese sido yo la violada y asesinada, también irías en su búsqueda. Por eso nunca dejaré de quererte.

Los días posteriores seguiste localizando mapas que detallaban las diferentes topografías con las que te encontrarías en la travesía hasta el búnker de Hitler en los Alpes, casi en la frontera con Austria. Recorrer veredas sólo transitadas por lobos, bordear núcleos poblados, eludir las lomas desde las que nidos de ametralladoras batían las llanuras, atravesar cauces a nado para evitar las posiciones fortificadas de la Wehrmacht... Calculaste que tardarías ocho días en encontrarte a los pies de las montañas. Luego, ocultándote día y noche en la espesura de los bosques, estudiarías la mejor forma de internarte en el Nido de Águila.

El 1 de abril, al atardecer, cuando repasabas por enésima vez los mapas repletos de vértices geodésicos, golpearon la puerta. No debías hacer ruido; hacía seis días que eras un desertor y seguro que ya habían dado la orden de apresarte. Llamaron de nuevo, esta vez con más intensidad. No estabas dispuesto a dejarte detener, así que agarraste la Thompson. De repente, a los golpes se unió una voz conocida: —Sargento jefe Bête, soy el *souslieutenant* Carlos Iriarte.

¿Cómo te había localizado? ¿Te habría delatado alguien? ¿Le habrían enviado a él a detenerte? Instintivamente te dirigiste a la ventana con la intención de huir por los tejados. En ese momento, viste un *jeep* con la insignia de la II División, al lado del quiosco, y, sobre él, dos conocidos.

—¿Qué cojones hacen aquí Gitano y Turuta? —escupiste.

—Abra, sargento jefe —la voz de Iriarte sonó con más fuerza.

Si aquellos dos habían acompañado al *souslieutenant*, es que no venían a apresarte. Se trataba de otro asunto.

—¿Qué se le ofrece? —preguntaste.

—Quiero comentarle algo que le va a interesar.

Quitaste el cerrojo de la puerta y dejaste que un rayo de luz entrase en el habitáculo. Iriarte se encontraba en el pasillo, inerme y solo.

—¿No me invita a pasar?

Abriste del todo la puerta. Entró y su mirada se clavó en la Thompson, para desplazarse después hacia los planos dispersos en el suelo.

Notaste algo extraño en él. Ya no parecía aquel ingenuo oficial de enlace que se presentó bajo la lluvia torrencial alsaciana con la intención de unirse a vosotros. No. Alsacia y el asalto a la bolsa de Royan le habían convertido en otro Soldado del Infierno: porte recio, mirada de fuego y gestos rápidos.

—Vengo a informarle que Leclerc asumió de nuevo el mando de la II División...

—Me importa una mierda.

—Déjeme terminar —dijo calmo—. Mañana salimos hacia Alemania.

Sonreíste.

—Qué más me da. Ya estaré considerado como un desertor.

—Aún no —dijo, tendiéndote un papel con el sello del III Batallón—. Le pedí a Dronne que revocase la orden del capitán Dehen y prolongase su permiso.

Lo leíste. La autorización se había ampliado hasta el día 2.

—¿Por qué hasta mañana?

—Porque nos imponen la Cruz de la Liberación en la explanada de la plaza L'Etoile y no tiene que faltar ni uno. Así que véngase perfectamente uniformado y afeitado. Tiene que estar sobre el

«Santander» apenas toquen diana.

—¿Y luego?

—Alemania.

Volviste a mirar el documento firmado por el comandante y le preguntaste: —¿Por qué hace esto?

—Le devuelvo el favor por abrirme los brazos en Alsacia. Ya estamos en mano, como dicen en mi tierra.

Dio media vuelta, avanzó tres pasos en el pasillo y, antes de que cerrases la puerta, giró su rostro hacia ti y añadió: —Además, necesito a los mejores para asaltar el Nido de Águila.

12

HACIA ALEMANIA

LA ALEGRÍA HABÍA RETORNADO a las filas españolas y hasta los jóvenes soldados franceses habían desterrado de sus miradas cualquier fatiga. La cuarentena en Châteauroux, sumada al regreso del Patrón, había conseguido el milagro. En el tren que os conducía desde París hasta Haguenau, sesenta kilómetros al norte de Estrasburgo y cuya locomotora enarbolaba las banderas de la II División Blindada y la de Francia, todo eran cánticos. La tríada — canciones, silencio y batalla— había regresado. Erais lo más parecido a los invencibles Tercios de Flandes.

Todos a quienes pude preguntar sobre aquel viaje lo recuerdan siempre envuelto en una gran algarabía bajo los acordes del *Chant du Départ*, al que tú te unías en aquellas estrofas:

La liberté guide nos pas.

Et du Nord au Midi,

la trompette guerrière...

No podías evitar entonar aquel cántico, tal vez porque te recordaba la inolvidable batalla contra al Afrika Korps, el desfile en las avenidas de Túnez del Corp Franc d’Afrique y las palabras de Fábregas: «Parece que quieren recobrar los vientos de la Revolución».

En cuanto tenían ocasión, los franceses añadían *La Marseillesa*, a la que respondíais con vuestra universal *Ay, Carmela*. En ese momento era curioso observar el gesto en el rostro de los exbrigadistas internacionales: la tarareaban para sí con los ojos cerrados, pero alzaban la voz y su mirada se dirigía al cielo, cuando la canción alcanzaba aquellos tres versos:

Pero nada pueden bombas
rumba la rumba la rumba la
donde sobra corazón...

Tú, en aquellos momentos, entornabas los párpados y evocabas el andén en la estación de París. Tu madre, Ana y Sophie habían ido a despedirte sin que pudieran disimular su gozo por verte recuperado de tu locura y satisfecho al entrar en Alemania sin desertar.

—Sargento jefe, Leclerc quiere verle —te informó el capitán Dehen, apoyándote la mano en el hombro e interrumpiendo tu sueño.

—¿A mí? —preguntaste perplejo.

—¿No se llama usted Nicolás Ardura?

—Sí —balbuceaste.

—Pues ya sabe: vagón de cabeza.

Nadie en la II División te llamaba por tu nombre; es más, pocos lo conocían, por lo que el misterio se incrementó.

—¿Sabe para qué me quiere, mi capitán?

—Yo no pregunto, me limito a cumplir órdenes.

Estiraste la guerrera, ajustaste el cinturón y revisaste el nudo en los cordones de las botas, a las que pasaste un pañuelo, y te encaminaste deprisa hacia la locomotora. Sólo te detuviste en un vagón, cantaban *La canción de los partisanos*. Aquella letra la habían escrito con sangre tanto los franceses como vuestros guerrilleros españoles, por lo que también os pertenecía.

Cuando llegaron a: «... el enemigo conocerá el precio de la sangre y de las lágrimas», tu verso preferido, el capitán Dehen te exhortó: —No haga esperar al general.

Corriste hacia el furgón de cabeza. Un soldado con fusil custodiaba la puerta de acceso.

—Leclerc mandó que me personase ante él —informaste.

El centinela dirigió la mirada hacia un teniente, que asintió y gesticuló con la mano indicándote que pasaras. Leclerc se encontraba de espaldas, rodeado de varios coroneles y otro general e inclinado sobre un plano enorme de Alemania. Distinguíste dos trazos gruesos dibujados desde el Rin al Danubio, que luego se unían más o menos a la altura de Wilhelm im Oberbayern, cerca de Múnich. A partir de ahí, no habían trazado más líneas. Si el avance de la II División se iba a detener en Múnich, no te importaba. Hasta el Berchtesgaden sólo quedaba alrededor de un centenar de kilómetros, algo insignificante comparado con lo recorrido desde Koufra.

—Mi general, el sargento jefe Ardura —informó el teniente.

Leclerc, apoyado en su bastón, giró su rostro. Firme ante él, percibiste cómo su mirada se clavaba en tu distintivo de tirador selecto.

—¿No nos conocimos en Koufra?

—Sí, mi general.

—Si no recuerdo mal, usted lideraba la escuadra de tiradores de élite. —Asentiste, y añadió con nostalgia—: Ah, luego vino Ksar Rhilane...

Sonreíste, como si se hubiese establecido una complicidad entre vosotros, y, de repente, cortó la evocación: —Le mandé llamar para entregarle esto. —Te tendió un sobre y continuó, como excusándose—: Diferentes razones, que usted puede sospechar, han provocado el retraso. Pero lo importante es que se encuentre ya en su poder.

Lo recogiste. Viste tu nombre como el destinatario. Lo volteaste: «Antonio Ardura. Regimiento Kirov». El corazón se te paró y se te secó la boca. Apenas pudiste mover los labios para balbucear: —¿Puedo...?

—Por supuesto.

Nervioso, estabas a punto de rasgar el sobre, cuando comprobaste atónito que había sido abierto con mucho cuidado, posiblemente con un abrecartas.

—Los Servicios de Inteligencia han de comprobar toda correspondencia desde el extranjero —justificó Leclerc.

No respondiste, te limitaste a sacar el contenido: varios folios, en los que reconociste la letra prolija de tu padre. Los leíste deprisa, en diagonal: «... Prisionero... minas de wolframio en la frontera de León con Portugal... División Azul... Lago Ilmen... Krasnyj Bor... Julia Natalinova... deserción... partisanos... Regimiento Kirov... camino de Berlín...».

Las lágrimas no acudieron. Hacía mucho tiempo que se te había olvidado cómo se lloraba, pero la falta de costumbre no evitó el nudo en la garganta al leer la despedida: «... Traslada a tu

madre, a Fran y a Luci el contenido de esta carta y diles que os quiero con toda mi alma».

—Muchas gracias, mi general —agradeciste, tragando saliva.

—No le prometo nada, pero puedo intentar que su respuesta llegue hasta el Regimiento Kirov.

Asentiste en silencio mientras contemplabas el mapa desplegado. Leclerc, tal vez adivinando lo que pasaba por tu mente, manifestó: —Sé que le gustaría ir hacia Berlín, pero ese privilegio está reservado a los rusos.

—No, mi general —aseveraste rotundo.

Avanzaste tres pasos entre los jefes del Estado Mayor de la II División, situándote ante el mapa. Lanzaste certero el índice en un punto de la frontera entre Alemania y Austria, justo sobre Berchtesgaden. Y sentenciaste: —Este es mi destino.

CUANDO ARRIBASTEIS A ESTRASBURGO, la Legión Extranjera ya había atravesado el Rin hasta Khel. De inmediato pensaste en Fran y en los días de adelanto que te llevaba por tierras alemanas. Además se os habían adelantado en otra cuestión: a la 13.^a Semibrigada le habían concedido la Orden de Liberación. Vosotros tendríais que esperar, no sólo para recibir esa distinción sino también para atravesar el río, pues os desplazabais con vehículos blindados de gran tonelaje y se precisaban embarcaciones que soportasen el peso. En ese lapso, el Estado Mayor reorganizó la II División con nuevos destinos y ascensos. A ti te llegó el nombramiento como *adjudant* y tercer jefe de vuestra sección.

Otra vez os encontrabais en Alsacia, pero en esa ocasión ya no había batalla. Sólo paseos por las calles de Haguenau, deseando

que llegasen las barcazas y gabarras que os transportarían hacia la otra ribera del Rin, y cerveza abundante en sus tabernas. El aguardiente alsaciano, el *schnaps*, lo dejasteis de lado; ya no helaba como en el invierno. No obstante, los huevos y liebres de chocolate te ayudaban a calmar la ansiedad. Apenas te relajabas en esas visitas a las tascas alsacianas, pues tu pensamiento se encontraba en la ofensiva por tierras alemanas y en el deseo de que la carta dirigida a tu padre, que le entregaste a Leclerc, llegase a destino.

En una de tus salidas de asueto, acodado en la barra de una tasca, te encontraste charlando con Carlos Iriarte, vuestro joven oficial. Tenía tu misma edad, pese a su aspecto aniñado, y en pocos meses había alcanzado la categoría de «Cruzado por la libertad», como Dronne solía denominar a todos los que os habíais alistado desde el primer momento con las fuerzas de la Francia Libre.

—¿Le apetece uno? —le dijiste a Iriarte ofreciéndole un Gitanes.

—No acostumbro a fumar, pero...

Cogió un cigarro y lo encendió con la llama de la cerilla que le tendías. Disteis una calada lenta y, a continuación, fuiste tú el que interrumpió el silencio: —Gracias por no dejarme desertar.

—Faltaría más. Sé que usted hubiese hecho lo mismo por mí. —Dio otra calada y añadió—: Además, le debía una por no haberse fiado de las apariencias y abrirme las puertas en la sección. Yo no estuve en su Guerra Civil, por lo que al principio me intimidaron un poco su aspecto desaliñado, sus barbas, sus miradas cercanas a la locura... Creí que me encontraba más ante dinamiteros y revolucionarios que ante soldados.

—Ya. Si hubiese vivido la Guerra Civil lo habría entendido. Además, a los argentinos no los ha machacado aún el fascismo...

—Por ahora, sólo por ahora, *adjudant*. El desenlace de esta guerra tarde o temprano nos afectará a todos.

—¿Por qué se enroló?

—Mis padres son emigrantes franceses, por lo que Francia es la patria de mis afectos. En cuanto me llegaron noticias de la invasión, no lo dudé.

—¿Hay más argentinos en las fuerzas aliadas?

—Sí. Me enteré de que se alistaron con los ingleses cuando era el único país que combatía a Hitler. Deben ser más de cuatro mil...

—Cogió la cerveza que nos acababan de poner y dio un trago lento, para añadir—: Pero ninguno en Infantería, son casi todos pilotos. Los llevaron a Canadá a entrenarse y ahora combaten en las filas de la RAF como los mejores.

—Me dijeron que, en España, también lucharon argentinos enrolados en las Brigadas Internacionales.

Sonrió.

—Recuerde, *adjudant* no ha existido ningún quilombo en el mundo en el que no encuentre encastrado a un argentino. Aún hoy, hay más de doscientos compatriotas prisioneros en el campo de concentración español de Miranda de Ebro...

Una guitarra al fondo os interrumpió. Eran soldados españoles de la 10.^a compañía que comenzaron a cantar *Bésame mucho* y a acompañar el ritmo con sus botas. El tabernero sonreía mientras, con la agilidad de un lince, les colocaba las cervezas en la mesa del centro y una muchacha con una trenza larga les ofrecía tacos de queso y salchichas. Tuviste la impresión de que, desde vuestra llegada, os habíais transformado en sus mejores clientes.

—Ustedes siempre cantando —comentó Iriarte, apagando su cigarro en un cenicero de latón.

—Es curioso... —Sonreíste—. A usted nunca le he visto unirse a nosotros en los corros nocturnos.

—Las canciones no salvan el planeta.

Fábregas regresó desde el averno de los héroes y trovadores para colocar aquellas palabras en tu boca: —Las balas sólo silban cuando callan las guitarras. Nunca se han de cansar las palabras.

Sonrió, para añadir:

—Tal vez tenga razón, pero no me sé ninguna de sus canciones. Recuerde que yo no estuve en su guerra. Aunque de tanto oírlas, terminaré aprendiéndomelas de memoria.

—Podría sumarse con un tango.

Sin dejar de sonreír, cogió de nuevo la cerveza y apuró otro trago. Al posar la jarra en la barra, añadió: —Los tangos no sirven para motivar a los guerreros. Hablan siempre de desengaños, de arrabales en los que se expresa la tristeza... De cosas del amor. Y sé de lo que hablo.

Tu mirada interrogativa le obligó a explicarse:

—Mire, yo nací en Buenos Aires, en el barrio de Almagro, a dos cuadras del domicilio de Carlos Gardel y de su madre. Hasta que falleció en 1935, a todos los pibes, desde Almagro a Balvanera, nos embobaba con sus milongas. Ya le digo: ningún tango motiva al combate, ni *Cambalache*. En estos momentos sólo sirven los poemas épicos. —Amplió su sonrisa y añadió—: Ahora bien, recuerde que al final de toda gesta, siempre sonará un tango, para rememorar las batallas cuando regresemos al arrabal.

Eran las mismas palabras que Campos te había dicho a su partida: «Los héroes regresarán a las colas de la fábricas a solicitar

trabajo por dos monedas».

La guitarra volvió a retumbar desafinando y las gargantas de los soldados entonaron *Amor, amor*. Aquella canción contradecía a Iriarte. Alzó el entrecejo, encogió los hombros y sonrió.

—Hasta sus guitarras, por muy atorrantas que suenen, encienden la sangre más que cualquier bandoneón.

Pagó vuestras cervezas y, pasándote el brazo por encima del hombro, te dijo: —*Adjudant*, vayamos a ver qué tal están nuestros soldados. Tengo la impresión de que en cualquier momento cruzamos el Rin.

Al atravesar el umbral de la tasca, los labios de Iriarte bisbiseaban: ... *Toujours en avant... Le gars de Leclerc passent en chantant... La victoire n'attend pas...*

Las cuerdas de la guitarra repiqueteaban con fuerza un pizzicato apagando la voz de tu compañero. No necesitaste la letra para reconocer la canción, eran los acordes potentes de *A las barricadas*.

AL CUARTO DÍA DE ESTANCIA en Haguenau comenzó el desplazamiento de todas las unidades hacia el cauce del Rin. La zona elegida presentaba las aguas mansas en un gran embalse. Los remolcadores de empuje, con una docena de barcazas cada uno, emprendieron la salida hacia Alemania, bajo la cobertura de la RAF y el fuego de la artillería pesada en una noche cuya luna llena te trajo las cosas perdidas y los gestos antiguos de los corros en el desierto bajo los acordes de la guitarra.

Los primeros en desembarcar fueron las unidades de *spahis* que crearon una cabeza de playa para permitir el acceso de los

blindados. Después llegasteis vosotros en los Half-Track y, en último lugar, las columnas de Sherman. Cuando los casi veinte mil soldados os encontrabais en territorio alemán, se dio la orden, no de asegurar posiciones y crear líneas defensivas, sino, al contrario, de avanzar en formación de combate. Vuestro querido y eterno *en avant!*

El primer destino del día fue Rastatt, a las orillas del Murg, el afluente del Rin. Desde vuestra posición distinguíais incluso la fachada del Palacio de Rastatt, pero no os interesaba. Lo importante se encontraba en las instrucciones del Estado Mayor. Bordeasteis la ciudad; si aún restaba defensa nazi quedaría aislada en una bolsa. Ya vendremos por vosotros, pensasteis. De repente, la II División se escindió: el grueso se dirigió hacia el norte, con destino a Karlsruhe, y a la agrupación del coronel Guillebon se os encauzó hacia el este, a Stuttgart. Aquello no os pilló de sorpresa, y menos a ti, que lo habías visto dibujado en el mapa y conocías de memoria todos los senderos. En realidad, se trataba de otro de los jueguitos estratégicos de Leclerc, la verdadera causa de tantos cabreos provocados en el mando aliado, al diseñar itinerarios propios sin permiso de los norteamericanos.

Según tus cálculos, el norte de Alemania, desde Bélgica, estaba siendo ocupado por los ingleses que enlazarían con los rusos en los estados nortños; su flanco derecho se lo cubrían los norteamericanos, que bordearían Berlín por el sur en dirección a Praga con escala en Baviera; vosotros cubríais a los yanquis por la derecha y la Legión Extranjera os arropaba entre la frontera y el resto del territorio del estado de Badén-Wurtemberg.

Las colinas suaves, los bosques y viñedos abundaban a las orillas del Neckar. Os encontrabais casi en los arrabales de

Stuttgart, la puerta de acceso a la Selva Negra. Si el grueso de la II División había cercado la ciudad por el norte, vosotros por el sur, la población se encontraba en otra bolsa. Y sólo llevabais dos días en el espectacular galope por territorio alemán.

No encontrasteis divisiones Panzer en el camino. Sospechabais que las habían replegado hacia Berlín para protegerla hasta el último instante o huían sin descanso hacia Austria. En las tierras limítrofes a la Selva Negra y para su defensa, los alemanes dejaron a los *Volkssturm*, los fanáticos milicianos enrolados a última hora entre hombres menores de sesenta años. No eran contrincantes para vuestros carros y semiorugas. A lo único que debíais temer era a sus *Panzerfaust*, los lanzagranadas germánicos de usar y tirar, distribuidos a miles y que aquellos combatientes voluntarios dominaban a la perfección.

Aquel día habíais dejado atrás la ciudad de Stuttgart y os dirigíais a cruzar el Danubio cerca de su nacimiento, cuando una unidad *Volkssturm* fuertemente pertrechada os hizo frente. Varios *Panzerfaust* abrieron fuego y dos Sherman quedaron en llamas a los pies de la Selva Negra. El fuego desde sus nidos de ametralladoras imposibilitaba el avance. Así que el III Batallón emprendió el camino hacia sus parapetos precedido de un recital de balas desde vuestros Half-Track. Los semiorugas pasaron por encima de sus trincheras y las bazucas abrieron cráteres en sus búnkeres. Después los Sherman lo arrasaron todo. Algunos milicianos alemanes aparecieron heridos, con los brazos en alto, entre los matorrales y escombros.

—¡Mierda, hay franceses! —gritó el capitán Dehen.

En efecto, eran restos de la División Charlemagne, que se había unido voluntariamente a las Waffen-SS en época del

mariscal Pétain. Pero, en aquella ocasión, del puñado de galos que combatía con los alemanes, ninguno sobrevivió a sus heridas.

—Mi coronel —llamó el capitán médico de la agrupación, con el rostro enrojecido—, se niegan a que les hagamos transfusiones de sangre. Temen que sea de judíos.

Guillebon abrió mucho los ojos, que destacaron aún más en su pálida cara. Calmo se quitó el casco y, después de limpiarse el sudor de la frente, exclamó: —¡Que se mueran! —Se colocó rápido el casco y, desde su Sherman, gritó: *En avant!*

Sigmaringen os esperaba, así como los mandatarios del gobierno de Vichy en el exilio.

—¡Joder, si parece una copia del Monasterio del Escorial! —exclamó Gitano, antes de entrar en la ciudad, al contemplar un castillo en lo alto de la colina.

Tal vez ahí residiera la razón por la que Leclerc había enviado a la agrupación del coronel Guillebon por aquel itinerario: quería barrer de franceses colaboracionistas la región y asaltar la supuesta sede del gobierno fantasma de Vichy refugiado en aquella fortaleza.

Un comando compuesto por los más veteranos asaltasteis el aristocrático refugio. Revisasteis los suntuosos comedores, las azoteas, las cocinas, los establos, los salones de baile, la sacristía, la biblioteca y hasta los espaciosos dormitorios. Ya no quedaba nadie. Y los impactos de metralla en sus muros evidenciaban que la Legión Extranjera se os había adelantado en su imparable marcha hacia Austria.

No entrasteis en la ciudad. Otra bolsa, pensasteis. El Danubio esperaba que lo cruzarais cerca de su nacimiento, en el que la profundidad era menor y permitía el paso de los semiorugas. Es

verdad que la literatura y la música contaron su historia popularizando lo azul del río, pero en aquella ocasión sus cristalinas aguas circulaban amarillentas, con miles de partículas negruzcas en suspensión, detritus de una guerra que se prolongaba casi seis años, emitiendo incluso un nauseabundo olor a quemado. Más que un río mítico parecían las aguas residuales de una cloaca en medio de las montañas. Lo atravesasteis y el *foehn*, el cálido viento proveniente de los Alpes, os golpeó el rostro.

Después llegaron más castillos. Los evadidos colaboracionistas del mariscal Pétain no se refugiaban en las trincheras o en barracones. Hitler les había cedido palacetes medievales rehabilitados u otros de la aristocracia prusiana. Eran los huéspedes de lujo de los nazis.

En las ventanas o tejados de las poblaciones alemanas que atravesabais a lo largo de vuestra avasalladora progresión sólo se distinguían banderas blancas. También encontrasteis presos de los liberados subcampos de concentración del norte o el sur deambulando por las calles, trabajadores de las fábricas urbanas que carecían de medio de transporte hacia un lugar que ya no existía y franceses colaboracionistas que se rendían sin ofrecer resistencia. En los caminos que conducían de Baden-Wurtemberg hacia Baviera y los Alpes se oían todas las lenguas. Era el desbarajuste nazi, la debacle del III Reich.

—La puta Torre de Babel nazi se va al carajo —le oíste murmurar al teniente Bamba en cierta ocasión.

Al cuarto día de la entrada en Alemania, en la otra ribera del Danubio, los Half-Track de la agrupación cabalgaron desde Wangen im Ailgäu hacia Wilhelm im Oberbayern para

reencontrarse con el grueso de la II División que llegaba desde Múnich. Las noticias sobre la guerra se sucedían: «Los partisanos han detenido y ejecutado a Mussolini cuando intentaba huir de Italia»; «los rusos se encuentran a las puertas de Berlín»; «la Legión Extranjera ya ha atravesado la frontera austríaca».

Aquella noche, que anunciaba el 1 de mayo de 1945, apenas dormiste. Ya estabas acostumbrado: eras un veterano hasta del insomnio. Bad Tölz y la Academia Militar de las Waffen-SS, la incubadora de los supersoldados nazis, se encontraban a cuarenta y cinco kilómetros. Luego restaban treinta hasta Aschau; cuarenta para Siegsdorf; once a Inzell... y Berchtesgaden. Törni se hallaba a un tiro de bala desde tu Mosin.

FRUSTRACIÓN

EN WILHEIM IM OBERBAYERN os reagrupasteis con el grueso de la II División que arribaba desde el norte. Habían desbordado las ciudades de Augsburgo y Múnich en una competición con la 3.^a División de Infantería norteamericana cuyo destino era Praga con parada en Salzburgo. Fuera quien fuese aquel a quien se considerase ganador del derbi, el departamento bávaro de Suabia había sido ocupado y sólo restaba la Alta Baviera para conquistar todo el sur de Alemania.

Nada más emprender la marcha, las secciones de Moreno y de Larita II, que habían acompañado al grueso de la II División, se os unieron. Otra vez La Nueve cabalgaba unida.

—Los yanquis también se dirigen hacia Berchtesgaden —os informaron.

Al Nido de Águila teníais que llegar antes que ellos. Ese era el anhelo que aleteaba en todos vosotros, aunque no lo

comentaseis: para eso erais el rayo de Leclerc, el trueno de la sangre y el eco de la muerte.

—Será la guinda en este pastel —aseguró un confiado Iriarte, recién ascendido.

—El teniente quiere dar la vuelta al ruedo —bromeó Larita II, ante la sonrisa del resto.

Avanzabais hacia Bad Tölz, al asalto de la Academia Militar de las Waffen-SS. Los cuarenta y cinco kilómetros del trayecto presentaban la misma imagen que dejabais atrás: las suaves colinas moteadas de casas y cuadras exhibían banderas blancas y los caminos hablaban todas las lenguas. Era evidente que las unidades militares alemanas se replegaban hacia Austria con la intención de atrincherarse.

Os acercabais a la frontera con el país vecino, convertido en provincia de Alemania desde 1939, y las cumbres nevadas de los Alpes marcaban el límite de vuestro avance, pues conquistada Bad Tölz debíais seguir paralelos a la linde con Austria por los senderos que conducían hasta Berchtesgaden. El eje de marcha, en esos momentos, se cumplía sin estridencias ni aventuras del general. Vosotros ibais en silencio encima de los Half-Track, con la voluntad inflexible, la mirada sobre los parajes, los dientes apretados, los dedos en los gatillos de las ametralladoras, el *foehn* azotando las mejillas y los brazaletes con la bandera de la II República destacando alrededor del bíceps.

Antes del almuerzo distinguisteis las aguas del Isar. Las primeras casas blancuzcas con tejados rojizos o de pizarra negra, las calzadas empedradas y los balcones con barandillas de madera repletos de flores rojas os anunciaron la entrada en el criadero nazi. Pudisteis haber envuelto la ciudad creando otra bolsa repleta

de banderas blancas, pero no queríais. Además, el jefe de la agrupación, el coronel Guillebon, parecía necesitar un poco de acción después de tanto alemán rendido sin condiciones y, tal vez, una ligera parada en la progresión sin escalas desde Haguenau.

Apenas los artificieros revisaron el puente sobre el Isar y confirmaron que se hallaba libre de cargas —a Guillebon le había resultado extraño que permaneciera intacto—, los carros lo atravesaron. De inmediato distinguisteis una fortificación precedida de una planicie y de una bandera con las SS bordadas, que ondeaba por el viento alpino en la punta de un enorme mástil. Detrás, la cresta blanca de la cordillera.

Los blindados se desplegaron en formación de combate y avanzaron hacia la ciudadela.

—Joder, nos han copiado los molinos —vociferó Turuta.

Los españoles comprendisteis de inmediato las palabras del ciudadrealeño: el arco de la puerta, por el que cabrían cuatro Sherman en paralelo, incluso dejando un pasillo holgado entre ellos, se encontraba flanqueado por dos torres blancas y cilíndricas coronadas por un tejado cónico de pizarra, idénticas a enormes molinos sin aspas. A derecha e izquierda, adosado a las atalayas, se desplegaban unos trescientos metros de una edificación de dos plantas salpicada de ventanas.

—Deben de ser los chiqueros —bromeó Larita II desde el «Teruel».

Un Flak del 88 abrió fuego contra vosotros, el obús se perdió en el horizonte sin alcanzaros. De inmediato, los treinta Sherman de vanguardia dispararon sus cañones del 75 sobre la fortaleza. Cuando el humo se disipó, la fachada presentaba decenas de manchas y boquetes negruzcos. Aunque una bandera blanca se izó

en uno de los torreones, seguisteis aproximándoos.

A menos de cien metros del arco de acceso, oísteis un himno acompañado del sonido de instrumentos musicales, proveniente del interior. En aquellos cánticos, os pareció identificar algún término: «Gloria, gloria...». A continuación, unos cincuenta jóvenes soldados alemanes se dirigieron hacia vosotros marcando el paso de la oca en tres columnas. Iban precedidos de una bandera blanca y de un estandarte con la esvástica bordada. A su lado desfilaba un comandante de las SS; detrás, seis uniformados redoblaban los tambores a su paso y doce les acompañaban con el toque de trombones de varas.

—En vez de morlacos, nos ofrecen cabestros.

Las palabras de Larita II definieron la situación: cien blindados dispuestos a abrir fuego y repletos de soldados que habían derrotado machete en mano al Afrika Korps, se encontraban frente a cinco docenas de niños rubios y arrogantes, envueltos en el uniforme de las SS, que desfilaban al ritmo de una marcha militar antes de entregarse.

—¡Basta! —gritó el capitán Tuyeras desde las filas de la 12.^a compañía y vació el cargador de la Thompson a los pies del soldado que portaba el estandarte.

Los tambores y trombones callaron y ensordecieron los cánticos. El miedo inundó el rostro de los alemanes. Todos lo aventurasteis: al capitán de la nariz ganchuda se le habían revuelto los intestinos ante el desfile de los nazis. De buena gana hubiese vaciado el tambor de su ametralladora sobre aquellos imberbes que se creían semidioses y habían gaseado a su pueblo.

A continuación entrasteis a inspeccionar la fortaleza, buscando Waffen-SS que no se hubiesen rendido. Pero sólo encontrasteis

enormes comedores vacíos; salones con maquetas de antiguos escenarios de victorias de la Wehrmacht; piscinas con trampolines a varias alturas; caballos pura sangre mimados como bebés; habitáculos con cientos de tablas y bastones de esquí; gimnasios repletos de colchonetas, paralelas, floretes y guantes de boxeo colgados sobre las cuerdas de dos cuadriláteros; aulas de estudio y largos corredores colmados de las imágenes de jerarcas nazis. Todo relucía y brillaba.

Al contemplar aquello recordaste a Fábregas a las puertas del Hôtel de Ville en la liberación de París cuando se sorprendía por las ironías de la Historia. En esos momentos te encontrabas ante otra: oficiales entrenados con todos los medios técnicos a su alcance y bajo la supervisión y mimo de grandes estrategias capitulaban ante campesinos que habían cambiado los arados por fusiles, los miserables y hambrientos vagabundos del ejército de ratas que habían desembarcado en las costas de Normandía a golpe de guitarra desde los inmensos mares de arena de la tierra vacía.

Al amanecer, cuando el sol iluminó las espaldas de los Alpes y tiñó las montañas de negro, salisteis en dirección a Aschau. En los alrededores, uno de los subcampos de Dachau había sido liberado por los norteamericanos y antiguos presos vagaban por las sendas con la mirada perdida. Vuestro avance se ralentizó: no sólo para auxiliar a los prisioneros perdidos, sino también porque los alemanes habían destruido todos los puentes en la ruta que conducía hacia Berchtesgaden y la frontera austríaca. Aunque sólo habíais encontrado abundantes milicianos Volkssturm, no dudabais de que, en algún instante, fuerzas bragadas de las Waffen-SS os harían frente.

Atravesasteis como un meteoro las calles empedradas de Aschau. Los balcones lucían banderolas blancas junto a jardineras con cientos de flores. Nadie se asomó ni os recibió. Revisasteis casa por casa en aquella villa señorial rodeada de un paisaje idílico. Las informaciones recogidas seguían apuntando a que las compañías alemanas se habían replegado a Berlín o hacia los desfiladeros de Inzell, en un intento por refugiarse en Austria. Parecíais pieles rojas rastreando las huellas de Waffen-SS o de soldados de la Wehrmacht en medio de los desfiladeros.

Después de la carne y las judías en lata salisteis a recorrer los cuarenta y cinco kilómetros que distaban hasta Siegsdorf. Los motores de los Half-Track y Sherman rugían por los caminos que zigzagueaban en las faldas de las montañas a la vera de lagos, restos de extintos glaciares rodeados de abetos. Al anochecer, bajo una luna llena que se desinflaba, penetrasteis en la ciudad. La escena se repitió: banderas blancas por doquier tapaban los frescos de las fachadas, en casas que parecían sacadas de un cuento de hadas, pero ningún soldado compareció frente a vosotros, ni de la Wehrmacht ni de las Waffen-SS ni del Volkssturm. Acampasteis con la expectativa de acometer los últimos once kilómetros hacia Inzell y otros cuatro a Berchtesgaden. Antes de los frijoles en lata de mañana, pensaste, ya tendrías la cabellera de Törni entre tus manos.

En un amanecer brumoso, el general Leclerc separó la II División en agrupaciones y las lanzó por diferentes caminos, motivándoos al instalar entre vosotros la competición por quién llegaría antes que el resto.

Cuando vuestra columna divisó las primeras casas de Inzell, los Sherman, Half-Track y hasta el *jeep* del Patrón se orillaron,

cediendo la vanguardia al capitán Dehen a bordo del «Inzell». El honor de entrar el primero en la ciudad debía ser suyo.

El silencio inundaba el pueblo. Incluso era posible distinguir el sonido que, al descender en torrente, producían las aguas de un río de apenas seis metros de cauce. Las casas de estilo alpino albergaban a hospitalarios vecinos que os ofrecieron cerveza, uno de ellos hasta se aproximó con salchichas bávaras desde una pequeña tienda que debía de regentar. Los gestos de amabilidad os anunciaban que habían visto a los Waffen-SS huyendo hacia la frontera o que os esperaba una emboscada en cualquier desfiladero. De todas formas no perdisteis mucho tiempo en Inzell. Una revisión rápida del aceite, combustible y cadenas de los blindados y de nuevo en ruta. Sólo restaban cuatro kilómetros a Berchtesgaden.

Al salir del poblado, el paisaje se agrió y las quebradas se incrementaron. Apenas habíais recorrido quinientos metros entre caminos que serpenteaban en las laderas de los montes, cuando os topasteis con un lóbrego túnel de un hectómetro de longitud escarbado en el monte a golpe de cincel y cartucho de dinamita. Desde aquella ruta, era el único acceso posible. La alternativa era atravesarlo, arriesgándoos a que se derrumbase sobre vosotros por efecto de explosivos camuflados, o retroceder y buscar otro camino.

La cabeza de la columna se detuvo en la boca del corredor. El coronel Guillebon vacilaba mientras el tiempo transcurría en contra vuestra.

—En revisarlo tardaríamos lo mismo que en localizar otro camino —le oíste quejarse.

De repente, un *jeep* se puso al frente. De pie en su cabina,

Leclerc se santiguó y apretó los dientes.

—¡Que sea lo que Dios quiera! —masculló mientras el todoterreno se adentraba en las tripas de la montaña.

El vehículo del Patrón circulaba despacio con las luces de los focos iluminando el frente y las linternas de sus acompañantes examinando las paredes y el techo. Una presión en el pecho debió de inundarlos a todos ante la idea de un desenlace fatal.

—Dios está siempre con los vencedores —expresó un lacónico coronel—. Estamos a punto de comprobar quién ganará esta guerra.

—Comienza el último tercio en el coso: la «suerte suprema» —murmuró atónito Larita II desde su Half-Track, con la mirada fija en el avance de Leclerc.

El jeep del general había alcanzado la mitad del trayecto, cuando los motores de los blindados de la agrupación mugieron, acompañándolo en la suerte suprema de los matadores.

—La suerte o la muerte —farfulló vuestro novillero en mitad del túnel.

Traspasado el conducto, ya no había dudas: el corazón fullero de los dioses apostaba por vosotros.

Larita II resopló y encendió un cigarro.

—Esto se llama torear a lo crudo —sentenció.

Tal vez tenía razón y, tras tanto tiempo junto a Leclerc, os habíais convertido en una casta que necesitaba oler el miedo sin lances de capote. O en unos locos, que se engallaban cuando las pezuñas del morlaco nazi sacudían la arena. O en unos héroes, que, sin trampas de tahúres, os encontrabais en estado de gracia.

Fuera como fuese, vuestro convoy marchaba por los caminos rodeados de barrancos. Ibais tensos y vigilantes, ya que, aunque

apenas quedaban tres kilómetros hasta la meta, el terreno era muy favorable a las emboscadas. De repente, lo que temíais desde la entrada en Baviera ocurrió en los desfiladeros de Alpenstrasse: varios obuses del 88, lanzados desde Flak y ocultos en la densa vegetación de las laderas, impactaron sobre los carros y semiorugas. Un Half-Track en llamas se precipitó al vacío; sus ocupantes pudieron salvarse saltando entre las rocas, y varios Sherman quedaron bloqueados con las cadenas destrozadas.

El teniente Iriarte sostenía a un hombre entre sus brazos. Era su ayudante, que sangraba por la cabeza y no se movía. Pero la llamada de Gitano te obligó a mirar hacia la tripulación del «Santander»: —¡Solana! ¡Solana!

El veterano soldado cántabro presentaba heridas por el impacto de esquirlas en el hombro derecho y en la clavícula: —Estoy bien —dijo, presionando con las manos los orificios, para gritar a continuación—: ¡Metedles el «Mari-Luz» por el culo!

—¡Seguidme! —exclamaste, saltando del blindado como si el alma de Campos, el instinto del guerrillero nato, se hubiese apoderado de ti.

Penetraste con tu pelotón en el pastoso bosque de abetos. Sin palabras, sólo a golpe de gestos, dirigías el avance de tus hombres árbol tras árbol. Otra compañía, que no lograste identificar, os seguía. El bramido de los Flak mantenía estancada a la agrupación en la cañada y los cañones de los Sherman callaban impotentes. No había opción: había que alcanzar el asentamiento de las piezas de artillería alemanes y destruirlas.

Os habíais adentrado cien metros en el monte; los Flak aún se encontraban lejos. De repente los visteis: soldados alemanes avanzaban, buscando sorprender a vuestra agrupación.

Disparasteis. Respondieron. La estrategia de la contención se impuso.

Vuestras miradas, junto con la boca del cañón de los fusiles, se dirigieron hacia los huecos entre los troncos, para disparar en cuanto un soldado alemán intentara adelantarse alcanzando un árbol o una roca. Ellos hacían lo mismo. Era una lenta espera en la que se sucedían las carreras y los disparos certeros. El tiempo se paralizó.

Anocheceía, pero el cielo se tiñó de azul y naranja. La luz de las bengalas acompañaba el rugir de los obuses y el martilleo de las ametralladoras ante enemigos invisibles. Aquella columna alemana había logrado detener vuestro avance hacia Berchtesgaden.

La oscuridad se cerró sobre vosotros. No podíais abrir brecha en sus posiciones, sólo mantener la vuestra impidiendo que avanzasen. En esos momentos, sin visión en la noche, sólo se disparaba en dirección a sonidos inesperados. El valor del oído en la guerra, como te había enseñado Fábregas.

Habías empleado las lentas horas nocturnas en calcular los límites de las posiciones enemigas entre sus bengalas, las bocachas que se encendían en la noche y el crujir del ramaje. Preparabas el asalto al amanecer. Aquella columna no podía teneros empantanados más tiempo o el retraso en el asalto a Berchtesgaden, como el de Rommel en Bir-Hakeim, podría ser mortal, ya que tal vez facilitase la entrada de refuerzos desde Austria.

Vuestras granadas certeras y el fuego desde las bazucas y lanzallamas anunciaron el amanecer. Los troncos de los abetos se astillaban por el impacto de cientos de balas y hasta la húmeda

hierba ardió. Las banderas blancas comenzaron a asomar entre los árboles. La sección de las SS había sido diezmada.

Seguisteis avanzando, ganando palmo a palmo. Los interrogatorios a los alemanes os habían colocado sobre la pista de las fuerzas oponentes: dos compañías Waffen-SS y tres cañones Flak 88. No supondrían peligro a menos que el terreno os fuera desfavorable.

Hacia las dos de la tarde, veinticuatro horas después del primer fogonazo alemán, las cuatro compañías del III Batallón ya os encontrabais medio kilómetro internados en la ladera. El avance seguía pausado, sin aventuras: trescientos soldados os esperaban en algún lugar de aquellos desfiladeros. Vuestros estómagos crujían, pero no atendíais a su reclamo. No era el momento, y menos cuando el eco de los combates en el extremo izquierdo llegaba nítido.

—La 12.^a ha encontrado resistencia —informó Gitano, después de escuchar el aviso por la emisora.

La vegetación iba desapareciendo. Las puntiagudas rocas anunciaban las trincheras naturales de los SS. Era preciso salir de la linde del bosque con rapidez y precaución, de uno en uno y observando de dónde llovían los disparos, esperar refuerzos y, al crepúsculo, cuando el sol cegase al enemigo y convirtiese vuestra espalda en una mancha que la sombra de las cumbres oscureciera, atacar.

Las tinieblas ganaron terreno. El asalto final se preparaba. En cuanto la sombra de los peñascos tocó la primera línea defensiva alemana, se oyó la orden. Casi dos mil soldados del Regimiento de Marcha del Tchad, precedidos del fuego de las bazucas, os lanzasteis hacia adelante. Las rocas se resquebrajaban por el

impacto de las cargas; los alemanes disparaban ciegos, sin precisión. Cuando las trincheras de vanguardia capitularon, continuasteis avanzando al ritmo en que se extendían las sombras.

Cuatro horas más tarde, habíais alcanzado las posiciones de las piezas de artillería. Sin disparar, los artilleros se rindieron.

—Son franceses —dijeron los soldados que los mantenían con los brazos en alto.

En efecto, eran colaboracionistas de Pétain con uniformes de las Waffen-SS. El coronel Guillebon transmitió esa información por emisora a Leclerc, que en media hora se personó en el lugar.

—¿Por qué visten ropas nazis? —preguntó, zarandeando al de mayor grado, y, como escupiéndole, añadió—: Son una deshonra para su patria.

—¿Por qué nos lo recrimina? —expresó calma el otro—. Usted lleva uniforme norteamericano.

Leclerc le soltó. Encendió un cigarro y el humo ocultó sus rasgos. Un instante después, la máscara macilenta que se le dibujó en Ksar Rhilane había regresado.

—Ese rostro ya se lo vi al general en el cuartel general de Bradley —apuntó Iriarte.

—¿Cuándo fue eso? —preguntaste al teniente.

—En el momento en que Bradley le prohibió entrar a París si encontraba resistencia. La única diferencia es que entonces sonrió.

Tenía razón. También había sonreído en Ksar Rhilane, cuando le anunciaron que la bandera de la Francia Libre no ondearía en Túnez. Pero la orden del general cortó tus evocaciones: — ¡Fusílenlos!

Apenas Leclerc pronunció la orden, varios soldados franceses

se presentaron voluntarios para constituir el pelotón que la ejecutara.

Descendíais hacia los blindados, cuando oísteis la voz de un oficial francés («¡fuego!») y, de inmediato, la salva de balas.

Los cuerpos de los doce colaboracionistas quedaron en las cumbres del desfiladero. Pero aquello ya no os interesaba; llevabais un retraso de casi treinta y seis horas que era preciso recuperar. Proseguisteis el avance en la noche. La luna llena de hacía unos días aún os acompañaba por el serpenteo de aquellos cansinos hacia Berchtesgaden.

En una alborada que os hubiese gustado detener arribasteis a las afueras de la villa. Otras agrupaciones de la II División habían llegado antes que vosotros por itinerarios sin resistencia alemana.

—Pudieron haber avisado —se quejó el sargento Moreno desde el «Don Quijote II».

No ser los primeros entre los soldados de la II División no os hacía mella, lo que realmente os molestó fue que también se os habían adelantado los norteamericanos de la 3.^a División de Infantería, que paseaban triunfantes por las calles envueltos en cánticos y alcohol. La frustración se apoderó de vosotros, sobre todo de Iriarte y de ti.

A partir de ese momento, no te quedaba más remedio que buscar al *Obersturmführer* entre los prisioneros, eludir la vigilancia yanqui y matarlo.

A VIDA O MUERTE

BERLÍN, ÚLTIMO ANILLO DEFENSIVO, al atardecer.

La batalla por la toma de la capital de Alemania había comenzado a mediados de abril desde las colinas de Seelow, en el Óder. Las tierras al este del estado de Brandeburgo habían sufrido el avance imparable de los carros de combate del Ejército Rojo al mando del general Zhúkov. Poco después, la ciudad de Berlín soportó en sus calles el bombardeo imparable de la RAF y de la USAAF norteamericana. De inmediato, la artillería rusa se unió al castigo y los cinturones defensivos de la capital fueron cayendo uno tras otro.

Para los soldados soviéticos aquello apenas pagaba sus veintiocho millones de muertos, sus tierras arrasadas, sus familias destruidas, sus mujeres violadas y los cuerpos de sus hermanos llenando las acequias. Era verdad que los mandos habían prohibido las acciones de venganza contra las tropas alemanes y la

población civil, pero les resultaría difícil contener el odio y el hambre de venganza acumulados durante tres años hacia los nazis, que aún ante la derrota les seguían considerando infracreatos, *Untermenschen*. Y si alguien pretendió que el rencor aminorase, fracasó estrepitosamente cuando aquellos hombres —que creían conocer cualquier infierno— liberaron el campo de Auschwitz y quedaron paralizados ante tanto horror.

—Escucha lo que dice Radio Moscú —dijo Julia Natalinova a tu padre, entrando deprisa por la torreta del T-34 y elevando el volumen.

«Ante la denuncia soviética de que a Hitler lo defienden soldados españoles, Franco ha emitido un comunicado negando categóricamente tal aseveración. Alega que, en caso de que algún español se involucrara con uno de los bandos en conflicto, lo haría a título exclusivamente particular y sería despojado de la nacionalidad española...».

Tu padre conocía las razones de aquel desmentido. El día anterior, su regimiento había tomado prisioneros a exdivisionarios azules con uniformes de las Waffen-SS en el primer anillo defensivo de la ciudad. Y había reconocido a su jefe, el teniente coronel Miguel Ezquerro, antiguo combatiente en Krasnyj Bor, que se había rendido junto a su enseña, la Cruz de San Andrés.

—Espero que no nos encontremos a más —manifestó tu padre—. Antes de que dé la orden de dirigirnos al Reichstag, conviene que leas esto. El general Vladimir Serguéi, mi padrino, me lo acaba de entregar. —Y le tendió un sobre abierto.

Tu padre sacó los folios y los leyó deprisa. La alegría al

enterarse de que tu hermano y tú os encontrabais vivos y en las filas de la Francia Libre se truncó cuando leyó lo del asesinato de Lucía. Apretó los puños y los párpados con fuerza, pero no pudo contener las lágrimas. Luego los abrió despacio, como con miedo. Tal vez temió que la siguiente noticia fuera la de que tu madre también hubiera fallecido. Pero una sonrisa de alivio se asomó a su cara al saber que se encontraba viva y en París. Hasta habías añadido la dirección.

—Julia...

—Es mejor que no digas nada. Lleguemos cuanto antes al Reichstag y sales hacia París.

—Comprenderás que...

—No has de explicarme nada, Antonio. Lo nuestro fue un amor de guerra... de conveniencia. Nada más —dijo segura, pero a tu padre no le pasaron inadvertidos sus ojos húmedos.

A continuación, la teniente coronel cogió con firmeza el micrófono de la emisora y ordenó a sus comandantes: —Por la avenida Frankfurter, sin detenerse hasta al Reichstag.

Los T-34, capitaneados por el «Kirov», avanzaban en la niebla entre las llamas y escombros, disparando sus cañones F-34 y ametralladoras de 7.62 a todo lo que presentase movimiento. Era de noche y la luna se ocultaba tras la bruma y el humo, pero ellos no la necesitaban. Cada carro iba provisto de un potente reflector que cegaba a los alemanes. La tierra de los caminos del extrarradio estaba arrugada y ensangrentada, los postes de telégrafo ardían como cerillas y los cadáveres sembraban los campos llenos de cráteres. Al penetrar en las calles de la ciudad, el asfalto desprendía un humo asfixiante, los laterales de las avenidas estaban plagados de carros de combate ardiendo,

aquello parecía un matadero de tanques, y el cielo se teñía de rojo y violáceo de aviones estrellándose.

Los cuerpos de soldados Waffen-SS y de la Wehrmacht, de milicianos del Volkssturm o de chiquillos de las juventudes hitlerianas cubrían las calzadas. Los cinco ejes de las potentes cadenas de los carros los aplastaban sin detenerse. De repente, detrás de un Panzer Tiger humeante, tu padre distinguió a una escuadra de SS con un lanzagranadas. Giró la torreta del «Kirov» y apretó el disparador. La boca del F-34 escupió certera. El impacto provocó que los cuerpos de dos soldados saltasen desmembrados y que el tercero se arrastrase sangrando. Enfocó el visor hacia este. Aquel rostro...

Se asomó a la torreta sin perder tiempo. Al comprobar sus sospechas saltó del carro, entre balas y obuses que silbaban, y corrió hacia el soldado agonizante.

—¡No disparen! —gritó, y se arrodilló junto al SS.

Las tripas, entre la sangre que manaba sin cesar, eran bien visibles. Con la mano en la nuca del soldado, le alzó la cabeza para que pudiera verle y le llamó: —Camarada Ricardo...

—Hola..., abuelo...

—¿Qué locura es esta?

—Regresé. Franco... nos traicionó...

Un hilo carmesí brotó en la comisura de sus labios. Tosió. Un borbotón de sangre precedió a las convulsiones. El rostro se inclinó. Luego, la rigidez. Los ojos quedaron abiertos mirando al infinito. Tu padre le bajó los párpados y exclamó: —Nos traicionó a todos, hijo. Descansa en paz.

De inmediato se irguió para subir al T-34 y, sin razón aparente, su mirada se dirigió al final de la avenida. Una bandera roja

ondeaba en la cúpula del Reichstag.

MADRID, CAMPO DE TIRO de Carabanchel, al alba.

El camión cargado de presos arribó al descampado. El calor que sufrían en los calabozos pareció aminorar por el viento proveniente de la sierra. Los condenados, ante la atenta mirada de dos pelotones de la Guardia Civil, descendieron con dificultad. Llevaban sus pies encadenados y las yagas de las torturas aún estaban frescas. Cuando los siete prisioneros hubieron apoyado sus pies descalzos sobre los guijarros, los exhortaron a caminar a golpes de culata contra las caderas.

Al frente de la fila se encontraban José Vitini y Marino, al que habían quitado el parche del ojo y mostraba la cuenca vacía. En el trayecto, el balance de los meses anteriores pasó fugaz por sus mentes, con el resultado final: el grueso de los *Cazadores de la Ciudad* habían sido detenidos y condenados a muerte.

Sabían que se trataba de una traición, pero poco importaba ya eso ante el pelotón de fusilamiento. Atrás quedaba para Vitini la gloria en la Resistencia francesa, su puesto de teniente coronel al mando de la 16.^a División, la liberación de Albi, Rodez, Lourdes y los pueblos de la periferia parisina, su aclamación como héroe de Francia, el frustrado ingreso en España por el Valle de Arán y la incorporación a la guerrilla antifranquista en Madrid para potenciarla y dirigirla.

Sólo le quedaba la satisfacción de los golpes de mano a la dictadura de Franco desde diciembre: el sabotaje a empresas alemanas en España como la Agencia de Ferrocarriles; la destrucción de la Delegación de Prensa del régimen; el asalto y

voladura de la sede de Falange en Cuatro Caminos con dos muertos; el atentado al germanófilo diario *Informaciones*... Y el resultado final: la policía militar franquista capturó a los *Cazadores de la Ciudad*.

Marino, por su parte, se enorgullecía de que ninguno de sus hombres se hubiese derrumbado ante las torturas, por lo que los carceleros no obtuvieron más información que la que les habían facilitado los chivatos o infiltrados. Guerra Civil, las minas de wolframio, la División Azul, de nuevo Madrid y la guerra que nunca se detuvo. La imagen imborrable que le acompañaría a la tumba sería la de Vitini, atravesando la frontera para ponerse al frente de todos ellos. O aquella otra, cuando los carceleros lo devolvían a la celda después de horas de torturas, arrastrando los pies y con la cara hinchada por los golpes, y aún les incitaba a resistir: — Camaradas, ahora es cuando hay que ser más fuertes.

Aún en aquellos minutos, Marino tuvo un segundo para preguntarse por la suerte de su amigo Antonio Ardura, al igual que Vitini por su camarada Cristino. Pero el recuerdo de la última noche en las celdas fue común para ambos: la cena opípara, las risas, los cigarros, la *Internacional* y hasta el *Asturias, patria querida*.

Colocaron a los siete en hilera. Al frente se alzaban amenazadores los muros de la cárcel que los acogiera durante meses en un juicio sumarísimo y con unas torturas interminables. Los guardias, a quince metros, alzaron los cañones de sus fusiles y les apuntaron.

—¿Alguien quiere que se le venden los ojos? —preguntó el sargento jefe de aquel destacamento.

Los condenados negaron con la cabeza y una sonrisa recorrió

sus rostros, como si en esos momentos tuviesen muy claro que el destino de los hombres no lo marca una derrota aislada. Y que, al final, no dejamos de ser sombras y cenizas.

Irguieron sus cuerpos, clavaron arrogantes la mirada en sus verdugos y comenzaron a cantar:

Arriba parias de la Tierra.

En pie famélica legión...

—¡Fuego!

AUSTRIA, PASO DE ARLBERG, al amanecer.

Entre desfiladeros nevados, la 1.^a División Ligera, encabezada por la 13.^a Semibrigada de la Legión Extranjera, atravesó la frontera de la provincia alemana de Ostmark, la otrora Austria. Desde Estrasburgo, en un avance arrollador, los legionarios habían liberado las ciudades de Rottweil y Sigmaringen de nazis y de colaboracionistas de Pétain, que huyeron escoltados por fuerzas de la Wehrmacht a refugiarse más allá de los Alpes. Pero la persecución continuaba.

La primera ciudad austríaca en capitular fue Bregenz, a orillas del lago Constanza. En la torre de la iglesia del Corazón de Jesús, el punto más alto de la villa, colocaron la bandera tricolor, que destacaba aun más sobre sus tejados negros de pizarra. Luego prosiguieron hacia Feldkirch por los amplios y verdosos valles. Los puentes sobre el río Ill, el afluente del Rin, se encontraban intactos, por lo que no aminoraron la marcha. En la cúspide del edificio más elevado, un torreón cilíndrico con tejado cobrizo —posiblemente un antiguo depósito de agua—, izaron la bandera de Francia.

El siguiente destino para adentrarse hasta el corazón de Austria era el Paso de Arlberg. La RAF les despejaba el camino del grueso de los ejércitos y de blindados, pero nada podía hacer frente a las incursiones de comandos, los terrenos minados o los nidos de ametralladoras ocultos en las cumbres nevadas.

Los amplios valles de Feldkirch se estrechaban y el convoy militar se disponía a un ligero ascenso entre suaves colinas que precedían a la sierra de Arlberg y sus tres mil metros. Las vías férreas se conservaban intactas; los alemanes, en su huida, no habían tomado la precaución de destruirlas, quizá pensando en un regreso inmediato a Baviera. En el hondo, el río Inn adquiría un tono turquesa frente a los desfiladeros blanqueados. Las paredes de roca se alzaban casi verticales y los soldados temieron avalanchas. En un tramo estrecho, el tren parecía competir con el cauce del río para hacerse hueco en la garganta, lo que provocó que todos los soldados de la 13.^a Semibrigada recorriesen el trayecto pegados a las ventanas.

—Hay que tener mil ojos, Mognazni —indicó tu hermano—. El tramo es favorable para las emboscadas.

—Esté tranquilo, mi capitán. Si hubiesen visto algo raro, la RAF ya nos hubiese avisado —respondió calmo el soldado argelino de la *chechia* granate.

—No sé, algo no me gusta —dijo Fran, arrimándose al cristal—. Demasiado silencio.

—Sería una fatalidad morir ahora, a pocos minutos del fin de la guerra. —Y sonrió.

—No te engañes, Mognazni: que los rusos hayan entrado en Berlín no significa la paz.

De repente, el tren frenó con brusquedad. Varios legionarios

rodaron por los suelos.

—¡Fuera del vagón! —ordenó Fran.

Los soldados saltaron a las vías y escalaron la ladera en busca de rocas tras las que protegerse, dentro eran blanco fácil para las piezas de artillería y la Luftwaffe. Desde sus posiciones pudieron comprobar que la línea férrea había sido cortada. Era preciso esperar a que la reparasen, tal vez varias horas.

En pocos minutos, la 13.^a Semibrigada había hecho *Camerone*. Si habían defendido Bir-Hakeim del Afrika Korps, aquel desfiladero sería un *box* inexpugnable para el asalto de tropas menos aguerridas. De pronto un Stuka zumbó en los cielos. Después, silencio, el verdadero peligro. Cientos de trazadas de balas batieron las trincheras de los legionarios. El Stuka, en vuelo rasante, ametrallaba sus posiciones.

Tres españoles de la 5.^a compañía —la misma que, a las órdenes de Fran, facilitó voluntarios al capitán Morel en Bir-Hakeim para liberar a la brigada india—, salieron de sus posiciones y corrieron hacia el vagón que transportaba el cañón antiaéreo. Desataron los nudos de las sogas y quitaron la lona que lo cubría. Uno dirigió el punto de mira hacia los cielos mientras los otros dos acercaban los proyectiles. Un Focke-Wolf 190, en sentido contrario al esperado, les sorprendió y la salva de balas tumbó a los tres veteranos.

—¡Cómo en el Ebro, compañeros! —gritó tu hermano. Al tiempo que saltaba como un diablo hacia los cuerpos acribillados de los legionarios. Le seguían, a un palmo de distancia, las balas de la ametralladora del Focke, que impactaban en el suelo rocoso.

Más soldados salieron desde sus blocaos y corrieron hacia las piezas de artillería que reposaban sobre los vagones. El Stuka

compareció de nuevo. Pero en esa ocasión obtuvo respuesta de las antiaéreas y se perdió en el desfiladero seguido de una estela de humo negro. Después se estrelló contra la vertical rocosa del desfiladero.

Cuatro antiaéreas vigilaban los cielos. El Focke-Wolf regresó y las aguas turquesas se tiñeron de rojo. Un disparo alcanzó al caza, que dando tumbos se estampó en el río. Volvió el silencio. Las miradas escrutaron la cañada para comprobar las bajas.

—¡Mi capitán! —gritó el soldado argelino.

Tu hermano, inmóvil y con varios impactos en las piernas y en el pecho, se encontraba tumbado en la plataforma grisácea de la antiaérea.

—No se mueva, ahora llega el sanitario.

—No, Mognazni... Que atiendan a los otros... Yo ya estoy muerto.

—No diga eso. Manténgase despierto.

—Prométeme... —Agarró la camisa del argelino y lo acercó hacia él, y añadió—: Que buscarás a mi hermano...

—Se lo juro.

—Asegúrate de que... —Tosió, una, dos veces— haya matado... al *Obersturmfürer*...

—Lo haré. Descanse.

Fran asió con las dos manos la camisa del soldado y con más fuerza lo atrajo hacia sí, hasta que sus rostros se tocaron.

—Júrame que..., si Nico ha muerto sin encontrarlo..., tú nos relevarás a los dos...

—*Mektoub* —respondió el argelino, y dirigió la mirada al cauce del río, como si en verdad aquella promesa estuviese escrita en los rayados de las aguas turquesas.

Tu hermano soltó la camisa del soldado y su cuerpo se relajó.

—Gracias..., Mognazni...

La cabeza se ladeó y sus manos se abrieron. Había muerto.

Los soldados, acercándose a darle el último adiós, no comprendían la mueca de satisfacción que iluminaba su rostro. Tal vez las siguientes palabras del soldado de la *chechia*, arrodillado ante su cuerpo, les explicaron un poco lo ocurrido.

—Le juro, mi capitán, que pronto encontrará en el Más Allá al *Obersturmführer*, y usted mismo también le ajustará las cuentas.

El jefe de la 13.^a Semibrigada, el teniente coronel Bernard Saint-Hillier, rompió el cerco de legionarios alrededor del cuerpo de Fran. Irrumpió en él y se quedó un segundo contemplando el cadáver, como dudando de que la muerte le hubiese alcanzado. Habían recorrido juntos muchos lances: Eritrea, Siria, Líbano, Bir-Hakeim, Sicilia, Provenza, la bolsa de Colmar... Le resultaba imposible que, a punto de terminar la guerra, su capitán no pudiera celebrar la paz. Aún le recordaba en Bir-Hakeim, antes de lanzarse sobre los Panzer, espoleando con su grito de guerra a los españoles: «¡Cómo en el Ebro, compañeros!».

Se frotó la sien. Despacio, fue bajando la mano hasta la altura del corazón, llevándola a la medalla prendida de su guerrera. Hincó una rodilla en la base metálica de la antiaérea y, tras arrancarse la condecoración, la colocó despacio en el pecho de Fran.

—Nadie la merece más que usted —exclamó.

El sol, potenciado por las cumbres blancas, incidió en los ribetes dorados del galardón y reflejó su luz sobre los ojos de algunos soldados que le rodeaban. El brillo de la Cruz de Guerra con la Estrella de Plata los cegó.

El teniente coronel, irguiéndose, se despidió con un susurro: —
Hasta siempre, capitán.

NIDO DE ÁGUILA

LOS YANQUIS HABÍAN LLEGADO a Berchtesgaden antes que vosotros. Los soldados de la 3.^a División de Infantería y la 101.^a Aerotransportada armaban tiendas y aseguraban sus posiciones alrededor del pueblo. Otros cantaban por las calles los himnos de sus regimientos, abrazados y empuñando cuellos de botellas de güisqui. Los Sherman y Half-Track patrullaban las calles.

El día se presentó despejado y las montañas de Obersalzberg, plagadas de enormes praderas y matorrales en flor, se alzaban en toda su majestuosidad. Detrás de las divisiones norteamericanas, a cuatro kilómetros, el Kehlsteinhaus y sus mil ochocientos metros. En su cúspide se dibujaba el Nido de Águila.

Detectaste algo extraño en aquella ocupación: en el tramo desde Berchtesgaden a Kehlsteinhaus no había ni vehículos ni soldados. Entonces te percataste de lo que ocurría: los norteamericanos había llegado los primeros a Berchtesgaden, sí,

pero no habían tomado el Nido de Águila. Daba la impresión de que no les interesaba, ya que construían fortificaciones sin intención de avanzar. Hasta tuviste la extraña sensación de que se encontraban estableciendo defensas para que nadie accediese a él.

Cruzaste una mirada con el teniente Carlos Iriarte. Tus ojos encendidos se convirtieron en el recordatorio de su promesa. Asintió. Por su gesto, él también había percibido lo que sucedía.

El teniente ordenó la formación de una columna compuesta por varios Half-Track del Regimiento de Marcha del Tchad, a los que siguieron Sherman del 501.^º. Os acercasteis a las posiciones norteamericanas y un *jeep* de la 3.^a División os cerró el paso. Ya no había duda: protegían el camino hacia el búnker de Hitler en las montañas. Un capitán gesticulaba sobre el todoterreno, indicándoos que os detuvierais.

Iriarte os ordenó obedecerle, pero no apagasteis los motores. Saltó del «Sarra» y, antes de dirigirse al encuentro del capitán norteamericano, os indicó en voz baja: —En cuanto se confíen, directos al Nido.

Entonces, enfocasteis el morro de los blindados hacia vuestro objetivo.

Al cabo de media hora, cuando distinguisteis al teniente pasándole el brazo por encima del hombro al capitán yanqui y alejándolo de vosotros, la columna emprendió la marcha quemando las cadenas por aquellos terrenos duros de roca que serpenteaban hacia la base de la montaña. Detrás, los *boinas negras* y el *jeep* del capitán Tuyeras, el oficial judío enrolado con la Francia Libre desde el primer día y que no quería perderse ese momento.

El oficial norteamericano se percató del engaño y apartó bruscamente a Iriarte, al tiempo que daba voces a los conductores de los Sherman de su división para que os cortasen el paso. Y le escupió al argentino: —¡Me voy a encargar de que lo fusilen!

En ese momento, los conductores de los carros del 501.º comenzaron a cruzar los blindados en el camino para bloqueárselo a los yanquis.

—¡Apártense! —les gritaban los oficiales de la división norteamericana.

—No puedo —respondían, sonriendo desde las torretas, los *boinas negras*—. Se ha averiado.

Los norteamericanos maldecían y viraban sus vehículos para sortear los obstáculos de más de treinta toneladas en un camino ya de por sí estrecho. Imposible alcanzarlos. La treta había tenido éxito: seríais los primeros en alcanzar el Nido de Águila.

El capitán Tuyeras, de pie en su *jeep*, se colocó al frente de la columna, señalando con su brazo la cúspide del Kehlsteinhaus. A su rebufo, Half-Tracks de La Nueve, con el «Santander» en vanguardia, y de la 2.ª sección de la 12.ª compañía del Regimiento de Marcha del Tchad.

Tuyeras llegó el primero a la base del risco y se dirigió a un gran portón metálico bajo un díptico de piedra con ornamentos nazis, seguramente el acceso al ascensor para recorrer los últimos cien metros. De repente, visteis al judío arrojar el casco al suelo y os lo imaginasteis: el aparato había sido inutilizado.

Oteasteis fugazmente las laderas del peñasco. De Leclerc habíais aprendido que siempre había que atacar por el lugar menos esperado, el supuestamente inaccesible. La cara este era la adecuada: pared plana de cien metros con el sol a la espalda.

Saltasteis de los Half-Tracks, llenos de granadas, puñal al cinto, siete cargadores y el Sten en bandolera. Comenzasteis a trepar el risco como arañas. Cubriendo vuestra escalada, quedaron abajo las ametralladoras pesadas en los semiorugas y las escuadras de morteros enfocando su tiro hacia el palacete nazi.

Aunque encabezabas el ascenso, seguido de Gitano y Turuta, al poco tiempo os adelantó por la izquierda el capitán Tuyeras. Os doblaba la edad, pero sus músculos y tendones obedecían órdenes escritas más allá de los cielos. A ti te impulsaba la imagen de tu hermana; a él, los rostros y miradas de un pueblo entero. Por encima de vosotros, las trazadas de las ametralladoras de 12.7 y las parábolas de los obuses del 81 os cubrían la subida.

Los dedos sangraban al aferrarse a las punzantes rocas, pero no sentíais el dolor. Las puntas de vuestras botas se incrustaban en boquetes sólo aptos para dormitorios de luciérnagas. No mirabais al suelo —la cúspide era el objetivo—, pero sentíais el aliento de decenas de soldados que os seguían.

El capitán arribó el primero a la cima y os esperó. Los obuses de los morteros y las balas de los humeantes peines de las ametralladoras seguían ofreciéndooos cobertura. Cuando los del primer pelotón os sumasteis a Tuyeras, el fuego de apoyo cesó. Era el momento del asalto.

Granadas impactando contra una puerta y dos ventanas os abrieron el camino. Tuyeras entró con la espalda pegada a la parte izquierda de la puerta y tú a la derecha; el resto os siguió. Irrumpisteis a ráfagas de Sten hasta quedaros sin cartuchos. Otra patrulla os sustituyó en vanguardia mientras cambiabais el cargador.

No encontrasteis a nadie en un salón enorme decorado con

tapices, alfarería resquebrajada por las balas y una araña plateada con decenas de bombillas inutilizadas. Oísteis gritos en alemán. Habíais sorprendido a los soldados nazis y acudían desde otras alas del edificio para haceros frente. A los dos primeros los acribillasteis sin darles tiempo a enfocar sus MP-44 hacia vosotros.

—¡Son niños! —exclamó el capitán Tuyeras ante el cuerpo de los dos miembros de las juventudes hitlerianas.

Eran altos, delgados y muy rubios, pero no alcanzaban más de dieciséis años, la misma edad que tenías tú cuando te incorporaste al frente en el Ebro. Pero en esos momentos esa era la única similitud, ya que por tus venas circulaban centenares de batallas y en tus heridas rezumaba el honor de millones de desposeídos.

Arribaron a la sala más soldados de La Nueve y de la 12.^a, así que seguisteis avanzando en el pelotón de vanguardia. Encontrasteis un amplio y largo pasillo con alfombra granate, tres arañas apagadas, cuadros con los retratos de jerarcas nazis en las paredes. Lanzasteis dos granadas para franquear el avance. Irrumpisteis habitación por habitación. Nadie. De repente se presentó una escuadra alemana. No tuvieron tiempo de apretar el gatillo. Seis muertos más.

El palacete de Hitler ya se encontraba rodeado y el sonido de las balas se oía en el exterior. También se veía a jóvenes hitlerianos despeñarse desde los tejados. Habíais revisado todas las salas de la planta baja. Quedaban las superiores, y esperabais en ellas el grueso de la resistencia.

Accedisteis a un aposento enorme, que en otro tiempo debió acoger los bailes de salón de los jerarcas nazis, con amplias escaleras culminadas en una barandilla que servía de parapeto a toda una sección de las juventudes hitlerianas. Os recibieron con

una salva de balas. Rodasteis por el suelo buscando el mejor resguardo desde donde repelerlos: detrás de columnas, en el hueco de la escalera o desde los marcos de las puertas. El lanzagranadas de Gitano se desplegó y media barandilla bailó su son. Los botes de humo, el fuego cruzado y las explosiones de granadas convirtieron el paraninfo en una cloaca de sangre. Los cuerpos que se precipitaban al suelo no parecían los de contrincantes, sino de imberbes jugando con armas.

Cuando la niebla se disipó, decenas de cadáveres nazis colgaban desde el mirador, acribillados, o cubrían la alfombra persa de la estancia. Subisteis los peldaños precedidos de cinco granadas. Por el amplio pasillo os llegaban refuerzos. Si los cálculos no fallaban, además de los abatidos en los tejados, en el interior habíais liquidado a casi cuarenta, frente a dos heridos vuestros.

En la planta superior todo se repitió. Necesitabas uno vivo para interrogarle sobre el paradero del *Obersturmführer*. La oportunidad se te presentó: dos soldados aparecieron con los brazos en alto.

—¡Rudolf Törni! —le gritaste al más alto, agarrándolo por las solapas de la guerrera y pegando el aliento a su nariz.

El otro señaló la puerta al final del pasillo. No habías avanzado dos metros, cuando una ráfaga tumbó a los dos alemanes. Te giraste y te topaste con sus cabezas abiertas. Había sido Gitano, que había detectado que portaban granadas para hacerlas explotar cuando estuviesen rodeados del mayor número posible de soldados aliados. Calmo, te arrodillaste ante ellos. Empapaste tu índice y corazón en su sangre y trazaste dos líneas rojas en cada una de tus mejillas. Y, seguido de Gitano, Turuta y el capitán,

emprendiste el camino hacia el cuarto en el que se refugiaba Törni.

Llegaste a la puerta de doble hoja. Una ráfaga la abrió. Irrumpiste de una patada. Dentro, el *Obersturmführer* gritaba por teléfono: —... Repito: no han respetado el pacto...

Al ver los Sten apuntándole, alzó los brazos. El auricular quedó colgando.

—Esta planta ya está despejada, vayamos al ático —ordenó el capitán, dejándote a solas con tu pesadilla.

—Exijo la presencia de un oficial para presentar mi rendición —exclamó Törni en inglés, tal vez al identificar vuestros uniformes norteamericanos.

Avanzaste hacia él sin dejar de apuntarle con el Sten. Törni repitió la fórmula en francés, seguramente por creer que no le habías entendido. Cuando te encontrabas a menos de cinco pasos de él, dijiste: —Sparen Sie sich die Kugel, Obersturmführer Törni, die Skorpione werden ihm den Test geben.

Te miró extrañado, como buscando una explicación. Pero no debió encontrarla, pues exigió de nuevo la presencia de un oficial.

—No estoy aquí para hacerte prisionero —dijiste rotundo.

A continuación te quitaste el casco y giraste el rostro, para que contemplase bien la trazada de bala dibujada en tu cabeza.

Palideció. Su mano se dirigió veloz a la cartuchera. Una ráfaga de tres balas le destrozó el brazo derecho impidiéndole alcanzar el objetivo. Otra le inutilizó el izquierdo. La tercera, una de sus piernas; la cuarta, la otra. Cayó de rodillas con los brazos balanceándose. Después se derrumbó. Era un cuerpo sin extremidades, un títere sin cuerdas.

Te arrodillaste. Con el puñal cortaste el cinturón que portaba

su cartuchera y arrojaste el arma lejos. Sacaste con calma la foto de Lucía y se la colocaste ante sus ojos.

—¿Te acuerdas de ella? —Negó con la cabeza. Sacaste un cigarro y añadiste—: ¿Quién te iba a decir que, de tus miles de víctimas, la más inocente sería la más mortal?

Törni no contestó, pero apretó los dientes por el dolor.

—¿Quieres fumar antes de morir?

—Exijo un oficial —gritó el nazi, una vez más, en lugar de responder.

—Querido Törni, no estás en disposición de exigir nada.

—La reglas de la guerra obligan a...

—Un amigo me enseñó que la guerra no tiene reglas. — Encendiste el cigarro.

—Si me va a matar, hágalo ya.

—No, Törni. No te voy a matar. —Echaste el humo en su rostro y, alzando la voz, añadiste calmo—: Te voy a ejecutar.

Situaste la hoja del puñal bajo uno de los rayos del sol que entraban por la ventana. Ladeaste el acero para que la luz se reflejase en sus ojos. Y le dijiste pausadamente: —Voy a arrancarte el corazón y me lo voy a comer.

Su aullido inundó la sala. Tus latidos compitieron con él.

A los pocos minutos, entró el capitán Tuyeras. Al ver el cadáver del *Obersturmführer* con un boquete en el pecho y tu uniforme salpicado y encharcado en sudor y sangre, enmudeció. Después escrutó el cuarto. Del enorme retrato de Hitler que presidía la estancia se escurría un manchón de sangre hacia el piso. En el suelo, el corazón aún pareció dar un tímido palpito.

—¿No se había rendido? —preguntó extrañado.

No obtuvo respuesta. Y te alejaste limpiándote la boca.

AU REVOIR, PATRÓN

LA NOTICIA OS LLEGÓ días después de la escalada al Kehlsteinhaus y el asalto al Nido: Hitler se había suicidado días atrás y su Alemania se había rendido.

—Oficiales, suboficiales y soldados de la II División Blindada, el enemigo ha capitulado —os anunció Leclerc.

Aunque faltaba todavía derrotar a los japoneses en el Pacífico, se podía aventurar que la guerra había llegado a su fin.

Las novedades ni te alegraban ni te desalentaban. Si antes el *Obersturmführer* ocupaba tus pesadillas, Franco lo sustituyó. Mientras pegabas la frente al cristal de la ventana del vagón, ajeno a los paisajes de la ruta desde Estrasburgo a París, imaginabas la entrada en Madrid con la División. Penetrar, desbordar y dividir la ciudad en dos, como en Estrasburgo. La Castellana sería la línea divisoria.

—*Mon adjudant-chef...*

La llamada que te rescató de tus sueños provenía de un avergonzado soldado francés recién enrolado. Le miraste. Sus ojos se clavaban en tu guerrera, que lucía la Cruz de Guerra con Estrella de Plata, la Cruz de la Liberación, el distintivo de tirador selecto, la Orden de Liberación y la Medalla al Mérito Militar. Luego los dirigió tímidamente hasta la trazada de bala dibujada en tu rapada cabeza, para desviarlos hacia los aretes de tus orejas.

Un gesto de tu mentón le animó a proseguir.

—Alguien me ha robado el petate.

Escrutaste el vagón. La risita de Turuta lo delató. Una broma al novato, pensaste, pero los tiempos de las guasas habían llegado a su fin.

—¡Turuta!

Tu tono imperativo cortó las sonrisas y la mochila apareció de repente, como de la nada. Dirigiste una mirada asesina al novato soldado y le exhortaste: —ES-PA-BI-LE.

—Que bien suena eso de *mon adjudant-chef*.

No respondiste a Gitano, que, sentado a tu lado lucía los galones de sargento. Preferías regresar a tu sueño, pero tu amigo se había empeñado en entablar conversación.

—Sabes, a los nuevos reclutas ya les han contado que culminamos la guerra en el Nido de Águila, matándolos a todos.

Encendió un Lucky Strike y, después de una calada profunda, añadió: —Se ha corrido la voz de que le arrancaste el corazón a un oficial de la Gestapo y que le diste un mordisco. —Ante tu indiferencia, prosiguió—: A propósito, ¿a qué sabía?... No me lo digas, seguro que a cerdo mal curado. —Colocó el cigarro en los labios y, acercándose a ti, susurró—: Te llaman *Killer Bête*.

Sí, tal vez tenían razón. Ya no eras el ingenuo soldadito

enrolado en el frente del Ebro, ni el entusiasta cabo primero de la escuadra de tiradores de élite de la Fuerza L. La piedad había desertado de tu código y los campos de exterminio habían ingresado a Dios en los infiernos, por lo que, para ti, todo estaba permitido. Sabías que si Fábregas o el teniente Granell siguiesen con vosotros, ninguno hubiese permitido tu transformación.

—Al capitán Dehen le disgustó que no saludaras a De Gaulle... —comentó Gitano.

—¡No saludo a traidores! —manifestaste rotundo y tu mirada regresó al exterior del vagón.

De Gaulle os había pasado revista en Landsberg para imponeros la Orden de Liberación a todo el Regimiento de Marcha del Tchad. Cuando pasó frente al «Santander», permaneciste inhiesto, pero no alzaste la mano hacia el quepis. En contra de las muestras de entusiasmo del resto de soldados franceses, todos los supervivientes españoles de la II División lo recibisteis con frialdad. Para vosotros era el momento del recuento: cientos de muertos y el triple de heridos desde que desembarcasteis en Normandía. En La Nueve, noventa y siete heridos y treinta y nueve muertos, de los que veintitrés eran compatriotas. Erais la unidad que más había sufrido los efectos de la metralla. Habíais puesto el alma, y De Gaulle no había estado a la altura.

—¿Qué vas a hacer después del desfile?

—Buscaré a mi madre para entregarle esto —contestaste, mostrándole la carta de tu padre, para añadir—: Ha de saber que está vivo.

—Pues yo iré en avanzadilla con Turuta a inspeccionar burdeles. —Y dio otra calada.

La cúspide de la Torre Eiffel lo anunció: los trenes cargados con

vosotros, los Half-Track y Sherman entraban en París. Os identificaban la tricolor francesa y la insignia de la División en el frontal de la locomotora. Todas las viviendas lucían banderas aliadas y de Francia; hasta en la cúspide de la Torre Eiffel ondeaba una, la más grande. Desde los andenes o cerca de las vías, las gentes os saludaban. Te fijabas en ellos, y los rostros de tu madre y de Sophie se instalaban en tu mente. Necesitabas un día de permiso para acercarte a verlas. Pensaste que después del desfile por los Campos Elíseos sería el momento, sin sospechar lo que te esperaba.

LOS CUATRO MIL DOSCIENTOS VEHÍCULOS aguardaban la orden de avanzar, preparados para el desfile. Repasaste los blindados de La Nueve: sobre «Los Cosacos», el *adjutant* Valero, en «Don Quijote II», un exultante sargento jefe Moreno; en el «Cap Serrat», el sargento Zubieta; sargento Gualda en el «Madrid»; el teniente Iriarte se había ganado el «Resistencia III»; el «Teruel II» obedecía el mando del sargento Llordens; sargento Callero en el «Liberación»; el *adjutant-chef* Larita II sonreía desde los lomos del «Brunete»; tú, en el «Santander». El sargento jefe Rigas se había unido desde la sección de apoyo con el «Rescusse» y sobre el «Nous Voilà», «Almirante Buiza», «Ebro», «Guernica II», «Túnez 43» y «Guadalajara III», asomaban oficiales franceses. Ya no erais la compañía exclusivamente española.

Los vehículos comenzaron su lenta marcha. Ajustaste la bandera de la II República española en tu bíceps, gesto que imitaron el resto de españoles.

La gente se agrupaba en el espacioso corredor formado desde

el Arco del Triunfo hasta Notre Dame. Los gritos y vivas se sucedían, al igual que las guirnaldas. Ninguna bandera de la II República se desplegó entre el público. De Gaulle las habría prohibido, pensaste. Las parisinas ya no saltaban sobre vosotros para besaros; se limitaban a balancear banderines tricolores desde las aceras.

—Allí —gritó Turuta, señalando a un grupo de soldados.

Vuestros heridos habían salido de los hospitales para saludaros: el teniente Granell con muletas; los *souslieutenants* Montoya y Elías en sillas de ruedas; Fermín Pujol vendado hasta las cejas; Reiter, Juanita, más pálido y delgado que nunca... Se habían colocado las medallas en su pecho, como los viejos combatientes de la guerra del 14.

—¡Vista a la derecha! —ordenaste.

Los soldados republicanos españoles giraron al unísono sus rostros hacia vuestros heridos y los saludaron. Ellos correspondieron. Nadie pudo evitar un nudo en la garganta.

Al cabo de una hora, el desfile terminó y se ordenó que os dirigierais hacia Fonteneblau. Os desplegaron en su bosque. Al parecer Leclerc os quería hacer llegar un mensaje, os dijeron. En efecto, el general apareció sobre una tarima en cuyo centro se alzaba un micrófono. Le acompañaba una mujer que se situó discretamente en el fondo.

—Es la esposa —señaló el capitán Dehen desde el «Inzell».

Tomó la palabra y os informó de que, en unos días, el general norteamericano Haislip os condecoraría con la *Presidential Unit Citation*. Después habló de lo orgulloso que se sintió teniéndoo a su mando, de que con vosotros nunca conoció la derrota. Aquello sonaba a despedida. Añadió que su próximo destino era Indochina

y que se consideraría muy honrado si quisierais acompañarlo.

—Nada se nos ha perdido allí —mascullaste.

—¡Silencio, *adjudant-chef*!, —te reprendió el teniente Carlos Iriarte.

—Cuanto sintáis flaquear vuestras fuerzas —concluyó el general—, recordad Koufra, Túnez, Normandía, Alençon, París, Estrasburgo, Berchtesgaden... Y recordad siempre a los compañeros que nos arrebataron...

Las gorras surcaron los aires.

—Me voy con él —declaró Turuta.

—¡Primero, España! —le gritaste.

¡Maldita sea! Otra vez quedabais a vuestra suerte. ¿Es que nadie se acordaba de que había que liberar vuestro país? La rabia te apretó las venas. Te pasaste las manos por la cara y clavaste las uñas en los pómulos.

Distinguiste al teniente Iriarte dirigiéndose hacia el puesto de alistamiento para acompañar a Leclerc. Luego te pareció ver a un restablecido Montoya en la fila. Detrás, Juanito...

—¡Tenemos que ir a España! —gritaste.

Nadie se giró hacia ti. Caíste de rodillas sobre la hierba y la ira o las lágrimas o vaya uno a saber qué carajo te nubló la visión.

—Se lo debemos a nuestros muertos —balbuceaste, como si lanzases un último quejido.

Fue en ese momento cuando ante ti, desde la calina, comenzó el desfile de los vuestros, que se acercaban flotando a un pie del suelo, como recordándoos la promesa del asalto a los cielos. La sonrisa de Fábregas y su guitarra abrían la columna; después, el gesto prusiano del teniente coronel Puzt y su *En avant!*; detrás, el sargento Cariño sonreía y mostraba un puñado de percebes en su

manos; luego se incorporó, recién llegado de los fiordos celestes de Narvik, un Constantino Pujol a bordo de «Los Pingüinos» con nieve en la chapa...

De repente, los colores rojo y verde partieron la bruma de Fontenebleu. Un soldado avanzaba a tu encuentro. Llevaba el quepis blanco, el fajín azul, las charreteras con los colores de la Legión suiza de 1855, los pliegues en la camisa, el emblema de la granada de las siete llamas y el atuendo de los Gastadores de la *Gran Armée*. Alrededor de él, la muchedumbre comenzó a gritar. Ya no te encontrabas en Fontenebleu. Aquella era la avenida Jules Ferry de Túnez.

El legionario imprimió ritmo a sus pies. Ochenta y ocho pasos por minuto: *Le Boudin*. Se aproximaba; el vapor del aire desdibujaba sus facciones, pero te parecía Fran. Es él, te dijiste, su particular forma de colocar el distintivo azul de héroe de Bir-Hakeim le había delatado. Había llegado con la 13.^a Semibrigada para sumarse a la liberación de España. Entonces, por fin, sonreíste.

—*Mon adjudant-chef...*

El emblema de Bir-Hakeim...

¿Dónde estaba el distintivo azul?

No en el hombro de Fran. Reposaba sobre una bandera plegada de la Legión Extranjera con la leyenda *Legio Patria Nostra*.

—... a su hermano le hubiese gustado...

Los galones blancos de capitán de infantería se hallaban entre medallas en medio de la grímpola. Dos manos morenas te los ofrecían: las del soldado argelino de la *chechia* y la gumía al cinto.

—... tuviera esto...

Tus ojos bailaron de las medallas al rostro del *pied noir*, de la

bandera a la *chechia*, del desconcierto al abismo de la locura.
—Murió como un héroe en el Paso de Arlberg.

EL REGRESO DE LOS BARBUDOS

LA RABIA TE HIZO APOYAR las manos sobre la chapa del «Santander» y golpearla con la cabeza. No te preocupaste de la sangre que descendía por tu frente. Ni siquiera sentías el dolor.

La imagen del Patrón en su discurso de despedida se instaló en tu mente. Años esperando ese momento, soñando con que os ordenase liberar España y atravesar con los blindados las líneas del último reducto del fascismo europeo. Entrar en Madrid, partirlo por la mitad, sobrepasarlo. Y dedicar a Fábregas el desfile del «Santander» hasta la Cibeles.

Espera inútil y sueño frustrado. Otra traición.

Los grandes ya se habían repartido el mundo en Postdam, en Yalta, en... Franco y su España habían quedado en la zona de influencia de los americanos. Nada se iba a mover. Y vosotros erais menos que nada.

Ante ti, la bandera de la Legión Extranjera con los galones de

Fran y sus medallas. Otra vez, en tus oídos, el discurso machacón de Leclerc al despedirse: —Cuando sintáis flaquear vuestras fuerzas, recordad Koufra...

El siroco, cuarenta grados centígrados, las tormentas de arena, los italianos, que, pertrechados en el fortín del oasis, no impidieron el avance ciego de los barbudos descamisados con el machete en la mano, la granada entre los dientes y la revancha en las venas. Y allí escuchasteis el juramento de Koufra, y lo cumplisteis.

—... Túnez...

Hombres contra bestias en el desierto. El *box* de Ksar Rhilane. Trepando a los Panzer como vaqueros sobre potros salvajes, como banderilleros en los cosos de España o México. O en las hoyas esperando al monstruo mecánico para colocarle la carga en las tripas. Ver retirarse humillado a Rommel por hombres que sabían cazar zorros en los desiertos y en las junglas.

—... Alençon...

Los primeros compañeros muertos, alguno de vuestros blindados destrozados, un vehículo oruga calcinado, el cuerpo a cuerpo con los nazis, la obligación de pintar el «II» en nuevos Half-Track. Los cánticos de Fábregas. El lloro de la guitarra. El asalto al castillo.

—... París...

Las barricadas, «a cada uno su broche», la entrada en París con Granel, Elías y Campos seguidos de los *boinas negras* del 501.º de carros, el desfile de la victoria por los Campos Elíseos, el último ataque de francotiradores nazis, la 3.º Sección a por ellos, el bosque de Boulogne y... Sophie. Sophie.

—... Estrasburgo...

La consigna: «Tissus est dans iode». De nuevo el cerco, las bajas en vuestras filas, la brecha en las enemigas, las disputas de estrategia con los yanquis, las órdenes absurdas que no se cumplían, el Ejército Privado, los ataques nocturnos, el frío, la nieve, los pueblos diezmados y el último foco resistente alemán derrumbándose en Francia.

—... el Nido del Águila...

«Antes que los yanquis», se corrió por la sección. Fusil a la espalda escalasteis las escarpadas paredes de roca como en la cota 220 de Narvik. Llegasteis al Nido; os recibieron, a las órdenes de Törni, aquellos niños disfrazados de soldados. Ninguno sobrevivió. «Dada mi condición, exijo la presencia de un oficial», alegó el otro. «Yo no he venido hasta aquí para hacerle prisionero», dijiste, y... Tus latidos.

—... Recordad con rabia a los compañeros que nos arrebataron...

Fábregas, el teniente coronel Joseph Puzt, el sargento jefe Constantino Pujol, Bullosa, Del Águila, Helio, Sánchez... Todos acudieron como fantasmas en la bruma de Fonteneblau.

—Si al final avanzáis hacia España, mira a tu rebufo y verás las hordas de barbudos sumándose —las contundentes palabras de Campos sustituyeron a las de Leclerc.

Golpeaste con los puños la chapa del «Santander»; una, dos, tres veces. El soldado argelino, inmóvil, te contemplaba desconcertado.

Eso no podía quedar así, te dijiste. El contrato de alistamiento especificaba que su duración era por toda la guerra. Y esta aún continuaba más allá de los Pirineos.

Limpiaste la sangre de tu frente. Tus labios estaban secos y los

ojos, húmedos, pero hacía mucho tiempo que habían dejado de llorar. Tal vez, como diría Larita II, porque habías alcanzado la categoría de Maestro y sólo suspirabas en tu interior. Sacaste del bolso la carta de tu padre y se la tendiste al soldado argelino, indicándole: —Hágasela llegar a mi madre junto a las medallas de Fran. Le pertenecen a ella.

Después, encendiste un cigarro. El humo cubrió tu cara, pero el gesto estupefacto del argelino te indicó que una máscara macilenta había sustituido a tus facciones. Acababas de descubrir lo que quizás sintiera Leclerc en aquellos instantes. Con calma, dirigiste la mirada hacia los soldados de tu sección y les ordenaste: —Carguen bidones de combustible en la trasera de los Half-Track. Revisen sus armas y cojan toda la munición que puedan. En cuanto estemos listos, emprenderemos de nuevo la ruta hacia el infierno.

—*Mon adjudant-chef* —dijo el cabo más joven—, ¿se puede saber cuál es el eje de marcha?

—Sí. Vamos a atravesar España de costa a costa.

—¡Bien! ¡Cien falangistas para cada uno! —vociferaron los soldados, y la voz de Gitano sobresalió entre el griterío: —¿Nos sigue la II División?

—No.

Se terminó el júbilo, sólo el silencio. El joven volvió a hablar: —Pero, *mon adjudant-chef*, somos muy pocos.

—No se preocupe, cabo. Según avancemos, mire a su rebufa. Verá las hordas de barbudos añadiéndose.

FINAL INELUDIBLE

EL VIENTO AUSTRAL había golpeado las fachadas rosadas de los monumentos de Toulouse y sus calles se plagaron de matojos y arenisca. Dicen los lugareños del Alto Garona que el austral no sólo es el viento del diablo, también el de la locura. No sólo deseca las tierras y arranca la vegetación, sino que además trastorna a los humanos. Eso debió pensar Mimy Romaguera cuando abrió la puerta de su hogar y descubrió a Cristino introduciendo ropa en una mochila.

—¿Qué haces? —preguntó atónita.

Cristino se dirigió hacia ella en silencio y la abrazó con fuerza. Mimy correspondió con un abrazo; le había parecido que los ojos de su esposo, el *chef de maquis*, estaban húmedos.

—¿Qué te ocurre, Cris?

—Acaban de darme la noticia: han fusilado a Vitini y al resto de los *Cazadores de la Ciudad*.

La mujer volvió a abrazarle. Casi nueve años de camaradería desde el inicio de la guerra en España le hacían sospechar el dolor que albergaba el corazón de su marido por su amigo y compañero. Al minuto, él se separó para dirigirse hacia la mochila.

—¿No estarás pensando...?

—No hay otro camino.

—Tiene que haberlo, Cris —dijo Mimy, y lagrimeó.

—Alguien tiene que ir a Madrid para organizar de nuevo la resistencia armada contra Franco.

—¿Por qué tú?

Mimy gimió. Cristino volvió a acercarse y, con suavidad, le acarició la mejilla.

—Cris, hay decenas de jefes guerrilleros que pueden encargarse... —suplicó ella con un sollozo.

—Es posible, pero se lo debo a Vitini.

A SETECIENTOS KILÓMETROS DE TOULOUSE, en París, en la Gare de Montparnasse, el mismo lugar en el que el general Von Choltitz había firmado la rendición ante las tropas de Leclerc y los maquis parisinos de Rol-Tanguy un año antes, tres mujeres esperaban la llegada del expreso que venía desde Estrasburgo con destino a Hendaya. La neblina flotaba entre los pies de docenas de pasajeros y familiares que los acompañaban en los andenes. Los tejados de la estación aún presentaban agujeros de los bombardeos. Sus fachadas, negruzcas de hollín y aceite, supuraban humedad. Era la misma o parecida a la de los ojos que, enrojecidos, albergaban las lágrimas de días y noches de sollozos de tu madre, Sophie y Ana.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó tu madre.

—Sí —respondió rotunda Ana, al tiempo que depositaba la maleta en el suelo. Después, añadió—: Muerto Fran, no tiene sentido que siga en Francia.

—Pero... —balbuceó tu madre—, ¿ir a España...?

—No hay más solución. Hay que derrumbar el régimen desde dentro. Todo lo demás ha fracasado.

—No te entiendo —intervino Sophie—. Tienes un medio de vida en París; en cambio, allí igual te espera la cárcel o la muerte.

Ana sonrió y posó su mano sobre el vientre de Sophie.

—Esta criatura cuando nazca ha de ver la democracia en la patria de su padre.

—Pero sigo sin entenderlo —dijo Sophie, bajando la mirada—. La guerra había terminado y ya había vengado a su hermana. ¿Qué necesidad tenía de emprender la ruta hacia España?

—La misma que me impulsa a mí —matizó Ana, acariciando los cabellos de Sophie.

—Lo que más me extraña es que nadie tenga noticias sobre su paradero —añadió Sophie.

—Es lo que nos dijo el teniente Granell. Al gobierno francés no le interesa difundir que le han robado material militar y...

Los altavoces que anunciaban la llegada del tren procedente de Estrasburgo ahogaron su voz. Ana se despidió de ambas con dos besos y les aconsejó: —No esperéis a que el tren salga. Los andenes se llenarán y tardaréis más en abandonar la estación.

Un pitido largo anunció la entrada del expreso.

—Da igual —dijo tu madre, oteando la locomotora que se adivinaba al final de la vía.

Ana la abrazó con fuerza.

—Espero que pronto tengas noticias de Antonio —le deseó.

—No soy optimista —señaló tu madre, ladeando la cabeza—. La carta que me entregó el soldado argelino estaba fechada hace meses y los muertos en el frente oriental se cuentan por millones.

—Verás cómo está vivo —animó Ana.

A continuación asió la maleta y, guiñándole un ojo, añadió: —Alguna de nosotras ha de tener suerte en la vida.

De los vagones, descendieron los pasajeros; soldados, en su mayoría, que por la efusividad con que abrazaban a sus familiares o novias, bendecían a los cielos por una guerra terminada y haber sobrevivido. La desazón embargó aún más a las tres mujeres. Ana colocó el pie en el peldaño y, antes de entrar en el vagón, prometió: —Os escribiré.

Luego traspasó la puerta y recorrió el pasillo, buscando su compartimento. Desde el andén la vieron depositar la maleta en el reposabultos y dirigirse a la ventana. Bajó el cristal y se quedó asomada esperando a que el tren emprendiera la marcha para decirles adiós. De repente, sus ojos se abrieron mucho, como si hubiese visto un fantasma, y, señalando algún punto en el andén, gritó: —¡Marta, mira!

Tu madre dirigió la vista hacia donde le indicaba Ana: un soldado del Ejército Rojo, con el petate al hombro y la Orden de Lenin en su pechera, se abría paso entre la muchedumbre. De repente, se quitó la voluminosa *ushanka* de la cabeza, arrojó el petate al suelo y emprendió una carrera hacia tu madre. Y ella vociferó: —¡Antonio!

EL GENERAL KOERING, jefe de las Fuerzas Francesas del Interior y

Gobernador de París, recorrió casi sin aire el pasillo del edificio que albergaba al gobierno provisional de Francia. Se dirigió hasta el despacho del presidente y, sin prestar atención a las palabras del capitán que ejercía de secretario y evitaba las visitas no autorizadas, entró sin llamar.

—Excelencia...

El general no pudo continuar hablando, ya que Charles de Gaulle se levantó de su asiento, abandonó los documentos que estaba revisando, le clavó la mirada y le espetó: —Espero que lo que me tenga que decir sea importante, general.

Koenig se cuadró delante de la mesa del despacho, sosteniendo el quepis con el brazo flexionado sobre el abdomen, alzó la vista a la esquina de la pared con el techo y, con voz firme, anunció: —Señor, después de siete días, hemos dado alcance y detenido a los integrantes de La Nueve que habían robado material del Ejército y se dirigían a España con la intención de cruzar sus líneas.

—¿Dónde ha sido eso?

—Cerca de Châteauroux, señor.

—¿Cómo ocurrieron los hechos?

—Fuerzas de la 1.^a División Blindada con miembros de la Gendarmería les cerraron el camino. Saltaron sobre ellos antes de que pudieran hacer *Camerone*. Los soldados depusieron su actitud y entregaron las armas sin ofrecer resistencia.

—¿Dónde están ahora?

—Camino de la prisión militar de Burdeos.

De Gaulle se dirigió al ventanal, encendió un cigarro y dejó que su mirada se perdiera ante el Arco del Triunfo. Luego contempló los Campos Elíseos, donde había desfilado después de liberar

París, escoltado por aquellos hombres que ahora habían sido detenidos y eran reclusos de la nación a la que habían defendido. Sabía cómo se sentían: traicionados por Francia.

—¿Quién los capitaneaba?

—El *adjudant-chef* Bête, seudónimo de Nicolás Ardura.

Nicolás... ¿de qué le sonaba ese nombre? Español. Otro soldado rojo, seguro. Uno más. No. Se golpeó la frente con la mano. «Nicolás Ardura. II División Blindada de la Francia Libre», la leyenda en aquel sobre que le entregó el general Vladimir Serguéi acudió al presente desde el cajón donde su memoria lo había confinado.

—¿Qué ha dicho el Ministro de Guerra?

—Que se fusile al *adjudant-chef* y se le abra un Consejo de Guerra al resto.

El presidente del gobierno provisional regresó preocupado al sillón. Recordó que él también se había sentido traicionado por su patria cuando el mariscal Pétain firmó el armisticio y, ante su oposición con la creación de la Francia Libre, lo habían condenado a muerte.

De pronto, el secretario abrió la puerta y exclamó: —Excelencia, acaba de llegar un teletipo desde Indochina.

—¿De Indochina? —repitió extrañado De Gaulle, poniéndose de nuevo en pie.

—Sí, Excelencia.

—Entréguemelo.

De Gaulle leyó detenidamente el teletipo, y alzó la cabeza con expresión seria.

—¿Malas noticias? —preguntó Koenig.

—Al contrario. Léalo usted mismo.

El general lo recogió y su mirada se fijó en la firma: «General Leclerc, jefe de las Fuerzas Francesas en Indochina». Y comenzó a leer el texto en voz alta: —... por ello te solicito, querido Presidente, que esos hombres me sean enviados a mis unidades en Vietnam, donde los recibiré como se merecen, como héroes de Francia y de España...

—¿Entiende, general?

—No, señor Presidente.

—Pues es muy fácil. Antes, todo lo que no era de nadie pertenecía a la Legión Extranjera. Ahora, todo lo que no pertenezca a nadie es de Leclerc.

—Eso significa que...

—Eso significa que debe usted ordenar la libertad del *adjudant-chef* Bête y sus hombres. Les da uniformes nuevos, les da de comer y que descansen. Mañana los equipa con armamento y los sube en un avión rumbo a Saigón, para que se sumen a las fuerzas de Leclerc.

El gesto de extrañeza de Koenig no pasó inadvertido para De Gaulle, pero no dijo nada, ante lo que el otro apenas balbuceó: — Pero el Ministro ordenó que...

—General, ¿no le ha enseñado nada esta guerra?

—No entiendo...

—Haga lo que le dije.

—¿Y qué le diremos al Ministro?

De Gaulle regresó al ventanal, su vista no se movió del Arco del Triunfo, pero su mente se instaló en Notre Dame, unos meses atrás.

Sin voltearse, sentenció:

—Dígale que Leclerc no obedece órdenes estúpidas.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

ERAN LAS SEIS Y TREINTA MINUTOS; en Vietnam, amanecía. El sol tiñó el Valle de la Drang de un verde que se azulaba en la base del macizo de Chu Pong. Sólo restaban en los cielos algunos cirros despistados y la luna, que te alertaba de que decrecía y, sin su luz, las noches anunciarían ataques enemigos. Tus soldados se ocultaban en las copas de los miles de árboles y en las decenas de ciénagas diseminadas en los kilómetros interminables del manglar. Erais invisibles. Otra vez el hombre y la naturaleza contra el hombre y la máquina. Ni pestañeabais esperando el enfrentamiento. Vuestros Kalashnikov y ametralladoras PPS rebosaban cartuchos para aniquilar a cualquiera que se adentrase en la espesura. Y podíais esperar largo tiempo, sin prisas, pues los kilos de arroz distribuidos entre vuestros ropajes os permitirían alimentaros durante semanas.

Distinguías a las divisiones yanquis desplegándose en la llanura

y estableciendo fortificaciones. Eran lentos, como elefantes torpes. La leyenda de que quien controlase el valle controlaba Vietnam también había llegado a sus oídos. Se creían invencibles con sus nuevas armas de guerra: los helicópteros y los bombardeos de saturación. ¡Qué ilusos! Esos castigos eternos con bombas desde el cielo, que descargaban la mitad de sus arsenales en treinta segundos, ya los habíais sufrido en Guernica. Y aunque los helicópteros habían sustituido en las selvas a los carros de combate, tenían una debilidad: se les oía volar antes de ser vistos, como los Stuka, y hasta una piedra destrozaba su rotor.

Otra vez la guerra había cambiado. Las largas líneas de trincheras y búnkeres de la Gran Guerra, sustituidas por los rápidos movimientos de blindados desde Normandía a Berlín, habían dejado paso a la táctica de evitar los combates directos, a las tensas y largas esperas que culminaban en segundos de acción: la evaporización del enemigo. Eran las batallas perpetuas de los tiempos muertos, rotos por brevísimos y encarnizados combates: lo que te había enseñado Campos. Nada nuevo en el crisol sangriento de las muertes sin sentido.

Llevabas veintinueve años en los campos de batalla y dos décadas en las junglas del Vietnam. Aislado y desterrado del mundo, confinado en el último forúnculo de la Tierra. Tu patria, desde entonces, eran las pequeñas aldeas de juncos, los arrozales inacabables, las inhóspitas marismas, las vegas de los ríos y los manglares de los estuarios. Habías sido castigado y expatriado en Indochina. Defender el colonialismo francés se convirtió en tu penitencia. Pero llegó la batalla de Diên Bien Phu, el último *Camerone* de la Legión Extranjera, y la locomotora de la Historia se rio a carcajadas de los grandes estrategas y de los principios que

dicen presidir el arte de la guerra. Hombres y mujeres con los ojos rasgados, famélicos, descalzos, sin más armas que piedras y fusiles prestados, diezmaron a un ejército moderno. Otra vez, donde sobraba corazón, nada pudieron bombas. Aquello fue más sangriento que Normandía o Bir-Hakeim y los miles de cadáveres se repatriaron y los Campos Elíseos se plagaron de lágrimas. A veces, en tu soledad, pensabas que te hubiese gustado regresar a París, aunque fuera en un ataúd de pino. Pero era mejor así; Sophie no podía sufrir más. Posiblemente te hubiese olvidado. Mejor, pensaste. ¿Quién eras tú para atreverte a soñar con ella?

Diên Bien Phu no sólo partió Vietnam por el paralelo 17, entre el norte y el sur, también borró de la faz de la tierra a la mitad de los mil cien republicanos españoles que arribasteis a aquellas latitudes con Leclerc. Ya ni amigos os quedaban. Entonces, desertasteis, y el Vietcong os acogió. Otra bandera, otros compañeros, la misma causa: la libertad de los pueblos.

Era el 14 de noviembre de 1965 y te encontrabas dispuesto para otra batalla. El general norteamericano oteaba el horizonte con sus prismáticos. A ti no te podía distinguir. Te camuflabas en medio de la selva; los densos ramajes eran tu casa. Aterrizaban aviones CH-47 Chinook y helicópteros UH-1 Huey. Los yanquis recibían refuerzos y se reagrupaban. El enfrentamiento era inminente. Comprobaste el cierre del Kalashnikov, te tiznaste el rostro, anudaste un trozo de tela alrededor de tu frente para que absorbiese el sudor y te colocaste de nuevo en el bíceps, sin saber por qué, el desgastado brazalete con la bandera de la II República que te había regalado el teniente Granell hacía ya un millón de años. De nuevo la larga espera, la misma que en los grandes *erg* del desierto, pero en esa ocasión en los impenetrables manglares.

El fuego de la artillería norteamericana lo anunció: los tambores del cuerpo a cuerpo retumbarían de inmediato. De nuevo, las marismas ensangrentadas. Miraste el rostro de tus soldados: sus ojos, como los del tigre, brillaban. Los de los norteamericanos languidecían mientras mascaban chicle: ojos de oveja, pensaste.

Casi treinta años en guerra te habían enseñado que la mirada marca la divisoria entre la victoria y la derrota. Se podían perder miles de batallas; al final, siempre triunfaba quien miraba sin la piedad de los cielos ni la indulgencia de los dioses.

El cariz de la guerra había cambiado: ya no se trataba de un ejército contra otro, sino de un pueblo contra el invasor. Hasta las mujeres militaban en vuestras filas. Y vosotros, el ejército de ratas, erais apenas un puñado.

Todo estaba preparado para repeler al usurpador. Si por fin alcanzabais la victoria, ordenarías que las cabezas de los yanquis jalonasen la senda del Mekong para que el mundo supiese que nadie debe volver a jugar con el destino de los pueblos. Al Valle de la Drang, te habías jurado que a partir de ese momento, se le conocería como el Valle de los Muertos.

Se oyeron los helicópteros. «¿Cuándo colgarás el traje de luces?», preguntó Larita II en tu cabeza. «Nunca», respondiste. El llanto de la guitarra anunció la imposibilidad de callarla. Fábregas tocaba por encima de los cirros, las nubes de pluma. «Cuando el ánimo desfallezca, recuerden Koufra...», te decía Leclerc desde el Más Allá.

Miraste por última vez la foto oscura con el rostro claro de Sophie. Con un nudo en la garganta la guardaste en el bolso de la guerrera y, de inmediato, ordenaste a tus comandantes: —Dejen

que se confíen y que se adentren en la selva, así ni su artillería ni su aviación bombardearán. En cuanto se encuentren a menos de veinte metros, abran fuego. Vamos a emborracharnos con su sangre.

—A la orden, coronel Bête —respondieron al unísono.

Napalm.

Tus latidos.

AEROPUERTO DE DA NANG, HOY

LA VOZ DEL COMANDANTE de la aeronave obliga a olvidarme de todos los republicanos españoles que combatieron a Hitler y regresar al presente: «Sobrevolamos Da Nang. En media hora desplegaremos el tren de aterrizaje. Les rogamos que sigan las indicaciones de seguridad de nuestro personal de vuelo y les damos las gracias por elegirnos...».

Me abrocho el cinturón y cierro el dossier que llevo repasando desde que despegamos del aeropuerto Charles de Gaulle, hace ya quince horas. Acaricio distraídamente su portada. «Nicolás Ardura, alias *Bête*; Madrid (1921—¿?)», se lee en ella. Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Mi mente regresa al lugar que no corre el tiempo: el pasado.

Años investigando tu vida y rastreando en tu búsqueda hasta el último confín del universo. Te conozco incluso mejor que a mí mismo, y dentro de media hora te tendré de nuevo frente a frente

después de sesenta y seis años. Desde aquella madrugada de noviembre de 1944 en la que el «Santander» derribó las alambradas y entrasteis como caballeros andantes en Natzweiler-Struthof, liberándonos.

Comprenderás que aquel niño maduró deprisa y ya es un anciano, pero se había jurado no morir sin encontrarte y rendirte el último tributo. Y aquí estoy de nuevo, con el apellido cambiado —dejé atrás el anterior, el de la diáspora, junto a los rencores o los deseos de venganza—, pero con el mismo nombre con el que me conociste: Eli. Y el mismo número de antiguo prisionero de campo tatuado en mi piel.

Ah, te has dado cuenta: no viajo solo. Me acompaña mi mujer, tu hija, querido Bête. Nunca lo supiste, pero Sophie estaba embarazada cuando os embarcaron hacia Indochina. A la niña la llamaron Lucía, en honor a tu hermana. Y, como puedes ver, tiene los mismos ojos de su madre y hasta su voz cantarina. Tu hija y yo llevamos décadas buscándote, hasta encontrarte en este barrio perdido del mundo.

Si me preguntas por ella, por Sophie, te diré que aún vive. La esperanza en tu regreso o en saberte vivo la mantiene con energías. Tal vez estas o aquella van prendidas en aquel vestido verde de seda que pasea en las noches de luna mora y silencio de ultratumba. A veces, un tango zumba en mis oídos cuando la veo vagar y hablar de ti a las mujeres de los otros soldados. Luego, cuando ellas se alejan, les susurra a los pájaros su esperanza y, si estos remontan el vuelo, habla con los árboles. Tarde o temprano se convertirá en cenizas esperando tu retorno. Será «polvo enamorado», que habría dicho Quevedo.

El aterrizaje es perfecto.

Lucía me aprieta con fuerza la mano. El pasaje va descendiendo sobre la pista y se introduce en pequeños autobuses. No nos importa ser los últimos. No tenemos prisa, pero sí algo de miedo, o tal vez sea respeto.

—Señores, por favor —nos insta la azafata.

Recogemos el equipaje y nos dirigimos a la puerta. La luz del sol incide sobre nuestros ojos. La brisa nos da un vergajo en el rostro. Apenas distinguimos el tumulto en el asfalto.

Suena una marcha militar. Una formación de soldados saluda detrás de un féretro cubierto por cuatro banderas: la de la II República española; la francesa coronada por la Cruz de Lorena, la de la Francia Libre; la de la Legión Extranjera; y la del Vietcong. Sobre ellas, todas tus medallas: la de la Libertad, la del Mérito Militar, la Cruz de Guerra con la Estrella de Plata, la de Héroe del Vietnam, la de... Ninguna te importaba, sólo aquellos aretes de tu hermana en la oreja. Ahí están también, sobre las banderas, en una bandeja de plata.

En cierta ocasión, alguien aseguró que si le mostraban un héroe, él sería capaz de dibujarnos su tragedia. Ante nosotros, un héroe y su tragedia, otro peón en el gran ajedrez del mundo.

Años pidiendo la extradición de tus restos sin apoyo de ningún gobierno y recibiendo negativa tras negativa. «¿Cuál es su patria?», preguntaban. El mundo. Por ello, ¿qué tierra poseía el privilegio de reclamarte? Ninguna. Y, sin embargo, ahí están escoltando tu cuerpo: un jefe de la Legión Extranjera, un diplomático español, otro francés y un general vietnamita.

*Si hay hombres que contienen un alma sin fronteras, (...),
tú eres uno de aquellos.*

Es extraño, el poeta de las batallas retumba con fuerza en mi cabeza. Suenan trombones, trompetas y el redoble en la panza de tambores. Sólo distingo en la banda militar instrumentos de viento y percusión, ninguno de cuerda. Sin embargo, los acordes de una guitarra acompañan los versos del juglar.

*Las patrias te llamaron con todas sus banderas.
Con todas sus banderas...*

Tu hija se acerca al general que manda la fuerza. Este la saluda marcialmente y le entrega las cuatro banderas plegadas con las distinciones y los aretes sobre ellas.

En mi cabeza retumban las cuerdas de la guitarra y la voz del trovador, ensordeciendo la marcha militar.

Tú eres uno de aquellos, un alma sin fronteras...

Hoy mismo te llevaremos de regreso al lado de Sophie, reposarás en un sepulcro abierto en mitad de la nada, en el que viven tus viejos fantasmas, bajo el cielo que te vio nacer. Sé que nunca pediste nada para ti, siempre quisiste ser cenizas, sin pretensiones.

Uno de aquellos...

Ante tu féretro asumo que las últimas noticias que me llegaron eran ciertas. Saco el dossier y tacho los interrogantes en la fecha de tu muerte. Anoto: «1975. Saigón. Día de la Liberación.».

Si en mi cabeza la épica de la guitarra acalló el estruendo de la marcha militar, apagando sus estridencias; ahora, un bandoneón apacigua el sonido de las cuerdas. Es un tango el que retumba con

un leve susurro de sangre, alzándose por encima de las almas homéricas para recordarnos que salisteis del barrio para volver a él y que ya no caben dudas, que fuisteis valientes, que cumplisteis con vuestro deber más allá de lo requerido al valor y al honor.

Tal vez Carlos Iriarte tenía razón cuando te dijo: «El tango sólo sonará al final de la gesta, cuando los héroes regresen al arrabal». Y la milonga lleva letra de Bertolt Brecht.

*La mujer del soldado recibió...
un velo de viuda...*

Amanecerá un día...

EPÍLOGO

LA FIGURA DEL PROTAGONISTA de esta novela está inspirada en cada uno de los soldados republicanos españoles que después de la II Guerra Mundial se sintieron traicionados por De Gaulle y, locos de rabia y desesperación, quisieron traspasar las líneas defensivas de la España de Franco robándole material bélico al Ejército francés.

«Yo no me enteré (...). Si lo hubiese sabido, me hubiese ido con ellos», manifestó Daniel Hernández en 1998, superviviente de La Nueve y soldado del «Guadalajara», en una entrevista realizada por Evelyn Mesquida.

Aquellos soldados terminaron sus días en otra guerra que ni les iba ni les venía: Vietnam. En total fueron mil cien exiliados españoles, entre voluntarios y forzosos, los que pusieron rumbo a Indochina a las órdenes del general Leclerc. Al fallecimiento de este, en 1947, permanecieron en la Legión Extranjera sujetos por su contrato o condena. En 1954, en la sangrienta batalla de Diên Bien Phu, fallecieron la mitad. La mayoría de los supervivientes desertaron y se unieron a las filas del Vietcong. En 1965, en el primer desembarco de las fuerzas norteamericanas en el puerto de Da Nang, estos españoles formaban parte del contingente vietnamita que se enfrentó al invasor. A gran parte de los supervivientes españoles se los repatrió en 1967.

Cuando, en 1969, Antonio Vilanova publicó su libro, *Los olvidados*, aseguró que aún quedaban republicanos españoles combatiendo contra los norteamericanos en Vietnam. Pero, curiosamente, ese mismo año, Franco envió tropas en apoyo del Ejército de los Estados Unidos, que se asentaron a cuarenta y cinco kilómetros de Saigón, en Go Cong. Una vez más, ahora en el delta del Mekong, españoles en bandos diferentes.

Respecto de la toma del Nido de Águila, la polémica de quién lo coronó primero se ha mantenido hasta hoy en día. Eisenhower aseguró que fue la 3.^a División de Infantería norteamericana. Hasta mostró fotos de soldados yanquis en el interior (sin especificar el instante en que fueron tomadas). Los franceses defendieron que soldados de la II División Blindada de Leclerc fueron quienes lo conquistaron. Pero ante polémicas verbales, lo mejor es acudir a la tiranía de las pruebas: «Nosotros, los de la Nueve, continuamos rápido hasta el Nido de Águila y logramos izar la bandera francesa... Allí tuvimos que enfrentarnos a miembros de las juventudes hitlerianas que lucharon hasta la muerte. Yo fui uno de los que tuve la alegría de entrar en la guarida nazi... El interior estaba intacto. En uno de los salones vi un ajedrez del Führer y me lo llevé. Más tarde lo vendí a un americano por quinientos francos... Mucho dinero entonces», añadió Daniel Hernández en la entrevista citada.

«Yo iba en el “Santander”... Llegamos a Berchtesgaden. No pude subir al Nido de Águila porque me hirieron en el pueblo... Gitano sí subió, con algunos otros», dijo Faustino Solana a Evelyn Mesquida en 1998.

«El interior estaba casi intacto (...). Muchos cogieron de allí lo que quisieron. Se trajeron muchas cosas (...). En el Nido de Águila,

el general Leclerc brindó con champán con todos», manifestó en el 2005 Germán Arrúe, soldado del «Teruel», a Evelyn Mesquida.

En agosto de 2004, recordando el sexagésimo aniversario de la liberación de París, se colocó una placa a orillas del Sena patrocinada por el Ayuntamiento de la capital francesa, que recordaba la gesta de estos hombres. «Aux republicains espagnols composante principale de la colonne Dronne», reza su leyenda. El 10 de abril de 2010, el Ayuntamiento de París entregó la medalla Vermeil a los tres únicos supervivientes españoles de la II División Blindada: Manuel Fernández Arias (Ibias, Asturias, 1919-Bretona, Francia, 2011), soldado de la 11.ª compañía del Regimiento de Marcha del Tchad; Luis Royo (Barcelona, 1920), soldado de La Nueve en el «Madrid»; Rafael Gómez (Almería, 1920), soldado de La Nueve con destino inicial en el «Guernica» y más tarde en el «Don Quijote».

La realidad es que la mayoría de los exiliados que combatieron a Hitler se nos fueron en silencio, sin vanagloriarse de su gesta. La guardaron para sí, encerrando en su alma una pesada roca. Dejaron que las lápidas cubrieran sus cuerpos como jalones en la ruta desde Normandía a Berchtesgaden, pasando por las dunas del desierto del norte de África, bajo cuyas arenas y el dibujo de las cadenas de los blindados del Afrika Korps, quedaron enterrados de a miles. Ellos habían aprendido a callar, y fuimos otros los que los bautizamos como *irrepetibles*.

En estos momentos, a punto de cerrar el ordenador, me asalta una duda: si ellos —que pensaban que nada en la vida era imposible— no pudieron cambiar el mundo, ¿quién lo hará?

Desde la intrahistoria, a 31 de enero de 2012.

AGRADECIMIENTOS

EN PRIMER LUGAR a mi amiga, la periodista y escritora, Evelyn Mesquida (*La Nueve*, Ediciones B, 2008) y a mi paisano, el catedrático de Historia y escritor Secundino Serrano (*La última gesta*, Aguilar, 2005), porque sus investigaciones sobre los exiliados españoles que combatieron a Hitler impulsaron esta novela.

Gracias atrasadas a Antonio Vilanova y a Eduardo Pons Prades porque sus respectivas obras, *Los olvidados* (Ruedo Ibérico, 1969) y *Republicanos Españoles en la II Guerra Mundial* (La Esfera de los Libros, 1975), nos pusieron sobre la pista de la épica de estos hombres y mujeres.

No quiero olvidarme de los militares profesionales que reconocieron la valía y presencia de los republicanos españoles luchando contra Hitler y las plasmaron en sus textos o las tuvieron siempre presentes en sus declaraciones: el coronel Raymond Dronne, el general Ornar N. Brailey, el general Béthouard, el legionario y escritor Serapio Iniesta, el capitán de la Legión Extranjera Antonio Ysquierdo, los soldados e historiadores George Blond, Erwan Bergot, el general Simón, el especialista Crémieux-Brilhac... Y en especial a Michel Iriart, cuyos recuerdos me permitieron reconstruir el avance de La Nueve desde Alsacia al Nido del Águila.

También a todos los investigadores y escritores que les siguieron el rastro a lo largo de estos años en cualquiera de los frentes.

Pero sobre todo a ellos, a los protagonistas reales de esta gesta. Sin su sacrificio y lucha, la Historia sería otra.

APÉNDICE BIOGRÁFICO

(POR ORDEN ALFABÉTICO)

BAMBA, apodo de Antonio Van Baumberghen Clarasó (Madrid, ¿1915?—Francia, ¿?). Teniente, oficial de la Compañía de Suministros del III Batallón. Hombre cultivado, educado en la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos. Veterano de la Guerra Civil y del Corp Franc d’Afrique. Pese a la rivalidad con el capitán Raymond Dronne, este siempre aseguró que lo admiraba.

BARBIE, Klaus (Bad Godesberg, Alemania, 1913-Lyon, 1991). Además de la muerte de Jean Moulin y de los jefes partisanos del Comité Militar de la Zona Sur, se atribuyen, a él y a sus subordinados, el envío de casi ocho mil personas a los campos de concentración, cuatro mil quinientos asesinatos y la tortura de más de catorce mil combatientes de la Resistencia, todo ello sólo en Francia. Al terminar la II Guerra Mundial fue protegido y empleado por los servicios de contraespionaje del Ejército de los Estados Unidos. Luego lo trasladaron a Bolivia a través de una de las rutas organizadas por los servicios secretos norteamericanos y el sacerdote católico Krunoslav Draganovic. Se le imputa también el asesoramiento en el operativo que llevó a la captura y muerte del Che. El primer gobierno democrático de Bolivia lo deportó a Francia, donde fue juzgado en 1987 y condenado a cadena perpetua. Cumplió la pena en el Fuerte Montluc de Lyon, donde había torturado y asesinado a muchas de sus víctimas.

BÉTHOUART, Antoine (Jura, 1889-Fréjus, 1982). General francés que lideró las campañas contra Hitler en Noruega. Más tarde, en el norte de África, organizó la resistencia militar contra el régimen de Vichy. Después se incorporó a las fuerzas que desembarcaron en Provenza. En 1975, le confesó a Eduardo Pons Prades: «En

Narvik, la mitad de los efectivos de la 13.^a Semibrigada eran españoles. Los recuerdo morenos, alborotadores, difíciles de mandar, pero de una valentía extraordinaria».

BUIZA, Miguel (Sevilla, 1898-Orán, 1963). Ingresó en la Armada en 1915. Llegó al empleo de almirante y combatió leal a la II República. Terminada la Guerra Civil se alistó en la Legión Extranjera, alcanzando el grado de comandante. Combatió con el Corp Franc d'Afrique en Túnez. Sus fuerzas tomaron la cota 84, abriendo el camino hacia el puerto de Bizerta, uno de los últimos focos de resistencia del Afrika Korps. Después participó en las campañas por la liberación de Sicilia e Italia. Fue citado por el general norteamericano Omar N. Bradley en sus memorias. Le concedieron la Cruz de Guerra con Palmas en mayo de 1943. En su honor, uno de los blindados de La Nueve que entraron en París llevaba su nombre.

CAMPOS, Miguel. (¿Las Palmas de Gran Canaria?, ¿1914?—Witterheim, 1944). Hay quien apunta, por su apellido, que descendía de una familia de Fuerteventura o Lanzarote. Veterano de la Guerra Civil en la Columna Durruti y enrolado en la Legión Extranjera con destino en los puestos fronterizos de Camerún, fue de los primeros en desertar para unirse a las fuerzas de Leclerc. Sobre él dejó escrito Dronne: «Era un fenómeno, un coloso (...) El tipo nato de guerrillero que dominaba instintivamente el arte de la guerra». Desapareció el 14 de diciembre de 1944 en Witterheim. «Posiblemente cayera en una emboscada —continúa Dronne en sus *Carnets de Route*—. Pero nadie tendrá noticias de él ni se encontrará su cadáver. Este misterio dará origen a una serie de leyendas. El personaje se prestaba: era un fuera de serie».

Medalla al Mérito Militar y Cruz de Guerra.

CARIÑO, apodo del sargento Ángel Rodríguez Leira (Cariño, A Coruña, ¿1918?—París, 1975). Acerca de él dejó escrito Raymond Dronne: «A Cariño le empujaba un inmenso deseo de revancha y de victoria». Aseguraron que del Nido de Águila se llevó como recuerdo un juego de sábanas con las iniciales de Hitler. Recibió la Cruz de Guerra con Palmas. Es necesario señalar que su pueblo natal contribuyó con otro de sus paisanos a La Nueve, Antonio Cariño, que falleció en la batalla de Écouché. Aunque si hablamos de A Coruña, debemos indicar que la provincia aportó un tercer componente a la II División, Víctor Lantes (A Coruña, 1919-París, 2007).

DE GAULLE, Charles (Lille, 1890-Colombey-les-Deux-Églises, 1970). Militar, político y escritor francés. Lideró la Francia Libre contra el régimen colaboracionista de Vichy y fue el presidente provisional de Francia hasta 1946. Más tarde, de 1958 a 1969, fue presidente de la República francesa.

DRONNE, Raymond (Mayet, Francia, 1908-París, 1991). Fue el capitán de La Nueve desde el desembarco de Normandía hasta el 27 de noviembre de 1944. Sus *Carnets de Route* dieron a conocer al mundo el papel de los exiliados españoles en La Nueve. Acompañó a Leclerc a Indochina con el rango de comandante. Se jubiló de coronel y se dedicó a la política. De los republicanos españoles bajo su mando dejó escrito: «Se habían enrolado con nosotros, habían abrazado nuestra causa espontánea y voluntariamente, porque era la causa de la libertad... Eran hombres muy valientes. Difíciles de mandar, orgullosos y

temerarios... A medida que se fueron produciendo bajas, estas fueron cubiertas por jóvenes franceses, sobre todo en los combates de Los Voscós y Alsacia. Los veteranos acogieron a los reemplazos no como a novatos sino como a sus hijos. Los formaron, los protegieron, los instruyeron sobre el terreno, los adoptaron. Este no fue el menor de sus méritos...». Aún así, Dronne nunca fue capaz de pronunciar perfectamente la palabra «Turuta».

EISNHOWER, Dwight (Denison, 1890-Washington, 1969). Militar y político norteamericano, fue el trigésimo cuarto presidente de los EEUU. Recibió en Reims a la delegación alemana que firmó la rendición incondicional del III Reich. En su etapa como presidente, visitó la España de Franco.

ELÍAS, Michel (El lugar y la fecha de su nacimiento, así como los datos de su fallecimiento, son desconocidos). *Souslieutenant* y jefe de la 2.ª Sección de La Nueve. Un *pied noir* de origen español. Otro *mendigo épico*, en palabras de André Malraux. Veterano de la Guerra Civil española y del Corp Franc d'Afrique. En España fue hecho prisionero por los franquistas e internado en el campo de concentración de Miranda de Ebro, del que escapó al norte de África.

EZQUERRA, Miguel (Huesca, 1914-Madrid, 1984). Participó en la Guerra Civil en el bando franquista enrolado en la 7.ª Bandera de Falange. No fue seleccionado cuando se constituyó la División Azul, pese a presentarse voluntario. No consiguió alistarse hasta uno de los relevos de finales de 1942. Participó en la batalla de Krasnyj Bor y regresó a España cuando Franco dio la orden de

repliegue a la División Azul. En abril de 1944 pasó clandestinamente la frontera para enrolarse en las Waffen-SS. Consiguió la nacionalidad alemana que le otorgó el propio Hitler y formó la Unidad Izquierda integrada en la División Wallonien. Su unidad combatió en las Ardenas y en uno de los anillos de protección del Führer en Berlín. Tras el derrumbe del III Reich cayó prisionero del Ejército Rojo, pero en Polonia consiguió escapar y regresar a España, donde falleció en 1984.

FÁBREGAS, nombre de guerra de David Ramón Estartit (Barcelona, ¿1914?—Saint Maurice sur Montagne, 1944). Realizó sus estudios en Inglaterra, por lo que dominaba perfectamente el inglés, hasta en sus registros más cultos. «A lo lord Byron», indicó a Luis Royo una amiga inglesa que conocía a Fábregas. Dicen que su padre era un empresario catalán, aunque otros sostienen que se trataba de un profesor. «Era a la vez original, muy valiente y el tipo más distinguido del mundo. La víspera de su muerte, en una noche estrellada, hizo a su grupo, embobado con su charla, una magistral exposición de astronomía y de astrología», dejó escrito Dronne. Participó en la batalla del Ebro y después se enroló en la Legión Extranjera. Fue sargento jefe de la 3.ª sección y su Half-Track se llamaba «Santander». La Cruz de Guerra con Palma, que recibió a título póstumo, llevaba una cita: «Oficial remarcable por su arrojo y acción. Se distinguió en todas las acciones en las que participó».

GARCÍA GRANDA, Cristino (Gozón, Asturias, 1913-Madrid, 1946). Durante la Guerra Civil española alcanzó el grado de teniente en el XIV Cuerpo del Ejército Guerrillero. En 1939 se exilió a Francia y lo ingresaron en un campo de refugiados. Al estallar la II Guerra Mundial participó en la Resistencia al mando de la 158.ª División

de la Agrupación de Guerrilleros Españoles, con el grado de teniente coronel. Sus proezas fueron tales que Francia le concedió el título de Héroe Nacional y a título póstumo la Cruz de Guerra. Varias calles francesas llevan su nombre y La Madeleine le dedicó una lápida con la leyenda: «*Honneur a Cristino García, chef de maquis*». Fue apresado por la policía de Franco en octubre de 1945 y fusilado el 23 de febrero de 1946. Varios gobiernos del mundo, en especial Francia, interpelaron ante la ONU para su liberación.

GIRAUD, Henri Honore (París, 1879-Dijon, 1949). General francés que combatió en la I Guerra Mundial. En 1940, durante la invasión alemana de Francia, fue hecho prisionero. El 17 de abril del 42 consiguió escapar de la prisión y llegó a la Francia de Vichy. Apoyó a Pétain y al gobierno de Vichy, pero rehusó colaborar con los alemanes. Después de noviembre de 1942 se unió a los Aliados y copresidió con el general Charles de Gaulle el Comité Français de la Libération Nationale y las Fuerzas de la Francia Libre. Lideró el desembarco de Córcega el 13 de septiembre y terminó su copresidencia en noviembre de 1943.

GITANO, apodo de Luis Cortés (Córdoba, ¿1920?—París, ¿?). Alcanzó el Nido de Águila y fue uno de los dieciséis soldados españoles de La Nueve que recorrieron indemnes la senda desde Normandía a Berchtesgaden. De él escribió Antonio Vilanova en 1969: «Un verdadero gitano, valeroso y audaz... y que ahora sobrevive vendiendo vidrios en París».

GRANELL MESADO, Amado (Burriana, 1898-Valencia, 1972). Teniente y segundo jefe de La Nueve hasta finales de noviembre

de 1944, que fue relevado por enfermedad. Veterano del Corp Franc d'Afrique y mayor de una brigada ligera en la Guerra Civil española. En España, durante su destino en el Batallón Hierro, se editó una revista dirigida por Vela Zanetti, *Hierro*. Su fotografía, al día siguiente de la liberación de París, fue reproducida en la portada del periódico clandestino de la Resistencia francesa *Libération*, con el titular: «Ils sont arrivés!». Después de la guerra regentó un restaurante en París, «Los amigos», al que acudían muchos españoles veteranos de las dos guerras. Falleció en un accidente de tráfico cerca de Valencia, el 12 de mayo de 1972. Raymond Dronne aseguró que había trazas de bala en el coche. Obtuvo la Cruz de Guerra con cinco menciones especiales y la distinción de Oficial de la Legión de Honor.

GUALDA, Ramón (Granada, ¿1915?—Francia, ¿?). Sargento al mando del «Madrid». Mecánico de profesión. Veterano de la Guerra Civil, en la que combatió siempre en Andalucía. Ingresó en el Corp Franc d'Afrique antes de enrolarse en la II División. Cuentan que, cuando él conducía el Half-Track, sus hombres no dejaban de vigilarle a causa de su capacidad para dormirse al volante, incluso en plena batalla.

HIRT, August (Mannheim, 1898-Schönenbach, 1945). Médico alemán, miembro de las Waffen-SS y director del Instituto Anatómico de la *Reichsuniversitat* de Estrasburgo a comienzos de 1941. Realizó experimentos con gases tóxicos y biológicos a prisioneros de guerra y fue el máximo responsable de la colección de esqueletos y cuerpos mutilados de ochenta y seis prisioneros que se conservaron en alcohol en el Anatómico de la capital alsaciana.

IRIARTE, Carlos, es un personaje inspirado en la figura de Michel Iriart (Buenos Aires, 1920). Nació en el barrio de Almagro y, al estallar la II Guerra Mundial, abandonó su carrera de Derecho para contactar con la oficina de reclutamiento que la Francia Libre tenía en la calle San Martín, en la ciudad de Buenos Aires. Ingresó en el Colegio Militar francés y, al ser promovido a oficial, su destino fue servir de enlace con los norteamericanos. Se incorporó a la II División Blindada en la batalla de Alsacia y terminó la II Guerra Mundial en Berchtesgaden. Después acompañó a Leclerc a Indochina. Se licenció con el grado de comandante y se dedicó al periodismo trabajando para *France-Press*, agencia de noticias de la que llegó a ser subdirector. Obtuvo la Cruz de Guerra y la distinción de Oficial de la Legión de Honor. En su libro *Apenas cien años*, dejó escrito: «El 25 de agosto, día de San Luis, la vanguardia (La Nueve) de la II División Blindada francesa hizo su entrada en París». El prologuista, Simón A. Soroet, añade sobre Iriart: «En los momentos en que el país de sus afectos (Francia), humillado por la derrota, llamó a sus hijos para recobrar la dignidad mancillada, sin hesitar un momento, dejó familia, amigos, estudios... Se embarcó rumbo a su Francia adoptiva, a luchar por la Libertad». «El jefe de la 3.^a sección (Campos) de La Nueve había muerto o desaparecido, Dronne me asignó su mando en Alsacia... Sus sesenta soldados no sólo eran republicanos españoles, además eran dinamiteros, revolucionarios...», afirmó Iriart a un medio de prensa, para añadir: «Aquel capitán norteamericano juró matarme, pero nosotros coronamos antes que ellos el Nido de Águila y logramos izar la bandera de la Francia Libre». Su conversación siempre termina con: «Recuerde: no fui un héroe». Como el resto de los combatientes contra el fascismo y el nazismo, prefiere ser

recordado como «soldado de la Libertad». Es preciso señalar que Michel Iriart no fue el único argentino en las filas de los Aliados. Cerca de cuatro mil quinientos compatriotas se sumaron voluntariamente para luchar contra Hitler y el nazismo. La mayoría se encuadró en el ejército británico y es de reseñar que cerca de novecientos lo hicieron como pilotos de la RAF. Con las fuerzas de De Gaulle se unieron cuatrocientos soldados con doble nacionalidad. El más reputado fue el general Diego Brosset (Buenos Aires, 1898-Haute-Saône, 1944), que desembarcó con sus tropas en Provenza.

JUANITO, sobrenombre con el que se conoció a Johann Reiter (Alemania, ¿1912?—¿Alemania?, ¿?). Hijo de un oficial del ejército del Kaiser que fue ejecutado por los nazis. Johann ingresó como cadete en Munich durante la República de Weimar. Antifascista convencido participó en la Guerra Civil española enrolado en las Brigadas Internacionales. Veterano del Corp Franc d'Afrique, ingresó después en la II División Blindada. Finalizada la guerra, acompañó a Leclerc a Indochina. Algunos aseguran que hay una entrevista sobre su vida recogida por la TVE en los años setenta, pero este dato no se ha podido confirmar. Cruz de Guerra con Estrella de Plata.

KOENING, Pierre (Caen, 1898-Neuilly-sur-Seine, 1970). Con las tropas de la Francia Libre participó en las batallas de Gabón, de Karen (Eritrea), y la campaña de Siria. Como general, en 1942, consiguió la victoria de Bir-Hakeim. Después mandó las Fuerzas Francesas del Interior. Fue diputado por el Rassemblement du Peuple Français de 1951 a 1958. Ministro de Defensa en los gobiernos de Pierre Mendès France y Edgar Faure. Fue nombrado

Mariscal de Francia por François Mitterrand.

LARITA II, sobrenombre con el que Martín Bernal Garcés (Zaragoza, 1918-Francia, ¿?) debutó como novillero. Aunque su aspiración como matador quedó truncada al estallar la Guerra Civil. A los 18 años, en Zaragoza, cambió la muleta por el fusil. En el exilio, ingresó en la Legión Extranjera; su primer destino fue Senegal. Después participó en la batalla de Túnez con el Corp Franc d'Afrique. Fue Uno de los dieciséis españoles que resistieron en La Nueve desde Normandía al Nido de Águila. Lo que no supo al llegar a Berchtesgaden es que a ciento cincuenta kilómetros, en el campo de concentración de Mauthausen, se encontraba internado su hermano. Obtuvo la Cruz de Guerra con Estrella de Plata.

LATTRE DE TASSIGNY, Jean de (Mouilleron-en-Pereds, 1889-París, 1951). Combatió en la I Guerra Mundial y durante el régimen de Vichy capitaneó las fuerzas militares en Túnez. A partir de 1942 se sumó a la resistencia contra los alemanes y estuvo al mando del I Ejército Francés que combatió en Italia, desembarcó en Provenza y prosiguió el avance hasta Estrasburgo para penetrar en Alemania y Austria. Fue nombrado mariscal de Francia a título póstumo.

LECLERC; nombre de guerra de Philippe François Marie (Belloy-Saint-Léonard, 1902-Argelia, 1947), conde de Hauteclocque. Conocido como «el Patrón» por la mayoría los soldados españoles, aunque otros lo denominaban «el general anarquista». Después de los hechos narrados en la novela, representó a Francia en el *USS Missouri* en Tokio en la capitulación del Imperio Japonés. Luego fue destinado a Indochina y se reunió con Ho Chi Minh, abogando por la resolución política del conflicto, cuestión que

quedó inconclusa al fallecer el 28 de noviembre de 1947 en un accidente aéreo. La mayoría de los soldados que combatió a sus órdenes, en especial los españoles, nunca creyeron la versión oficial sobre el accidente; la sospecha de un atentado de los sectores más reaccionarios de Francia siempre planeó en sus mentes. Desde que desembarcó, en agosto de 1940, en las tierras del África Ecuatorial Francesa hasta su muerte, sus hombres y él nunca conocieron la derrota. Fue nombrado Mariscal de Francia a título póstumo. Es conocido el orgullo que sentía por sus soldados españoles, reflejado en un diálogo con el otro Mariscal de Francia, Jean de Lattre de Tassigny. Cuando este se jactó de las heroicidades de sus indómitos republicanos españoles, Leclerc le contestó: «Sé de lo qué me habla. Llevo miles de esos héroes en mis filas».

MALRAUX, André (París, 1901-Créteil, 1976). Novelista y político francés. Participó en la Guerra Civil española como brigadista internacional liderando la Escuadrilla España. En la II Guerra Mundial es hecho prisionero, pero consigue evadirse y se pone al frente de la *Brigade Alsace-Lorraine*. En 1947 fue nombrado Ministro de Interior y de 1958 a 1969, Ministro de Cultura.

MONCLAR, seudónimo de Raoul Magrin-Vernerey (Budapest, 1892-Val de Grace, 1964). Llegó al rango de general de división en la II Guerra Mundial y fue el primer jefe de la 13.ª Semibrigada de la Legión Extranjera en el momento de unirse a las fuerzas de la Francia Libre. Alfred Cazaud lo sustituyó al mando de esta legendaria unidad, seguido luego por el príncipe georgiano Dimitri Amilakvan, que escribió la épica página de Bir-Hakeim. Paul Arnault, Gabriel Bablón y Bernard Saint-Hillier fueron los últimos

jefes que tuvo la 13.^a hasta el final de la II Guerra Mundial.

MONTGOMERY, Bernard (Londres, 1887-Hampshire, 1976). Mandó el VIII Ejército británico en el Norte de África provocando la derrota del Afrika Korps en El-Alamein. Después emprendió las campañas de Italia y la liberación de Francia con el desembarco de Normandía. Aunque a él se debe el fracaso de la Operación Market Garden y la batalla de Arnhem, descritas con precisión en la película *Un Puente lejano* (1977), del cineasta Cornelius Ryan. Finalizada la II Guerra Mundial, con el rango de mariscal fue jefe adjunto de la OTAN.

MONTOYA, Manuel (El lugar y la fecha de su nacimiento, así como los datos de su fallecimiento, siguen siendo todavía desconocidos). *Souslieutenant* y jefe de la 1.^a Sección de La Nueve. Antiguo suboficial de Carabineros, cuerpo muy mimado por Negrín durante la Guerra Civil. En el exilio en Orán sobrevivía vendiendo clavos para zapatos y cuidando cabras. Después de la II Guerra Mundial se alistó en la Legión Extranjera alcanzado el rango de comandante. Fue uno de los mil cien españoles que acompañaron a Leclerc a Indochina.

MORENO, Federico (Madrid, ¿1906?—Francia, ¿?). De profesión impresor en la capital de España. Se incorporó a las milicias desde el comienzo de la Guerra Civil y llegó a jefe del Estado Mayor de la 67.^a Brigada. Combatió en el Corp Franc d'Afrique antes de alistarse en la II División. Al caer herido Montoya, la 1.^a sección de Half-Track de La Nueve quedó a su mando. Además de varias condecoraciones también recibió la Cruz de Guerra con Estrella de Bronce.

MOULIN, Jean (Béziers, 1899-Metz, 1943). Veterano de la I Guerra Mundial, el subprefecto más joven de Francia y jefe de gabinete en el Ministerio del Aire durante el gobierno del Frente Popular. Fue el jefe del Consejo Nacional de Resistencia hasta su detención por la Gestapo. Después de las torturas en el Fuerte Montluc de Lyon, falleció camino de Berlín, en Metz. Sus cenizas se encuentran en el Panteón de París.

PATTON, George (California, 1885-Heidelberg, Alemania, 1945). Combatió en la I Guerra Mundial alcanzando el rango de teniente coronel. Su participación en la II Guerra Mundial fue como general y luchó en las campañas del Norte de África, en Italia, en el desembarco de Normandía, en Lorena y en las Ardenas. Durante todas estas batallas mantuvo una gran rivalidad con el general británico Montgomery por la fama y conquista de escenarios. Falleció a causa de las heridas recibidas en un accidente de tráfico en Alemania.

PÉTAIN, Philippe (Cauchy-à-la-Tour, 1856-Isla de Yeu, 1951). Militar francés que combatió en la I Guerra Mundial y alcanzó el rango de mariscal de Francia. En su etapa de político fue embajador de Francia en España y entabló muy buena sintonía con el régimen franquista. Después de la invasión alemana, se puso al frente de las fuerzas francesas que firmaron el armisticio con Hitler creando el régimen de Vichy, caracterizado por su colaboración con el III Reich. Terminada la II Guerra Mundial fue condenado a muerte y declarado traidor a su patria.

PUJOL, Fermín (Barcelona, 1917-París, 1998). Veterano de la

Guerra Civil española, combatió en las filas de la Columna Durruti. En el exilio estuvo internado seis meses en el campo de Argeles. Luego embarcó al norte de África y recorrió con sus compañeros cuatro mil kilómetros hasta Brazaville para enrolarse en la Legión Extranjera fiel a De Gaulle. Combatió en la 13.ª Semibrigada en Siria, Líbano y Bir-Hakeim, para alistarse luego en el Corp Franc d'Afrique y a continuación en la II División. Actualmente está enterrado en París junto a su hermano, el sargento jefe de La Nueve, Constantino Pujol.

PUTZ, Joseph (Bruselas, 1895-Alsacia, 1944). Combatiente voluntario en la I Guerra Mundial. Alcanzó el grado de teniente, pero, asqueado de la sarracina, adoptó un pacifismo militante y pasó a la reserva. La Guerra Civil española le llevó a coger de nuevo las armas uniéndose a las Brigadas Internacionales. Participó, con el rango de coronel, en las batallas de Lopera, Morata, Jarama, Madrid, Guadalajara y Bilbao. Estuvo al mando de la XIV Brigada, denominada «La Marsellesa». Su valiente actuación en la defensa de Bilbao fue ensalzada por George Steer en su libro *El árbol de Guernica*. En el norte de África ingresó en el Corp Franc d'Afrique y combatió al Afrika Korps en Túnez. A su batallón se le conoció como «El batallón fantasma». Después, con el rango de teniente coronel, mandó del III Batallón del Regimiento de Marcha del Tchad, compuesto por las compañías 9.ª, 10.ª, 11.ª y 12.ª, desde Normandía hasta Los Vascos. Miguel Campos y él fueron los que más desertores de la Legión de Pétain consiguieron acercar a la Francia Libre. Falleció el 28 de enero de 1945, en el frente de Alsacia, antes de que su regimiento entrase en Alemania. Cruz de Guerra (1914-1918), con cinco menciones; Cruz de Guerra

(1939-1945), con otras cinco menciones (una de ellas señala: «Verdadero entrenador de hombres»); oficial de la Legión de Honor; compagnon de la Libération. *El Comandante*, como le apodaron los soldados españoles, fue uno de los grandes olvidados por sus propios compatriotas.

ROL-TANGUY, Henri (Morlaix, 1908-París, 2002). Voluntario francés en la Guerra Civil española, enrolado en las Brigadas Internacionales. Durante la ocupación nazi de Francia fue uno de los dirigentes de la Resistencia francesa y lideró el levantamiento de la población parisina contra las fuerzas alemanas. El general Dietrich von Choltiz, en su rendición sin condiciones en Montparnase, estampó su firma junto a la de Rol-Tanguy y la de Leclerc.

ROMMEL, Erwin (Wurtemberg, 1891-Berlín, 1944). Mariscal alemán. Apodado el *Zorro del Desierto*. Mandó la 7.ª División de Panzer en 1940 y el Afrika Korps, de 1941 a 1943. Tras el fallido atentado contra Hitler en 1944, fue acusado de colaborar y obligado a suicidarse para evitar represalias contra su familia.

TURUTA, apodo del ciudadrealeño Antonio Medina Pérez (Ciudad Real, ¿1921?—Francia, ¿?). Fue el corneta de La Nueve, excepto por el periodo en el que se incorporó al Maquis en la invasión por el Valle de Arán. Después de la II Guerra Mundial se alistó en la Legión Extranjera y fue uno de los mil cien españoles que acompañaron a Leclerc a Indochina.

VITINI FLÓREZ, José (Gijón, 1913-Madrid, 1945). Participó en la Guerra Civil española y a su finalización se exilió en Francia.

Durante la II Guerra Mundial se integró en la Resistencia y dirigió la 168.ª División con el grado de teniente coronel. Después participó en la fracasada invasión del Valle de Arán, tras la cual entró en España y dirigió los *Cazadores de la Ciudad* en Madrid. Fue apresado por la policía de Franco y fusilado en la primavera de 1945 en el campo de tiro de Carabanchel. Sus últimos meses de vida y combate contra la dictadura franquista en España han sido novelados por Andrés Trapiello (Manzaneda de Torio, León, 1953) en *La noche de los Cuatro Caminos* (Aguilar, 2001).

ZUBIETA, José (Almería, ¿1918?—Francia, ¿?). Sargento de La Nueve, se alternó con Federico Moreno en el mando de la sección de suministros y la 1.ª sección desde que el *souslieutenant* Montoya causó baja. Fue tonelero de profesión y boxeador (aseguraban que había sido campeón de los pesos gallo).

APÉNDICE ONOMÁSTICO

**UNIDADES EN LAS QUE COMBATIERON CONTRA HITLER LOS EXILIADOS
ESPAÑOLES**

II División Blindada. Compuesta en un principio por unos dieciocho mil soldados —en algunos momentos contó con casi veinte mil—. Desde su creación en 1943 hasta su disolución en 1946, se enrolaron en ella cerca de tres mil quinientos españoles, los cuales fueron distribuidos según el principio de que no superasen el quince por ciento en cada compañía. La excepción se produjo en el III Batallón del Regimiento de Marcha del Tchad, bajo el mando del teniente coronel Joseph Puzt, en el que en tres de sus compañías (la 10.^a, 11.^a y 12.^a) los españoles alcanzaron el cincuenta por ciento y en una (La Nueve) los españoles eran la totalidad. La División fue disuelta el 1 de abril de 1946 y no volvió a crearse hasta 1979. Los nombres de sus héroes muertos los puede encontrar el lector en el monumento elevado a Leclerc y a la II División Blindada en la Puerta de Orleans, París. En él se distinguen perfectamente los republicanos españoles caídos en combate.

La Legión Extranjera. Debido a las características del reclutamiento de sus soldados, el periodo desde 1939 a 1943 tuvo un marcado signo español. Terminada la II Guerra Mundial, los alemanes e italianos buscaron refugio en sus filas y sus nacionalidades se convirtieron en predominantes hasta 1956, cuando la invasión soviética de Hungría provocó que el tinte de la Legión cambiara. Después del fin de la Guerra Civil española, se cifran en cerca de cinco mil los exiliados encuadrados en sus regimientos. Aunque el criterio de no superar el quince por ciento en cada compañía se mantenía (y aún pervive para evitar la creación de mafias o grupos de presión de una nacionalidad determinada), la 13.^a Semibrigada —unidad militar que fue la

primera en unirse a las fuerzas de la Francia Libre—, desde Narvik, albergó republicanos españoles en una proporción cercana al cincuenta por ciento, y el resto estaba constituido por exiliados de otros países en los que había triunfado el fascismo —principalmente exbrigadistas internacionales—, por lo que podría decirse que fue una unidad militar que combatió por planteamientos políticos más allá de su lema «Honor y Fidelidad».

Corp Franc d’Afrique. Unidad cercana a los seis mil soldados, al mando del general Joseph de Goislard de Monsabert, que se encuadró dentro del VIII Ejército británico para combatir al Afrika Korps. Sus misiones principales consistieron en el ataque a la retaguardia nazi. Su composición puede cifrarse en un cincuenta por ciento de franceses, principalmente nacidos en Argelia, y en la otra mitad de españoles provenientes de los campos de refugiados. Derrotado el Afrika Korps, sus soldados se distribuyeron entre la I División Ligera, la II División Blindada y la Legión Extranjera.

1.ª División Ligera. Combatió en Narvik y en la campaña contra el Afrika Korps integrada en el VIII Ejército británico del mariscal Montgomery. Después emprendió la liberación de Sicilia y de Italia, hasta Roma. A continuación, integrada en el 1.º Ejército Francés a las órdenes del mariscal Jean de Lattre de Tassigny, desembarcó en Provenza y prosiguió el avance hacia Estrasburgo, entró en Alemania y penetró en Austria. En sus filas se enrolaron unos tres mil españoles, casi todos de los campos de internamiento del norte de África. Hay que reseñar que fue una de las unidades con más bajas en sus filas —cuatro mil— de todas las nacionalidades que abrazaron la causa de la Francia Libre y los cuerpos de sus

héroes descansan en más de ochenta cementerios distribuidos a lo largo de los escenarios en los que combatió.

Spanish Company Number One. Formada en Inglaterra íntegramente por los republicanos españoles que se negaron a sumarse al llamamiento De Gaulle. Sus soldados provenían de la Legión Extranjera y de la 185.ª Compañía de Trabajadores Extranjeros y fueron asignados al Royal Pioneer Corps. Como nota anecdótica, fue la primera unidad que entró en París, después de la II División Blindada.

Resistencia francesa. Los republicanos españoles combatieron en tres organizaciones. En la principal, la Agrupación de Guerrilleros Españoles, se integraron doce mil distribuidos en siete brigadas: 1.ª, la de Carcassonne; 2.ª, la de Perpiñán; 3.ª, la Foix; 4.ª, la de Toulouse; 5.ª, la de Auch; 6.ª, la de Tarbes; 7.ª, la de Pau. En importancia numérica le sigue el MUR (Mouvements Unis de Résistance), que encuadró a los grupos *Combat*, *Libération* y otras organizaciones gaullistas y consiguió aglutinar a cuatro mil exiliados. Es necesario nombrar a las brigadas Libertad y Guernica que combatieron a la Wehrmacht en Punta de Grave. En último lugar citaremos a los resistentes parisinos de las Fuerzas Francesas del Interior, donde militaron cerca de mil españoles.

Ejército Rojo. Aunque las autoridades del Kremlin, como regla general, no aceptaron extranjeros en su ejército, muchos republicanos españoles engrosaron sus filas. Fueron cerca del millar, de los que fallecieron ciento sesenta. Se formaron en la Academia Militar de Voroshilov y combatieron en Stalingrado (como, por ejemplo, el teniente Rubén Ruiz Ibárruri) o en

Leningrado (el 3.º Batallón contó con cien, de los que fallecieron ochenta). Algunos consiguieron llegar a Berlín (los tenientes Manuel Alberdi González y Alberto Rejas Ibárruri, por citar alguno de los más significativos). Es necesario nombrar también a los que se encontraban enrolados en la aviación, como pilotos de cazas, en la 1.ª Brigada Aérea Especial de Guarda fronteras, en la que se distinguió Manuel Zarauza como el que más aviones alemanes derribara, por lo que fue condecorado con la Orden de Lenin.

Partisanos en el Este. Muchos de ellos formados en la Academia de Frunze, actuaron principalmente en Rumanía, Yugoslavia, Ucrania (Jarkov, mar de Arzov y Crimea), Rusia, Bielorrusia y Crimea (Georgia, Armenia, Azerbayán y la península de Kubán). Citaremos la «Brigada de guerrilleros españoles para misiones especiales» creada con el beneplácito del entonces miembro del Comité Militar del Frente Sudeste, Nikita Krushev, y que se denominó *Brigada Stárinov-Ungría*. También contaron con una importante participación española la *Brigada Medvédev*, en Ucrania; la *Brigada Alekseev*, en Kalinin, y la brigada que actuó en Voroshilov al mando del español Francisco Gullón. Por último, señalamos que una compañía de jóvenes milicianos españoles, entre los que se encontraban mujeres, defendió el Kremlin y la Plaza Roja durante el asedio a Moscú. Fueron ciento veinticinco y se habían formado en la Escuela Leninista de Planiérsnaya.

Ejército USA. También los republicanos del exilio en Estados Unidos se enrolaron en las compañías militares norteamericanas y combatieron en el Pacífico. La más significativa fue una compañía con ciento diez españoles al mando del capitán Carranza —nacionalizado norteamericano, pero de origen mexicano y de

padres vizcaínos—, quien participó en la batalla de Guadalcanal, secundado por sus jefes de sección, los tenientes Nemesio Aguirre, Fernández Bakaicoa y Juanma. Destacó en ella Ramón de la Sota, que obtuvo por su valor y heroísmo las medallas *Purple Heart* (el Corazón Púrpura) y *Silver Cross of Star* (la Estrella de Plata). Sin embargo, en cuanto el Gobierno de Estados Unidos reconoció al régimen de Franco, devolvió aquellas condecoraciones con una atenta nota en la que les indicaba el lugar de la anatomía humana en el que se las podían guardar. También hubo exiliados en las unidades que combatieron en Saipán, Guam y las Islas Carolinas, pero su presencia fue testimonial.

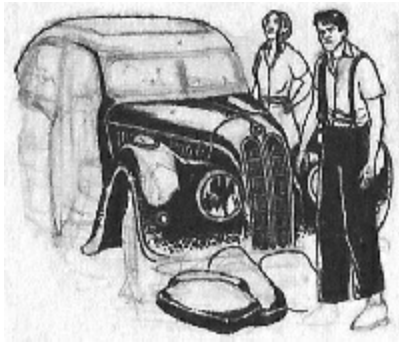
División Azul. Es probable que alguien se pregunte con qué criterio esta formación militar se incluye en la presente relación. Lo cierto es que, aunque se constituyó para apoyar al III Reich y a su Führer, muchos republicanos se alistaron en ella. Sus motivos fueron de lo más variopinto: aminorar las penas de sus familiares prisioneros, *limpiar* su nombre ante el nuevo régimen o esperar la oportunidad para desertar en suelo extranjero (en este punto, las cifras oscilan en algo más de doscientos). Uno de los casos más rocambolescos fue el de *Palito* (llamado así por tener inutilizadas las articulaciones de un dedo, lo que provocaba la rigidez de sus falanges), quien, después de combatir en las filas de la División Azul, desertó y se enroló en las fuerzas de Leclerc en el norte de África. Desembarcó en Normandía y prosiguió la gesta de la II División Blindada hasta Berchtesgaden encuadrado en la sección del teniente Michel Iriart.

Compañía de Trabajadores Extranjeros. El decreto francés del 12

de abril de 1939 obligó a los exiliados políticos en sus tierras a elegir entre la Legión Extranjera, los Batallones de Marcha de Voluntarios Extranjeros o las Compañías de Trabajo. Estas, al comienzo de la II Guerra Mundial, estaban compuestas por veinte mil exiliados españoles, pero ese número se fue incrementando hasta llegar a más de cincuenta mil. Su destino inicial fue la Línea Maginot, donde se destinó a doce mil en lo que se denominó el *Primer Frente*, a los que se añadieron otros treinta mil desde la Línea Maginot al Loira. Sus misiones consistieron en la construcción de blocaos, búnkeres, trincheras y casamatas, siempre bajo la jurisdicción militar.

La Nueve. Aunque estaba incluida en la II División Blindada y ya se ha hablado de ella, es necesario dedicarle un apartado para honrar a los veintitrés exiliados republicanos españoles caídos — desde Normandía a Berchtesgaden—: Antonio Almendro, Bernardo Benítez, Manuel Bullosa, Juan Cañero, Antonio Cariño, Luis del Águila, José Díez, Manuel Francisco Riguera, Agustín González, Roberto Helio, José Lafuente, Francisco Lechado, Nicolás López Sánchez, Antonio Martínez, Mateo Mestras Pérez, Pablo Moraga, Manuel Morillas, Constantino Pujol, Manuel Sánchez, Alicia Vázquez, José Reinaldo Sánchez, Ramón David (Fábregas) y, posiblemente, Miguel Campos. Los heridos en acciones de guerra —algunos hasta dos veces, como Fermín Pujol— alcanzaron la cifra de noventa y siete. Solamente dieciséis llegaron intactos — sin caer enfermos ni heridos— a Berchtesgaden, del más del centenar y medio que desembarcó en Normandía. Se han dicho muchas cosas de esta unidad y de sus hombres, pero las palabras que mejor definen a la compañía y su espíritu fueron pronunciadas por Víctor Lantes en el 2005 y recogidas por Evelyn

Mesquida en su libro *La Nueve*: «Todo el mundo luchaba, hay que decirlo, pero es verdad que cuando había expediciones difíciles, casi siempre enviaban a La Nueve. La Nueve era una compañía aparte. Una compañía donde además de saber luchar, se tocaba la guitarra, se cantaba flamenco o las canciones de la Guerra Civil...». O como recuerdan los veteranos oficiales franceses de la II División Blindada: «¡Ah, La Nueve! Sabían luchar. No retrocedían nunca. No cedían ni un palmo del terreno conquistado. Iban siempre delante».



Notas

[1] Aquellos empleos militares que no posean un equivalente exacto en el Ejército Español se mantendrán en su nomenclatura original. (Nota del autor). <<